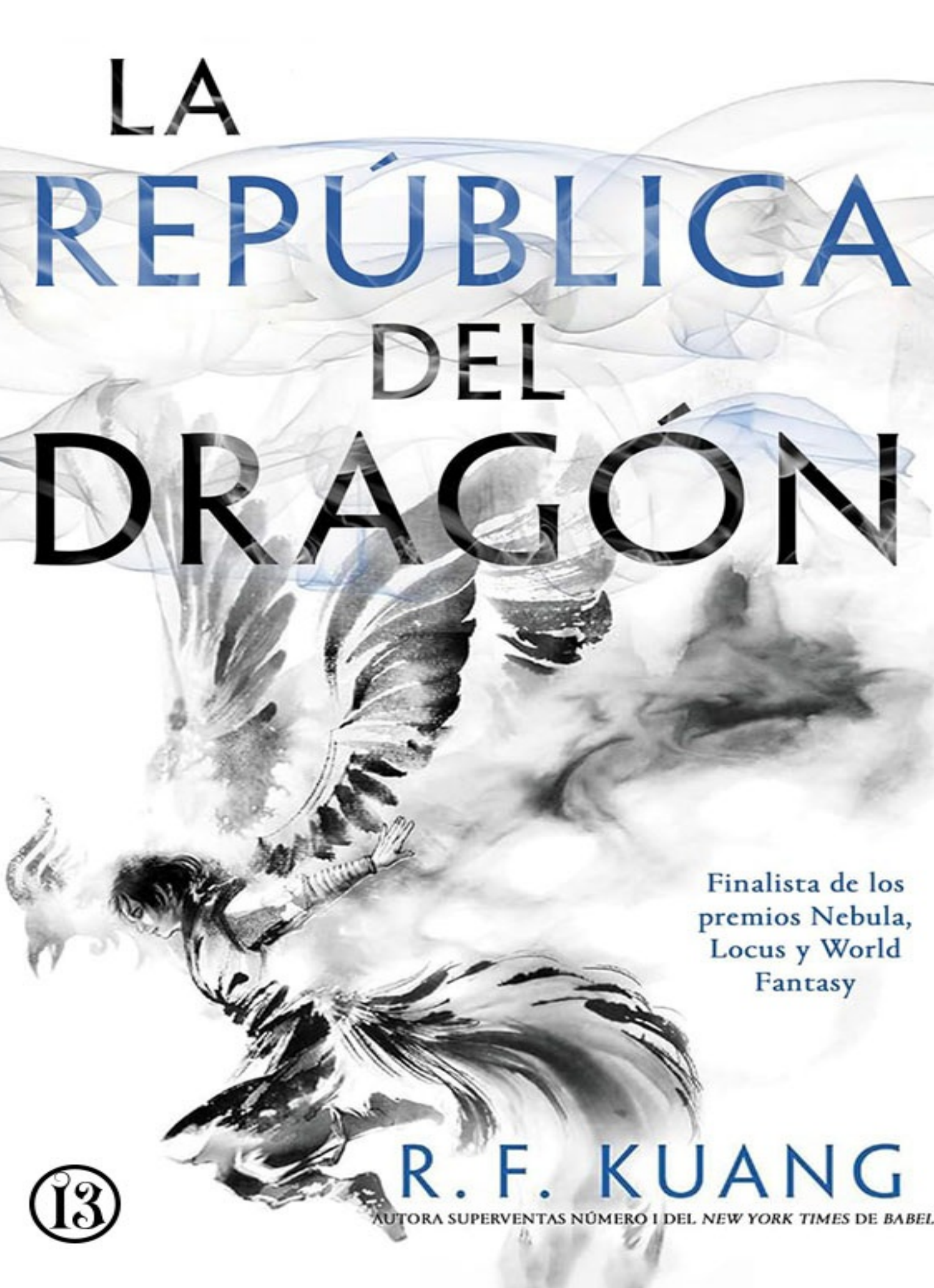
LA REPÚBLICA DEL DRAGÓN



Finalista de los premios Nebula, Locus y World Fantasy

R. F. KUANG

AUTORA SUPERVENTAS NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES* DE *BABEL*

13

La guerra ha acabado.

Y una nueva guerra acaba de empezar.

Tres veces a lo largo de su historia, Nikan ha luchado por su supervivencia en las sangrientas Guerras de la Amapola. Aunque la tercera acaba de terminar, Rin no puede olvidar la atrocidad que cometió para salvar a su pueblo. Ahora está tratando de librarse de su culpa, de su adicción al opio y de las órdenes asesinas del ardiente Fénix, el dios vengativo que ha bendecido a Rin con su temible poder.

Aunque no quiere seguir viviendo, se niega a morir hasta vengarse de la Emperatriz, que traicionó a la que fue la tierra natal de Rin. Su única esperanza es unir fuerzas con el poderoso jefe militar del Dragón, que planea conquistar Nikan, derrocar a la Emperatriz y crear una nueva república.

Pero ni la Emperatriz ni el jefe militar del Dragón son lo que parecen. Cuantas más atrocidades presencia Rin, más teme que su amor por Nikan la obligue a usar el apocalíptico poder del Fénix una vez más.

Porque Rin está dispuesta a sacrificar lo que haga falta para salvar a su país… y para conseguir su venganza.

R. F. Kuang

La república del dragón



La Guerra de la Amapola

2



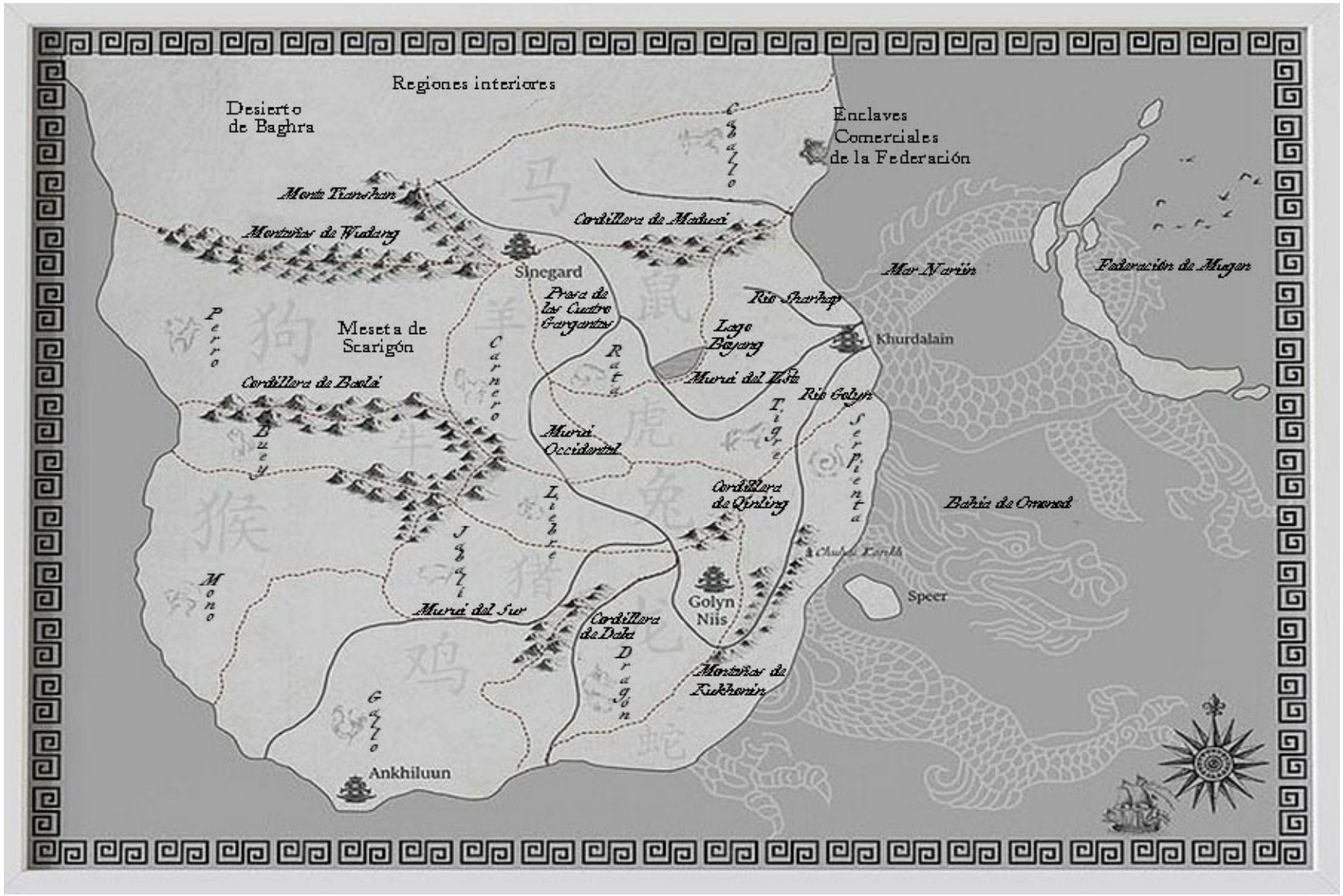
Título original: *The Dragon Republic*
R. F. Kuang, 2019
Traducción: Patricia Henríquez Espejo, 2024

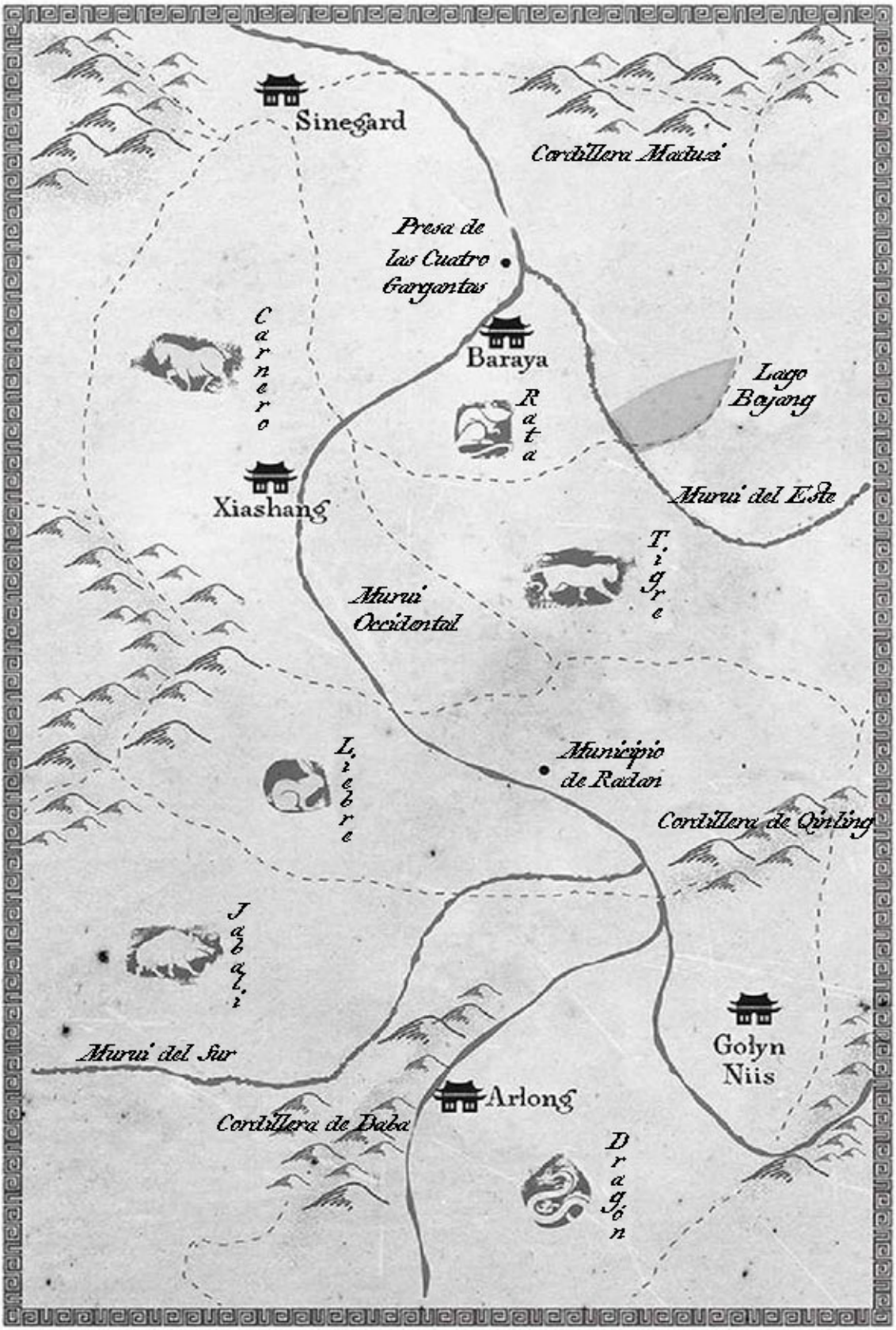
Revisión: 1.0

31/05/2024

Para

匡为华
匡萌芽
冯海潮
钟辉英
杜华
冯宝兰


Regiones interiores
Desierto de Baghra
Enclaves Comerciales de la Federación
Monte Tianshan
Montañas de Widang
Cordillera de Maduri
Sinegard
Mar Nariin
Federación de Magon
Río Sarhap
Meseta de Scarigón
Pico de las Cuatro Gargantas
Lago Bayang
Khurdalain
Mural del Este
Río Golyn
Cordillera de Badal
Mural Occidental
Cordillera de Qinling
Bahía de Omorad
Golyn Niis
Speer
Mural del Sur
Cordillera de Dalai
Montañas de Kukhanin
Ankhiluun


Sinegard
Cordillera Maduzi
Presa de las Cuatro Gargantas
Carnero
Baraya
Lago Bayang
Rata
Xiashang
Muruʼ del Este
Tigre
Muruʼ Occidental
Municipio de Radan
Liebre
Cordillera de Qinling
Jabali
Golyn Niis
Muruʼ del Sur
Arlong
Cordillera de Daba
Dragón

ARLONG, OCHO AÑOS ANTES

—Vamos —le suplicó Mingzha—. Por favor, quiero verlo.

Nezha agarró a su hermano de una de sus rechonchas muñecas y tiró de él para sacarlo de entre las sombras.

—No tenemos permitido aventurarnos más allá de los nenúfares.

—Pero ¿no quieres saber qué hay allí? —gimoteó el pequeño.

Nezha vaciló. Él también quería ver qué había en las cuevas que se encontraban en ese recodo. Las grutas del río de las Nueve Curvas habían supuesto todo un misterio para los pequeños Yin prácticamente desde que habían nacido. Se habían criado escuchando advertencias sobre los males latentes y tenebrosos que se ocultaban en la cueva; sobre monstruos que acechaban en su interior, que anhelaban que unos niños insensatos acabaran cayendo en sus fauces.

Solo eso habría bastado para llamar la atención de los jóvenes Yin, que eran intrépidos por naturaleza. Sin embargo, también habían oído rumores sobre grandes tesoros, sobre montañas de perlas, jade y oro sumergidas. El profesor de Clásicos de Nezha le había contado una vez que cada joya que se perdía en el agua acababa inevitablemente en esas grutas del río. Y en ocasiones, en los días despejados, desde la ventana de su habitación, el joven creía poder ver dentro de la cueva el resplandor de la luz del sol incidiendo sobre metales relucientes.

Llevaba años deseando desesperadamente explorar ese lugar, y ese día era el momento perfecto para hacerlo, cuando todos estaban demasiado ocupados como para prestarles atención. No obstante, proteger a Mingzha era su responsabilidad. Nunca antes le habían confiado el cuidado de su hermano completamente a él. Hasta ese día, siempre le habían dicho que era demasiado pequeño para ello. Pero esa semana, su padre estaba en la capital, Jinzha había acudido a la academia, Muzha se encontraba en el extranjero, en las Torres Grises de Hesperia, y el resto del palacio estaba demasiado ocupado con la repentina enfermedad que había contraído su madre, tanto que los sirvientes le habían encasquetado a Mingzha y les habían dicho a ambos que no se metieran en líos. Nezha quería demostrar que estaba a la altura de la tarea que le habían encomendado.

—¡Mingzha!

Su hermano se había vuelto a adentrar en las aguas poco profundas. Maldijo por lo bajo y corrió a meterse en ellas detrás de él. ¿Cómo podía ser tan rápido un niño de seis años?

—Vamos —le imploró Mingzha cuando logró agarrarlo por la cintura.

—No podemos —le dijo él—. Nos meteremos en un lío.

—Madre lleva toda la semana en cama. No se enterará. —El pequeño se retorció bajo el agarre de Nezha y esbozó una sonrisa traviesa—. No diré nada. Los sirvientes tampoco. ¿Y tú?

—Eres un diablillo —replicó su hermano.

—Solo quiero asomarme a la entrada. —Mingzha le sonrió esperanzado—. No tenemos por qué adentrarnos más. ¿Por favor?

Nezha cedió.

—Solo nos acercaremos hasta el recodo. Podemos ver la boca de la cueva desde allí. Y luego daremos media vuelta, ¿entendido?

Mingzha profirió un gritito de satisfacción y se lanzó al agua. Nezha lo siguió, agachándose para agarrarlo de la mano.

Nadie había sido jamás capaz de negarle algo a Mingzha. ¿Cómo iban a hacerlo? Era un niño regordete y feliz, una bolita achuchable, risueña y encantadora, el más preciado tesoro del palacio. Su padre lo adoraba. Jinzha y Muzha jugaban con él cuando el pequeño quería y nunca lo mandaban a paseo, como Jinzha solía hacer a menudo con Nezha.

Su madre era la que más lo mimaba. Tal vez se debiera a que sus otros hijos estaban destinados a ser soldados, pero a Mingzha podía tenerlo para ella sola. Lo vestía con sedas elegantemente bordadas y le ponía tantos amuletos de la suerte, hechos de oro y jade, que el crío tintineaba fuese donde fuese, abrumado por tener que cargar con tal fortuna. Los sirvientes de palacio bromeaban con que siempre podían oír dónde estaba Mingzha incluso antes de verlo. En ese momento, Nezha quiso detener a su hermano para poder quitarle las joyas, ya que le preocupaba que estas pudieran hundirlo bajo el agua, que ya le llegaba hasta el pecho, pero el pequeño seguía avanzando como si fuera de lo más ligero.

—Vamos a detenernos aquí —le dijo Nezha.

Se habían acercado a las grutas más que en toda su vida. La boca de la cueva estaba tan oscura que Nezha no podía ver más allá de un metro de la entrada. Lo que sí veía eran sus paredes hermosamente lisas, que brillaban con millones de colores distintos, lo que hacía que parecieran escamas de peces.

—Mira. —Mingzha señaló hacia algo que había en el agua—. Es la capa de padre.

Nezha frunció el ceño.

—¿Qué hace la capa de padre en el fondo del río?

A pesar de todo, no cabía duda de que esa pesada prenda, que se encontraba medio enterrada en la arena, pertenecía a Yin Vaisra. Nezha reconoció el escudo de armas del dragón, bordado con hilo plateado sobre un intenso color azul cerúleo, que solo los miembros de la dinastía Yin tenían permitido lucir.

Mingzha señaló la gruta más cercana.

—Ha venido de allí.

Nezha sintió un escalofrío inexplicable que le recorrió las venas.

—Mingzha, aléjate de ahí.

—¿Por qué? —El pequeño, cabezota e intrépido, vadeó hasta acercarse más a la cueva.

Comenzaron a formarse pequeñas ondas en el agua.

Nezha intentó tirar de su hermano hacia atrás.

—Mingzha, espera…

Algo gigantesco emergió de repente del agua.

Nezha vio una figura enorme y oscura, algo musculoso y en espiral, como una serpiente, antes de que una gran ola se cerniera sobre él y lo sumergiera en el agua.

El río no debería haber sido muy profundo. El agua solo le llegaba a Nezha hasta la cintura y a Mingzha hasta los hombros, y había perdido profundidad a medida que se habían ido adentrando en la gruta. Sin embargo, cuando Nezha abrió los ojos debajo del agua, la superficie pareció encontrarse a metros de distancia y el fondo dio la sensación de ser tan extenso como el palacio de Arlong.

Atisbo una luz de un verde claro que brillaba en el suelo de la gruta. Vio rostros, hermosos pero sin ojos. Rostros humanos incrustados en la arena y en los corales, y un sinfín de mosaicos compuestos de monedas de plata, jarrones de porcelana y lingotes de oro. Un lecho lleno de tesoros que se extendía a lo largo de la gruta, al menos hasta donde llegaba la luz.

Vislumbró un movimiento, una sombra oscura contra la luz que se esfumó igual de rápido que había aparecido.

Algo no encajaba en esa agua. Algo había provocado que se expandiera y se alteraran sus dimensiones. Debería haber sido poco honda y luminosa. No obstante, era profunda y oscura, además de estar terrible e hipnóticamente en calma.

A través del silencio, Nezha escuchó el débil sonido del grito de su hermano.

Pataleó frenéticamente para llegar hasta la superficie, que parecía encontrarse a kilómetros de distancia.

Cuando al fin sacó la cabeza del agua, el lugar volvió a ser poco profundo.

Entre jadeos, se secó los ojos.

—¿Mingzha?

Su hermano había desaparecido. Unos rastros carmesíes se hallaban esparcidos por el río. Algunos eran masas sólidas y llenas de grumos. Nezha sabía perfectamente lo que eran.

—¿Mingzha?

Las aguas estaban en calma. El joven cayó de rodillas y le dieron arcadas. El vómito se entremezcló con el agua manchada de sangre.

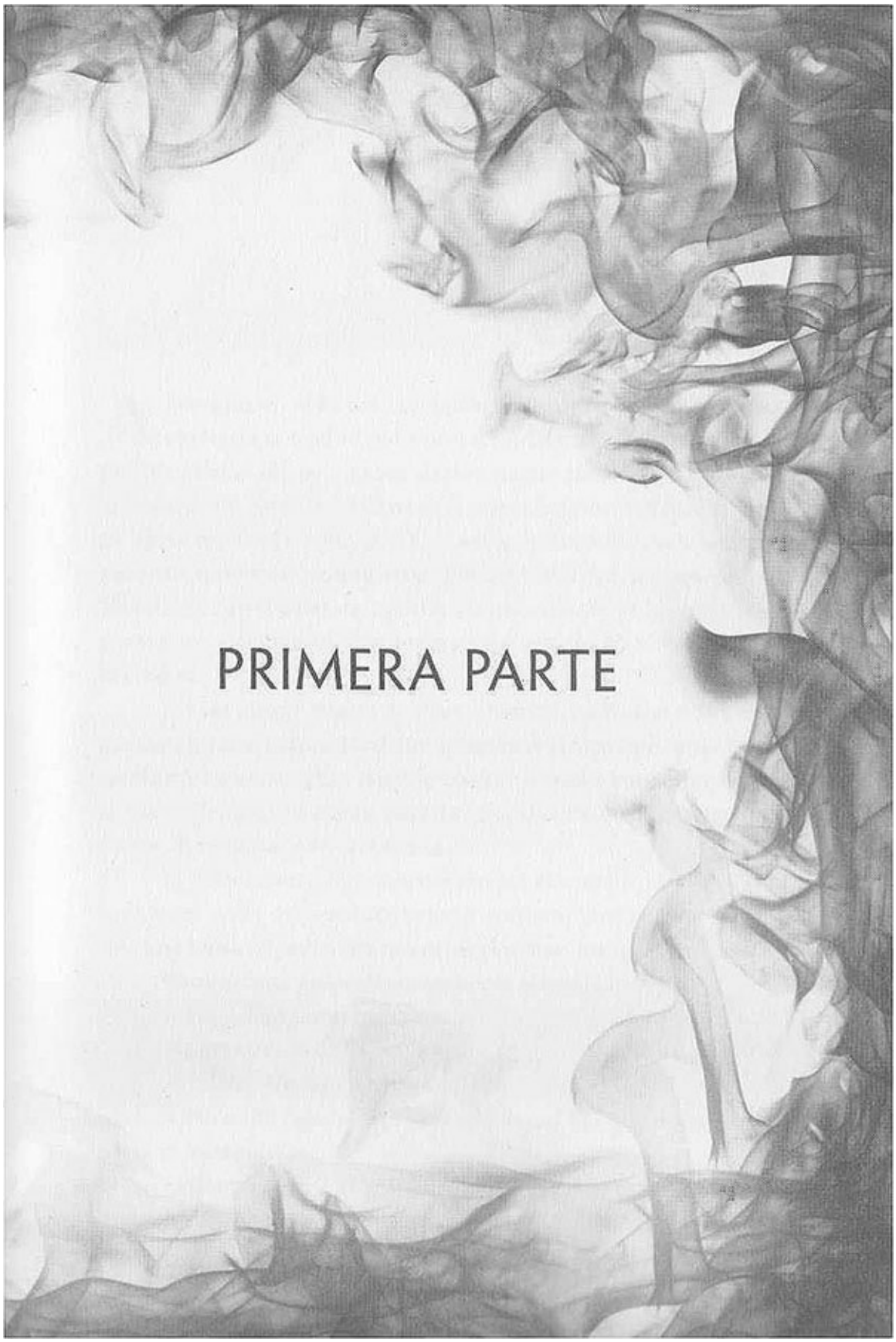
Oyó un tintineo contra las rocas.

Bajó la mirada y vio una tobillera dorada.

Entonces, observó cómo una forma oscura se alzaba delante de la gruta, y escuchó una voz que procedía de la nada y que lo sacudió hasta los huesos.

—Hola, pequeño.

Nezha gritó.



PRIMERA PARTE



1

Al amanecer, el Petrel navegaba a través de la espesa bruma hacia la ciudad portuaria de Adlaga. La seguridad del puerto, hecha añicos a causa de un ataque de los soldados de la Federación durante la Tercera Guerra de la Amapola, aún no se había reparado y era prácticamente inexistente, sobre todo para un navío de suministros que ondeaba los colores de la Milicia. El Petrel pasó sin problemas por delante de los oficiales portuarios y atracó lo más cerca que pudo de las murallas de la ciudad.

Rin se apoyó contra la proa. Intentaba disimular los espasmos en sus extremidades e ignorar el dolor punzante que sentía en las sienes. Era terrible cuánto deseaba consumir opio y, sin embargo, no podía hacerlo. Ese día necesitaba tener la mente despejada. Activa. Lúcida.

El Petrel chocó ligeramente contra el muelle. Los Cike se reunieron en la cubierta superior y contemplaron el cielo gris con una tensa expectación mientras pasaban los minutos. Ramsa daba golpecitos con el pie sobre la cubierta.

—Ha pasado una hora.

—Paciencia —dijo Chaghan.

—Tal vez Unegen se haya rajado —comentó Baji.

—No se ha rajado —intervino Rin—. Dijo que necesitaría hasta el mediodía.

—También sería el primero en aprovechar esta oportunidad para deshacerse de nosotros —añadió Baji.

No le faltaba razón. Unegen, que ya de por sí era el más asustadizo de entre los Cike, se había pasado días quejándose de la misión que les aguardaba. Rin lo había enviado a tierra antes que al resto para que le echara un ojo a su objetivo en Adlaga. Sin embargo, la hora del encuentro acordada se acercaba rápidamente a su fin y el Cike aún no había aparecido.

—No se atrevería —afirmó Rin, y se estremeció cuando el esfuerzo que le supuso hablar le provocó pequeñas punzadas en la base del cráneo—. Sabe que le daría caza y lo despellejaría vivo.

—Mmm —dijo Ramsa—. Piel de zorro. No me importaría tener una nueva estola.

Rin volvió a clavar la mirada en la ciudad. Adlaga era un extraño vestigio de lo que antes había sido un municipio, medio vivo y medio destruido. Una parte había acabado intacta después de la guerra; la otra había sido bombardeada tan a conciencia que la joven podía entrever los cimientos de los edificios que asomaban por entre la hierba ennegrecida. Aquella división por la

mitad parecía tan exacta que hasta habían quedado casas a medias: un lateral estaba ennegrecido y expuesto, y el otro, de algún modo, aunque se tambaleaba y era inestable contra los vientos del océano, seguía en pie.

A Rin le costaba imaginarse que alguien continuara viviendo en esa ciudad. Si la Federación había sido tan meticulosa allí como lo había sido en Golyn Niis, entonces lo único que debía de quedar eran cadáveres.

Por fin, un cuervo emergió de entre las ruinas ennegrecidas. Trazó dos círculos en el aire alrededor del barco y luego descendió en línea recta hacia el Petrel como si se hubiera fijado un objetivo. Qara alzó un brazo acolchado hacia el cielo. El cuervo frenó su descenso en picado y envolvió la muñeca de la joven con sus garras.

Ella le acarició la cabeza con el dedo índice, que fue bajando hacia su columna. El cuervo erizó sus plumas cuando la chica acercó la oreja a su pico. Pasaron varios segundos. Qara permaneció inmóvil con los ojos cerrados, escuchando atentamente algo que el resto no podía oír.

—Unegen ha localizado a Yuanfu —declaró la chica—. En el ayuntamiento. Dentro de dos horas.

—Creo que te has quedado sin estola —le dijo Baji a Ramsa.

Chaghan sacó un hatillo de debajo de la cubierta y vació su contenido sobre los tablones del suelo.

—Todos a vestirse.

A Ramsa se le había ocurrido la idea de que se disfrazaran con uniformes robados de la Milicia. Esos atuendos eran lo único que Moag no había podido venderles, pero tampoco les había costado mucho encontrarlos. Los cadáveres putrefactos yacían en pilas desordenadas en el borde de los caminos de cada ciudad costera abandonada. Solo necesitaron hacer dos viajes para dar con suficientes prendas que no estuvieran quemadas o cubiertas de sangre.

Rin tuvo que remangarse y subirse las perneras del pantalón del uniforme. Costaba encontrar cadáveres de su estatura. Reprimió las ganas que le entraron de vomitar mientras se ataba las botas. Le había quitado la camisa a un cuerpo medio achicharrado, metido dentro de una pira funeraria, y ni siquiera tres lavados en el agua salada del océano habían conseguido enmascarar el olor a carne quemada.

Ramsa, envuelto de forma absurda en un uniforme tres tallas más grande de lo que necesitaba, le dedicó un saludo militar.

—¿Qué aspecto tengo?

Rin se agachó para atarse bien los cordones de las botas.

—¿Para qué te has puesto eso?

—Rin, por favor…

—No vas a venir.

—Pero quiero…

—No vas a venir —repitió. Ramsa era un genio con las municiones, pero también era bajito, escuálido e increíblemente inútil en el combate cuerpo a cuerpo. Rin no pensaba perder a su único experto en pólvora solo porque no supiera empuñar una espada—. No me obligues a atarte al mástil.

—Venga ya —gimoteó Ramsa—. Llevamos semanas metidos en este barco y estoy ya tan mareado que me entran ganas de vomitar solo de caminar por la puta cubierta…

—Es lo que hay. —Rin pasó el cinturón por las trabillas que tenía alrededor de la cintura.

Ramsa se sacó un par de proyectiles del bolsillo.

—Entonces, ¿lanzarás tú estos?

Rin le dedicó una mirada severa.

—Me parece a mí que no entiendes que no queremos hacer saltar por los aires la ciudad.

—Ah, no, solo quieres derrocar al Gobierno actual. Eso es mucho mejor.

—Con las mínimas bajas civiles posibles, así que no te necesitamos. —Rin extendió una mano y le dio un golpecito al único barril que se encontraba apoyado contra el mástil—. Aratsha, ¿te importa vigilarlo? Asegúrate de que no abandona el barco.

Un rostro borroso, grotescamente transparente, emergió del agua. Aratsha pasaba la mayor parte de su tiempo en estado líquido para mover los barcos de los Cike hacia dondequiera que necesitaran ir. Cuando no estaba invocando a su dios, prefería descansar en su barril. Rin nunca lo había visto en su forma humana original. Ni siquiera estaba segura de que siguiera teniendo una.

Unas burbujas flotaron desde la boca de Aratsha cuando habló.

—Si no me queda otra.

—Buena suerte —masculló Ramsa—. Como si no fuera capaz de sortear un puto barril.

Aratsha inclinó la cabeza en dirección al chico.

—Harías bien en recordar que puedo ahogarte en cuestión de segundos.

Ramsa abrió la boca para replicar, pero Chaghan habló por encima de él.

—Coged lo que queráis. —El acero repiqueteó cuando el vidente vado un baúl de armas de la Milida sobre la cubierta. Baji se quejó en voz alta y sustituyó su llamativo rastrillo de nueve puntas por una espada reglamentaria de infantería. Suni tomó una alabarda imperial, pero Rin sabía que lo hacia solo para guardar las apariencias, ya que su especialidad era reventar cabezas con sus manos, que teman el tamaño de un escudo. No necesitaba nada más.

Rin se sujetó una cimitarra pirata curva a la cintura. No era un arma reglamentaria, pero las espadas de la Milicia eran demasiado pesadas como para que pudiera blandirías. Los herreros de Moag habían diseñado algo más ligero para ella. Aún no se había acostumbrado a empuñarla, pero dudaba que el día fuera a acabar en una lucha de espadas.

Si las cosas se torcían tanto como para que tuviera que luchar, utilizaría el fuego.

—Repasemos el plan. —Chaghan examinó con su mirada pálida a los Cike allí reunidos—. Esto requiere una precisión quirúrgica. Tenemos un solo objetivo. Se trata de un asesinato, no de una batalla. No le haréis ningún daño a los civiles.

Miró deliberadamente a Rin.

La joven se cruzó de brazos.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera por accidente.

—Ya lo sé.

—Venga ya —intervino Baji—. ¿Desde cuándo te importa tanto que haya heridos?

—Ya le hemos causado bastante daño a vuestro pueblo —declaró Chaghan.

—Más bien habéis sido vosotros —lo corrigió Baji—. No fui yo quien destruyó ese dique.

Qara se encogió al escuchar aquello, pero Chaghan hizo como si no hubiera oído ni una palabra.

—Se acabó lo de herir a los civiles. ¿Entendido?

Rin se limitó a encogerse de hombros. Al vidente le gustaba asumir el papel de comandante y, tal y como estaban las cosas, a ella le daba igual. Chaghan podía mangonearlos todo lo que quisiera. Lo único que le importaba a Rin era que completaran esa misión.

Tres meses. Veintinueve objetivos. Todos asesinados sin contratiempos. Debían meter una cabeza más en el interior de un saco antes de partir hacia el norte para asesinar a su último objetivo: la emperatriz Su Daji.

Rin sintió cómo el calor le subía por el cuello solo con pensar en ello. Las palmas de las manos también se le calentaron peligrosamente.

«Ahora no. Aún no». Inspiró profundamente. Y volvió a hacer lo mismo, esta vez más desesperada cuando el calor se le extendió por el torso.

Baji le plantó una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Rin espiró lentamente. Se obligó a contar hacia atrás desde diez, luego los números impares hasta el cuarenta y nueve, y después los números primos otra vez hacia atrás. Ese truco se lo había enseñado Altan y, por lo general, solía funcionar cuando se concentraba en no pensar en el esperiliano mientras lo hacía. El calor acabó disipándose.

—Estoy bien.

—¿Y estás despejada? —le preguntó.

—Sí —respondió con voz crispada.

Baji no le apartó la mano del hombro.

—¿Estás segura? Porque…

—Lo tengo bajo control —replicó de pronto la joven—. Vamos a cargarnos a ese desgraciado.

Tres meses antes, cuando los Cike habían zarpado de la isla de Speer, se habían enfrentado a un pequeño dilema.

Concretamente, que no tenían a dónde ir.

Sabían que no podían regresar al continente. Ramsa había señalado, con bastante astucia, que si la emperatriz había estado dispuesta a vender a los Cike a los científicos de la Federación, entonces no le alegraría nada verlos vivitos y coleando. Un viaje rápido y furtivo para hacerse con provisiones a una pequeña ciudad costera de la Provincia de la Serpiente había acabado confirmando sus sospechas. Los tablones de noticias del lugar estaban empapelados con carteles con sus caras. Los habían tachado de criminales de guerra. Se ofrecían recompensas por su arresto: quinientas monedas de plata imperiales si los atrapaban muertos y seiscientas si los atrapaban vivos.

Robaron tantas cajas de víveres como pudieron y salieron por patas de la Provincia de la Serpiente antes de que alguien los viese.

Cuando estuvieron de vuelta en la bahía de Omonod, sopesaron sus opciones. Lo único en lo que todos estuvieron de acuerdo fue en que tenían que asesinar a la emperatriz Su Daji: la Víbora, la última superviviente de la Tríada y la traidora que había vendido su nación a la Federación.

No obstante, ellos solo eran nueve (ocho sin contar a Kitay) contra la mujer más poderosa del

Imperio y las fuerzas conjuntas de la Milicia imperial. Los Cike contaban con pocas provisiones. Solo tenían las armas que llevaban encima y un velero robado tan hecho polvo que se pasaban la mitad del tiempo achicando agua de las cubiertas inferiores.

Así que pusieron rumbo al sur, más allá de la Provincia de la Serpiente, hacia el territorio del Gallo, y recorrieron el litoral hasta que llegaron a la ciudad portuaria de Ankhiluun. Una vez allí, habían acabado trabajando para la reina pirata Moag.

Rin jamás había conocido a nadie a quien respetara tanto como a Moag: la Zorra de Piedra, la Falsa Viuda y la despiadada gobernante de Ankhiluun. Era una consorte convertida en pirata que había pasado de ser una simple dama a una reina tras haber asesinado a su esposo, y que llevaba años gobernando Ankhiluun como un enclave ilegal de comercio exterior. Se había enfrentado a la Tríada durante la Segunda Guerra de la Amapola y, desde entonces, había estado eludiendo a los espías de la emperatriz.

Estaba más que dispuesta a ayudar a los Cike a *deshacerse* de Daji de una vez por todas.

A cambio, les había exigido treinta cabezas. Los Cike ya le habían hecho entrega de veintinueve. La mayoría eran de contrabandistas de poca monta, capitanes y mercenarios. La principal fuente de ingresos de Moag procedía de la importación y el contrabando de opio, y a la reina pirata le gustaba tener vigilados a los contrabandistas que no seguían sus normas… o que no le llenaban los bolsillos.

El trigésimo objetivo sería el más complicado. Ese día, Rin y los Cike pretendían derrocar al Gobierno local de Adlaga.

Moag llevaba años intentando meter la cabeza en el mercado de ese lugar. Esa pequeña ciudad costera no tenía mucho que ofrecer, pero sus ciudadanos, muchos de ellos aún adictos a los opiáceos desde la época de la ocupación de la Federación, gastarían de buen grado todos sus ahorros en las importaciones de Ankhiluun. Adlaga se había resistido al agresivo comercio de opio de Moag durante las dos últimas décadas solo *gracias a un* magistrado de la ciudad particularmente alerta, Yang Yuanfu, y a su administración.

Moag quería ver muerto a Yang Yuanfu. La especialidad de los Cike eran los asesinatos. Formaban la unión que toda casamentera desearía.

Tres meses. Veintinueve cabezas. Solo les quedaba un trabajo más y luego pasarían a contar con plata, barcos y bastantes soldados con los que distraer a la Guardia imperial el tiempo suficiente como para que Rin se acercara a Daji y le envolviera la garganta con sus dedos llameantes.

Si la seguridad del puerto dejaba que desear, la de las murallas era inexistente. Los Cike cruzaron los muros de Adlaga sin ningún tipo de problema, algo que no era difícil de conseguir si se tenía en cuenta que la Federación había hecho agujeros gigantescos a lo largo de toda la frontera y ninguno de ellos estaba protegido.

Unegen se encontró con los demás al otro lado de la entrada.

—Hemos escogido un buen día para cometer un asesinato —les dijo mientras los guiaba hacia un callejón—. Yuanfu estará a mediodía en la plaza de la ciudad para asistir a una ceremonia de conmemoración del conflicto bélico. Estará expuesto a plena luz del día y podremos sustraerlo desde los callejones sin que nos vean las caras.

A diferencia de Aratsha, Unegen prefería adoptar su aspecto humano cuando no estaba canalizando los poderes del espíritu del zorro para cambiar de forma. Sin embargo, a Rin siempre le había dado la impresión de que se comportaba de un modo claramente vulpino. Unegen era astuto, pero también fácil de asustar, y siempre desplazaba su mirada entornada de lado a lado para detectar así todas las rutas de escape posibles.

—Entonces, ¿cuánto tiempo tenemos? ¿Dos horas? —preguntó Rin.

—Un poco más. Hay un almacén a unas manzanas de aquí que está prácticamente vacío —le respondió—. Podemos esperar allí escondidos. Y luego…, mmm…, si las cosas se tuercen, podremos largarnos con facilidad.

Rin se giró hacia los Cike mientras trataba de tenerlo todo en consideración.

—Cuando Yuanfu aparezca, ocuparemos las esquinas de la plaza —decidió—. Suni, la sudoeste. Baji, la noroeste. Y yo, la nordeste.

—¿Distracciones? —preguntó Baji.

—No. —Por lo general, las distracciones eran una idea fantástica, y a Rin le encantaba encargarle a Suni que causara tantos estragos como pudiera mientras Baji o ella se lanzaban a cortarle el cuello a su objetivo. Sin embargo, durante una ceremonia pública, el riesgo que corrían los civiles era demasiado alto—. Dejaremos que Qara dispare primero. Los demás despejaremos el camino hasta el barco en caso de que nos encontremos con resistencia.

—¿Vamos a seguir fingiendo que somos mercenarios corrientes? —preguntó Suni.

—No nos queda otra —le respondió Rin. Hasta el momento, no lo habían hecho mal a la hora de ocultar el alcance de sus habilidades o, al menos, habían sabido silenciar a cualquiera que pudiera haber hecho correr el rumor. Daji no sabía que los Cike iban a por ella. Cuanto más tiempo los creyera muertos, mejor—. No obstante, vamos a lidiar con un adversario mejor que de costumbre, así que haced lo que sea necesario. Al final, lo único que queremos es una cabeza en una bolsa.

La joven inspiró hondo y repasó mentalmente el plan una vez más, considerándolo todo.

Funcionaría. Todo iba a salir bien.

Concebir estrategias con los Cike era como jugar una partida de ajedrez en la que contaba con varias piezas tremendamente poderosas, impredecibles y extrañas. Aratsha dominaba las aguas. Suni y Baji eran berserkers capaces de aniquilar escuadrones enteros sin esfuerzo. Unegen podía transformarse en un zorro. Qara no solo se comunicaba con las aves, sino que también podía acertar a un objetivo a cien metros de distancia. Y Chaghan… No estaba muy segura de qué era lo que hacía él exactamente, aparte de sacarla de quicio a la más mínima oportunidad, pero parecía ser capaz de hacer que la gente perdiera la cabeza.

Daba la impresión de que enfrentarse todos ellos juntos contra un simple funcionario y sus guardias era demasiado.

Sin embargo, Yang Yuanfu estaba acostumbrado a sufrir intentos de asesinato. Los pocos funcionarios incorruptibles que quedaban en el Imperio tenían que acabar acostumbrándose a ello. Dondequiera que fuera, Yuanfu se cubría las espaldas con un escuadrón compuesto por los hombres más curtidos en batalla de la provincia.

Rin sabía, gracias a los informes de Moag, que Yang Yuanfu había sobrevivido a al menos trece intentos de asesinato durante los últimos quince años. Sus guardias estaban familiarizados con la traición. Para pasar por encima de ellos era necesario contar con guerreros con habilidades

antinaturales. Era necesario un enfrentamiento descompensado.

Una vez que estuvieron en el interior del almacén, a los Cike solo les quedó esperar. Unegen hizo guardia junto a los listones de la pared sin dejar de moverse, inquieto. Chaghan y Qara estaban sentados en silencio con las espaldas apoyadas contra la pared. Suni y Baji se hallaban de pie, encorvados y con los brazos cruzados tranquilamente, como si estuvieran esperando a que los avisaran para cenar.

Rin se paseaba por la estancia, concentrándose en su respiración e intentando ignorar las punzadas de dolor que sentía en las sienes.

Según sus cálculos, hacía treinta horas que no consumía nada de opio. Llevaba semanas sin estar tanto tiempo limpia. Se retorcía las manos mientras caminaba para intentar detener los temblores.

No le servía de nada. Así tampoco conseguía acabar con el dolor de cabeza.

Mierda.

Al principio, creía necesitar el opio tan solo para superar su duelo. Se había planteado fumarlo por el alivio que le proporcionaba, hasta que los recuerdos de Speer y Altan pasaran a ser un dolor muy leve, hasta que pudiera funcionar sin sentir aquella asfixiante culpa por lo que había hecho.

Consideraba que «culpa» era la mejor palabra para describirlo. Ese sentimiento irracional, no el concepto moral. Porque se había convencido a sí misma de que no lo lamentaba, de que los mugeneses se merecían lo que les había pasado y de que nunca miraría hacia atrás. Sin embargo, el recuerdo se cernía sobre ella como un enorme abismo en su mente, y era allí donde lanzaba cada sentimiento humano que la atenazaba.

No obstante, el abismo no dejaba de llamarla para que mirara en él, para que cayera dentro.

Y el Fénix no quería dejarle olvidarlo. Quería que la joven se regodeara en ello. El dios se alimentaba de la rabia, y esta se hallaba intrínsicamente unida al pasado. Así que le abría las heridas de su mente con las garras y les prendía fuego, un día tras otro, porque de ese modo conseguía que recordara y que esos recuerdos avivaran su rabia.

Sin el opio, por la mente de Rin desfilaban visiones constantemente y, a menudo, eran más vividas que la realidad que la rodeaba.

A veces, eran sobre Altan. Otras veces, no. El Fénix servía de conducto para generaciones de recuerdos. Miles y miles de esperilianos le habían rezado al dios en mitad de su dolor y desesperación. Y él había recopilado, almacenado y luego prendido fuego a su sufrimiento.

Los recuerdos también podían ser engañosamente apacibles. En ocasiones, Rin veía a niños de piel morena correteando de arriba abajo por una prístina playa de arena blanca. Veía llamas altas ardiendo en la costa. No eran piras funerarias ni fuegos destructivos, sino hogueras. Fogatas. Lumbres cálidas y reconfortantes.

Y, otras veces, veía esperilianos, a bastantes como para poblar toda una próspera aldea. Siempre le maravillaba cuántos de ellos había, toda una raza de personas que a veces temía que fueran solo producto de sus sueños. Si el Fénix se quedaba más tiempo, entonces podía escuchar incluso fragmentos de conversaciones en una lengua que casi llegaba a comprender, podía ver destellos de rostros que casi llegaba a reconocer.

No eran las bestias feroces del folclore nikara. No eran los guerreros sin rostro que el Emperador Rojo había querido que fueran y que cada régimen a partir de entonces los había obligado a ser. Ellos amaban, reían y lloraban alrededor de sus hogueras. Eran personas.

Pero siempre, antes de que Rin pudiera sumergirse de lleno en el recuerdo de un legado del que no había formado parte, en el horizonte difuso veía llegar navíos desde la base naval de la Federación hacia tierra firme.

Lo que sucedía a continuación era una niebla de colores, perspectivas acumuladas que se sucedían demasiado rápido como para que Rin pudiera seguirles el ritmo. Gritos, chillidos, movimiento. Filas y más filas de esperilianos alineados en la playa empuñando armas.

No obstante, nunca era suficiente. La Federación debió de considerarlos salvajes que usaban palos para luchar contra dioses, y los estallidos de la pólvora procedente de los cañones iluminaron la aldea igual de rápido que si alguien hubiera encendido una antorcha.

Lanzaban bombas de gas, que emitían unos terribles e inocentes chasquidos, desde los barcos castillo. Allí donde tocaban tierra liberaban unas gigantescas y densas nubes de humo ácido y amarillo.

Las mujeres caían redondas. Los niños se retorcían. Los guerreros rompían filas. El gas no los mataba inmediatamente. Los creadores de ese artefacto no habían sido tan amables.

Entonces era cuando comenzaba la matanza. La Federación disparaba sin cesar e indiscriminadamente. Los arcos mugeneses podían lanzar tres flechas simultáneas, descargando un aluvión incesante de metal que desgarraba cuellos, cráneos, extremidades y corazones.

La sangre derramada dibujaba patrones marmóreos sobre la arena blanca. Los cuerpos caían inertes en el mismo punto en el que eran abatidos. Al amanecer, los generales de la Federación marchaban hacia la orilla, pisando con sus botas los cadáveres destrozados con absoluta indiferencia y avanzando para clavar su bandera en la arena empapada en sangre.

—Tenemos un problema —declaró Baji.

Rin salió de su ensimismamiento.

—¿Qué pasa?

—Echa un vistazo.

La joven escuchó el repentino sonido de unas campanillas tintineantes. Un sonido alegre, completamente fuera de lugar en esa ciudad en ruinas. Presionó el rostro contra el hueco que había entre los listones de las paredes del almacén. Un dragón de trapo se alzaba y descendía por entre el público, sujeto a unos postes que unos bailarines cargaban desde abajo. A estos los seguían más bailarines ondeando serpentinas y lazos, acompañados por músicos y funcionarios del Gobierno, quienes iban sentados sobre unas sillas de mano de un rojo intenso. Detrás de ellos se hallaba el público.

—Dijiste que sería una ceremonia pequeña —le espetó Rin—, no un puto desfile.

—Hace una hora estaba todo tranquilo —insistió Unegen.

—Y ahora toda la ciudad está apiñada en esa plaza. —Baji echó un vistazo a través de los listones—. ¿Vamos a seguir ciñéndonos a esa norma de no causar bajas civiles?

—Sí —dijo Chaghan antes de que Rin pudiese responder.

—Qué aburrido eres —comentó Baji.

—Las aglomeraciones facilitan el asesinato de un objetivo concreto —declaró Chaghan—. Tendremos más oportunidades de acercarnos. Podréis atacar sin que os vean y luego mezclaros entre la multitud antes de que sus guardias puedan reaccionar.

Rin abrió la boca para decir: «Aun así, hay muchos testigos». Pero los calambres que le causaba el síndrome de abstinencia aparecieron antes de poder hacerlo. Una oleada de dolor le recorrió los músculos. Se originó en sus tripas y desde allí se expandió, tan repentina que, por un momento, el mundo se oscureció y lo único que pudo hacer fue agarrarse el pecho entre jadeos.

—¿Estás bien? —le preguntó Baji.

Una bocanada de bilis le subió por la garganta antes de que pudiera responder. Le dio una arcada. Una segunda oleada de náuseas le revolvió las tripas. Y luego una tercera.

Baji apoyó una mano sobre su hombro.

—¿Rin?

—Que estoy bien —insistió por la que parecía ser la milésima vez.

No estaba bien. Volvía a doler le lo cabeza y, en esa ocasión, el dolor iba acompañado de náuseas que conseguían cerrarle el tórax y no la soltaban hasta que acababa doblada por la mitad y de rodillas entre gimoteos.

El vómito le salió despedido hacia el suelo.

—Cambio de planes —dijo Chaghan—. Rin, vuelve al barco.

La joven se limpió la boca.

—No.

—No estás en condiciones para sernos de utilidad.

—Soy tu comandante —replicó Rin—. Así que cierra el pico y haz lo que yo te diga.

Chaghan entornó la mirada. El silencio cayó sobre el almacén.

Rin llevaba meses echando un pulso con el vidente por el control de los Cike. Chaghan cuestionaba todas sus decisiones, aprovechaba cualquier oportunidad para dejar muy claro que creía que Altan había hecho una estupidez al elegirla a ella como comandante.

Y, para ser justos, Rin sabía que tenía razón.

Le aterrorizaba el liderazgo. La mayor parte de los planes de ataque que había ideado en los últimos tres meses acababan viéndose reducidos a un «Atacad todos al mismo tiempo y a ver si sobrevivimos a esto».

Sin embargo, dejando a un lado su aptitud como comandante, tenía que estar allí. Tenía que llegar al final de su misión en Adlaga. Desde que habían abandonado Speer, su síndrome de abstinencia no había dejado de empeorar. Durante sus primeras misiones para Moag, había sido una persona mayormente funcional. Pero luego, los interminables asesinatos, los gritos y los recuerdos de la batalla habían comenzado a avivar su rabia de nuevo hasta que había acabado pasando más horas del día drogada que despejada. E incluso cuando no estaba drogada, sentía como si estuviera al borde de la locura, porque el puto Fénix no se callaba nunca.

Tenía que alejarse del precipicio. Si no podía llevar a cabo esa misión tan básica y simple, si no podía asesinar a un funcionario local que ni siquiera era un chamán, entonces tampoco tendría ninguna posibilidad contra la emperatriz.

Y no podía perder su oportunidad de vengarse. Eso era lo único que le quedaba.

—No comprometas el plan —le dijo Chaghan.

—No me seas condescendiente —replicó ella.

Chaghan suspiró y se giró hacia Unegen.

—¿Puedes echarle un ojo? Te proporcionaré láudano.

—Creía que ahora me tocaba volver al barco —dijo Unegen.

—Cambio de planes.

—De acuerdo. —Unegen se encogió de hombros—. Si no me queda otra.

—Venga ya —intervino Rin—. No necesito una niñera.

—Esperarás en una esquina entre el público —le ordenó Chaghan, ignorándola sin más—. No te apartarás del lado de Unegen. Ambos seréis refuerzos y solo participaréis como último recurso.

Rin frunció el ceño.

—Chaghan…

—Ultimo recurso —repitió—. Ya has matado a bastantes civiles.

Había llegado la hora. Los Cike se separaron. Abandonaron uno por uno el almacén para mezclarse entre la multitud que avanzaba.

Rin y Unegen se entremezclaron con los ciudadanos de Adlaga sin mayor problema. Las calles principales estaban atestadas de civiles, todos atrapados en sus propias miserias. Había tantos ruidos y tanto que ver por todas partes que Rin, sin tener muy claro a dónde mirar, no pudo evitar sumirse en un leve estado de pánico constante.

Una exageradamente discordante mezcla del ruido de los gongs y los tambores de guerra amortiguaba la música del laúd que llegaba desde la parte delantera del desfile. Los comerciantes pregonaban sus mercancías cada vez que doblaban una esquina, gritando los precios con esa clase de urgencia que Rin asociaba a los avisos de evacuación. El confeti rojo para la celebración inundaba las calles, con los niños y los artistas callejeros lanzándolo a manos llenas. Era como si nevara trozos de papel rojo que cubrían cada superficie.

—¿Cómo es que tienen fondos para financiar esto? —murmuró Rin—. La Federación los dejó muriéndose de hambre.

—Habrán recibido ayuda de Sinegard —aventuró Unegen—. Fondos para celebrar el fin de la guerra. Así los tienen contentos y se aseguran su lealtad.

Rin divisaba comida por todas partes. Trozos enormes de sandía cortados en cuadrados y pinchados en palillos. Bollos de frijoles rojos. En las calles se alineaban puestos en los que vendían sopa de *dumplings* con salsa de soja y pastelillos de semillas de loto. Los comerciantes le daban la vuelta a las tortas de huevo con movimientos ágiles. El crepitar del aceite, en cualquier otra circunstancia, habría hecho que le entrara hambre. Sin embargo, ahora los penetrantes olores solo servían para hacer que se le revolviera el estómago.

Le parecía injusto e imposible al mismo tiempo que pudiera haber tanta abundancia de alimentos. Tan solo unos días antes, los Cike habían visto desde el barco a personas ahogando a sus bebés en el fango del río, porque esa era una muerte mucho más rápida y misericordiosa que dejarlos morir lentamente de hambre.

Si todo aquello procedía de Sinegard, eso significaba que la burocracia imperial había contado con esa provisión de alimentos durante todo ese tiempo. ¿Por qué no los habían repartido durante la guerra?

Si la población de Adlaga se hacía esa misma pregunta, no lo parecía. Todos aparentaban ser felices. Tenían los rostros relajados a causa del alivio, ya que la guerra había terminado, el Imperio había salido victorioso y estaban a salvo.

Y eso enfurecía a Rin.

Siempre le había costado controlar su rabia. Era consciente de ello. En Sinegard, había actuado constantemente movida por arranques furiosos e impulsivos, y luego había tenido que lidiar con las consecuencias. Pero ahora la rabia era algo permanente, una furia indescriptible que le había sido impuesta y que no podía contener ni controlar.

Tampoco era que quisiera hacerla desaparecer. La rabia era un escudo. La ayudaba a no tener que pararse a recordar lo que había hecho, porque, siempre y cuando estuviera cabreada, todo iría bien. De esa forma, actuaba de un modo razonable. Temía acabar desmoronándose por completo si dejaba de estar enfadada.

Intentaba distraerse escudriñando a la multitud en busca de Yang Yuanfu y sus guardias. Intentó concentrarse en la tarea que tenía por delante.

Pero su dios no se lo permitía.

«Mátalos», la animaba el Fénix. «No se merecen esta felicidad. No combatieron».

De pronto, tuvo una visión del mercado en llamas. Agitó la cabeza con frenesí, intentando deshacerse de la voz del dios. «No, detente…».

«Hazlos arder».

Comenzó a emanar calor de las palmas de sus manos. Se le retorcieron las tripas. No… Allí no, ahora no. Cerró los ojos con fuerza.

«Conviértelos en ceniza».

El latido de su corazón comenzó a acelerarse. Su campo de visión se vio reducido a un pequeño círculo y luego volvió a ampliarse. Se sintió febril. De repente, la multitud parecía estar plagada de enemigos. En un instante, todos pasaron a ser soldados de la Federación, uniformados de azul y con armas. Al siguiente, volvieron a ser civiles. Inspiró hondo y entrecortadamente para así intentar que le llegara el aire a los pulmones y cerró los ojos con fuerza mientras se concentraba en disipar esa neblina roja una vez más.

Pero no lo lograba.

Las risas, la música y los rostros sonrientes que la rodeaban solo provocaban que quisiera gritar.

¿Cómo se atrevían a seguir viviendo cuando Altan estaba muerto? Parecía terriblemente injusto que la vida pudiera seguir su curso y que esas personas estuvieran celebrando una guerra que no habían ganado, cuando los que la habían sufrido eran ellos…

El calor que sentía en las manos se intensificó.

Unegen la agarró por el hombro.

—Creía que tenías tus mierdas bajo control.

Rin se sobresaltó y se dio la vuelta.

—¡Y las tengo! —bufó. Lo había dicho demasiado alto. La gente a su alrededor comenzó a alejarse de ella.

Unegen tiró de Rin hasta quedarse en el borde de la multitud, bajo la seguridad que aportaban las sombras de las ruinas de Adlaga.

—Estás llamando la atención.

—Estoy bien, Unegen. Suéltame…

No lo hizo.

—Tienes que relajarte.

—Lo sé…

—No, tiene que ser ahora mismo. —Señaló con la cabeza por encima del hombro de la esperiliana—. Está aquí.

Rin se giró.

Y allí sentada se hallaba la emperatriz, a la que llevaban como si fuera una novia sobre un palanquín de seda roja.



2

La última vez que Rin se había encontrado con la emperatriz Su Daji, la joven estaba ardiendo a causa de la fiebre, demasiado delirante como para ver nada más que su rostro: encantador, hipnótico, con la piel como la porcelana y los ojos como las alas de una polilla.

La emperatriz estaba igual de arrebatadora que siempre. Tras la invasión de Mugen, todas las personas a las que Rin conocía parecían haber envejecido una década; estaban agotadas y llenas de cicatrices. Sin embargo, Su Daji estaba tan pálida, joven e inmaculada como siempre, como si existiera en un plano trascendental al que los mortales no tenían acceso.

A Rin se le aceleró la respiración.

Daji no tenía que estar allí.

Eso no debía pasar de ese modo.

Por su mente desfilaron imágenes del cuerpo de la emperatriz. Su cabeza partida contra el mármol blanco. El pálido cuello rajado de lado a lado. El cuerpo achicharrado por completo… Pero Daji no ardería de inmediato. Rin quería hacerlo lentamente, quería disfrutar de ello.

Un vitoreo se fue extendiendo de forma gradual entre la multitud.

La emperatriz se había asomado por entre las cortinas y había levantado una mano, tan blanca que prácticamente resplandecía bajo la luz del sol. Esbozó una sonrisa.

—Hemos salido victoriosos —dijo—. Hemos sobrevivido.

Rin sintió cómo la rabia se encendía en su interior, con tanta intensidad que estuvo a punto de ahogarse en ella. Sintió como si tuviera el cuerpo cubierto de picaduras de hormigas y no pudiera rascarse. La frustración bullía dentro de ella, suplicándole que la dejara estallar.

¿Cómo podía estar viva la emperatriz? Esa absoluta contradicción la enfurecía, el hecho de que Altan, el maestro Irjah y muchos otros hubieran muerto y, sin embargo, pareciera que Daji jamás hubiera siquiera resultado herida. Era la líder de la nación en la que se habían desangrado millones de personas a causa de una invasión sin sentido, una que ella misma había provocado. Pero allí estaba, como si acabara de llegar a un banquete.

Rin cargó hacia delante.

De inmediato, Unegen tiró de ella hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —Rin retorció los brazos para zafarse—. Voy a ir a por ella. Ve a buscar al

resto. Necesitaré refuerzos…

—¿Estás loca?

—¡La tenemos ahí mismo! ¡Nunca volveremos a tener una oportunidad tan buena como esta!

—Entonces, deja que lo haga Qara.

—Qara no la tiene a tiro —siseó Rin. La posición de Qara entre las ruinas del campanario era demasiado alta. No podría acertar con la flecha, no podría atravesar ni las ventanas del carruaje ni a la muchedumbre. En el interior del palanquín, Daji estaba protegida por todos los flancos. Cualquier disparo que le llegara de frente acabaría siendo bloqueado por los guardias que se encontraban plantados delante de ella.

Y lo que más le preocupaba a Rin era que Qara fuese incapaz de disparar. Sin duda, la joven debía de haber visto ya a la emperatriz, pero tal vez tuviese miedo de apuntar hacia los civiles o de revelar la ubicación de los Cike antes de que cualquiera de ellos la tuviese a tiro. Tal vez Qara hubiese decidido ser prudente.

A Rin la prudencia le daba igual. El universo le había dado esa oportunidad. Podía acabar con el problema en cuestión de minutos.

El Fénix se colaba en su conciencia, anhelante e impaciente. «Vamos, niña… Déjame que…».

Rin se clavó las uñas en las palmas de las manos. «Aún no».

Era mucha la distancia que la separaba de la emperatriz. Si se prendía fuego en ese momento, todos los que estaban en la plaza morirían.

Deseaba desesperadamente tener un mayor control sobre el fuego. O cualquier tipo de control. Pero el Fénix era la antítesis del control. El dios quería provocar un incendio descomunal y caótico, uno que consumiera todo lo que la rodeaba hasta donde llegaba la vista.

Y cuando Rin lo invocaba, no era capaz de distinguir su propio deseo del deseo del Fénix. El deseo del dios, el deseo de la joven, era causar una matanza, algo que requería mucho más para avivar su fuego.

Rin intentó pensar en otra cosa, en cualquier cosa que no fuera la rabia y la venganza. Pero, cuando miraba hacia la emperatriz, lo único que veía eran llamas.

Daji levantó la vista. Su mirada se cruzó con la de Rin. Alzó una mano y saludó.

La joven esperiliana se quedó petrificada. No podía apartar la mirada. Los ojos de Daji pasaron a ser ventanas que se transformaron en recuerdos y luego en humo, fuego, cadáveres y huesos. Sintió que caía hacia un océano negro, donde lo único que podía ver era a Altan prendiéndose fuego a sí mismo sobre un muelle como si fuese una antorcha humana.

Los labios de Daji se curvaron hasta formar una sonrisa cruel.

Entonces, los fuegos artificiales se encendieron detrás de Rin sin previo aviso: pop, pop, pop. Estuvo a punto de salírsele el corazón del pecho.

De repente, estaba chillando, con las manos sobre los oídos mientras le temblaba todo el cuerpo.

—¡Son fuegos artificiales! —siseó Unegen. La agarró por las muñecas para apartarle las manos de los oídos—. Son solo fuegos artificiales.

Pero aquello no significaba nada. Rin sabía que eran fuegos artificiales, pero ese era un pensamiento racional, y ese tipo de razonamientos no importaban cuando cerraba los ojos y detrás de los párpados, tras cada estallido de sonido, veía explosiones, extremidades que se desprendían, niños gritando…

Vio a un hombre colgando de los tablones del suelo de un edificio que había acabado partido en dos, intentando sujetarse con los dedos resbaladizos a la madera inclinada para no caerse hacia las estacas en llamas que tenía debajo. Vio a hombres y a mujeres colgados de los muros, cubiertos de un polvo blanco que podría haber hecho que los confundiese con estatuas si no hubiera visto la sombra oscura de la sangre rodeándolos a todos…

Demasiada gente. Estaba atrapada entre demasiadas personas. Cayó de rodillas, con el rostro enterrado entre las manos. La última vez que había estado entre una multitud como aquella, la gente había salido en estampida para huir del horror que había sido la ciudad de Khurdalain. Rin levantó la vista y miró a su alrededor, buscando rutas de escape sin encontrar ninguna. Solo vio muros interminables de cuerpos apiñados.

Era demasiado. Demasiado a lo que mirar, demasiada información… Su mente se derrumbó. De sus hombros salieron ráfagas y chispas de fuego que estallaban en el aire por encima de ella, lo que la hizo temblar aún más.

Aún había demasiadas personas. Estaban amontonadas, una masa abundante de brazos extendidos, una entidad sin nombre ni rostro que quería despedazar a Rin…

«Miles, cientos de miles… Y los borraste del mapa, los quemaste mientras estaban en la cama…».

—¡Rin, para! —gritó Unegen.

Pero eso dio igual. La multitud había formado un amplio círculo a su alrededor. Las madres apartaban a sus hijos. Los veteranos la señalaban y exclamaban.

Rin bajó la mirada. Salía humo de cada parte de su ser.

La litera de Daji había desaparecido. Sin duda, se habrían apresurado a ponerla a salvo. La presencia de Rin había supuesto una resplandeciente y luminosa advertencia. Una fila de guardias imperiales se abría paso a través de la atestada calle en su dirección, con los escudos en alto y las lanzas apuntando directamente hacia Rin.

—Ay, mierda —dijo Unegen.

Rin retrocedió tambaleándose, con las palmas de las manos extendidas hacia delante como si le pertenecieran a otra persona. De los dedos de esa otra persona salió fuego. Era otra la que estaba tirando del Fénix hacia ese mundo.

«Hazlos arder».

El fuego latía en su interior. Podía sentir la vibración de sus venas detrás de los ojos. La presión le provocaba pequeñas punzadas de dolor detrás de la sien, lo que provocó que se le desenfocara la visión.

«Mátalos».

El capitán de la Guardia gritó una orden. La Milicia cargó contra ella. Entonces, se activaron sus instintos defensivos y perdió todo su autocontrol. Escuchó un silencio ensordecedor en su cabeza y luego un ruido agudo e intenso, la carcajada triunfante de un dios que sabía que había ganado.

Cuando al fin fue capaz de mirar a Unegen, no vio a un hombre, vio un cuerpo achicharrado, un esqueleto blanco que relucía bajo pedazos de piel que se desprendían. Vio cómo se descomponía hasta convertirse en cenizas en cuestión de segundos, y le sorprendió lo limpias que eran. Prefería

aquello al revoltijo de huesos y carne del que estaba hecho ahora…

—¡Para!

Lo que escuchó no fue un grito, sino una súplica desesperada. Por una fracción de segundo, pudo ver el destello del rostro de Unegen a través de las cenizas.

Estaba matándolo. Sabía que lo estaba haciendo y no podía parar.

Ni siquiera podía mover sus propias extremidades. Permaneció inmóvil, con el fuego saliendo de ella, lo que la hizo mantenerse tan quieta como si se hubiera convertido en piedra.

«Hazlo arder», le dijo el Fénix.

—No, para…

«Esto es lo que quieres».

Eso no era lo que quería, pero no podía detenerlo. ¿Por qué el don del Fénix no incluía un mínimo de control? Consistía en un apetito que no hacía más que aumentar. El fuego consumía y quería cada vez más, y Mai'rinnen Tearza se lo había advertido en una ocasión, pero Rin no había querido escucharla, y ahora Unegen iba a morir…

Algo duro le tapó la boca. Le supo a láudano. Denso, dulce y empalagoso. En su cabeza se enfrentaban el pánico y el alivio mientras se asfixiaba y se resistía, pero Chaghan no dejaba de presionar el paño húmedo cada vez con más fuerza contra su cara a medida que el pecho de Rin subía y bajaba agitado.

La joven sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Profirió un grito ahogado.

—Respira —le ordenó Chaghan—. Calla. Limítate a respirar.

Rin se asfixiaba al percibir aquel olor enfermizo y familiar. Enki le había preparado eso muchas veces antes. Intentó no resistirse. Reprimió sus instintos naturales. Ella misma les había ordenado que hiciesen aquello, era lo que tenía que pasar.

Sin embargo, ser consciente de ello no hacía que fuera más fácil aceptarlo.

Le fallaron las piernas. Se le hundieron los hombros. Se desplomó sobre el costado de Chaghan.

El vidente la enderezó, se pasó uno de los brazos de la joven por el hombro y la ayudó a dirigirse hacia las escaleras. El humo cubría el camino. El calor no afectaba a Rin, pero podía ver cómo se le rizaba el pelo a Chaghan y se le ennegrecían las puntas.

—Joder —murmuró el vidente entre dientes.

—¿Dónde está Unegen? —balbuceó Rin.

—Está bien. Se pondrá bien…

Quería insistir en que le dejaran verlo, pero la lengua le pesaba demasiado como para poder formar palabras. Le fallaron las rodillas por completo, pero no sintió cómo caía en absoluto. El sedante estaba haciéndole efecto a través del flujo sanguíneo y el mundo pasó a ser un lugar ligero y aireado, territorio de los cuentos de hadas. Escuchó gritar a alguien. Sintió que la levantaban y la colocaban en el fondo del sampán.

Logró echar un último vistazo hacia atrás.

En el horizonte, toda la ciudad portuaria estaba igual de iluminada que un faro… Las lámparas alumbraban todas las cubiertas, las campanas y las señales de humo que ascendían hacia el cielo resplandeciente.

Todo centinela imperial podría divisar esa advertencia.

Rin se había aprendido los códigos estándar de la Milicia. Sabía lo que significaban esas

señales. Anunciaban la persecución de los traidores al trono.

—Enhorabuena —le dijo Chaghan—. Nos has echado a toda la Milicia encima.

—¿Qué vamos a…? —Rin sentía la lengua inerte y pesada dentro de la boca. Había perdido la capacidad de formar palabras.

El vidente apoyó una mano sobre su hombro y la empujó hacia abajo.

—Agáchate.

Rin se acercó de forma desgarbada hasta el espacio que había debajo de los asientos. Abrió mucho los ojos cuando vio la base de madera del barco a tan solo unos centímetros de su nariz, tan cerca que podía contar sus vetas. Las líneas que atravesaban la madera se arremolinaban formando imágenes de tinta. Rin se perdió en ellas. Entonces, la tinta pasó a adquirir colores y se convirtió en un mundo de rojos, negros y naranjas.

El abismo se abrió. Ese era el único momento en el que podía hacerlo, cuando Rin estaba tan drogada, tan fuera de control como para alejarse de la única cosa en la que se negaba a pensar.

Volaba sobre la Isla del Arco Largo. Observaba cómo el fuego de la montaña entraba en erupción, con regueros de lava hirviendo saliendo de su cúspide y corriendo en forma de riachuelos hacia las ciudades que se encontraban debajo.

Vio cómo destrozaba, hacía arder y terminaba con vidas que, al instante, acababan transformadas en humo. Era tan fácil como soplar una vela, como aplastar una polilla con un dedo. Era lo que Rin había querido y lo que había acabado sucediendo. Había hecho que su deseo se cumpliera como si fuera una diosa.

Siempre y cuando lo recordara desde esa desapegada vista de pájaro, no sentía ningún tipo de culpa. Más bien experimentaba una ligera curiosidad, como si hubiera prendido fuego a un hormiguero, como si hubiera empalado a un escarabajo con la punta de un cuchillo.

Cuando se mataban insectos no se sentía culpa, solo esa curiosidad encantadora e infantil al verlos retorcerse mientras morían.

Aquello no era un recuerdo ni una visión. Se trataba de una ilusión que había creado para sí misma, a la que regresaba cada vez que perdía el control y la sedaban.

Quería verlo. Necesitaba bailar en el abismo de ese recuerdo que no tenía, oscilar entre esa indiferencia fría digna de una diosa, tan característica de una asesina, y la culpa paralizante por haber hecho eso. Jugaba con su culpa igual que un niño mantiene la palma de la mano sobre la llama de una vela, atreviéndose a acercarse lo suficiente como para sentir esos latigazos de dolor.

Era una autoflagelación mental, el equivalente a clavarse una uña en una herida abierta. Por supuesto, ya conocía la respuesta, solo que no era capaz de admitirlo delante de nadie: había sepultado la isla, se había convertido en una asesina porque lo había querido.

—¿Se encuentra bien? —Era la voz de Ramsa—. ¿Por qué se está riendo?

Y luego, la voz de Chaghan:

—Se pondrá bien.

Sí, Rin quería gritar. Sí, se encontraba bien. Solo estaba soñando. Estaba atrapada entre ese mundo y el siguiente, embelesada por el delirio de lo que había hecho. Rodó sobre sí misma en el fondo del sampán y soltó unas risitas que fueron aumentando de volumen y se transformaron en sollozos intensos. Después lloró hasta que dejó de verlo todo.



3

—Despierta.

Alguien le pellizcaba el brazo. Rín se incorporó de golpe. Se llevó la mano derecha al cinturón, que ya no tenía allí, buscando un cuchillo que se hallaba en la otra estancia. Con la mano izquierda dio golpes a ciegas hacia un lado hasta darle a…

—¡Joder! —gritó Chaghan.

Rin se concentró con dificultad en su rostro. El joven retrocedió, con las manos extendidas frente a ella para demostrarle que no portaba ningún arma, solo un paño húmedo.

La esperiliana se pasó los dedos con frenesí por el cuello y las muñecas. Sabía que no estaba maniatada, estaba segura de ello, pero aun así tenía que comprobarlo.

Chaghan se frotó con fuerza la mejilla en la que comenzaba a aparecerle un moratón.

Rin no se disculpó por haberle pegado. El vidente sabía que no debería haber hecho eso. Todos lo sabían. Eran conscientes de que no debían tocarla sin preguntar. No debían acercársele por la espalda. No debían hacer movimientos bruscos o proferir sonidos repentinos a su alrededor a no ser que quisieran acabar convertidos en un trozo de carbón que se hundiera hasta el fondo de la bahía de Omonod.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —Le dio una arcada. La boca le sabía como si algo se le hubiera muerto dentro. Tenía la lengua seca igual que si se hubiera pasado horas lamiendo una tabla de madera.

—Un par de días —la informó Chaghan—. Ya era hora de que salieras de la cama.

—¿Días?

El chico se encogió de hombros.

—Creo que me confundí con la dosis. Al menos no te he matado.

Rin se frotó los ojos secos. Del lagrimal se le desprendieron pedacitos de mucosa endurecida. Vislumbró su rostro en el espejo que había al lado de la cama. No tenía las pupilas rojas. Estas tardaban un poco en volver a la normalidad después de que hubiera consumido cualquier tipo de opioide. No obstante, tenía el blanco de los ojos inyectado en sangre, plagado de venas gruesas que se extendían como telarañas.

Los recuerdos fueron apareciendo poco a poco en su mente, luchando por atravesar la niebla provocada por el láudano y aclararse. Rin cerró los ojos con fuerza, intentando diferenciar lo que

había sucedido realmente de lo que había soñado. Igual de despacio comenzó a sentir cómo se le revolvía el estómago, cómo sus pensamientos derivaban en preguntas.

—¿Dónde está Unegen…?

—Le quemaste la mitad del cuerpo. Estuviste a punto de matarlo. —El tono cortante de Chaghan no le mostró ni la más mínima compasión—. No pudimos traérnoslo con nosotros, así que Enki se quedó atrás para cuidar de él. Y…, mmm…, no van a volver.

Rin parpadeó varias veces, intentando que el mundo a su alrededor fuera menos borroso. Tenía la cabeza embotada, lo que hacía que se desorientase cada vez que se movía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque han abandonado los Cike.

La joven tardó varios segundos en asimilar lo que había escuchado.

—Pero… no pueden hacer eso. —Sintió cómo el pánico, denso y opresivo, le agarraba el pecho. Enki era el único médico que tenían, y Unegen era su mejor espía. Sin ellos, los Cike se veían reducidos a seis personas.

No podía matar a la emperatriz si solo eran seis.

—Tampoco puedes culparlos —dijo Chaghan.

—¡Nos juraron lealtad!

—Se la juraron a Tyr. A Altan. No tienen ninguna obligación para con una incompetente como tú. —Chaghan ladeó la cabeza—. Supongo que no hace falta que te diga que Daji se nos ha escapado.

Rin lo fulminó con la mirada.

—Creía que estabas de mi parte.

—Te dije que te ayudaría a matar a Su Daji —replicó el vidente—. En ningún momento dije que te apoyaría mientras pones en peligro las vidas de todos los que estamos a bordo de este barco.

—Pero los demás… —Un repentino temor se apoderó de ella—. Siguen apoyándome, ¿no? ¿Siguen siéndome leales?

—Esto no tiene nada que ver con la lealtad —le respondió—. Están aterrorizados.

—¿Por mí?

—Te crees el centro de todo, ¿verdad? —Chaghan curvó el labio hacia arriba—. Se temen a sí mismos. Ser un chamán en este Imperio es muy solitario, sobre todo cuando no sabes a ciencia cierta en qué momento perderás la cabeza.

—Lo sé. Eso puedo entenderlo.

—No entiendes nada. Lo que temen no es enloquecer. Saben que lo acabarán haciendo. Saben que no tardarán en ser como Feylen. Prisioneros dentro de sus propios cuerpos. Y cuando llegue ese día, quieren estar junto a las únicas otras personas que pueden ponerle fin. Ese es el motivo de que sigan aquí.

«Los Cike sacrifican a los suyos», le había dicho Altan una vez. «Los Cike se ocupan de sí mismos».

Eso significaba que se defendían entre ellos, pero también que protegían al mundo de sus miembros. Los Cike eran como niños que jugaban a hacer acrobacias, encaramándose de forma precaria unos encima de otros, confiando en que los demás evitaran que cayeran al abismo.

—Tu deber como comandante es protegerlos —declaró Chaghan—. Están contigo porque

tienen miedo y no saben a qué otro lugar acudir. Pero los pones en peligro con cada una de tus estúpidas decisiones y con tu completa falta de control.

Rin gimió y se agarró la cabeza con las manos. Cada palabra que pronunciaba era como si le clavaran un cuchillo en los tímpanos. Sabía que la había cagado, pero Chaghan parecía estar disfrutando enormemente de echárselo en cara.

—Solo déjame en paz.

—No. Sal de la cama y deja de comportarte como una niñata.

—Chaghan por favor…

—Eres un puto desastre.

—Eso ya lo sé.

—Sí, lo sabes desde que sucedió lo de Speer. Pero, en lugar de mejorar, no haces más que empeorar. Estás intentando solucionarlo todo con opio y eso te está destrozando.

—Lo sé —susurró Rin—. Es solo que… Está siempre ahí, gritando desde dentro de mi cabeza…

—Pues contrólalo.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Chaghan profirió un sonido de disgusto—. Altan lo hacía.

—Pero yo no soy Altan. —Rin no podía contener las lágrimas—. ¿Es eso lo que querías decirme? No soy tan fuerte como lo era él, no soy tan lista como él, no puedo hacer lo que él hacía…

Chaghan se rio con dureza.

—Ya, eso está claro.

—Ponte tú al mando entonces. Ya te comportas como si lo estuvieras, ¿por qué no aceptas el puesto directamente? A mí me importa una mierda.

—Porque Altan te nombró comandante a ti —se limitó a responder—. Y de nosotros dos, al menos yo sí sé cómo respetar su legado.

Eso hizo que Rin guardara silencio.

El vidente se inclinó hacia delante.

—Esta es la carga que te ha tocado. Aprenderás a controlarte y comenzarás a proteger a los demás.

—¿Y si eso no es posible? —inquirió Rin.

Los ojos pálidos de Chaghan ni siquiera parpadearon.

—¿Quieres que sea sincero? En ese caso, deberías acabar con tu vida.

Rin no tenía ni idea de qué responderle a eso.

—Si crees que no vas a poder con él, entonces es mejor que mueras —dijo Chaghan—. Porque el dios te corroerá. Convertirá tu cuerpo en un conducto y le prenderá fuego a todo, no solo a civiles y a Unegen, sino a todo el mundo a tu alrededor, a todo aquello que alguna vez has amado o te ha importado.

»Y una vez que hayas reducido el mundo a cenizas, desearás poder morir.

Rin encontró a los demás en el comedor cuando al fin recuperó la coordinación física como para recorrer el pasillo sin tropezarse.

—¿Qué es esto? —Ramsa escupió algo sobre la mesa—. ¿Excrementos de pájaro?

—Bayas de goji —le dijo Baji—. ¿No te gustan con las gachas?

—Están cubiertas de moho.

—Todo está cubierto de moho.

—Creía que íbamos a conseguir provisiones nuevas —gimió Ramsa.

—¿Con qué dinero? —le preguntó Suni.

—¡Somos los Cike! —exclamó el chico—. ¡Podríamos haberlas robado!

—Bueno, tampoco es que… —Baji se interrumpió cuando vio a Rin plantada en el umbral de la puerta. Ramsa y Suni siguieron su mirada. Todos guardaron silencio.

La joven les devolvió la mirada, completamente sin palabras. Creía que sabría qué decirles, pero ahora lo único que quería era llorar.

—Ya era hora de que te levantaras —pronunció al fin Ramsa. Apartó una silla para que Rin pudiera sentarse—. ¿Quieres comer algo? Tienes una pinta horrible.

Rin miró perpleja en su dirección. Las palabras le salieron en un susurro ronco.

—Solo quería deciros…

—No lo hagas —le dijo Baji.

—Pero es que…

—No —insistió—. Sé que es duro. Acabarás dominándolo. Altan lo hizo.

Suni asintió en silencio para expresar así su acuerdo.

Las ganas de llorar de Rin no hacían más que aumentar.

—Siéntate —le dijo Ramsa amablemente—. Come algo.

Rin se desplazó hacia el mostrador e intentó torpemente servirse un cuenco. Las gachas se escurrieron desde el cucharón hasta el suelo. La joven se encaminó hacia la mesa, pero la cubierta no dejaba de moverse bajo sus pies. Se desplomó sobre la silla con la respiración entrecortada.

Nadie comentó nada.

Rin echó un vistazo por la portilla. Se movían increíblemente rápido sobre el mar picado. No se veía la costa por ninguna parte. Una ola provocó que el suelo se balanceara y Rin sofocó las náuseas que le sobrevinieron.

—¿Al menos cogimos a Yang Yuanfu? —preguntó tras una pausa.

Baji asintió.

—Suni lo sustrajo durante el alboroto. Le reventó la cabeza contra una pared y tiró su cuerpo al océano mientras sus guardias estaban demasiado ocupados con Daji como para venir a por nosotros. Supongo que, al fin y al cabo, la táctica de distracción funcionó. Íbamos a decírtelo, pero estabas…, mmm…, incapacitada.

—Drogada hasta las cejas —añadió Ramsa—. Mirando al suelo y riéndote.

—Ya —respondió Rin—. ¿Y ahora vamos de camino a Ankhiluun?

—Lo más rápido que podemos. Tenemos a toda la Guardia imperial detrás de nosotros, pero dudo que vayan a seguirnos hasta el territorio de Moag.

—Tiene su lógica —murmuró Rin. Metió la cuchara en las gachas. Ramsa tenía razón sobre lo del moho. Había unos pegotes de color verdoso tirando a negro, tan grandes que casi hacían que fuera del todo incomible. Se le revolvió el estómago. Apartó el cuenco a un lado.

Los demás estaban sentados en torno a la mesa, inquietos, parpadeando y estableciendo contacto visual con todo menos con ella.

—He oído que Enki y Unegen se han marchado —dijo Rin.

Esa afirmación fue recibida con miradas ausentes y encogimientos de hombros.

Rin inspiró hondo.

—Bueno, supongo… que lo que quería decir era…

Baji la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—No nos vamos a ir a ninguna parte.

—Pero vosotros…

—No me gusta que me mientan. Y, sobre todo, no me gusta que me vendan. Daji se merece lo que va a recibir. Voy a llegar hasta el final con esto, pequeña esperiliana. No tienes que preocuparte por mi deserción.

Rin echó un vistazo alrededor de la mesa.

—Bueno, ¿y qué pasa con el resto de vosotros?

—Altan no se merecía ese final —se limitó a decir Suni, como si con eso bastara.

—Pero tú no tienes por qué quedarte. —Rin se giró hacia Ramsa. Joven, inocente, menudo, brillante y peligroso. La esperiliana quería asegurarse de que seguía apoyándola, pero sabía que era egoísta preguntárselo—. Es decir, no deberías quedarte.

Ramsa apuró el fondo de su cuenco. Parecía que esa conversación no le interesaba lo más mínimo.

—Creo que irme a cualquier otra parte acabaría siendo un poco aburrido.

—Pero solo eres un crío.

—Que te den. —Se hurgó el interior de la boca con el meñique, intentando sacarse algo que se le había quedado atascado detrás de los molares—. Tienes que entender que somos asesinos. Cuando te pasas toda tu vida haciendo una cosa, cuesta mucho dejarla atrás.

—Eso y que nuestra única otra opción es la prisión de Baghra —dijo Baji.

Ramsa asintió.

—Cómo odiaba Baghra.

Rin recordó que ninguno de los Cike tenía un buen historial con la ley nikara. De hecho, tampoco lo tenían con la sociedad civilizada.

Aratsha procedía de una pequeña aldea de la Provincia de la Serpiente donde los lugareños adoraban a un dios local del río que supuestamente los protegía contra las inundaciones. Él era un novicio recién iniciado en el culto a ese dios que se había convertido en el primer chamán en generaciones en lograr lo que sus predecesores habían afirmado que ellos mismos hacían. En el proceso, había ahogado a dos niñas por accidente. Había estado a punto de ser apedreado hasta la muerte por los mismos aldeanos que habían alabado a sus fraudulentos profesores cuando Tyr, el antiguo comandante de los Cike, lo había reclutado para llevárselo al Castillo de la Noche.

Ramsa procedía de una familia de alquimistas que preparaban pólvora para la Milicia hasta que una explosión accidental cerca del palacio había acabado con la vida de sus padres, lo había dejado a él sin un ojo y había provocado que terminara encerrado en la notoria prisión de Baghra por una presunta conspiración para asesinar a la emperatriz. Había estado allí hasta que Tyr lo había sacado de su celda con el fin de que creara armas para los Cike.

Rin no sabía mucho sobre Baji ni sobre Suni. Estaba al corriente de que ambos habían llegado a estudiar en Sinegard y de que habían sido alumnos de las clases de Folclore. Sabía que los habían expulsado cuando las cosas se habían puesto muy feas. Sabía que ambos habían pasado

algo de tiempo en Baghra. Pero ninguno de los dos le daría mucha más información.

Los mellizos, Chaghan y Qara, eran igual de misteriosos. No procedían del Imperio. Hablaban nikara con un cadencioso acento de las regiones interiores. No obstante, cuando les preguntaban sobre su hogar, hablaban en términos muy vagos. «Nuestro hogar está muy lejos. Nuestro hogar es el Castillo de la Noche».

Rin comprendía qué era lo que intentaban decir. Ellos, igual que el resto, simplemente no tenían otro lugar al que ir.

—¿Qué pasa? —preguntó Baji—. Es como si quisieras que nos largásemos.

—No es eso —respondió Rin—. Es solo que… No consigo que desaparezca. Estoy asustada.

—¿Por qué?

—Me asusta haceros daño. Lo de Adlaga se repetirá. No puedo hacer que el Fénix se marche, y tampoco soy capaz de detenerlo y…

—Porque eres nueva en esto —la interrumpió Baji. Su tono fue muy amable. ¿Cómo era posible que lo fuera?—. Todos hemos estado en tu posición. Quieren utilizar nuestros cuerpos constantemente. Y crees que estás al borde de la locura, que es ahora cuando al fin vas a sucumbir, pero no es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, con el tiempo, se hace más fácil. Llegará un momento en el que aprendas a vivir al borde de la locura.

—Pero no puedo prometer que no vaya a…

—No lo harás. Y volveremos a ir a por Daji. Y seguiremos yendo a por ella una y otra vez, todas las veces que haga falta, hasta que la matemos. Tyr no nos dejó tirados. Nosotros no te dejaremos tirada a ti. Los Cike existimos justo para esto.

Rin se quedó mirándolo, afligida. No era merecedora de todo eso, fuera lo que fuese. No era amistad, eso no se lo merecía. Tampoco era lealtad, algo que se merecía todavía menos. Se trataba más bien de camaradería, un vínculo que se había formado a causa de una traición compartida. La emperatriz los había vendido a la Federación a cambio de plata y una canción, y ninguno de ellos descansaría hasta que los ríos se tiñeran de rojo con su sangre.

—No sé qué decir.

—Limítate a cerrar el pico y a dejar de quejarte. —Ramsa volvió a plantarle su cuenco delante —. Cómete tus gachas. El moho es nutritivo.

La noche cayó sobre la bahía de Omonod. El Petrel recorría la costa al amparo de la oscuridad, impulsado por una fuerza chamánica tan poderosa que, en cuestión de horas, había perdido de vista a sus perseguidores imperiales. Los Cike se dispersaron: Qara y Chaghan estaban en su camarote, donde permanecían la mayor parte del tiempo, apartados del resto; Suni y Ramsa estaban en la parte delantera de la cubierta superior, montando guardia nocturna; y Baji estaba en su hamaca, en la zona comunal.

Rin se encerró en su camarote para librar una batalla mental contra su dios.

No le quedaba mucho tiempo. El efecto del láudano casi había desaparecido. Apoyó una silla contra el pomo de la puerta, se sentó en el suelo, metió la cabeza entre las rodillas y aguardó a escuchar la voz del dios.

Esperó hasta volver a ese estado en el que el Fénix quería asumir pleno control de ella y le gritaba lo que tenía que hacer hasta que la joven le obedecía.

Esa vez, Rin le replicaría.

Colocó un pequeño cuchillo de caza junto a su rodilla. Cerró los ojos con fuerza. Sintió cómo los últimos restos del láudano recorrían su flujo sanguíneo y cómo desaparecía la nube que le adormecía la mente. Sintió esa intensa contracción en el estómago y en las tripas de la que nunca podía librarse. Y junto a la terrorífica posibilidad de alcanzar la sobriedad, sintió que adquiría consciencia de sí misma.

Siempre se remontaba al mismo momento, meses atrás, cuando había estado a cuatro patas en aquel templo en la isla de Speer. El Fénix había disfrutado de aquello porque, para el dios, había sido el punto álgido de su poder destructivo. Y no dejaba de recordárselo porque quería que creyera que el único modo de aceptar ese horror era terminando el trabajo.

El dios quería que hiciera arder ese barco. Que asesinara a todos los que la rodeaban. Luego, quería que encontrara un modo de llegar a tierra y que comenzara a quemar también esa zona. Igual que una pequeña llama que se prendía en la esquina de una hoja de papel, Rin tenía que adentrarse en el continente y quemarlo todo a su paso hasta que no quedara nada más que una página en blanco de cenizas.

Y entonces, estaría limpia.

Había escuchado una sinfonía de gritos, voces tanto conjuntas como individuales, voces en esperiliano o mugenés… Daba igual, porque la agonía silenciosa no requería de ninguna lengua.

Rin no podía soportar que fueran cifras y, al mismo tiempo, no lo fueran, y que la línea siguiera difuminándose. Era horrible porque, siempre y cuando continuaran siendo simples cifras, no era algo tan malo. Sin embargo, si pasaba a considerarlas vidas, entonces la multiplicación de esas cifras era insoportable…

En ese momento, los gritos pasaron a transformarse en Altan.

Tenía el rostro astillado entre las grietas que se le habían formado en la piel y que se habían convertido en carbón; los ojos le ardían de un color naranja, las lágrimas negras le formaban riachuelos a lo largo del rostro, el fuego lo desgarraba desde su interior… y Rin no podía hacer nada al respecto.

—Lo siento —susurró la joven—. Lo siento. Lo siento, lo he intentado…

—Deberías haber sido tú —le respondió Altan. Tenía los labios cuarteados y cubiertos de ampollas, y se le desprendían revelando el hueso que había debajo—. Deberías haber muerto. Deberías haber sido tú la que acabara en llamas. —Su rostro se convirtió en ceniza, y luego pasó a ser un cráneo, que apoyó contra el de Rin. Le envolvió el cuello con los dedos huesudos—. Deberías haber sido tú.

En ese momento, la joven era incapaz de discernir si esos pensamientos eran del dios o suyos, solo sabía que eran tan potentes que ahogaban el resto de las cosas que le pasaban por la mente.

«Quiero que te duela».

«Quiero que mueras».

«Quiero que ardas».

—¡No! —Rin se clavó el cuchillo en el muslo. El dolor tan solo le otorgó un respiro temporal, una blancura cegadora que le vació la mente. Pero entonces, el fuego regresó.

Había fracasado.

Igual que la última vez, y la vez anterior a esa. Había fracasado cada vez que lo había intentado. A esas alturas no sabía por qué seguía intentándolo, salvo para torturarse a sí misma con la certeza de que no podía controlar el fuego que se propagaba por su mente.

El corte que se infligió se sumó a una serie de heridas abiertas que le cubrían los brazos y las piernas, heridas que se había hecho hacía semanas y que mantenía abiertas porque, a pesar de que era solo temporal, el dolor seguía siendo la única opción que se le ocurría, aparte del opio.

Y entonces, no pudo seguir pensando.

Sus movimientos pasaron a ser automáticos y todo sucedió con demasiada facilidad: hizo rodar la piedra de opio entre las palmas de sus manos, vio el chispazo de la pequeña llama y luego percibió el olor a caramelo cristalizado que ocultaba algo podrido.

Lo bueno del opio era que, una vez que lo inhalaba, todo dejaba de importar. Y, durante horas, salía de su mundo y podía librarse de lidiar con la responsabilidad de su existencia.

Dio una calada.

Las llamas menguaron. Los recuerdos desaparecieron. El mundo dejó de dolerle, e incluso la frustración de la derrota se desvaneció tras una tediosa nada. Y lo único que quedó fue ese humo tan dulce.



4

—¿Sabíais que Ankhiluun cuenta con un departamento gubernamental especial que se dedica a averiguar cuánto peso puede soportar la ciudad? —preguntó Ramsa alegremente.

Era el único de todos ellos que podía recorrer con facilidad la Ciudad Flotante. Se adelantaba dando saltos, cruzando sin esfuerzo las pasarelas estrechas que se extendían por encima de los canales fangosos, mientras que los demás avanzaban con mucha cautela sobre los tablones tambaleantes.

—¿Y cuánto peso soporta? —inquirió Baji, dándole el gusto.

—Creo que ahora mismo se aproxima a su capacidad máxima —respondió—. Tendrán que hacer algo con su población. De lo contrario, Ankhiluun comenzará a hundirse.

—Podrían mandarlos al continente —dijo Baji—. Seguro que hemos perdido un par de cientos de miles de personas en los últimos meses.

—O podrían enviarlos a combatir en otra guerra. Esa es una buena forma de deshacerse de la gente. —Ramsa saltó hacia el siguiente puente.

Rin los seguía por detrás con torpeza, parpadeando con esfuerzo bajo el implacable sol del sur.

No había abandonado su camarote del barco durante días. Había estado administrándose la menor cantidad diaria posible de opio, suficiente como para mantener la mente adormecida, pero sin dejarla incapacitada. No obstante, hasta esa mínima cantidad le había fastidiado tanto el sentido del equilibrio que tuvo que ir agarrada del brazo de Baji mientras caminaban sobre tierra firme.

Rin odiaba Ankhiluun. Detestaba el salado y penetrante olor a mar que la seguía dondequiera que fuese. Detestaba lo ruidosa que era la ciudad, a los piratas y comerciantes que se gritaban entre ellos en el *pidgin* típico de Ankhiluun, una mezcla ininteligible entre el nikara y las lenguas occidentales. Odiaba que la Ciudad Flotante se tambaleara sobre el mar abierto, balanceándose de un lado a otro con cada ola, tanto que, incluso estando parada, Rin sentía que estaba a punto de caerse.

No habría ido hasta allí si no hubiera sido absolutamente necesario. Ankhiluun era el único lugar en el Imperio en el que podía estar, en cierta medida, a salvo. Y era el sitio que daba cobijo

a las únicas personas dispuestas a venderle armas a ella.

Y opio.

Al finalizar la Primera Guerra de la Amapola, la República de Hesperia se había reunido con los delegados de la Federación de Mugen para firmar un tratado que establecía dos zonas neutrales en la costa de Nikan. La primera había sido el puerto internacional de Khurdalain. La segunda, la ciudad flotante de Ankhiluun.

En el pasado, cuando se trataba únicamente de un humilde puerto, esa ciudad tan solo contaba con un montón de edificios desperdigados y anodinos de una sola planta y sin sótano, ya que las arenas de la endeble orilla no soportaban ninguna construcción más pesada.

Pero entonces la Tríada había ganado la Segunda Guerra de la Amapola y el Emperador Dragón había bombardeado la mitad de la flota hesperiana, dejándola hecha añicos en el mar del Sur de Nikan.

Tras librarse de los extranjeros, Ankhiluun había florecido. Los lugareños habían ocupado los navíos medio destrozados de la flota como si fueran parásitos marinos, uniéndolos entre ellos para formar la Ciudad Flotante. Ahora, Ankhiluun se extendía de forma precaria desde la orilla como si fuera una telaraña estirada, con una serie de tablones de madera que formaban una red de pasarelas entre la infinidad de navíos anclados en la orilla.

La ciudad era la coyuntura a través de la que la amapola, en todas sus formas, entraba en el Imperio. Los clíperes cargados de opio de Moag zarpaban desde el hemisferio occidental y depositaban su cargamento en esos navíos que ahora eran cascarones gigantes y vacíos que servían a modo de almacén. Allí lo recogían los barcos de contrabando, largos y estrechos, y lo transportaban por los afluentes que se extendían desde el río Murui, inyectándolo de manera constante en el flujo sanguíneo del Imperio igual que si fuera veneno.

Ankhiluun contaba con opio barato y en abundancia, y eso se traducía en un glorioso y pacífico estado de inconsciencia: horas y más horas en las que Rin no tenía que pensar ni recordar nada en absoluto.

Y ese era el principal motivo por el que odiaba la ciudad. Hacia que sintiera un miedo terrible. Cuanto más tiempo pasaba allí, encerrada a solas en su camarote mientras se dejaba ir a la deriva gracias a las drogas de Moag, menos sentía que fuese capaz de marcharse de ese lugar.

—Qué raro —dijo Baji—. Creía que nos recibirían con más entusiasmo.

Para llegar al centro de la ciudad, habían tenido que pasar cerca de mercados flotantes, pilas de basura desperdigadas por los canales y una sucesión de los característicos bares de Ankhiluun, que no contaban con bancos ni sillas, tan solo con unas cuerdas colgadas de pared a pared en las que los clientes podían agarrarse por las axilas cuando estaban borrachos.

Llevaban ya más de media hora caminando. Se habían adentrado bastante en la ciudad y habían pasado por delante de las narices de sus residentes, pero nadie los había interceptado.

Moag debía de saber que habían regresado. La reina pirata estaba al corriente de todo lo que sucedía en la Ciudad Flotante.

—A Moag le gusta jugar a estas dinámicas de poder político. —Rin se detuvo para coger aire. Los tablones tambaleantes le provocaban ganas de vomitar—. No viene a buscarnos, tenemos que ir nosotros hasta ella.

Conseguir una audiencia con Chiang Moag no era nada fácil. La reina pirata se rodeaba de tantos niveles de seguridad que nadie sabía dónde se encontraba en un momento determinado. Solo las Azucenas Negras, su cohorte de espías y asistentes, podían hacerle llegar un mensaje de forma directa. Solo podían dar con esas mujeres en la chabacana barcaza del placer que flotaba en el centro del canal principal de la ciudad.

Rin levantó la mirada, y acercó una mano a su frente para protegerse los ojos del sol.

—Ahí.

La Orquídea Negra, más que un barco, era una mansión flotante de tres pisos. De sus tejados inclinados en forma de pagoda colgaban farolillos de colores estridentes, y una música animada y subida de tono salía constantemente por sus ventanas empapeladas. Cada día, a partir del mediodía, la Orquídea Negra se desplazaba a lo largo del canal en calma y recogía a clientes que llegaban hasta su cubierta en unos sampanes de color rojo chillón.

Rin rebuscó en sus bolsillos.

—¿Alguno tiene una moneda de cobre?

—Yo. —Baji le lanzó una moneda al barquero del sampán, que acercó su navío a la orilla para llevar a los Cike hasta la barcaza del placer.

Unas cuantas Azucenas, apoyadas como si nada en la barandilla del segundo piso, los saludaron con la mano con aire despreocupado a medida que se acercaban. Baji les dedicó un silbido.

—No hagas eso —murmuró Rin.

—¿Por qué? —preguntó Baji—. Las pone contentas. Mira, están sonriendo.

—No, les hace creer que eres un blanco fácil.

Las Azucenas eran el ejército privado de Moag, formado por unas mujeres increíblemente atractivas, todas con los pechos del tamaño de peras y con las cinturas tan estrechas que parecía que estuvieran a punto de partirse por la mitad. Contaban con formación en artes marciales y lingüística y, sin lugar a dudas, eran el grupo de mujeres más detestable al que Rin había conocido.

Una Azucena se detuvo delante de ellos en lo alto de la rampa, con una diminuta mano extendida hacia fuera, como si pudiera impedirles físicamente que subieran a bordo.

—No tenéis ninguna cita.

Sin duda, se trataba de la chica nueva. No podría tener más de quince años. En el rostro solo llevaba unas leves pinceladas de pintalabios; sus pechos no eran más que pequeñas protuberancias contra su camisa, y no parecía ser consciente de que estaba en presencia de algunas de las personas más peligrosas del Imperio.

—Soy Fang Runin —declaró la comandante de los Cike.

La chica la miró perpleja.

—¿Quién?

Rin escuchó cómo Ramsa intentaba disimular la risa entre un fingido ataque de tos.

—Fang Runin —repitió—. No necesito ninguna cita.

—Ay, cariño, aquí las cosas no funcionan así. —La chica tamborileó con los dedos delgados sobre su increíblemente estrecha cintura—. Tienes que pedir una cita, y estamos hasta arriba de reservas durante los próximos días. —Echó un vistazo por detrás de Rin para ver a Baji, Suni y Ramsa—. Además, cobramos extra cuando se trata de grupos a partir de cuatro personas. A las

chicas no les gusta tener que compartir.

Rin se llevó la mano a su cuchillo.

—Escúchame, mierdecilla…

—Retrocede. —De pronto, la chica pasó a sostener un puñado de agujas entre sus dedos, que debía de tener guardadas bajo la manga. Las puntas eran del color violeta del veneno—. Nadie toca a una Azucena.

Rin refrenó las repentinas ganas que le entraron de abofetearla.

—Si no te echas a un lado en este mismo instante, te meteré este cuchillo por el…

—Anda, vaya sorpresa. —Las cortinas de seda de la puerta de entrada se agitaron y una figura voluptuosa salió a cubierta. Rin sofocó un quejido.

Se trataba de Sarana, una de las Azucenas Negras de mayor rango y la favorita de Moag. Había actuado de intermediaria entre la reina pirata y los Cike desde que estos habían llegado a Ankhiluun hacía tres meses. Tenía una lengua insoportablemente afilada, una obsesión con las insinuaciones de carácter sexual y, según Baji, los pechos más perfectos al sur del Murui.

Rin la detestaba.

—Qué alegría verte por aquí. —Sarana se acercó, inclinando la cabeza hacia un lado—. Creíamos que no te interesaban las mujeres.

Tenía una forma muy característica de contonearse cuando hablaba, y acentuaba cada palabra con un movimiento de cadera. Baji profirió un ruido ahogado. Ramsa se quedó mirándole descaradamente el pecho.

—Tengo que ver a Moag —dijo Rin.

—Moag está ocupada —replicó Sarana.

—Creo que Moag sabe que es mejor no hacerme esperar.

Sarana arqueó las cejas, que las llevaba muy finas.

—A Moag no le gusta que le falten al respeto.

—¿Puedo serte franca? —soltó Rin—. A no ser que quieras que este barco acabe envuelto en llamas, ve a buscar a tu jefa y dile que quiero verla.

La Azucena fingió un bostezo.

—Pórtate bien conmigo, esperiliana. De lo contrario, te delataré.

—Podría hundir esta barcaza en cuestión de minutos.

—Y Moag ordenaría que te ensartaran con un montón de flechas antes de que pudieras bajarte de este barco. —Sarana agitó la mano con desdén—. Y ahora largo, esperiliana. Ya enviaremos a alguien a buscarte cuando Moag esté lista.

Rin enfureció.

Qué puta osadía.

Tal vez Sarana lo hubiese dicho a modo de insulto, pero era cierto que Rin era esperiliana. Ella solita había ganado la Tercera Guerra de la Amapola. Había enterrado a todo un puto país. No había llegado tan lejos solo para cotorrear con una estúpida zorra de las Azucenas.

Extendió las manos y agarró a Sarana del cuello. La Azucena intentó coger el adorno que llevaba en el pelo y que, sin duda, estaría envenenado, pero Rin la golpeó contra la pared, le clavó un codo contra la garganta y le inmovilizó la muñeca derecha con la otra mano.

Se inclinó hacia delante para presionar los labios contra la oreja de Sarana.

—Puede que creas que ahora estás a salvo. Tal vez dé media vuelta y me marche. Así podrás

alardear de que lograste asustar a la esperiliana delante de las otras zorras. ¡Qué suerte la tuya! Pero entonces, una noche, cuando hayas apagado los faroles y hayas recogido la rampa, olerás el humo procedente de tu camarote. Correrás hacia cubierta, pero para entonces las llamas arderán con tanta fuerza que no verás a más de un metro de distancia. Sabrás que he sido yo, pero no podrás decirle nada a Moag porque una cortina de fuego abrasará tu bonita piel, y lo último que verás antes de saltar desde el barco hacia el agua hirviendo será mi cara mientras me río. —Rin le clavó el codo con más fuerza contra la garganta pálida—. No intentes joderme, Sarana.

La Azucena Negra dio unas palmadas nerviosas contra las muñecas de Rin.

La esperiliana ladeó la cabeza.

—¿Qué?

La voz de Sarana era un susurro ahogado.

—Puede que Moag… haga una excepción.

Rin la soltó. La Azucena se desplomó contra la pared, abanicándose el rostro con frenesí.

La niebla roja que se había apoderado de la visión periférica de Rin acabó disipándose. Cerró un puño y volvió a abrirlo, dejó escapar un largo suspiro y luego se secó la palma de la mano en su túnica.

—Eso está mejor.

—Ya hemos llegado —anunció Sarana.

Rin fue a quitarse la venda que le cubría el rostro. La Azucena la había obligado a que fuera sola. Los demás no tuvieron ningún problema en esperarla en la barcaza del placer. La manifiesta vulnerabilidad en la que se hallaba la esperiliana había provocado que continuara sufriendo sus habituales temblores y sudores durante toda la travesía por los canales.

Al principio, no vio más que oscuridad. Entonces, su vista comenzó a acostumbrarse a las luces mortecinas y vio que unas lámparas de gas diminutas y parpadeantes iluminaban la estancia. No divisó ninguna ventana, y no había ni rastro de la luz del sol. No sabía si se encontraban en el interior de un barco o en un edificio, si había caído ya la noche o si la habitación simplemente estaba sellada a la perfección para que no entrase nada de luz del exterior. El aire allí dentro era mucho más frío que el de fuera. Creyó poder seguir sintiendo el balanceo del mar por debajo de ella, pero era tan ligero que no sabía si era real o si se lo estaba imaginando.

Dondequiera que estuviera, el edificio era enorme. ¿Un buque de guerra varado? ¿Un almacén?

Vio unos muebles robustos con las patas curvas que seguramente eran de origen extranjero. En el Imperio no se tallaban mesas como esa. A lo largo de las paredes colgaban retratos, aunque no representaban a hombres nikaras. Sus modelos tenían la piel clara y un aspecto enfadado, y todos llevaban unas pelucas blancas con formas absurdas. Una mesa enorme, lo bastante larga como para que se sentasen a su alrededor veinte personas, ocupaba el centro de la estancia.

En el otro extremo, flanqueada por un escuadrón de arqueras de las Azucenas, se hallaba sentada la mismísima reina pirata.

—Runin. —La voz de Moag era ronca, profunda y extrañamente irresistible—. Siempre es un placer.

En las calles de Ankhiluun, a Moag la llamaban la Viuda de Piedra. Era una mujer alta y de

espalda ancha, más atractiva que guapa. Se decía por ahí que había sido prostituta en la bahía y que se había casado con uno de los muchos capitanes piratas de Ankhiluun. Pero entonces su marido había fallecido sin que las circunstancias de su muerte fueran debidamente investigadas. Moag había ido ascendiendo de manera constante entre las filas de la jerarquía pirata de la ciudad y había acabado consolidando una flota de una fuerza sin precedentes. Había sido la primera en lograr unificar las facciones piratas de Ankhiluun bajo una misma bandera. Antes de su reinado, todo tipo de bandidos de la ciudad habían estado enfrentados entre ellos, igual que las doce provincias de Nikan habían estado en guerra desde la muerte del Emperador Rojo. En cierto modo, Moag había logrado hacer lo que Daji nunca conseguiría. Había convencido a las distintas facciones de soldados para que sirvieran a una única causa: la suya.

—Creo que nunca habías estado en mi despacho privado. —Moag señaló alrededor de la estancia—. Es bonito, ¿verdad? Los hesperianos eran insoportablemente molestos, pero se les daba bien la decoración.

—¿Qué les sucedió a sus anteriores propietarios? —preguntó Rin.

—Eso depende. Doy por sentado que la Armada de Hesperia enseñó a nadar a sus soldados. —La reina pirata le hizo un gesto hacia la silla que quedaba frente a ella—. Siéntate.

—No, gracias. —Ya no soportaba estar sentada en una silla. Odiaba el modo en el que las mesas le bloqueaban las piernas. Si quería saltar o intentaba correr, se golpearía las rodillas contra la madera, lo que le haría perder un valioso tiempo de huida.

—Como quieras. —Moag ladeó la cabeza—. He oído que lo de Adlaga no salió bien.

—Hubo un contratiempo —le explicó Rin—. Tuve un encuentro sorpresa con Daji.

—Ah, lo sé —respondió Moag—. Todo el litoral se ha enterado. Te harás una idea de cómo han vendido esto desde Sinegard, ¿no? Eres la esperiliana corrupta, la traidora a la Corona. Tus captores mugeneses te hicieron enloquecer, y ahora eres una amenaza para todo el que se cruce en tu camino. La recompensa que le han puesto a tu cabeza ha subido a seis mil monedas de plata imperiales. El doble si te atrapan con vida.

—Qué bien —dijo Rin.

—No pareces preocupada.

—No se equivocan. —La esperiliana se inclinó hacia delante—. Mira, Yang Yuanfu está muerto. No te hemos podido traer su cabeza, pero tus espías te lo confirmarán todo en cuanto pisen Adlaga. Ahora, págame.

Moag ignoró lo que le dijo y apoyó la barbilla sobre la punta de sus dedos.

—No lo entiendo. ¿Por qué te tomas tantas molestias?

—Venga ya, Moag…

La reina pirata alzó una mano para mandarle callar.

—Explícamelo. Tienes un poder que va más allá de lo que la mayoría de las personas podrían soñar. Podrías hacer lo que quisieras. Convertirte en una jefa militar. En una pirata. Joder, hasta en capitana de uno de mis barcos, si es lo que deseas. ¿Por qué sigues con esa fijación por la emperatriz?

—Porque Daji fue quien inició esta guerra —declaró Rin—. Porque asesinó a mis amigos. Porque continúa sentada en el trono y no debería estar allí. Porque alguien tiene que matarla, y quiero ser yo.

—Pero ¿por qué? —insistió Moag—. Nadie odia a la emperatriz tanto como yo, pero tienes

que entender algo, pequeña: no vas a encontrar ningún aliado. La revolución está muy bien en teoría, pero, a la hora de la verdad, nadie quiere morir.

—No le pido a nadie más que se juegue el cuello. Solo tienes que proporcionarme armas.

—¿Y si fracasas? ¿No crees que la Milicia rastreará tus suministros para saber de dónde han salido?

—He asesinado a treinta hombres para ti —estalló Rin—. Me debes todos los suministros que te pida. Ese era el acuerdo. Ahora no puedes…

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —Moag se inclinó hacia delante. Con los dedos repletos de anillos, rodeaba la empuñadura de su daga. Todo aquello parecía estar divirtiéndola mucho—. ¿Crees que te debo algo? ¿Dónde está el contrato? ¿A qué leyes te acoges? ¿Qué piensas hacer, llevarme ante la justicia?

Rin se quedó perpleja.

—Pero dijiste que…

—«Pero dijiste…». —Moag se burló de ella poniendo voz de pito—. La gente dice cosas que luego no cumple constantemente, pequeña esperiliana.

—Pero ¡teníamos un acuerdo! —Rin elevó la voz, pero sus palabras sonaron lastimeras, no dominantes. Le sonaron infantiles hasta a ella misma.

Varias Azucenas dejaron escapar risitas desde detrás de sus abanicos.

Rin cerró las manos en puños. El opio que le quedaba en la sangre la ayudaba a evitar estallar en llamas, pero, aun así, toda su visión se vio teñida de una neblina escarlata.

Inspiró hondo. «Cálmate».

Matar a Moag quizás la hiciera sentirse bien por un momento, pero dudaba que lograra salir viva de Ankhiluun después de eso.

—¿Sabes? Para alguien con tu pedigrí, eres increíblemente idiota —dijo Moag—. Habilidades esperilianas, instruida en Sinegard, al servicio de la Milicia, y aun así no entiendes cómo funciona el mundo. Si quieres conseguir algo, necesitas fuerza bruta. Yo te necesito, y soy la única capaz de pagarte, por lo que tú también me necesitas a mí. Quéjate todo lo que quieras. No te irás a ninguna parte.

—Pero no me estás pagando. —Rin no pudo contenerse—. Así que… que te den.

Apuntaron once flechas hacia la frente de Rin antes de que pudiera moverse.

—Atrás —siseó Sarana.

—No seas tan dramática. —Moag se examinó las uñas pintadas—. Intento ayudarte, ¿sabes? Eres joven. Tienes toda la vida por delante. ¿Por qué quieres malgastarla en vengarte?

—Necesito ir a la capital —insistió la joven con cabezonería—. Y si no me proporcionas los suministros, me iré a buscarlos a otra parte.

Moag suspiró exageradamente, se presionó las sienes con los dedos y luego cruzó los brazos encima de la mesa.

—Te propongo algo. Un trabajo más y te daré todo lo que quieres. ¿Te parece bien?

—¿Cómo dices? ¿Y se supone que ahora tengo que confiar en ti?

—¿Qué otra opción tienes?

Rin lo sopesó.

—¿De qué tipo de trabajo se trata?

—¿Qué opinas sobre las batallas navales?

—Las odio. —A Rin no le gustaba estar en mar abierto. De momento, solo había aceptado aquellos trabajos que eran entierra firme, y Moag lo sabía. En el océano, podían incapacitarla con mucha facilidad.

El fuego y el agua no eran una buena combinación.

—Estoy segura de que una generosa recompensa servirá para hacerte cambiar de opinión. —La reina pirata rebuscó por su escritorio, sacó un boceto en carbón de un barco y lo deslizó sobre la mesa—. Este es el Garza Real. Un velero estándar para cargar opio. Velas rojas, con la bandera de Ankhiluun… A no ser que el capitán la haya cambiado. Lleva meses sin que su contabilidad cuadre.

Rin la contempló.

—¿Quieres que mate a alguien porque ha cometido un error de contabilidad?

—Se está quedando con más de lo que le corresponde de los beneficios. Ha sido muy inteligente a la hora de hacerlo. Tiene a un contable que falsea los números, por lo que tardo semanas en detectar los errores. Pero conservamos copias por triplicado de todo. Las cifras no mienten. Quiero que hundas ese barco.

Rin analizó el dibujo. Reconoció el tipo de barco. Moag contaba con al menos una docena de esos veleros en el muelle de Ankhiluun.

—¿Sigue ese capitán en la ciudad?

—No, pero se espera que regrese a puerto dentro de un par de días. Cree que no estoy enterada de lo que ha hecho.

—Entonces, ¿por qué no te deshaces tú misma de él?

—En circunstancias normales, lo haría —le respondió—. Pero entonces, tendría que aplicarle la justicia pirata.

—¿Desde cuándo importa la justicia en Ankhiluun?

—Que tengamos independencia del Imperio no quiere decir que esto sea una anarquía, querida. Tendríamos que celebrar un juicio. Es el procedimiento estándar para los casos de malversación. Pero no quiero que tenga un juicio justo. Es popular, cuenta con demasiados amigos en esta ciudad y, si yo misma le aplicara un castigo, acabaría sufriendo represalias. No estoy de humor para jugar a la política. Quiero que lo hundas en el agua.

—¿Sin prisioneros?

Moag esbozó una sonrisa.

—No son una prioridad.

—Entonces, tendré que pedirte prestado un velero.

La sonrisa de la reina pirata se ensanchó.

—Si me haces este favor, hasta podrás quedarte con el velero.

Aquello no era lo ideal. Rin necesitaba un barco con los colores de la Milicia, no un navío de contrabando. Y tal vez Moag acabara por no proporcionarle armas ni dinero. No… Tenía que dar por hecho que la reina pirata la engañaría de un modo u otro.

Sin embargo, no tenía nada con lo que negociar. Moag contaba con barcos y soldados, así que era ella quien podía dictar las condiciones. Lo único que Rin tenía era la habilidad de matar a gente, y no había nadie mejor a quien vendérsela.

No le quedaba otra opción. Estaba estratégicamente acorralada y no se le ocurría ninguna forma de salir de ese bloqueo.

Pero conocía a alguien a quien tal vez sí que se le ocurriera un modo.

—Quiero otra cosa más —le dijo a la reina pirata—. La dirección de Kitay.

—¿Kitay? —Moag entornó la mirada. Rin pudo ver cómo le daba vueltas al asunto, cómo intentaba determinar si podía perjudicarla, si le merecía la pena ser caritativa.

—Somos amigos —le dijo Rin con la mayor gentileza posible—. Eramos compañeros de clase. Me preocupo por él. Eso es todo.

—¿Y me preguntas por él justo ahora?

—No vamos a huir de la ciudad, si eso es lo que te preocupa.

—Ah, no, nunca lo conseguiríais. —Moag le dedicó una mirada de lástima—. Pero Kitay me ha pedido que no te diga dónde se encuentra.

Rin supuso que eso no debería haberla sorprendido. Aun así, le dolía.

—Da igual —dijo—. Sigo queriendo la dirección.

—Le di mi palabra de que le guardaría el secreto.

—Tu palabra no tiene ningún valor, vieja bruja. —Rin no pudo evitar perder la paciencia—. Ahora mismo, solo me estás vacilando para divertirte.

Moag rio.

—Muy bien. Está en el antiguo distrito extranjero. En una casa franca al final de la pasarela. Verás los símbolos de la flota de la Chatarra Roja en las jambas de las puertas. Tengo a un guardia apostado allí, pero le diré que te deje pasar si te ve. ¿Quieres que avise a Kitay de que vas a presentarte allí?

—No, por favor —dijo Rin—. Quiero darle una sorpresa.

El antiguo distrito extranjero estaba tranquilo y silencioso. Era un extraño oasis de calma en mitad de la cacofonía interminable que suponía Ankhiluun. Allí la mitad de las casas estaban abandonadas. Nadie las había habitado desde que los hesperianos se habían marchado, y los edificios que quedaban en pie se empleaban solo para almacenar mercancías. Ese distrito no tenía esas luces brillantes que cubrían el resto de la ciudad. Ese lugar se encontraba inquietantemente lejos de la plaza central abierta, a la que los guardias de Moag tenían fácil acceso.

A Rin aquello no le gustaba.

Pero Kitay debía estar a salvo. Desde un punto de vista táctico, hubiera sido una idea horrible haberle hecho daño. Era una fuente de información extraordinaria. Lo leía todo y no olvidaba nada. Era mejor mantenerlo con vida, como un recurso, y sin duda Moag era consciente de ello, ya que lo había puesto bajo arresto domiciliario.

La solitaria casa al final del camino flotaba algo apartada del resto de la calle, que se mecía sujeta tan solo por dos largas cadenas y una peligrosa pasarela flotante hecha con tablones mal espaciados.

Rin cruzó los tablones con mucho cuidado y luego llamó a la puerta de madera. No recibió ninguna respuesta.

Probó el pomo. Ni siquiera contaba con una cerradura. O al menos la joven no veía ninguna ranura en la que meter una llave. Eso hacía que para Kitay fuese imposible rechazar a los visitantes.

Rin abrió la puerta.

Lo primero en lo que se fijó fue en el desorden: un despliegue de libros amarillentos, *mapas* y registros de contabilidad que cubrían cualquier superficie visible. Parpadeó y miró a su alrededor bajo la luz tenue de un farol hasta que al fin divisó a Kitay, que estaba sentado en un rincón con un grueso tomo sobre el regazo, prácticamente enterrado entre pilas de libros con cubiertas de piel.

—Ya he comido —dijo el chico sin levantar la mirada—. Vuelve por la mañana.

Rin carraspeó.

—Kitay.

El joven alzó la vista y abrió mucho los ojos.

—Hola —le dijo Rin.

Lentamente, Kitay dejó sus libros a un lado.

—¿Puedo pasar? —prosiguió la joven.

Él se quedó mirándola durante un largo rato antes de hacerle un gesto con la mano para que pasara.

—Sí.

Rin cerró la puerta detrás de ella. Kitay no hizo ademán de levantarse, así que la joven se abrió camino entre todos esos papeles, teniendo mucho cuidado de no pisar ninguna página, hasta llegar a él. Kitay siempre había detestado que metieran mano en sus desórdenes cuidadosamente dispuestos. Durante la época de exámenes en Sinegard, solía perder los estribos cuando alguien movía sus tinteros.

La estancia estaba tan abarrotada que el único espacio vacío era un hueco en el suelo contra la pared, justo a su lado. Con mucho cuidado de no tocarlo, Rin se sentó allí, se cruzó de piernas y apoyó las manos sobre las rodillas.

Por un momento, se limitaron a quedarse mirándose el uno al otro.

Rin quería desesperadamente extender la mano y tocarle el rostro. Su amigo parecía débil y demasiado delgado. Se había recuperado desde lo de Golyn Niis, pero todavía se le marcaban los huesos de la clavícula de una forma aterradora, y sus muñecas tenían un aspecto tan frágil que la esperiliana podría habérselas partido con una sola mano. Se había dejado el cabello alborotado, largo y rizado, y lo llevaba recogido en la nuca; le tiraba de los bordes de la cara y hacía que las mejillas se le marcaran más de lo normal.

No se parecía ni remotamente al chico que había conocido en Sinegard.

La diferencia se encontraba en sus ojos. Antes eran muy brillantes y se iluminaban a causa de la tremenda curiosidad que sentía por todo. Ahora los tenía apagados y vacíos.

—¿Te importa que me quede? —le preguntó Rin.

—Te he dejado entrar, ¿no?

—Le dijiste a Moag que no me diera tu dirección.

—Ah. —Su amigo parpadeó—. Sí, sí que se lo dije.

No la miraba a los ojos. Rin lo conocía lo bastante bien como para saber que eso quería decir que estaba furioso con ella. Sin embargo, después de todos esos meses, aún no tenía claro exactamente el motivo.

No… Sí que lo sabía, solo que no quería admitir que se había equivocado. La única ocasión en la que ambos se habían peleado por eso, peleado de verdad, Kitay le había cerrado la puerta en las narices dando un portazo y no le había vuelto a dirigir la palabra hasta llegar a tierra firme.

Rin no se había parado a pensar en ello desde entonces. Lo había dejado caer en el abismo, igual que el resto de los recuerdos que hacían que anhelase fumar de la pipa.

—¿Cómo te va? —le preguntó a Kitay.

—Estoy bajo arresto domiciliario. ¿Tú cómo crees que me va?

Rin miró los papeles esparcidos sobre la mesa. También cubrían el suelo, sujetos por tinteros.

Detuvo la vista en un libro de contabilidad en el que Kitay estaba escribiendo algo.

—¿Al menos te mantiene ocupado?

—«Ocupado» es una manera de describirlo. —Cerró de golpe el libro—. Estoy trabajando para una de las criminales más buscadas del Imperio y me ha puesto a calcular sus impuestos.

—Ankhiluun no paga impuestos.

—No son impuestos para pagárselos al Imperio, sino a Moag. —Kitay hizo rodar el pincel de tinta entre sus dedos—. Moag dirige una gigantesca organización criminal con un sistema fiscal tan complicado como el de la burocracia de cualquier otra ciudad. Sin embargo, el sistema que han estado utilizando hasta ahora para registrarlo es… —Agitó las manos en el aire—. Quienquiera que lo diseñara no sabía cómo funcionaban los números.

«Qué jugada más brillante por parte de Moag», pensó Rin. Kitay tenía la destreza mental de veinte académicos juntos. Podía sumar cantidades increíblemente grandes sin parpadear y tenía un don con la estrategia que rivalizaba con el del maestro Irjah. Tal vez estar bajo arresto domiciliario había hecho que se volviese un gruñón, pero no podía resistirse a un acertijo cuando se lo ponían delante. Para él los libros de contabilidad eran lo mismo que un cubo lleno de juguetes.

—¿No te tratan bien? —le preguntó Rin.

—Me tratan decentemente. Me dan dos comidas al día. A veces más, si me porto bien.

—Se te ve delgado.

—La comida no es muy buena.

Seguía sin mirar a Rin. Su amiga se atrevió a apoyar una mano en su brazo.

—Siento que Moag te tenga aquí encerrado.

Kitay se zafó de ella.

—No fue decisión tuya. Yo habría hecho lo mismo si me hubiera tomado prisionero.

—Realmente Moag no es tan mala. Trata bien a su gente.

—Y emplea la violencia y la extorsión para dirigir una ciudad increíblemente ilegal y que ha estado veinte años mintiéndole a Sinegard —declaró Kitay—. Me preocupa que hayas comenzado a perder tu sentido de la realidad, Rin.

Eso molestó a la esperiliana.

—Aun así, su gente está mucho mejor que los súbditos de la emperatriz.

—Los súbditos de la emperatriz no estarían mal si sus generales no fueran por ahí intentando cometer traición.

—¿Por qué le eres tan leal a Sinegard? —quiso saber Rin—. No es que la emperatriz haya hecho nada por ti.

—Mi familia ha servido a la Corona de Sinegard desde hace diez generaciones —le explicó —. Y no, no voy a ayudarte a llevar a cabo tu venganza personal solo porque creas que fue culpa de la emperatriz que asesinaran a tu estúpido comandante. Así que puedes dejar de fingir ser mi amiga, Rin, porque sé que solo has venido hasta aquí por eso.

—No es solo que lo crea —respondió la joven—. Es algo que sé a ciencia cierta. Igual que sé que fue la emperatriz quien le abrió las puertas a la Federación para que invadiera territorios nikaras. Ella quería que tuviera lugar esta guerra, fue quien inició la invasión, y todo lo que presenciaste en Golyn Niis fue culpa de Daji.

—Eso son falsas acusaciones.

—¡Me lo dijo el propio Shiro!

—¿Y acaso Shiro no tenía ningún motivo para mentirte?

—¿Y acaso Daji no tiene ningún motivo para mentirte?

—Es la emperatriz —aseveró Kitay—. No traiciona a los suyos. ¿No entiendes lo absurdo que es todo esto? No hay ninguna ventaja política detrás de…

—¡Deberías querer lo mismo que yo! —gritó Rin. Quería sacudirlo, pegarle, hacer cualquier cosa para que esa venda tan exasperante se le cayera de los ojos—. ¿Por qué no quieres hacer esto? ¿Por qué no estás furioso? ¿No viste lo que sucedió en Golyn Niis?

Kitay se enderezó.

—Quiero que te vayas.

—Por favor, Kitay.

—Ahora.

—¡Soy tu amiga!

—No, no lo eres. Fang Runin era mi amiga. No estoy seguro de quién eres tú, pero no quiero tener nada que ver contigo.

—¿Por qué sigues diciéndome eso? ¿Qué es lo que te he hecho?

—¿Y lo que les hiciste a ellos? —Kitay la agarró de la mano. A Rin le sorprendió no sentir el impulso de zafarse. Su amigo le tiró de la palma y se la colocó sobre la lámpara que tenía a su lado, obligándola a bajarla directamente sobre el fuego. Rin gritó debido al repentino dolor, que era como miles de agujas diminutas hundiéndosele cada vez más en la carne—. ¿Te has quemado alguna vez antes? —le susurró.

Por primera vez, la esperiliana se percató de las pequeñas cicatrices de quemaduras que le salpicaban las palmas y los antebrazos a su amigo. Algunas eran recientes. Parecían haber sido hechas el día anterior.

El dolor se intensificó.

—¡Joder! —Rin propinó una patada. No llegó a darle a Kitay, pero sí a la lámpara. El aceite se derramó por encima de los papeles.

El fuego chisporroteó. Por un segundo, vio el rostro de Kitay iluminado por la llama, absolutamente aterrorizado, y entonces el chico tomó una manta del suelo y la lanzó contra el fuego.

La estancia se quedó a oscuras.

—¿A qué coño ha venido eso? —le gritó Rin.

Ella no levantó los puños, pero Kitay retrocedió como si lo hubiera hecho… Se golpeó la espalda contra la pared y luego se agachó en el suelo. Enterró la cabeza bajo los brazos y profirió unos sollozos que hicieron que le temblara todo el cuerpo.

—Lo siento —susurró el chico—. No sé qué…

El dolor palpitante que sentía Rin en la mano la dejó sin aliento, prácticamente mareada. Era una sensación casi tan buena como cuando estaba drogada. Si se paraba a pensar demasiado en

ello, creía poder romper a llorar. Y si se echaba a llorar, podría acabar destrozada. Por ese motivo, intentó reírse, pero la risa se transformó en unos hipidos atormentados que la hicieron temblar a ella también.

—¿Por qué? —consiguió decir al fin.

—Estaba intentando averiguar qué fue lo que sintieron —dijo Kitay.

—¿Quiénes?

—Cómo se sintieron ellos. Cuando sucedió todo. En los últimos segundos de sus vidas. Quería saber cómo se sintieron cuando terminó todo.

—No se siente nada —declaró Rin. Una punzada de agonía le subió por el brazo, y golpeó el puño contra el suelo para intentar adormecer el dolor. Apretó los dientes hasta que se le pasó—. Altan me habló de ello una vez —prosiguió—. Cuando ha pasado un rato, ya no puedes respirar. Y luego jadeas con tanta fuerza que ya ni siquiera sientes dolor. No mueres a causa de las quemaduras, mueres por la falta de aire. Te asfixias, Kitay. Así es como termina todo.



5

—Prueba con un poco de jengibre rojo —sugirió Ramsa.

A Rin le dio una arcada y escupió hasta que estuvo segura de que su estómago no expulsaría nada más. Entonces, dejó de asomar la cabeza por la borda del barco. Los restos de su desayuno, un revoltijo de flema y huevos, flotaban entre las olas verdosas que quedaban abajo.

La joven tomó los pedazos de caramelo de la palma de la mano de Ramsa y los masticó mientras reprimía otra arcada. Después de tantas semanas en el mar, aún no se había acostumbrado a la constante sensación de que el suelo se moviera bajo sus pies.

—Hoy las olas estarán más revueltas —le informó Baji—. Es temporada de monzones en la bahía de Omonod. Si esto continúa así, tendremos que evitar ir contra el viento. Pero, siempre y cuando tengamos la orilla como rompeolas, estaremos bien.

Baji era el único de todos ellos con algún tipo de experiencia náutica: había trabajado en un buque de carga como parte de su condena a trabajos forzados, poco después de haber sido enviado a Baghra, y alardeaba de ello de un modo detestable.

—Ay, cállate ya —le dijo Ramsa—. Ni que tú te encargaras del timón.

—¡Soy el oficial de navegación!

—Aratsha es quien navega. A ti solo te gusta que te veamos plantado delante del timón.

Rin daba gracias por que no tuvieran que intervenir demasiado en las maniobras del barco. Eso se traducía en que no necesitaban contar con una tripulación formada por empleados de Moag. Ellos seis solos se bastaban para navegar por el mar del Sur de Nikan, ya que solo tenían que llevar a cabo un mantenimiento mínimo del barco mientras el bendito de Aratsha se desplazaba por todo el casco, dirigiéndolo hacia donde tuvieran que ir.

Moag les había prestado un velero que transportaba opio llamado Caracel, un navío elegante y pequeño que, de algún modo, contaba con seis cañones a cada costado. Los Cike no tenían suficientes miembros como para encargarse cada uno de un cañón, pero a Ramsa se le había ocurrido una inteligente solución alternativa. Había conectado las doce mechas al mismo cordel, lo que significaba que podía prenderlos todos al mismo tiempo.

Pero aquello solo era para usarlo como último recurso. Rin no tenía la intención de ganar esa escaramuza con cañones. Si Moag no quería supervivientes, entonces tenían que acercarse lo suficiente al otro barco como para poder abordarlo.

La comandante de los Cike cruzó los brazos sobre la barandilla y descansó la barbilla apoyándose en ellos, contemplando el agua. Navegar era mucho menos interesante que vigilar campamentos enemigos. Los campos de batalla contaban con incontables distracciones. El océano era simplemente solitario. Se había pasado toda la mañana mirando hacia el monótono horizonte gris, intentando mantener los ojos abiertos. Moag no estaba del todo segura de cuándo llegaría a puerto su capitán evasor de impuestos. Podía ser en cualquier momento desde entonces hasta pasada la medianoche.

Rin no concebía cómo los marineros podían soportar la terrible falta de orientación que se tenía en el mar. Para ella, cada parte del océano era exactamente igual al resto. Sin tener la costa como punto de referencia, un horizonte le parecía indistinguible del siguiente. Si se ponía a ello, podía leer los mapas estelares, pero, para su vista desentrenada, cada pedazo de azul verdoso era lo mismo.

Podían encontrarse en cualquier tramo de la bahía de Omonod. En alguna parte de allí se encontraba la isla de Speer. Y también la Federación.

Moag le había *ofrecido* una *vez* llevarla de vuelta a Mugen para evaluar los daños, pero Rin se había negado. Sabía qué era lo que encontraría en ese lugar. Millones de cuerpos cubiertos de piedra endurecida, esqueletos achicharrados e inmovilizados en mitad del último movimiento que habían hecho en vida.

¿Qué posiciones habrían adoptado? ¿Las madres tendrían los brazos extendidos hacia sus hijos? ¿Los maridos envolverían a sus esposas con sus brazos? Tal vez tuvieran las manos extendidas hacia el mar, como si solo con meterse en el agua pudieran escapar de las densas nubes sulfurosas que bajaban por la ladera.

Rin se había imaginado todo aquello demasiadas veces, se había hecho una imagen mucho más vivida de lo que probablemente habría pasado en realidad. Cuando cerraba los ojos, veía Mugen y Speer. Confundía ambas islas en su mente porque la historia era la misma en todos los aspectos: niños en llamas, la piel desprendiéndoseles de los cuerpos en grandes tiras ennegrecidas y revelando unos huesos resplandecientes justo debajo.

Habían ardido por una guerra que no tenía que ver con ellos, por los errores de otros. Porque alguien a quien nunca habían conocido había tomado la decisión de que debían morir. Por eso, en sus últimos instantes de vida, no habrían tenido ni idea de por qué se les abrasaba la piel.

La joven parpadeó y sacudió la cabeza para poder aclarar sus ideas. No dejaba de perderse en sus pensamientos. La noche anterior había consumido una pequeña dosis de láudano, después de que la palma chamuscada de su mano le doliera demasiado como para que pudiera dormir. En retrospectiva, había sido una pésima idea, ya que el láudano la dejaba mucho más agotada que el opio y no era ni la mitad de divertido.

Se examinó la mano. Tenía la piel inflamada y terriblemente roja, aunque se la había dejado empapada en aloe durante horas. No podía cerrarla en un puño sin estremecerse. Daba gracias por haberse quemado solo la mano izquierda y no con la que empuñaba la espada. Se encogió solo de pensar en tener que agarrar la empuñadura con la piel tan sensible.

Llevó el pulgar hasta el centro de la palma y se lo hundió con fuerza sobre la herida abierta. El dolor le atravesó el brazo, lo que hizo que se le acumularan lágrimas en los ojos. Pero eso sirvió para espabilarla.

—No deberías haber tomado láudano —le dijo Chaghan.

Rin se enderezó de golpe.

—Estoy despierta.

El vidente se acercó a la barandilla en la que estaba.

—Ya, claro.

Rin le lanzó una mirada airada y se preguntó a sí misma si requeriría mucho esfuerzo tirarlo por la borda. Supuso que no demasiado. Chaghan era tan terriblemente frágil. Podía hacerlo. Nadie lo echaría de menos. Probablemente.

—¿Veis esas formaciones rocosas? —Baji, que debía de haber intuido una inminente pelea a gritos, se interpuso entre ambos. Señaló hacia una serie de acantilados en la lejana costa de Ankhiluun—. ¿Qué forma diríais que tienen?

Rin entornó la mirada.

—¿La de un hombre?

Baji asintió.

—Un hombre ahogado. Si navegas hasta la costa durante el atardecer, parece que se esté tragando el sol. Así es como sabes que has encontrado Ankhiluun.

—¿Cuántas veces has estado aquí antes? —le preguntó la esperiliana.

—Muchas. Una vez vine acompañado de Altan, hace dos años.

—¿Para qué?

—Tyr quería que asesináramos a Moag.

Rin resopló.

—Bueno, pues es evidente que fracasasteis.

—Para ser justos, fue la única ocasión en la que Altan fracasó.

—Ah, cómo no —respondió Rin—. El maravilloso Altan. El perfecto Altan. El mejor comandante que habéis tenido. Lo hacía todo bien.

—Excepto lo de la Chuluu Korikh —intervino Ramsa—. Eso fue lo que se llama un desastre de proporciones monumentales.

—La verdad es que Altan solía tomar muy buenas decisiones tácticas. —Baji se frotó el mentón—. Antes de… Ya sabéis, antes de que comenzara a tomar esa serie de decisiones tan malas.

Ramsa soltó un silbido.

—Perdió la cabeza casi al final, eso fue lo que pasó.

—Sí, se volvió un poco loco.

—Dejad de hablar de Altan —dijo Chaghan.

—Es una pena que los mejores siempre se acaben derrumbando —prosiguió Baji, ignorándolo—. Como Feylen. También Huleinin. ¿Y recordáis cuando Altan comenzó a caminar dormido en Khurdalain? Una noche, cuando volvía de mear, juro que me…

—¡He dicho que os calléis! —Chaghan golpeó la barandilla con ambas manos.

Rin sintió cómo un frío intenso recorría toda la cubierta. La piel de los brazos se le puso de gallina. En el aire había cierta quietud, como el espacio de tiempo que había entre el rayo y el trueno. El cabello blanco como el hueso de Chaghan había comenzado a rizarse por las puntas.

Su gesto no coincidía con la energía que irradiaba. Parecía estar a punto de romper a llorar.

Baji levantó las palmas de las manos hacia arriba.

—Vale. Por las tetas del Tigre. Perdona.

—No tenéis ningún derecho —siseó Chaghan, y señaló a Rin con un dedo—. Y mucho menos tú.

Ella enfureció.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú eres la culpable de que…

—Espera, ¿qué? —preguntó la joven a viva voz—. Venga, atrévete a decirlo.

—Chicos, chicos. —Ramsa se interpuso entre los dos—. Por la Gran Tortuga, relajaos. Altan está muerto, ¿de acuerdo? Muerto. Y pelearnos por ello no va a hacer que regrese.

—Fíjate en eso. —Baji le pasó a Rin su catalejo y dirigió su atención hacia un punto negro que acababa de hacerse visible en el horizonte—. ¿Te parece un barco de la Chatarra Roja?

Rin entrecerró los ojos para mirar a través de la lente.

La flota de la Chatarra Roja de Moag estaba constituida por inconfundibles veleros para cargar opio. Eran de construcción estrecha para poder así alcanzar la velocidad necesaria para dejar atrás a otros piratas y a la Armada imperial. Además, contaba con cascos profundos para transportar enormes cantidades de opio y con unos característicos sables en las velas que hacían que se asemejaran a las aletas de una carpa. En mar abierto, ocultaban todas las marcas identificativas, pero, cuando atracaban en el mar del Sur de Nikan, ondeaban la bandera carmesí de Ankhiluun.

Sin embargo, esa embarcación era una creación voluminosa, larga y achaparrada, mucho más amplia que cualquier velero para cargar opio. Llevaba velas blancas en lugar de rojas, y ninguna bandera a la vista. Mientras Rin lo contemplaba, el barco realizó un giro ridículamente brusco en el agua hacia ellos, uno que debería haber sido imposible de ejecutar sin la ayuda de un chamán.

—Ese no es de Moag —declaró Rin.

—Eso no quiere decir que sea un barco enemigo —dijo Ramsa. Echó un vistazo hacia el navío con su propio catalejo—. Podría ser amigo.

Baji resopló.

—Somos fugitivos que trabajan para una pirata. ¿Crees que ahora mismo contamos con muchos amigos?

—También es verdad. —Ramsa cerró su catalejo y se lo guardó en el bolsillo.

—Abrid fuego y ya está —sugirió Chaghan.

Baji le lanzó una mirada de incredulidad.

—A ver, no sé cuánto tiempo habrás pasado tú en el mar, pero, cuando te encuentras con un buque de guerra extranjero sin ninguna identificación y no sabes si cuenta o no con una flota de apoyo, la respuesta no suele ser «Abrid fuego y ya está».

—¿Por qué no? —preguntó el vidente—. Tú mismo lo has dicho. No puede tratarse de un barco amigo.

—Eso no quiere decir que esté buscando pelea.

Ramsa giraba la cabeza de un lado a otro, mirándolos a ambos a medida que hablaban. Parecía tan confundido como un pajarillo.

—No disparéis —se apresuró a decir Rin—. Al menos, hasta que sepamos quiénes son.

El barco estaba ya lo suficientemente cerca como para que la comandante de los Cike pudiera

distinguir unos caracteres grabados en los costados del navío. «Cormorán». Rin le había echado un vistazo a la lista de embarcaciones de la Chatarra Roja que estaban atracadas en Ankhiluun. Esa no era una de ellas.

—¿Estáis viendo eso? —Ramsa miraba de nuevo a través de su catalejo—. ¿Qué leches es?

—¿El qué? —Rin no veía qué era lo que le inquietaba a Ramsa. No divisaba ninguna tropa armada ni ningún tipo de uniforme.

Entonces, se dio cuenta de qué era lo que iba mal.

No veía a nadie a bordo.

No había nadie al timón. Nadie a los remos. El Cormorán estaba ya lo bastante cerca como para que lo único que los Cike pudieran ver fueran sus cubiertas desiertas.

—Es imposible —dijo Ramsa—. ¿Cómo lo están desplazando?

Rin se asomó por la borda de su barco y gritó:

—¡Aratsha! Giro brusco hacia la derecha.

Aratsha obedeció y cambio su dirección más rápido de lo que cualquier otro barco provisto de remos hubiera sido capaz. Pero el otro navío también viró de inmediato, siguiendo el curso de los Cike y logrando un giro absurdamente preciso. Ese barco también era demasiado rápido. Aunque el Caracel contaba con Aratsha para impulsarlo por el mar, al Cormorán no parecía costarle nada seguirlo.

Unos segundos después, casi les había dado alcance. Se detuvo al posicionarse en paralelo a ellos. Quienquiera que ocupara ese navío tenía la intención de abordar el Caracel.

—Es un barco fantasma —gimoteó Ramsa.

—No seas idiota —le dijo Baji.

—Entonces, tienen un chamán. Chaghan tiene razón, deberíamos abrir fuego.

Todos miraron con impotencia hacia Rin para que les confirmara la orden. La joven fue a abrir la boca justo cuando un estallido retumbó en el aire y el Caracel tembló bajo sus pies,

—¿Seguís pensando que no es hostil? —preguntó Chaghan.

—Abrid fuego —sentenció Rin.

Ramsa corrió bajo cubierta para prender la mecha. Un momento después, una serie de estallidos hicieron retumbar el Caracel cuando los cañones de estribor se dispararon uno a uno. Unas bolas de metal en llamas sobrevolaron el agua, dejando tras ellas unas abrasadoras estelas de un naranja brillante. Sin embargo, en lugar de abrir agujeros en los costados del Cormorán, rebotaron contra el recubrimiento metálico del navío. El buque de guerra apenas sintió el impacto.

Mientras tanto, el Caracel dio un alarmante bandazo a estribor. Rin echó un vistazo por la borda. Habían sufrido daños en el casco y, aunque la joven apenas sabía nada sobre barcos, aquello no parecía salvable.

Maldijo entre dientes. Tendrían que remar en uno de los botes salvavidas de vuelta a la costa. Eso si el Cormorán no acababa con ellos antes.

Podía escuchar los pasos frenéticos de Ramsa bajo cubierta mientras intentaba recargar los cañones. Unas flechas pasaron volando por encima de su cabeza, cortesía de Qara, pero chocaron inútilmente contra los costados del buque de guerra. La joven no tenía ningún blanco, ya que sobre la cubierta del barco no había tripulación ni arqueros. Quienquiera que capitaneara ese navío no necesitaba arqueros, teniendo en cuenta que contaba con una fila de cañones tan

potentes que podrían hundir el Caracel en el agua en cuestión de minutos.

—¡Acércanos más! —gritó Rin. El enemigo los superaba en armamento y tácticamente. Los Cike solo podrían ganar si abordaban ese barco y lo hacían arder—. ¡Aratsha! ¡Llévame a esa embarcación!

Pero no se movieron. El Caracel se mecía lánguidamente en el agua.

—¡Aratsha!

Siguió sin recibir respuesta. Rin se subió a la barandilla y se dobló sobre sí misma para mirar por la borda. Divisó una extraña corriente negra, como si fuera una nube de humo disipándose bajo el agua. ¿Podría ser sangre? Pero Aratsha no sangraba, al menos no cuando se hallaba en su forma acuosa. Y esa mancha parecía demasiado oscura como para ser sangre.

No. Aquello parecía tinta.

Un proyectil silbó por encima de ellos. Rin se agachó. El estallido se produjo en el agua, delante de ella. En el lugar del impacto emanó más de esa sustancia negra.

Era tinta.

Estaban lanzando perdigones hacia el agua. Era intencionado. Sus atacantes sabían que los Cike contaban con un chamán de agua y habían cegado a Aratsha a propósito porque sabían lo que era.

Rin sintió una opresión en el pecho. Ese no era ningún ataque aleatorio. El buque de guerra iba a por ellos, estaba preparado para lo que podían hacerle. Era una emboscada bien planeada con antelación.

Moag los había vendido.

Otra serie de cohetes silbaron por el aire, esa vez en dirección a la cubierta. Rin se agachó, preparándose para la explosión, pero el impacto no se produjo. Abrió los ojos. ¿Un explosivo retardado?

Sin embargo, ninguna explosión violenta sacudió la embarcación. En cambio, una nube de humo negro salió de los proyectiles, desplegándose hacia fuera con una rapidez aterradora. Rin no se molestó ni siquiera en intentar correr. El humo inundó toda la cubierta en cuestión de segundos.

No se trataba tan solo de una cortina de humo, también era asfixiante. Intentó inspirar aire, pero no le entró nada en los pulmones. Era como si la garganta se le hubiera cerrado, como si alguien la hubiera inmovilizado contra una pared agarrándola por el cuello. Trastabilló hacia atrás, sintiéndose amordazada. Saboreaba algo en el aire, algo enfermizamente dulce y terriblemente familiar.

Opio.

«Saben qué somos. Saben cómo debilitarnos».

Suni y Baji cayeron de rodillas, completamente sometidos. Dondequiera que estuviera, Qara había dejado de disparar. Rin solo podía vislumbrar a través del humo las formas inertes de Ramsa y Chaghan. Ella era la única que seguía en pie. Tosía con violencia y se llevaba las manos débilmente a la garganta.

Había fumado opio tantas veces antes que ya estaba demasiado familiarizada con las fases de su efecto. Ahora solo era cuestión de tiempo.

Primero llegaba la sensación de mareo, como si flotara, acompañada de una euforia irracional.

Luego, aparecía el entumecimiento, que la hacía sentirse casi igual de bien.

Y después, la nada.

A Rin le dolían los brazos igual que si los hubiera introducido en el interior de una colmena. La boca le sabía a carbón. Intentó producir la suficiente saliva como para humedecerse la garganta, pero apenas consiguió un asqueroso montón de flemas. Se obligó a abrir los ojos. La luz repentina hizo que le llorasen. Tuvo que parpadear varias veces antes de poder levantar la vista.

Estaba atada a un mástil, con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Meneó los dedos. No los sentía. Las piernas también las tenía atadas, con tanta fuerza que ni siquiera podía doblarlas.

—Se ha despertado. —Era la voz de Baji.

Rin estiró *el cuello*, pero no lo veía. Cuando giró la cabeza, sintió un repentino ataque de vértigo. Incluso atada, sentía que estaba flotando. Si miraba arriba o abajo, le daba la horrible sensación de estar cayendo. Cerró los ojos con fuerza.

—¿Baji? ¿Dónde estás?

—Detrás de ti —le dijo—. Al otro lado del… del mástil.

Arrastraba las palabras de forma que casi no se lo entendía.

—¿Y los demás?

—Todos estamos aquí —dijo Ramsa desde el otro costado del navío—. Aratsha está en ese barril.

Sentada como estaba, Rin enderezó la espalda.

—Espera, ¿y él no puede…?

—Imposible. Han sellado la tapa. Menos mal que no necesita respirar. —Ramsa debía de estar sacudiendo los brazos y tensando la cuerda, porque Rin sintió las ataduras cada vez más dolorosamente prietas alrededor de sus muñecas.

—Deja de hacer eso —le dijo.

—Perdón.

—¿A quién pertenece este barco? —preguntó la joven.

—No quieren decírnoslo —respondió Baji.

—¿Quiénes?

—No sabemos quiénes son. Supongo que serán nikaras, pero no hablan con nosotros. —Baji subió el tono de voz para gritarle a un guardia que debía de estar plantado justo detrás de Rin, ya que esta no podía ver a nadie—: ¡Eh, tú! ¿Eres nikara?

No obtuvo respuesta.

—¿Qué te había dicho? —comentó.

—Puede que sean mudos —dijo Ramsa—. Todos ellos.

—No seas idiota, joder —replicó Baji.

—¡Podrían serlo! ¡No lo sabes!

Eso no era ni remotamente divertido, pero Ramsa sufrió un ataque de risa que lo hizo inclinarse hacia delante, lo que tensó las cuerdas de forma dolorosa contra los brazos de todos ellos.

—¿Podéis callaros? —Era la voz de Chaghan. Estaba a varios metros de distancia.

Rin abrió los ojos durante una fracción de segundo, tiempo más que suficiente para poder ver

a Chaghan, Qara y Suni atados al mástil que había frente a ella.

El vidente estaba apoyado contra su hermana. Suni seguía inconsciente, con la cabeza caída hacia delante. Se le había formado un buen charco de saliva debajo de la boca abierta.

—Vaya, hola —dijo Ramsa—. Yo también me alegro de verte.

—Cállate la puta boca —masculló Chaghan, antes de comenzar a soltar una retahila de insultos que acabó con un «maldito cerdo nikara».

—¿Estás drogado? —Ramsa dejó escapar una carcajada estridente—. Por las tetas del Tigre, Chaghan está drogado…

—No… estoy…

—Rápido, que alguien le pregunte si siempre está estreñido o si simplemente su cara es así.

—Al menos, yo conservo los dos ojos —estalló Chaghan.

—Ah, «conservo los dos ojos». Muy bonito. Al menos, yo no soy tan delgaducho que hasta una paloma podría derribarme…

—Cerrad el pico —siseó Rin. Volvió a abrir los ojos e intentó inspeccionar los alrededores. Lo único que podía ver era el océano quedándose atrás a sus espaldas—. Ramsa, ¿qué ves?

—Solo un costado del barco. Un poco del océano.

—¿Baji?

Silencio. ¿Se habría vuelto a quedar dormido?

—¡Baji! —gritó Rin.

—¿Mmm? ¿Qué?

—¿Qué es lo que ves?

—Mmm, mis pies. Un mamparo. El cielo.

—No, idiota… ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Cómo coño voy a saberlo…? Espera. Hay un punto. Sí, eso es un punto. ¿Puede ser una isla?

A Rin se le aceleró el latido del corazón. ¿Speer? ¿Mugen? Sin embargo, ambos lugares se encontraban a semanas de viaje de allí. No podían estar tan próximos. Y no recordaba que hubiera ninguna isla cerca de Ankhiluun. ¿Quizá fuera una vieja base naval hesperiana? Pero esas habían sido abandonadas hacía mucho tiempo. Si los hesperianos habían regresado, entonces las relaciones internacionales de Nikan habían tenido que cambiar drásticamente desde que Rin había desertado.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—En realidad, no. Espera. —Baji guardó silencio durante un momento—. Por la Gran Tortuga. Eso sí que es un portento de barco.

—¿Cómo que un «portento de barco»?

—Es decir, si ese barco fuese una persona, me lo follaría —respondió.

Rin sospechaba que Baji no les sería de mucha ayuda hasta que se le hubieran pasado los efectos del opio. Pero entonces el navío viró bruscamente a babor y permitió que Rin viera lo que, de hecho, era un barco magnífico. Habían estado navegando hacia la sombra del navío de batalla más grande que la joven había visto nunca: un junco de guerra monstruoso y de varios niveles, con múltiples catapultas y portillas, además de un gigantesco fundíbulo montado en lo alto de una torreta.

En Sinegard, Rin había estudiado batallas navales, aunque nunca en profundidad. La flota de

la Armada imperial estaba considerablemente deteriorada, y los únicos a los que enviaban a ocupar puestos navales era a los gorrones de cada promoción. Aun así, les habían enseñado lo suficiente sobre las fuerzas navales como para que Rin supiera que ese no era un barco imperial.

Los nikaras eran incapaces de fabricar embarcaciones como esa. Tenía que tratarse de un barco de guerra extranjero.

Repasó mentalmente, con demasiada lentitud, todas las posibilidades a las que se enfrentaban. Los hesperianos no se habían posicionado con ningún bando en la Tercera Guerra de la Amapola. No obstante, en caso de que lo hubieran hecho, entonces se habrían tenido que aliar con el Imperio, lo que significaba que…

Pero entonces escuchó a la tripulación gritarse órdenes unos a otros, y hablaron en un nikara fluido.

—Alto. Listos para el abordaje.

¿Qué general nikara tenía acceso a una embarcación hesperiana?

Rin escuchó gritos, el sonido del crujir de la madera y unos fuertes pasos que recorrían la cubierta. Se estiró todo lo que pudo contra las cuerdas, pero lo único que consiguió con ello fue rasparse las muñecas. Le dolía la piel como si se la hubiera desollado.

—¿Qué sucede? —gritó Rin—. ¿Quiénes sois?

Escuchó cómo alguien ordenaba que los soldados se pusieran en formación, lo que debía de significar que iba a subir a bordo alguien de alto rango. ¿Un jefe militar? ¿Un hesperiano?

—Creo que van a entregarnos —comentó Baji—. Ha sido un placer conoceros a todos. Excepto a ti, Chaghan. Tú eres raro.

—Que te den —replicó el vidente.

—Esperad, aún tengo un hueso de ballena en el bolsillo trasero —dijo Ramsa—. Rin, podrías intentar prenderte fuego solo un poco y quemar las cuerdas, así podría sacarlo…

Ramsa siguió hablando, pero Rin apenas escuchaba lo que estaba diciendo.

Un hombre acababa de aparecer en su campo de visión. A juzgar por su uniforme, se trataba de un general. Llevaba una máscara que le cubría la mitad del rostro, una de ópera sinegardiana hecha con cerámica de un tono cerúleo. Sin embargo, lo que llamó su atención fue su estatura, su constitución esbelta y su porte: seguro de sí mismo, arrogante, como si esperara que todos a su alrededor fuesen a inclinarse ante él.

Rin reconocía esos andares.

—Suni puede ocuparse de la Guardia principal, y yo me encargaré de los cañones, haré explotar el barco o algo…

—Ramsa —dijo la esperiliana con voz ahogada—. Cállate.

El general recorrió la cubierta y se detuvo frente a ellos.

—¿Por qué están atados? —preguntó.

Rin se quedó de piedra. Conocía esa voz.

Uno de los tripulantes se apresuró a acercarse.

—Señor, nos advirtieron que no perdiéramos de vista sus manos.

—Son de los nuestros, no prisioneros. Desatadlos.

—Señor, pero…

—No me gusta tener que repetir las cosas.

Debía de tratarse de él. Solo conocía a una persona que pudiera transmitir tanto desdén con

tan pocas palabras.

—Los habéis atado con tanta fuerza que les vais a cortar la circulación de las extremidades —dijo el general—. Si se los entregáis heridos a mi padre, se enfadará mucho.

—Señor, creo que no es consciente de la naturaleza de la amenaza que…

—Ah, sí que soy consciente. Éramos compañeros de clase. ¿Verdad, Rin? —El general se agachó delante de ella y se retiró la máscara.

Rin se encogió.

El chico al que recordaba era hermoso. Tenía la piel como la porcelana, sus facciones eran más finas que las que cualquier escultor podría tallar, y sus cejas, delicadamente arqueadas, transmitían precisamente esa mezcla entre condescendencia y vulnerabilidad que los poetas nikaras llevaban siglos intentando describir.

Nezha había dejado de ser hermoso.

En cierto modo, el lado izquierdo de su rostro seguía siendo perfecto, todavía era liso como el esmalte de la cerámica de calidad. Sin embargo, el lado derecho… El otro lado estaba plagado de cicatrices que le recorrían toda la mejilla, como si se tratara del caparazón de una tortuga.

No eran naturales. No se asemejaban en nada a las cicatrices de quemaduras que Rin había visto en los cadáveres destrozados por el gas. El rostro de Nezha debería haber estado retorcido y deformado, si no completamente ennegrecido. Pero su piel seguía siendo tan pálida como siempre. Su cara de porcelana no se había oscurecido, sino que más bien parecía un cristal que se había partido y que luego habían vuelto a pegar. Esas cicatrices extrañamente geométricas podrían haber sido dibujadas con un pincel fino sobre su piel.

Tenía la boca fija en una permanente sonrisa irónica hacia el lado izquierdo de la cara, lo que hacía que mostrara los dientes. Era una máscara de condescendencia que no desaparecía jamás.

Cuando Rin lo miró a los ojos, pudo ver los nocivos gases amarillos propagándose por la hierba marchita. Oyó los chillidos que se transformaban en sonidos de asfixia. Y escuchó a alguien gritar su nombre, una y otra vez.

Respirar comenzó a costarle cada vez más. Un zumbido se extendió por sus oídos, y empezó a ver puntos negros que le nublaban la visión periférica, como si fueran manchas de tinta sobre un pergamino húmedo.

—Estás muerto —dijo—. Te vi morir.

Parecía que aquello divertía a Nezha.

—Y se suponía que tú eras la más lista.



6

—¿Qué cojones? —gritó Rin.

—Hola a ti también —respondió Nezha—. Creía que te alegrarías de verme.

Rin no podía hacer otra cosa que no fuera mirarlo. Parecía algo imposible, impensable, que de verdad estuviera vivo y delante de ella, hablando, respirando.

—Capitán —dijo Nezha—. Las cuerdas.

La joven esperiliana sintió cómo se aflojaba levemente la presión en sus muñecas hasta que acabó desapareciendo del todo. Dejó que los brazos le cayeran a los costados. La sangre volvió a correrle por las extremidades, lo que le provocó un montón de calambres en los dedos. Se frotó las muñecas y se encogió cuando se le desprendió parte de la piel de la zona.

—¿Puedes ponerte en pie? —le preguntó Nezha.

Rin logró asentir. Su amigo la ayudó a ponerse en pie. Dio un paso hacia delante y una oleada de vértigo cayó sobre ella.

—Cuidado. —Nezha la agarró del brazo justo cuando se precipitó hacia él.

La joven consiguió enderezarse.

—No me toques.

—Sé que estás confusa, pero…

—Te he dicho que no me toques.

Nezha retrocedió con las manos en alto.

—En un momento, todo tendrá sentido. Estás a salvo. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —repitió Rin—. ¡Has bombardeado mi barco!

—Bueno, técnicamente no era tuyo.

—¡Podrías habernos matado! —chilló. Aunque todavía sentía la cabeza terriblemente embotada, ese hecho le pareció muy relevante—. ¡Has lanzado opio a mi barco!

—¿Preferiríais que hubiéramos disparado cohetes de verdad? No intentábamos haceros daño.

—¡Tus hombres nos han tenido atados al mástil durante horas!

—¡Porque no querían que los mataseis! —Entonces, Nezha bajó la voz—. Mira, siento que haya tenido que ser así. Necesitábamos sacaros de Ankhiluun. No pretendíamos haceros ningún daño.

Su tono apaciguador solo consiguió cabrearla más. No era una puta niña. No iba a poder

tranquilizarla con susurros apaciguadores.

—Dejaste que creyera que estabas muerto.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Mandarte una carta? Tampoco es que haya sido increíblemente fácil dar contigo.

—¡Una carta hubiera sido mejor que bombardear mi barco!

—¿Es que no vas a dejarlo pasar?

—¡Es algo bastante gordo como para dejarlo pasar!

—Te lo explicaré todo si me acompañas —replicó el joven general—. ¿Puedes andar? Por favor. Mi padre nos espera.

—¿Tu padre? —repitió Rin tontamente.

—Venga ya, Rin. Sabes quién es mi padre.

Rin lo miró perpleja. Y entonces, cayó en la cuenta.

«Ah».

O bien había tenido un gran golpe de suerte, o bien estaba a punto de morir.

—¿Solo yo? —preguntó.

Nezha recorrió con la mirada a los Cike para detenerse brevemente sobre Chaghan.

—Me han dicho que ahora eres tú la comandante.

Rin vaciló. Quizá no se hubiera estado comportando como tal, pero sí que era verdad que el puesto era suyo, aunque solo fuese un título.

—Sí.

—Pues entonces, solo tú.

—No iré sin mis hombres.

—Me temo que no puedo permitirlo.

Rin alzó la barbilla.

—Pues qué pena.

—¿De verdad crees que alguno de ellos está en condiciones de reunirse con un jefe militar? —Nezha señaló hacia los Cike. Suni seguía dormido, con el charco de saliva aumentando de tamaño bajo su boca. Chaghan estaba boquiabierto y miraba hacia el cielo, fascinado, y Ramsa tenía los ojos cerrados mientras se reía por nada en particular.

Era la primera vez que Rin se alegraba por haber desarrollado una tolerancia tan alta al opio.

—Necesito que me des tu palabra de que no les haréis daño —declaró.

Nezha parecía ofendido.

—Venga ya, no sois prisioneros.

—Entonces, ¿qué somos?

—Mercenarios —dijo, delicadamente—. Plantéatelo de este modo: sois mercenarios que se han quedado sin trabajo, y resulta que ahora mi padre tiene una oferta muy generosa que haceros.

—¿Y si no nos gusta?

—Creo que sí que os gustará. —Nezha le hizo un gesto para que lo siguiera por la cubierta, pero la joven permaneció plantada donde se encontraba.

—Entonces, dadles de comer a mis hombres mientras te acompaño. Una comida caliente, no las sobras.

—Rin, venga ya…

—Y también dadles un baño. Y luego llevadlos a sus propias dependencias. No al calabozo.

Esas son mis condiciones. Ah, y a Ramsa no le gusta el pescado.

—¿Ha estado operando tan lejos de la costa y no le gusta el pescado?

—Es así de quisquilloso.

Nezha le murmuró algo al capitán, al que parecía que lo hubieran obligado a oler leche agria, por el gesto que adoptó.

—Hecho —le dijo Nezha—. Ahora, ¿me acompañas?

Rin dio un paso y se tambaleó. Nezha le ofreció un brazo. La joven dejó que la ayudara hasta llegar a la borda del barco.

—Gracias, comandante —le dijo Ramsa a Rin por detrás—. Intenta no morir.

La forma gigantesca del Sombramar, el buque de guerra hesperiano, se cernía sobre su bote de remos, tragándoselos por completo bajo su sombra. Rin no podía evitar quedarse contemplándolo fijamente, maravillada a causa de su envergadura. Dentro de ese barco podría caber la mitad de Tikany, incluido el templo.

¿Cómo podía mantenerse a flote semejante monstruosidad? ¿Y cómo se movía? No veía ningún remo. El Sombramar parecía ser igual que el Cormorán, un barco fantasma sin ninguna tripulación visible.

—No me digas que tenéis a un chamán para mover esta cosa —dijo Rin.

—Ojalá. No, es un barco de rueda de paletas.

—¿Y eso qué es?

Nezha esbozó una sonrisa.

—¿Has escuchado la leyenda del Viejo Sabio de Arlong?

Rin puso los ojos en blanco.

—¿Ese quién es, tu abuelo?

—Bisabuelo. La leyenda dice que el Viejo Sabio estaba contemplando una rueda hidráulica que regaba los campos y se le ocurrió revertir las circunstancias. Si movía la rueda, entonces el agua debía moverse. Es un principio bastante obvio, ¿no crees? Es increíble lo mucho que tardó alguien en aplicarlo a los barcos.

»Verás, los antiguos navíos del Imperio estaban muy mal diseñados. Los impulsaban unas espadillas que se encontraban sobre la cubierta superior. El problema de eso es que si matan a tus remeros, acabas condenado en el agua. Pero quienes mueven la rueda de paletas se hallan en la cubierta inferior. Están completamente rodeados por el casco, totalmente protegidos contra la artillería enemiga. Es una pequeña mejora con respecto a los modelos antiguos, ¿no?

Nezha parecía disfrutar al hablar de barcos. La joven detectó un claro orgullo en su voz mientras señalaba unos surcos en la base del buque de guerra.

—¿Ves eso? Sirven para ocultar las ruedas de paletas.

Rin no podía evitar mirarle fijamente el rostro mientras le hablaba. De cerca, sus cicatrices no eran tan inquietantes, sino más bien extrañamente cautivadoras. Se preguntó si le dolerían al hablar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nezha, y se llevó la mano a la mejilla—. Horrible, ¿verdad? Si te perturban, puedo volver a ponerme la máscara.

—No es eso —se apresuró a decir Rin.

—¿Entonces, qué?

La joven volvió a parpadear.

—Es solo que… Lo siento.

Nezha frunció el ceño.

—¿Por qué lo sientes?

La esperiliana se quedó contemplándolo, intentando detectar algún indicio de sarcasmo, pero su expresión era sincera y preocupada.

—Fue culpa mía —respondió.

Nezha dejó de remar.

—No fue culpa tuya.

—Sí que lo fue. —Rin tragó saliva—. Podría haberte sacado de allí. Escuché cómo me llamabas. Me viste.

—No recuerdo nada de eso.

—Sí que lo recuerdas. Deja de mentir.

—Rin, no hagas esto. —Nezha soltó un remo para extender una mano y agarrar la de Rin—. No fue culpa tuya. No te culpo.

—Deberías.

—No.

—Podría haberte sacado de allí —repitió—. Quería hacerlo, iba a hacerlo, pero Altan no me lo permitió y…

—Pues entonces culpa a Altan —dijo Nezha con gran dureza en la voz y, a continuación, siguió remando—. La Federación no tenía intención de matarme. A los mugeneses les gusta tomar prisioneros. Alguien acabó descubriendo que era el hijo de un jefe militar, así que me retuvieron para negociar mi rescate. Creían que así tendrían algún tipo de ventaja para conseguir que la Provincia del Dragón se rindiera.

—¿Cómo lograste escapar?

—No escapé. Estaba en su campamento cuando se corrió la voz de que el emperador Ryohai había muerto. Los soldados que me habían capturado planearon entregarme a mi padre a cambio de salir sanos y salvos del país.

—¿Y lo consiguieron? —preguntó Rin.

Nezha hizo una mueca.

—Aquí ya no están.

Cuando estuvieron cerca del casco del buque de guerra, Nezha enganchó cuatro cuerdas en los extremos del bote y silbó hacia arriba. Unos segundos después, la embarcación comenzó a balancearse mientras los marineros tiraban de ellos para subirlos.

La cubierta superior no había sido visible desde el bote, pero ahora Rin podía observar que los soldados ocupaban cada rincón del barco. Sus facciones eran nikaras. Debían de proceder de la Provincia del Dragón, aunque la joven se percató de que no iban ataviados con los uniformes de la Milicia.

Los soldados de la Séptima División que había visto en Khurdalain iban vestidos de color verde, con la insignia de un dragón bordada en sus brazaletes. Sin embargo, estos soldados lucían

un color azul oscuro con el dibujo de un dragón plateado visible sobre el pecho.

—Por aquí. —Nezha la condujo por unas escaleras hasta la segunda cubierta, y luego por un pasillo que los llevó justo delante de una puerta doble de madera, custodiada por un hombre alto y corpulento que portaba una alabarda con un lazo azul—. Capitán Eriden. —Nezha se detuvo y lo saludó, aunque, por el tipo de uniforme que lucía, su rango debía de ser mayor.

—General. —El capitán Eriden parecía un hombre que nunca hubiera sonreído en su vida. Tenía unas líneas marcadas permanentemente en su rostro demacrado y serio. Inclinó la cabeza en dirección a Nezha y luego se giró hacia Rin—. Levanta los brazos.

—No es necesario —dijo Nezha.

—Con el debido respeto, señor, no es usted el que ha jurado proteger la vida de su padre —le dijo el capitán—. Levanta los brazos.

Rin obedeció.

—No vas a encontrar nada.

Por lo general, Rin se escondía las dagas en las botas y en la camisa interior, pero ahora podía sentir su ausencia. La tripulación del Cormorán debía de habérselas quitado.

—Aun así, tengo que comprobarlo. —Eriden echó un vistazo en el interior de las mangas de la joven—. Debo advertirte que si intentas aunque sea apuntar con un palillo al jefe militar del Dragón, te dispararemos miles de flechas en un suspiro.

—Le recorrió la camisa con las manos. —Tampoco olvides que tenemos a tus hombres como rehenes.

Rin le lanzó una mirada acusatoria a Nezha.

—Has dicho que no éramos rehenes.

—Y no lo sois —respondió el aludido. Se giró hacia Eriden y lo fulminó con la mirada—. No lo son. Son nuestros invitados, capitán.

—Llámelos como quiera. —Eriden se encogió de hombros—. Pero, como intenten algo raro, están muertos.

Rin se giró para que pudiera palparle la parte baja de la espalda en busca de armas.

—Tampoco tenía intención de hacer nada.

Una vez que hubo terminado, Eriden se limpió las manos contra su uniforme, se dio media vuelta y agarró los pomos de la puerta doble.

—En ese caso, te doy la bienvenida en nombre del jefe militar del Dragón.

—Fang Runnin, ¿verdad? Bienvenida al Sombramar.

Por un momento, Rin no pudo hacer más que quedarse boquiabierta. Era incapaz de mirar al jefe militar del Dragón sin ver el vivo reflejo de Nezha. Yin Vaisra era la versión adulta de su hijo, pero sin cicatrices. Poseía toda esa exasperante belleza característica de la dinastía Yin: la piel pálida, el cabello negro sin un solo mechón canoso y unas facciones delicadas que parecían haber sido talladas en mármol. Era frío, arrogante e imponente.

Rin había oído todo tipo de rumores sobre él durante los años que había pasado en Sinegard. Gobernaba la provincia más rica con diferencia del Imperio. Había liderado en solitario la defensa de los Acantilados Rojos durante la Segunda Guerra de la Amapola y había eliminado a una flota de la Federación únicamente con un pequeño grupo de barcos pesqueros nikaras.

Se había pasado años descontento con el Gobierno de Daji. Cuando, por tercer año consecutivo, no se había presentado en el desfile de verano en honor a la emperatriz, los aprendices habían especulado abiertamente sobre si estaría planeando traicionarla, lo que había provocado que Nezha perdiera los estribos y enviara a uno de ellos a la enfermería.

—Puede llamarme Rin. —Las palabras que abandonaron su boca sonaron frágiles y diminutas y se perdieron en la amplia sala dorada.

—Un diminutivo vulgar —declaró Vaisra. Hasta su voz era una versión más profunda de la de Nezha. Alargaba las palabras con dureza, de tal forma que parecía que siempre hablaba con cierta condescendencia—. En el sur les gusta mucho usarlos, pero yo te llamaré Runin. Por favor, siéntate.

La joven lanzó una mirada rápida a la mesa de roble que se hallaba entre ellos. Su superficie era baja, y las sillas de respaldo alto parecían increíblemente pesadas. Si se sentaba, acabaría con las rodillas atrapadas bajo la mesa.

—Me quedaré de pie.

Vaisra enarcó una ceja.

—¿Te he hecho sentir incómoda?

—Ha bombardeado mi barco —dijo Rin—. Así que sí, un poco.

—Querida niña, si hubiera querido matarte, tu cadáver estaría ya en el fondo de la bahía de Omonod.

—Entonces, ¿por qué no lo está?

—Porque te necesitamos. —Vaisra retiró su silla de la mesa, tomó asiento y le indicó a Nezha con un gesto que hiciera lo mismo—. No ha sido fácil dar contigo, ¿sabes? Llevamos semanas recorriendo la costa de la Provincia de la Serpiente. Incluso te buscamos en Mugen.

Dijo eso como si pretendiera alarmarla, y funcionó. Rin no pudo evitar estremecerse. Vaisra la observó, a la espera.

La joven picó el anzuelo.

—¿Y qué fue lo que encontró allí?

—Solo un par de islas periféricas. Por supuesto, allí no tenían ni idea de tu paradero, pero nos quedamos una semana o así para asegurarnos. La gente dice cualquier cosa cuando la torturas.

Rin cerró las manos en puños.

—¿Siguen vivos?

Sintió como si la hubieran golpeado con una barra de hierro en las costillas. Sabía que, en el continente, seguía habiendo soldados de la Federación, pero no que quedaban civiles con vida. Creía haber arrasado por completo con ese país.

¿Y si no había sido así? El gran estratega Sun Tzu advertía que siempre había que rematar al enemigo por si acaso regresaba más fuerte. ¿Qué sucedería si los civiles de la Federación se reagrupaban? ¿Y si aún le quedaba por delante una guerra que ganar?

—La invasión se ha terminado —le confirmó Vaisra—. Tú te aseguraste de ello. Las islas principales han sido destruidas. El emperador Ryohai y sus consejeros han muerto. Un par de ciudades al borde del archipiélago siguen en pie, pero la Federación ha sucumbido al caos, son como hormigas abandonando una colina después de que hayan matado a su reina. Algunos de ellos abandonan las islas en barco y buscan refugio en la costa nikara, pero… En fin. Nos estamos deshaciendo de ellos según van llegando.

—¿Cómo?

—Como siempre hemos hecho. —Retorció los labios para formar una sonrisa—. ¿Por qué no te sientas?

A regañadientes, Rin retiró la silla todo lo que pudo de la mesa y se sentó en el borde, con las rodillas pegadas.

—Bien —dijo Vaisra—. Ahora somos amigos.

Rin decidió ser franca.

—¿Está aquí para llevarme de vuelta a la capital?

—No seas idiota.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Tus servicios.

—No voy a asesinar a nadie para usted.

—Apunta un poco más alto, querida. —Vaisra se inclinó hacia delante—. Quiero derrocar al Imperio. Y me gustaría contar con tu ayuda.

La estancia se sumió en el silencio. Rin examinó el rostro del jefe militar, esperando que rompiera a reír. Sin embargo, Vaisra parecía completamente sincero, igual que Nezha, tanto que ella no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿He dicho algo gracioso? —le preguntó Vaisra.

—¿Está loco?

—Creo que la palabra que buscas es «visionario». El Imperio está a punto de desmoronarse. Una revolución es la única alternativa que nos queda para evitar décadas de guerras civiles, y alguien tiene que dar el primer paso.

—¿Y confía en sus posibilidades contra la Milicia? —Rin volvió a reírse—. Es una provincia contra once. Será una masacre.

—No estés tan segura —declaró el hombre—. Las provincias están cabreadas. Están sufriendo. Y, por primera vez desde que cualquiera de los jefes militares podamos recordar, la sombra de la Federación ha desaparecido. El miedo solía ser lo que nos mantenía unidos. Ahora, las grietas en los cimientos no hacen más que aumentar cada día que pasa. ¿Sabes cuántas insurrecciones locales se han producido en el último mes? Daji está haciendo todo lo posible por mantener unido al Imperio, pero su institución es un barco que se hunde y cuyo núcleo está podrido. Puede que vaya a la deriva durante un tiempo, pero, al final, acabará hecho trizas contra las rocas.

—Y usted cree que puede destruirlo y construir uno nuevo.

—¿No es precisamente eso lo que tú quieres?

—Matar a una única mujer no es lo mismo que derrocar un régimen.

—Pero no puedes considerar ambas cosas como hechos separados —le explicó Vaisra—. ¿Qué crees que sucederá si tienes éxito? ¿Quién ocupará el puesto de Daji? ¿Y confías en que quienquiera que sea esa persona gobierne las doce provincias? ¿Que sea más amable con la gente como tú de lo que lo ha sido Daji?

Rin no había pensado demasiado en eso. Nunca se había molestado en considerar qué pasaría después de matar a la emperatriz. Una vez que hubiera obtenido la venganza en nombre de Altan, no estaba ni siquiera segura de querer seguir viviendo.

—A mí eso me da igual —respondió.

—Entonces, piénsalo de este modo —dijo Vaisra—. Puedo darte la oportunidad de que lleves a cabo tu venganza con el respaldo de un ejército de miles de soldados.

—¿Tendré que seguir órdenes? —preguntó la joven.

—Rin… —comenzó a decir Nezha.

—¿Tendré que seguir órdenes?

—Sí —admitió Vaisra—. Desde luego.

—Entonces, puede irse a la mierda.

El jefe militar parecía confuso.

—Todos los soldados siguen órdenes.

—Yo ya no soy una soldado —declaró Rin—. Ya he cumplido el tiempo que me tocaba, le fui leal al Imperio y eso hizo que acabara atada a una mesa en un laboratorio de investigación mugenés. Ya me he hartado de seguir órdenes.

—Nosotros no somos el Imperio.

Rin se encogió de hombros.

—Pero queréis serlo.

—Serás estúpida. —Vaisra dio una palmada contra la mesa. Rin se sobresaltó—. Deja de pensar en ti por un momento. Esto no trata de ti, trata sobre el futuro de nuestro pueblo.

—De su pueblo —aclaró Rin—. Yo soy esperiliana.

—Tú eres una niñita asustada que reacciona movida por la rabia y la pérdida de la forma más corta de miras posible. Lo único que quieres es conseguir tu venganza. Pero podrías ser mucho más. Hacer mucho más. Escúchame, podrías cambiar la historia.

—¿Es que no he cambiado la historia ya bastante? —susurró Rin.

No le importaba la visión que cualquier otra persona tuviera del futuro. Ella ya hacía mucho tiempo que había dejado de desear la grandiosidad, de desear hacerse un hueco en la historia. Había aprendido cuál era el coste de todo ello.

Y no sabía cómo expresar que simplemente estaba agotada.

Lo único que quería era conseguir venganza para Altan.

Quería atravesarle el corazón a Daji con un cuchillo.

Y luego, quería desaparecer.

—Tu pueblo no murió por culpa de Daji, sino como consecuencia de este Imperio —dijo Vaisra—. Las provincias se han vuelto débiles, aisladas y tecnológicamente ineptas. Si las comparamos con la Federación, con Hesperia, no es que estemos décadas atrás, sino siglos. Y el problema no es nuestro pueblo, sino sus gobernantes. El sistema de las doce provincias es anticuado, un yugo ineficiente que hace que los nikaras se queden a la zaga. Imagínate un país que de verdad estuviera unido. Imagínate un ejército cuyas facciones no estuvieran constantemente en guerra entre ellas. ¿Quién podría vencernos entonces?

A Vaisra le brilló la mirada mientras extendía las manos por encima de la mesa.

—Voy a transformar el Imperio en una república, en una gran república, fundada sobre la libertad individual de los hombres. En lugar de jefes militares, tendremos funcionarios electos. En lugar de una emperatriz, tendremos un parlamento, dirigido por un presidente electo. Eso hará que sea imposible que una única persona como Su Daji pueda causar la ruina de este reino. ¿Qué te parece?

Rin pensó que hubiera sido un discurso encantador si Vaisra hubiera estado hablando con una

persona más ingenua.

Quizás el Imperio sí que precisara de un nuevo Gobierno. Tal vez una democracia acabara trayendo la paz y la estabilidad.

Sin embargo, el jefe militar del Dragón no era consciente de que a Rin simplemente no le importaba nada de eso.

—Acabo de salir de una guerra —declaró la joven—. No es que esté muy interesada en participar en otra.

—Entonces, ¿cuál es tu estrategia? ¿Recorrer de arriba abajo la costa para asesinar a los únicos funcionarios que han sido lo suficientemente valientes como para mantener el opio fuera de sus fronteras? —Vaisra profirió un sonido de disgusto—. Si ese es tu objetivo, eres tan dañina como los mugeneses.

Rin enfureció.

—Acabaré matando a Daji.

—¿Y cómo vas a hacer eso, si puede saberse?

—No tengo por qué decírselo…

—¿Alquilando un barco pirata? —se burló el jefe militar—. ¿Manteniendo negociaciones en las que saldrás mal parada con una reina pirata?

—Moag iba a proporcionamos suministros. —Rin sintió cómo la sangre le subía al rostro—. Y ya nos habría dado también dinero si vosotros, capullos, no hubierais aparecido…

—Eres tremendamente ingenua. ¿No lo entiendes? Moag iba a acabar vendiéndoos tarde o temprano. ¿Crees que iba a dejar pasar la recompensa que ofrecen por vuestras cabezas? Tenéis suerte de que nuestra oferta haya sido mejor.

—Moag no haría eso —dijo Rin—. Es consciente del valor que tengo.

—Estás dando por sentado que Moag es racional. Y lo es, hasta que se le presenta una gran suma de dinero. Puedes comprarla con cualquier cantidad de plata, algo que yo tengo en abundancia. —Vaisra negó con la cabeza como un profesor decepcionado—. ¿Acaso no lo ves? Moag solo prosperará mientras Daji ocupe el trono, porque las políticas aislacionistas de la emperatriz le otorgan una ventaja competitiva a Ankhiluun. Moag solo se beneficia si opera en los márgenes de la ley. Mientras el resto del país se encuentre hundido en la mierda, le es más rentable operar con esas limitaciones que sin ellas. El día en el que el comercio se legalice, se marchará del Imperio. Lo que significa que lo último que necesita es que logres tu cometido.

Rin abrió la boca, pero se dio cuenta de que no tenía nada que decir, así que volvió a cerrarla. Por primera vez, no contaba con ningún contraargumento.

—Por favor, Rin —intervino Nezha—. Sé sincera contigo misma. No podéis librar esta batalla vosotros solos. Sois seis personas. A la Víbora la escolta todo un cuerpo de soldados de élite al que no os habéis enfrentado nunca. Y eso sin mencionar sus propias habilidades en artes marciales, de las que no tienes ni idea.

—Además, ya no contáis con la ventaja que os daba el factor sorpresa —dijo Vaisra—. Daji sabe que vas a por ella, lo que significa que necesitas un modo de acercarte. Me necesitas a mí.

El jefe militar del Dragón señaló hacia las paredes que los rodeaban.

—Fíjate en este barco. Es de lo mejorcito en tecnología naval que puede ofrecer Hesperia. Doce cañones alineados a cada costado.

Rin puso los ojos en blanco.

—¿Enhorabuena?

—Cuento con diez barcos más como este.

Eso hizo que Rin se parara a pensarlo.

Vaisra se inclinó hacia delante.

—Ahora lo entiendes. Eres una chica lista, puedes hacer los cálculos tú misma. El Imperio no cuenta con una fuerza naval en condiciones. Yo sí. Controlaremos las vías fluviales del Imperio. En el peor de los casos, esta guerra habrá concluido en cuestión de seis meses.

Rin tamborileó con los dedos sobre la mesa y se detuvo a considerarlo todo. ¿Podían ganar esa batalla? ¿Y qué pasaba si lo lograban?

No podía evitar sopesar las probabilidades. La habían entrenado demasiado bien en Sinegard como para no hacerlo.

Si lo que Vaisra afirmaba era cierto, entonces tenía que admitir que ese era el momento perfecto para dar un golpe de Estado. Ahora la Milicia estaba fragmentada y era débil. Las provincias habían acabado diezmadas por culpa de los batallones de la Federación. Y tal vez sus ciudadanos cambiaran rápidamente de bando cuando descubrieran la verdad sobre el engaño de Daji.

Los beneficios de unirse a un ejército eran obvios. Rin no tendría que volver a preocuparse por sus suministros. Contaría con acceso a información de inteligencia que no podría conseguir por sus propios medios. Tendría un medio de transporte gratuito para ir a donde quisiera.

Y aun con todo…

—¿Qué pasa si digo que no? —preguntó—. ¿Va a obligarme a trabajar para usted? ¿Va a hacerme su propia esclava esperiliana?

Vaisra no mordió el anzuelo.

—La República va a fundarse sobre la libertad de elección. Si rechazas unirte a nosotros, no podemos obligarte.

—Entonces, quizás me marche —declaró Rin, sobre todo para ver cómo respondería Vaisra —. Me esconderé. Esperaré al momento oportuno. Me haré más fuerte.

—Podrías hacer eso. —El jefe militar parecía aburrido, como si supiera que Rin se estaba sacando esas objeciones de la manga—. O podrías luchar para mí y obtener la venganza que buscas. No es tan complicado, Runin. Y realmente no te estás planteando decirme que no. Tan solo estás fingiendo pensártelo porque te gusta comportarte como una niñata.

Rin lo fulminó con la mirada.

Era una opción muy racional. Detestaba que lo fuera. Y detestaba aún más que Vaisra fuese consciente de ello y que supiera que ella había llegado a la misma conclusión. Ahora simplemente se burlaría de ella hasta que la joven confesase su decisión.

—Tengo más dinero y recursos a mi disposición que cualquier otra persona de este Imperio —siguió Vaisra—. Armas, hombres, información… Sea lo que sea lo que necesites, puedes conseguirlo a través de mí. Trabaja para mí y no te faltará nada.

—No voy a dejar mi vida en sus manos —aseveró Rin. La última vez que le había jurado su lealtad a alguien, habían acabado traicionándola. Altan había muerto.

—No te mentiré nunca —afirmó el jefe militar.

—Todo el mundo me miente.

Vaisra se encogió de hombros.

—Pues no confíes en mí, entonces. Actúa puramente en tu propio interés. Pero creo que no tardarás en darte cuenta de que no te quedan muchas más opciones.

A Rin le palpitaban las sienes. Se frotó los ojos e intentó desesperadamente pensar en todas las posibilidades. Tenía que haber alguna pega. Era lo bastante lista como para saber que no debía aceptar una oferta como esa de buenas a primeras. Había aprendido la lección después de lo sucedido con Moag. Nunca debía confiar en la persona que tenía todas las cartas.

Necesitaba conseguir algo de tiempo.

—No puedo tomar la decisión sin hablar antes con mi gente.

—Haz lo que creas conveniente —le respondió Vaisra—. Pero quiero una respuesta al amanecer.

—¿O si no, qué? —preguntó Rin.

—Si no, tendréis que encontrar el modo de volver vosotros solos a la orilla —dijo—. Y es un largo trecho a nado.

—Para que quede claro: ¿el jefe militar del Dragón no quiere matarnos? —preguntó Ramsa.

—No —le confirmó Rin—. Quiere que nos unamos a su ejército.

El chico arrugó la nariz.

—Pero ¿por qué? La Federación ya no existe.

—Precisamente por eso. Cree que esta es su oportunidad para *derrocar* al Imperio.

—Lo cierto es que es una jugada inteligente —dijo Baji—. Pensadlo. Hay que robar en la casa mientras esté en llamas, o eso dice el dicho.

—No creo que ese dicho exista —comentó Ramsa.

—Es algo un poco más noble que eso —siguió Rin—. Quiere construir una república en su lugar. Acabar con el sistema de jefes militares. Formar un parlamento, contar con funcionarios electos y reestructurar la forma de gobierno por todo el Imperio.

Baji rio entre dientes.

—¿Una democracia? ¿En serio?

—A los hesperianos les ha funcionado —declaró Qara.

—¿De verdad lo ha hecho? —preguntó Baji—. ¿No lleva el continente occidental una década en guerra?

—La pregunta no es si la democracia podría funcionar —intervino Rin—. Eso no importa. La pregunta es si nosotros vamos a alistamos.

—Podría tratarse de una trampa —señaló Ramsa—. Podría querer llevarte hasta Daji.

—Podría habernos matado mientras estábamos drogados. Somos unos pasajeros peligrosos para tener a bordo. No le hubiera merecido la pena asumir ese riesgo, a no ser que Vaisra de verdad creyera que podía convencernos para unirnos a él.

—¿Entonces? —preguntó Ramsa—. ¿Puede convencemos?

—No lo sé —admitió Rin—. Tal vez.

Cuanto más pensaba en ello, mejor idea le parecía. La comandante de los Cike quería los barcos de Vaisra. Y sus armas, sus soldados, su poder.

Pero si las cosas se torcían, si el jefe militar del Dragón les hacía daño a los Cike, entonces toda esa responsabilidad recaería sobre sus hombros. Y la joven no podía volver a fallar a los Cike.

—Hacer esto por nuestra cuenta sigue teniendo un beneficio —dijo Baji—. No tendríamos que aceptar órdenes de nadie.

Rin negó con la cabeza.

—Pero seguimos siendo solo seis. No podemos asesinar a una jefa de Estado con solo seis personas.

Aunque lo cierto era que, hacía tan solo un par de horas, había estado más que dispuesta a hacer eso mismo.

—¿Y qué pasa si nos traiciona? —preguntó Aratsha.

Baji se encogió de hombros.

—Siempre podemos cortar por lo sano y desertar. Volver corriendo a Ankhiluun.

—No podemos volver corriendo a Ankhiluun —dijo Rin.

—¿Por qué no?

La joven procedió a contarles la estratagema de Moag.

—Nos habría vendido a Daji si Vaisra no le hubiera ofrecido algo mejor. El jefe militar ha hundido nuestro barco porque quiere que la reina pirata nos dé por muertos.

—Así que la elección es entre Vaisra o nada —dijo Ramsa—. Fantástico.

—¿De verdad es tan malo Yin Vaisra? —preguntó Suni—. Solo es un hombre.

—Eso es verdad —coincidió Baji—. No puede dar más miedo que el resto de los jefes militares. Los del Buey y el Carnero no eran nada del otro mundo. Todo se reduce a nepotismo y endogamia.

—Vamos, igual que fuiste concebido tú —dijo Ramsa.

—Oye, mierdecilla…

—Unámonos a ellos —declaró Chaghan. Su tono de voz era poco más que un susurro, pero el silencio se extendió por el camarote. Era la primera vez que decía algo en toda la tarde—. Estáis debatiendo sobre esto como si tuvierais elección. No la tenéis. ¿De verdad creéis que Vaisra nos dejará marchar si nos negamos? Es demasiado listo como para hacer eso. Acaba de confesar sus intenciones de cometer traición. Nos matará si cree que existe el más mínimo riesgo de que nos vayamos con otro. —Le dedicó a Rinuna mirada sombría—. Asúmelo, esperiliana. Es unirnos o morir.

—Lo estás disfrutando —lo acusó Rin.

—Jamás haría eso —replicó Nezha. Había estado sonriendo durante todo el recorrido por el pasillo mientras le enseñaba el barco como si fuera un guía entusiasta—. Pero me alegro de tenerte a bordo.

—Cierra el pico.

—¿Es que no puedo alegrarme? Te he echado de menos. —Nezha se detuvo frente a una habitación en la cubierta principal—. Después de ti.

—¿Qué es esto?

—Tus nuevas dependencias. —Le abrió la puerta para dejarla pasar—. Fíjate, se cierra desde dentro de cuatro formas distintas. He pensado que esto podría gustarte.

Sí que le gustaba. La habitación era el doble de grande que sus dependencias en el antiguo barco, y la cama era una cama en condiciones, no un catre con sábanas plagadas de piojos. Rin

accedió al interior.

—¿Todo esto es para mí sola?

—Ya te lo he dicho —fanfarroneó Nezha—. El ejército del Dragón tiene sus ventajas.

—Ah, ¿así es como os llamáis a vosotros mismos?

—Técnicamente, es el ejército de la República. Nada de provincias y todo eso.

—Necesitaréis aliados para conseguirlo.

—Estamos trabajando en ello.

Rin se giró hacia la portilla. Incluso en la oscuridad, podía ver lo rápido que se desplazaba el Sombramar, atravesando olas negras a una velocidad superior a la que Aratsha era capaz de alcanzar. Por la mañana, habrían dejado a Moag y a su flota cientos de kilómetros atrás.

Sin embargo, Rin no podía abandonar Ankhiluun de ese modo. Aún no. Tenía que recoger una cosa.

—¿Has dicho que Moag cree que estamos muertos? —preguntó Rin.

—Me sorprendería que no lo pensara. Incluso hemos lanzado algunos cadáveres chamuscados al agua.

—¿Los cadáveres de quién?

Nezha estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Acaso importa?

—Supongo que no. —El sol acababa de ponerse sobre el agua. Pronto, la patrulla pirata de Ankhiluun comenzaría a hacer sus rondas por la costa—. ¿Tenéis un barco más pequeño? ¿Uno que pueda pasar sin ser detectado por entre los barcos de Moag?

—Por supuesto —resopló Nezha—. ¿Por qué? ¿Necesitas regresar?

—Yo no —respondió—. Pero os habéis olvidado de alguien.

A todas luces, la audiencia de Kitay con Vaisra fue un verdadero desastre. El capitán Eriden no le permitió a Rin esperar en la segunda cubierta, así que no pudo escuchar a hurtadillas. Sin embargo, aproximadamente una hora después de que Kitay subiera a bordo, vio a Nezha y a dos soldados arrastrarlo hasta el nivel más bajo. Rin corrió por el pasillo para darles alcance.

—… me da igual que estés cabreado. No puedes lanzarle comida al jefe militar del Dragón —decía Nezha.

Kitay tenía el rostro de color morado a causa de la rabia. Si había sentido alivio al ver que Nezha seguía vivo, no lo había demostrado.

—¡Tus hombres han intentado hacer saltar mi casa por los aires!

—Tienen la costumbre de hacer eso —dijo Rin.

—Intentábamos que pareciera que habías muerto —le explicó Nezha.

—¡Yo seguía dentro! —gritó Kitay—. ¡Y también mis libros de contabilidad!

Nezha parecía no dar *crédito*.

—¿A quién le importan una mierda tus libros de contabilidad?

—Estaba llevando los impuestos de la ciudad.

—¿Qué?

A Kitay le sobresalía el labio inferior.

—Casi los había terminado.

—¿Qué cojones? —Nezha lo miró perplejo—. No… Rin, intenta hacer entrar en razón a este idiota.

—¿El idiota soy yo? —quiso saber Kitay—. ¿Yo? Cuando es a vosotros a los que os parece buena idea hacer estallar una maldita guerra civil…

—Es lo que el Imperio necesita —insistió Nezha—. Daji fue responsable de la invasión de la Federación, de que Golyn Niis…

—Tú no estabas en Golyn Niis —estalló el otro chico—. Así que no me hables de Golyn Niis.

—Vale… Lo siento… Pero ¿no justifica eso un cambio de régimen? Daji dejó a la Milicia maniatada, ha jodido nuestras relaciones internacionales, no es apta para gobernar…

—No tenéis pruebas de eso.

—Sí que las tenemos. —Nezha dejó de caminar—. Fíjate en tus cicatrices. Mira las mías. Llevamos las pruebas escritas en la piel.

—Me da igual —dijo Kitay—. Me importan una mierda vuestras políticas. Quiero irme a casa.

—¿Para hacer qué? —le preguntó Nezha—. ¿Y para luchar con quién? Se acerca una guerra, Kitay, y cuando estalle no habrá cabida para la neutralidad.

—Eso no es verdad. Me recluiré y llevaré la vida virtuosa de un ermitaño erudito —declaró Kitay con tirantez.

—Déjalo ya —intervino Rin—. Nezha tiene razón. Solo estás siendo cabezota.

Kitay le puso los ojos en blanco.

—Cómo no ibas a apoyar tú esta locura. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Tal vez sea una locura —dijo Rin—, pero es mejor que luchar para la Milicia. Venga, Kitay. Sabes que no puedes volver al antiguo *statu quo*.

Rin podía ver reflejado en la mirada de Kitay lo mucho que su amigo quería poder encontrar el modo de conciliar la lealtad con la justicia. El pobre Kitay, íntegro y con altos valores morales, siempre preocupado por hacer lo correcto, no podía concebir el hecho de que un golpe de Estado militar pudiera —estar justificado.

El joven lanzó los brazos al aire.

—Aun así, ¿crees que estoy en posición de formar parte de una república? Mi padre es el ministro de Defensa imperial.

—Entonces, está sirviendo a la gobernante inadecuada —dijo Nezha.

—¡No lo entendéis! Toda mi familia se encuentra en plena capital. Podrían utilizarlos en mi contra. Mi madre, mi hermana…

—Podríamos sacarlos de allí —comentó el otro chico.

—¿Igual que me sacasteis a mí? Muy bien, seguro que les encanta que los secuestren en mitad de la noche mientras su casa se incendia.

—Tranquilízate —dijo Rin—. Al menos seguirían con vida. No tendrías de qué preocuparte.

—Como si tú supieras lo que es eso —explotó Kitay—. Lo más cercano que has tenido a una familia fue un maníaco suicida que consiguió matarse en una misión casi tan estúpida como esta.

Rin sabía que el joven era consciente de que acababa de pasarse de la raya nada más decirlo. Nezha parecía estupefacto. Kitay se apresuró a parpadear, negándose a mirarla a los ojos. Por un momento, Rin tuvo la esperanza de que su amigo cedería, de que se disculparía, pero

simplemente se limitó a apartar la mirada.

La comandante de los Cike sintió una punzada de dolor en el pecho. El Kitay al que había conocido se habría disculpado.

A aquello le siguió un prolongado silencio. Nezha se quedó mirando fijamente la pared, y Kitay, el suelo, pero ninguno de los dos se atrevió a mirar a Rin a los ojos.

Al final, Kitay extendió las manos hacia delante, como si esperara que alguien lo maniatara.

—Es mejor que me llevéis al calabozo —dijo—. No querréis a vuestros prisioneros paseándose por la cubierta.



7

Cuando Rin regresó a sus dependencias privadas, se encerró a conciencia en el interior. Echó los cuatro cerrojos y apoyó una silla contra la puerta para asegurarse. Después se tumbó en la cama. Cerró los ojos e intentó relajarse, procurando interiorizar esa breve sensación de seguridad. Estaba a salvo. Tenía aliados. Nadie iba a por ella.

No lograba dormirse. Le faltaba algo.

Tardó un momento en darse cuenta de qué era. Estaba esperando experimentar esa sensación de balanceo, de la cama meciéndose sobre el agua, pero no la sentía. El Sombramar era un buque de guerra tan enorme que sus cubiertas simulaban ser tierra firme. Por una vez, Rin se hallaba sobre un suelo estable.

Eso era lo que quería, ¿no? Tenía un lugar en el que estar y otro al que ir. Ya no iba dando tumbos, no estaba tratando desesperadamente de idear planes que sabía que, con toda probabilidad, acabarían fracasando.

Se quedó contemplando el techo mientras intentaba bajar sus pulsaciones. No obstante, no lograba librarse de la sensación de que algo iba mal… Era un malestar arraigado que no tenía nada que ver con la ausencia del balanceo de las olas.

Empezó como un cosquilleo en la punta de los dedos. Luego, como un golpe de calor que comenzó en las palmas de las manos y que le subió por los brazos hasta llegarle al pecho. La jaqueca llegó un minuto después, destellos abrasadores de dolor que le hicieron apretar los dientes.

Y entonces, el fuego comenzó a arder por detrás de sus párpados.

Vio Speer y la Federación. Vio cenizas y huesos desdibujados que se fundían conformando una figura solitaria que se dirigía hacia ella, esbelta y hermosa, con un tridente en la mano.

—Zorra estúpida —susurró Altan. Extendió un brazo hacia ella. Cerró las manos alrededor de su garganta.

Rin abrió los ojos de golpe. Se sentó e inspiró y espiró, de forma profunda, lenta y desesperada, para intentar calmar ese repentino ataque de pánico.

Entonces fue consciente de qué era lo que iba mal.

En ese barco no tenía acceso al opio.

«No. Tranquilízate. Cálmate».

En Sinegard, cuando el maestro Jiang había intentado ayudarla a cerrar su mente al Fénix, le había enseñado algunas técnicas para despejar sus pensamientos y desaparecer en un vacío que simulaba ser la nada. Le había enseñado a pensar como si estuviera muerta.

Por aquel entonces, Rin había rehusado seguir sus lecciones. Sin embargo, ahora intentaba recordarlas. Obligó a su mente a repasar los mantras que Jiang le había hecho repetir durante horas. «Nada. Soy nada. No existo. No siento nada. No me lamento de nada… Soy arena, soy polvo, soy cenizas».

No funcionó. Las oleadas de pánico seguían perturbando la calma. El cosquilleo en la punta de los dedos se intensificó y se transformó en cuchilladas. Estaba en llamas, cada parte de su ser ardía de manera insoportable, y la voz de Altan resonaba por todas partes.

«Deberías haber sido tú».

Corrió hacia la puerta, apartó la silla de una patada, descorrió los cerrojos y se lanzó descalza hacia el pasillo. Sintió punzadas de dolor detrás de los ojos, lo que provocó que viera chispas y destellos.

Los entrecerró para intentar ver algo bajo la luz tenue. Nezha le había dicho que su camarote se encontraba al final del pasillo… Tenía que ser ese… Llamó a la puerta desesperadamente, hasta que se abrió y su amigo apareció en el hueco.

—¿Rin? ¿Qué te…?

La joven lo agarró por la camisa.

—¿Dónde está vuestro médico?

Nezha enarcó las cejas.

—¿Estás herida?

—¿Dónde está?

—En la cubierta principal, tercera puerta a la izquierda, pero…

Rin salió corriendo hacia las escaleras antes de que terminara de hablar. Escuchó cómo Nezha la seguía a toda prisa, pero le dio igual. Lo único que le importaba era conseguir algo de opio, láudano o lo que fuera que tuvieran a bordo.

Sin embargo, el médico no la dejó entrar en su despacho. Bloqueó la entrada con su propio cuerpo, apoyando una mano contra el umbral de la puerta y dejando la otra sobre el pomo.

—Son órdenes del jefe militar del Dragón. —Hablaba como si hubiera estado esperándola—. No me dejan darte nada.

—Pero necesito… El dolor… No lo soporto… Necesito…

El médico comenzó a cerrar la puerta.

—Tendrás que apañártelas sin consumir nada.

Rin metió el pie entre la puerta y el marco.

—Solo un poco —le suplicó. Le daba igual lo patética que sonara, solo necesitaba algo. Lo que fuera—. Por favor.

—Cumplo órdenes —le dijo—. No puedo hacer nada.

—¡Maldita sea! —gritó Rin. El médico se sobresaltó y cerró la puerta de un portazo, pero la joven ya corría en dirección contraria, pisando con fuerza a medida que se iba acercando a las escaleras.

Tenía que llegar a la cubierta superior, alejarse de todo el mundo. Sentía el cosquilleo de un vil recuerdo como esquirlas de cristal clavándosele en la mente. Eran pequeños fragmentos de

imágenes que había suprimido y que ahora desfilaban vívidamente por su cabeza: cadáveres en Golyn Niis, cadáveres en el laboratorio de investigación, cadáveres en Speer, y los soldados, todos con el rostro de Shiro, abucheando, señalando y riéndose. Eso la hizo enfurecer, hizo que su ira aumentara cada vez más…

—¡Rin!

Nezha le dio alcance. La agarró por el hombro.

—¿Qué estás…?

Rin se giró hacia él.

—¿Dónde está tu padre?

—Creo que está reunido con sus almirantes —tartamudeó—. Pero, si yo fuera tú, no lo…

Rin le dio un empujón al pasar por su lado. Nezha intentó agarrarla del brazo, pero la joven se zafó, corrió por el pasillo y bajó las escaleras que conducían al despacho de Vaisra. Sacudió los pomos de las puertas, que estaban cerradas con llave, así que las pateó con furia hasta que se abrieron de par en par desde dentro.

Vaisra no parecía ni remotamente sorprendido de verla allí.

—Caballeros —dijo—, necesitamos privacidad, por favor.

Los hombres que había en el interior abandonaron sus asientos sin decir ni una palabra. Ninguno de ellos miró a Rin. Vaisra cerró las puertas, echó el cerrojo y giró sobre sus talones.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Le ha dicho al médico que no me dé opio —dijo Rin.

—Correcto.

A la joven le tembló la voz.

—Mira, capullo, necesito…

—Ah, no, Runin. —El jefe militar del Dragón levantó un dedo y lo agitó en el aire, como si estuviera reprendiendo a una niña pequeña—. Debería habértelo mencionado. Una última condición para tu alistamiento. No admito a adictos al opio en mi ejército.

—No soy adicta, es solo que… —Una nueva oleada de dolor le atenazó la cabeza y tuvo que dejar de hablar mientras se encogía sobre sí misma.

—Drogada no me sirves de nada. Te necesito alerta. Necesito a alguien que sea capaz de infiltrarse en el Palacio de Otoño y asesinar a la emperatriz, no a un saco de mierda hasta arriba de opio.

—No lo entiende —dijo Rin—. Si no me tiene drogada, acabaré incinerando a todo el que esté en este barco.

Vaisra se encogió de hombros.

—Entonces, te tiraremos por la borda.

La joven esperiliana solo fue capaz de contemplarlo fijamente. Aquello no tenía ningún sentido para ella. ¿Cómo podía ese hombre permanecer tan irritantemente tranquilo? ¿Por qué no cedía? ¿Por qué no se encogía de miedo? Así no era como debían funcionar las cosas… Rin debería haberlo amenazado y él debería haberle concedido lo que ella quisiese, siempre funcionaba así…

¿Por qué no había logrado asustarlo?

Desesperada, recurrió a las súplicas.

—No sabe lo mucho que duele esto. Está en mi cabeza… El dios siempre está metido en mi

mente, y duele…

—No es el dios. —Vaisra se irguió y cruzó la estancia para llegar hasta ella—. Es la rabia. Es tu miedo. Has participado por primera vez en una batalla y tienes los nervios a flor de piel. Estás constantemente asustada. Crees que todos van a por ti, y quieres que vayan a por ti porque así tendrás una excusa para hacerles daño. Ese no es un problema particular de los esperilianos, es una experiencia universal para todo los soldados. Y no puedes curarla por medio del opio. No puedes huir de ella.

—Entonces, ¿qué…?

El jefe militar le apoyó las manos sobre los hombros.

—Debes enfrentarte a ello. Aceptar que esta es ahora tu realidad. Combátela.

¿Es que no entendía que ya lo había intentado? ¿Creía acaso que era fácil?

—No —respondió Rin—. Necesito…

Vaisra ladeó la cabeza.

—¿Cómo que no?

La joven sentía la lengua increíblemente pesada dentro de la boca. Le sudaba todo el cuerpo. Podía ver cómo se le empapaban las manos.

El jefe militar del Dragón elevó la voz.

—¿Estás contradiciendo mis órdenes?

Rin inspiró temblorosamente.

—No… No puedo. No puedo combatirlo.

—Ay, Runin. No lo entiendes. Ahora eres mi soldado. Sigues mis órdenes. Si te digo que te tires por un precipicio, lo harás sin rechistar.

—Pero no puedo —repitió la joven, frustrada.

Vaisra levantó la mano izquierda, se examinó brevemente los nudillos y luego le cruzó la cara a Rin con el revés.

La esperiliana se tambaleó hacia atrás, más a causa de la sorpresa que por la fuerza. No sintió ningún dolor en el rostro, sino más bien una intensa punzada, como si le hubiera caído un rayo encima. Se llevó un dedo al labio. Al retirárselo, vio sangre.

—Me ha pegado —dijo, aturdida.

Vaisra la agarró firmemente por la barbilla con los dedos y la obligó a mirarlo. Rin estaba demasiado estupefacta como para sentir cualquier tipo de rabia. No estaba enfadada, solo asustada. Nadie se atrevía a tocarla de ese modo. Nadie lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

Desde Altan.

—Me he topado con esperilianos antes. —El jefe militar le acarició la mejilla con el pulgar—. No eres la primera. Piel cetrina. Ojos hundidos. Estás dejando que el humo te consuma. Cualquiera puede oler el opio que emanas. ¿Sabes por qué los esperilianos morían jóvenes? No era por su inclinación constante hacia la guerra, ni tampoco por su dios. Fumaban hasta matarse a sí mismos. Ahora mismo, no te daría más de seis meses de vida.

Hundió las uñas en la piel de Rin con tanta fuerza que la joven profirió un grito ahogado.

—Esto se acaba aquí. No consumirás más. Podrás matarte a fumar cuando hayas hecho lo que necesito de ti. Pero solo después.

La joven se quedó contemplándolo, conmocionada. El dolor comenzaba a hacer acto de

presencia, primero como una pequeña punzada, y luego pasó a ser un enorme moratón que se le extendió por toda la cara. Sintió que un sollozo le subía por la garganta.

—Pero duele demasiado…

—Ay, Runin. La pequeña y pobre Runin. —Vaisra le apartó el cabello de los ojos y se inclinó más hacia ella—'. Que le den a tu dolor. Lo que te ocurre no es nada que no se pueda solucionar con un poco de disciplina. Eres capaz de bloquear al Fénix. Tu mente puede construir sus propias defensas, solo que no lo has hecho porque estás utilizando el opio como una salida fácil.

—Porque necesito…

—Necesitas disciplina. —La obligó a levantar aún más la cabeza—. Debes concentrarte. Fortificar tu mente. Sé que escuchas los gritos. Aprende a vivir con ellos. Altan lo hizo.

Al hablar, Rin pudo saborear la sangre que le cubría los dientes.

—Yo no soy Altan.

—Pues aprende a serlo —le respondió.

En sus dependencias, Rin sufrió en soledad, con la puerta cerrada a cal y canto y custodiada por tres soldados en el exterior a petición suya.

No soportaba estar tendida en la cama. Las sábanas le arañaban la piel y exacerbaban el terrible picor que se le había extendido por todo el cuerpo. Acabó acurrucada en el suelo con la cabeza entre las rodillas, meciéndose y mordiéndose los nudillos para contener sus gritos. Todo el cuerpo se le contraía y temblaba en oleadas, torturado por la sensación de que alguien le estaba pisoteando lentamente cada uno de sus órganos internos.

El médico del barco se había negado a proporcionarle un sedante con el argumento de que así solo intercambiaría su adicción al opio por otra sustancia más suave. Así que Rin no tenía nada con lo que silenciar su mente, nada para sofocar las visiones que le aparecían como fogonazos ante los ojos cada vez que los cerraba, una combinación del interminable recorrido visual de los horrores del Fénix y sus propias alucinaciones, causadas por su abstinencia a los opioides.

Y, por supuesto, luego estaba Altan. Sus visiones siempre lo traían de vuelta. Algunas veces lo veía ardiendo en el muelle. Otras, atado a una mesa de operaciones, gimiendo de dolor. Y otras veces, no estaba herido en absoluto. Sin embargo, esas últimas eran las más dolorosas, porque le hablaba…

Seguía ardiéndole la mejilla a causa de la fuerza del golpe que le había asestado Vaisra. No obstante, en su visión, era Altan el que le pegaba, sonriendo con crueldad mientras ella se quedaba contemplándolo con cara de idiota.

—Me has pegado —le dijo.

—He tenido que hacerlo —respondió él—. Alguien debía hacerlo. Te lo merecías.

¿Se lo merecía? No estaba segura. La única versión de la verdad que le importaba era la de Altan y, en sus visiones, el esperiliano creía que ella merecía la muerte.

—Eres un fracaso —le dijo—. Jamás podrías acercarte siquiera a hacer lo que hacía yo. Deberías haber sido tú.

Y, detrás de todo eso, una orden implícita: «Véngame, véngame, véngame…».

En ocasiones, de manera fugaz, las visiones se transformaban en una fantasía increíblemente retorcida en la que Altan no le hacía daño. Era una versión en la que, por el contrario, la amaba, y

sus golpes pasaban a ser caricias. Pero esas visiones eran completamente imposibles, ya que la naturaleza de Altan era la misma que la del fuego que lo había devorado: si no hacía arder todo lo que lo rodeaba, no era él mismo.

Al fin Rin cayó rendida por puro agotamiento, pero durmió a trompicones. Cada vez que daba una cabezada, se despertaba gritando, y solo conseguía guardar silencio en mitad de la noche, cuando se mordía los nudillos y se pegaba a un rincón de la estancia.

—Que te den, Vaisra —susurró—. Que te den, que te den, que te den.

Sin embargo, no podía odiar al jefe militar del Dragón. Tal vez se debiera a lo exhausta que se sentía. Estaba tan atormentada por el miedo, el dolor y la ira que era toda una proeza que fuera capaz de seguir sintiendo algo. Pero era consciente de que todo eso era necesario. Sabía desde hacía meses que se estaba matando a sí misma y que no tenía ningún autocontrol para dejar de hacerlo, que la única persona que podría haberla detenido estaba muerta.

Necesitaba contar con alguien que fuera capaz de controlarla como nadie había podido hacerlo desde Altan. Odiaba admitirlo, pero sabía que era posible que hubiese encontrado a un salvador en Vaisra.

Durante el día era peor. La luz del sol le martilleaba constantemente el cráneo. Pero si permanecía encerrada más tiempo en sus dependencias, iba a perder la cabeza, así que Nezha la acompañó al exterior, agarrándola con fuerza del brazo mientras paseaban por la cubierta superior.

—¿Cómo te encuentras? —tanteó el joven.

Era una pregunta estúpida que había hecho para romper el silencio más que otra cosa, porque debería haber sido obvio cómo se encontraba: no había dormido, estaba temblando desconsoladamente, tanto a causa del agotamiento como del síndrome de abstinencia, y con el tiempo esperaba llegar a un punto en el que simplemente perdiera el conocimiento.

—Háblame —le dijo Rin.

—¿De qué?

—De lo que sea. De cualquier otra cosa.

Así que Nezha comenzó a contarle historias de la corte en voz baja para que no le doliera más la cabeza. Eran historias frívolas, rumores sobre quién se estaba follando a la esposa de tal jefe militar o sobre quién era el verdadero padre del hijo de otro de los jefes.

Rin lo observó mientras hablaba. Si se concentraba en los detalles más mínimos de su rostro, conseguía distraerse del dolor aunque fuera durante un momento. El modo en el que ahora su ojo izquierdo se abría ligeramente más que el derecho. El modo en el que arqueaba las cejas. El modo en el que sus cicatrices se curvaban sobre su mejilla derecha en forma de amapola.

Nezha era mucho más alto que ella. Rin tenía que estirar la cabeza para poder mirarlo. ¿Cuándo había pegado ese estirón? En Sinegard, ambos eran de la misma estatura, casi de la misma constitución, hasta su segundo año, cuando el chico había comenzado a ganar volumen muscular a un ritmo exagerado. Pero en Sinegard solo eran niños estúpidos e ingenuos que jugaban a la guerra sin creer nunca realmente que esa fuera a convertirse en su realidad.

Rin dirigió la mirada hacia el agua. El Sombramar se desplazaba hacia el interior, navegando río arriba por el Murui. Se movía a paso de tortuga mientras los hombres remaban con furia para

hacer avanzar al navío a través del fango.

La joven entornó los ojos hacia la orilla. No estaba segura de si eran alucinaciones suyas, pero, cuanto más se acercaban, con más claridad vislumbraba pequeñas formas que se movían en la distancia, como hormigas trepando por troncos.

—¿Eso son personas? —preguntó.

Sí que lo eran. Ahora podía verlas con más claridad: hombres y mujeres encorvados bajo el peso de los sacos que cargaban sobre los hombros, niños que caminaban descalzos a lo largo de la orilla del río y bebés sujetos a las espaldas de sus padres en cestas de bambú.

—¿Adónde se dirigen?

Nezha pareció ligeramente sorprendido por la pregunta.

—Son refugiados.

—¿De dónde?

—De todas partes. Golyn Niis no fue la única ciudad que la Federación saqueó. Arrasaron con toda la campiña. Durante todo el tiempo que estuvimos manteniendo ese inútil asedio en Khurdalain, ellos estuvieron marchando hacia el sur e incendiando pueblos después de haberlos destrozado en busca de provisiones.

Rin seguía dándole vueltas a lo primero que había dicho.

—Entonces, Golyn Niis no era…

—No, ni de lejos.

No podía ni siquiera imaginarse la cifra de muertos que eso implicaba. ¿Cuánta gente había residido en Golyn Niis? Multiplicó esa cifra por cada provincia y el resultado se acercaba al millón.

Y ahora, a lo largo de todo el país, los refugiados nikaras se arrastraban de vuelta a sus hogares. La marea de cuerpos que había abandonado las ciudades asoladas por la guerra hacia el árido noroeste daba ahora media vuelta.

—«Me preguntas lo profunda que es mi pena» —comenzó a recitar Nezha. Rin reconoció la frase: era de un poema que había estudiado hacía toda una vida, un lamento de boca de un emperador cuyas últimas palabras habían pasado a ser material de examen para futuras generaciones—. «Y yo te respondo: como un río en primavera que fluye hacia el este».

Mientras navegaban por el Murui, multitud de personas se dispersaban por la orilla con los brazos extendidos, gritando hacia el Sombramar.

—Por favor, solo hasta la frontera de la provincia…

—Llevaos a mis niñas. Dejadme a mí, pero llevaos a las niñas…

—¡Tenéis espacio! Tenéis espacio de sobra, maldita sea…

Nezha tiró suavemente de la muñeca de Rin.

—Vamos abajo.

La joven negó con la cabeza. Quería presenciar aquello.

—¿Por qué no podéis dejarles algún barco? —preguntó—. ¿Por qué no podemos ayudarlos a llegar a casa?

—No van a casa, Rin. Están huyendo.

El miedo le atenazó el estómago.

—¿Cuántos siguen por ahí?

—¿Te refieres a los mugeneses? —Nezha suspiró—. No llegan a formar un ejército. Son

brigadas individuales. Están congelados, hambrientos, frustrados, y no tienen a dónde ir. Ahora son ladrones y bandidos.

—¿Cuántos son? —repitió.

—Los suficientes.

Rin cerró la mano en un puño.

—Creía que había conseguido traer la paz.

—Conseguiste una victoria —le dijo su amigo—. Esto es lo que sucede después de eso. Los jefes militares apenas logran mantener el control en sus provincias. Hay escasez de alimentos. La criminalidad ha aumentado… Y no solo es culpa de los bandidos de la Federación. Los nikaras se atacan entre ellos. Es lo que tiene la necesidad.

—Y, como no puede ser de otra forma, os parece que ahora es un buen momento para librar otra guerra.

—Otra guerra es inevitable, aunque tal vez logremos prevenir la siguiente. La República se topará con dificultades en sus inicios. Pero si arreglamos sus cimientos, si logramos implantar estructuras que ayuden a que no haya más invasiones y mantenemos a las futuras generaciones a salvo de esta manera, entonces habremos tenido éxito.

«Cimientos. Dificultades en sus inicios. Futuras generaciones». A Rin le parecieron conceptos muy abstractos, unos que un campesino corriente no lograría comprender. ¿A quién le importaba quién ocupara el trono de Sinegard cuando enormes extensiones del Imperio estaban bajo el agua?

De repente, los lloros de los niños le parecieron insoportables.

—¿No podríamos darles algo? —preguntó—. ¿Dinero? ¿No tenéis un montón de plata?

—¿Para que lo gasten en qué? —replicó Nezha—. Podrías entregarles más lingotes de los que puedas contar, pero no tienen donde comprar nada. No hay suministros.

—¿Y qué me dices de comida?

—Hemos intentado hacer eso. Se despedazan entre ellos para intentar cogerla. No es una imagen bonita.

Rin descansó la barbilla sobre los codos. A su paso, la masa humana empequeñecía en la distancia: ignorada, irrelevante, traicionada.

—¿Quieres escuchar un chiste? —le preguntó Nezha.

La joven se encogió de hombros.

—Un misionero hesperiano dijo una vez que el estado natural de un campesino nikara medio era estar dentro de un pozo con el agua a la altura de la barbilla. El más mínimo movimiento del agua basta para ahogarlo.

Mientras contemplaba el Murui, a Rin aquello no le pareció que tuviera la más mínima gracia.

Esa noche, decidió ahogarse.

No había sido una decisión premeditada, sino más bien un acto de pura desesperación. El dolor había llegado a ser tan intenso que comenzó a aporrear la puerta de su dormitorio, suplicando ayuda. Entonces, los guardias abrieron la puerta y Rin se escabulló entre ellos para echarse a correr escaleras arriba y salir a la cubierta principal.

Los guardias corrieron tras ella, pidiendo refuerzos a gritos, pero Rin aceleró el paso, golpeándose con fuerza los talones desnudos contra la madera. Las astillas le causaron pequeñas punzadas de dolor a través de la piel. Sin embargo, ese dolor era bueno, porque la ayudaba a distraerse de los gritos de su mente, aunque fuera durante medio segundo.

La barandilla de la proa le llegaba hasta el pecho. Se agarró al borde e intentó lanzarse hacia delante, pero tenía los brazos demasiado débiles… Sorprendentemente débiles. No sabía cómo había llegado a debilitarse tanto. Acabó cayéndose de lado. Volvió a intentarlo, aupándose todo lo que pudo para poder asomar la parte superior del cuerpo por el borde. Se quedó allí suspendida, cabeza abajo, durante un momento, observando las olas negras que ondeaban junto al Sombramar.

Un par de brazos la agarraron por la cintura. Rin pataleó y se revolvió, pero el agarre no hizo más que aumentar mientras tiraban de ella hacia atrás. La joven giró el cuello.

—¿Suni?

El Cike los alejó de la proa, cargando con ella por la cintura como si fuera una niña.

—Suéltame —jadeó Rin—. ¡Que me sueltes!

Suni la dejó en el suelo. Rin intentó salir corriendo, pero el Cike la agarró por las muñecas, le llevó los brazos detrás de la espalda y la obligó a sentarse.

—Respira —le ordenó—. Solo respira.

La esperiliana obedeció. El dolor no mitigaba. Los gritos no se acallaban. Comenzó a temblar, pero Suni no le soltó los brazos.

—Si sigues respirando, te contaré una historia.

—No quiero escuchar ninguna puta historia —respondió la joven, jadeante.

—No tienes que querer nada. Ni pensar. Solo respirar. —La voz de Suni era serena, relajante —. ¿Has escuchado la historia del Rey Mono y la Luna?

—No —gimoteó Rin.

—Pues entonces, escucha con atención. —Suni aflojó su agarre ligeramente, lo suficiente como para que a Rin dejaran de dolerle los brazos—. Érase una vez, el Rey Mono vio por primera vez a la Diosa Luna.

Rin cerró los ojos e intentó concentrarse en la voz de Suni. Jamás lo había oído hablar tanto. Siempre estaba muy callado y se encerraba en sí mismo, como si no estuviera acostumbrado a tener un control completo de su propia mente y quisiera disfrutar de la experiencia todo lo posible. Rin había olvidado lo amable que era su voz.

Suni continuó:

—La Diosa Luna acababa de ascender a los cielos y estaba flotando tan cerca de la Tierra que su rostro se reflejaba en la superficie. Era una cosa encantadora.

Un viejo recuerdo apareció en la mente de Rin. Después de todo, sí que conocía esa historia. Se la contaban a los niños de la Provincia del Gallo durante el Festival Lunar, que se celebraba cada otoño. Allí comían pasteles de luna, resolvían adivinanzas escritas en papel de arroz y hacían volar faroles en el cielo.

—Y entonces, el Rey Mono se enamoró —susurró Rin.

—Eso es. El Rey Mono se vio dominado por una terrible pasión. Creyó que tenía que poseerla o, de lo contrario, moriría. Así que envió a sus mejores soldados a cogerla del océano. Sin embargo, fracasaron, ya que la Luna no vivía en el océano, sino en el cielo, y los soldados se

ahogaron.

—¿Por qué? —preguntó la esperiliana.

—¿Que por qué se ahogaron? ¿Por qué los mató la Luna? Porque los soldados no ascendían al cielo para cogerla, sino que se sumergían en el agua hacia su reflejo. Pero lo que intentaban atrapar era una puta ilusión, no era real. —La voz de Suni se endureció. No era más que un susurro, pero daba la sensación de que estaba gritando—. Te pasas toda la vida persiguiendo una ilusión que crees que es real, solo para darte cuenta de que eres un completo idiota y de que, si sigues insistiendo, tan solo conseguirás ahogarte.

La soltó de los brazos.

Rin se giró para mirarlo a la cara.

—Suni…

—A Altan le gustaba esa historia —le dijo—. La primera vez que la escuché fue de sus labios. Me la contaba cada vez que necesitaba calmarme. Me dijo que me ayudaría imaginarme al Rey Mono como si fuera una persona, alguien crédulo e imprudente, y no como a un dios.

—El Rey Mono es un capullo —dijo Rin.

—Y la Diosa Luna es una zorra —replicó Suni—. Se queda allí en el cielo, observando cómo los monos se ahogan por su culpa. ¿Qué dice eso de ella?

Eso hizo reír a Rin. Por un momento, ambos miraron hacia la luna. Estaba medio llena y se ocultaba detrás de una tenue nube oscura. Podía imaginársela como a una mujer coqueta y retorcida que esperaba a hombres estúpidos para atraerlos hacia su muerte.

Rin apoyó una mano sobre la de Suni. La del Cike era enorme, más áspera que la corteza de la madera y salpicada de callos. Por su cabeza pasaron miles de preguntas sin respuesta.

«¿Quién te hizo ser como eres?».

Y la más importante: «¿Te arrepientes de ser así?».

—No tienes por qué sufrir sola, ¿sabes? —Suni le dedicó una de sus poco habituales y lentas sonrisas—. No eres la única a la que le pasa esto.

Rin le habría devuelto la sonrisa, pero entonces una bocanada hizo que se le revolviera el estómago y tuvo que bajar la cabeza. El vómito salpicó por toda la cubierta.

Suni le frotó la espalda en círculos mientras Rin escupía flemas con sangre sobre el suelo. Cuando hubo acabado, el Cike le apartó el pelo manchado de vómito de los ojos y la joven inspiró aire entre grandes sollozos de angustia.

—Eres muy fuerte —le dijo Suni—. Sea lo que sea que estés viendo, sea lo que sea que estés sintiendo, no es más fuerte que tú.

Pero Rin no quería ser fuerte. Porque si fuera cierto que lo era, entonces no estaría drogada. Y si no estuviera drogada, entonces tendría que considerar las consecuencias de sus actos. Entonces, tendría que asomarse al abismo. Entonces, la Federación de Mugen dejaría de ser un borrón amorfo y sus víctimas dejarían de ser simples cifras. Entonces, tendría que asumir una muerte y su significado, y luego otra, y otra y otra y…

Y si quería asumirlas, entonces tendría que ser alguien, sentir otra cosa que no fuera rabia. Pero temía comenzar a desmoronarse si dejaba de sentir esa ira.

Rompió a llorar.

Suni le apartó el pelo de la frente.

—Solo respira —murmuró—. Respira por mí. ¿Puedes hacerlo? Inspira cinco veces.

«Una. Dos. Tres».

Suni siguió frotándole la espalda.

—Solo tienes que superar los siguientes cinco segundos. Luego, los siguientes cinco. Y así sucesivamente.

«Cuatro. Cinco».

Y entonces, llegaron cinco más. Y esos cinco, curiosamente, fueron un poco más llevaderos que los anteriores.

—Eso es —dijo el Cike tras haber contado al menos una docena de veces hasta cinco. Su tono de voz era tan bajo que prácticamente era un susurro—. Ya está, ¿ves? Lo has conseguido.

Rin respiró y contó, y le maravilló que Suni supiera exactamente qué decirle.

Se preguntó si habría hecho eso antes con Altan.

—Se pondrá bien —declaró el Cike.

Rin levantó la mirada para ver con quién estaba hablando y vio a Vaisra de pie entre las sombras.

No habría tardado mucho en responder a las llamadas de los soldados. ¿Llevaba allí todo ese tiempo, observándolo todo sin intervenir?

—Me han dicho que habías salido a coger algo de aire —dijo el jefe militar del Dragón.

Rin se limpió el vómito de la mejilla con el revés de la mano. Vaisra la recorrió con la mirada, desde su ropa manchada hasta su rostro. La joven no sabía interpretar su gesto.

—Estaré bien —susurró Rin.

—¿Seguro?

—Yo cuidaré de ella —dijo Suni.

Se produjo una breve pausa. Vaisra le dedicó a Suni un leve asentimiento de cabeza.

Pasado un momento, Suni ayudó a Rin a levantarse y la acompañó de vuelta a su camarote. Mantuvo un brazo alrededor de los hombros de la joven: cálido, sólido, reconfortante. El barco se balanceó a causa de una ola particularmente violenta, y Rin chocó contra el costado del Cike.

—Lo siento.

—No lo sientas —dijo Suni—. Y tranquila, te tengo.

Cinco días más tarde, el Sombramar navegó por encima de una ciudad sumergida. Al principio, cuando Rin vio los picos de los edificios emergiendo del río, pensó que se trataba de madera a la deriva o rocas. Sin embargo, cuando se acercaron más, pudo ver los tejados curvos de las pagodas sumergidas y casas con techos de paja hundidas bajo la superficie. Un pueblo entero se asomaba por debajo del cieno.

Entonces fue cuando vio los cadáveres: medio devorados, hinchados y descoloridos, todos con las cuencas vacías porque les habían arrancado los glutinosos ojos. Bloqueaban el río, descomponiéndose con tal rapidez que la tripulación tuvo que apartar a palazos los gusanos que amenazaban con trepar a bordo.

Los marineros se alinearon en la proa para echar a un lado los cadáveres con varas largas y así abrirle camino al navío. Los cuerpos comenzaban a apilarse en la ribera del río. Cada par de horas, los marineros tenían que bajar y formar una pila con ellos para que el Sombramar pudiese pasar, una tarea que la tripulación se echaba a suertes con gran temor.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Rin—. ¿Es que el Murui se ha desbordado?

—No, ha sido por la rotura de un dique. —Nezha estaba lívido a causa de la furia—. Daji ordenó que lo destruyeran para inundar todo el valle del río Murui.

Eso no había sido cosa de Daji. Rin sabía quién lo había hecho.

Pero ¿nadie más estaba enterado?

—¿Y funcionó? —preguntó Rin.

—Desde luego. Arrasó con los contingentes de la Federación en el norte. Los arrinconó el tiempo suficiente como para que las divisiones norteñas pudieran hacerlos picadillo. Pero entonces las inundaciones llegaron a varios cientos de pueblos, lo que ha dejado a miles de personas sin hogar. —Cerró las manos en puños—. ¿Cómo puede una gobernante hacer eso? A su propio pueblo.

—¿Cómo sabes que fue cosa suya? —preguntó Rin con cautela.

—¿Quién iba a hacer eso si no? Algo así de monumental tuvo que ser una orden de arriba, ¿no?

—Por supuesto —murmuró la esperiliana—. ¿Qué otra persona iba a hacer algo así?

Rin encontró a los mellizos juntos, sentados en la popa del buque. Estaban encaramados a la barandilla, mirando hacia las ruinas que se iban quedando atrás. Cuando vieron que Rin se les acercaba, ambos se bajaron de allí y se dieron la vuelta para observarla con cautela, como si supieran exactamente para qué había ido a buscarlos.

—¿Cómo os hace sentiros? —les preguntó Rin.

—No sé de qué estás hablando —dijo Chaghan.

—Vosotros también hicisteis algo similar —dijo alegremente—. Yo no fui la única.

—Vuelve a la cama —le espetó el vidente.

—¡Miles de personas! —soltó Rin—. ¡Ahogadas como hormigas! ¿Estáis orgullosos?

Qara apartó la cara, pero Chaghan levantó la barbilla con gesto indignado.

—Hice lo que Altan me ordenó.

Aquello hizo que Rin rompiera a reír.

—¡Y yo también! ¡Solo estaba siguiendo órdenes! Me dijo que tenía que vengarme en nombre de los esperilianos, y eso fue lo que hice. No fue culpa mía porque Altan me dijo…

—Cállate —explotó Chaghan—. Escucha… Vaisra cree que Daji ordenó la apertura de esos diques.

Rin seguía riéndose.

—Igual que Nezha.

El vidente pareció alarmado.

—¿Qué le has dicho?

—Obviamente, nada. No soy idiota.

—No puedes contarle la verdad a nadie —intervino Qara—. Nadie en la República del Dragón puede saberlo.

Por supuesto, Rin lo comprendía. Sabía lo peligroso que era darle algún motivo al ejército del Dragón para volverse contra los Cike. No obstante, en ese momento, solo podía pensar en lo terriblemente gracioso que resultaba que ella no fuese la única que había cometido una masacre.

—No os preocupéis —les dijo—. No diré nada. Quedaré como el único monstruo. Yo solita.

Los mellizos parecían afligidos, pero ella no podía dejar de reír. Se preguntó cómo se habría sentido toda esa gente en el momento justo antes de que llegara la ola. Tal vez los civiles hubieran estado preparando la cena, jugando fuera, acostando a sus hijos, contando historias, haciendo el amor, antes de que la aplastante fuerza del agua se llevara por delante sus hogares, destruyera sus pueblos y acabara con sus vidas.

Ese era el aspecto que tenía ahora el equilibrio de poder. Las personas como ella solo tenían que agitar una mano para que millones acabaran aplastados bajo algún desastre natural, borrados del tablero del mundo como si fueran piezas irrelevantes. Las personas como ella, los chamanes, parecían niños que pisoteaban ciudades enteras como si en realidad fuesen castillos de arena, casas de cristal, entidades fungibles que podían ser atacadas y demolidas.

En la séptima mañana tras haber abandonado Ankhiluun, el dolor disminuyó.

Rin se despertó sin fiebre. Sin dolor de cabeza. Dio un paso vacilante hacia la puerta y le sorprendió gratamente lo estables que parecían sus pies contra el suelo, cómo el mundo había dejado de girar y moverse a su alrededor. Abrió la puerta, salió hacia la cubierta superior y la maravilló lo bien que le sentaba que el agua del río le salpicase en la cara.

Sus sentidos se habían agudizado. Los colores parecían ser más brillantes. Podía oler cosas que antes no olía. El mundo parecía contar con una viveza de la que no había sido consciente en el pasado.

Y entonces, se dio cuenta de que su mente había pasado a ser únicamente suya.

El Fénix no se había marchado. Aún sentía al dios en el fondo de su mente, susurrando historias de destrucción, intentando controlar sus deseos.

Pero esta vez la joven sabía qué era lo que ella quería.

Y lo que quería era tener control.

Había sido víctima de los deseos del dios porque había dejado que su propia mente se debilitase, había extinguido el fuego con una solución temporal e insostenible. Pero ahora tenía la mente despejada, estaba presente… Y cuando el Fénix gritó, pudo acallarlo.

Pidió ver a Vaisra. El jefe militar la mandó llamar en cuestión de minutos.

Cuando la joven llegó a su despacho, lo encontró solo.

—¿No me teme? —le preguntó Rin.

—Confío en ti —respondió.

—No debería.

—Entonces, confío en ti más de lo que tú confías en ti misma. —Se comportaba como una persona completamente distinta. El personaje temperamental había desparecido. Su voz era tan amable, tan alentadora, que, de repente, a Rin le recordó al profesor Feyrik.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en su antiguo profesor.

Llevaba mucho tiempo sin sentirse a salvo.

Vaisra se reclinó hacia atrás en su silla.

—Venga, adelante. Intenta invocar el fuego para mí. Solo un poco.

Rin abrió la mano y fijó la mirada en su palma. Aunó toda su rabia, sintió cómo se le asentaba el calor en la boca del estómago. Sin embargo, en esa ocasión, no sintió que apareciera todo a la

vez en un torrente incontrolable, sino que se manifestó en un fuego lento y furioso.

Una pequeña llama surgió de su palma. Fue solo una llamita. Nada más ni nada menos, aunque podía aumentar su tamaño o, si lo deseaba, obligarla a empequeñecer aún más.

Cerró los ojos y respiró lentamente. Con cautela, aumentó el tamaño de la llama cada vez más. Una única cinta de fuego se balanceaba sobre su mano como si fuera un junco, hasta que Vaisra profirió una orden:

—Detente.

Rin cerró el puño. El fuego se extinguió.

Fue entonces cuando fue consciente de lo rápido que le latía el corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó Vaisra.

Rin logró asentir.

El jefe militar del Dragón esbozó una sonrisa. Parecía más que complacido. Parecía sentirse orgulloso.

—Vuelve a hacerlo. Esta vez más a lo grande. Más brillante. Dale forma para mí.

La joven se tambaleó.

—No puedo. No tengo tanto control.

—Sí que puedes. No pienses en el Fénix. Mírame a mí.

Rin lo miró a los ojos. La mirada de Vaisra le sirvió de ancla.

El fuego surgió de su puño. Le dio forma con las manos temblorosas hasta que se asemejó a un dragón. Había espirales ondulantes en el espacio que quedaba entre Vaisra y ella, lo que hacía que el aire resplandeciera debido al calor de la llamarada.

«Más», dijo el Fénix. «Más grandes. Más altas».

Sus gritos se abrían paso en su mente. Rin intentó acallarlo.

El fuego no se apagó.

La joven comenzó a temblar.

—No, no puedo… No puedo, tiene que salir de aquí…

—No pienses —le susurró Vaisra—. Mírame a mí.

Despacio, tan ligeramente que Rin temió estar imaginándoselo, el color rojo detrás de sus párpados comenzó a desaparecer.

El fuego se extinguió. La comandante de los Cike cayó de rodillas.

—Buena chica —le dijo Vaisra con delicadeza.

Rin se envolvió con los brazos, se meció hacia delante y hacia atrás, e intentó recordar cómo se respiraba.

—¿Puedo mostrarte algo? —le preguntó Vaisra.

La joven levantó la mirada. El jefe militar cruzó la estancia hacia un armario, abrió un cajón y sacó un paquete envuelto en un paño. Rin se encogió cuando el hombre retiró el envoltorio, pero lo único que pudo ver allí debajo fue el resplandor mate de un metal.

—¿Qué es? —preguntó.

Pero ya sabía lo que era. Habría reconocido esa arma en cualquier sitio. Se había pasado horas contemplando ese acero, ese metal con muescas que eran producto de incontables batallas. Era totalmente de metal, incluso la empuñadura, que normalmente solía fabricarse en madera. Eso se debía a que los esperilianos necesitaban armas que no ardieran por completo cuando las empuñaran.

Rin sintió un repentino mareo que no tenía nada que ver con el síndrome de abstinencia al opio, sino con el repentino recuerdo, terrible y vivido, de Altan Trengsin recorriendo el muelle para enfrentarse a su muerte.

Un profundo sollozo le subió por la garganta.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Mis hombres lo encontraron en la Chuluu Korikh. —Vaisra se agachó y sostuvo el tridente frente a ella—. He pensado que te gustaría tenerlo.

Rin lo miró perpleja, sin comprender nada.

—Usted… ¿Por qué fue basta allí?

—Tienes que dejar de pensar que sé menos de lo que sé. Estuvimos buscando a Altan. Nos habría sido de…, mmm…, utilidad.

Rin resopló entre lágrimas.

—¿Cree que Altan se habría unido a usted?

—Creo que a Altan le habría gustado tener cualquier oportunidad para reconstruir este Imperio.

—Eso demuestra que no lo conocía en absoluto.

—Conocía a su pueblo —declaró el jefe militar—. Lideré a los soldados que lo liberaron de las instalaciones de investigación y ayudé a entrenarlo cuando tuvo edad suficiente para combatir. Altan habría luchado por esta República.

Rin negó con la cabeza.

—No, Altan solo quería prenderle fuego a todo.

La joven extendió un brazo, agarró el tridente y lo sopesó. La sensación de tenerlo en sus manos era extraña, demasiado pesado por delante y curiosamente ligero por el extremo final. Altan había sido mucho más alto que ella, y el arma parecía ser demasiado larga como para que la joven pudiera empuñarla cómodamente.

No podía usarla como si fuera una espada. No servía para asestar golpes laterales. Aquel tridente debía ser blandido con una precisión quirúrgica. Solo para asestar golpes mortales.

Lo alejó de ella.

—No debería tener esto.

—¿Por qué no?

La joven apenas podía hablar, estaba llorando intensamente.

—Porque no soy él.

«Porque la que debería haber muerto soy yo, y él debería ser el que estuviese aquí, con vida».

—No, no lo eres. —Vaisra comenzó a acariciarle el cabello con una mano, pese a que ya se lo había atusado detrás de las orejas. Había cerrado la otra mano alrededor de los dedos de Rin, provocando que los presionara cada vez con más fuerza contra el frío metal—. Serás mejor que él.

Cuando Rin estuvo segura de que podía ingerir comida sólida sin vomitarla, se unió a Nezha en la cubierta superior para tomar su primera comida en más de una semana.

—No te ahogues. —Nezha parecía divertirse.

Rin estaba demasiado ocupada despedazando un panecillo al vapor como para responderle. No sabía si la comida a bordo estaba ridículamente buena o si ella estaba tan hambrienta que

aquello le parecía lo mejor que había probado en su vida.

—Hace un buen día —dijo su amigo mientras la observaba tragar.

La joven profirió un sonido ahogado en señal de acuerdo. Durante los primeros días, había sido incapaz de permanecer en el exterior bajo la luz directa del sol. Ahora que los ojos ya no le ardían, podía mirar hacia el agua resplandeciente sin estremecerse.

—¿Kitay sigue de morros? —preguntó.

—Ya entrará en razón —dijo Nezha—. Siempre ha sido cabezota.

—Eso es quedarse corto.

—Sé algo más comprensiva. Kitay nunca quiso ser soldado. Pasó la mitad de su vida deseando acudir al monte Yuelu, no a Sinegard. En el fondo, es un académico, no un guerrero.

Rin lo recordaba. Lo único que Kitay había querido hacer siempre era ser un académico, acudir al monte Yuelu y estudiar ciencia, astronomía o lo que fuera que le apeteciera en ese momento. Sin embargo, era el único hijo del ministro de Defensa de la emperatriz, así que su destino había estado decidido desde antes de que naciera.

—Es triste —murmuró—. Nadie debería ser soldado, a no ser que sea su deseo.

Nezha descansó la barbilla sobre una mano.

—¿Tú querías serlo?

Rin vaciló.

Sí. No. No se había planteado que hubiera otra alternativa para ella. Y aunque hubiera querido ser otra cosa, tampoco creía que hubiese importado.

—Antes le tenía miedo a la guerra —dijo al fin—. Luego, me di cuenta de que se me daba muy bien. Y no estoy segura de que se me dé bien alguna otra cosa.

Nezha asintió en silencio, con la mirada fija en el río, jugueteando distraídamente con su panecillo al vapor sin llegar a comérselo.

—¿Cómo vas con tu… mmm…? —Nezha se señaló las sienes.

—Bien. Voy bien.

Por primera vez, sentía que tenía su rabia bajo control. Podía pensar. Podía respirar. El Fénix seguía allí, agazapado en el fondo de su mente, listo para estallar en llamas si ella lo llamaba… Pero solo si lo llamaba.

Rin bajó la vista solo para descubrir que se había acabado el panecillo. No le quedaba ya nada entre los dedos. Su estómago reaccionó con un rugido.

—Toma —le dijo Nezha, y le ofreció su panecillo manoseado—. Cómete el mío.

—¿No tienes hambre?

—Ahora mismo no tengo mucho apetito. Y tú pareces estar en los huesos.

—No voy a quitarte tu comida.

—Come —insistió su amigo.

Rin dio un bocado. Le bajó lentamente por la garganta y se asentó en su estómago con una maravillosa contundencia. Llevaba mucho tiempo sin sentirse tan saciada.

—¿Cómo tienes la cara? —le preguntó Nezha.

Rin se tocó la mejilla. Unas agudas punzadas de dolor le atravesaban la parte inferior del rostro al hablar. El moratón se había ido extendiendo a medida que el opio había ido abandonando su sistema, como si hubiera intercambiado una cosa por la otra.

—Tengo la sensación de que está empeorando —respondió.

—Qué va. Se te curará. Padre no pega con tanta fuerza como para lesionarte.

Permanecieron sentados en silencio un rato. Rin contemplaba a los peces que saltaban en el agua, que hacían aspavientos y se agitaban como si estuviesen suplicando que los pescaran.

—¿Y tu cara? —preguntó ella—. ¿Te sigue doliendo?

Bajo determinada luz, las cicatrices de Nezha parecían líneas al rojo vivo que alguien hubiera tallado por todo su rostro. Bajo otros tipos de luces, parecían haber sido cuidadosamente dibujadas en zigzag con un pincel de tinta.

—Me estuvo doliendo durante mucho tiempo. Ahora ya no siento nada.

—¿Y si te toco? —Rin sintió el repentino impulso de pasarle el pulgar por las cicatrices, de acariciárselas.

—Eso tampoco lo sentiría. —Nezha deslizó los dedos por su propia mejilla—. Supongo que debe de asustar a la gente. Padre me obliga a llevar puesta la máscara cuando estoy rodeado de civiles.

—Creía que solo la llevabas por vanidad.

Nezha sonrió, pero no se rio.

—También.

Rin arrancó trozos grandes del panecillo al vapor y apenas los masticó antes de tragárselos.

Nezha extendió un brazo y le tocó el cabello.

—Te queda bien este corte. Es agradable volver a verte los ojos.

La joven se había dejado el pelo muy corto. Hasta que no había visto los mechones que se había cortado tirados en el suelo, no se había dado cuenta de lo mal que llevaba el cabello. Las descuidadas greñas habían acabado grasientas y enredadas, un perfecto nido de piojos. Ahora lo llevaba incluso más corto que Nezha, muy por encima de los hombros y limpio. La hacía volver a sentirse como una estudiante.

—¿Kitay ha comido algo? —preguntó.

Nezha se movió incómodo.

—No. Sigue recluido en su habitación. No está encerrado allí, pero aun así no quiere salir.

Rin frunció el ceño.

—Si está tan cabreado, ¿por qué no dejáis que se vaya?

—Porque preferimos tenerlo de nuestra parte.

—Entonces, ¿por qué no lo usáis para chantajear a su padre? ¿Por qué no lo intercambiáis como a un rehén?

—Porque Kitay es un recurso —dijo Nezha con sinceridad—. Ya sabes cómo funciona su mente. No es ningún secreto.

Tiene conocimientos sobre la mayoría de los temas y lo recuerda todo. Sabe más de estrategia que cualquier otra persona. A mi padre le gusta tener a sus mejores piezas cerca todo el tiempo posible. Además, el padre de Kitay estaba en Sinegard antes de que abandonaran la ciudad. No tenemos ninguna garantía de que siga vivo.

—Ah —fue todo lo que Rin pudo decir. Bajó la mirada y se dio cuenta de que también se había terminado el panecillo de Nezha.

Su amigo rio.

—¿Crees que tu estómago aguantará algo más que pan?

La esperiliana asintió. Nezha le hizo una seña a un sirviente, que entró en un camarote y

volvió a salir unos minutos después con un cuenco del que emanaba un olor tan bueno que hizo que Rin salivara de manera desagradable.

—Cerca de la costa, esto se considera una exquisitez —le explicó Nezha—. Nosotros lo llamamos «pez wawa».

—¿Por qué? —le preguntó Rin con la boca llena.

Nezha tomó uno con sus palillos y le dio la vuelta, separando con destreza la carne blanca de la espina.

—Por cómo grita. Se agita con violencia en el agua y chilla como un bebé con un sarpullido. A veces, los cocineros los hierven hasta matarlos solo por diversión. ¿No has oído los gritos procedentes de la cocina?

A Rin se le retorció el estómago.

—Pensaba que igual había un bebé a bordo.

—¿A que son la monda? —Nezha tomó un pedazo y lo dejó en el cuenco de Rin—. Pruébalo. A mi padre le encanta.



8

—Si tienes a Daji a tiro, no te lo pienses. —El capitán Eriden golpeó a Rin en la cabeza con el extremo romo de su lanza mientras hablaba—. No le des la oportunidad de seducirte.

La esperiliana había esquivado el primer golpe. El segundo le dio de lleno en la nariz. Ignoró el dolor, se encogió *y reajustó* su postura. Entornó la mirada hacia las piernas de Eriden e intentó predecir sus movimientos mediante la observación de tan solo la parte inferior de su cuerpo.

—Querrá hablarte —le decía el capitán—. Siempre quiere hacerlo. Le parece divertido ver cómo su presa se retuerce antes de matarla. No dejes que diga nada. Sentirás mucha curiosidad porque ella querrá que así sea, pero debes atacar antes de perder tu oportunidad.

—No soy idiota —jadeó Rin.

Eriden lanzó otra serie de ataques rápidos hacia su torso. Rin se las apañó para bloquear casi la mitad de ellos. El resto le acertaron de lleno.

El capitán apartó su lanza, indicando así un breve descanso.

—No lo entiendes. La Víbora no es una simple mortal. Ya has escuchado las historias. Su rostro es tan deslumbrante que, cuando pasea al aire libre, los pájaros bajan del cielo y los peces suben a la superficie.

—Solo es un rostro —dijo Rin.

—No es un rostro cualquiera. He visto a Daji seducir y cautivar a algunos de los hombres más poderosos y racionales que conozco. Con solo un par de palabras, hace que se postren a sus pies. Muchas veces, le basta con una mirada.

—¿Alguna vez te ha encandilado a ti? —le preguntó Rin.

—Encandila a todo el mundo —respondió Eriden, pero no dio más detalles. Rin no lograba sacarle al capitán, que tenía el gesto severo y la personalidad de un cadáver, nada más que respuestas tajantes y literales—. Andate con ojo. Y mantón la mirada baja.

La joven ya sabía eso. El capitán llevaba días repitiéndoselo. El arma predilecta de Daji eran sus ojos… Esos ojos de serpiente que podían atrapar a un alma con una simple mirada, que podían sumir al espectador en una visión confeccionada por ella.

La solución era no mirarla nunca a la cara. Eriden la estaba entrenando para que se enfrentara a su oponente fijándose únicamente en la parte inferior de su cuerpo.

Eso resultó ser particularmente complicado al tratarse de un combate cuerpo a cuerpo. Gran parte de la lucha dependía de dónde se posaba la mirada, de hacia dónde apuntaba el torso. Todos los movimientos oblicuos tenían lugar en la parte superior del cuerpo, pero Eriden reprendía a Rin cada vez que levantaba demasiado la mirada.

El capitán se abalanzó hacia delante sin previo aviso. La esperiliana bloqueó la siguiente secuencia de ataques ligeramente mejor. Había aprendido a no solo mirar hacia los pies, sino también hacia la cadera, que solía girar antes para poner en marcha las piernas y los pies. Paró una serie de golpes antes de que uno fuerte le acertara en la espalda. No fue doloroso, pero el impacto casi le hizo soltar su tridente.

Eriden le indicó que harían otra pausa.

Mientras Rin se doblaba sobre sí misma para recuperar el aliento, el capitán sacó un par de agujas largas de su bolsillo.

—La emperatriz también siente debilidad por esto.

Lanzó tres hacia Rin. La joven se apresuró a echarse a un lado. Consiguió apartarse de la trayectoria de las agujas, pero cayó mal sobre el tobillo.

Se encogió. Y las agujas siguieron volando.

Rin agitó el tridente en el aire, intentando esquivarlas. Casi funcionó. Cinco de ellas chocaron al caer contra el suelo. Una se le clavó en la parte superior del muslo y tuvo que arrancársela. Eriden no se había molestado en desafilar las puntas. «Capullo».

—A Daji le gusta usar veneno —le explicó—. Tú ya estarías muerta.

—Gracias, eso me ha quedado claro —espetó Rin.

Dejó caer el tridente al suelo y dobló las rodillas, tomando grandes bocanadas de aire. Le ardían los pulmones. ¿Adónde había ido a parar su resistencia? En Sinegard, había sido capaz de entrenar durante horas.

Ya, claro… Su resistencia se había esfumado junto con el humo del opio.

Eriden ni siquiera estaba sudando. Para no aparentar debilidad, Rin no quiso pedirle tomarse otro descanso, así que intentó distraerlo con preguntas.

—¿Cómo sabes tanto sobre la emperatriz?

—Luchamos codo con codo. Durante la Segunda Guerra de la Amapola, la Provincia del Dragón contaba con algunas de las tropas mejor preparadas. Casi siempre ocupábamos la primera línea de batalla junto a la Tríada.

—¿Cómo era la Tríada?

—Brutal. Peligrosa. —Le apuntó con su lanza—. Se acabó la charla. Deberías…

—Pero tengo que saberlo —insistió Rin—. ¿Daji luchaba en el campo de batalla? ¿Llegaste a verla? ¿Cómo era?

—Daji no es una guerrera. Dominaba las artes marciales, como los otros dos, pero la Víbora nunca ha dependido de la fuerza bruta. Sus poderes son más sutiles que los del Guardián o el Emperador Dragón. Entiende lo que es el deseo. Sabe qué es lo que mueve a los hombres, toma sus anhelos más profundos y les hace creer que ella es la única que puede hacerlos realidad.

—Pero yo soy mujer.

—Da lo mismo.

—No creo que sus habilidades supongan una diferencia tan grande —dijo Rin, más bien para convencerse a sí misma—. Solo domina… el deseo. ¿Cómo puede igualarse eso al poder puro y

duro?

—¿Crees que el fuego y el acero pueden vencer al deseo? Daji siempre ha sido la más fuerte de la Tríada.

—¿Más fuerte que el Emperador Dragón? —De pronto, un recuerdo surgió en su mente, el de un hombre con el cabello canoso flotando por encima del suelo, rodeado por unas sombras monstruosas—. ¿Más fuerte que el Guardián?

—Desde luego que sí —aseveró Eriden con calma—. ¿Por qué crees que es la única que sigue en pie?

Eso le dio que pensar.

¿Cómo era posible que Daji hubiera pasado a ser la única gobernante de Nikan? Cada persona le había contado una historia distinta. Lo único que todos parecían saber a ciencia cierta en el Imperio era que un buen día el Emperador Dragón había muerto, el Guardián había desaparecido y en el trono solo había quedado Daji.

—¿Sabes qué fue lo que les hizo a los otros dos? —preguntó Rin.

—Daría mis dos brazos por saberlo. —Eriden dejó a un lado su lanza y desenvainó la espada —. A ver cómo se te da esto.

Su hoja se movía a una velocidad cegadora. Rin se tambaleó hacia atrás mientras intentaba desesperadamente seguirle el ritmo. En varias ocasiones, estuvo a punto de resbalársele el tridente de entre las manos. Apretó los dientes, frustrada.

No era solo que el tridente de Altan fuera demasiado largo, demasiado desequilibrado, claramente diseñado para alguien más alto que ella. Si ese hubiera sido el problema, Rin se habría tragado su orgullo y lo habría cambiado por una espada.

Era cosa de su cuerpo. Conocía cuáles eran los movimientos y los patrones adecuados, pero sus músculos no eran capaces de seguir el ritmo. Parecía que sus extremidades respondieran a las órdenes que le daba su mente con unos dos segundos de retraso.

Simple y llanamente, estaba oxidada. Haberse pasado meses tendida bocabajo en su habitación, inhalando y exhalando humo, le había atrofiado los músculos. Ahora era consciente de lo débil y lo dolorosamente delgada que se había vuelto, además de lo rápido que se cansaba.

—Concéntrate. —Eriden se le acercó. Los movimientos de Rin eran cada vez más desesperados. Ni siquiera estaba intentando asestar ningún golpe. Necesitaba toda su concentración para mantener la espada del capitán lejos de su cara.

No podía vencer en un combate armado a esa velocidad.

Pero lo cierto era que no necesitaba usar su tridente para dar el golpe de gracia. El arma solo era útil para los ataques a distancia. Mantenía a sus oponentes lo bastante alejados de ella como para protegerse.

Pero sí que necesitaba acercarse lo suficiente como para poder usar el fuego.

Entornó la mirada y se mantuvo a la espera.

Era su momento. Eriden le asestó un golpe bajo y certero en la empuñadura del tridente. Rin dejó que la desarmara. Luego aprovechó la brecha, se lanzó hacia aquel espacio creado por sus armas entrelazadas y le dio un rodillazo al capitán en el esternón.

Eriden se dobló sobre sí mismo. Rin le asestó una patada en las rodillas y, una vez que cayó al suelo, se apoyó contra su pecho y extendió las manos delante de su rostro.

Prendió una llama lo más comedida posible, con la potencia suficiente como para que Eriden

sintiera el calor contra la piel.

—Bum —dijo la esperiliana—. Ya estarías muerto.

Él apretó los labios en un gesto que casi pareció una sonrisa.

—¿Cómo lo está haciendo?

Rin se giró para mirar hacia atrás.

Vaisra y Nezha habían salido a cubierta. El capitán se incorporó para sentarse.

—Estará lista —declaró.

—¿Estará lista? —repitió Vaisra.

—Deme un par de días —dijo Rin, jadeante—. Aún estoy pillándole el truco a esto. Pero lo conseguiré.

—Bien —dijo Vaisra.

—Estás sangrando. —Nezha le señaló el muslo.

Pero la joven apenas lo había escuchado. Seguía mirando a Vaisra, que esbozaba la sonrisa más amplia que le había visto nunca. Parecía complacido. Orgulloso. Y, de algún modo, ese subidón de satisfacción la hizo sentirse mejor que cualquier cosa que se hubiera fumado en meses.

—Acompañarás al jefe militar del Dragón al Palacio de Otoño para la cumbre de mediodía —le dijo Eriden—. Recuerda que te presentará como una criminal de guerra. No te comportes como si fuera tu aliado. Asegúrate de parecer atemorizada.

Una docena de generales y consejeros de Vaisra se encontraban en ese camarote, sentados alrededor de una serie de mapas detallados del palacio. Rin se hallaba sentada a la derecha de Vaisra, sudando ligeramente debido a la atención constante que estaba recibiendo. Todo el plan se centraba en ella, y no podía haber margen de error.

Eriden sostuvo un par de grilletes de hierro.

—Estarás atada y amordazada. Si yo fuera tú, me acostumbraría a la sensación de llevar esto puesto.

—Creo que esos no servirán —dijo Rin—. No puedo quemar el metal.

—No están hechos completamente de metal. —Eriden le pasó los grilletes por encima de la mesa para que Rin pudiera verlos más de cerca—. Se unen en el centro por un cordel. Arderá al más mínimo contacto con calor.

Rin jugueteó con los grilletes.

—¿Y Daji no me matará sobre la marcha? Es decir…, conoce mis intenciones. Me vio intentarlo en Adlaga.

—Ah, seguramente sospeche que planeamos traicionarla en cuanto atraquemos en Lusan. No queremos tenderle una emboscada. A Daji le gusta jugar con su comida antes de comérsela. Pero, sobre todo, no querrá deshacerse de ti. Eres demasiado interesante.

—Daji nunca ataca primero —intervino Vaisra—. Querrá sacarte toda la información que pueda, así que intentará llevarte a algún lugar para hablar en privado. Cuando eso ocurra, finge sorpresa. Es probable que acabe haciéndote una oferta tan tentadora como la mía.

—¿Y qué oferta será esa? —preguntó la esperiliana.

—Usa tu imaginación. Un puesto en su Guardia imperial. Carta blanca para registrar el Imperio en busca de cualquier tropa que quede de la Federación. Más gloria y riquezas de las que

podrías soñar. Por supuesto, todo será mentira. Daji se ha mantenido en el trono durante dos décadas porque elimina a la gente antes de que se convierta en un problema. Si aceptaras un puesto en su corte, simplemente pasarías a ser el último nombre añadido a su larga lista de asesinatos políticos.

—O, minutos después de que aceptaras, encontraríamos tu cadáver en las cloacas —dijo Eriden.

Rin miró alrededor de la mesa.

—¿Nadie más ve el gran fallo que tiene este plan?

—Por favor, ilumínanos —le pidió Vaisra.

—¿Por qué no la asesino nada más verla, antes de que abra la boca? ¿Por qué vamos a arriesgarnos a dejar que hable?

Vaisra y Eriden intercambiaron una mirada. Por un momento, el capitán vaciló, y luego dijo:

—Pues…, mmm…, porque no podrás hacerlo.

Rin se quedó lívida.

—¿Qué quieres decir?

—Ya hemos hablado de esto —apuntó Vaisra—. Una vez que Daji te vea, sabrá que estás allí para matarla. Y también alberga sospechas sobre mis propias intenciones. La única forma de meterte en el Palacio de Otoño y acercarte lo suficiente a ella para atacarla sin ponernos en peligro al resto es sedándote antes.

—Sedarme —repitió Rin.

—Tendremos que administrarte una dosis de opio en presencia de los guardias de Daji —le explicó el jefe militar—. Una suficiente para apaciguarte durante una hora o dos. Pero Daji no está al corriente de la tolerancia que has desarrollado, y eso es algo que nos beneficia. Se te pasará el efecto antes de lo que ella espera.

Rin detestaba ese plan. Le estaban pidiendo que entrara desarmada en el Palacio de Otoño, completamente drogada y siendo incapaz de invocar el fuego. Sin embargo, por muchas vueltas que le diera, no encontraba ningún error en lógica de ese planteamiento. Tenían que debilitarla para que pudiera tener la oportunidad de acercarse lo bastante a su presa y, entonces, atacar.

Intentó que, al hablar, no se notara el miedo que sentía.

—Entonces… Es decir, ¿estaré sola?

—No podemos llevar más guardias al Palacio de Otoño sin aumentar las sospechas de Daji. Contarás con refuerzos ocultos, pero serán mínimos. Podemos apostar guardias aquí, aquí y aquí. —Vaisra señaló tres puntos sobre un mapa del palacio—. Pero recuerda, nuestro objetivo es muy concreto. Si quisiéramos una guerra sin cuartel, habríamos traído a toda la Armada por el Murui. Solo hemos venido hasta aquí para cortarle la cabeza a la serpiente. Las batallas ya llegarán después.

—Así que la única que se juega el cuello soy yo —comentó Rin—. Estupendo.

—No te abandonaremos. Si algo se tuerce, te sacaremos de allí. Te lo prometo. Tengamos o no éxito, emplearemos una de estas rutas de escape para salir del palacio. En caso de que fuera necesaria la huida, el capitán Eriden tendrá el Sombramar listo para zarpar de Lusan en cuestión de segundos.

La joven echó un vistazo al mapa. El Palacio de Otoño era increíblemente grande, dispuesto como un laberinto en el interior de una caracola, un complejo en forma de espiral con corredores

estrechos y sin salida, con pasillos serpenteantes y túneles construidos hacia todas direcciones.

Las rutas de escape estaban marcadas con unas líneas verdes. Rin entornó la vista, murmurando para sí misma. Un par de minutos más y las habría memorizado. Siempre se le había dado bien memorizar las cosas, y, ahora que no consumía opio, le resultaba cada vez más fácil concentrarse en tareas mentales.

Se estremeció al pensar que tendría que prescindir de esa capacidad, aunque fuese durante una hora.

—Al decirlo parece fácil —dijo la joven—. Pero, entonces, ¿por qué nadie ha intentado matar a Daji antes?

—Es la emperatriz —dijo Vaisra, como si bastara con eso.

—Es una mujer cuyo único talento es ser muy hermosa —declaró Rin—. No lo entiendo.

—Porque eres demasiado joven —intervino Eriden—. Aún no habías nacido cuando el poder de la Tríada estaba en su máximo esplendor. No sabes lo que es el miedo. Entonces, no podías confiar en nadie a tu alrededor, ni siquiera en tu familia. Si susurrabas aunque fuese una palabra de traición contra el emperador Riga, la Víbora y el Guardián se aseguraban de destruirte. No es que te encarcelaran…, sino que te borraban del mapa.

Vaisra asintió.

—En aquellos años, familias enteras acabaron arruinadas, ejecutadas o exiliadas, y sus linajes fueron borrados de un plumazo de la historia. Daji lo supervisaba todo sin parpadear. Hay un motivo por el que los jefes militares se arrodillan ante ella, y no es solo porque sea hermosa.

Algo en la expresión de Vaisra le dio a Rin que pensar. Y entonces cayó en la cuenta de que era la primera vez que lo veía realmente asustado.

Se preguntó qué le habría hecho Daji.

En ese preciso momento, alguien llamó a la puerta. Rin se sobresaltó.

—Adelante —declaró Vaisra.

Un oficial subalterno asomó la cabeza.

—Nezha me envía a alertaros. Hemos llegado.

Casi al final de su reinado, el Emperador Rojo había mandado construir el Palacio de Otoño en la ciudad norteña de Lusan. Nunca había pretendido que acabase convirtiéndose en una capital o en un centro administrativo. Estaba demasiado alejada de las provincias centrales como para poder gobernar en condiciones desde allí. Solo era una residencia de vacaciones para sus concubinas preferidas y para sus hijos, un lugar al que escapar durante días cuando en Sinegard hacía un calor tan asfixiante que parecía que la piel se les fuera a oscurecer en cuestión de segundos con solo poner un pie en la calle.

Bajo el régimen de la emperatriz Su Daji, Lusan había pasado a ser un lugar en el que los funcionarios de la corte podían alojar a sus esposas y familias a salvo de los peligros que conllevaban sus puestos. Había sido así hasta que había pasado a convertirse en la capital provisional después de que Sinegard y Golyn Niis acabasen asoladas.

Mientras el Sombramar avanzaba hacia la ciudad, el río Murui se fue estrechando hasta convertirse en un arroyo cada vez más angosto. Eso los obligó a moverse a un ritmo mucho más lento que hacía que, en lugar de navegar, pareciera que estuvieran arrastrándose hacia el Palacio

de Otoño.

Rin pudo ver los muros de la ciudad desde kilómetros de distancia. Lusan parecía estar iluminada desde dentro por un brillo vespertino sobrenatural. Todo estaba bañado por una luz dorada. Era como si, durante la guerra, el resto del Imperio hubiera pasado a teñirse de sombras negras, blancas y rojas como la sangre, mientras que Lusan había absorbido todo el color a su alrededor, y brillaba con más fuerza que nada de lo que la Rin hubiera visto desde hacía meses.

Cerca de los muros de la ciudad, vio a una mujer que caminaba por la orilla del río, con cubos de pigmentos y pesados rollos de tela agarrados a la espalda. Rin supo, por el modo en el que brillaba al desenrollarlo, que el tejido era seda, tan suave que casi podía imaginar su textura, similar a la de las alas de una mariposa, en la punta de los dedos.

¿Cómo era posible que en Lusan siguiera habiendo seda? El resto del país iba ataviado con retales sucios y raídos. A lo largo de todo el Murui, había visto a niños desnudos y a bebés envueltos en hojas de nenúfar, en un intento por preservar su dignidad.

Río abajo, los sampanes de los pescadores recorrían de un lado a otro los sinuosos canales. Cada navío cargaba con varias aves grandes, unas criaturas blancas con picos enormes amarradas a las embarcaciones por medio de cuerdas.

Nezha tuvo que explicarle la labor de esos pájaros.

—Tienen una cuerda alrededor del cuello, ¿la ves? El ave se traga al pez y el pescador se lo saca del gaznate. Entonces, el ave vuelve a por otro, ya que está hambrienta y es demasiado idiota como para darse cuenta de que todo lo que atrape acabará en la cesta del pescador y que lo único que conseguirá será tragar agua sucia.

Rin hizo una mueca.

—Parece un método ineficiente. ¿Por qué no usan una red?

—Sí que es ineficiente —le dijo su amigo—. Pero no buscan pescar alimentos básicos. Quieren dar con exquisiteces. Quieren ayus[1].

—¿Por qué?

Nezha se encogió de hombros.

Rin ya conocía la respuesta. ¿Y por qué no iban a pescar exquisiteces? Lusan era una ciudad claramente ajena a la crisis de los refugiados que estaba asolando al resto del país. Podía permitirse centrarse en los lujos.

Quizás era a causa del calor, o porque siempre tenía los nervios a flor de piel, pero, a medida que se acercaban al puerto, la esperiliana se iba cabreando más. Odiaba esa ciudad, esa tierra de mujeres y hombres pálidos y consentidos que no eran soldados, sino burócratas, y de niños que no sabían lo que era tener miedo.

Rin hervía de rabia, pero no estaba motivada por el resentimiento, sino más bien por una furia indeterminada alimentada por la idea de que, fuera de los confines de la guerra, la vida podía seguir su curso. Y, de hecho, lo hacía. De algún modo, aún quedaban reductos esparcidos por todo el Imperio en los que había personas que teñían sedas y pescaban exquisiteces, indiferentes al único asunto que ocupaba la mente de un soldado: cuándo y dónde se produciría el siguiente ataque.

—Creía que no era un prisionero —dijo Kitay.

—Y no lo eres —le respondió Nezha—. Eres un invitado.

—¿Un invitado que no tiene permitido bajar del barco?

—Un invitado con cuya presencia nos gustaría contar algo de más tiempo —declaró Nezha con delicadeza—. ¿Puedes dejar de mirarme así?

Cuando el capitán anunció que estaban atracando en Lusan, Kitay salió a cubierta por primera vez desde hacía semanas. Rin había tenido la esperanza de que hubiera salido a tomar algo de aire fresco, pero el chico se había limitado a seguir a Nezha por la cubierta, intentando contrariarlo de cualquier forma.

Ella había intentado intervenir en varias ocasiones. Sin embargo, Kitay parecía decidido a fingir que Rin no existía, ignorándola cada vez que hablaba. A la comandante de los Cike no le quedó otra que centrar su atención en las vistas de la ribera.

Una pequeña multitud se había congregado alrededor de la base del Sombramar. Estaba formada sobre todo por funcionarios imperiales, comerciantes de Lusan y mensajeros de otros jefes militares. Tras escuchar fragmentos de conversaciones en la cubierta superior, Rin dedujo que todos los allí presentes intentaban conseguir una audiencia con Vaisra. No obstante, Eriden y sus hombres se habían plantado al final de la pasarela para despachar a todo el mundo.

Vaisra había dado órdenes estrictas de que nadie abandonara el barco. Los soldados y la tripulación iban a continuar haciendo vida a bordo, igual que si siguieran en mar abierto, y solo un puñado de los hombres de Eriden teman permitido entrar en Lusan para comprar suministros. Nezha le había explicado que el objetivo de eso era minimizar el riesgo de que alguien fuera a revelar la tapadera de Rin. Mientras tanto, a la joven solo se le permitía estar en cubierta si llevaba un pañuelo que le cubriera el rostro.

—Sabéis que no podéis retenerme aquí indefinidamente —dijo Kitay en voz alta—. Alguien va a acabar enterándose.

—¿Quién? —le preguntó Nezha.

—Mi padre.

—¿Crees que tu padre está en Lusan?

—Forma parte de la Guardia de la emperatriz. Está a cargo de su equipo de seguridad. Es imposible que Su Daji lo haya dejado atrás.

—La emperatriz los ha dejado a todos atrás —replicó Nezha.

Kitay se cruzó de brazos.

—A mi padre no.

Nezha buscó la mirada de Rin. Por un breve instante, pareció culpable, como sí quisiera decir algo que no debiera, pero la joven no era capaz de imaginarse de qué podía tratarse.

—Ese es el ministro de Comercio —dijo de pronto Kitay—. Él tiene que saberlo.

—¿Qué?

Antes de que Nezha o Rin pudiesen reaccionar, Kitay ya había echado a correr por la pasarela.

El hijo del jefe militar les gritó a los soldados que tenía más cerca que lo detuviesen, pero fueron demasiado lentos… Kitay los esquivó y saltó por un costado del navío, se agarró a una cuerda y descendió hasta la ribera tan rápido que debía de haberse quemado las manos con la cuerda.

Rin corrió hacia la pasarela para interceptarlo, pero Nezha la retuvo agarrándola por un brazo.

—No.

—Pero…

Él se limitó a negar con la cabeza.

—Déjalo.

Lo observaron desde la distancia, en silencio, mientras Kitay se acercaba al ministro de Comercio y lo agarraba del brazo antes de doblarse sobre sí mismo entre jadeos.

Rin podía verlos con claridad desde la cubierta. Por un momento, el ministro retrocedió, levantando las manos como si intentara protegerse de aquel soldado desconocido, hasta que reconoció al hijo del ministro de Defensa Chen. Entonces, bajó los brazos.

La comandante de los Cike no podía saber qué estaban diciendo. Solo podía ver cómo movían la boca y la expresión en sus rostros.

Vio al ministro poner las manos sobre los hombros de Kitay.

Vio que Kitay hacía una pregunta.

Vio que el ministro negaba con la cabeza.

Entonces, observó cómo Kitay se desplomaba como si le hubieran clavado una lanza en las tripas. Fue en ese momento cuando Rin comprendió que el ministro de Defensa Chen no había sobrevivido a la Tercera Guerra de la Amapola.

Kitay no forcejeó cuando los hombres de Vaisra lo escoltaron de vuelta al barco. Tenía el rostro lívido, con los labios apretados y los ojos enrojecidos.

Nezha intentó apoyar una mano sobre el hombro de su amigo. Kitay se la apartó y se encaminó directamente hacia el jefe militar del Dragón. Unos soldados ataviados de azul avanzaron de inmediato para formar un muro protector entre ambos, pero Kitay no sacó ningún arma.

—He tomado una decisión —dijo.

Vaisra agitó un mano. Sus guardias se dispersaron. Entonces, quedaron los dos solos, cara a cara: el regio jefe militar del Dragón y un chico furioso que temblaba.

—¿Sí? —preguntó Vaisra.

—Quiero un puesto —le pidió Kitay.

—Creía que querías irte a casa.

—No me vacile —estalló el chico—. Quiero un puesto. Deme un uniforme. No quiero seguir llevando este.

—Veré qué puedo…

Kitay volvió a interrumpirlo.

—No pienso ser un soldado raso.

—Kitay…

—Quiero un asiento en la mesa. Jefe de estrategia.

—Eres demasiado joven para eso —dijo Vaisra sin más.

—No, no lo soy. A Nezha le ha dado el puesto de general. Y yo siempre he sido más listo que Nezha. Sabe que soy brillante. Soy un puto genio. Póngame al mando de las operaciones y no perderá ni una sola batalla, se lo juro. —A Kitay se le entrecortó la voz al final. Rin vio cómo le temblaba la garganta, cómo las venas se le marcaban en la mandíbula, y supo que estaba

conteniendo las lágrimas.

—Lo tendré en consideración —le dijo Vaisra.

—Ya lo sabía, ¿verdad? —inquirió Kitay—. Lo sabe desde hace meses.

El jefe militar del Dragón suavizó su gesto.

—Lo siento. No quería ser yo quien te diera la noticia. Sé lo doloroso que debe…

—No. No, cierre el puto pico. No quiero nada de eso. —Kitay reculó—. No necesito su falsa compasión.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Kitay alzó la barbilla.

—Tropas.

La cumbre de los jefes militares no tendría lugar hasta después del desfile de la victoria, y este se celebraba durante los próximos dos días. Por lo general, los soldados de Vaisra no participaban. Varias tropas accedieron a la ciudad, vestidas como civiles, para esbozar los últimos detalles de sus ya minuciosos mapas de la ciudad, por si acaso hubiera cambiado algo. Sin embargo, la mayoría de la tripulación permaneció a bordo, contemplando las festividades desde lejos.

De vez en cuando, una delegación armada subía al Sombramar, con los rostros ocultos bajo capuchas para mantener sus identidades en secreto. Vaisra los recibía en su despacho, a puerta cerrada y con guardias apostados en el exterior para desalentar a los curiosos. Rin dio por sentado que los visitantes serían los jefes militares del sur, los gobernantes de las provincias del Jabalí, el Gallo y el Mono.

Pasaron horas sin tener ninguna noticia. Rin se moría de aburrimiento. Se había estudiado los mapas del palacio miles de veces y ese día ya había entrenado tanto con Eriden que los músculos de las piernas le ardían al caminar. Estaba a punto de preguntarle a Nezha si podían ir a explorar Lusan disfrazados cuando Vaisra la llamó a su despacho.

—Tengo una reunión con el jefe militar de la Serpiente —le dijo—. En tierra firme. Te vienes conmigo.

—¿En calidad de guardia?

—No, como prueba.

No le dio más explicaciones, pero Rin sospechaba a qué se refería. Se limitó a coger su tridente, subirse el pañuelo sobre el rostro hasta que le tapara todo menos los ojos y seguir a Vaisra por la pasarela.

—¿El jefe militar de la Serpiente es un aliado? —preguntó.

—Ang Tsolin fue mi maestro de Estrategia en Sinegard. Por aquel entonces, podría haber sido tanto un aliado como un enemigo. Hoy en día, simplemente lo tratamos como a un viejo amigo.

—¿Qué tengo que decirle?

—Tú quédate callada. Solo tiene que verte.

Rin siguió a Vaisra por la ribera hasta que llegaron a una alineación de tiendas de campaña montadas en los límites de la ciudad, igual que si fueran un ejército invasor. Cuando se aproximaron a la periferia, un grupo de soldados vestidos de verde los hizo detenerse y les exigió entregar las armas.

—Venga —masculló Vaisra cuando Rin vaciló al separarse de su tridente.

—¿Tanto confía en ese jefe militar?

—No, pero estoy seguro de que no vas a necesitar tu tridente.

El jefe militar de la Serpiente salió a recibirlos al exterior, donde sus ayudantes habían dispuesto dos sillas y una mesa pequeña.

Al principio, Rin lo confundió con un sirviente. Ang Tsolin no tenía aspecto de jefe militar. Era un hombre anciano con el rostro largo y triste, tan delgado que parecía frágil. Llevaba puesto el mismo uniforme color verde bosque de la Milicia que lucían sus hombres, pero ningún símbolo que indicara su rango ni ningún arma colgada de la cadera.

—Viejo maestro. —Vaisra inclinó la cabeza—. Me alegro de volver a verle.

Tsolin recorrió con la mirada el perfil del Sombramar, que podía divisarse río abajo.

—Así que tú tampoco has aceptado la oferta de esa zorra.

—Era bastante poco sutil, incluso para ella —declaró Vaisra—. ¿Se está alojando alguien en el palacio?

—Chang En. Y nuestro viejo amigo Jun Loran. Pero ninguno de los jefes militares del sur.

Vaisra enarcó una ceja.

—No me lo habían mencionado. Me sorprende bastante.

—¿Que te sorprende? Al fin y al cabo, son sureños.

Vaisra se acomodó en su silla.

—Supongo. Llevan años con una actitud muy susceptible.

Nadie había sacado una silla para Rin, así que la joven permaneció de pie detrás de Vaisra. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, imitando la postura de los guardias que flanqueaban a Tsolin, que parecían malhumorados.

—Sí que te has tomado tu tiempo para llegar —le dijo Tsolin—. Los demás llevamos bastante tiempo aquí acampados.

—Tenía que recoger algo en la costa. —Vaisra señaló hacia Rin—. ¿Sabes quién es ella?

La esperiliana se bajó el pañuelo de la cara.

Tsolin levantó la mirada. Al principio, simplemente parecía confuso mientras examinaba su rostro. Pero entonces, tuvo que percatarse del tono oscuro de su piel y del brillo rojo en su mirada, porque se le tensó todo el cuerpo.

—Ofrecen mucha plata por ella —dijo al fin—. Por algo relacionado con un intento de asesinato en Adlaga.

—Menos mal que no necesito plata —dijo Vaisra.

Tsolin se levantó de su silla y se encaminó hacia Rín hasta que estuvo *solo* a unos centímetros de ella. No era mucho más alto que la joven, pero su mirada la hizo sentirse particularmente incómoda. Como un espécimen sometido a un minucioso examen.

—Hola —dijo—. Soy Rin.

El jefe militar la ignoró. Masculló algo entre dientes y regresó a su asiento.

—Es una desafiante demostración de fuerza. ¿Vas a meterla sin más en el Palacio de Otoño?

—La ataremos como es debido. También la drogaremos. Daji ha insistido al respecto.

—Así que Daji sabe que la tienes aquí.

—Me pareció que era lo más prudente. Envié a un mensajero delante de nosotros.

—Entonces, no me extraña que se esté impacientando tanto —dijo Tsolin—. Ha triplicado la

Guardia de palacio. Los jefes militares no dejan de hablar. Sea lo que sea que estés planeando, la emperatriz está preparada.

—Por eso me vendría bien contar con su apoyo —comentó Vaisra.

Rin se percató de que el jefe militar del Dragón agachaba ligeramente la cabeza cada vez que se dirigía a Tsolin. De forma sutil, le dedicaba una continua reverencia a su superior, mostrándole así deferencia y respeto.

Sin embargo, el jefe militar de la Serpiente parecía inmune a los halagos. Dejó escapar un suspiro.

—Nunca te ha bastado con la paz, ¿verdad?

—Y usted siempre se ha negado a aceptar que la guerra es la única opción —declaró Vaisra —. ¿Qué prefiere, Tsolin? El Imperio puede sufrir una muerte lenta durante el próximo siglo, o podemos encauzar al país por el camino correcto, si tenemos suerte, en cuestión de una semana.

—En cuestión de un par de años sangrientos, querrás decir.

—Meses como mucho.

—¿No recuerdas la última vez que alguien se enfrentó a la Tríada? —le preguntó Tsolin—. ¿Recuerdas todos los cuerpos amontonados en los escalones hacia el Paso Celestial?

—No sucederá lo mismo —le aseguró Vaisra.

—¿Por qué no?

—Porque la tenemos a ella. —El jefe militar del Dragón señaló con la cabeza hacia Rin.

Tsolin miró con cautela en dirección a la joven.

—Pobre niña —dijo—. Lo lamento tanto.

Rin parpadeó, sin estar segura de qué quería decir con eso.

—Y contamos con la ventaja del tiempo —se apresuró a continuar Vaisra—. La Milicia todavía no se ha recuperado del ataque de la Federación. Necesita más tiempo para hacerlo. No podrán organizar sus defensas lo suficientemente rápido.

—Aun así, en el mejor de los casos, Daji sigue contando con las provincias del norte —añadió Tsolin—. La del Caballo y la del Tigre jamás desertarán. La emperatriz cuenta con Chang En y Jun. No le hace falta más.

—Jun sabe que no debe librar batallas que no puede ganar.

—Pero sí que puede ganar esta. ¿O crees poder vencer a todo el mundo por medio de la intimidación?

—Esta guerra habrá terminado en cuestión de días si cuento con su apoyo, Tsolin —dijo Vaisra con impaciencia—. Juntos tendremos el control de la costa. Los canales son míos. La orilla oriental es suya. Nuestras flotas combinadas…

Tsolin levantó una mano.

—Mi pueblo se ha visto sometido a tres guerras a lo largo de su vida, cada una bajo un gobernante distinto. Ahora puede que tengan ante ellos la primera oportunidad de vivir una paz duradera. Y tú quieres volver a arrastrarlos a una guerra civil.

—La guerra civil está al caer, quiera o no admitirlo. Yo solo estoy acelerando lo inevitable.

—No sobreviviremos a lo inevitable —aseveró Tsolin. Sus palabras estaban teñidas de verdadero pesar. Rin podía vérselo reflejado en la mirada. El hombre parecía torturado—. Perdimos a muchos hombres en Golyn Niis, Vaisra. Chicos jóvenes. ¿Sabes lo que nuestros comandantes les obligaron a hacer a sus soldados la tarde antes del asedio? A que escribieran

cartas a sus familias. Les decían cuánto les querían. Que no volverían a casa. Y nuestros generales escogieron a los soldados más fuertes y rápidos para llevar esos mensajes a casa, porque sabían que apostarlos a ellos en las murallas no iba a suponer ninguna diferencia.

El jefe militar de la Serpiente se levantó.

—Mi respuesta es no. Aún tenemos que sanar las heridas que nos han causado las Guerras de la Amapola. No puedes pedirnos que volvamos a desangrarnos.

Vaisra extendió una mano y agarró a Tsolin por la muñeca antes de que el hombre pudiera darse la vuelta para marcharse.

—Entonces, ¿va a mantener una postura neutral?

—Vaisra…

—¿O va a posicionarse en mi contra? ¿Debo esperar encontrarme a los asesinos de Daji en mi puerta?

Tsolin parecía dolido.

—No sé nada. No ayudo a nadie. Dejémoslo así, ¿de acuerdo?

—¿Vamos a dejarlo ir sin más? —preguntó Rin cuando estuvieron lo bastante lejos como para que Tsolin no los escuchara.

La carcajada que profirió Vaisra la sorprendió.

—¿Crees que va a delatarnos ante la emperatriz?

A ella le parecía que eso era bastante obvio.

—Es evidente que no está de nuestro lado.

—Lo estará. Nos ha revelado cuál es su línea roja para entrar en el conflicto. Que su provincia corra peligro. No tardará en escoger un bando si eso supone la diferencia entre la guerra y su erradicación, así que haré que dé su brazo a torcer. Llevaré esta guerra hasta su provincia. Entonces, no le quedará otra opción, y sospecho que ya es consciente de ello.

Vaisra aceleró el paso a medida que avanzaban. Rin tuvo que correr para darle alcance.

—Está enfadado. —La joven acababa de darse cuenta.

No, estaba furioso. Podía vérselo reflejado en esa mirada fría, en la rigidez de sus movimientos. Rin se había pasado gran parte de su infancia aprendiendo a detectar cuándo alguien estaba de un humor peligroso.

Vaisra no le respondió.

Ella se detuvo.

—Los otros jefes militares… Han dicho que no, ¿verdad?

Vaisra también se detuvo antes de responderle.

—Están indecisos. Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Le traicionarán?

—No tienen el suficiente conocimiento sobre mis planes como para hacer nada. Lo único que pueden decirle a Daji es que no estoy contento con ella, algo de lo que la emperatriz ya es consciente. Pero dudo que tengan las agallas para decirle ni siquiera eso. —La voz del jefe militar del Dragón bajó de volumen con condescendencia—. Son como ovejas. Lo observarán todo en silencio, aguardando para ver hacia dónde se inclina la balanza del poder. Luego, se aliarán con quienquiera que pueda protegerlos. Pero no los necesitaremos hasta entonces.

—Pero sí que necesita a Tsolin —señaló la joven.

—Hacer lo que vamos a hacer será bastante más complicado sin Tsolin —admitió—. Él podría equilibrar la balanza. Ahora esto sí que será una verdadera guerra.

Rin no pudo evitar preguntarle:

—¿Eso quiere decir que vamos a perder?

Vaisra la contempló en silencio durante un momento. Luego, se arrodilló delante de ella y apoyó las manos sobre sus hombros. La miró desde arriba con tal intensidad que hizo que la joven quisiera encogerse.

—No —dijo en voz baja—. Te tenemos a ti.

—Vaisra…

—Serás la lanza que haga caer a este Imperio —dijo firmemente—. Vencerás a Daji. Pondrás en marcha esta guerra, y así a los jefes militares del sur no les quedará otra opción.

La intensidad de su mirada hizo que Rin se sintiera profundamente incómoda.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Lo harás.

—Pero…

—Lo harás porque te lo ordeno. —Ejerció más fuerza al agarrarla por los hombros—. Eres mi mayor arma. No me decepciones.



9

Rin se había imaginado que el Palacio de Otoño estaría constituido por formas compactas y abstractas, tal y como se hallaba representado en los mapas. Pero en realidad era un santuario de belleza perfectamente preservado, toda una visión salida directamente de un cuadro de tinta. Las plantas florecían por todas partes. Flores blancas de ciruelos y melocotoneros inundaban los jardines. Nenúfares y flores de loto adornaban las lagunas y las acequias. El complejo en sí mismo era una estructura elegantemente diseñada de puertas ceremoniales ornamentadas, enormes pilares de mármol y extensos pabellones.

Sin embargo, a pesar de toda esa belleza, una gran quietud se cernía sobre el palacio e incomodaba profundamente a Rin. El calor era agobiante. Parecía que cada hora barrieran los caminos sirvientes invisibles. Pese a todo, la esperiliana podía escuchar el omnipresente zumbido de las moscas, como si hubieran detectado algo podrido en el aire que nadie más podía ver.

Parecía que el palacio estuviera ocultando algo pestilente bajo su hermosa fachada. Bajo el aroma de las lilas en flor, algo se hallaba en las últimas fases de descomposición.

Tal vez se lo estuviera imaginando. Tal vez el palacio de verdad fuera hermoso y ella solo lo detestara porque era la guarida de una cobarde.

Ese lugar era un refugio, y le enfurecía el hecho de que alguien se hubiera cobijado en el Palacio de Otoño para seguir con vida mientras los cadáveres putrefactos seguían esparcidos por Golyn Niis.

Eriden le dio un golpecito en la espalda con su lanza.

—Mirada al suelo.

Rin se apresuró a obedecer. Tenía que fingir ser la prisionera de Vaisra, con las manos atadas a la espalda y la boca cerrada detrás de una mordaza de hierro que le mantenía la mandíbula superior demasiado elevada. Apenas podía hablar si no era en susurros.

No tenía que fingir estar asustada. Estaba aterrorizada. Los treinta gramos de opio que circulaban por su flujo sanguíneo no habían servido para calmarla. Al contrario, habían magnificado su paranoia, pese a que le mantenían las pulsaciones bajas y la hacían sentir como si flotara entre las nubes. La ansiedad y la hiperactividad inundaban su mente, pero su cuerpo era lento y perezoso. Era la peor combinación posible.

Al amanecer, Rin, Vaisra y el capitán Eriden habían cruzado las entradas abovedadas de los

nueve círculos concéntricos del Palacio de Otoño. En cada una de las puertas, los sirvientes los habían cacheado en busca de armas. Para cuando llegaron a la séptima, ya los habían manoseado tan minuciosamente que a Rin le sorprendió que no les pidieran que se desnudasen.

En la octava puerta, un guardia imperial la hizo detenerse para examinarle las pupilas.

—Esta mañana ha tomado una dosis delante de los guardias —dijo Vaisra.

—Aun así —respondió el guardia. Le levantó la barbilla a Rin hacia arriba—. Abre los ojos, por favor.

Rin obedeció e intentó no apartarse cuando le levantó los párpados.

Satisfecho, el guardia retrocedió y los dejó pasar.

Rin siguió a Vaisra hacia la sala del trono, con los zapatos repiqueteando contra el suelo de mármol, tan liso que parecía el agua en calma de la superficie de un lago.

La cámara interior era un lujoso y ornamentado amasijo decorativo que la joven veía borroso debido al opio. Parpadeó e intentó concentrarse. Unos intrincados símbolos pintados cubrían cada una de las paredes, extendiéndose hasta llegar al techo, donde se fundían en un círculo.

«Es el Panteón», pensó Rin. Si entrecerraba los ojos, podía discernir a los dioses que conocía: el Dios Mono, malicioso y cruel; el Fénix, imponente y voraz…

Era muy extraño. El Emperador Rojo odiaba a los chamanes. Después de haber reclamado el trono de Sinegard, había ordenado que asesinaran a los monjes y quemaran los monasterios.

Pero tal vez a los dioses no los odiaba. Tal vez lo único que detestaba era no tener acceso a su poder.

La novena puerta conducía a la sala del Consejo. La Guardia personal de la emperatriz, una fila de soldados con armaduras forradas de oro, les bloqueó el paso.

—Sin acompañantes —dijo el capitán de la Guardia—. La emperatriz ha decidido que no quiere llenar la sala del Consejo con guardaespaldas.

Por el rostro de Vaisra pasó un destello de fastidio.

—La emperatriz podría haberme avisado de esto con algo de antelación.

—La emperatriz envió un aviso a todos los que residen en el palacio —le respondió el capitán de la Guardia con aire de suficiencia—. Usted declinó su invitación.

Rin creía que Vaisra protestaría, pero el jefe militar se limitó a girarse hacia Eriden y a ordenarle que lo esperara fuera. Su capitán le dedicó una reverencia y se marchó, dejándolos sin guardias ni armas en el interior del Palacio de Otoño.

No obstante, no estaban del todo solos. En aquel mismo momento, los Cike estaban recorriendo a nado los canales subterráneos hacia el centro de la ciudad. Aratsha había creado burbujas de aire alrededor de la cabeza de cada uno para que pudieran nadar durante millas sin necesidad de salir a coger aire.

Los Cike ya habían empleado muchas veces antes ese mismo método para infiltrarse. En esa ocasión, actuarían como refuerzos si el golpe de Estado se torcía. Baji y Suni asumirían sus puestos justo al otro lado de la puerta del Consejo de Guerra, listos para entrar y sacar de allí a Vaisra si era necesario. Qara se colocaría en el pabellón más alto que había en el exterior de la sala para dar apoyo de largo alcance. Y Ramsa se refugiaría dondequiera que él y su hatillo impermeable de juguetitos combustibles pudieran causar más estragos.

En cierto modo, a Rin todo aquello la reconfortaba. Si no lograban hacerse con el Palacio de Otoño, al menos tenían posibilidades de hacerlo volar por los aires.

La sala del Consejo se sumió en el silencio cuando entraron Rin y Vaisra.

Los jefes militares se movieron incómodos en sus asientos para mirar a la joven. Sus gestos iban de la sorpresa a la curiosidad y a un ligero asqueamiento. Le recorrieron el cuerpo con la mirada, centrándose en sus brazos y sus piernas, tomando nota de su estatura y su constitución. Contemplaron todas las partes de su cuerpo excepto sus ojos.

Rin se movió incómoda. La examinaban como si fuera una vaca en un mercado.

El jefe militar del Buey fue quien habló primero. Rin lo reconoció de Khurdalain. Le sorprendió verlo con vida.

—¿Esta niñita ha provocado que llegues con semanas de retraso?

Vaisra dejó escapar una carcajada.

—Lo que me ha llevado tiempo es rastrearla, no atraparla. La encontré varada en Ankhiluun. Moag llegó antes a ella.

El jefe militar del Buey pareció sorprendido.

—¿La reina pirata? ¿Cómo lograste arrebatársela?

—Le ofrecí algo que es más de su gusto —dijo Vaisra.

—¿Por qué la has traído viva hasta aquí? —exigió saber un hombre que se hallaba en el otro extremo de la mesa.

Rin giró la cabeza y estuvo a punto de retroceder a causa de la sorpresa. A primera vista no había reconocido al maestro Jun. Llevaba la barba mucho más larga, y el cabello se le había cubierto de mechones canosos que no tenía antes de la guerra. Sin embargo, sí que detectó, grabada en las líneas del rostro de su antiguo maestro de Combate, esa misma arrogancia, así como una clara aversión hacia ella.

Jun fulminó con la mirada a Vaisra.

—La traición merece la pena de muerte. Y es demasiado peligrosa como para mantenerla cerca.

—No te precipites —replicó el jefe militar del Caballo—. Puede que nos sea útil.

—¿Útil? —repitió Jun.

—Es la última de su especie. Seríamos unos idiotas si nos deshiciéramos de un arma semejante.

—Las armas solo son útiles si puedes blandirías —declaró el jefe militar del Buey—. Creo que te costará bastante domar a esta bestia.

—¿En qué momento creéis que se descarrió? —El jefe militar del Gallo se inclinó hacia delante para poder verla mejor.

En sus adentros, Rin había estado deseando conocer a ese jefe militar, Gong Takha. Ambos procedían de la misma provincia. Hablaban el mismo dialecto y su piel era casi tan oscura como la de ella. En el Sombramar había oído que Takha era el que más probabilidades tenía de unirse a la República. Sin embargo, si los vínculos provinciales contaban para algo, Takha no lo demostraba. Se quedó contemplándola con la misma curiosidad temerosa con la que uno observaba a un tigre enjaulado.

—Tiene una mirada enloquecida —prosiguió—. ¿Creéis que los experimentos mugeneses la dejaron así?

«Estoy aquí mismo», quiso responder Rin. «Deje de hablar de mí como si no estuviera delante».

No obstante, Vaísra quería que fuera dócil. «Hazte la tonta», le había dicho. «No quieras quedar de lista».

—No ha sido por nada tan complejo —intervino Vaisra—. Era una esperiliana intentando zafarse de su propia correa. Recordaréis cómo eran los esperilianos.

—Cuando mis perros tienen la rabia, los sacrifico —dijo Jun.

La emperatriz habló desde el umbral de la puerta.

—Pero las niñitas no son perros, Loran.

Rin se quedó de piedra.

Su Daji había cambiado sus túnicas ceremoniales por un uniforme verde de soldado. Sus hombreras contaban con una armadura de jade incrustada, y de la cintura le colgaba una espada larga. De ese modo, parecía enviar un mensaje. No era solo la emperatriz, también era la gran mariscal de la Milicia imperial de Nikan. Había conquistado el Imperio por la fuerza. Y volvería a hacerlo.

Rin se esforzó por mantener la respiración estable mientras Daji se acercaba y le pasaba los dedos por la mordaza.

—Cuidado —dijo Jun—. Muerde.

—Ah, de eso estoy segura. —La voz de Daji sonaba lánguida, casi desinteresada—. ¿Se ha resistido mucho?

—Lo ha intentado —respondió Vaisra.

—Imagino que habrá producido bajas.

—No tantas como era de esperar. Está débil. La droga ha podido con ella.

—Desde luego. —Daji curvó los labios—. Los esperilianos siempre han tenido sus debilidades.

Levantó la mano para darle a Rin una palmadita delicada en la cabeza.

La joven cerró las manos en puños.

«Tranquilízate», se recordó a sí misma. El efecto del opio aún no se había disipado. Cuando intentó invocar el fuego, solo sintió un adormecimiento y un bloqueo en el fondo de su mente.

Daji mantuvo la mirada fija sobre Rin un poco más. La joven se quedó inmóvil. Le aterrorizaba que la emperatriz fuera a llevársela aparte, tal y como Vaisra le había advertido que podía pasar. Era demasiado pronto. Si acababa quedándose a solas en una habitación con la emperatriz, lo máximo que podría hacer sería lanzar puñetazos desorientados en su dirección.

No obstante, Daji se limitó a sonreír, negó con la cabeza y se giró hacia la mesa.

—Tenemos mucho de lo que hablar. ¿Empezamos?

—¿Y qué pasa con la chica? —preguntó Jun—. Debería estar en una celda.

—Lo sé. —La emperatriz le dedicó a Rin una sonrisa que destilaba veneno—. Pero me gusta verla nerviosa.

Las siguientes dos horas fueron las más lentas de la vida de Rin.

Una vez que los jefes militares dejaron de sentir curiosidad por ella, centraron su atención en la gigantesca lista de problemas económicos, agrícolas y políticos. La Tercera Guerra de la

Amapola había asolado casi todas las provincias. Los soldados de la Federación habían destruido la mayor parte de la infraestructura de cada gran ciudad que habían ocupado, habían prendido fuego a enormes extensiones de campos de grano y habían borrado del mapa a pueblos enteros. Los movimientos masivos de refugiados habían reconfigurado la densidad de población del país. Ese era el tipo de desastre que requería un milagroso esfuerzo por parte de un liderazgo central unificado para poder mejorar la situación, y el Consejo de los doce jefes militares era todo lo contrario.

—Controla a tu maldito pueblo —espetó el jefe militar del Buey—. Mientras hablamos, tengo a miles de personas colándose en mis fronteras, y no tenemos sitio para ellas.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Crear una Guardia fronteriza? —El jefe militar de la Liebre tenía una voz particularmente lastimera y estridente que hacía que Rin se encogiera cada vez que hablaba—. La mitad de mi provincia está inundada, no contamos con reservas de alimentos ni para pasar el invierno…

—Nosotros tampoco —replicó el jefe militar del Buey—. Mándalos a otra parte o todos acabaremos muriéndonos de hambre.

—Nosotros estaríamos dispuestos a acoger a un determinado número de ciudadanos de la Provincia de la Liebre —declaró el jefe militar del Perro—. Pero tendrían que contar con documentos de registro provinciales.

—¿Documentos de registro? —repitió el de la Liebre—. Han sufrido el saqueo de sus pueblos, ¿y pretendes pedirles documentos de registro? Claro que sí, porque lo primero que cogieron cuando su pueblo comenzó a arder fueron…

—No podemos acogerlos a todos. Mi pueblo ya anda escaso de recursos…

—Tu provincia es un terreno baldío de estepas. Tienes espacio más que de sobra.

—Sí que tenemos espacio, pero no tenemos comida. Y quién sabe qué traerán consigo los tuyos desde las fronteras…

A Rin le costaba creer que ese Consejo, si es que podía llamarse así, fuera el que hacía que el Imperio funcionase. Sabía que a menudo los jefes militares se peleaban por recursos, por rutas comerciales y, de vez en cuando, por los mejores reclutas que se graduaban en Sinegard. Y también sabía que las fracturas entre ellos no habían hecho más que aumentar y empeorar tras el desenlace de la Tercera Guerra de la Amapola.

Solo que no había sido consciente de que estuvieran tan mal.

Durante horas, los jefes militares discutieron y se pelearon por detalles tan nimios que a Rin le sorprendió que aquello pudiera importarle a alguien. La joven permaneció aguardando en un rincón, sudando con las cadenas puestas y esperando a que Daji se dejara de juegos.

Sin embargo, parecía que a la emperatriz no le importaba esperar. Eriden había estado en lo cierto. Era evidente que a Daji le gustaba jugar con su comida antes de ingerirla. Se sentó presidiendo la mesa con un gesto ligeramente divertido en el rostro. De vez en cuando, miraba a Rin y le guiñaba un ojo.

¿Cuál era el objetivo final de Daji? Sin duda, debía de saber que, llegado un momento, a Rin dejaría de hacerle efecto el opio. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo?

¿Es que quería enfrentarse a ella?

La ansiedad hizo que Rin sintiera las rodillas temblorosas y la cabeza ligera. Se esforzó todo lo posible por mantenerse en pie.

—¿Y qué pasa con la Provincia del Tigre? —preguntó alguien.

Todas las miradas se posaron sobre un niño rollizo que se hallaba sentado con los codos encima de la mesa. El joven jefe militar del Tigre miró a su alrededor con una expresión desconcertada y aterrorizada a partes iguales, parpadeó dos veces y luego miró hacia atrás, buscando ayuda.

Su padre había fallecido en Khurdalain, y ahora su mayordomo y sus generales gobernaban la provincia en su nombre, lo que significaba que el poder en la Provincia del Tigre recaía realmente sobre Jun.

—Hemos hecho más que suficiente por esta guerra —declaró el antiguo maestro de Combate —. Pasamos meses desangrándonos en Khurdalain. Hemos perdido a miles de hombres. Necesitamos tiempo para sanar.

—Venga ya, Jun. —Un hombre alto, sentado al fondo de la sala, escupió una flema sobre la mesa—. En la Provincia del Tigre abundan las tierras de cultivo. Reparte algo de bondad.

Rin torció el gesto. Ese hombre debía de ser el nuevo jefe militar del Caballo: el general Carne de Lobo, Chang En. Le habían hablado de él con todo lujo de detalles. Chang En era el excomandante de una división, y había escapado de un campamento de prisioneros de la Federación casi al inicio de la Tercera Guerra de la Amapola. Había adoptado la vida de un bandido y no había tardado en hacerse con el control de las regiones superiores de la Provincia del Caballo mientras el anterior jefe militar de ese lugar y su ejército estaban ocupados defendiendo Khurdalain.

Habían comido cualquier cosa que encontraban. Carne de lobo. Cadáveres que había en la cuneta. Se decía que habían pagado una cantidad considerable de dinero por bebés humanos vivos.

Ahora, el antiguo jefe militar del Caballo estaba muerto. Las tropas de la Federación lo habían desollado vivo. Sus herederos habían sido demasiado débiles o demasiado jóvenes como para retar a Chang En, así que el gobernante bandido había asumido *de facto* el control de la provincia.

Chang En miró a Rin a los ojos, le mostró los dientes y se lamió despacio el labio superior con la lengua, gruesa y moteada de negro.

La joven reprimió un estremecimiento y apartó la mirada.

—La mayoría de nuestras tierras de cultivo cerca de la costa han acabado destruidas por los tsunamis o por la ceniza que ha caído. —Jun le dedicó a Rin una mirada de profundo disgusto—. La culpa de eso la tiene la esperiliana.

Rin sintió una punzada de culpa. Pero había tenido que elegir entre eso o la extinción a manos de la Federación. Ya había dejado de cuestionar su decisión. Solo podía seguir adelante si creía que lo que había hecho había merecido la pena.

—No podéis seguir endosándome vuestros refugiados a mí —dijo Chang En—. Están abarrotando las ciudades. Nos pasamos todo el día escuchándolos gimotear por las calles y reclamando alojamiento gratis.

—Entonces, ponlos a trabajar —dijo Jun con frialdad—. Ponlos a reconstruir tus caminos y edificios. Así se ganarán su sustento.

—¿Y cómo vamos a alimentarlos? Si se mueren de hambre en las fronteras, es culpa vuestra.

Rin se percató de que los jefes militares del norte (el del Buey, la Liebre, el Caballo y el

Perro) eran los que más hablaban. Tsolin estaba allí sentado con la barbilla apoyada en los dedos, sin decir nada. Los jefes militares del sur, apiñados casi al fondo de la sala, permanecieron la mayor parte del tiempo en silencio. Ellos eran los que habían sufrido más daños, los que habían perdido más tropas y, por tanto, tenían menos con lo que negociar.

Mientras se debatía todo aquello, Daji permaneció sentada presidiendo la mesa, observando y prácticamente sin participar. Contempló a los demás con una ceja ligeramente más arqueada que la otra, como si estuviera supervisando a un grupo de niños que no dejaban de decepcionarla.

Había pasado otra hora sin que resolvieran nada, a excepción de un gesto poco entusiasta por parte de la Provincia del Tigre, que se comprometió a destinar seis mil jines[2] de ayuda alimentaria a la Provincia de la Liebre, la cual no tenía acceso al mar, a cambio de cuatrocientos cincuenta kilos de sal. En definitiva, para los miles de refugiados que morían de hambre a diario, aquello no servía de mucho.

—¿Por qué no nos tomamos un descanso? —La emperatriz se levantó—. No estamos llegando a ninguna parte.

—Apenas hemos resuelto nada —declaró Tsolin.

—Y el Imperio no se colapsará si hacemos un descanso para comer. Despejen la mente, caballeros. ¿Puedo sugerirles que consideren algo tan radical como intentar llegar a un compromiso entre ustedes? —Y entonces, se giró hacia Rin—. Mientras tanto, me retiraré un momento a mis jardines. Runin, es hora de que vayas a tu celda, ¿no te parece?

La joven se enderezó. No pudo evitar lanzarle una mirada de pánico a Vaisra.

El jefe militar del Dragón fijó la mirada hacia el frente, sin mirarla a los ojos, sin mostrar ninguna emoción.

Había llegado el momento. Rin cuadró los hombros. Agachó la cabeza en señal de sumisión y la emperatriz sonrió.

Rin y la emperatriz no salieron por la sala del trono, sino por un estrecho pasillo que había al fondo. Por la salida de los sirvientes. Mientras caminaban, la esperiliana podía escuchar el gorgoteo de las tuberías que se extendían bajo el suelo.

Habían pasado horas desde que la reunión del Consejo había comenzado. Los Cike ya debían de estar posicionados en el interior del palacio, pero pensar en ello no hizo que sintiera menos miedo. Por el momento, tenía que lidiar con la emperatriz ella sola.

Pero seguía sin contar con el *fuego*.

—¿Todavía no estás agotada? —le preguntó Daji.

Rin no le respondió.

—Quería que vieras a los jefes militares en todo su esplendor. Son un grupo de lo más problemático, ¿no crees?

La esperiliana siguió fingiendo que no la escuchaba.

—No eres muy habladora, ¿verdad? —Daji miró hacia atrás en dirección a la joven. Bajó la vista hacia la mordaza—. Ah, claro. Vamos a quitarte esto.

Colocó sus delgados dedos a cada lado del artilugio y tiró de él con delicadeza.

—¿Mejor?

Rin continuó guardando silencio. «No entables conversación con ella», le había advertido

Vaisra. «Mantente en constante alerta y déjale que diga lo que tenga que decir».

La joven solo necesitaba ganar un par de minutos más. Podía sentir cómo el efecto del opio se desvanecía. Su visión era más clara y sus extremidades respondían a sus órdenes sin demora. Solo necesitaba que Daji siguiera hablando hasta que el Fénix respondiera a su llamada. Entonces, podría reducir el Palacio de Otoño a cenizas.

—Altan era igual —musitó la emperatriz—. Ya sabes, esos tres años que estuvo con nosotros. Creíamos que era mudo.

Rin estuvo a punto de tropezarse con un adoquín. Daji siguió caminando como si no se hubiera dado cuenta de nada. La joven la siguió, esforzándose por mantener la calma.

—Lo sentí mucho al enterarme de su pérdida —declaró la emperatriz—. Era un buen comandante. Uno de los mejores.

«Y tú lo asesinaste, zorra decrépita». Rin se frotó los dedos, esperando que surgiera de ellos una chispa, pero el camino hacia el Fénix seguía bloqueado.

Solo un poco más de tiempo.

Daji la condujo detrás del edificio, hacia una parcela vacía cerca de las dependencias de los sirvientes.

—El Emperador Rojo construyó una serie de túneles en el Palacio de Otoño para poder escabullirse de o hacia cualquier estancia si lo necesitaba. Gobernaba a todo un imperio, pero no se sentía seguro en su propia cama. —La emperatriz se detuvo junto a un pozo y empujó con fuerza la tapa, anclando los pies contra el suelo de piedra. La tapa se deslizó con un chirrido agudo. Daji se enderezó y se limpió las manos en su uniforme—. Sígueme.

Rin entró detrás de ella en el pozo, que contaba con una serie de escalones estrechos y en espiral construidos contra el muro. La emperatriz extendió un brazo y volvió a deslizar la tapa de piedra sobre ellas, dejándolas en la más absoluta oscuridad. Cerró sus dedos helados alrededor de la mano de Rin. La joven se sobresaltó, pero Daji no hizo más que aumentar la presión.

—Es fácil perderse aquí abajo si no has estado antes. —Su voz retumbaba por la cámara—. No te separes.

Rin intentó llevar la cuenta de cuántas veces doblaban una esquina: quince, dieciséis… Sin embargo, no tardó en desorientarse, pese a que había memorizado un mapa mental del lugar. ¿Cuánto se habrían alejado de la sala del Consejo? ¿Tendría que prenderles fuego a los túneles?

Pasados varios minutos más de recorrido, salieron hacia un jardín. La repentina explosión de color solo consiguió desorientarla aún más. Rin echó un vistazo, entre parpadeos, al resplandeciente conjunto de lirios, crisantemos y ciruelos plantados alrededor de las muchas hileras de esculturas.

Ese no era el Jardín imperial. La disposición de sus muros no se correspondía con la de este. El Jardín imperial tenía una forma circular, mientras que este otro se había erigido en el interior de un hexágono. Se trataba de un patio privado.

Aquel no aparecía en el mapa. Rin no tenía ni idea de dónde se encontraba.

Recorrió nerviosa el entorno con la mirada, buscando posibles vías de escape, trazando trayectorias útiles y posibles movimientos para el inminente enfrentamiento, tomando nota de los objetos que podían ser empleados como armas si no conseguía invocar el fuego a tiempo. Los árboles jóvenes parecían frágiles. Tal vez podría partir una rama para usarla como un palo si acababa desesperada. Lo mejor sería arrinconar a Daji contra el muro del fondo. Por lo menos así

podría hacer uso de los adoquines sueltos del suelo para aplastarle la cabeza a la emperatriz.

—Magnífico, ¿verdad?

Rin se percató de que Daji estaba esperando a que dijera algo.

Si le daba conversación, caería de lleno en una trampa. Vaisra y Eriden la habían advertido repetidamente de la facilidad con la que podría manipularla, de la facilidad con la que podría meterle pensamientos que no eran suyos en la cabeza.

Sin embargo, si Rin permanecía callada, la emperatriz acabaría aburriéndose de hablar. Y su interés por jugar con la comida era lo único que le hacía ganar tiempo a la joven esperiliana. Rin necesitaba que siguiera hablando hasta que pudiera recuperar el control del fuego.

—Supongo —respondió—. No entiendo mucho de cuestiones estéticas.

—Por supuesto que no. Has estudiado en Sinegard. Allí todos se decantan por el utilitarismo puro y duro. —Daji apoyó las manos sobre los hombros de Rin y la hizo girar en círculo lentamente por el jardín—. Dime, ¿te parece nuevo este palacio?

Rin miró alrededor del hexágono. Sí, tenía que ser nuevo. Los lustrosos edificios del Palacio de Otoño, aunque habían sido diseñados siguiendo el estilo arquitectónico del Emperador Rojo, no presentaban marcas del paso del tiempo. Las piedras eran lisas y estaban intactas, y los postes de madera brillaban a causa de la pintura fresca.

—Supongo —contestó—. ¿No lo es?

—Sígueme. —Daji se encaminó hacia una pequeña puerta construida sobre el muro más alejado. La empujó para abrirla y le indicó a Rin con un gesto que la siguiera al interior.

El otro lado del jardín parecía haber sido aplastado por el pie de un gigante. De la mitad hacia el otro lado del muro, estaba todo hecho trizas, como si lo hubieran reventado a cañonazos. Las estatuas se hallaban tiradas por la hierba descuidada, con las extremidades rotas y en ángulos grotescos y extraños.

Ese deterioro no había sido natural. No era el resultado de un mal mantenimiento de los jardines. Debía de haberse producido por el ataque deliberado de una fuerza invasora.

—Creía que la Federación no había llegado a Lusan —dijo Rin.

—Esto no fue cosa de la Federación —respondió Daji—. Estas ruinas llevan aquí desde hace unos setenta años.

—Entonces, ¿quién…?

—Los hesperianos. A las historias les gusta centrarse en la Federación, pero los maestros de Sinegard siempre les restan importancia a los primeros colonizadores. Nadie recuerda quién fue el responsable de que estallara la Primera Guerra de la Amapola. —Le dio un golpecito con el pie a la cabeza de una estatua—. Un día de otoño, hace setenta años, un almirante hesperiano navegó por el Murui y se abrió paso a la fuerza hasta Lusan. Saqueó el palacio, lo redujo a escombros, vertió aceite sobre ellos y bailó sobre sus cenizas. Aquella misma tarde, el Palacio de Otoño dejó de existir.

—Entonces, ¿por qué no habéis reconstruido este jardín? —Rin examinó su entorno mientras hablaba. Divisó un rastrillo sobre la hierba a menos de un metro de donde se encontraba. Después de tantos años, no estaría afilado *y se habría oxidado*, pero podía usarlo igualmente a modo de vara.

—Para que sirva de recordatorio —declaró Daji—. Para recordar cómo nos humillaron. Para recordar que negociar con los hesperianos no nos trae nada bueno.

Rin no podía fijar la mirada en el rastrillo. Daji se daría cuenta. Con cautela, intentó retener la posición del arma en su memoria. El extremo afilado estaba apuntando hacia ella. Si se acercaba lo suficiente, podía levantarlo del suelo de un puntapié y atraparlo entre las manos. A no ser que la hierba fuese demasiado alta… Pero era solo hierba. Si le daba un fuerte puntapié, no debería tener ningún problema para lograrlo…

—Los hesperianos siempre han tenido la intención de regresar —decía Daji—. Los mugeneses han debilitado a este país valiéndose de la plata de Occidente. Siempre pensamos en la Federación al imaginarnos el rostro de nuestro opresor, pero son los hesperianos y los bolonianos, el Consorcio de países occidentales, los que ostentan el verdadero poder. Son a ellos a los que debes temer.

Rin se movió ligeramente para que su pierna izquierda quedara lo bastante cerca del rastrillo como para poder darle un puntapié.

—¿Por qué me contáis esto?

—No te hagas la tonta conmigo —la reprendió Daji con dureza—. Sé lo que planea hacer Vaisra. Pretende declarar una guerra. Y yo intento mostrarte que esa guerra es la equivocada.

A Rin se le aceleró el pulso. Había llegado el momento. Daji conocía sus intenciones. Tenía que luchar, daba igual si podía o no invocar el fuego, tenía que coger el rastrillo…

—Deja ya eso —le ordenó la emperatriz.

De repente, a Rin se le inmovilizaron las extremidades y se quedó plantada en el sitio. Tenía los músculos tan dolorosamente rígidos que el más mínimo movimiento podría habérselos partido. En ese momento, debería haber podido lanzarse contra la emperatriz. O, como mínimo, agacharse. Pero, de algún modo, su cuerpo se quedó donde estaba, como si necesitara el permiso de Daji hasta para respirar.

—No hemos terminado de hablar —declaró.

—Yo sí que he terminado de escuchar —siseó Rin con los dientes apretados.

—Cálmate. No te he traído hasta aquí para matarte. Eres un recurso, uno de los pocos que me quedan. Sería una estupidez eliminarte. —Daji se plantó delante de ella para quedar cara a cara. Rin se apresuró a evitar su mirada—. Te equivocas de enemigo, querida. ¿Es que no lo ves?

A Rin le resbalaba el sudor por el cuello mientras se esforzaba por liberarse del control de Daji.

—¿Qué te ha prometido Vaisra? Debes saber de sobra que te está utilizando. ¿Merece la pena? ¿Es por dinero? ¿Por una propiedad? No… No creo que pueda comprarte con promesas materiales. —Se dio unos golpecitos con las uñas esmaltadas contra los labios pintados—. No… No me digas que de verdad crees en él. ¿Te ha dicho que va a instaurar una democracia? ¿Y te lo has tragado?

—Ha dicho que va a destituiros —susurró Rin—. Con eso me basta.

—¿Y de verdad te crees eso? —Daji soltó un suspiro—. ¿A quién va a poner en mi lugar? El pueblo nikara no está listo para una democracia. Son ovejas. Son idiotas toscos y analfabetos. Necesitan que les digan qué hacer, incluso aunque eso convierta a su gobernante en un tirano. Si Vaisra se hace con esta nación, acabará arruinándola. La gente no sabe qué debe votar. Ni siquiera entienden qué significa votar. Y, sin lugar a dudas, no saben qué es lo que les conviene.

—Vos tampoco —dijo Rin—. Dejáis que mueran en tropel. Vos misma invitasteis a los mugeneses a invadirnos y vendisteis a los Cike.

Para su sorpresa, Daji rompió a reír.

—¿Eso es lo que crees? No puedes creerte todo lo que escuches.

—Shíro no tenía ningún motivo para mentir. Sé lo que habéis hecho.

—No entiendes nada. Llevo décadas trabajando para mantener este Imperio intacto. ¿Crees que yo quería esta guerra?

—Creo que al menos la mitad de este país era prescindible para vos.

—Asumí un sacrificio calculado. La última vez que nos invadió la Federación, los jefes militares aunaron fuerzas bajo el mandato del Emperador Dragón. Pero él ahora está muerto. Y la Federación se estaba preparando para una tercera invasión. Iban a atacarnos, sin importar lo que yo hiciera, y no éramos lo suficientemente fuertes como para plantarles cara. Así que negocié la paz. Podían quedarse con algunas partes del este si dejaban tranquilo el centro del país.

—Así que solo dejasteis que nos ocuparan parcialmente. —La joven resopló—. ¿Y a eso lo llamáis gobernar?

—¿Ocupar? No por mucho tiempo. A veces, la mejor ofensiva es una falsa conformidad. Tenía un plan. Iba a estrechar mi relación con Ryohai. Iba a ganarme su confianza. Iba a dejar que sintiera una falsa sensación de seguridad. Y luego, iba a matarlo. Pero, hasta que llegara el momento, mientras sus fuerzas siguieran siendo impenetrables, iba a seguirle el juego. Iba a hacer lo que fuese necesario para mantener con vida a esta nación.

—La manteníais con vida solo para dejarla morir a manos de los mugeneses.

La voz de Daji se endureció.

—No seas tan ingenua. ¿Qué se debe hacer cuando sabes que la guerra es inevitable? ¿A quién salvas?

—¿Qué creíais que íbamos a hacer nosotros? —le espetó Rin—. ¿Creíais que nos quedaríamos de brazos cruzados y dejaríamos que asolaran nuestras tierras?

—Es mejor gobernar un Imperio fracturado que ninguno.

—Condenasteis a muerte a millones de vuestros súbditos.

—Intentaba salvaros. Sin mí, la violencia habría sido diez veces más devastadora…

—¡Sin vos, al menos habríamos tenido alguna oportunidad!

—No habríais tenido ninguna. ¿Crees que los nikaras son de verdad tan altruistas? ¿Qué pasa cuando le pides a un pueblo que renuncie a sus casas para que otras miles de personas puedan sobrevivir? ¿Crees que lo harían? Los nikaras son egoístas. Todo el país lo es. Las personas lo son por naturaleza. Las provincias siempre han sido muy estrechas de miras, incapaces de ver más allá de sus nimios intereses para conseguir algún tipo de acción conjunta. Ya has escuchado a esos idiotas allí dentro. Te he dejado presenciarlo por un motivo. No puedo trabajar con esos jefes militares. Esos imbéciles no escuchan.

A la emperatriz le tembló la voz al final… Aunque solo fue ligeramente y por un segundo, pero Rin se dio cuenta.

Y en ese breve instante, la joven pudo ver más allá de esa fachada de belleza fría y seguridad en sí misma. Vio a Su Daji por lo que era realmente: no una emperatriz invencible ni un monstruo traicionero, sino una mujer sobre la que había recaído la carga de un país que no sabía gobernar.

«Es débil», pensó. «Le gustaría poder controlar a los jefes militares, pero no puede».

Porque, si Daji hubiera podido persuadir a los jefes militares para que cumpliesen su

voluntad, ya lo habría hecho. Se habría quitado de en medio el sistema de jefes militares y lo habría sustituido por un liderazgo provincial vinculado al Gobierno imperial. Pero los había dejado en sus puestos porque no era lo suficientemente fuerte como para reemplazarlos. Era una sola mujer. No podía asumir el control de todos sus ejércitos combinados. Si se aferraba a duras penas al poder, era gracias a los últimos vestigios del legado de la Segunda Guerra de la Amapola.

Sin embargo, ahora que la Federación se había marchado, ahora que los jefes militares no tenían nada que temer, era muy probable que las provincias acabaran dándose cuenta de que no la necesitaban.

Daji no parecía estar mintiendo. En todo caso, Rin creía que lo más probable era que le estuviese diciendo la verdad.

Pero ¿qué más daba si así era? Eso no cambiaba las cosas.

La emperatriz había vendido a los Cike a la Federación. Y esa había sido la razón por la que Altan había muerto. Esas eran las únicas dos cosas que importaban.

—Este Imperio se está desmoronando —dijo Daji con insistencia—. Se está debilitando, ya lo has visto. Pero ¿y si sometemos a los jefes militares a nuestra voluntad? Imagínate lo que podrías hacer si estuvieras bajo mi mando. —Apoyó una mano sobre la mejilla de Rin, acercando su rostro al de ella—. Aún te queda mucho por aprender, y yo puedo enseñártelo.

Rin le habría arrancado los dedos de un bocado si hubiera podido mover la cabeza.

—Vos no podéis enseñarme nada.

—No seas idiota. Me necesitas. Fias estado sintiendo cómo tira de ti, ¿verdad? Te consume. Tu mente no te pertenece.

Rin se estremeció.

—No… Vos no…

—Tienes miedo de cerrar los ojos —murmuró—. Ansias el opio porque es lo único con lo que consigues que tu mente vuelva a pertenecerte. Mantienes un enfrentamiento constante con tu dios. Cada instante que pasas sin quemarlo todo a tu alrededor, mueres un poco más. Pero puedo ayudarte. —La voz de Daji era tan baja, tan dulce, tan amable y reconfortante que quiso creerla con todas sus fuerzas—. Puedo devolverte tu mente.

—Controlo mi mente —dijo Rin, casi sin voz.

—Mentirosa. ¿Quién iba a haberte enseñado a hacerlo? ¿Altan? El apenas era capaz de controlar la suya. ¿Crees que no sé lo que se siente? La primera vez que invoqué a los dioses, quise morir. A todos nos sucedió lo mismo. Creíamos que estábamos enloqueciendo. Queríamos lanzarnos desde lo alto del monte Tianshan para acabar con todo.

Rin no pudo evitar preguntar:

—¿Y qué fue lo que hicisteis?

Daji le acarició los labios con un dedo helado.

—Primero, tu lealtad. Luego, las respuestas.

Chasqueó los dedos.

De pronto, Rin pudo volver a moverse, pudo volver a respirar con facilidad. Se envolvió el torso con los brazos temblorosos.

—No tienes a nadie más —dijo Daji—. Eres la última esperiliana. Altan ya no está. Vaisra no tiene ni idea de cuánto estás sufriendo. Yo soy la única que sabe cómo ayudarte.

Rin vaciló, considerando su propuesta.

Sabía que jamás podría confiar en Daji.

Aun así…

¿Era mejor servir a una tirana, consolidar el Imperio para que fuera la verdadera dictadura que siempre había aspirado a ser? ¿O debería derrocar el Imperio y arriesgarse con la democracia?

No… Esa era una cuestión política, y Rin no tenía ningún interés en conocer la respuesta.

Unicamente le interesaba su propia supervivencia. Altan había confiado en la emperatriz. Y ahora estaba muerto. Ella no iba a cometer el mismo error.

Dio un puntapié con el pie izquierdo. El rastrillo cayó con fuerza sobre su mano. La hierba presentó una menor resistencia de la que había esperado. Entonces, se abalanzó hacia delante, haciendo girar el rastrillo frente a ella.

Sin embargo, atacar a Daji era como asestarle golpes al aire. La emperatriz los esquivaba sin esfuerzo y se desplazaba tan rápido por el patio que Rin apenas podía seguir sus movimientos.

—¿Te parece prudente esto? —Daji no parecía estar quedándose sin aliento—. Eres una niña armada con un palo.

«Eres una niña armada con un palo», dijo el Fénix.

Por fin.

Rin mantuvo quieto el rastrillo para poder concentrarse en prender una llama desde su interior. Concentró el creciente calor en las palmas de sus manos justo cuando algo plateado pasó volando junto a su rostro y acabó clavado en el muro de ladrillo.

Agujas. Daji se las estaba lanzando, varias a la vez. Se las sacaba del interior de las mangas en cantidades interminables. El fuego se disipó. Rin balanceó el rastrillo en un círculo desesperado delante de ella, deteniendo las agujas en el aire en cuanto se las lanzaba.

—Eres lenta. Patosa. —Ahora la que atacaba era la emperatriz, y obligaba a Rin a recular a un ritmo constante—. Luchas como si nunca hubieras estado en una batalla.

A la esperiliana le costaba sostener el pesado rastrillo. No podía concentrarse lo suficiente como para invocar el fuego. Estaba demasiado centrada en protegerse contra las agujas. El pánico comenzó a nublarle los sentidos. A ese ritmo, acabaría exhausta con tal solo defenderse.

—¿No te molesta? —susurró Daji—. ¿Ser una burda imitación de Altan?

Rin se golpeó la espalda contra el muro de ladrillo. No tenía a dónde ir.

—Mírame. —La voz de Daji reverberó a través del aire, resonando en bucle en la mente de Rin.

La joven cerró los ojos con fuerza. Tenía que invocar el fuego, nunca volvería a tener una oportunidad como esa. No obstante, su mente la abandonaba. El mundo no se oscurecía a su alrededor, más bien cambiaba. De repente, todo parecía demasiado brillante, todo había adquirido un color y una forma errónea, y Rin dejó de ser capaz de distinguir la hierba del cielo, o sus manos de sus propios pies…

La voz de Daji parecía proceder de todas partes.

—Mírame a los ojos.

Rin no recordaba haberlos abierto. No recordaba haber tenido siquiera la oportunidad de resistirse. Lo único que sabía era que en un instante tenía los ojos cerrados, y al siguiente estaba mirando fijamente a dos orbes amarillos. Al principio, eran dorados por completo, pero entonces aparecieron unos pequeños puntos negros que fueron aumentando de tamaño hasta que ocuparon todo su campo de visión.

El mundo se había vuelto completamente oscuro. Rin tenía mucho frío. Escuchaba aullidos y gritos desde muy lejos, ruidos guturales que casi parecían palabras, pero ninguna que pudiera comprender.

Estaba en el plano espiritual. Allí era donde iba a enfrentarse a la diosa de Daji.

Pero no estaba sola.

«Ayúdame», pensó Rin. «Ayúdame, por favor».

Y el dios respondió a su llamada. Una oleada de calor brillante y tibio inundó ese plano. Las llamas la rodearon como unas alas protectoras.

—Nüwa, zorra decrépita —dijo el Fénix.

La voz de una mujer, mucho más profunda que la de Daji, reverberó a través de ese plano.

—Y tú tan insolente como siempre.

¿Qué era esa criatura? Rin se estiró para ver la forma de la diosa, pero las llamas del Fénix tan solo iluminaban un pequeño rincón del plano psicoespiritual.

—Nunca pudiste hacerme frente —declaró Nüwa—. Estuve presente cuando el universo nació de la oscuridad. Reparé los cielos cuando se abrieron. Di vida al hombre.

Algo se agitó en la oscuridad.

El Fénix gritó cuando la cabeza de una serpiente se abalanzó sobre él y le clavó los colmillos en el hombro. Levantó la cabeza y lanzó llamas hacia la nada. Rin sintió el dolor del dios con tanta intensidad como si la serpiente la hubiera mordido a ella, como si le hubieran clavado dos espadas al rojo vivo entre los omóplatos.

—¿Con qué sueñas? —Esa era la voz de Daji, inundando la mente de la esperiliana con cada palabra—. ¿Sueñas con esto?

El mundo volvió a transformarse.

Colores brillantes. Rin corría por una isla con un vestido que nunca antes se había puesto, con el collar de luna creciente que solo había visto en sus sueños, en dirección a una aldea de la que ya no quedaban más que cenizas y huesos. Corrió por la arena de Speer como si lo hubiera hecho hacía cincuenta años… Una isla llena de vida, llena de personas con la piel oscura como la suya, que se levantaban, la saludaban con la mano y sonreían al verla.

—Podrías haber tenido esto —dijo Daji—. Podrías haber tenido todo lo que deseas.

Rin también creía que Daji podía llegar a ser amable, que la dejaría quedarse dentro de esa ilusión hasta el momento de su muerte.

—¿O es esto lo que quieres?

Speer desapareció. El mundo volvió a oscurecerse. La joven no veía nada más que una figura sombría. Conocía esa silueta, con esa estatura y esa constitución esbelta. Jamás podría olvidarla. Tenía grabado en la mente el recuerdo de la última vez que lo había visto, recorriendo ese muelle. Sin embargo, en esa ocasión, estaba caminando hacia ella. Estaba presenciando el momento de la muerte de Altan marcha atrás. El tiempo se desmarañaba. Podía arreglar el pasado, podía recuperar a Altan.

No podía ser solo un sueño. Era demasiado tangible… Podía sentir el peso mortal de Altan ocupando todo el espacio a su alrededor y, cuando Rin le tocó el rostro, era sólido, cálido, sangriento, vivo…

—Relájate —le susurró Altan—. Deja de resistirte.

—Pero duele…

—Solo duele si te resistes.

La besó y Rin sintió aquel beso como un puñetazo. Eso no era lo que ella quería… Parecía estar mal, todo estaba mal. La estaba agarrando por los brazos con demasiada fuerza, se pegaba contra su pecho como si quisiera aplastarla. Sabía a sangre.

—No es él.

Era la voz de Chaghan. Medio segundo después, Rin sintió al vidente dentro de su mente: una presencia fría y dura de un blanco cegador, un pedazo de hielo atravesando el plano espiritual. Nunca se había alegrado tanto de verlo.

—Es una ilusión. —La voz de Chaghan le despejó la mente igual que si fuera una ducha de agua fría—. Contrólate.

Las ilusiones se disiparon. Altan se desintegró. Entonces, solo quedaron los tres, unas almas atadas a los dioses, suspendidas en aquella oscuridad primordial.

—¿Qué es esto? —Las voces de Nüwa y Daji se fundieron en una—. ¿Un naimade? —Una risa se extendió por todo el plano—. Tu pueblo debería saber que es mejor no desafiarme. ¿Es que la Sorqan Sira no te ha enseñado nada?

—No te tengo miedo —respondió Chaghan.

En el mundo físico, no era más que un chico esquelético, tan frágil que parecía la sombra de una persona. Pero allí emanaba puro poder. Su voz transmitía autoridad, una gravedad que tiraba de Rin hacia él. En ese momento, Chaghan podía acceder al centro de su mente y extraer cada pensamiento que la joven hubiera tenido, tan fácil como si estuviera pasando las páginas de un libro, y Rin se lo habría permitido.

—Retírate, Nüwa. —Chaghan elevó la voz—. Regresa a la oscuridad. Este mundo ya no te pertenece.

La oscuridad siseó en respuesta. Rin se preparó para un ataque inminente. No obstante, Chaghan pronunció un encantamiento con unas palabras que la esperiliana no comprendía, unas palabras que hicieron que la presencia de Nüwa tuviera que retroceder tanto que Rin apenas podía ver ya la silueta de la serpiente.

Unas luces brillantes inundaron su visión. Rin sintió que abandonaba de golpe el reino de lo etéreo y que caía a trompicones ante la solidez, ante lo físico que era el mundo sólido.

Chaghan se encontraba doblado sobre sí mismo junto a Rin, jadeando.

Al otro lado del patio, Daji se limpiaba la boca con la manga. Sonrió. Tenía los dientes manchados de sangre.

—Eres adorable —dijo—. Y yo que pensaba que los ketreyides eran solo un bonito recuerdo.

—Retrocede —le murmuró Chaghan a Rin.

—¿Qué estás…?

—A mi señal, corre. —Chaghan lanzó un bulto circular oscuro hacia el suelo. El bulto rodó hacia delante varios metros y acabó ante los pies de la emperatriz. Rin escuchó el débil chisporroteo, seguido de un terrible y familiar olor a agrio.

Daji bajó la mirada, confusa.

—Ahora —dijo Chaghan, y ambos echaron a correr justo cuando la particular bomba de heces de Ramsa explotó dentro del Palacio de Otoño.

Una serie de explosiones los siguieron a medida que corrían, un estallido detrás de otro que no podían haber sido producto de una sola bomba. Se derrumbó un edificio tras otro a su alrededor, creando un muro de fuego y escombros tras ellos para que nadie pudiera seguirlos.

—Ramsa —le explicó Chaghan—. Ese crío no se anda con tonterías.

Tiró de Rin hasta llevarla detrás de un muro bajo. Se agazaparon, con las manos sobre los oídos cuando el último de los edificios explotó a tan solo unos metros de distancia.

Rin se limpió la grava de los ojos.

—¿Daji está muerta?

—Algo así no muere tan fácilmente. —El vidente tosió y se golpeó el pecho con un puño—. No tardará en venir a por nosotros. Tenemos que irnos. Hay un pozo a una manzana de distancia. Aratsha nos está esperando.

—¿Qué pasa con Vaisra?

Todavía tosiendo, Chaghan se puso en pie a duras penas.

—¿Estás loca?

—¡Sigue ahí dentro!

—Y probablemente ya esté muerto. Los guardias de Daji ya habrán tomado la sala del Consejo por la fuerza.

—Eso no lo sabemos.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Entrar ahí para comprobarlo? —La agarró por los hombros y la pegó contra la pared—. Escúchame. Se ha acabado. Tu golpe de Estado ha fracasado. Daji va a atacar a la Provincia del Dragón y, cuando lo haga, vamos a perder. Vaisra no puede protegerte. Tienes que huir.

—¿E ir adónde? —preguntó la joven—. ¿Y hacer qué?

«¿Qué te ha prometido Vaisra? Debes saber de sobra que te está utilizando».

Rin era consciente de ello. Siempre lo había sido. Pero tal vez necesitaba que la utilizaran. Tal vez necesitaba que alguien le dijera cuándo y contra quién luchar. Necesitaba a alguien que le diera órdenes y un propósito.

Vaisra había sido la primera persona en muchísimo tiempo que la había hecho sentirse lo suficientemente estable como para encontrarle sentido a seguir con vida. Y si el jefe militar moría allí, iba a ser culpa de Rin.

—¿Estás loca? —gritó Chaghan—. Si quieres vivir, escóndete, joder.

—Escóndete tú. Yo voy a luchar. —Rin tiró de las muñecas para zafarse de su agarre y lo apartó de un empujón. Empleó más fuerza de la que pretendía. Había olvidado lo delgado que era Chaghan. Este trastabilló hacia atrás, se tropezó con una roca y cayó al suelo.

—Estás pirada —dijo.

—Todos lo estamos —murmuró ella mientras pasaba por encima del chico despatarrado y salía corriendo hacia la sala del Consejo.

Los guardias imperiales habían irrumpido en la sala del Consejo y habían acorralado sin problema al ejército de dos hombres formado por Suni y Baji. Los jefes militares se habían

levantado de sus asientos. El de la Liebre se agazapaba contra la pared, el del Gallo temblaba debajo de la mesa y el del Tigre estaba hecho un ovillo en un rincón, con la cabeza metida entre las rodillas mientras las hojas de las espadas entrechocaban unos centímetros por encima de su cabeza.

Rin vaciló ante la puerta. No podía invocar el fuego en ese momento. No tenía control suficiente como para dirigir las llamas a sus objetivos. Si le prendía fuego a la estancia, los mataría a todos.

—¡Toma! —Baji le lanzó una espada de un puntapié. Rin la cogió y se sumó a la refriega.

Vaisra no estaba muerto. Luchaba en el centro de la estancia, enfrentándose tanto a Jun como al general Carne de Lobo. Por un segundo, pareció que era capaz de contenerlos. Blandía la espada con una fuerza tan feroz y con tal precisión que era impresionante.

Pero seguía siendo solo un hombre.

—¡Cuidado! —gritó Rin.

El general Carne de Lobo intentó pillar a Vaisra con la guardia baja. El jefe militar del Dragón se dio la vuelta y lo desarmó con una feroz patada en la rodilla. Chang En se desplomó en el suelo, entre aullidos. Vaisra se tambaleó hacia atrás a causa del impacto e intentó recuperar el equilibrio, pero Jun aprovechó la oportunidad para clavarle su espada en el hombro.

Baji empujó a Jun por un costado y lo tiró al suelo. Rin corrió para agarrar a Vaisra justo antes de que cayera al suelo. La joven se manchó de sangre los brazos, que ahora tenía calientes, húmedos y resbaladizos, y le sorprendió ver cuánta estaba perdiendo.

—¿Está…? Por favor, ¿está…?

Nerviosa, le pasó la mano por el pecho, intentando taponar la herida. Apenas lograba verla, ya que tenía el torso demasiado pegajoso a causa de la gran cantidad de sangre. Por fin encontró con los dedos el punto de entrada en el hombro derecho. No había sido mortal.

La joven se atrevió a tener esperanza. Si actuaban con premura, igual podría sobrevivir. Pero antes tenían que averiguar cómo salir de allí.

—¡Suni! —chilló Rin.

El Cike apareció a su lado al instante. Rin empujó a Vaisra hacia los brazos del gigante.

—Cógelo.

Suni se echó a Vaisra a los hombros, igual que otra persona hubiera cargado con un carnero, y se abrió camino a codazos hacia la salida. Baji los seguía de cerca, protegiendo la retaguardia.

Rin pasó por encima de la forma inerte de Jun. No sabía si estaba vivo o muerto, pero ya no le importaba. Pasó agachada por debajo del brazo de un guardia y siguió a sus hombres hasta el exterior, más allá del umbral de la puerta y hacia el pozo más cercano.

Se asomó por el borde del pozo y gritó el nombre de Aratsha hacia la superficie oscura.

Nada. No tenían tiempo para esperar la respuesta de su compañero. Podía estar allí o no. Los guardias de Daji se encontraban a tan solo unos metros de ellos. Lo único que Rin pudo hacer fue lanzarse al agua, contener el aliento y rezar.

Aratsha respondió.

Rin contuvo las ganas de agitarse dentro de los canales de irrigación, completamente oscuros, pero con eso solo conseguiría que a Aratsha le costase más arrastrarla por el agua. En su lugar, se

concentró en respirar profunda y lentamente dentro de la burbuja de aire que le envolvía la cabeza. Aun así, no lograba librarse del terror paralizante que le hacía pensar que se quedaría sin oxígeno. Ya comenzaba a sentir la calidez de su propia respiración viciada.

Salió a la superficie. Se arrastró hacia la ribera del río y se desplomó, con el pecho agitado mientras respiraba aire fresco. Unos segundos después, Suni salió del agua y dejó a Vaisra en la orilla antes de tirarse él mismo sobre esta.

—¿Qué ha pasado? —Nezha se acercó corriendo hacia ellos, seguido de cerca por Eriden y su Guardia. Fijó la mirada en su padre—. ¿Está…?

—Vivo —dijo Rin—. Si nos damos prisa.

Nezha se giró hacia los dos guardias que le quedaban más cerca.

—Subid a mi padre al barco.

Entre los dos, cogieron a Vaisra y corrieron hacia el Sombramar. Nezha ayudó a Rin a levantarse.

—¿Qué ha…?

—No hay tiempo. —La joven escupió un montón de agua del río—. Ordena a tu tripulación que leve anclas. Tenemos que irnos.

Nezha la tomó del brazo y se lo pasó por alrededor de los hombros para ayudarla a llegar hasta el barco.

—¿Ha fracasado?

—Ha funcionado. —Rin se apoyó contra el costado de su amigo, intentando seguirle el ritmo —. Queríais una guerra. Pues acabamos de dar *comienzo* a una.

El Sombramar ya había empezado a alejarse del amarradero. A ambos extremos del navío, los hombres de la tripulación cortaron las cuerdas que lo mantenían atado al muelle, liberándolo para que flotara siguiendo la corriente. Nezha y Rin subieron a uno de los botes de *remos* que colgaban del costado del casco. Centímetro a centímetro, el bote comenzó a elevarse.

Por encima de ellos, los marineros arriaron las velas del Sombramar y las posicionaron de cara al viento. Abajo, un fuerte chirrido comenzó a sonar cuando las ruedas de paletas empezaron a girar rítmicamente contra el agua, alejándolos con celeridad de la capital.



10

La tripulación del Sombramar trabajaba envuelta en un silencio sombrío. Se había corrido la voz de que Vaisra estaba gravemente herido, pero del despacho del médico no salían noticias y nadie se atrevía a entrar a preguntar.

El capitán Eriden había emitido una única orden: que alejaran al Sombramar de Lusan lo más rápido posible. Todo soldado que no estuviera remando tenía que estar en la cubierta superior a los mandos de los fundíbulos y de los arcos, listo para disparar ante cualquier aviso.

Rin se recorrió de un lado a otro la popa. No contaba con un arco ni con un catalejo y, debido al estado en el que se encontraba, a la hora de defender la cubierta, estorbaba más que ayudaba. Estaba demasiado inquieta como para sujetar un arma, demasiado nerviosa como para comprender las órdenes inmediatas. No obstante, se negó a ir bajo cubierta. Necesitaba estar al corriente de lo que sucedía.

No dejó de examinarse el cuerpo para comprobar que seguía allí, que seguía funcionándole. Le parecía imposible haber salido indemne de su encuentro con la Víbora. El médico del barco había comprobado brevemente que no tuviera huesos rotos y no había encontrado ninguno. Aparte de algunos moratones, no sentía ningún dolor grave. Aun así, estaba convencida de que algo iba preocupantemente mal en su interior. Algo profundo, interno, un veneno que le había envuelto los huesos.

Chaghan también parecía muy afectado. Había estado callado, completamente catatónico, hasta que habían dejado el puerto atrás. Luego, se había derrumbado contra Qara y se había desplomado en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho y haciéndose un miserable ovillo mientras su hermana se agachaba a su lado y le susurraba palabras al oído que nadie más podía comprender.

La tripulación, claramente perturbada, les dejó bastante espacio. Rin intentó ignorarlos hasta que escuchó a alguien jadear en la cubierta. Al principio, pensó que Chaghan estaba llorando, pero no…, intentaba respirar. Emitía jadeos entrecortados que sacudían su forma frágil.

La esperiliana se agachó junto a los mellizos. No estaba segura de si debía intentar tocar al vidente.

—¿Te encuentras bien?

—No me pasa nada.

—¿Seguro?

Chaghan levantó la cabeza e inspiró profunda y temblorosamente. Tenía los ojos rojos.

—Ha sido… Nunca… Jamás imaginé que podría ser tan…

—¿Qué?

Chaghan negó con la cabeza.

Qara respondió por él.

—Estable —susurró esa palabra como si la idea fuera horrible—. Daji no debería ser tan estable.

—¿Qué es? —preguntó Rin—. ¿Qué tipo de diosa es?

—Es un poder ancestral —respondió Chaghan—. Es algo que lleva vivo más tiempo que el propio mundo. Creía que estaría debilitada ahora que los otros dos no están, pero… Si así es la Víbora en su peor momento… —Golpeó la cubierta con la palma de la mano—. Hemos sido unos idiotas por haberlo intentado.

—No es invencible —dijo Rin—. La venciste.

—No, la pillé por sorpresa. Y solo por un instante. No creo que se pueda vencer a una cosa como esa. Solo tuvimos suerte.

—Si hubierais tardado un poco más, se habría apoderado de vuestras mentes —añadió Qara —. Habríais acabado atrapados en esas ilusiones para siempre.

La joven se quedó tan lívida como su hermano. Rin se preguntó cuánto de lo sucedido habría visto Qara. La melliza de Chaghan no había estado allí, pero la esperiliana sabía que ambos estaban unidos por una extraña magia de las regiones interiores. Cuando Chaghan sangraba, Qara sufría. Si Daji había sobresaltado al vidente, entonces Qara debía de haberlo sentido a bordo del Sombramar, un temblor psíquico que había amenazado con envenenarle el alma.

—Pues encontraremos otro modo —declaró Rin—. Tiene un cuerpo mortal, sigue…

—Aplastará tu alma en su puño y te convertirá en una idiota catatónica —le dijo Chaghan—. No intento disuadirte. Sé que, al final, acabarás enfrentándote a ella. Pero espero que te des cuenta de que acabarás enloqueciendo en el proceso.

«Pues que así sea». Rin se rodeó las rodillas con los brazos.

—¿Lo viste? Allí dentro, ¿viste lo que me mostró?

Chaghan le dedicó una mirada de lástima.

—No pude evitarlo.

Qara apartó la mirada. Ella también debía de haberlo visto.

Por algún motivo, en ese momento Rin sintió que lo más importante en el mundo era darles explicaciones a los mellizos. Se sentía culpable, sucia, como si la hubieran pillado *soltando* una mentira horrible.

—No era lo que parecía. Con él. Quiero decir, con Altan…

—Lo sé —dijo el vidente.

Rin se secó los ojos.

—Nunca tuvimos algo así. Es decir… Creo que yo quería…, pero él nunca…

—Lo sabemos —dijo Qara—. Haznos caso, lo sabemos.

A Rin le sorprendió que Chaghan le rodeara los hombros con el brazo. En otras circunstancias, habría llorado, pero ahora se sentía demasiado hueca por dentro, como si le hubieran vaciado el interior con un cuchillo de trinchar.

El brazo del vidente descansaba sobre su espalda en un ángulo extraño. La joven notaba cómo su codo huesudo se le clavaba dolorosamente en los huesos. Pasado un rato, Rin dejó caer el hombro derecho y Chaghan apartó su brazo.

Pasaron horas antes de que Nezha saliera a cubierta.

Rin le examinó el rostro en busca de algún indicio. Parecía lánguido, pero no de luto; agotado, pero no sumido en pleno ataque de pánico, lo que significaba que…

La joven esperilíana se apresuró a ponerse en pie.

—¿Y tu padre?

—Creo que saldrá adelante. —Se masajeó las sienes—. El doctor Sien ha acabado echándome. Dice que mi padre necesita algo de espacio.

—¿Está despierto?

—Ahora está durmiendo. Ha estado un rato delirando, pero el doctor Sien dice que eso es una buena señal. Significa que puede hablar.

Rin dejó escapar un largo suspiro.

—Me alegro.

Nezha se sentó y se frotó las piernas con las manos en un pequeño gesto de alivio. Debía de haber pasado horas de pie junto a la cama de su padre.

—¿Estabas mirando algo? —le preguntó a Rin.

—A la nada. —La esperilíana entornó la mirada hacia la costa de Lusan que dejaban atrás. Lo único que seguía siendo visible eran las torres de la pagoda más alta del palacio—. Eso es lo que no me cuadra. Que nadie venga detrás de nosotros.

No lograba entender por qué los canales estaban tan en calma, tan en silencio. ¿Por qué no volaban las flechas por el aire? ¿Por qué no los perseguían los navíos imperiales? Talvez la Milicia estuviera esperándolos en la entrada que tenían que cruzar en la frontera de la provincia. Tal vez estuvieran dirigiéndose de cabeza a una trampa.

Pero la entrada estaba despejada y ningún barco les dio caza en la oscuridad.

—¿Y a quién iban a enviar? —preguntó Nezha—. En el Palacio de Otoño no tienen flota armada.

—¿Y ninguna otra provincia tiene?

—Ah. —Su amigo esbozó una sonrisa. ¿Por qué sonreía?—. No lo entiendes. No vamos a volver por el mismo camino. Esta vez nos dirigimos hacia el mar. Los barcos de Tsolin patrullan la costa de Nariin.

—¿Y Tsolin no va a interferir?

—No. Padre lo forzó a elegir. Y no va a decantarse por el Imperio.

Rin no lograba comprender esa lógica.

—¿Y eso se debe a…?

—Se debe a que ahora habrá una guerra, le guste o no a Tsolin. Y no va a apostar contra Vaisra. Así que nos dejará pasar sin causarnos daños, y me apuesto lo que sea a que dentro de un mes estará sentado en nuestro Consejo de Guerra.

Rin estaba francamente asombrada con la confianza con la que la dinastía Yin parecía manipular a la gente.

—Estás dando por sentado que saldrá vivo de Lusan.

—Me sorprendería mucho que no tuviera un plan de huida.

—¿Le preguntaste si lo tenía?

Nezha rio.

—Hablamos de Tsolin. Preguntarle habría sido un insulto.

—O también habría sido una buena precaución.

—Ah, estamos a punto de entrar en una guerra civil. Ya tendrás oportunidades de sobra para ser precavida. —Su tono era ridículamente caballeroso.

—¿Cres que tenemos probabilidades de ganar esto? —le preguntó Rin.

—Estaremos bien.

—¿Cómo lo sabes?

Nezha le dedicó una media sonrisa.

—Porque contamos con la mejor armada del Imperio. Porque tenemos al estratega más brillante que Sinegard haya visto nunca. Y porque contamos contigo.

—Que te den.

—Hablo en serio. Sabes que eres un recurso militar que vale su peso en oro, y si Kitay se pone al frente de la estrategia, eso nos dará grandes probabilidades.

—¿Y Kitay…?

—Está bien. Ahora se encuentra bajo cubierta. Ha estado hablando con los almirantes. Padre le ha dado acceso ilimitado a nuestros informes de inteligencia y se está poniendo al día.

—Entonces no ha tardado prácticamente nada en entrar en razón.

—Imaginábamos que sería así. —El tono de Nezha le confirmó a Rin lo que ya sospechaba.

—Sabías que su padre había muerto.

Su amigo no se molestó en negarlo.

—Padre me lo contó hace semanas. Me pidió que no se lo dijera a Kitay. Al menos, hasta que llegáramos a Lusan.

—¿Por qué?

—Porque era importante que esa noticia no viniera de nosotros. Así no le daría la impresión de que intentamos manipularlo.

—¿Y has dejado que se pase semanas creyendo que su padre seguía vivo?

—No lo matamos nosotros, ¿no? —Nezha no parecía sentirlo lo más mínimo—. Mira, Rin, a mi padre se le da muy bien reunir talento. Conoce a la gente. Sabe cómo mover sus hilos. Eso no significa que no se preocupe por ellos.

—Yo no quiero que me mientan —respondió Rin.

Nezha le apretó la mano.

—Yo jamás te mentiría.

La joven quería desesperadamente creerle.

—Disculpad —dijo el capitán Eriden.

Los dos jóvenes se dieron la vuelta.

Por una vez, Eriden no parecía inmaculadamente aseado ni había adoptado una postura perfectamente correcta. El capitán estaba lánguido y derrotado, con los hombros caídos, y unas líneas de preocupación se le extendían por todo el rostro. Inclinó la cabeza hacia ellos.

—El jefe militar del Dragón quiere verte.

—Ahora mismo voy —respondió Nezha.

—A ti no —aclaró Eriden, y señaló con la cabeza hacia Rin—. Solo a ella.

A Rin le sorprendió encontrarse a Vaisra sentado con la espalda recta detrás de la mesa, luciendo un uniforme militar limpio y sin rastro de sangre. Al inspirar, el jefe militar se encogió, pero solo ligeramente. Por lo demás, no parecía herido en absoluto.

—Me han dicho que fuiste tú la que me sacó del palacio —dijo.

Rin se sentó frente a él.

—Mis hombres me ayudaron.

—¿Y por qué lo hiciste?

—No lo sé —respondió con sinceridad. Ella misma seguía intentando averiguar el motivo. Debería haberlo dejado tirado en la sala del trono. Solos, los Cike tenían muchas mejores probabilidades de sobrevivir… No necesitaban aliarse con una provincia que le había declarado una guerra abierta al Imperio.

Pero ¿y luego qué? ¿Adónde iban a ir después?

—¿Por qué sigues con nosotros? —le preguntó Vaisra—. Hemos fracasado. Y creía que no te interesaba ser una soldado rasa.

—¿Y qué más da eso? ¿Acaso quiere que me marche?

—Prefiero conocer los motivos que puede tener alguien para unirse a mi ejército. Algunos lo hacen por plata. Otros por la emoción de la batalla. No creo que tú lo hagas por ninguna de esas dos cosas.

Tenía razón. Pero tampoco era que Rin supiese qué responderle. ¿Cómo podía explicarle el motivo por el que se había quedado, si ni siquiera ella lo comprendía?

Lo único que sabía era que sentía que lo correcto era formar parte del ejército de Vaisra, seguir sus órdenes, ser su arma y su herramienta.

Si no era ella quien tomaba las decisiones, entonces nada podría ser culpa suya.

No podría poner a los Cike en peligro si no era ella quien les decía lo que tenían que hacer. Y no podrían culparla por ninguna muerte que ocasionara si había estado siguiendo órdenes.

Y no era solo que ansiara estar libre de responsabilidades. Ansiaba estar con Vaisra. Quería obtener su aprobación. La necesitaba. Él le había proporcionado una estructura, un control y una determinación que la joven no había tenido desde la muerte de Altan, y aquello la hacía sentirse tremendamente bien.

Desde que había dado rienda suelta al Fénix en la Isla del Arco Largo, se había sentido perdida, había estado cayendo hacia un vacío de culpa y rabia. Ahora, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía a la deriva.

Ahora tenía una razón para vivir más allá de la venganza.

—No sé qué es lo que se supone que debo hacer —dijo al fin—. O quién se supone que debo ser. O de dónde vengo, o… —Guardó silencio, intentado aclarar todo lo que se le pasaba por la mente—. Lo único que sé es que estoy sola, que soy la única de mi especie y que todo es por culpa de ella.

Vaisra se inclinó hacia delante.

—¿Quieres que estalle esta guerra?

—No. Es decir… No me gusta… Odio la guerra. —Inspiró hondo—. Al menos, creo que debería odiarla. Se supone que todos deberíamos odiar las guerras. De lo contrario, es que no estás bien de la cabeza, ¿no? Pero soy una soldado. Eso es lo único que he aprendido a ser. Así que, ¿no es lo que se supone que debo hacer? Es decir, a veces creo que tal vez debería dejarlo, que debería huir. Pero lo que he visto, lo que he hecho… No puedo volver atrás.

Le dedicó a Vaisra una mirada suplicante, desesperada por que le llevara la contraria, pero el jefe militar se limitó a negar con la cabeza.

—No. No puedes.

—¿Es cierto? —preguntó Rin con un hilo de voz, asustada—. ¿Lo que dijeron los jefes militares?

—¿Qué es lo que dijeron? —preguntó Vaisra con gentileza.

—Que soy un perro. Que lo mejor sería matarme. ¿Todo el mundo me quiere muerta?

Vaisra extendió un brazo y tomó sus manos. La agarró con suavidad, casi con dulzura.

—Nadie más va a decirte eso, así que escucha con atención, Runin. Has sido bendecida con un inmenso poder. No te sientas culpable por hacer uso de él. No te lo permitiré.

Rin no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Se le quebró la voz.

—Solo quería…

—Deja de llorar. Eres mejor que eso.

Rin reprimió un sollozo.

La voz de Vaisra se volvió dura.

—Da igual lo que quieras. ¿No lo entiendes? Ahora mismo eres la criatura más poderosa de este mundo. Tienes la capacidad de comenzar las guerras o ponerles fin. Podrías llevar a este Imperio hacia una nueva y armoniosa era, y también podrías destruirnos. Lo que no puedes hacer es ser neutral. Cuando se tiene un poder como el tuyo, tu vida no te pertenece.

Apretó los dedos contra los de Rin.

—La gente querrá usarte o destruirte. Si quieres vivir, debes escoger un bando. Así que no rehúyas la guerra, niña. No apartes la mirada del sufrimiento. Cuando escuches gritos, corre hacia ellos.



SEGUNDA PARTE



11

Nezha abrió la puerta del camarote de Rin.

—¿Estás despierta?

—¿Qué sucede? —La esperiliana bostezó. Al otro lado de la portilla aún estaba oscuro, pero su amigo iba completamente uniformado. Detrás de él se hallaba Kitay, con pinta de estar medio dormido y muy malhumorado.

—Ven arriba —le dijo Nezha.

—Quiere enseñarnos las vistas —masculló Kitay—. Ponte en marcha para que pueda volver a irme a dormir.

Rin los siguió por el pasillo, saltando sobre un pie mientras se ponía los zapatos.

El Sombramar estaba cubierto por una neblina azulada tan densa que bien podrían haber estado navegando a través de las nubes. La joven no pudo ver nada de lo que los rodeaba hasta que se acercaron lo suficiente a las formas que emergían de entre la niebla. A su izquierda, unos grandes acantilados protegían la estrecha entrada a Arlong: un angosto espacio oscuro en el interior de una enorme pared de piedra. Contra la luz del sol naciente, la parte frontal de la roca brillaba de un carmesí resplandeciente.

Esos eran los famosos Acantilados Rojos de la Provincia del Dragón. Se decía que sus paredes brillaban de un intenso color rojo debido a cada invasión fallida que se había intentado contra la fortaleza, que el rojo que las pintaba era la sangre de los marineros cuyos navíos se habían estrellado contra esas piedras.

Rin divisó unos enormes caracteres grabados en las paredes. Eran palabras que solo podía ver si inclinaba la cabeza de una forma determinada y si la tenue luz del sol incidía sobre ellas.

—¿Qué pone ahí?

—¿No puedes leerlo? —le preguntó Kitay—. Está escrito en nikara antiguo.

Rin intentó no poner los ojos en blanco.

—Entonces, tradúcemelo.

—En realidad, no se puede traducir —dijo Nezha—. Esos caracteres guardan muchos significados distintos y no siguen las reglas gramaticales del nikara moderno, así que cualquier traducción sería imperfecta y poco fiable.

La esperiliana no pudo evitar sonreír. Esas palabras exactas las había sacado directamente de

los textos de Lingüística que los tres habían leído en Sinegard, en esa época en la que su mayor preocupación era el examen de gramática de la semana siguiente.

—¿Y qué traducción crees tú que es la correcta?

—«Nada es para siempre» —dijo Nezha.

Al mismo tiempo, Kitay pronunció:

—«El mundo no existe».

Kitay arrugó la nariz hacia Nezha.

—¿«Nada es para siempre»? ¿Qué clase de traducción es esa?

—La más exacta históricamente —dijo Nezha—. El último ministro leal al Emperador Rojo grabó esas palabras en los acantilados. Cuando el emperador murió, su Imperio acabó fragmentado en provincias. Sus hijos y los generales tomaron pedazos de territorio como lobos hambrientos. Pero el ministro de la Provincia del Dragón no juró lealtad a ninguno de los recién formados estados.

—Supongo que eso no acabaría bien —comentó Rin.

—Es como dice mi padre: en una guerra civil, la neutralidad no existe. Los Ocho Príncipes vinieron a por la Provincia del Dragón e hicieron pedazos a Arlong. De ahí el epigrama del ministro. La mayoría cree que se trata de una proclama nihilista, de una advertencia de que nada dura. Ni las amistades, ni las lealtades, ni por supuesto un imperio. Lo que, si te paras a pensarlo, coincidiría con tu traducción, Kitay. Este mundo es efímero. La estabilidad es una ilusión.

Mientras hablaban, el Sombramar recorría el canal entre los acantilados, que era tan estrecho que a Rin le maravilló que el casco del buque de guerra no se resquebrajara contra las rocas. El barco debía de haber sido diseñado siguiendo las especificaciones exactas del canal. E incluso aunque así fuera, era toda una hazaña de navegación que pudiera pasar por entre las paredes sin sufrir siquiera un rasguño.

A medida que se internaban en el túnel, los acantilados parecían abrirse, mostrando a Arlong entre ellos como si fuera una perla oculta en el interior de una concha. La ciudad que se hallaba en el interior era sorprendentemente exuberante, plagada de cascadas, arroyos y más naturaleza de la que Rin había visto en Tikany. Al otro lado del canal, podía divisar los contornos difusos de dos cadenas montañosas, cuyo pico asomaba por entre la niebla: las montañas de Qinling al este y la cordillera de Daba al oeste.

—Antes me pasaba todos los días escalando esos acantilados. —Nezha señaló hacia una empinada escalera tallada sobre las paredes rojas que hizo que Rin se mareara con tan solo mirarla —. Desde ahí arriba puedes verlo todo: el océano, las montañas, toda la provincia.

—Entonces, desde allí también se puede ver llegar a los atacantes a kilómetros de distancia en todas direcciones —dijo Kitay—. Eso es muy útil.

Ahora Rin lo comprendía todo. Eso explicaba por qué Vaisra había tenido tanta confianza en su base militar. Arlong podía ser perfectamente la ciudad más impenetrable del Imperio. El único modo de invadirla era cruzando el estrecho canal o escalando la gigantesca cordillera montañosa. Era fácil defender Arlong y tremendamente difícil atacarla. Era la capital de guerra ideal.

—También solíamos pasar días en las playas —comentó Nezha—. Desde aquí no pueden verse, pero hay calas escondidas bajo las paredes de los acantilados, si sabes cómo encontrarlas. En Arlong, las riberas de los ríos son tan grandes que, si no supieras lo que son, creerías que estás en el océano.

Rin se estremeció al pensar en ello. Tikany era un pueblo de interior, y no lograba imaginarse cómo sería criarse tan cerca de tanta agua. Se habría sentido tan vulnerable. A esas costas podría llegar cualquier cosa. Piratas. Hesperianos. La Federación.

Speer había sido muy vulnerable.

Nezha le lanzó una mirada de soslayo.

—¿No te gusta el océano?

Rin recordó a Altan cayendo de espaldas hacia el agua oscura. Recordó cómo había tenido que recorrer aquel tramo largo y desesperado a nado, y cómo casi había perdido la cabeza.

—No me gusta cómo huele —dijo.

—Pero si huele a sal —replicó su amigo.

—No. Huele a sangre.

En cuanto el Sombramar echó anclas, un grupo de soldados escoltó a Vaisra para bajar del barco y lo instalaron en el interior de una silla de manos con cortina para llevarlo hasta el palacio. Rin llevaba sin ver a Vaisra más de una semana, pero había oído rumores de que su estado había empeorado. Suponía que lo último que el jefe militar quería era que se corriera la voz.

—¿Deberíamos preocuparnos? —preguntó mientras observaba cómo la silla avanzaba por el muelle.

—Solo necesita descansar en tierra firme. —Las palabras de Nezha no parecían forzadas, algo que la joven se tomó como una buena señal—. Se recuperará.

—¿Crees que lo hará a tiempo para liderar la campaña en el norte? —preguntó Kitay.

—Sin duda. Y si no la lidera mi padre, lo hará mi hermano. Os llevaré a los barracones. —Nezha hizo una seña hacia la pasarela—. Vamos, os presentaré a las tropas.

Arlong era una ciudad anfibia compuesta por una serie de islas interconectadas y esparcidas en el interior de una amplia franja del Murui Occidental. Nezha condujo a Rin, a Kitay y a los Cike hacia uno de los muchos pequeños sampanes que navegaban por el interior de Arlong. Mientras el joven general dirigía el navío hacia el centro de la ciudad, Rin reprimió una oleada de náuseas. Ese lugar le recordaba a Ankhiluun. Estaba mucho menos desvencijado, pero la desorientaba de igual manera lo mucho que dependía de sus canales. Era algo que detestaba. «¿Qué tiene de malo la tierra firme?».

—¿No hay puentes? —preguntó—. ¿Ni caminos?

—No son necesarios. Todas las islas están conectadas por los canales. —Nezha se encontraba al timón, dirigiendo el sampán hacia delante con delicados movimientos—. Está dispuesta en una red circular, como la concha de una caracola.

—Tu ciudad parece estar medio hundida —declaró Rin.

—Eso es a propósito. Es casi imposible invadir Arlong por tierra. —Hizo que el sampán doblara una esquina—. Esta fue la primera capital del Emperador Rojo. Durante el transcurso de sus guerras contra los esperilianos, el emperador se rodeaba de agua. Nunca se sintió seguro sin ella. Escogió erigir una ciudad en Arlong precisamente por ese motivo. O eso dice la leyenda.

—¿Por qué estaba tan obsesionado con el agua?

—¿Cómo si no iba a protegerse de seres que controlaban el fuego? Tearza y su ejército le aterrorizaban.

—Creía que estaba enamorado de Tearza —dijo Rin.

—La amaba y la temía al mismo tiempo —le respondió Nezha—. Ambas cosas no son mutuamente excluyentes.

Rin se alegró cuando por fin pisaron un camino firme. Se sentía mucho más cómoda en tierra, donde el suelo no se movía bajo sus pies, donde no corría el riesgo de caerse al agua.

Sin embargo, Nezha parecía ser más feliz en el agua de lo que nunca lo había visto. Manejaba el timón como si fuera una extensión natural de su cuerpo y saltó desde el borde del sampán hacia la pasarela como si no fuera más complicado que caminar sobre un campo de hierba.

El joven los condujo hacia el centro del distrito militar de Arlong. Mientras avanzaban, Rin divisó una serie de barcos castillo. Se trataba de navíos que podían cargar con poblaciones enteras, que contaban con catapultas gigantescas y tenían una hilera detrás de otra de cañones de hierro con forma de cabezas de dragones, cuyas bocas estaban curvadas en unas sonrisas maliciosas, a la espera de escupir fuego y metal.

—Estos barcos son ridículamente altos —declaró Rin.

—Eso es porque están diseñados para conquistar ciudades amuralladas —le explicó Nezha—. Las guerras marítimas se basan en ganar ciudades como si fueran fichas en juegos de apuestas. Esas estructuras están hechas para sobresalir por encima de los muros a lo largo de los grandes canales. Estratégicamente hablando, la mayoría de las provincias son solo espacios vacíos. Las grandes ciudades controlan la economía y la política, las rutas de transporte y comunicaciones. Así que si conquistas una ciudad, tendrás bajo tu control a toda esa provincia.

—Eso ya lo sé —dijo Rin, ligeramente irritada porque pensara que necesitaba una lección para principiantes sobre estrategias básicas de invasión—. Lo que me preocupa es su maniobrabilidad. ¿Cuánta agilidad tiene en aguas poco profundas?

—No mucha, pero eso no importa. El resultado de la mayor parte de las guerras navales se decide en los combates cuerpo a cuerpo —argumentó Nezha—. Los barcos castillo tiran abajo las *murallas*. Luego, entramos nosotros a ocuparnos del resto.

Ramsa intervino desde detrás de ellos.

—No entiendo por qué no hemos tomado ya esta flota tan hermosa y gigantesca y hemos reventado con ella el Palacio de Otoño.

—Porque estábamos intentando llevar a cabo un golpe de Estado sin derramar sangre —declaró Nezha—. Mi padre quería evitar, si era posible, ir a la guerra. Enviar una flota enorme a Lusan podría haber transmitido el mensaje equivocado.

—Lo único que saco en claro es que le estáis echando a Rin la culpa de todo esto —dijo Ramsa—. Qué típico.

Nezha caminó de espaldas para poder mirarlos a la cara a la vez que hablaba. Tenía un aspecto terriblemente engreído mientras señalaba a los barcos que los rodeaban.

—Hace un par de años, les añadimos travesaños para aumentar la integridad estructural de los cascos. Y hemos rediseñado los timones… Ahora tienen una mayor movilidad, así que pueden operar en un mayor rango de profundidades…

—¿Y tu timón? —inquirió Kitay—. ¿Sigue teniendo movilidad?

Nezha lo ignoró.

—También hemos mejorado las anclas.

—¿Cómo? —preguntó Rin, más que nada porque sabía que lo que su amigo buscaba era

alardear.

—Los dientes. Ahora están dispuestos en círculo, en lugar de ser unidireccionales. Eso quiere decir que casi nunca se rompen.

A Rin aquello le pareció gracioso.

—¿Eso pasa a menudo?

—Te sorprendería —respondió Nezha—. Durante la Segunda Guerra de la Amapola perdimos una escaramuza naval crucial porque el barco comenzó a ir a la deriva hacia el mar sin su tripulación a causa de un torbellino. Ahí fue cuando aprendimos la lección.

Su amigo continuó hablándoles sobre las novedosas innovaciones a medida que avanzaban, señalándolas con orgullo como si se tratara de un padre primerizo.

—Hemos comenzado a construir los cascos con la amura de popa más ancha, así es más fácil navegar con él a menor velocidad. Los juncos cuentan con velas divididas en paneles horizontales gracias a listones de bambú, lo que hace que sean más aerodinámicos.

—Sabes mucho sobre barcos —dijo Rin.

—He pasado mi infancia al lado del astillero. Sería bochornoso que no supiera estas cosas.

Rin se detuvo y dejó que los otros los adelantaran hasta que Nezha y ella estuvieron solos. Entonces, bajó la voz.

—Sé sincero conmigo. ¿Cuánto tiempo lleváis preparándoos para esta guerra?

Nezha no vaciló. Ni siquiera parpadeó.

—Desde que nací.

Así que el joven se había pasado toda su infancia preparándose para traicionar al Imperio. En Sinegard, ya era consciente de que un día lideraría una flota contra sus compañeros de clase.

—Has sido un traidor desde que naciste —dijo Rin.

—Depende de cómo lo mires.

—Hasta hace poco, yo luchaba con la Milicia. Podríamos haber sido enemigos.

—Lo sé. —Nezha esbozó una sonrisa—. ¿No te alegras de que no lo seamos?

El ejército del Dragón integró a los Cike entre sus filas con una eficacia impresionante. Una joven oficial llamada Sola los recibió en los barracones. No podía ser más de un par de años mayor que Rin, y lucía el brazalete verde que indicaba que se había graduado en Sinegard con una especialización en Estrategia.

—¿Estudiaste con Irjah? —le preguntó Kitay.

Sola le echó un vistazo al brazalete descolorido del joven.

—¿En qué división serviste?

—En la Segunda. Estuve con él en Golyn Niis.

—Ah. —Sola apretó la boca formando una fina línea—. ¿Cómo murió?

«Desollado vivo y colgado de la muralla de la ciudad», pensó Rin.

—Con honor —respondió Kitay.

—Habría estado orgulloso de ti —afirmó Sola.

—Bueno, estoy bastante seguro de que ahora nos estaría llamando traidores.

—A Irjah le importaba la justicia —dijo Sola con dureza en la voz—. Habría estado de nuestro lado.

En menos de una hora, Sola les había asignado camastros en los barracones, les había hecho el recorrido por la amplia base, que ocupaba tres diminutas islas y los canales que se encontraban entre medias, y les hizo entrega de nuevos uniformes. Estaban confeccionados con un material más cálido y resistente que cualquiera de los que Rin le había visto lucir a la Milicia. El tejido base contaba con una armadura laminada hecha con placas de cuero y metal superpuestas, tan confusa que Sola tuvo que enseñarles con detalle cómo se ponía.

La oficial no les indicó el camino hacia ningún vestuario, así que Rin se desnudó junto con el resto de sus hombres, se puso su nuevo uniforme y estiró las extremidades. Le maravillaba la flexibilidad que tenía. La armadura laminada era mucho más sofisticada que los endebles uniformes de la Milicia, y seguramente costaría tres veces más.

—Tenemos mejores herreros de los que tienen en el norte. —Sola le entregó a Rin una coraza—. Nuestra armadura es más ligera. Ayuda a esquivar mejor los golpes.

—¿Qué hacemos con esto? —Ramsa tomó entre las manos el montón de su ropa vieja.

Sola arrugó la nariz.

—Quemadla.

Los barracones y la armería eran más limpios, más grandes y estaban mejor abastecidos que cualquier instalación de la Milicia que Rin hubiera visitado. Kitay rebuscó entre las resplandecientes hileras de espadas y cuchillos hasta que encontró un par que le gustaron. Los demás entregaron sus armas al herrero para que las remodelara.

—Me han dicho que vuestro escuadrón cuenta con un experto en detonaciones. —Sola *descorrió una cortina para* revelar toda la reserva de explosivos del Primer Pelotón. Había pilas y más pilas de cohetes, proyectiles y lanzas de fuego dispuestas ordenadamente en pirámides, aguardando en aquella fría oscuridad a que los cargaran en los buques de guerra.

Ramsa profirió un gemido agudo. Tomó de la pila un cohete con forma de cabeza de dragón y lo giró entre las manos.

—¿Es esto lo que creo que es?

Sola asintió.

—Es un proyectil de dos etapas. El contenedor principal cuenta con el elevador. El resto se detona cuando está en el aire. Eso le da un poco más de impulso.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —quiso saber Ramsa—. Yo llevo los últimos dos años trabajando en ello.

—Nosotros llevamos cinco.

Ramsa señaló hacia otra pila de explosivos.

—¿Y esos qué hacen?

—Son cohetes alados con aletas montadas. —Sola parecía divertirse—. Las aletas sirven para guiar su vuelo. Son mucho más precisos que los proyectiles de dos etapas.

Alguien con demasiado sentido del humor había hecho que la cabeza pareciera un pescado con gesto mustio. Ramsa pasó los dedos por las aletas.

—¿Qué alcance conseguís con estos?

—Depende —dijo la oficial—. En un día despejado, un alcance de noventa y seis kilómetros. En un día lluvioso, lo más lejos posible.

Ramsa sopesó el cohete entre las manos. Parecía tan extasiado que Rin sospechaba que quizás tuviera una erección.

—Ah, vamos a divertirnos mucho con estos.

—¿Tienes hambre? —Nezha golpeó con los nudillos el marco de la puerta.

Rin levantó la mirada. Estaba sola en los barracones. Kitay se había ido a buscar los archivos de la Provincia del Dragón, y la prioridad del resto de los miembros de los Cike había sido encontrar el comedor.

—No mucha —respondió la joven.

—Bien. ¿Quieres ver algo chulo?

—¿Se trata de otro barco? —preguntó.

—Sí, pero este te va a gustar mucho. Por cierto, bonito uniforme.

Rin le dio un golpe en el brazo.

—Mis ojos están aquí arriba, general.

—Solo digo que esos colores te sientan bien. Eres una buena dragona.

Rin escuchó los sonidos del astillero mucho antes de que llegasen a él. Tenían que gritarse el uno al otro por encima del estruendo cacofónico de los chirridos y los martillazos. Rin había dado por sentado que lo que había visto en el puerto era una flota entera, pero, al parecer, había muchos más navíos que todavía se estaban construyendo.

De inmediato, su mirada se posó sobre un barco que se encontraba al fondo. Aún estaba en las primeras fases de construcción, ya que de momento solo era un armazón. Pero, si se imaginaba la estructura que iba a erigirse a su alrededor, podía saber que iba a ser gigantesco. Parecía imposible que una cosa así pudiera mantenerse a flote, y mucho menos que pudiera cruzar el canal a través de los Acantilados Rojos.

—¿Vamos a ir hasta la capital en eso? —preguntó Rin.

—Ese no está listo. No dejan de actualizarlo siguiendo planos de Occidente. Es el proyecto predilecto de Jinzha. Es muy perfeccionista con estas cosas.

—El proyecto predilecto —repitió Rin—. Así que el pasatiempo de tus hermanos es construir barcos enormes.

Nezha negó con la cabeza.

—Se suponía que tenía que estar terminado a tiempo para la campaña en el norte, cuando quiera que esta arranque. Pero ahora tardarán mucho más. Han modificado el diseño para que sea un buque de guerra defensivo. Por el momento, se destinará a la protección de Arlong, no a liderar la flota.

—¿Por qué se ha retrasado tanto?

—Una noche se produjo un incendio en el astillero. Algún idiota que estaba de guardia volcó con el pie una lámpara de gas. Hizo que la construcción se retrasase meses. Tuvieron que importar madera de la Provincia del Perro. Padre tuvo que ponerse muy creativo al respecto… Es difícil pedir que te envíen enormes cantidades de madera y poder ocultar el hecho de que estás fabricando una flota. Le llevó varias semanas de negociaciones con los traficantes de Moag.

Rin vislumbraba los bordes ennegrecidos en algunas partes de los tablones exteriores del armazón. Sin embargo, el resto había sido sustituido con madera nueva, tan pulida que brillaba.

—Todo este asunto creó un gran revuelo en la ciudad —le dijo Nezha—. Algunos siguen afirmando que fue una señal de los dioses de que la rebelión fracasaría.

—¿Y Vaisra qué dice?

—Padre se lo tomó como una señal de que debía salir ahí fuera y buscarse a una esperiliana.

En lugar de tomar el sampán de vuelta a los barracones militares, Nezha la condujo por unas escaleras hasta bajar a la base del muelle. Allí Rin aún podía escuchar el ruido del astillero por encima del agua, que chocaba suavemente contra los postes que mantenían el muelle en pie. Al principio, creía que habían llegado a un lugar sin salida, hasta que Nezha abandonó la arena vidriosa y comenzó a caminar sobre la superficie del río.

—¿Qué cojones?

Pasado un segundo, Rin se percató de que no estaba caminando sobre el agua, sino más bien sobre una gran hoja circular que era de casi el mismo tono verde azulado del río.

—Nenúfares —dijo Nezha antes de que su amiga le preguntase. Extendió los brazos para equilibrarse y cambió mínimamente su peso de un pie a otro mientras las ondulaciones de la corriente elevaban el nenúfar por debajo de sus pies.

—Fanfarrón —dijo Rin.

—¿Nunca los habías visto?

—Sí, pero solo dibujados en pergaminos. —Rin torció el gesto al mirar hacia los nenúfares. Su equilibrio no era ni la mitad de bueno que el de Nezha, y no tenía ganas de caerse al río—. No sabía que podían ser tan grandes.

—No es lo habitual. Estos solo duran un mes o dos antes de hundirse. Pero crecen de forma natural en los estanques de agua dulce en lo alto de la montaña. Nuestros botánicos han dado con un modo de militarizarlos. Los encontrarás a lo largo de todo el puerto. Los marineros más listos no necesitan botes de remos para llegar hasta sus barcos, solo tienen que pasar por encima de los nenúfares.

—No te vengas arriba —le dijo Rin—. Solo los están usando como pasarelas.

—Son nenúfares militarizados. ¿No te parece genial?

—La verdad, creo que simplemente te gusta usar la palabra «militarizado».

Nezha abrió la boca para responder, pero una voz desde lo alto del muelle lo interrumpió.

—¿Ya te has divertido suficiente jugando a ser un guía?

Un hombre bajaba por las escaleras en su dirección. Lucía un uniforme azul, y las franjas negras en su brazo izquierdo indicaban que se trataba de un general.

Nezha se apresuró a bajarse de los nenúfares para ir directamente hacia la arena húmeda y postrarse sobre una rodilla.

—Hermano. Me alegro de volver a verte.

En retrospectiva, Rin cayó en la cuenta de que también debería haberse arrodillado, pero estaba demasiado ocupada contemplando al hermano de su amigo. Yin Jinzha. Ya lo había visto una vez brevemente, hacía tres años, en su primer Festival de Verano en Sinegard. Por aquel entonces, le había parecido que Jinzha y Nezha podrían haber sido gemelos, pero, al mirarlo de cerca, sus similitudes no le resultaban tan pronunciadas. Jinzha era más alto y de constitución más robusta. Además, tenía el andar de un primogénito: un hijo que sabía que era el heredero de todas las propiedades de su padre, mientras que sus hermanos pequeños acabarían peleándose por las sobras.

—He oído que la cagasteis en el Palacio de Otoño. —La voz de Jinzha era más profunda que la de Nezha. Más arrogante, si es que eso era posible. A Rin le resultaba extrañamente familiar,

pero no sabía a qué se debía—. ¿Qué fue lo que pasó?

Nezha se levantó.

—¿No te ha informado ya el capitán Eriden?

—Eriden no lo presenció todo. Hasta que padre se recupere, soy el general de mayor rango en Arlong, y me gustaría conocer los detalles.

«Me recuerda a Altan». Rin se percató de aquello con un sobresalto. Jinzha hablaba con una precisión militar y un tono cortante que le recordaba a Altan en sus mejores momentos. Se trataba de un hombre que estaba acostumbrado a la autoridad y a la obediencia inmediata.

—No tengo nada que añadir —declaró Nezha—. Yo me encontraba en el Sombramar.

Jinzha curvó los labios.

—Fuera de peligro. Qué típico.

Rin esperaba que Nezha le respondiera, pero su amigo se tragó la réplica con un asentimiento de cabeza.

—¿Cómo está padre?

—Mejor que anoche. Se ha estado forzando demasiado. Al principio, nuestro médico ni siquiera comprendía cómo podía seguir vivo.

—Pero padre me ha dicho que solo se trata de una herida superficial.

—¿Acaso te has fijado bien en él? La hoja le atravesó todo el omóplato. Le ha estado mintiendo a todo el mundo. Es increíble que pueda estar consciente.

—¿Ha preguntado por mí? —inquirió Nezha.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Jinzha le dedicó a su hermano una mirada condescendiente—. Ya te avisaré cuando te necesitemos.

—Sí, señor. —El más pequeño de los hermanos inclinó la cabeza y asintió. Rin observó fascinada esa interacción. Jamás había visto a nadie que pudiera intimidar a Nezha igual que él hacía con todo el mundo.

—Tú debes de ser la esperiliana. —Jinzha fijó de pronto su mirada en Rin, como si acabara de recordar que estaba allí.

—Sí. —Por algún motivo, a la joven le salió la voz ahogada, infantil. Carraspeó—. Esa soy yo.

—Pues venga —dijo Jinzha—. A ver.

—¿Cómo?

—Muéstrame lo que eres capaz de hacer —le indicó muy despacio, como si le hablara a una niña—. Hazlo a lo grande.

Rin le lanzó a Nezha una mirada de confusión.

—No entiendo.

—Dicen que puedes invocar el fuego —siguió Jinzha.

—Bueno, sí…

—¿Con cuánta intensidad? ¿A qué temperatura? ¿Hasta qué alcance? ¿Procede de tu cuerpo o puedes invocarlo desde otros lugares? ¿Qué necesitarías para activar un volcán? —Hablaba tan rápido que a Rin le costaba comprender su cerrado acento sinegardiano. Llevaba años sin que le costara entender así a alguien.

Parpadeó, sintiéndose una idiota, y cuando habló, las palabras le salieron a trompicones.

—Pues… pasa sin más…

—¿«Pasa sin más»? —la imitó—. ¿Como si fuera un estornudo? ¿Y de qué sirve eso? Explícame cómo puedo usarte.

—No soy algo que puedas usar.

—Vaya, vaya. La soldado no sigue órdenes.

—Rin ha tenido un largo viaje —se apresuró a intervenir Nezha—. Estoy seguro de que no tendrá problema en hacerte una demostración por la mañana, cuando haya descansado un poco…

—Los soldados se cansan, eso es parte del trabajo —declaró Jinzha—. Venga, esperiliana. Demuéstranos qué puedes hacer.

Nezha apoyó una mano sobre el brazo de Rin, tratando de apaciguarla.

—Jinzha, de verdad…

Su hermano mayor profirió un ruido de desagrado.

—Deberías escuchar el modo en el que padre habla sobre ellos. Que si los esperilianos esto, que si los esperilianos lo otro. Ya le advertí que era mejor iniciar una invasión desde Arlong, pero no, él creyó que, solo por tenerte a ti, podría conseguir dar un golpe de Estado sin derramar sangre. Y mira cómo le ha salido.

—Rin es más fuerte de lo que te imaginas —dijo Nezha.

—¿Sabes una cosa? Si los esperilianos fuesen tan fuertes, habrían sobrevivido más de ellos. —Jinzha curvó los labios—. Me he pasado toda mi niñez escuchando hablar sobre lo maravilloso que era tu querido Altan. Pero resulta que no era más que otro idiota de piel oscura que ardió en llamas para nada.

Rin comenzó a verlo todo rojo. Cuando miró hacia Jinzha, no vio carne, sino una forma carbonizada, cenizas desprendiéndose de lo que antes era un hombre… Quería matarlo, que muriera, que agonizara. Quería que gritara.

—¿Quieres que te enseñe lo que puedo hacer? —le preguntó Rin. Su voz sonaba muy lejana, como si alguien estuviera hablando por ella desde muy lejos.

—Rin… —le advirtió Nezha.

—No, a la mierda. —Se zafó de la mano de su amigo—. Tu hermano quiere ver lo que puedo hacer.

—No creo que sea una buena idea.

—Apártate.

Giró las palmas de las manos hacia Jinzha. No le llevó ningún esfuerzo concentrar toda su rabia. Ya estaba allí, a la espera, como el agua que sale con fuerza de una presa… «Odio, odio, odio».

No sucedió nada.

Jinzha arqueó las cejas.

Rin sintió una extraña punzada en las sienes. Se llevó un dedo al ojo.

La punzada pasó a convertirse en una descarga abrasadora de dolor. Vio una explosión de colores detrás de los párpados: tonos rojos y amarillos, fuego titilando sobre un pueblo en llamas, las siluetas de las personas que se retorcían en su interior, una gran nube en forma de hongo sobre la Isla del Arco Largo en miniatura.

Por un momento, divisó a un personaje que no logró reconocer reptando hasta adquirir forma, como si fuera un nido de víboras. Se plantó justo delante de su vista antes de desaparecer. Rin pasó un instante a la deriva, entre el mundo de su mente y el material. No podía respirar, no

podía ver…

Cayó de rodillas. Sintió los brazos de Nezha levantándola. Escuchó a alguien gritar pidiendo ayuda. Se esforzó por abrir los ojos. Jinzha se cernía sobre ella desde arriba. El general bajó la mirada con evidente desprecio.

—Padre tenía razón —dijo—. Tendríamos que haber intentado salvar al otro.

Chaghan cerró la puerta de golpe detrás de él.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. —Rin cerraba y abría los dedos entre las sábanas mientras el vidente sacaba cosas del morral que había dejado a su lado. A la joven le temblaba la voz. Se había pasado la última media hora intentando respirar con normalidad, pero su corazón seguía tan acelerado que apenas lograba escuchar sus propios pensamientos—. He sido descuidada. Iba a invocar el fuego… Solo un poco. No quería hacerle daño, pero entonces…

Chaghan la sujetó por las muñecas.

—¿Por qué estás temblando?

Rin no se había dado cuenta de que lo estaba haciendo. No podía evitar que le temblaran las manos, pero pensar en ello solo hacía que el temblor aumentara.

—Ya no va a quererme —susurró la joven.

—¿Quién?

—Vaisra.

Estaba aterrorizada. Si no podía invocar el fuego, entonces el jefe militar del Dragón habría reclutado a una esperiliana para nada. Sin el fuego, era probable que la dejara de lado.

Desde que había recuperado la consciencia, había estado intentando invocar el fuego, pero el resultado era siempre el mismo: un dolor cegador en las sienes, un estallido de color y destellos de visiones que no quería volver a ver en su vida. Era incapaz de saber qué iba mal, solo que el fuego no estaba a su alcance y que, sin él, solo era una chica inútil.

Otro temblor le recorrió todo el cuerpo.

—Cálmate —le dijo Chaghan. Dejó su morral en el suelo y se arrodilló a su lado—. Concéntrate en mí. Mírame a los ojos.

Rin obedeció.

Los ojos del vidente, pálidos y sin pupilas ni iris, eran por lo general inquietantes. Pero, de cerca, eran extrañamente atrayentes. Eran dos pedazos de un paisaje nevado incrustados en su delgado rostro, y atraían a Rin hacia ellos como si fuera una presa hipnotizada.

—¿Qué es lo que me pasa? —susurró la esperiliana.

—No lo sé. ¿Por qué no lo averiguamos? —Chaghan rebuscó en su morral, cerró el puño alrededor de algo y le ofreció a Rin un montón de polvos de un azul brillante.

La joven reconoció la droga. Era el polvo molido de algunas setas secas del norte. Ya las había ingerido una vez antes con Chaghan en Khurdalain, cuando lo había llevado al reino inmaterial donde Mai'rinnen Tearza la había estado acechando.

Chaghan quería acompañarla hasta lo más profundo de su mente, al lugar en el que su alma ascendía al plano de los dioses.

—¿Tienes miedo? —le preguntó cuando la vio vacilar.

No tenía miedo. Estaba avergonzada. No quería que Chaghan entrara en su mente. Temía lo que el vidente pudiera ver allí.

—¿Tienes que venir conmigo? —le preguntó Rin.

—No puedes hacerlo sola. Soy lo único que te queda. Tendrás que confiar en mí.

—¿Me prometes que te detendrás si te lo pido?

Chaghan resopló, extendió una mano para tomar la suya y le hundió un dedo en el polvo.

—Nos detendremos cuando yo lo diga.

—Chaghan.

El vidente le dedicó una mirada franca.

—¿De verdad tienes otra opción?

La droga comenzó a hacerle efecto casi al instante de llevársela a la lengua. A Rin le sorprendió lo rápido y sencillo que era aquel subidón. Las semillas de amapola actuaban tan despacio que era frustrante. La arrastraban tan lentamente hacia el reino espiritual que solo surtían efecto si se concentraba. Sin embargo, esa droga era como tirar una puerta abajo de una patada para pasar directamente de ese mundo al siguiente.

Chaghan la agarró de la mano justo antes de que la enfermería desapareciera de su vista. Abandonaron el plano mortal en un remolino de colores. Entonces, solo quedaron los dos en una gran extensión oscura. A la deriva. En plena búsqueda.

La esperiliana sabía qué era lo que tenía que hacer. Se centró en su rabia y creó un vínculo con el Fénix que tiró de las almas de ambos desde aquella nada hacia el Panteón. Casi podía sentir al dios, cómo la envolvía el calor abrasador de su divinidad. Casi podía escuchar su carcajada maliciosa…

Entonces, algo desdibujó su presencia, le cortó el paso.

Algo gigantesco se materializó ante ellos. Era imposible describirlo. No era más que una palabra enorme lanzada hacia el espacio vacío. Doce trazos suspendidos en el aire, un gran pictograma del mismo tono verdoso azulado brillante que el de la piel de una serpiente. Resplandecía en la claridad sobrenatural como si fuese sangre fresca.

—Es imposible —declaró Chaghan—. No debería poder hacer eso.

El pictograma le resultó a Rin familiar y completamente desconocido al mismo tiempo. Era incapaz de leerlo, aunque tenía que haber sido escrito con letras nikaras. Se asemejaba mucho a varios caracteres que sí que *conocía*, pero las diferencias eran significativas.

Debía de tratarse de algo ancestral. Algo antiguo. Algo que se remontaba a la época anterior al Emperador Rojo.

—¿Qué es esto?

—¿A ti qué te parece? —Chaghan extendió una mano incorpórea como si fuera a tocarlo, pero luego la apartó con premura—. Es un Sello.

¿Un Sello? El término le resultaba vagamente familiar. Recordó fragmentos de una batalla. Un hombre con el cabello canoso que flotaba en el aire, que hacía girar ligeramente la punta de su vara para abrir un vacío hacia un reino de cosas que no eran mortales, cosas que no pertenecían a su mundo.

«Estás sellado».

«¿Eso crees?».

—¿Igual que el Guardián? —le preguntó Rin.

—¿El Guardián estaba sellado? —Chaghan parecía asombrado—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡No tenía ni idea!

—¡Eso explicaría muchas cosas! Por eso ha estado desaparecido, por eso no recuerda…

—¿De qué estás hablando?

—El Sello bloquea tu acceso al mundo espiritual —le explicó—. La Víbora ha dejado su veneno en tu interior. De eso está hecho. Seguirá negándote el acceso al Panteón. Y, con el tiempo, se hará cada vez más fuerte. Devorará tu mente hasta que pierdas todos los recuerdos que tengan que ver con el Fénix. Te convertirá en un simple caparazón.

—Por favor, dime que puedes extraérmelo.

—Puedo intentarlo. Tendrás que llevarme al interior.

—¿Al interior?

—El Sello también es una puerta de acceso. Fíjate. —Chaghan señaló hacia el centro de un carácter, donde la brillante sangre de la serpiente formaba un círculo que se arremolinaba. Cuando Rin se concentró en él, sí que sintió que la estaba llamando, que la estaba atrayendo hacia una dimensión desconocida que se encontraba al otro lado—. Entra ahí. Me apuesto lo que sea a que es ahí donde Daji ha dejado su veneno. Existe en ese lugar en forma de recuerdo. El poder de la emperatriz reside en el deseo. Ha conjurado las cosas que más anhelas para evitar que invoques el fuego.

—Veneno. Recuerdo. Deseo. —Muy poco de todo eso tenía sentido para ella—. Mira…, solo dime qué coño tengo que hacer con eso.

—Destrúyelo como puedas.

—¿Que destruya el qué?

—Creo que lo reconocerás cuando lo veas.

Rin no tenía que preguntarle cómo atravesar la puerta. Tiró de ella nada más acercarse. El Sello pareció cernirse sobre ellos, crecer cada vez más hasta que los engulló. Unos remolinos de sangre flotaban alrededor de la joven, ondulándose como si estuvieran decidiendo qué forma adoptar, qué ilusión crear.

—Te mostrará el futuro que quieres —dijo Chaghan.

Sin embargo, Rin no creía que eso pudiera funcionar con ella, ya que sus mayores deseos no tenían cabida en el futuro. Todos pertenecían al pasado. Quería recuperar esos últimos cinco años. Quería pasar los días sin hacer nada en el campus de la academia. Quería dar paseos distraídos por el jardín de Jiang, quería pasar las vacaciones de verano en la propiedad de Kitay, quería, quería…

Volvía a encontrarse sobre la arena de la isla de Speer. La vibrante y hermosa Speer, exuberante y vivida *como* nunca antes la había visto. Y allí se hallaba Altan, sano y entero, sonriéndole como nunca antes.

—Hola —le dijo el esperiliano—. ¿Estás lista para volver a casa?

—Mátalo —le ordenó Chaghan con urgencia.

Pero ¿acaso no lo había hecho ya? En Khurdalain se había enfrentado a una bestia con el rostro de Altan y la había matado. Luego, en las instalaciones de investigación, había dejado que fuera hasta el muelle, que se sacrificara para salvarla a ella.

Había *matado a* Altan una y otra vez, y él seguía regresando.

¿Cómo iba a ser capaz de hacerle daño en ese momento? Parecía tan feliz. Tan carente de dolor. Rin lo conocía mucho mejor ahora, sabía todo lo que había sufrido, y no podía ponerle una mano encima. No con esa intención.

Altan se acercó más a ella.

—¿Qué estás haciendo ahí fuera? Ven conmigo.

Rin quiso ir con él más que nada en el mundo. Ni siquiera sabía a dónde iba a llevarla, solo que él estaría allí. En el olvido. En algún paraíso oscuro.

Altan extendió una mano hacia ella.

—Ven.

Rin se armó de valor.

—Detén todo esto —logró decir—. Chaghan, no puedo… Para ya… Llévame de vuelta…

—Tienes que estar de coña —le respondió el vidente—. ¿Ni siquiera puedes hacer esto?

Altan entrelazó sus dedos con los de Rin.

—Vamos.

—¡Haz que pare!

La joven ni siquiera estaba segura de a qué se refería, pero sintió un estallido de energía, vio cómo el Sello se retorcía y se contorsionaba alrededor de Chaghan, como un depredador que hubiera olido a una presa nueva e interesante, y vio cómo el vidente abría la boca y profería un sonido ahogado de agonía.

Entonces, dejaron de estar en Speer.

Estaban en un lugar que Rin no había visto antes.

Se encontraban en lo alto de una montaña, fría y oscura. Había una serie de cuevas talladas en la piedra. Todas refulgían a causa del fuego de las velas en su interior. Y cerca de la comisa, con los hombros pegados, había dos chicos: uno con el pelo oscuro y otro con el pelo canoso.

Rin era una intrusa en ese recuerdo, pero, en cuanto se acercó, su perspectiva cambió y dejó de ser ajena a él para convertirse en la protagonista. Vio el rostro de Altan de cerca y se dio cuenta de que estaba mirándolo igual que había hecho Chaghan en el pasado.

La cara de Altan estaba demasiado pegada a la suya. La joven lo veía con un maravilloso detalle: una cicatriz que le recorría la mejilla derecha, el recogido despeinado de su cabello, los párpados oscuros sobre sus ojos carmesíes.

Altan era horrible. Altan era hermoso. Y, mientras lo miraba a los ojos, se dio cuenta de que la abrumaba un sentimiento que no era amor. Era un miedo absoluto y paralizante. Era el terror que sentía una polilla atraída por el fuego.

No creía que nadie más pudiera sentir eso. Era una sensación tan familiar para ella que estuvo a punto de llorar.

—Podría matarte —dijo Altan, murmurando esa amenaza de muerte como si fuera una canción de amor. Y cuando ella, ahora en el lugar de Chaghan, forcejeó contra él, el esperiliano ejerció más presión contra su cuerpo.

—Sí que podrías —declaró Chaghan, y lo dijo con confianza, en un tono sereno y coqueto. A Rin siempre le había maravillado que el vidente pudiera hablarle de una forma tan despreocupada a Altan. Pero ahora se daba cuenta de que Chaghan no había pretendido nunca bromear con él. Le tenía miedo. En presencia de Altan se había sentido constantemente aterrorizado—. ¿Y qué?

Altan cerró los dedos alrededor de los de Chaghan. Demasiado calientes, demasiado fuertes.

Era un intento de establecer contacto humano con un absoluto desprecio por el objeto de su afecto.

Rozó con los labios la oreja del vidente. Rin se estremeció involuntariamente. Creyó que iba a morderla, que iba a desplazar la boca hacia el cuello e iba a arrancarle las arterias de un mordisco.

Fue consciente de que Chaghan había sentido ese miedo a menudo.

Fue consciente de que Chaghan probablemente hubiera disfrutado de ello.

—No —le dijo el vidente.

Rin no lo escuchó. Quería permanecer en esa visión, tenía la enfermiza curiosidad de quedarse para ver cómo acababa todo.

—Suficiente.

Una ola de oscuridad cayó sobre ambos y, cuando Rin abrió los ojos, se encontró de vuelta en la enfermería, despatarrada sobre la cama. Chaghan se sentó de golpe en el suelo, con los ojos muy abiertos e inexpresivo.

Rin lo agarró por el cuello de la camisa.

—¿Qué ha sido eso?

Chaghan se despertó de repente. Sus facciones pasaron a transmitir algo parecido al desprecio.

—¿Por qué no te haces esa pregunta a ti misma?

—Eres un hipócrita —respondió la joven—. Estabas igual de obsesionado con él…

—¿Estás segura de que esa no eras tú?

—¡No me mientas! —chilló Rin—. Sé qué es lo que he visto, sé lo que estabais haciendo. Me apuesto lo que sea a que solo querías meterte en mi mente para poder ver a Altan desde otro ángulo…

Chaghan se encogió sobre sí mismo.

Rin no había esperado que lo hiciera. Parecía tan pequeño, tan vulnerable.

Por algún motivo, eso consiguió cabrearla más.

Lo agarró con más fuerza del cuello de la camisa.

—Está muerto, ¿de acuerdo? ¿Es que no puedes metértelo en la puta cabeza?

—Rin…

—Está muerto, no está y no podemos traerlo de vuelta. Tal vez te quisiese, tal vez me quisiese a mí, pero eso no ya no importa una mierda, ¿verdad? Ya no está.

La esperiliana creyó por un momento que Chaghan iba a pegarle.

No obstante, el joven se limitó a caer hacia delante, con los hombros sobre las rodillas y la cara hundida entre las manos. Cuando habló, parecía estar al borde de las lágrimas.

—Creía que podría atraparlo.

—¿Qué?

—A veces, antes de que los muertos sigan adelante, permanecen cerca —susurró—. Sobre todo los de tu especie. La rabia se sustenta en el resentimiento, y vuestra muerte existe en ese sentimiento. Creo que sigue ahí fuera, vagando entre este mundo y el siguiente. Pero, cada vez que intento llegar hasta él, lo único que consigo son fragmentos de recuerdos. Y cuanto más tiempo pasa, hasta llego a olvidar los momentos hermosos. Pensaba que quizá… con lo del veneno…

—No sabes cómo solucionar lo mío, ¿verdad? —le preguntó Rin—. Nunca has sabido.

Chaghan no le respondió.

Rin lo soltó.

—Sal de aquí.

Él recogió su morral y se marchó sin pronunciar una palabra. Rin estuvo a punto de pedirle que regresara, pero no se le ocurrió nada que decir antes de que el joven cerrara la puerta de un portazo.

Cuando Chaghan se hubo marchado, Rin gritó hacia el pasillo hasta que consiguió llamar la atención de un médico, a quien reprendió hasta que consiguió que le duplicara la dosis recomendada de un remedio para dormir. Se lo tragó de dos grandes sorbos, se metió en la cama y se sumió en el sueño más profundo que había tenido en mucho tiempo.

Al despertar, el médico se negó a darle nada más para dormir hasta que hubieran pasado seis horas. Así que Rin aguardó temerosa, anticipando una visita de Jinzha, Nezha o incluso el propio Vaisra. No sabía qué podía esperar, solo que no sería nada bueno. ¿Quién necesitaba a una esperiliana que no podía invocar el fuego?

Sin embargo, su único visitante fue el capitán Eriden, que le indicó que debía seguir actuando como si tuviera el más absoluto control de sus habilidades. Seguía siendo la mejor baza de Vaisra, su arma secreta, e iba a aparecer a su lado, aunque solo fuera como una mera arma psicológica.

El capitán no le transmitió la decepción que sentía el jefe militar. No era necesario. La ausencia de Vaisra lo decía todo.

Rin se bebió de un sorbo el siguiente remedio para dormir que le ofrecieron. El sol ya se había puesto para cuando volvió a despertarse. Tenía un hambre voraz. Se levantó, abrió la puerta y recorrió el pasillo, descalza y adormilada, con la imprecisa intención de pedirle comida a la primera persona a la que se encontrara.

—¡Pues que te den a ti también!

Rin se detuvo.

La voz procedía de una puerta cerca del final del pasillo.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que me ahorcara como las mujeres de Lü? Me apuesto lo que sea a que eso te habría gustado.

La esperiliana reconoció esa voz: chillona, petulante y furiosa. Pasó de puntillas por el pasillo y se paró justo detrás de la puerta.

—Las mujeres de Lü conservaron su dignidad. —Esa era la voz de un hombre, mucho mayor y más profunda.

—¿Y quién ha dicho que mi dignidad esté en mi coño?

Rin contuvo el aliento. Era Venka. Tenía que serlo.

—¿Preferirías que fuese un cadáver sin vida? —gritó la chica—. ¿Preferirías que me hubieran partido la columna, que me hubieran hecho el cuerpo pedazos, siempre y cuando no hubieran tocado lo que tengo entre las piernas?

Otra vez la voz masculina:

—Desearía que nunca te hubieran apresado. Eso ya lo sabes.

—No estás respondiendo a mi pregunta. —Venka profirió un sonido ahogado. ¿Estaba llorando?—. Mírame, padre. Mírame.

El padre de Venka dijo algo a modo de respuesta, demasiado bajo como para que Rin lo escuchase. Un momento después, la puerta se abrió de golpe. La esperiliana corrió hacia un rincón y permaneció allí, inmóvil, hasta que escuchó que los pasos desaparecían pasillo abajo, en dirección contraria.

Dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento, se quedó allí pensando, para luego encaminarse hacia la puerta. Estaba abierta, ligeramente entornada. Apoyó la punta de los dedos sobre el panel de madera y empujó.

Sí que era Venka. Se había rapado el pelo… Claramente había sido hacía tiempo, ya que había comenzado a crecerle lentamente formando pequeñas manchas oscuras sobre su cráneo. Sin embargo, su rostro seguía siendo el mismo: ridículamente hermoso, con ángulos afilados y una mirada penetrante.

—¿Qué coño quieres? —espetó Venka—. ¿Necesitas ayuda?

—Estabais hablando muy alto —dijo Rin.

—Ah, perdona. La próxima vez que mi padre me desherede, bajaré el tono de voz.

—¿Te ha desheredado?

—Bueno, probablemente no. No es que le sobren los herederos. —La joven tenía los ojos rojos—. Ojalá los tuviera. Eso sería mejor que intentar decirme qué debo hacer con mi propio cuerpo. Cuando estuve embarazada…

—¿Estás embarazada?

—Lo estuve. —Venka frunció el ceño—. Y si ya no lo estoy, no es gracias a ese puto médico. No dejaba de decirme que esa zorra de Saikhara no permite el aborto.

—¿Saikhara?

—La madre de Nezha. Tiene unas ideas muy curiosas sobre la religión. Se crio en Hesperia, ¿lo sabías? Adora a ese puto Creador Divino. No es que finja hacerlo por razones diplomáticas, sino que de verdad cree en esas mierdas. Y va por ahí obedeciendo cualquier cosa que ese Creador haya escrito en un librito, entre lo que, al parecer, se incluye obligar a las mujeres a gestar a los hijos de sus violadores.

—Entonces, ¿qué hiciste?

A Venka le tembló la garganta.

—Tuve que ponerme creativa.

—Ah.

Ambas permanecieron con la vista fija en el suelo durante un momento. Venka fue la que rompió el silencio.

—Es decir, solo me dolió un poco. No fue tan malo como… Ya sabes.

—Sí.

—En eso es en lo que pensaba cuando lo hice. No dejaba de pensar en sus caras de cerdos. De ese modo, no me resultó difícil llevarlo a cabo. Y Saikhara puede irse a la mierda.

Rin se sentó en el borde de la cama de la otra chica. Se sentía extrañamente bien al estar en compañía de Venka; con la enfadada, impaciente y brusca Venka. La voz de la chica transmitía esa rabia pura que todos los demás parecían querer evitar, pero que Rin agradecía.

—¿Cómo tienes los brazos? —le preguntó. La última vez que la había visto, tenía los brazos tan vendados que Rin no estaba segura de que fuera a poder volver a utilizarlos. No obstante, ya no llevaba vendajes y no los tenía inmovilizados a los costados.

Venka flexionó los dedos.

—El derecho se me ha curado. El izquierdo no lo hará nunca. Se me dobló de una forma muy extraña y he perdido la movilidad de tres dedos de esa mano.

—¿Y puedes usar el arco?

—Puedo hacerlo siempre y cuando consiga agarrarlo. Me han diseñado un guante especial. Mantiene los tres dedos doblados por mí. Podré usarlo en el campo de batalla tras un poco de práctica. Aunque nadie me cree. —Venka se movió en la cama—. Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Ya te ha engatusado Nezha con un par de palabras bonitas?

Rin se movió incómoda.

—Algo así.

Venka la miraba con lo que parecían ser celos.

—Sigues siendo una soldado. Eres afortunada.

—No estoy muy segura de ello —respondió Rin.

—¿Por qué no?

Por un momento, la esperiliana se planteó contárselo todo: lo de la Víbora, lo del Sello, lo que había visto con Chaghan… Pero Venka no tenía paciencia para escuchar los detalles. No le importaban tanto.

—Es solo que… No puedo seguir haciendo lo que hacía antes. No de ese modo. —Se envolvió el pecho con los brazos—. No creo que pueda volver a hacerlo nunca más.

Venka le señaló los ojos.

—¿Es por eso por lo que has estado llorando?

—No… Es que… —Rin respiró entrecortadamente—. No sé si sigo siendo útil.

La otra chica puso los ojos en blanco.

—A ver, aún puedes sujetar una espada, ¿no?



12

Durante la siguiente semana, tres provincias más declararon su independencia del Imperio.

Tal y como había predicho Nezha, los jefes militares del sur fueron los primeros en capitular. Al fin y al cabo, el sur no tenía motivos para seguir siéndole leal al Imperio o a Daji. Eran los que más habían sufrido las consecuencias de la Tercera Guerra de la Amapola. Sus refugiados se morían de hambre, tenían más bandidos que nunca y el ataque al Palacio de Otoño había destruido cualquier posibilidad que hubieran tenido de ganar concesiones o promesas de ayuda en la cumbre de Lusan.

Los jefes militares del sur notificaron a Arlong sus intenciones de independizarse, si se encontraban lo suficientemente cerca, a través de delegados sin aliento que viajaron a pie o, si estaban más lejos, por medio de palomas mensajeras. Días más tarde, los propios jefes militares llegaron a las puertas de Arlong.

—Las del Gallo, el Mono y el Jabalí. —Nezha enumeraba las provincias mientras veían cómo los guardias de Eriden escoltaban al corpulento jefe militar del Jabalí hasta el palacio—. No está mal.

—Seríamos cuatro provincias contra ocho —dijo Rin—. Tampoco es que las tengamos todas con nosotros.

—Cinco a siete. Y son buenos generales. —Eso era cierto. Ninguno de los jefes militares del sur había obtenido su puesto por derecho de nacimiento. Todos habían conseguido ese rango tras las masacres de la Segunda y la Tercera Guerra de la Amapola—. Y Tsolin acabará entrando en razón.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tsolin sabe bien qué bando le conviene. Acabará presentándose aquí. Anímate, esto está saliendo todo lo bien que esperábamos.

Rin se había imaginado que una vez que la alianza de las cuatro provincias se consolidara, marcharían hacia el norte de inmediato. Pero el arte de la política no tardó en hacer añicos su esperanza de una acción rápida. Los jefes militares del sur no habían acudido a Arlong con sus ejércitos. Sus fuerzas militares permanecieron en sus respectivas capitales, cubriendo sus bases, observándolo todo antes de unirse a la refriega. El sur estaba a la espera. Al independizarse, habían conseguido librarse de la ira de Vaisra, pero, mientras no mandaran a ninguna de sus

tropas contra el Imperio, aún existía la posibilidad de que Daji los recibiera de nuevo con los brazos abiertos y les perdonara todas sus ofensas.

Pasaron los días. La orden de zarpar no llegaba. La alianza de las cuatro provincias se pasaba horas y horas debatiendo la estrategia en una serie de Consejos de Guerra interminables. Rin, Nezha y Kitay estaban presentes en todos ellos. Nezha, por ser un general; Kitay, porque, en un extraño giro de los acontecimientos, había pasado a ser considerado un estratega competente, aunque no uno particularmente apreciado; y Rin, simplemente porque Vaisra la quería allí.

La joven sospechaba que el propósito de su presencia era intimidar al resto, tranquilizarlos en cierto modo haciéndoles ver que si la esperiliana destructora de islas estaba vivita y coleando en Arlong, entonces no podía ser muy complicado ganar esa guerra.

Intentó hacer todo lo posible para actuar como si eso no fuese mentira.

—Necesitamos escuadrones mixtos, o esta alianza acabará siendo un simple pacto suicida. —El general Hu, el jefe de estrategia de Vaisra, hacía ya tiempo que había dejado de intentar disimular su frustración—. El ejército de la República debe presentar un frente unido. Los hombres no pueden pensar que siguen formando parte de los escuadrones de su antigua provincia.

—No voy a dejar a mis hombres al mando de soldados a los que no conozco —dijo el jefe militar del Jabalí. Rin detestaba a Cao Charouk. Parecía no hacer nada más que quejarse de todo lo que el equipo de Vaisra sugería, y lo hacía con tanta vehemencia que la joven llegó a preguntarse qué pintaba entonces en Arlong—. Y esos escuadrones no funcionarán. Les estáis pidiendo a hombres que ni siquiera se conocen que luchen juntos. No emplean las mismas señales de mando, no usan los mismos códigos y no tienen tiempo para aprender nuevos.

—Tampoco es que parezca que estáis dispuestos a atacar al norte en el futuro más próximo, así que imagino que tendrán meses para aprender —masculló Kitay.

Nezha profirió un ruido ahogado que sonó como una risa.

Parecía que Charouk tuviera muchas ganas de ensartar a Kitay en un mástil si le daban la oportunidad.

—No podemos vencer a Daji si luchamos con cuatro ejércitos distintos —se apresuró a intervenir el general Hu—. Nuestros exploradores nos han informado de que, mientras hablamos, la emperatriz está formando una coalición en el norte.

—Eso no importa si no tienen una flota —dijo el jefe militar del Mono, Liu Gurubai. De entre los jefes militares del sur, era el que más cooperaba. De lengua afilada y un observador sagaz, se pasaba la mayor parte de las reuniones acariciándose sus bigotes, densos y oscuros, mientras intentaba ver todas las perspectivas.

Rin pensó que si solo tuvieran que lidiar con Gurubai, entonces ya habrían marchado hacia el norte. El jefe militar del Mono era precavido, pero al menos respondía a razones. Sin embargo, los del Jabalí y el Gallo parecían estar decididos a atrincherarse en Arlong, detrás del ejército de Vaisra. Gong Takha se había pasado los últimos días sentado alrededor de la mesa, callado y malhumorado, mientras Charouk no dejaba de expresar sus sospechas sobre el resto de los presentes en la sala.

—Pero la tendrán. Daji ha encargado la construcción de navíos a centros civiles para restaurar la flota imperial. Están reconvirtiendo los barcos de transporte de grano en galeras de guerra, y han construido astilleros navales en varias localizaciones de la Provincia del Tigre. —El general

Hu dio unos golpecitos sobre el mapa—. Cuanto más esperemos, más tiempo tendrán ellos para prepararse.

—¿Quién va a liderar esa flota? —preguntó Gurubai.

—Chang En.

—Qué sorpresa —dijo Charouk—. ¿Y Jun no?

—Jun no quiso el puesto —declaró el general Hu.

Charouk enarcó una ceja.

—Eso sí que es una novedad.

—Es sabio por su parte —dijo Vaisra—. Nadie quiere tener que darle órdenes a Chang En. Cuando sus oficiales lo cuestionan, les corta la cabeza.

—Sin duda, eso es señal de que el Imperio va cuesta abajo —comentó Takha—. Ese hombre es horrible y un inútil.

El general Carne de Lobo era conocido por su brutalidad. Cuando Chang En había llevado a cabo su golpe de Estado contra el anterior jefe militar del Caballo, sus tropas habían partido cráneos por la mitad y luego habían colgado las cabezas cortadas sobre las murallas de su capital.

—O quizás tan solo signifique que todos los generales buenos están muertos —dijo Jinzha, arrastrando las palabras. Hasta el momento, se había contenido notablemente durante el Consejo, aunque Rin había podido ver cómo a lo largo de las horas su expresión había pasado a ser de desdén.

—Tú debes de saberlo bien —le respondió Charouk—. Él fue tu maestro, ¿no?

Jinzha enfureció.

—Eso fue hace cinco años.

—No es mucho tiempo para una carrera tan corta.

Jinzha abrió la boca para replicar, pero Vaisra lo interrumpió al levantar una mano.

—Si vas a acusar a mi hijo mayor de traición…

—Nadie está acusando a Jinzha de nada —declaró Charouk—. Te repito, Vaisra, que no creemos que tu hijo sea la mejor opción para liderar tu flota.

—Vuestros hombres no podrían estar en mejores manos. Jinzha estudió el arte de la guerra en Sinegard, ha estado al frente de tropas en la Tercera Guerra de la Amapola…

—Igual que todos nosotros —dijo Gurubai—. ¿Por qué no le das el puesto a uno de nuestros generales? ¿O a uno de nosotros?

—Porque sois demasiado importantes como para prescindir de vosotros.

Ni siquiera Rin pudo evitar encogerse ante ese halago tan descarado. Los jefes militares del sur intercambiaron miradas cargadas de ironía. Gurubai puso los ojos en blanco de forma exagerada.

—De acuerdo, otro motivo es que los hombres de la Provincia del Dragón no están preparados para luchar bajo las órdenes de otra persona —dijo Vaisra—. Lo creáis o no, intento dar con la solución que más os proteja a vosotros.

—Y, sin embargo, son nuestras tropas las que quieres poner en primera línea de batalla —indicó Charouk.

—La Provincia del Dragón va a destinar más tropas que nadie, caraculo —explotó Rin. No pudo contenerse. Sabía que Vaisra quería que tan solo observara, pero no soportaba quedarse contemplando ese desastre de pasividad y mezquinas rencillas internas. Los jefes militares se

estaban comportando como niños, riñendo como si otra persona pudiera ganar esa guerra por ellos si se limitaban a dejar pasar el tiempo lo suficiente.

Todos se quedaron mirándola como si, de repente, le hubieran salido alas. Como Vaisra no la interrumpió, Rin continuó:

—Han pasado tres putos días. ¿Por qué coño seguimos discutiendo sobre la formación de las divisiones? Ahora el Imperio está debilitado. Tenemos que enviar ya un ejército al norte.

—Entonces, ¿por qué no te enviamos solo a ti? —preguntó Takha—. Asolaste la Isla del Arco Largo, ¿no?

Rin no desaprovechó esa oportunidad.

—¿Queréis que elimine a la mitad del país? Mis poderes no discriminan.

Takha miró a Vaisra.

—¿Qué pinta ella aquí?

—Soy la comandante de los Cike —declaró Rin—. Y estoy aquí, delante de vosotros.

—Eres una niña sin experiencia de mando y casi ni un año de experiencia de combate —dijo Gurubai—. No te atrevas a decirnos cómo librar una guerra.

—La última guerra la gané yo. Vosotros ni siquiera estaríais aquí si no hubiera sido por mí.

Vaisra le posó una mano sobre el hombro.

—Silencio, Runin.

—Pero…

—Cállate —dijo el jefe militar del Dragón con dureza—. Esta conversación te supera. Deja hablar a los generales.

Rin se tragó su protesta.

La puerta chirrió al abrirse. Un ayudante de palacio asomó la cabeza por el hueco.

—El jefe militar de la Serpiente está aquí para verle, señor.

—Déjalo pasar —le indicó Vaisra.

El ayudante entró en la sala para mantener la puerta abierta.

Ang Tsolin entró en la estancia, sin escolta y desarmado. Jinzha se desplazó hacia la derecha para dejar que Tsolin se posicionara al lado de su padre. Nezha le lanzó a Rin una mirada engreída, como diciéndole: «Te lo dije».

Vaisra parecía igual de seguro de sí mismo.

—Me alegra ver que se une a nosotros, maestro.

Tsolin frunció el ceño.

—No tenías por qué pasar cerca de mi flota.

—Si hubiéramos tomado el otro camino, habríamos tardado más.

—Lo primero que hicieron fue ir a por mi familia.

—Doy por hecho que fue lo bastante previsor como para sacarla de allí a tiempo.

Tsolin se cruzó de brazos.

—Mi mujer y mis hijos llegarán mañana por la mañana. Quiero que les proporciones el alojamiento más seguro que tengas. Si detecto el más mínimo indicio de un espía en sus dependencias, me iré con toda mi flota a unirme al Imperio.

Vaisra inclinó la cabeza.

—Lo que usted desee.

—Bien. —Tsolin se inclinó hacia delante para examinar los mapas—. Estos están

completamente mal.

—¿Por qué? —preguntó Jinzha.

—La Provincia del Caballo no se ha quedado de brazos cruzados. Están reuniendo a sus tropas en la base de Yinsha. —Tsolin señaló un punto justo por encima de la Provincia de la Liebre—. Y la Provincia del Tigre está desplazando a su flota hacia el Palacio de Otoño. Están bloqueando vuestras rutas de ataque. No os queda mucho tiempo.

—Entonces, dígame qué debo hacer —le pidió Vaisra. A Rin le sorprendió lo rápido que el jefe militar del Dragón podía cambiar su tono: de autoritario a respetuoso y manso, como un estudiante que buscara la ayuda de su profesor.

Tsolin le dedicó una mirada cautelosa.

—Han muerto hombres buenos por tu culpa. Espero que seas consciente de ello.

—Entonces, han muerto por una buena causa —se defendió Vaisra—. Sospecho que usted también es consciente de eso.

Tsolin no le respondió. Simplemente tomó asiento, se acercó los mapas y comenzó a examinar las líneas de ataque con el gesto cauteloso y experimentado de un hombre que se había pasado toda la vida librando batallas.

A medida que pasaban los días, a pesar del continuo retraso de la ofensiva norteña, Arlong continuó movilizándose para la guerra igual que un resorte listo para saltar. Las preparaciones estaban integradas en casi todos los aspectos de la vida civil. Niños de mirada penetrante se encargaban de las fraguas de la armería y pasaban mensajes por toda la ciudad. Sus madres daban perfectas puntadas en los uniformes a una velocidad sorprendente. En el comedor, las abuelas removían la sopa de arroz en contenedores gigantes mientras sus nietos les servían los cuencos a los soldados.

Pasó otra semana más. Los jefes militares continuaron gritándose los unos a los otros en la sala del Consejo. Rin no soportaba ya la espera, así que gastaba su adrenalina con Nezha.

El entrenamiento de combate era un ejercicio que agradecía. La reyerta en Lusan había dejado de manifiesto que había estado dependiendo en exceso de invocar el fuego. Había perdido reflejos, se le habían atrofiado los músculos y su resistencia era patética.

Al menos una vez al día, Nezha y ella tomaban sus armas y se encaminaban hacia un claro en lo más alto de los acantilados. Rin se perdía a sí misma en la pura y mecánica corporalidad de sus combates. Cuando se enfrentaban, su mente no podía aferrarse a ningún pensamiento durante mucho tiempo. Estaba demasiado ocupada calculando los ángulos, maniobrando con el acero contra el acero. La inmediatez de la lucha era como una especie de droga, una que podía adormecer cualquier otra sensación que llegara a experimentar.

Altan no podía torturarla si no tenía tiempo para pensar.

Golpe tras golpe, moratón tras moratón, Rin recuperó la memoria muscular que había perdido, y disfrutó de ello. De ese modo, podía canalizar la adrenalina y el miedo que le producían ansiedad a diario.

Los primeros días acabó hecha polvo y dolorida. Los siguientes fueron mejores. Consiguió que el uniforme se adaptara a su cuerpo. Perdió su apariencia delgada y esquelética. Eso era lo único bueno de que el Consejo fuera tan lento a la hora de deliberar, que le dio tiempo de volver

a ser la soldado que era antes.

Nezha no era un compañero de entrenamiento benévolo, y ella tampoco quería que lo fuera. La primera vez que su amigo se contuvo por miedo a hacerle daño, Rin le puso la zancadilla y lo tiró al suelo.

El joven había acabado apoyado contra su estómago.

—Si querías un buen revolcón, solo tenías que pedirlo.

—No seas asqueroso —le dijo Rin.

Una vez que dejó de perder los enfrentamientos cuerpo a cuerpo en menos de treinta segundos, pasaron a las armas de entrenamiento.

—No sé por qué insistes en usar esa cosa —le dijo Nezha tras tirarle el tridente por tercera vez—. Es demasiado torpe. Padre no deja de decirme que te convenza para que lo cambies por una espada.

Rin ya sabía qué era lo que quería Vaisra, y estaba harta de tener esa discusión.

—El alcance es más importante que la maniobrabilidad. —Metió el pie por debajo del tridente y le dio una patada para lanzárselo a las manos.

Nezha la atacó desde la derecha.

—¿Alcance?

Rin lo esquivó.

—Cuando invocas el fuego, nadie puede acercársete.

Nezha retrocedió.

—No es por señalar lo evidente, pero ya no puedes hacer eso.

La esperiliana frunció el ceño.

—Lo solucionaré.

—Pero imagínate que no lo consigues.

—Imagínate que dejas de subestimarme.

No quería decirle a su amigo que había estado intentándolo. Que cada noche subía hasta ese mismo claro, donde nadie podía verla, ingería una dosis del estúpido polvo azul de Chaghan, se acercaba al Sello e intentaba quemar al fantasma de Altan para expulsarlo así de su mente.

Nunca funcionaba. Era incapaz de volver a hacerle daño, sobre todo a esa versión tan maravillosa de Altan a la que nunca había conocido. Cuando intentaba enfrentarse a él, el esperiliano se enfadaba. Y entonces, Rin recordaba por qué siempre le había aterrorizado.

La peor parte de Altan parecía hacerse cada vez más fuerte. Su mirada brillaba más vivida en la oscuridad, su risa era más estridente, y varias noches había estado a punto de asfixiarla hasta matarla antes de que la joven recuperara la consciencia. No importaba que solo fuera una visión. Su miedo lo convertía en una entidad más presente que cualquier otra cosa.

—Date vida. —Rin pinchó a Nezha en un costado, saltando para pillarlo desprevenido, pero el joven levantó su espada y detuvo el golpe justo a tiempo.

Se enfrentaron durante un par de segundos más, pero ella no tardó en agotarse. De pronto, le pareció que su tridente pesaba el doble, sintió como si estuviera luchando a un tercio de su velocidad habitual. Su juego de pies era chapucero, sin forma ni técnica, y sus golpes eran cada vez más desordenados e imprudentes.

—No es algo tan malo —le dijo Nezha. Esquivó un golpe que iba directo a su cabeza—. ¿No te alegras?

Rin se quedó inmóvil.

—¿De qué debería alegrarme?

—Es decir, creía que… —Se tocó la sien con una mano—. ¿No es un alivio volver a ser dueña de tu mente?

Rin golpeó la empuñadura del tridente contra el suelo.

—¿Creías que había perdido la cabeza?

Nezha se apresuró a retractarse.

—No, es decir, creía…. Vi lo mucho que estabas sufriendo. Parecía ser una tortura. Creía que, al menos ahora, te sentirías algo más aliviada.

—Ser una inútil no es ningún alivio —replicó.

Hizo girar el tridente sobre su cabeza, azotándolo en el aire para generar impulso. No era una vara, y debería haber sabido que no era prudente blandir esa arma como si lo fuera. Pero estaba enfadada, no estaba pensando y sus músculos siguieron unos patrones que, pese a que le eran conocidos, no eran los adecuados.

Y acabó siendo evidente. Nezha bien podría haber estado entrenando con una niña. Le quitó el tridente de las manos en cuestión de segundos.

—Te lo dije —comentó—. No tiene flexibilidad.

Rin recogió el tridente del suelo.

—Aun así, tiene mayor alcance que tu espada.

—¿Y qué pasa entonces si me acerco a ti? —Nezha enganchó su espada entre los huecos del tridente y acortó la distancia entre ambos. Rin intentó esquivarlo, pero su amigo tenía razón. El joven había logrado quedarse fuera del alcance del tridente.

Con la otra mano, Nezha llevó su daga hacia la barbilla de Rin. Ella le dio una desesperada patada en la espinilla. El chico se dobló de rodillas.

—Zorra —le espetó.

—Te lo mereces.

—Que te den. —Nezha se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre la hierba, sujetándose la pierna—. Ayúdame a levantarme.

—Tomémonos un descanso. —Rin soltó su tridente y se sentó junto a Nezha. La joven aún no había recuperado el aliento. Seguía cansándose demasiado rápido. No lograba estar más de dos horas entrenando, y mucho menos lograría pasar un día entero en el campo de batalla.

Nezha ni siquiera estaba sudando.

—Se te da mucho mejor la espada. Por favor, dime que eso lo sabes.

—No seas condescendiente.

—¡Esa cosa es inútil! ¡Es demasiado pesado para ti! Pero te he visto con una espada y…

—Ya me acostumbraré a usar el tridente.

—Creo que no deberías tomar decisiones que pueden acabar suponiendo la diferencia entre la vida y la muerte basándote en motivos sentimentales.

Rin lo fulminó con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso?

Nezha arrancó un puñado de hierba del suelo.

—Olvídalo.

—No, dilo.

—Vale. No quieres cambiar de arma porque esa era suya, ¿no?

A la esperiliana se le retorció el estómago.

—Eso es una estupidez.

—Ah, venga ya. Siempre estás hablando de Altan como si hubiera sido un gran héroe. Pero no lo era. Lo vi en Khurdalain, y también presencié cómo le hablaba a la gente…

—¿Y se puede saber cómo le hablaba a la gente? —preguntó Rin, cortante.

—Como si fueran simples objetos, como si le pertenecieran y no le importara nada más que el hecho de cómo podían servirle. —Su tono pasó a ser mordaz—. Altan era una mala persona y un comandante de mierda. Me hubiera dejado morir, y lo sabes. Aun así, aquí estás, correteando con su tridente, parloteando sobre vengarte en nombre de alguien a quien deberías odiar.

De pronto, Rin sintió el tridente increíblemente pesado entre sus manos.

—Eso no es justo. —Escuchó un leve zumbido en los oídos—. Está muerto… No puedes… No es justo.

—Lo sé —dijo Nezha débilmente. La rabia lo había abandonado igual de rápido que había llegado. Parecía agotado. Se sentó, con los hombros hundidos, despedazando la hierba con los dedos—. Lo siento. No sé por qué he dicho eso. Sé lo mucho que te importaba.

—No pienso hablar sobre Altan —replicó Rin—. No contigo. Ni ahora. Ni nunca.

—Muy bien —respondió su amigo. Le dedicó una mirada que ella no fue capaz de interpretar, una que bien podría haber sido de lástima y decepción a partes iguales, una que hizo que se sintiera profundamente incómoda—. Muy bien.

Tres días más tarde, el Consejo al fin llegó a una decisión consensuada. A Vaisra y a Tsolin se les ocurrió una solución que no requería una acción militar inmediata, y luego convencieron al resto por medio de argumentos.

—Vamos a matarlos de hambre —anunció Vaisra—. El sur es el centro agrícola del Imperio. Si las provincias del norte no quieren independizarse, simplemente dejaremos de alimentarlas.

Takha mostró su rechazo.

—Nos estáis pidiendo que reduzcamos al menos un tercio nuestras exportaciones.

—Solo perderéis ingresos durante un año o dos —le explicó Vaisra—. Y luego, para el año siguiente, vuestros precios subirán. El norte no está en condiciones de volverse agrícolamente autosuficiente. Si hacéis este único sacrificio, también podría suponer el fin de los aranceles. Los que mendiguen entonces no tendrán capacidad de negociación.

—¿Y qué pasa con las rutas costeras? —preguntó Charouk.

Rin tuvo que admitir que era justo hacer esa pregunta. El Murui Occidental y el río Golyn no eran los únicos que llegaban hasta el norte. Esas provincias podrían obtener alimentos de contrabando a través de la costa sin problema. Solo tendrían que enviar río abajo a comerciantes disfrazados de sureños para que compraran provisiones. Tenían plata más que suficiente para ello.

—Moag se encargará de eso —declaró Vaisra.

Charouk parecía asombrado.

—¿Vais a confiar en la reina pirata?

—Este trato le beneficia —afirmó Vaisra—. Por cada embarcación con provisiones que intercepte, su flota se llevará el setenta por ciento de los beneficios. Sería una idiota si nos

traicionara.

—No obstante, el norte tiene otras formas de conseguir grano —señaló Gurubai—. Por ejemplo, la Provincia de la Liebre cuenta con tierras de cultivo…

—No, ya no cuentan con ellas. —Jinzha puso un gesto engreído—. El año pasado la Provincia de la Liebre sufrió una plaga y se quedó sin grano. Les vendimos varias cajas de semillas de alto rendimiento.

—Lo recuerdo —dijo Tsolin—. Si con eso intentabais ganaros su favor, no funcionó.

Jinzha sonrió con malicia.

—No era eso lo que intentábamos. Les vendimos semillas en mal estado, lo que los empujó a consumir sus reservas para emergencias. Si les cortamos el suministro externo, sufrirán una hambruna en cuestión de seis meses.

Por una vez, los jefes militares parecieron impresionados. Rin vio cómo asentían a regañadientes alrededor de la mesa.

El único que no parecía contento era Kitay.

—¿Seis meses? —repitió—. Creía que el plan era intentar retirarnos en cosa de un mes.

—Para entonces, aún no habrán sufrido los efectos del bloqueo —dijo Jinzha.

—¡Eso da igual! La amenaza del bloqueo es lo único que importa, no tenéis por qué matarlos de hambre de verdad…

—¿Por qué no? —le preguntó Jinzha.

El joven estratega parecía horrorizado.

—Porque estaréis castigando a miles de personas inocentes. Y porque eso no es lo que me dijisteis cuando me pedisteis que hiciera los cálculos…

—Da igual lo que te hayan dicho —declaró el hijo mayor de los Yin—. Esto a ti no te incumbe.

Kitay siguió hablando.

—¿Por qué vamos a matarlos de hambre poco a poco? ¿Por qué vamos a esperar? Si lanzamos una ofensiva ahora mismo, podemos ponerle fin a esta guerra antes de que llegue el invierno. Si tardamos más que eso, acabaremos atrapados en el norte cuando los ríos se congelen.

El general Hu rio.

—El chico cree que sabe cómo librar una campaña de guerra mejor que nosotros.

Kitay se quedó lívido.

—Yo sí que he leído de verdad a Sun Tzu, así que sí.

—No eres el único estudiante de Sinegard en esta mesa —declaró el general Hu.

—Ya, pero yo lo fui en una época en la que, para entrar, hacia falta tener algo de cerebro, así que su opinión no cuenta para nada.

—¡Vaisra! —gritó el general Hu—. ¡Controla a este chico!

—«Controla a este chico» —lo imitó Kitay—. «Silencia a la única persona aquí con una estrategia mínimamente viable solo porque mi ego no puede soportarlo».

—Suficiente —dijo Vaisra—. Te estás excediendo.

—Este plan sí que es excesivo —replicó Kitay.

—Retírate —le ordenó el jefe militar del Dragón—. Mantente fuera de mi vista hasta que mande a buscarte.

Por un breve y aterrador momento, Rin creyó que Kitay iba a burlarse también de Vaisra,

pero el chico se limitó a tirar sus papeles sobre la mesa, volcando los tinteros, y a salir por la puerta hecho una furia.

—Sigue teniendo berrinches como ese y mi padre dejará de incluirte en sus Consejos —dijo Nezha.

Rin y él habían seguido a Kitay fuera, una jugada que a la joven le pareció bastante peligrosa por parte de Nezha. Sin embargo, Kitay estaba demasiado enfadado como para agradecerle el gesto.

—Si siguen ignorándome, no habrá ningún palacio en el que celebrar Consejos —estalló Kitay—. ¿Un bloqueo? ¿Un puto bloqueo?

—Es la mejor opción que tenemos por el momento —dijo Nezha—. No contamos con los recursos militares suficientes como para navegar solos hasta el norte, pero podemos esperar por el resto.

—Pero ¡eso podría llevar años! —gritó Kitay—. ¿Y qué pasará mientras tanto? ¿Vais a dejar morir a la gente?

—Las amenazas tienen que ser creíbles para que funcionen.

Kitay le lanzó a Nezha una mirada desdeñosa.

—Intenta tú lidiar con un país sumido en una crisis alimentaria. No puedes unificarlo matando de hambre a gente inocente.

—No van a morir de hambre…

—¿No? ¿Van a comerse la corteza de los árboles? ¿Las hojas? ¿Los excrementos de las vacas? Se me ocurren un millón de estrategias mejores que el asesinato.

—Entonces, intenta ser diplomático —estalló el hijo del jefe militar del Dragón—. No puedes faltarle el respeto a la vieja Guardia.

—¿Por qué no? ¡La vieja Guardia no tiene ni idea de lo que hace! —gritó Kitay—. ¡Ocupan esos puestos porque se les da bien la manipulación de facciones políticas! Se graduaron en Sinegard, sí, pero eso fue cuando todo su plan de estudios se basaba solo en un entrenamiento básico para emergencias. No cuentan con una base sólida en ciencia o tecnología militar, y nunca se han molestado en aprender porque saben que jamás perderán sus puestos.

—Creo que estás subestimando a unos hombres muy cualificados —dijo Nezha con frialdad.

—No, tu padre está en un punto muerto —afirmó Kitay—. No, espera, ya lo entiendo, se trata de lo siguiente: los hombres en los que puede confiar no son competentes, pero debe mantener bien atados a los que sí lo son, porque a estos les podría parecer que lo más inteligente es desertar.

—¿Y por eso confía en ti?

—Soy el único que sabe lo que está haciendo.

—Y básicamente te uniste a nosotros ayer, así que no puede sorprenderte tanto que mi padre confíe menos en ti que en los hombres que llevan décadas sirviéndole.

Kitay se marchó enfurecido, mascullando algo entre dientes. Rin sospechaba que no lo verían abandonar la biblioteca hasta dentro de unos días.

—Capullo —murmuró Nezha cuando Kitay estuvo lo bastante lejos como para que no lo oyera.

—A mí no me mires —dijo Rin—. Yo estoy de su parte.

A la joven no le importaba demasiado el bloqueo. Si las provincias del norte se estaban resistiendo, entonces se merecían lo de la hambruna. Sin embargo, no soportaba la idea de que fueran a agitar el avispero… Porque entonces su única estrategia sería aguardar, esconderse y rezar para que las avispas no fueran las primeras en picarles.

No soportaba la incertidumbre. Quería estar en la ofensiva.

—No van a morir personas inocentes —insistió Nezha, aunque más bien parecía que estuviera intentando convencerse a sí mismo—. Se rendirán antes de que la cosa se ponga fea. No les queda otra.

—¿Y qué pasa si no lo hacen? —le preguntó Rin—. En ese caso, ¿atacaremos?

—Atacaremos o les dejaremos morir de hambre —respondió el joven—. En cualquier caso, ganamos nosotros.

Las operaciones militares en Arlong se centraron en su propio interior. El ejército dejó de preparar las embarcaciones para salir a alta mar y se centró en construir estructuras de defensa para hacer que la ciudad fuera completamente invulnerable a una invasión de la Milicia.

Cada vez parecía más probable que fuesen a librar una guerra defensiva. Si la República no iniciaba ya su ataque al norte, entonces acabarían atrapados en casa hasta la siguiente primavera. Se encontraban a mediados de otoño, y Rin recordaba lo duros que eran los inviernos sinegardianos. A medida que los días fueran cada vez más fríos, sería más complicado hacer hervir el agua y preparar comida caliente. Las enfermedades y la congelación se extenderían rápidamente por los campamentos. Las tropas acabarían en un estado lamentable.

Pero el sur continuaría cálido, acogedor y listo para ser ocupado. Cuanto más tiempo esperaran, más probable era que la Milicia zarpara río abajo hacia Arlong.

Rin no quería participar en una batalla defensiva. Cada gran tratado sobre estrategia militar afirmaba que las batallas defensivas eran una pesadilla. Y Arlong, por muy impenetrable que fuera, recibiría igualmente un fuerte golpe de las fuerzas combinadas del norte. Sin duda, Vaisra también tenía que ser consciente de ello. Era demasiado competente como para creer lo contrario. No obstante, en una reunión tras otra, reprendía a Kitay por expresar su opinión, aplacaba a los jefes militares y no hacía ni lo más mínimo para alentar a la alianza a entrar en acción.

Rin comenzaba a pensar que hasta un ataque independiente por parte de la Provincia del Dragón sería mejor que no hacer nada. Pero las órdenes no llegaban.

—Mi padre tiene las manos atadas —decía Nezha sin parar.

Kitay continuó atrincherado en la biblioteca, trazando planes de guerra que, para su creciente frustración, jamás serían puestos en práctica.

—Sabía que unirme a vosotros acabaría suponiendo una traición —le espetó a Nezha—. Pero no creía que fuera a ser un suicidio.

—Los jefes militares acabarán entrando en razón —dijo él.

—Lo dudo. Gharouk es un cerdo holgazán que quiere esconderse detrás de las espadas republicanas, Takha no tiene lo que hay que tener para hacer otra cosa que no sea ocultarse detrás de Charouk, y Gurubai tal vez sea el más inteligente del grupo, pero no piensa jugarse el cuello si

los otros dos no lo hacen.

«Tiene que haber algo más», pensó Rin. «Algo que no sepamos». Era imposible que Vaisra se limitara a cruzarse de brazos y que dejara que llegara el invierno sin tomar la iniciativa. ¿A qué estaba esperando?

A falta de una mejor opción, la esperiliana puso toda su fe ciega en Vaisra. No le quedó otra que apechugar cuando sus hombres le preguntaron a qué se debía el retraso. Hizo oídos sordos a los rumores de que Vaisra estaba considerando acordar un tratado de paz con la emperatriz. Sabía que ella no tenía influencia en asuntos políticos, así que se centró en las cosas que sí que podía controlar.

Entrenó más con Nezha. Dejó de blandir su tridente como si fuera una vara. Se familiarizó con los generales y los lugartenientes del ejército de la República. Hizo todo lo posible por integrar a los Cike en el ecosistema militar de la Provincia del Dragón, aunque Baji y Ramsa se quejaron de la estricta prohibición de beber alcohol. Se aprendió las señales de mando, los canales de comunicación y las formaciones de ataque anfibio del ejército de la República. Se preparó para la guerra, cuando quiera que fuera a producirse.

Hasta que llegó el día en el que los gongs sonaron con frenesí por todo el puerto y los mensajeros corrieron por el muelle. Por todo Arlong se extendió la noticia de que unos barcos estaban llegando a la Provincia del Dragón. Unas embarcaciones enormes y blancas procedentes de Occidente.

Fue entonces cuando Rin comprendió por qué habían estado esperando tanto.

Resultó que Vaisra no había estado intentando evitar la expedición al norte.

Había estado esperando a los refuerzos.



13

Rin se abrió paso como pudo entre la multitud detrás de Nezha, que no se cortaba a la hora de dar codazos para llegar hasta el frente del puerto. El muelle ya estaba atestado de civiles curiosos y soldados, todos buscando la mejor posición para echarle un buen vistazo a la embarcación hesperiana. Sin embargo, nadie estaba realmente mirando hacia el mar. Todas las cabezas estaban inclinadas hacia el cielo.

Las tres naves, cada una del tamaño de una ballena, surcaban las nubes. Cada una contaba con una gran cesta rectangular amarrada a la parte inferior, con unas banderas cerúleas cosidas en los costados. Rin parpadeó varias veces mientras las observaba.

¿Cómo podían unas estructuras tan gigantescas mantenerse en el aire?

Parecían absurda e increíblemente antinaturales, como si algún dios estuviera moviéndolas a su voluntad a través del cielo. Pero aquello no podía ser obra de los dioses. Los hesperianos no creían en el Panteón.

¿Sería obra de su Creador Divino? Esa posibilidad hizo que Rin se estremeciera. Le habían enseñado que el Creador Divino de los hesperianos era un constructo, una ficción con la que controlar a una población temerosa. Era imposible que la deidad única, antropomórfica y todopoderosa en la que creían los hesperianos explicara la complejidad del universo. Pero si el Creador era real, entonces todo lo que la joven sabía sobre las sesenta y cuatro deidades, sobre el Panteón, era erróneo.

¿Y si sus dioses no eran los únicos en el universo? ¿Qué pasaba si existía una deidad superior, una a la que solo los hesperianos tenían acceso? ¿Sería por ese motivo por lo que eran tan inmensamente avanzados?

El cielo se vio inundado por un sonido como el del zumbido de millones de abejas amplificado por cien mientras las naves voladoras se acercaban a ellos.

Rin divisó a personas asomadas al borde de las cestas colgantes. Desde abajo, parecían juguetitos. Las ballenas voladoras comenzaron a aproximarse al puerto para aterrizar, haciéndose cada vez más grandes en el cielo, hasta que sus sombras taparon todo lo que se encontraba debajo. La gente en el interior de las cestas agitó los brazos por encima de sus cabezas. Abrieron mucho las bocas: estaban gritando algo, pero nadie podía escucharlos por encima del ruido.

Nezha agarró a Rin de la muñeca y tiró de ella hacia atrás.

—Apártate —le gritó al oído.

A eso le siguió un breve momento de caos mientras la Guardia de la ciudad apartaba a la multitud de la zona de aterrizaje. Una por una, las naves voladoras tocaron tierra. Todo el puerto tembló a causa del impacto.

Por fin, el zumbido se extinguió. Las ballenas de metal temblaron y cayeron hacia un lado a medida que fueron desinflándose sobre las cestas. Todo quedó en silencio.

Rin observó, a la espera.

—Se te van a salir los ojos de las órbitas —le dijo Nezha—. Solo son extranjeros.

—Solo serán extranjeros para ti. Para mí son criaturas exóticas.

—¿No había misioneros en la Provincia del Gallo?

—Solo en el litoral. —Los misioneros hesperianos habían sido expulsados del Imperio tras la Segunda Guerra de la Amapola. Varios se atrevían a seguir visitando las ciudades más alejadas del control de Sinegard, aunque la mayor parte de ellos no se acercaban a zonas rurales como Tikany —. Solo he escuchado historias sobre ellos.

—¿Como cuáles?

—Como que son gigantes, que están cubiertos de un pelaje rojo y que hierven a los niños y se los comen con la sopa.

—Sabes que nunca ha pasado nada de eso, ¿verdad?

—En mi pueblo están bastante convencidos de ello.

Nezha soltó una carcajada.

—Dejemos el pasado atrás. Ahora han venido hasta aquí en calidad de amigos.

El Imperio tenía una historia problemática con la República de Hesperia. Durante la Primera Guerra de la Amapola, los hesperianos le habían ofrecido ayuda militar y económica a la Federación de Mugen. Cuando los mugeneses hubieron eliminado cualquier rastro de la soberanía nikara, los hesperianos plagaron las regiones costeras de misioneros y escuelas religiosas con la intención de erradicar las supersticiosas religiones locales.

Durante un breve periodo de tiempo, los misioneros hesperianos llegaron incluso a prohibir las visitas a los templos. Si seguía existiendo algún culto chamánico tras la cruzada contra la religión del Emperador Rojo, los hesperianos se aseguraron de acabar con ello por completo.

Durante la Segunda Guerra de la Amapola, el pueblo de Hesperia pasó a ser el liberador. La Federación había cometido demasiadas atrocidades como para que los hesperianos, que siempre habían defendido que su ocupación beneficiaba a los nativos, pudieran defender moralmente su fingida neutralidad. Después de que Speer ardiera, enviaron a sus flotas hasta el mar Nariin, aunaron fuerzas con las tropas de la Tríada, expulsaron a la Federación de vuelta a su Isla del Arco Largo y orquestaron un acuerdo de paz con el recién reformado Imperio nikara en Sinegard.

Entonces, la Tríada impuso un control dictatorial sobre el país y echó a los extranjeros por mar. Los hesperianos que quedaban en Nikan eran traficantes o misioneros que se escondían en los puertos internacionales, como el de Ankhiluun y el de Khurdalain, predicando sus creencias a cualquiera que se tomase la molestia de escucharlos.

Al comienzo de la Tercera Guerra de la Amapola, esos últimos hesperianos en Nikan habían huido en embarcaciones de rescate tan rápido que, para cuando el contingente de Rin había llegado a Khurdalain, era como si nunca hubieran estado allí. A medida que avanzaba la guerra,

Hesperia había sido un atento observador que lo contemplaba todo desde el otro lado del gran mar mientras los ciudadanos nikaras morían abrasados en sus hogares.

—Podrían haber venido un poco antes —se quejó Rin.

—Durante las dos últimas décadas, una guerra ha asolado todo el continente occidental —le dijo Nezha—. Han estado algo distraídos.

Eso suponía una novedad para Rin. Hasta ese momento, las noticias sobre el continente occidental habían sido tan completamente irrelevantes para ella que bien podrían no haber existido.

—¿Y la han ganado?

—Podría decirse. Han muerto millones de personas. Y hay otros tantos millones sin hogar ni patria. Pero los Estados del Consorcio han salido fortalecidos, así que lo consideran una victoria. Aunque no sé si…

Rin lo agarró del brazo.

—Están bajando.

Unas puertas se abrieron en los laterales de cada cesta. Uno por uno, los hesperianos ocuparon el muelle.

Rin retrocedió al verlos.

Su piel era terriblemente pálida. No del perfecto blanco de la porcelana que tanto apreciaban los sinegardianos, sino más del tono de un pescado recién eviscerado. Y el color de sus cabellos parecía imposible: unos llamativos tonos cobres, dorados y bronces, nada que ver con el negro intenso de los nikaras.

Todo sobre ellos (su color, sus facciones, sus proporciones) era simplemente extraño.

No parecían personas. Parecían sacados de una historia de terror. Bien podrían haberse tratado de monstruos poseídos por demonios, conjurados para enfrentarse a los héroes del folclore nikara. Y aunque Rin era demasiado mayor para esos cuentos, todo lo que rodeaba a esas criaturas de ojos claros hacía que quisiera salir corriendo.

—¿Qué tal tu hesperiano? —le preguntó Nezha.

—Oxidado —admitió Rin—. Odio esa lengua.

A todos los habían obligado a estudiar durante varios años hesperiano diplomático en Sinegard. Las reglas de pronunciación eran arbitrarias, y su sistema gramatical estaba tan lleno de excepciones que era como si no existiera.

Ninguno de los compañeros de clase de Rin había prestado mucha atención durante sus lecciones de gramática hesperiana. Todos habían dado por sentado que la principal amenaza era la Federación, por lo que era más importante aprender mugenés.

La esperiliana suponía que en ese momento las cosas eran muy distintas.

Una columna de marineros hesperianos, todos idénticos con su cabello rapado y sus uniformes grises oscuros, se bajaron de las cestas y formaron dos filas rectas frente a la multitud. Rin contó a veinte soldados.

Examinó sus rostros, pero era incapaz de distinguirlos entre sí. Todos parecían tener los mismos ojos claros, las narices anchas y las mandíbulas fuertes. Todos eran hombres, y cada uno de ellos cargaba con un arma extraña cruzada delante del pecho. La joven no podía determinar el propósito de esa arma. Parecía hecha con una serie de tubos de distintos tamaños, unidos en el extremo con algo que parecía un asa.

Un último soldado cruzó la puerta de la cesta. Rin dio por hecho que se trataba de su general por el uniforme que llevaba, que, a diferencia del resto, contaba con cintas multicolores sobre el lado izquierdo del pecho. De inmediato, la joven tuvo la sensación de que era un hombre peligroso. Era al menos media cabeza más alto que Vaisra, tenía el pecho casi tan ancho como el de Baji, y su rostro curtido estaba plagado de líneas de expresión y transmitía inteligencia.

Detrás del general bajaron una fila de hesperianos encapuchados, vestidos con sotanas grises.

—¿Quiénes son esos? —le preguntó Rin a Nezha. No podían ser soldados, ya que no portaban armadura ni ningún arma.

—La Compañía Gris. Son representantes de la Iglesia del Arquitecto Divino.

—¿Son misioneros?

—Misioneros que pueden hablar en nombre de la iglesia central. Están altamente formados e instruidos. Podrían compararse con los graduados de la academia de Sinegard, solo que ellos se han especializado en religión.

—¿Cómo? ¿Han acudido a una escuela de sacerdotes?

—Algo así. También son científicos. En su religión, los científicos y los sacerdotes son lo mismo.

La esperiliana estuvo a punto de preguntarle qué quería decir con eso cuando una última figura emergió de la cesta central. Se trataba de una mujer delgada y menuda que lucía un abrigo negro abotonado de cuello alto. Parecía severa, extraña y elegante al mismo tiempo. Sin lugar a dudas, su atuendo no era nikara, pero su rostro tampoco era hesperiano. Le resultó curiosamente familiar.

—Hola —susurró Baji detrás de Rin—. ¿Quién es esa?

—Es *lady* Yin Saikhara —dijo Nezha.

—¿Está casada? —preguntó el Cike.

Nezha le lanzó una mirada de repulsión.

—Es mi madre.

Por eso Rin la había reconocido. Ya había visto antes a la dama de la Provincia del Dragón, hacía años, durante su primer día en Sinegard. *Lady* Saikhara había tomado al profesor Feyrik por un mozo y había tildado a Rin de basura sureña.

Tal vez los últimos cuatro años hubiesen obrado maravillas con la actitud de *lady* Saikhara, pero Rin no pudo evitar sentir una gran aversión hacia ella.

La mujer se detuvo ante la multitud, recorriendo el puerto con la mirada como si estuviera examinando su reino. Posó los ojos en Rin. Entornó los párpados. La joven creyó que era porque la había reconocido. Quizá Saikhara la recordaba. Pero entonces, tomó el brazo del general hesperiano y señaló hacia ella, con el rostro desencajado por lo que parecía ser miedo.

El general asintió y emitió una orden. Veinte soldados hesperianos apuntaron al mismo tiempo a Rin con sus armas hechas con tubos.

El silencio se extendió por entre la multitud a medida que los civiles se apresuraban a retroceder.

Varios estallidos rompieron el silencio. Rin se echó al suelo por instinto. Se abrieron ocho agujeros en la tierra delante de ella. La joven levantó la mirada.

El aire olía a quemado. Un humo gris emergía de los extremos de los tubos.

—Mierda —murmuró Nezha entre dientes.

El general gritó algo que Rin no logró comprender, pero no necesitó que nadie le tradujera lo que estaba diciendo. Solo podía interpretarse como una amenaza.

La esperiliana tenía dos formas por defecto de responder a las amenazas. Y salir corriendo no era una opción, no con tanta gente a su alrededor, así que solo le quedaba luchar.

Dos de los soldados hesperianos corrieron hacia ella. Rin golpeó su tridente contra la espinilla del que tenía más cerca. El hombre se tropezó, pero solo ligeramente. Rin le dio un codazo a un lado de la cabeza, lo agarró por los hombros y lo hizo girar, usándolo como un escudo humano para disuadirlos de que volvieran a disparar.

Funcionó hasta que algo le cayó sobre los hombros. Una red de pesca. Se retorció, intentando quitársela de encima, pero no hacía más que cerrársele sobre los brazos. Quienquiera que la sostuviera al otro lado tiraba de ella con fuerza, intentando desequilibrar a Rin.

El general hesperiano se cernió sobre la joven, apuntándole con el arma directamente a la cara. Rin levantó la vista hacia el cañón. El olor a pólvora eran tan intenso que estuvo a punto de asfixiarse.

—¡Vaisra! —gritó—. Ayuda…

Los soldados la rodearon. Unos brazos fuertes le llevaron los brazos por encima de la cabeza. Otros la agarraron por los tobillos para inmovilizarla. Rin escuchó un ruido metálico cerca de su cabeza. Se giró un poco y vio una bandeja de madera en el suelo, cerca de ella, sobre la que se encontraba una gran variedad de artilugios que parecían instrumentos de tortura.

Ya había visto artilugios como esos antes.

Alguien le tiró de la cabeza hacia atrás y le abrió la boca. Alguien de la Compañía Gris, una mujer con la piel como el alabastro que se arrodilló encima de ella. Le clavó algo duro y metálico en la lengua.

Rin le mordió los dedos.

La mujer apartó de golpe la mano.

La joven esperiliana se resistió aún más. Milagrosamente, aflojaron el agarre de sus hombros. Entonces, se agitó y volcó la bandeja, con lo que se esparcieron todos los instrumentos por el suelo. Por un desesperado momento, creyó que se liberaría.

Pero entonces, el general la golpeó en la cabeza con la culata de su arma y Rin vio unos destellos antes de quedarse inconsciente.

—Ah, bien —dijo Nezha—. Estás despierta.

Rin estaba tumbada sobre un suelo de piedra. Se puso en pie a duras penas. No estaba atada. Bien. Llevó la mano hacia su arma, que no estaba allí. Al no encontrar su tridente, cerró las manos en puños.

—¿Qué…?

—Ha sido un malentendido. —Nezha la agarró por los hombros—. Estás a salvo. Estamos solos. Lo que ha pasado ahí fuera ha sido un error.

—¿Un error?

—Creían que eras una amenaza. Mi madre les ha ordenado que te atacaran nada más pisar tierra.

A Rin le dolía la frente. Se llevó los dedos a una zona donde sabía que le estaba saliendo un

enorme moratón.

—Pues entonces tu madre es una verdadera zorra.

—Suele serlo, sí. Pero no corres peligro. Mi padre ya está explicándoles la situación.

—¿Y si no consigue convencerlos?

—Lo hará. No son idiotas. —Nezha la tomó de la mano—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

La esperiliana había comenzado a recorrer de un lado a otro la pequeña cámara como si fuera un animal enjaulado, rechinando los dientes y frotándose los brazos de forma nerviosa con las manos. Pero no podía quedarse quieta. Su mente estaba entrando en pánico. Si dejaba de moverse, empezaría a temblar descontroladamente.

—¿Por qué iban a pensar que soy una amenaza? —quiso saber.

—Es…, mmm…, complicado. —Nezha se detuvo—. Supongo que la forma más fácil de expresarlo es que quieren estudiarte.

—¿Estudiarme?

—Están al corriente de lo que le hiciste a la Isla del Arco Largo. Saben lo que puedes hacer, y al ser el país más poderoso de la Tierra, es evidente que querrán investigarlo. Creo que entre los términos del tratado que propusieron se encontraba el poder examinarte a cambio de ayuda militar. Mi madre les había metido en la cabeza que no lo harías de buena gana.

—Entonces, ¿qué? ¿Vaisra me ha vendido a cambio de su ayuda?

—No se trata de eso. Mi madre… —Nezha continuó hablando, pero Rin ya no lo escuchaba. Se quedó contemplándolo mientras lo sopesaba todo.

Tenía que largarse de allí. Debía reunir a los Cike y sacarlos de Arlong. Nezha era más alto, más pesado y más fuerte que ella, pero aun así podía con él. Le atacaría a los ojos y a las cicatrices, le clavaría las uñas en la piel y le daría rodillazos en las pelotas repetidamente hasta que bajara la guardia.

Pero, aun así, era probable que siguiera atrapada. Las puertas podrían estar cerradas desde dentro. Y si tiraba la puerta abajo, podría haber… No, seguro que había guardias al otro lado. ¿Y la ventana? Solo con mirarla de reojo sabía que estaban en una segunda planta, tal vez la tercera. Pero quizás podría bajar por ahí de algún modo si antes lograba dejar inconsciente a Nezha. Tan solo necesitaba un arma… Le servirían las patas de la silla, o una esquirla de porcelana.

Se lanzó a por el jarrón de las flores.

—No lo hagas. —Nezha extendió una mano y la agarró por la muñeca. Forcejeó para intentar zafarse de él. Su amigo le retorció el brazo dolorosamente hasta llevárselo detrás de la espalda, la obligó a arrodillarse y le apoyó una rodilla en la parte baja de la espalda—. Venga, Rin. No seas estúpida.

—No hagas esto —jadeó—. Nezha, por favor, no puedo quedarme aquí…

—No tienes permitido abandonar esta estancia.

—¿Así que ahora soy una prisionera?

—Rin, por favor…

—¡Suéltame!

Intentó liberarse, pero Nezha la agarró con más fuerza.

—No corres ningún peligro.

—¡Entonces deja que me vaya!

—Harás fracasar unas negociaciones que llevan años fraguándose…

—¿Negociaciones? —chilló—. ¿Crees que las negociaciones me importan una mierda? ¡Quieren diseccionarme!

—¡Mi padre no dejará que eso ocurra! ¿Crees que va a renunciar a ti? ¿Crees que yo iba a dejar que sucediera eso? Moriría antes que dejar que alguien te hiciera daño, Rin. Tranquilízate…

Con eso no consiguió calmarla. Cada segundo que pasaba inmovilizada, sentía que una cuerda se apretaba más contra su cuello.

—Mi familia lleva más de una década planeando esta guerra —le dijo Nezha—. Mi madre ha estado llevando a cabo esta misión diplomática durante años. Fue educada en Hesperia. Tiene fuertes conexiones con Occidente. En cuanto concluyó la Tercera Guerra, mi padre la envió al extranjero para consolidar el apoyo militar hesperiano.

Rin soltó una carcajada.

—Bueno, pues tu madre ha conseguido un acuerdo de mierda.

—No lo aceptaremos. Los hesperianos son avariciosos y maleables. Quieren unos recursos que tan solo puede ofrecerles el Imperio. Mi padre puede convencerlos. Pero no debemos hacerlos enfadar. Necesitamos sus armas. —La soltó de los brazos cuando fue evidente que Rin había dejado de resistirse—. Has estado presente en los Consejos. No ganaremos esta guerra sin ellos.

La esperiliana se giró para mirarlo a la cara.

—Queréis esos tubos de fuego, sean lo que sean.

—Se llaman arcabuces. Son como cañones de mano, solo que más ligeros que un arco. Pueden atravesar paneles de madera y disparar a larga distancia.

—Ah, seguro que Vaisra quiere cajas y cajas de ellos.

Nezha le dedicó una mirada franca.

—Necesitamos cualquier cosa que podamos conseguir.

—Pero imagina que ganáis esta guerra y que los hesperianos no quieren marcharse —dijo Rin —. Imagina que se repite lo de la Primera Guerra de la Amapola.

—No tienen ningún interés en quedarse —respondió Nezha, restándole importancia—. Eso ya no les importa. Comprobaron que era demasiado complicado defender sus colonias. Y la guerra los ha debilitado demasiado como para invertir los mismos recursos terrestres que en el pasado. Lo único que quieren es libertad de comercio y permiso para soltarnos misioneros donde quieran. Al finalizar esta guerra, no tardaremos en echarlos de nuestras costas.

—¿Y si no quieren irse?

—Encontraremos una forma —afirmó Nezha—. Igual que en el pasado. Pero, por el momento, mi padre ha escogido el menor de entre dos males. Y lo mismo deberías hacer tú.

Las puertas se abrieron. El capitán Eriden accedió al interior.

—Están listos para recibirte —declaró.

—¿Quiénes? —preguntó Rin.

—El jefe militar del Dragón está reunido con los delegados de Hesperia en el gran salón. Desean hablar contigo.

—No —dijo Rin.

—No te pasará nada —la alentó Nezha—. Tan solo intenta no decir ninguna estupidez.

—Tenemos ideas muy distintas de lo que es una estupidez —replicó la joven.

—El jefe militar del Dragón preferiría que no le hicieran esperar. —Eriden hizo un gesto con

la mano. Dos de sus guardias dieron un paso al frente y tomaron a Rin por los brazos. La esperiliana consiguió lanzarle una última y desesperada mirada por encima del hombro a Nezha antes de que la sacaran por la puerta.

Los guardias dejaron a Rin en un pasillo corto que llevaba al gran salón del palacio y cerraron las puertas detrás de ella.

La joven dio un paso inseguro hacia delante. Vio a los hesperianos sentados en sillas doradas alrededor de la mesa central. Jinzha se hallaba a la derecha de su padre. Los jefes militares del sur habían quedado relegados al extremo más alejado de la mesa, con aspecto nervioso e incómodo.

Rin sabía que estaba entrando en mitad de una acalorada discusión. La tensión se palpaba en el ambiente, y todas las partes implicadas parecían alteradas, con el rostro rojo y una expresión de furia, como si estuvieran a punto de llegar a las manos.

Permaneció en el pasillo un momento más, oculta tras una pared mientras escuchaba.

—El Consorcio sigue recuperándose de su propia guerra —decía el general hesperiano. Al principio, a Rin le costó entenderlo, pero poco a poco comenzó a recordar aquella lengua. Se sentía como una estudiante de nuevo, sentada al fondo de la clase de Jima, memorizando los tiempos verbales—. No estamos de humor para especulaciones.

—Esto no es ninguna especulación —se apresuró a decir Vaisra. Hablaba en hesperiano como si fuera su lengua materna—. Podríamos recuperar este país en cuestión de días si tan solo…

—Entonces, hacedlo vosotros solos —declaró el general—. Hemos venido aquí a hacer negocios, no alquimia. No estamos interesados en transformar a farsantes en reyes.

Vaisra se reclinó hacia atrás.

—Así que, antes de decidir intervenir, vais a tratar a mi país como si fuera un experimento.

—Un experimento necesario. No hemos venido hasta aquí para prestaros los barcos que queráis, Vaisra. Esto es una investigación.

—¿Y qué investigáis?

—Si los nikaras están listos para la civilización. No prestamos ayuda a la ligera. Ya hemos cometido ese error antes. Los mugeneses parecían mucho más preparados para el progreso que vosotros. No tenían luchas internas, y su Gobierno era mucho más sofisticado que el vuestro. Y mirad cómo acabó todo.

—Si estamos subdesarrollados, es por los años que sufrimos la ocupación extranjera —declaró Vaisra—. Eso es culpa vuestra, no nuestra.

El general se encogió de hombros, indiferente.

—Aun así.

Vaisra sonaba exasperado.

—Entonces, ¿qué es lo que estáis buscando?

—Si te lo dijéramos, sería hacer trampa, ¿no? —El general hesperiano le dedicó una pequeña sonrisa—. Pero todo esto es irrelevante. Nuestro principal objetivo es la esperiliana. Supuestamente ha arrasado un país entero. Nos gustaría saber cómo lo ha hecho.

—No te puedo dar a la esperiliana —dijo Vaisra.

—Ah, no creo que estés en posición de decidir eso.

Rin entró en la estancia.

—Estoy aquí mismo.

—Runin. —Si Vaisra estaba sorprendido, no tardó en recuperar la compostura. Se levantó y señaló hacia el general hesperiano—. Te presento al general Josephus Tarcquet.

«Qué nombre más ridículo», pensó Rin. Una confusa agrupación de sílabas que apenas lograría pronunciar.

Tarcquet se puso en pie.

—Creo que te debemos una disculpa. *Lady* Saikhara nos había convencido de que íbamos a tratar con poco más que un animal salvaje. No nos habíamos percatado de que podías ser tan… humana.

Rin lo miró perpleja. ¿Se suponía que eso era una disculpa?

—¿Entiende lo que le digo? —le preguntó Tarcquet a Vaisra en un nikara entrecortado y malísimo.

—Entiendo el hesperiano —soltó Rin. Deseaba profundamente haber aprendido palabrotas hesperianas en Sinegard. No contaba con todo el vocabulario necesario para expresar lo que quería decir, aunque sí con el suficiente—. Solo que no me entusiasma dialogar con idiotas que me quieren muerta.

—¿Por qué estamos siquiera hablando con ella? —intervino *lady* Saikhara.

Su tono de voz era agudo y entrecortado, como si acabara de estar llorando. El puro veneno que irradió su mirada sobrecogió a Rin. Expresaba más que desdén. Era un odio despiadado y asesino.

—Es una abominación impía —espetó Saikhara—. Es un insulto al Creador, y debemos llevarla a la fuerza hasta las Torres Grises lo antes posible.

—No vamos a llevar a nadie a la fuerza a ningún sitio. —Vaisra parecía exasperado—. Runin, por favor, siéntate…

—Pero me lo prometiste —le dijo Saikhara por lo bajo—. Dijiste que encontrarían un modo de curarlo…

Vaisra agarró a su esposa por la muñeca.

—Ahora no es el momento.

Saikhara pegó un tirón para liberar su mano y golpeó la mesa con el puño. Su taza se volcó, derramando el té caliente por todo el mantel bordado.

—Me lo juraste. Me dijiste que lo solucionarías, que si los traía hasta aquí, ellos encontrarían un modo de curarlo. Me lo prometiste…

—Silencio, mujer. —Vaisra señaló hacia la puerta—. Si no eres capaz de tranquilizarte, entonces tendrás que irte.

La dama le lanzó a Rin una mirada de rabia contenida, masculló algo entre dientes y abandonó la estancia hecha una furia.

A su salida le siguió un largo silencio. Tarcquet parecía divertido. Vaisra se reclinó en su silla, dio un sorbo al té y luego suspiró.

—Disculpa a mi esposa. Tiende a ponerse de mal humor después de los viajes.

—Está desesperada por obtener respuestas. —La mujer de la sotana gris, la que se había tirado sobre Rin en el muelle, apoyó una mano sobre la de Vaisra—. Lo entendemos. A nosotros también nos gustaría encontrar una cura.

La esperiliana le lanzó una mirada de curiosidad. El nikara de la mujer era increíblemente bueno. Podría haberse tratado de una hablante nativa si sus tonos no hubieran sido tan peculiarmente planos. Tenía el cabello del color del trigo, liso y suave, trenzado en espiral, como si fuese una serpiente que descansaba encima de su hombro. Los ojos los tenía grises como los muros de un castillo. La piel, blanca como el papel, tan fina que las venas azules que había debajo eran visibles. Rin sintió el extraño impulso de tocarla solo para comprobar si era humana.

—Es una criatura fascinante —dijo la mujer—. Es extraño conocer a alguien poseído por el Caos que siga estando tan lúcido. Ninguno de nuestros dementes hesperianos habrían podido engañar tan bien al observador.

—Estoy aquí mismo —dijo Rin.

—Me gustaría meterla en una cámara de aislamiento —continuó la mujer como si Rin no hubiera dicho nada—. Estamos cerca de desarrollar instrumentos que pueden detectar el Caos puro en ambientes estériles. Si pudiéramos llevarla a las Torres Grises…

—No voy a ir a ninguna parte con vosotros —aseveró la joven.

El general Tarcquet acarició el arcabuz que tenía delante de él.

—Realmente no tienes elección, querida.

La mujer alzó una mano.

—Espera, Josephus. El Arquitecto Divino valora la libertad de pensamiento. La cooperación voluntaria es señal de que el razonamiento y el orden prevalecen en la mente. ¿La chica vendría por voluntad propia?

Rin los miró a ambos sin dar crédito. ¿De verdad Vaisra creía que iba a aceptar aquello?

—Incluso podrías mantenerla en la campaña por el momento —le dijo la mujer a Vaisra, como si estuvieran debatiendo sobre algo con la misma importancia que los planes para la cena—. Solo necesito reunirme con ella periódicamente, quizás una vez a la semana. Los procedimientos serían mínimamente invasivos.

—Define «mínimamente» —le pidió Vaisra.

—La mayor parte del tiempo tan solo la observaría. Puede que lleve a cabo un par de experimentos. Nada que pueda afectarle de forma permanente y, desde luego, nada que vaya a influir en su capacidad para luchar. Tan solo me gustaría ver cómo reacciona a determinados estímulos…

El zumbido en los oídos de Rin comenzó a ser cada vez más intenso. Todas las voces se distorsionaron y amplificaron al mismo tiempo. La conversación siguió su curso, pero la joven solo era capaz de descifrar ciertos fragmentos.

—… criatura fascinante…

—… notable soldado…

—… inclinar la balanza…

Rin se meció sobre sus pies.

En su mente apareció un rostro que llevaba mucho tiempo bloqueando. Oscuro, con la mirada inteligente. La nariz fina. Labios delgados y una sonrisa cruel y entusiasmada.

Vio al doctor Shiro.

Sintió sus manos desplazándose por su cuerpo, comprobando sus ataduras, asegurándose de que no pudiera moverse ni un milímetro de la cama a la que la había atado. La joven sintió sus dedos dentro de la boca, contándole los dientes, deslizándose desde su mandíbula hasta su cuello

para localizar una arteria.

Sintió sus manos sujetándola mientras le inyectaba una aguja en la vena.

Sintió pánico, miedo y rabia, todo a la vez, y quiso arder. Pero no pudo hacerlo. El calor y el fuego borbotearon en su pecho y se quedaron atrapados en su interior porque el puto Sello se había metido en medio. Sin embargo, el calor no dejaba de aumentar, y Rin creyó que iba a implosionar…

—Runin. —La voz de Vaisra la sacó de su ensimismamiento.

Se concentró con dificultad en su rostro.

—No —susurró—. No, no puedo…

El jefe militar del Dragón se levantó de su asiento.

—Esto no es como el laboratorio mugenés.

Rin retrocedió, alejándose de él.

—Me da igual. No puedo hacerlo…

—¿Qué hay que debatir? —quiso saber el jefe militar del Jabalí—. Entrégasela y acabemos con esto.

—Cierra el pico, Charouk. —Vaisra se apresuró a llevar a Rin a un rincón de la estancia, donde los hesperianos no pudieran oírlos. Bajó la voz—. Te obligarán de todos modos. Si cooperas, conseguirás que nos ganemos su simpatía.

—Me está cambiando por unos barcos —dijo Rin.

—Nadie te está cambiando por nada —respondió—. Te estoy pidiendo un favor. ¿Harías esto por mí? No corres ningún peligro. No eres un monstruo, y ellos no tardarán en darse cuenta.

Y entonces, Rin lo comprendió todo. Los hesperianos no iban a encontrar nada. No podían, porque ella ya no era capaz de invocar el fuego. Podían llevar a cabo todos los experimentos que quisiesen, no encontrarían nada. Daji se había asegurado de que así fuera.

—Runin, por favor —murmuró Vaisra—. No tenemos otra opción.

En eso tenía razón. Los hesperianos habían dejado claro que iban a estudiarla, por la fuerza si era necesario. Podía intentar resistirse, pero tampoco iba a llegar muy lejos.

Parte de ella quería desesperadamente negarse, mandarlos a la mierda, jugársela e intentar huir. Por supuesto, acabarían dándole caza, pero cabía la mínima posibilidad de salir viva de todo aquello.

No obstante, su vida no era la única que estaba en juego.

El destino del Imperio se encontraba pendiendo de un hilo. Si de verdad quería ver muerta a la emperatriz, entonces las aeronaves y los arcabuces de los hesperianos eran la mejor forma de conseguirlo. El único modo de convencerlos para que les prestasen su ayuda era lanzándose por voluntad propia a sus brazos.

«Cuando escuches gritos —le había dicho Vaisra—, corre hacia ellos».

En Lusan había fracasado. Ya no podía invocar el fuego. Tal vez ese fuera el único modo de expiar los errores descomunales que había cometido. Su única oportunidad para enmendar las cosas.

Altan había muerto para conseguir la liberación. Rin sabía lo que el esperiliano le diría en ese momento.

«Deja de ser una puta egoísta».

Rin recuperó la compostura, respiró hondo y asintió.

—Lo haré.

—Gracias. —La expresión de Vaisra pasó a ser de alivio. Volvió a la mesa—. Acepta.

—Una hora —dijo Rin en su mejor hesperiano—. Una vez a la semana. No más. Seré libre de marcharme si me siento incómoda, y no me tocarás sin mi autorización expresa.

El general Tarcquet retiró la mano de su arcabuz.

—Está bien.

Los hesperianos parecían demasiado satisfechos. A Rin se le revolvió el estómago.

Dioses, ¿qué era lo que había aceptado hacer?

—Excelente. —La mujer de ojos grises se levantó de su silla—. Acompáñame. Comenzaremos ahora.

Los hesperianos ya habían ocupado toda una manzana entera de edificios al oeste del palacio, unas residencias amuebladas que Rin sospechaba que Vaisra les habría tenido preparadas desde hacía ya mucho tiempo. De las ventanas colgaban unas banderas azules con una insignia similar a los engranajes de un reloj. La mujer de los ojos grises le hizo una seña para que la siguiera hasta una sala cuadrada, pequeña y sin ventanas, en la primera planta del edificio central.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó la mujer—. ¿Me han dicho que Fang Runin?

—Solo Rin —murmuró la joven mientras le echaba un vistazo a la estancia. Estaba completamente vacía, salvo por dos mesas de piedra largas y estrechas que, a juzgar por las marcas de deslizamiento en el suelo de piedra, habían sido llevadas hasta allí hacía poco. Una de las mesas estaba vacía. La otra estaba cubierta por una gran variedad de instrumentos, algunos hechos de acero y otros de madera. Rin reconoció un par de ellos o, al menos, pudo imaginarse para qué servían.

Los hesperianos habían estado preparando aquella sala desde que habían llegado.

Un soldado se hallaba en un rincón, con el arcabuz ligeramente colgado del hombro. Seguía cada movimiento de Rin con la mirada. La joven esperiliana le hizo una mueca, pero el hesperiano no reaccionó.

—Puedes llamarme hermana Petra —dijo la mujer—. ¿Por qué no te acercas?

Hablaba un nikara excelente. Rin habría estado impresionada si no hubiera sido porque había algo raro en todo aquello. Las frases de Petra eran completamente regulares y fluidas, quizás más gramaticalmente correctas que cualquiera de un hablante nativo. Sin embargo, sus palabras no sonaban del todo bien. La entonación era algo extraña, y le aplicaba a todo el mismo tono plano que hacía que pareciera completamente inhumana.

Petra tomó una taza del borde de la mesa y se la ofreció.

—¿Láudano?

Rin retrocedió, sorprendida.

—¿Para qué?

—Servirá para calmarte. Me han dicho que no reaccionas bien a los ambientes de laboratorio. —La mujer apretó los labios—. Sé que los opiáceos amortiguan el fenómeno que tú manifiestas, pero eso da igual en una primera observación. Hoy tan solo me interesan las mediciones iniciales.

Rin miró la taza, planteándoselo. Lo último que quería era estar con la guardia baja durante una hora entera en compañía de hesperianos. Pero sabía que no le quedaba otra que hacer lo que

fuera que Petra le pidiera. Podía esperar que no la mataran, pero sobre lo demás no tenía ningún control. Lo único que podía controlar era su propia incomodidad.

Tomó la taza y la vació de un trago.

—Excelente. —Petra le señaló hacia la cama—. Sube ahí, por favor.

La joven inspiró hondo y se sentó en el borde.

Una hora. Solo eso. Lo único que tenía que hacer era sobrevivir a los siguientes sesenta minutos.

Petra comenzó a tomar una serie interminable de medidas. Con una cuerda anudada, calculó su altura, su envergadura y el largo de sus pies. Le midió la circunferencia de la cintura, las muñecas, los tobillos y los muslos. Luego, con una cuerda más pequeña, tomó una serie de medidas reducidas que aparentemente eran inútiles. El ancho de los ojos de Rin. La distancia de estos a su nariz. La longitud de cada una de sus uñas.

Eso duró una eternidad. Rin consiguió no encogerse demasiado ante el tacto de Petra. El láudano estaba cumpliendo su función. Sentía un gran peso en su flujo sanguíneo que la mantenía adormecida, aletargada y torpe.

Petra le envolvió la base del pulgar con la cuerda.

—Háblame de la primera vez que contactaste con…, mmm…, esa entidad que afirmas que es tu dios. ¿Cómo describirías la experiencia?

Rin no dijo nada. Tenía que estar de cuerpo presente para el examen. Pero eso no implicaba que tuviera que participar en conversaciones triviales.

Petra repitió la pregunta. Y Rin volvió a guardar silencio.

—Deberías saber —dijo la mujer mientras le apartaba la cinta métrica— que la cooperación verbal es una de las condiciones de nuestro acuerdo.

La joven le dedicó una mirada recelosa.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Únicamente respuestas sinceras. No solo me interesa tu cuerpo. También tengo curiosidad por las posibilidades que haya de redimir tu alma.

Si Rin hubiera tenido la mente más despejada, tal vez habría conseguido replicar algo ingenioso. En cambio, se limitó a poner los ojos en blanco.

—Pareces convencida de que nuestra religión es falsa —declaró Petra.

—Sé que lo es. —El láudano le había soltado la lengua, y comenzó a decir lo primero que se le pasaba por la cabeza—. He visto pruebas de que mis dioses existen.

—¿Sí?

—Sí, y sé que el universo no es obra de un único hombre.

—¿Un único hombre? ¿Crees que en eso se basa nuestra religión? —Petra inclinó la cabeza —. ¿Qué es lo que sabes sobre nuestra teología?

—Que es una estupidez —afirmó, ya que eso era todo lo que siempre le habían enseñado.

Cuando ninguno de ellos creía que los hesperianos regresarían a las costas del Imperio, habían estudiado brevemente en Sinegard la religión hesperiana (o el creacionismo, como ellos lo llamaban). Ninguno se había tomado en serio los estudios de la cultura hesperiana, ni siquiera los profesores. El creacionismo no era más que un pie de página. Un chiste. Los occidentales eran idiotas.

Rin recordaba esos idílicos paseos para bajar la montaña con Jiang durante el primer año

como aprendiza, cuando el maestro le había hecho investigar las diferencias entre las religiones del este y del oeste, y plantear hipótesis sobre las razones por las que existían. Recordaba pasarse horas en la biblioteca volcada en esas preguntas. Había descubierto que las muchas y variadas religiones del Imperio tendían a ser politeístas, desordenadas e irregulares, con una falta de consistencia incluso entre pueblos. Pero a los hesperianos les gustaba centrar su culto en una sola entidad, que solía ser representada como un hombre.

—¿A qué cree que es debido eso? —le había preguntado a su maestro.

—A la arrogancia —le había respondido él—. Les gusta pensar que son los amos del mundo. Les gusta creer que algo a su imagen y semejanza fue lo que creó el universo.

Por supuesto, la cuestión que Rin jamás se había planteado era cómo los hesperianos se habían convertido en una sociedad tan tecnológicamente avanzada si su enfoque de la religión era tan ridículamente equivocado. Hasta ese momento, nunca le había parecido relevante.

Petra tomó de la mesa un artilugio redondo de metal del tamaño de la palma de su mano y lo sostuvo frente a Rin. Apretó un botón que se encontraba en un lateral y la tapa de este se abrió.

—¿Sabes qué es esto?

Era algún tipo de reloj. La esperiliana reconoció los números hesperianos, doce dispuestos en un círculo, con dos agujas moviéndose lentamente alrededor de él. Los relojes nikaras, que funcionaban con el goteo del agua, eran instalaciones que ocupaban rincones enteros de una estancia. Esa cosa era tan pequeña que podía caber en un bolsillo.

—¿Es un reloj?

—Muy bien —dijo Petra—. Fíjate en el diseño. Mira los intrincados engranajes, su forma perfecta, que hace que se mantenga en marcha por sí mismo. Ahora imagínate que te encuentras esto en el suelo. No sabes lo que es. No sabes quién lo ha dejado ahí. ¿Qué conclusión sacas? ¿Lo diseñó alguien o es un accidente de la naturaleza, como una roca?

La mente de Rin procesó con lentitud las preguntas de Petra, pero sabía perfectamente cuál era la conclusión que la mujer quería que sacase.

—Existe un creador —dijo tras una pausa.

—Muy bien —repitió Petra—. Ahora imagínate el mundo como si fuera un reloj. Mira el mar, las nubes, los cielos, las estrellas, todo funcionando en perfecta armonía para hacer que nuestro mundo siga girando y respirando como lo hace. Piensa en los ciclos vitales de los bosques y de los animales que viven en ellos. No es ninguna casualidad. Esto no podría haberlo creado un caos primordial, como afirma tu teología. Se trata de una creación deliberada por una entidad más grande que nosotros, completamente benevolente y racional.

»Nosotros lo llamamos nuestro Arquitecto Divino, o Creador, como lo conocéis vosotros. Busca crear orden y belleza. No es ningún planteamiento descabellado. Es la explicación más simple posible para la belleza y la complejidad del mundo natural.

Rin permaneció sentada en silencio, dándole vueltas a esas ideas en su mente agotada.

Sí que sonaba increíblemente tentador. Le gustaba la idea de que el mundo natural fuera fundamentalmente cognoscible y que se redujera a una serie de principios objetivos impuestos por una deidad benevolente y racional. Eso era mucho más claro y conciso que lo que sabía sobre los sesenta y cuatro dioses: criaturas caóticas que ideaban un torbellino de fuerzas con el que creaban el universo subjetivo, en el que todo estaba en constante flujo y nada estaba nunca escrito. Era más fácil pensar que el mundo natural era claro, objetivo y un regalo estático preparado por un

arquitecto todopoderoso.

Solo había una gran laguna.

—Entonces, ¿por qué las cosas se tuercen tanto? —preguntó Rin—. Si ese Creador es el que lo pone todo en marcha, entonces…

—¿Por qué el Creador no evita las muertes? —terminó Petra por ella—. ¿Por qué las cosas salen mal si están diseñadas para ceñirse a un plan?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Petra le dedicó una pequeña sonrisa.

—No te sorprendas tanto. Esa es la pregunta mas habitual de cualquier nuevo converso. La respuesta es el Caos.

—Caos —repitió Rin despacio. Había oído a Petra usar esa palabra antes en el Consejo. Era un término hesperiano. No tenía ningún equivalente nikara. Muy a su pesar, tuvo que preguntar —: ¿Qué es el Caos?

—Es la raíz del mal —le explicó Petra—. Nuestro Arquitecto Divino no es omnipotente. Es poderoso, sí, pero libra una lucha constante para crear orden en un universo que se inclina inevitablemente hacia un estado de disolución y desorden. A esa fuerza la llamamos Caos. El Caos es la antítesis del orden, la fuerza cruel que intenta constantemente deshacer las creaciones del Arquitecto. El Caos es la vejez, la enfermedad, la muerte y la guerra. El Caos se manifiesta en lo peor de la humanidad: la maldad, los celos, la codicia y la traición. Nuestra labor es mantenerlo a raya.

Petra cerró el reloj y volvió a depositarlo sobre la mesa. Dejó los dedos suspendidos sobre el resto de los instrumentos, deliberando hasta que seleccionó un artilugio que tenía lo que parecían dos piezas para los oídos y un círculo plano unido por un cordón metálico.

—No sabemos cómo o cuándo se manifiesta el Caos —dijo—. Pero tiende a aparecer más a menudo en lugares como el del que provienes tú: subdesarrollados, poco civilizados y bárbaros. Y casos como el tuyo son los peores brotes de Caos individual que la Compañía ha visto nunca.

—Te refieres al chamanismo —declaró Rin.

Petra se giró para mirarla a la cara.

—Entenderás por qué la Compañía Gris debe investigarlo. Las criaturas como tú suponen una terrible amenaza para el orden terrenal.

Petra introdujo el círculo plano bajo la camisa de Rin y se lo llevó hacia el pecho. El objeto estaba helado. La joven no pudo evitar estremecerse.

—No tengas miedo —le dijo—. ¿No te das cuenta de que intento ayudarte?

—Lo que no entiendo —murmuró Rin— es por qué intentas mantenerme con vida.

—Es una pregunta justa. Algunos creen que sería más fácil simplemente matarte. Pero entonces no conseguiríamos acercarnos a comprender el mal del Caos. Y este tan solo buscaría a otro avatar con el que provocar estragos. Así que, contra las advertencias de la Compañía Gris, voy a mantenerte viva para que, por fin, podamos aprender cómo curarte.

—Curarme —repitió Rin—. Crees que puedes curarme.

—Sé que puedo curarte.

La expresión de Petra había alcanzado una intensidad fanática que hizo que la esperiliana se sintiera profundamente incómoda. Sus ojos grises adoptaban un todo plateado metálico al hablar.

—Soy la académica más brillante que la Compañía Gris ha tenido en generaciones. He

estado haciendo campaña desde hace décadas para venir a estudiar a los nikaras. Voy a averiguar qué plaga es la que aqueja a tu país.

Presionó con fuerza el disco de metal entre los pechos de Rin.

—Y luego, voy a libraros de ella.

La hora por fin había terminado. Petra volvió a dejar sus instrumentos sobre la mesa y permitió que Rin se marchara de la sala de reconocimiento.

El efecto del láudano desapareció justo cuando Rin regresaba a los barracones. Cada sensación que la droga había mantenido a raya (la incomodidad, la ansiedad, el asco y un profundo terror) cayó sobre ella de golpe, con una oleada de náuseas tan repentina que la hizo caer de rodillas.

Intentó llegar al aseo. No logró dar dos pasos antes de doblarse sobre sí misma y vomitar.

No pudo evitarlo. Se encorvó sobre el charco de su vómito y sollozó.

El tacto de Petra, que había parecido de lo más amable, tan poco invasivo bajo los efectos del láudano, ahora le parecía una mancha oscura. Era como si unos insectos se hubieran abierto camino por debajo de su piel sin importar lo mucho que ella intentara sacárselos de ahí. Sus recuerdos se mezclaron, confusos e indistinguibles. Las manos de Petra pasaron a ser las de Shiro. La sala de la hesperiana pasó a ser el laboratorio del mugenés.

Lo peor de todo era la violación, la puta violación, y la absoluta impotencia de saber que su cuerpo no le pertenecía y que tenía que quedarse quieta y aceptarlo, esta vez sin ningún tipo de atadura, solo por el mero hecho de que había elegido estar allí.

Solo había una cosa que evitaba que hiciera las maletas y abandonara de inmediato Arlong.

Necesitaba pasar por eso porque se lo merecía. Aquello era, de un modo retorcido que para ella tenía todo el sentido, una expiación. Sabía que era un monstruo. No podía seguir negándolo. Se estaba autoflagelando por haberse convertido en eso.

«Deberías haber sido tú», le había dicho Altan.

Debería haber sido ella la que hubiese muerto.

Pero eso se le acercaba mucho a la muerte.

Después de haber llorado con tanta fuerza que el dolor de su pecho había pasado a ser un eco sordo, se puso en pie y se secó las lágrimas y los mocos de la cara. Se plantó delante de un espejo en el aseo y aguardó hasta que desapareció la rojez de sus ojos.

Cuando los otros le preguntaron qué había pasado, Rin no dijo nada en absoluto.



14

La guerra llegó por el agua.

Rin se despertó por los gritos procedentes del exterior de los barracones. Se apresuró a ponerse su uniforme en medio del pánico, intentando meter a ciegas el pie derecho en el zapato izquierdo antes de rendirse y salir fuera descalza, con el tridente en la mano.

En el exterior, los soldados a medio vestir corrían confundidos de un lado a otro mientras los comandantes gritaban órdenes contradictorias. Sin embargo, nadie había desenvainado las armas, los proyectiles no volaban por el aire y Rin no escuchaba el sonido de ningún cañonazo.

Al fin, se percató de que la mayoría de las tropas estaban corriendo en dirección a la playa. Las siguió.

Al principio, no entendió qué era lo que estaba viendo. El agua estaba cubierta de unas manchas blancas, como si un gigante hubiera soplado dientes de león sobre la superficie. Pero entonces, llegó hasta el borde del muelle y pudo ver con mayor detalle unas formas de media luna plateadas flotando justo por debajo de la superficie. Esas manchas blancas eran los vientres hinchados de los peces.

Y no solo había peces. Cuando se agachó junto al agua, vio los cadáveres hinchados y descoloridos de ranas, salamandras y tortugas. Algo había matado a todo ser viviente en el agua.

Tenía que tratarse de veneno. No había otra cosa que pudiera matar a tantos animales tan rápido. Eso significaba que el veneno debía de estar en el agua y, teniendo en cuenta que todos los canales en Arlong estaban interconectados, tal vez también se hubiesen contaminado todas las fuentes de agua potable del lugar…

Pero ¿por qué iba alguien de la Provincia del Dragón a envenenar el agua? Durante un minuto, Rin permaneció allí parada con cara de tonta, pensando y dando por sentado que eso tenía que ser obra de alguien de dentro de la propia provincia. No quería considerar la alternativa, que era que el veneno viniera de más arriba del río, porque eso querría decir que…

—¡Rin! Joder… ¡Rin!

Ramsa le dio un tirón del brazo.

—Tienes que ver esto.

Rin lo siguió corriendo hasta el final del muelle, donde los Cike rodeaban una masa negra sobre los tablones del suelo. ¿Un pez gigantesco? ¿Un montón de ropa? No… Era un hombre,

ahora lo veía, pero la figura apenas era humana.

Una mano pálida y esquelética se extendió hacia ella.

—Altan…

Rin se quedó sin aliento.

—¿Aratsha?

Jamás lo había visto en su forma humana. Era un hombre demacrado, cubierto de la cabeza a los pies por percebes incrustados en la piel, que era entre azul y blanca. La parte inferior de su rostro se ocultaba bajo una barba rala, tan plagada de gusanos marinos y pequeños peces que era complicado distinguir sus partes humanas.

Rin intentó pasarle los brazos por debajo para ayudarlo a incorporarse, pero no dejaba de deshacerse en pedazos entre sus manos. Un montón de conchas, un trozo de hueso, y luego algo crujiente y polvoriento que se deshizo entre sus dedos. Intentó no alejarlo de ella a causa de la repulsión.

—¿Puedes hablar?

Aratsha profirió un sonido ahogado. Al principio, la esperiliana creyó que se estaba ahogando con su propia saliva, pero luego un líquido espumoso del color de la leche cortada le salió a borbotones por las comisuras de la boca.

—Altan —repitió Aratsha.

—No soy Altan. —Rin lo tomó de la mano. ¿Estaría bien hacer eso? Sintió que era algo que sí que debía hacer. Un gesto reconfortante y amable. Algo que haría una comandante.

No obstante, Aratsha no parecía ni haberse dado cuenta. Su piel había pasado de un tono blanco azulado a un horrible violeta en cuestión de segundos. Debajo, Rin podía verle las venas palpitantes de un color negro espeso como la tinta.

—Ah, Altan —dijo Aratsha—. Debería habértelo dicho.

Olía a agua de mar y a podredumbre. La esperiliana quiso vomitar.

—¿Qué? —susurró la joven.

Aratsha la miró con los ojos lechosos. Tenían una especie de tela blanca, como los ojos de los pescados en el mercado, extrañamente desenfocados y mirando cada uno hacia un lado, como si hubiera pasado tanto tiempo en el agua que no supiera qué pensar sobre lo que veía en tierra.

Murmuró algo entre dientes, algo demasiado bajo e incoherente como para que Rin pudiera descifrarlo. Le pareció escuchar un susurro que sonaba como la palabra «sufrimiento». Entonces, Aratsha se desintegró entre sus manos, con la piel transformándose en agua, hasta que lo único que quedó de él fue arena, conchas y un collar de perlas.

—Mierda —dijo Ramsa—. Ha sido asqueroso.

—Cállate —le espetó Baji.

Suni lloró escandalosamente y enterró la cabeza entre las manos. Nadie lo consoló.

Rin contemplaba aturdida el collar.

«Deberíamos enterrarlo», pensó. Era lo correcto, ¿no?

¿Debería sentirse afligida? Porque no era el caso. Seguía esperando sentir algo, pero parecía que ese dolor no llegaba y nunca lo haría. No se trataba de ninguna pérdida profunda, no era igual que cuando se había quedado catatónica tras la muerte de Altan. Apenas había llegado a conocer a Aratsha. Tan solo le había dado órdenes y él las había obedecido sin cuestionarla, siempre leal a los Cike, hasta el día de su muerte.

No, lo que la ponía enferma era lo decepcionada que se sentía, lo mucho que le cabreaba que, ahora que Aratsha había desaparecido, no contaran con ningún chamán que pudiera controlar el río. Lo único que el Cike había sido para ella era una pieza de ajedrez tremendamente útil que ya no podía utilizar.

—¿Qué sucede? —preguntó Nezha, jadeante. Acababa de llegar.

Rin se puso en pie y se sacudió la arena de las manos.

—Hemos perdido a un hombre.

Nezha bajó la mirada hacia el revoltijo que había en el muelle, visiblemente confuso.

—¿A quién?

—A uno de los Cike. A Aratsha. Siempre estaba en el agua. Lo que quiera que le haya afectado a los peces también le ha afectado a él.

—Mierda —dijo Nezha—. ¿Era él el objetivo?

—No creo —respondió Rin despacio—. Sería tomarse demasiadas molestias para encargarse de un solo chamán.

No podían haber orquestado eso solo para un hombre. Los peces muertos flotaban por todo el puerto. Quienquiera que hubiera envenenado a Aratsha había querido contaminar todo el río.

El objetivo no eran los Cike, sino la Provincia del Dragón.

Porque sí, Su Daji estaba así de loca. Era una mujer que había dejado entrar a la Federación a su territorio solo para conservar el trono. Sería capaz de envenenar a las provincias del sur, sentenciar sin reparos a millones de personas a morir de hambre, solo para mantener intacto el resto de su Imperio.

—¿Cuántas tropas? —quiso saber Vaisra.

Estaban todos en el interior del despacho abarrotado: el capitán Eriden, los jefes militares, los hesperianos y un puñado de oficiales de alto rango que estaban disponibles. El decoro quedó relegado a un segundo plano. La estancia había estallado en un jaleo de gritos frenéticos. Todos hablaban al mismo tiempo.

—No hemos contado a los hombres que no han llegado a la enfermería…

—¿Ha llegado a los acuíferos?

—Hemos tenido que cerrar los mercados de pescado…

Vaisra gritó por encima del barullo.

—¿Cuántas?

—Casi toda la Primera Brigada al completo está hospitalizada —dijo uno de los médicos—. El veneno está diseñado para afectar a la naturaleza. En los hombres produce un efecto menor.

—¿No es mortal?

—Creemos que no. Esperamos que se recuperen por completo en un par de días.

—¿Es que Daji está loca? —preguntó el general Hu—. Esto es un suicidio. Esto no solo nos afecta a nosotros, mata a todo aquello que toca el Murui.

—Al norte le da igual —declaró Vaisra—. Ellos están río arriba.

—Pero eso quiere decir que necesitarán una fuente de veneno constante —dijo Eriden—. Tendrían que introducir el agente en el río a diario. Y no pueden hacerlo desde el Palacio de Otoño, porque perjudicarían a sus propios aliados.

—¿Tal vez lo hagan desde la Provincia de la Liebre? —sugirió Nezha.

—Imposible —le respondió su hermano—. Su ejército es patético. Apenas tienen capacidad de defensa. Jamás atacarían primero.

—Si tan patéticos son, entonces harán lo que Daji les ordene.

—¿Estamos seguros de que es cosa de Daji? —preguntó Takha.

—¿Y de quién iba a ser si no? —replicó Tsolin. Se giró hacia Vaisra—. Esta es la respuesta a tu bloqueo. Daji te está debilitando antes de atacarte. Si yo fuera tú, no esperaría a ver cuál es su siguiente paso.

Jinzha golpeó la mesa con un puño.

—Os lo dije. Deberíamos haber zarpado hace ya una semana.

—¿Con las tropas de quién? —preguntó Vaisra con frialdad.

A Jinzha se le enrojecieron las mejillas intensamente. Sin embargo, su padre no lo estaba mirando a él. Rin se percató de que su comentario iba dirigido al general Tarcquet.

Los hesperianos habían estado observándolo todo en silencio al fondo de la estancia, con los rostros impasibles, los brazos cruzados y los labios apretados, igual que un profesor contempla un aula de estudiantes indisciplinados. De vez en cuando, la hermana Petra garabateaba algo en un cuaderno que llevaba consigo a todas partes, con los labios curvados hacia arriba como si se divirtiera. Rin quería pegarle.

—Esto neutraliza nuestro bloqueo —declaró Tsolin—. No podemos esperar más.

—Pero el agua acaba desembocando en el mar —comentó *lady* Saikhara—. Nunca te bañas dos veces en el mismo río. En cuestión de días, el agente venenoso habrá acabado en la bahía de Omonod y estaremos bien. —Dedicó una mirada implorante alrededor de la mesa, buscando a alguien que le diese la razón—. ¿No es así?

—Pero no se trata solo de los peces. —La voz de Kitay era un susurro ahogado. Volvió a repetirlo y, esa vez, la estancia se quedó en silencio al oírlo hablar—. No se trata solo de los peces. Es todo el país. El Murui cuenta con afluentes hacia todas las grandes regiones del sur. Estamos hablando de todos los canales de irrigación agrícolas. De arrozales. Allí el agua no sigue fluyendo. Se queda, permanece en el sitio. Estamos hablando de una masiva pérdida de las cosechas.

—Pero están los graneros —dijo *lady* Saikhara—. Cada provincia cuenta con reservas de grano para los años de escasez, ¿no? Podríamos requisarlas.

—¿Y entonces qué es lo que comerían en el sur? —replicó Kitay—. Si obligas al sur a entregar sus reservas de grano, vas a empezar a debilitar a tus aliados. No tenemos comida, ni siquiera agua…

—Sí que tenemos agua —insistió Saikhara—. Hemos hecho una prueba en los acuíferos. Están intactos. Los pozos están bien.

—Vale —dijo Kitay—. Entonces, solo moriremos de hambre.

—¿Y qué pasa con ellos? —Charouk señaló con un dedo a Tarcquet—. ¿No pueden enviarnos ayuda alimentaria?

Tarcquet enarcó una ceja y miró expectante a Vaisra.

El jefe militar del Dragón suspiró.

—El Consorcio no se involucrará hasta que esté seguro de que tenemos posibilidades de ganar.

Se produjo una pausa. Todo el Consejo miró al general Tarcquet. Los jefes militares lucían la

misma expresión desesperada, patética y suplicante. La hermana Petra continuó garabateando en su cuaderno.

Nezha rompió el silencio. Habló en un hesperiano pausado y carente de acento.

—Van a morir millones de personas, señor.

Tarcquet se encogió de hombros.

—Entonces, será mejor que iniciéis ya esta campaña, ¿no?

La táctica de la emperatriz había surtido el mismo efecto que prenderle fuego a un hormiguero. Arlong estalló en un frenesí de actividad, poniendo al fin en marcha los planes de batalla que habían sido ideados hacía meses.

Una guerra por ideología se había convertido de pronto en una guerra de recursos. Ahora que esperar a que se debilitara el Imperio había dejado de ser una opción, a los jefes militares del sur no les quedó otra que ceder sus tropas a la campaña norteña de Vaisra.

Se dieron órdenes ejecutivas a los generales, que luego pasaron a los comandantes y *de ellos* a los líderes de los escuadrones y a los soldados. En cuestión de minutos, Rin recibió órdenes de unirse a la Decimocuarta Brigada en el Golondrina, que zarpaba dentro de dos horas del muelle número tres.

—Bien, estás en la flota principal —le dijo Nezha—. Conmigo.

—Qué alegría… —Rin se guardó otro uniforme de muda en un hatillo y se lo colgó sobre el hombro.

Nezha se acercó a ella para despeinarle el cabello.

—Anímate un poco, pequeña soldado. Por fin vas a conseguir lo que querías.

De camino al muelle, tuvieron que pasar por entre un montón de carromatos que cargaban cáñamo, yute, cal para hacer masilla, aceite de tung y lona. Toda la ciudad olía y sonaba como si fuera un astillero. Por todas partes comenzó a retumbar un chirrido leve y bajo. Era el ruido que hacían cientos de embarcaciones gigantescas al levar anclas y comenzar a girar sus ruedas de paletas.

—¡Moveos! —Un carromato conducido por soldados hesperianos estuvo a punto de atropellarlos. Nezha apartó a Rin a un lado.

—Capullos —murmuró el chico.

La esperiliana siguió con la mirada a los hesperianos hasta fijarla en los buques de guerra.

—Supongo que por fin vamos a ver a las tropas estrella de Tarcquet en acción.

—Lo cierto es que no. Tarcquet tan solo llevará a una patrulla mínima. El resto van a quedarse en Arlong.

—Entonces, ¿para qué se molestan en venir?

—Porque están aquí para observar. Quieren saber si somos capaces de acercarnos a la victoria y, si lo somos, si tenemos posibilidades de gobernar este país de forma eficiente. Anoche, Tarcquet le soltó a mi padre un rollo sobre las fases de la evolución humana, pero creo que realmente solo quiere comprobar si les merece la pena ensuciarse las manos por nosotros. A Tarcquet se le informa de todo lo que hace Jinzha. Todo lo que ve el general hesperiano se lo transmite luego al Consorcio. Y el Consorcio es el que decide cuándo van a prestamos sus embarcaciones.

—No podemos hacernos con el control de este Imperio sin ellos, y ellos no piensan ayudarnos hasta que nos hagamos con el control del Imperio. —Rin hizo una mueca—. ¿Esas son las condiciones?

—No exactamente. Intervendrán antes de que termine la guerra, cuando estén completamente seguros de que no es una causa perdida. Están dispuestos a inclinar la balanza, pero antes tenemos que demostrarles que somos más que capaces de hacer nuestra parte.

—Así que se trata de otra puta prueba —aseveró la joven.

Nezha soltó un suspiro.

—Más o menos, sí.

«Menuda arrogancia», pensó Rin. Debía de estar bien ostentar todo el poder y abordar la geopolítica como si fuera una partida de ajedrez, asomándose con curiosidad para observar qué países se merecían su ayuda y cuáles no.

—¿Petra va a venir con nosotros? —preguntó Rin.

—No. Se quedará en el barco de Jinzha. —Nezha vaciló—. Pero, mmm, mi padre me ha dicho que te deje claro que vuestras reuniones se reanudarán como de costumbre una vez que nos agrupemos con la flota de mi hermano.

—¿Incluso durante la campaña?

—Lo que más les interesa es estudiarte durante la campaña. Petra ha prometido que no se alargará mucho. Una hora a la semana, tal y como acordamos.

—No te parecerá mucho a ti —masculló Rin—. A ti nunca te han utilizado como rata de laboratorio.

Tres flotas se estaban preparando para zarpar en los Acantilados Rojos. La primera, comandada por Jinzha, subiría por el Murui a través del interior de la Provincia de la Liebre, el centro agrícola del norte. La segunda flota, liderada por Tsolin y el general Hu, recorrería la escarpada costa alrededor de la Provincia de la Serpiente para destruir los barcos de la Provincia del Tigre antes de que pudieran desplegarse hacia el interior para repeler a la vanguardia principal.

Conjuntamente, su objetivo era hacer presión en las provincias del noroeste con un ataque en el interior y otro en la costa. Daji se vería forzada a enfrentarse a un enemigo en dos frentes, y ambos se hallaban sobre el agua, un terreno en el que la Milicia nunca se había sentido cómoda.

En cuanto al número de hombres, la República seguía estando en desventaja. La Milicia contaba con decenas de miles de soldados más que el ejército republicano. No obstante, si la flota de Vaisra llevaba a cabo un buen trabajo y si los hesperianos mantenían su palabra, tenían muchas probabilidades de ganar esa guerra.

—¡Chicos! ¡Esperad!

—Ah, mierda —masculló Nezha.

Rin se dio la vuelta para encontrarse a Venka corriendo descalza hacia ellos por el muelle. Cargaba con un arco que se sujetaba contra el pecho.

Nezha se aclaró la garganta cuando Venka se detuvo delante de él.

—Mmm, Venka, no es un buen momento.

—Solo tomad esto —jadeó la joven, y dejó el arco sobre las manos de Rin—. Lo he cogido del taller de mi padre. Es el último modelo. La recarga es automática.

Nezha le lanzó a Rin una mirada incómoda.

—No hace…

—Es precioso, ¿verdad? —les preguntó Venka. Acarició con los dedos la forma del arco—. ¿Veis esto? Es un complejo mecanismo de bloqueo del gatillo. Por fin hemos averiguado cómo hacer que funcione. Este es solo un prototipo, pero creo que está listo…

—Embarcamos en cuestión de minutos —la interrumpió Nezha—. ¿Qué quieres?

—Llevadme con vosotros —dijo Venka a bocajarro.

Rin se percató de que la chica llevaba un hatillo a la espalda, pero no se había puesto el uniforme.

—Desde luego que no —le dijo Nezha.

A Venka se le enrojecieron las mejillas.

—¿Por qué no? Ya estoy mucho mejor.

—Ni siquiera puedes flexionar el brazo izquierdo.

—No le hace falta —dijo Rin—. No si va a usar el arco.

—¿Estás loca? —le preguntó su amigo—. No puede ir por ahí cargando con un arco tan grande. Acabará agotada…

—Se lo subiremos nosotros al barco —lo cortó Rin—. Y no la dejaremos participar en el fragor de la batalla. Necesitará protección cada vez que tenga que recargar, así que estará rodeada por una unidad de arqueros. Será seguro.

Venka miró de manera triunfante a Nezha.

—Ella ya lo ha dicho todo.

—¿Qué será seguro? —repitió Nezha, incrédulo.

—Estará más segura que el resto de nosotros —se corrigió Rin.

—Pero aún no ha terminado de… —Nezha miró a Venkade arriba abajo, titubeando. Era evidente que no encontraba las palabras adecuadas—. No has terminado de… Mmm…

—¿Curarme? —le preguntó Venka—. Es eso lo que quieres decir, ¿verdad?

—Por favor, Venka.

—¿Cuánto tiempo crees que necesito? Llevo meses sentada sin hacer nada. Venga ya, por favor. Estoy lista.

Nezha miró desesperado a Rin, como si esperara que su amiga fuera a hacer que toda la situación se disipase. Pero ¿qué esperaba que dijera ella? La esperiliana ni siquiera comprendía cuál era el problema.

—Debe de haber sitio para ella en los barcos —comentó Rin—. Deja que venga.

—Esa decisión no la puedes tomar tú. Podría morir ahí fuera.

—Gajes del oficio —replicó Venka—. Somos soldados.

—Tú no eres una soldado.

—¿Por qué no? ¿Por lo de Golyn Niis? —Venka dejó escapar una risotada—. ¿Crees que porque me hayan violado ya no puedo ser una soldado?

Nezha se movió incómodo.

—Eso no es lo que he dicho.

—Sí, sí que es lo que has dicho. Aunque no lo digas claramente, ¡es lo que estás pensando! —La chica subió el tono de voz—. Crees que, como me han violado, nunca voy a volver a la normalidad.

Nezha apoyó una mano sobre el hombro de Venka.

—*Meimei*, venga.

Meimei. Hermanita. No era por una cuestión de sangre, sino por el hecho de que sus familias habían mantenido una estrecha amistad. Estaba intentando dejar de manifiesto su habitual preocupación por ella para intentar disuadirla de que los acompañara.

Lo que te sucedió fue horrible. Nadie te culpa. Y nadie está de acuerdo con tu padre, o con mi madre…

—¡Eso ya lo sé! —gritó Venka—. ¡Eso me importa una mierda!

Nezha parecía dolido.

—Ahí fuera no puedo protegerte.

—¿Y cuándo me has protegido en tu vida? —Venka le apartó la mano que le había apoyado en el hombro—. ¿Sabes lo que pensaba mientras estaba en aquella casa? Esperaba que alguien viniera a buscarme. De verdad creí que alguien vendría a por mí. ¿Dónde coño estabas tú entonces? En ninguna parte.

Así que, que te den, Nezha. No puedes mantenerme a salvo, así que lo único que te queda es dejarme luchar.

—Sí que puedo mantenerte a salvo —declaró el chico—. Soy un general. Da la vuelta o haré que alguien te saque de aquí a rastras.

Venka le arrebató a Rin el arco de las manos y apuntó a Nezha con él. Una flecha salió disparada y no le acertó en la mejilla por muy poco. Acabó clavada en un poste a varios metros por detrás de su cabeza, donde se quedó tambaleándose contra la madera, produciendo un zumbido.

—Has fallado —dijo Nezha con calma.

Venka lanzó el arco hacia el suelo del muelle y escupió a los pies del joven.

—Yo nunca fallo.

La capitana Salkhi del Golondrina esperaba a los Cike en la base de la pasarela. Era una mujer menuda y esbelta con el pelo muy corto, los ojos estrechos y la piel de un tono marrón rosado (no del moreno oscuro de los sureños, sino del mismo tono bronceado que adquirían los norteños pálidos cuando pasaban demasiado tiempo bajo el sol).

—Doy por sentado que debo trataros como a cualquier otro soldado —les dijo—. ¿Podéis encargaros de operaciones terrestres?

—No hay problema —dijo Rin—. Te explicaré la especialidad de cada uno.

—Te lo agradecería. —Salkhi hizo una pausa—. ¿Y qué pasa contigo? Eriden me ha informado de tu…, mmm…, problema.

—Sigo contando con dos brazos y dos piernas.

—Y tiene un tridente —dijo Kitay, acercándose a ellas por detrás de Rin—. Es muy útil para pescar.

La esperiliana se giró, gratamente sorprendida.

—¿Vas a venir con nosotros?

—La elección era entre tu barco o el de Nezha. Y, sinceramente, él y yo no dejamos de sacarnos de quicio.

—Eso es sobre todo culpa tuya.

—Ah, desde luego —admitió Kitay—. Pero me da igual. Además, tú me caes mejor. ¿No te sientes halagada?

Eso era lo máximo que iba a obtener a modo de disculpa por parte de Kitay. Rin sonrió y ambos embarcaron juntos en el Golondrina.

El navío no era un barco de guerra con varias cubiertas. Se trataba de un modelo elegante y pequeño construido de forma similar a un velero de los que cargaban opio. Contaba con una única hilera de cañones armados en cada costado, pero ningún fundíbulo montado sobre la cubierta. A Rin, que se había acostumbrado a las comodidades del Sombramar, le dio la sensación de que ese navío era incómodamente estrecho.

El Golondrina formaba parte de la primera flota, uno de los siete veleros ligeros y rápidos capaces de llevar a cabo ajustadas maniobras tácticas. Iban a adelantarse al resto y partir dos semanas antes mientras la flota más pesada, comandada por Jinzha, comenzaba con los preparativos para zarpar.

Durante ese tiempo, estarían aislados de la cadena de mando de Arlong.

Pero no importaba. Las órdenes que tenían eran breves y concisas: dar con la fuente del veneno, destruirla y castigar a cada uno de los hombres involucrados. Vaisra no había especificado cómo hacer lo último. Esa decisión la dejaba en manos de los capitanes, y ese era el motivo por el que todos querían ser los primeros en llegar.



15

La tripulación del Golondrina tenía planeado seguir navegando río arriba hasta que dejaran de estar rodeados por peces muertos o hasta que la fuente del veneno fuese evidente. Las instalaciones tendrían que estar cerca de la encrucijada del río principal y lo suficientemente próximas al Murui como para que no hubiese posibilidad de que el veneno se desviara hacia el mar o acabara en un punto muerto. Se dirigieron hacia el norte por el Murui hasta que llegaron a la frontera de la Provincia de la Liebre, donde el río se bifurcaba en varios afluentes.

En ese punto, los veleros se dividieron. El Golondrina tomó la ruta más occidental, un arroyo que se curvaba perezosamente y que recorría despacio el interior de la provincia. Pasaron con cautela con la bandera ligeramente arriada, intentando hacerse pasar por un barco mercante para eludir las sospechas del Imperio.

La capitana Salkhi lideraba un barco limpio y muy disciplinado. La Decimocuarta Brigada hacía unos turnos alternos en cubierta, o bien vigilando la costa, o bien remando en la parte de abajo. Los soldados y la tripulación aceptaron a los Cike entre los suyos con una indiferencia recelosa. Si se hacían preguntas sobre lo que los chamanes podían o no hacer, se las guardaron para sí mismos.

—¿Has visto algo? —Rin se unió a Kitay en la barandilla de estribor, con las piernas doloridas después de haberse pasado demasiado tiempo en el turno de remo. Según el cronograma, ahora le tocaba dormir. Sin embargo, a media mañana era el único momento en el que ambos coincidían en su descanso.

Rin sentía un gran alivio porque Kitay y ella volvían a estar en buenos términos. No habían vuelto del todo a la normalidad, y la joven no estaba segura de que eso fuera a suceder algún día, pero al menos no parecía que el chico la juzgara con frialdad cada vez que la miraba.

—Todavía no. —Kitay estaba completamente inmóvil, con los ojos fijos en el agua, como si pudiera rastrear el camino hacia la fuente química solo con su fuerza de voluntad. Estaba enfadado. Rin veía indicios de ello: le habían palidecido las mejillas, estaba demasiado rígido y pasaba largos periodos sin parpadear. A la joven simplemente le alegraba que no estuviese enfadado con ella.

—Mira. —Rin señaló—. No creo que este sea el afluente correcto.

Unas formas oscuras se movían bajo el agua de un verde lodoso. Eso significaba que aún

había vida en ese río y que no se había visto afectado por el veneno.

Kitay se inclinó hacia delante.

—¿Qué es eso?

La joven siguió su mirada, pero no fue capaz de discernir qué era lo que estaba viendo.

Su amigo tomó del mamparo un palo con una red, lo metió en el agua y sacó un pequeño objeto. Al principio, la esperiliana creyó que había cogido un pez, pero, cuando lo depositó sobre la cubierta, pudo ver que se trataba de algún tipo de bolsa oscura y piel, más o menos del tamaño de un pomelo, atada con fuerza en un extremo, lo que hacía que extrañamente pareciera un pecho.

Kitay lo pellizcó con dos dedos.

—Inteligente —declaró—. Asqueroso, pero inteligente.

—¿Qué es?

—Es increíble. Esto tiene que ser obra de un graduado de Sinegard. O de uno de Yuelu. Nadie más puede ser así de listo. —Le acercó el objeto para que lo viera. Rin retrocedió. Olía fatal, a una combinación del hedor de algunos animales con el olor fuerte y agrio del veneno. Eso le hizo recordar los fetos de cerdos embalsamados que empleaban en sus clases de Medicina con la maestra Enro.

Arrugó la nariz.

—¿Vas a decirme qué es?

—La vejiga de un cerdo. —Kitay le dio la vuelta en la palma de su mano y la agitó—. Es resistente al ácido, al menos en cierta medida. Por eso el veneno no se diluye antes de llegar a Arlong.

Frotó el exterior de la vejiga con los dedos.

—Esto permanece intacto para que el agente no se disuelva en el agua hasta que llega río abajo. Está hecho para que resista varios días. Una semana como mucho.

La vejiga se abrió de golpe bajo la presión. A Kitay se le derramó un líquido sobre la mano que hizo que su piel chisporroteara y se arrugara. Una nube negra apareció en el aire. El olor agrio se intensificó. Kitay soltó una maldición y lanzó la vejiga otra vez al agua por la borda del barco. Luego, se apresuró a limpiarse la piel contra el uniforme.

—Mierda. —Se examinó la mano, donde le había salido un sarpullido pálido e irritado.

Rin tiró de él para apartarlos de la nube de gas. Para su gran alivio, esta se disipó en cuestión de segundos.

—Por las tetas del Tigre, ¿estás…?

—Estoy bien. No es profundo. O eso creo. —Kitay apoyó la mano contra el codo contrario y se encogió de dolor—. Ve a buscar a Salkhi. Creo que nos estamos acercando.

Salkhi dividió a la Decimocuarta Brigada en escuadrones de seis personas que se dispersaron por toda la región circundante para analizar el terreno. Los Cike fueron los primeros en encontrarla fuente del veneno. Quedó visible desde el momento en el que salieron de entre la linde de los árboles: un edificio robusto de tres plantas, con campanarios en ambos extremos, erigido en el mismo estilo arquitectónico que empleaban los antiguos misioneros hesperianos.

En el muro sur, un único tubo llegaba hasta el agua: una vía destinada a expulsar desechos y

aguas residuales al río. En cambio, lo que expulsaba eran las bolsas de veneno con una regularidad precisa.

Alguien o algo estaba lanzándolas desde el interior.

—Es aquí. —Kitay le indicó con un gesto al resto de los Cike que se agacharan detrás de los arbustos—. Alguien tiene que entrar ahí.

—¿Y qué pasa con el guardia? —susurró Rin.

—¿Qué guardia? Ahí no hay nadie.

Tenía razón. El lugar apenas parecía protegido. Rin podía contar los soldados que había allí con una sola mano. Tras pasar media hora vigilando el perímetro, no vieron a nadie más patrullando.

—No tiene ningún sentido —afirmó Rin.

—Quizás no cuentan con los hombres necesarios —dijo Kitay.

—Entonces, ¿por qué iban a provocar al dragón? —preguntó Baji—. Si no cuentan con refuerzos, este ataque ha sido una idiotez por su parte. Toda esta ciudad está muerta.

—Puede que sea una emboscada —declaró la esperiliana.

Kitay no parecía convencido.

—Pero no nos están esperando.

—Podría ser protocolario. Tal vez estén todos escondidos dentro.

—Así no es como se establecen las defensas. Eso solo se hace si estás bajo asedio.

—Entonces, ¿quieres que ataquemos un edificio contando con la mínima información? ¿Y si hay un pelotón en el interior?

Kitay se sacó una bengala del bolsillo.

—Sé cómo podemos averiguarlo.

—Espera —intervino Ramsa—. La capitana Salkhi dijo que no atacáramos.

—Que le den a Salkhi —declaró Kitay con una violencia impropia de él. Antes de que Rin pudiera detenerlo, su amigo encendió la mecha, apuntó y lanzó la bengala hacia el pedazo de bosque que quedaba detrás del edificio.

Un estallido hizo retumbar todo el lugar. Varios segundos después, Rin escuchó gritos procedentes del interior del edificio. Entonces, un grupo de hombres armados con aperos de labranza cruzaron las puertas y corrieron hacia el lugar de la explosión.

—Ahí está la Guardia —dijo Kitay.

Rin levantó su tridente.

—Ay, que te den.

Su amigo hizo el recuento en voz baja mientras observaba a los hombres.

—Son unos quince. Nosotros somos veinticuatro. —Dirigió la mirada hacia Baji y Suni—. ¿Creéis que podréis mantenerlos alejados del edificio hasta que lleguen los demás?

—Me parece un insulto que lo dudes —dijo Baji—. En marcha.

En el interior del edificio solo quedaban dos guardias. Kitay eliminó a uno con su arco. Rin se enfrentó al otro durante unos minutos hasta que al fin lo desarmó y le clavó su tridente en la garganta. La joven le sacó el arma de un tirón y el soldado se desplomó en el suelo.

Las puertas permanecieron completamente abiertas delante de ellos. Rin echó un vistazo al

interior oscuro. El olor a cadáveres putrefactos le llegó de sopetón, tan denso y profundo que comenzaron a llorarle los ojos. Se cubrió la boca con la manga de su camisa.

—¿Vienes o qué?

Pum.

La esperiliana se giró. Kitay estaba encima del segundo guardia, con el arco apuntando hacia abajo y limpiándose gotas de sangre que tenía en la barbilla con el dorso de la mano. La pilló mirándolo fijamente.

—Solo estaba asegurándome —le dijo.

En el interior se toparon con un matadero.

A Rin le llevó un momento ajustar su mirada a la oscuridad. Entonces, pudo ver cadáveres de cerdos por todas partes: tirados en el suelo, apilados en los rincones, sobre mesas, todos abiertos en canal con una precisión quirúrgica.

—Por las tetas del Tigre —murmuró.

Alguien los había matado a todos solo para sacarles las vejigas. Tal malgasto la sorprendió. En el suelo había apilada mucha carne podrida, cuando, en la provincia de al lado, los refugiados estaban tan delgados que las costillas se les marcaban a través de sus atuendos harapientos.

—Encuéntralos —dijo Kitay.

Rin recorrió toda la estancia con la mirada. Una decena de barriles abiertos se encontraban alineados contra la pared. Estos contenían el veneno en forma líquida: un brebaje amarillo y nocivo que creaba gases tóxicos que ascendían lentamente hacia arriba. Por encima de los barriles había una estantería tras otra de botes de metal. Más de los que la joven podía contar.

Ya había visto botes como esos antes, perfectamente ordenados en estanterías iguales que esas. Había estado contemplándolos durante horas mientras los científicos mugeneses la tenían atada a una cama y le introducían opiáceos por las venas.

El rostro de Kitay adquirió un tono verdoso. Él había visto ese gas en Golyn Niis.

—Si yo fuera vosotros, no tocaría eso. —Una figura emergió de una escalera detrás de ellos. Kitay levantó su arco. Rin se agachó, con el tridente listo para ser lanzado mientras entornaba la mirada para intentar distinguir el rostro de esa figura en la oscuridad.

La figura salió hacia la luz.

—Sí que habéis tardado.

Kitay bajó los brazos.

—¿Niang?

Rin no la habría reconocido. La guerra la había transformado. Incluso durante su tercer año en Sinegard, Niang siempre había parecido una niña: inocente, con la cara redonda y adorable. Nunca había dado la sensación de encajar en una academia militar. Ahora parecía una soldado, llena de cicatrices y endurecida, como el resto de ellos.

—Por favor, di me que no estás detrás de esto —dijo Kitay.

—¿De qué? ¿De las cápsulas? —Niang acarició con los dedos el borde de un barril. Tenía las manos cubiertas de ronchas rojas e irritadas—. Un diseño inteligente, ¿verdad? Esperaba que alguien se diera cuenta.

A medida que Niang se acercaba más a la luz, Rin pudo ver que no solo tenía ronchas en las manos. También tenía el cuello y el rostro moteados de rojo, como si le hubieran raspado la piel con la cara plana de una cuchilla.

—Esos recipientes —dijo Rin—. Son de la Federación.

—Sí, la verdad es que nos han ahorrado mucho trabajo, ¿verdad? —Niang dejó escapar una carcajada—. Habían producido miles de barriles de esa sustancia. El jefe militar de la Liebre quería usarlos para invadir Arlong, pero yo tuve un enfoque más inteligente. Le dije que la introdujéramos en el agua. Que los matáramos de hambre. La parte más complicada fue pasarla de gas a líquido. Eso me llevó semanas.

Niang tomó un frasco de la pared y lo sostuvo con una mano, como si se estuviera preparando para lanzarlo.

—¿Creéis que vosotros lo hubierais hecho mejor?

Rin y Kitay se encogieron al mismo tiempo.

Niang bajó el brazo, sonriendo con malicia.

—Es broma.

—Suelta eso —le dijo Kitay en voz baja. Su tono era tenso y muy controlado—. Hablemos. Solo hablemos, Niang. Sé que alguien te habrá obligado. No tienes por qué hacerlo.

—Eso ya lo sé —respondió la joven—. Me ofrecí voluntaria. ¿O es que creías que iba a quedarme cruzada de brazos y dejar que los traidores dividieran el Imperio?

—No sabes de qué estás hablando —le dijo Rin.

—Sé lo suficiente. —Niang levantó el frasco aún más alto—. Sé que habéis amenazado con matar de hambre al norte para que se arrodille ante el jefe militar del Dragón. Sé que vais a invadir nuestras provincias si no os salís con la vuestra.

—¿Y tu solución es envenenar a todo el sur? —le preguntó Kitay.

—Mira quién habla —le espetó Niang—. Vosotros sois los que nos matáis de hambre. Nos vendisteis ese grano echado a perder. ¿Qué se siente al recibir vuestra propia medicina?

—El embargo solo era una amenaza —le explicó el chico—. Nadie tiene por qué morir.

—¡Ya ha muerto gente! —Niang señaló a Rin con un dedo—. ¿A cuántas personas mató ella en esa isla?

La esperiliana parpadeó.

—¿A quién le importa una mierda la Federación?

—Allí también había tropas de la Milicia. Miles. —A Niang le tembló la voz—. La Federación había tomado prisioneros de guerra, los había enviado a campos de trabajo. Se llevaron a mis hermanos. ¿Acaso les diste la oportunidad de abandonar la isla?

—Pero… —Rin le lanzó a Kitay una mirada desesperada—. Eso no es cierto.

¿Lo era?

Si eso fuera cierto, seguramente alguien ya se lo habría dicho.

Kitay no le devolvía la mirada.

Rin tragó saliva.

—Niang, no sabía que…

—¿Que no lo sabías? —gritó Niang. El frasco se balanceó peligrosamente en su mano—. Eso lo arregla todo, ¿no?

Kitay extendió la palma de la mano, apuntando aún con el arco al suelo.

—Niang, por favor, baja eso.

La joven negó con la cabeza.

—Esto es culpa vuestra. Acabamos de salir de una guerra. ¿Por qué no podíais dejarnos en

paz?

—No queremos mataros —dijo Rin—. Por favor…

—¡Qué generosos! —Niang levantó el frasco por encima de su cabeza—. ¡No quieren matarme! La República se apiadará de…

—A la mierda —masculló Kitay. Con un único movimiento fluido, levantó el arco, apuntó y disparó una flecha que acertó a Niang en el pecho izquierdo.

El ruido sordo que produjo al caer retumbó como si fuera el último latido de un corazón.

Niang abrió mucho los ojos. Inclinó la cabeza hacia abajo y se examinó el pecho con curiosidad. Sus rodillas cedieron. El frasco se le escapó de las manos y rodó por el suelo hasta detenerse junto a la pared.

La tapa se abrió con un pequeño estallido. Un humo amarillo salió de su interior, inundando rápidamente el fondo de la sala.

Kitay bajó su arco.

—Vámonos.

Corrieron. Rin miró hacia atrás cuando estaban cruzando la puerta. El gas era demasiado denso como para poder ver con claridad, pero no le costó distinguir la forma de Niang retorciéndose y convulsionando, envuelta en una mortaja de ácido que le comía vorazmente toda la piel. Unas manchas rojas se extendían sin piedad por todo su cuerpo, como si fuese una muñeca de papel que hubiera caído dentro de un charco de tinta.

Una lluvia fina humedecía el aire mientras el Golondrina descendía por el afluente para unirse a la flota principal.

La tripulación había estado debatiendo brevemente qué hacer con los frascos. No podían dejarlos en el edificio, pero ninguno de ellos quería subir el gas a bordo. Al final, Ramsa sugirió que destruyeran el edificio con un incendio controlado. Aquello servía supuestamente para disuadir a cualquiera de acercarse a la zona hasta que Jinzha pudiera enviar a un escuadrón a que recogiera los frascos que quedaran. Sin embargo, Rin sospechaba que Ramsa solo buscaba una excusa para hacer explotar algo.

Así que empaparon el lugar en aceite, apilaron leña en el tejado y en el matadero improvisado, y luego, una vez que estuvieron a una distancia segura, dispararon flechas en llamas desde el barco.

El edificio se prendió fuego de inmediato. Era un incendio hermoso, visible a kilómetros de distancia. La lluvia aún no había logrado aplacar las llamas. Pequeñas llamaradas rojas seguían ardiendo en la base del edificio, y el humo se extendía desde las torres hacia arriba.

Un rayo partió en dos el cielo. Unos segundos después, la llovizna ligera se convirtió en unos goterones que caían con fuerza y sin parar sobre la cubierta. La capitana Salkhi ordenó a la tripulación que dispusiera unos barriles abiertos sobre la cubierta para recoger agua fresca. La mayor parte de la tripulación bajó a sus camarotes, pero Rin se quedó sentada en la cubierta, se llevó las rodillas al pecho y echó la cabeza hacia atrás. Las gotas de lluvia le caían sobre la garganta, maravillosamente frescas y frías. Hizo gárgaras con el agua de la lluvia, dejando que le salpicaran sobre la cara y la ropa. Sabía que no le había entrado nada de veneno en su sistema, de lo contrario ya habría sentido los efectos. Sin embargo, no era capaz de sentirse limpia.

—Creía que detestabas el agua —le dijo Kitay.

Rin levantó la mirada. Su amigo se cernía sobre ella, un desastre miserable y empapado. Seguía sujetando con fuerza su arco entre las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó la esperiliana.

Los ojos del chico parecían los de un muerto.

—No.

—Siéntate conmigo.

Kitay obedeció sin decir ni una palabra. Solo cuando estuvo sentado a su lado, Rin pudo ver con cuánta violencia estaba temblando.

—Siento lo de Niang —le dijo la joven.

En respuesta, Kitay se encogió de hombros.

—Yo no.

—Creía que te caía bien.

—Apenas la conocía.

—Sí que te caía bien. Lo recuerdo. Te parecía mona. Me lo llegaste a decir en la academia.

—Sí, pero luego esa zorra fue y envenenó a la mitad del país.

Kitay inclinó la cabeza hacia arriba. Tenía los ojos rojos, y Rin no podía distinguir sus lágrimas de las gotas de lluvia. El joven soltó un suspiro largo y vacilante.

Y entonces, se vino abajo.

—No puedo seguir haciendo esto. —Las palabras salían a borbotones de su interior entre sollozos ahogados y repentinos—. No puedo dormir. No puedo pasar ni un segundo sin visualizar lo sucedido en Golyn Niis. Cierro los ojos y me veo escondiéndome otra vez detrás de ese muro. Y los gritos no cesan porque los asesinatos se alargan toda la noche…

Rin buscó la mano de su amigo.

—Kitay…

—Es como si estuviera congelado en ese momento. Y nadie sabe lo que se siente, porque todos han pasado página menos yo. Pero, para mí, todo lo que ha sucedido desde lo de Golyn Niis es un sueño. Y sé que esto no es real porque sigo estando detrás de ese muro. La peor parte es… Lo peor es que no sé quién está gritando. Era más fácil cuando el único mal que existía en el mundo era la Federación. Ahora no soy capaz de discernir quién tiene razón y quién no. Y eso que soy el más listo. Siempre esperan que tenga la respuesta correcta para todo, pero esta vez no es así.

Rin no sabía qué podía decirle para reconfortarlo, así que cerró los dedos alrededor de los de él con fuerza.

—Yo tampoco la tengo.

—¿Qué sucedió en esa isla? —le preguntó Kitay de golpe.

—Sabes bien qué fue lo que sucedió.

—No. Nunca me lo has contado. —El chico se enderezó—. ¿Lo hiciste de forma consciente? ¿Estabas pensando en lo que estabas haciendo?

—No lo recuerdo —respondió la joven—. Intento no recordarlo.

—¿Sabías que los estabas matando? —la presionó—. ¿O simplemente…? —Cerró los dedos hasta formar un puño, y luego volvió a abrirlos entre los de su amiga.

—Solo quería que todo acabara —respondió Rin—. No estaba pensando. No quería hacerles

daño. No realmente. Solo quería que todo terminara.

—Yo no quería matar a Niang. Es solo que… No sé por qué lo…

—Lo sé.

—Yo no soy así —insistió. Sin embargo, no era a Rin a la que tenía que convencer.

Lo único que la joven pudo hacer fue volver a apretarle la mano.

—Lo sé.

Les enviaron señales y cambiaron el rumbo. En cuestión de un día, los veleros recorrieron rápidamente el Murui para reunirse con la Armada principal.

Cuando Rin vio la flota de la República de frente, le pareció engañosamente pequeña, con los barcos dispuestos en una formación estrecha. Pero entonces, se acercaron por un costado y todo el alcance de la flota se extendió delante de ella, una muestra de fuerza maravillosa e impactante. Comparado con los buques de guerra, el Golondrina era una cosita insignificante, un pajarillo que volvía con su bandada.

La capitana Salkhi encendió varios farolillos para señalar su regreso y las embarcaciones que estaban patrullando a la vanguardia le devolvieron el gesto, dándole permiso para atravesar la línea. El Golondrina se coló entre la formación. Una hora más tarde, Jinzha subió a bordo. La tripulación se reunió en cubierta para informarlo de todo.

—Hemos acabado con la fuente del veneno, pero es posible que aún queden frascos entre las ruinas —le dijo Salkhi a Jinzha—. Sería mejor que enviara a un escuadrón hasta allí para ver si pueden recuperarlos.

—¿Los producían ellos mismos? —preguntó Jinzha.

—Es improbable —respondió la capitana—. No eran unas instalaciones de investigación. Era una especie de matadero improvisado. Daba la sensación de que era un mero punto de distribución.

—Creemos que los obtenían de unas instalaciones de la Federación en la costa —intervino Rin—. En las que yo estuve cuando… A las que me llevaron.

Jinzha frunció el ceño.

—Esas están en la Provincia de la Serpiente. ¿Por qué iban a traer los frascos hasta aquí?

—No podrían haber puesto esto en marcha desde la Provincia de la Serpiente —le explicó Kitay—. La corriente se hubiera llevado el veneno hacia el mar, en lugar de hacia Arlong.

Así que alguien debe de haber acudido allí recientemente para recoger los frascos y enviarlos a la Provincia de la Liebre.

—Espero que haya sido así —dijo Jinzha—. No quiero ni imaginarme la alternativa.

La alternativa, por supuesto, era aterradora. Supondría que no estaban librando una batalla solo contra el Imperio, sino también contra la Federación. Que esta última habría sobrevivido, que habría recuperado sus armas y que se las estaba proporcionando a los enemigos de Vaisra.

—¿Tomasteis prisioneros? —les preguntó Jinzha.

Salkhi asintió.

—Dos guardias. Están en el bergantín. Los entregaremos para que se proceda a su interrogatorio.

—Eso no es necesario. —Jinzha agitó una mano—. Ya sabemos todo lo que necesitábamos

saber. Llevadlos a la playa.

—A tu hermano le gusta un buen espectáculo público —le dijo Kitay a Nezha.

Los gritos llevaban escuchándose desde hacía más de una hora. Rin casi se había acostumbrado a ellos, aunque hacían que le costara tomarse su cena.

Habían atado a los guardias de la Provincia de la Liebre a unos postes a nivel del suelo y les habían pegado unas buenas palizas. Jinzha los había desnudado y desollado. Luego, había vertido el veneno de una de las cápsulas en una petaca y la había calentado. Ahora el veneno caía sobre la piel de los guardias, marcando un sendero humeante e increíblemente rojo sobre sus mejillas, sus clavículas, hasta llegarles a los genitales expuestos, mientras los soldados republicanos permanecían sentados en la playa, observándolos.

—Esto no era necesario —dijo Nezha. Su cena estaba en el suelo junto a él, intacta—. Es grotesco.

Kitay rio, profiriendo un sonido seco y vacío.

—No seas ingenuo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sí que es necesario. La República acaba de recibir un gran golpe. Vaisra no puede revertir la contaminación del río ni el hecho de que miles de personas vayan a morir de hambre. Pero si les inflige un poco de dolor a un par de hombres y lo hace públicamente, todo irá bien.

—¿A ti te parece que eso lo justifica? —le preguntó Rin.

Kitay se encogió de hombros.

—Han contaminado un puto río.

Nezha se envolvió las rodillas con los brazos.

—Salkhi dice que estuvisteis un buen rato allí dentro.

Rin asintió.

—Nos encontramos a Niang. Quería habértelo dicho antes.

Nezha parpadeó, sorprendido.

—¿Y cómo está?

—Muerta —declaró Kitay. Seguía contemplando a los hombres atados a los postes.

Nezha lo miró durante un momento y luego enarcó una ceja en dirección a Rin. La joven entendió su pregunta tácita y negó con la cabeza.

—No me había planteado que tendríamos que enfrentarnos a nuestros propios compañeros de clase —murmuró Nezha tras una pausa—. ¿A quién más conocemos en el norte? Kureel, Arda…

—A mis primos —dijo Kitay sin darse la vuelta—. Han, Tobi… La mayoría de nuestros compañeros de clase, si es que siguen vivos.

—Supongo que no es fácil enfrentarte a tus amigos en una guerra —dijo Nezha.

—Sí que lo es —le respondió Kitay—. Todos tienen elección. Niang eligió por sí misma. Solo que eligió la opción equivocada.



16

Al atardecer, los guardias habían dejado de retorcerse.

Jinzha había ordenado que quemaran sus cuerpos como último acto público. Pero observar cómo ardía un cadáver no proporcionaba la misma satisfacción vengativa que escuchar gritar a los hombres. Llegó un momento en el que el olor a carne quemada en la playa fue tan penetrante que los soldados comenzaron a volver a sus barcos.

—Bueno, ha sido divertido. —Rin se levantó y se sacudió las migas que le habían caído sobre el uniforme—. Regresemos.

—¿Ya te vas a ir a dormir? —le preguntó Kitay.

—No pienso quedarme aquí —respondió la joven—. Apesta.

—No tan rápido —intervino Nezha—. Ya no te toca estar en el Golondrina. Has sido reasignada al Alción.

—¿Solo ella? —preguntó Kitay.

—No, todos vosotros. Los Cike también. Jinzha quiere contar contigo para poder debatir sobre estrategia, y cree que los Cike pueden causar más daños desde un buque de guerra. El Golondrina no es un barco de ataque.

Rin echó un vistazo hacia el Alción, donde los soldados hesperianos y la Compañía Gris estaban a plena vista sobre la cubierta.

—Sí, eso es intencionado. —Nezha intuyó qué iba a preguntarle con solo verle el gesto de exasperación en la cara—. Quieren mantenerte vigilada de cerca.

—Ya he accedido a que Petra me examine como si fuera un animal una vez a la semana —declaró Rin—. No quiero tener que verlos mientras intento comer.

Nezha levantó las manos en el aire.

—Órdenes de Jinzha. No hay nada que podamos hacer.

Rin sospechaba que la capitana también había solicitado que los transfirieran por desacato. A Salkhi le había frustrado mucho que los Cike hubieran irrumpido en el edificio sin su consentimiento, y que Baji señalara que no habían necesitado al resto de sus tropas tampoco había ayudado a mejorar la situación. La sospecha de Rin se vio confirmada cuando Jinzha se pasó veinte minutos advirtiéndoles a los Cike y a ella que tendrían que seguir sus órdenes al pie de la letra o, de lo contrario, los tirarían al Murui.

—Me da igual que mi padre crea que sois lo mejor que hay —les dijo—. Os comportaréis como soldados o se os castigará igual que a los desertores.

—Capullo —murmuró Rin mientras abandonaban su despacho.

—Es lo peor —convino Kitay—. Es una persona tan rara que hace que Nezha parezca el hermano simpático.

—No es que quiera que se ahogue en el Murui —comentó Ramsa—, pero no me importaría ahogarlo yo mismo en este río.

Con la flota unida, comenzó realmente la expedición de la República hacia el norte. Jinzha marcó un rumbo directo que atajaba a través de la Provincia de la Liebre, un lugar que contaba con una buena agricultura y que era relativamente débil. Por el camino, recogieron las frutas maduras que quedaban a su alcance y así lograron reforzar sus provisiones antes de enfrentarse de lleno con la Milicia.

Salvo por la presencia hesperiana, a Rin le pareció que viajar en el Alción era una gran mejora en comparación con el Golondrina. Con al menos noventa metros de largo de proa a popa, el Alción era el único barco tortuga de la flota, con una cubierta superior cerrada con paneles de madera y planchas de acero que lo hacían prácticamente inmune a los cañonazos. El Alción funcionaba casi como una armadura flotante, y por un buen motivo: a bordo iban Jinzha, el almirante Molkoi, casi todos los jefes de estrategia de la flota y la mayor parte de la delegación hesperiana.

Flanqueando al Alción iba un trío de galeras idénticas, conocido como los Halcones Marinos. Eran buques de guerra con unas tablas flotantes unidas a babor y a estribor con la forma de las alas de un ave. A dos de ellos se los llamaba cariñosamente Avefría y Ampelis. El Grifo, comandado por Nezha, navegaba justo detrás del Alción.

Las otras dos galeras protegían el orgullo y ariete de la flota: dos enormes barcos castillo a los que alguien había tenido el ingenio de llamar Verdugo y Codorniz. Eran monstruosamente largos y muy pesados, diseñados con dos fundíbulos montados y cuatro hileras de arcos cada uno.

La flota avanzó por el Murui hacia arriba en formación de falange, alineados de ese modo para ajustarse a la estrecha anchura del río. Los veleros pequeños se colocaban alternativamente entre los buques de guerra o los seguían en línea recta, como una fila de patitos que seguían a su madre.

A Rin le pareció que lo mejor de una guerra naval era que las tropas pudieran descansar durante la marcha. Solo tenían que esperar a que sus navíos los condujesen hasta las ciudades más importantes del Imperio, ya que todas estaban cerca del agua. Las ciudades necesitaban el agua para sobrevivir, igual que los cuerpos necesitaban sangre. Así que, si querían hacerse con el control del Imperio, tan solo teman que navegar por sus arterias.

Al amanecer, la flota había llegado a la frontera de la localidad de Radan. Este era uno de los centros económicos más grandes de la Provincia de la Liebre. Estaba en el punto de mira de Jinzha debido a su ubicación estratégica en la confluencia de dos canales, a que poseía varios graneros bien provistos y al simple hecho de que apenas contaba con fuerzas militares.

Jinzha ordenó una invasión inmediata sin posibilidad de negociación.

—¿Teme acaso que la población se resista? —le preguntó Rin a Kitay.

—Es más probable que tema que vayan a rendirse —le respondió—. Jinzha necesita que esta expedición se cimiente sobre el miedo.

—¿Cómo? ¿Es que los barcos castillo no dan suficiente miedo?

—Eso es un farol. Esto no tiene nada que ver con Radan, sino con la siguiente batalla. Vamos a usar esta ciudad para dar ejemplo.

—¿Ejemplo de qué?

—De lo que sucede cuando te resistes —dijo Kitay sombríamente—. Si yo fuera tú, iría a por tu tridente. Estamos a punto de empezar.

El Alción se acercaba con premura a las puertas de Radan en el río. Rin tomó su catalejo para poder ver mejor la flota que la localidad se apresuraba a reunir. Era una amalgama patética y ridícula de navíos anticuados, la mayoría de ellos creaciones de un solo mástil con velas hechas con seda engrasada. Los barcos de Radan eran navíos mercantes y pesqueros sin ninguna capacidad para disparar. De lo que no cabía duda era de que jamás habían sido utilizados para librar una guerra.

«Los Cike habríamos bastado para hacernos con el control de la ciudad», pensó Rin. Además, lo estaban deseando. Suni y Baji llevaban horas recorriendo la cubierta de un lado a otro, impacientes por tener al fin un poco de acción. Los dos podrían haberse cargado sin ayuda de nadie las defensas exteriores. Pero Jinzha había querido emplear todos sus recursos para irrumpir en Radan. Eso no era ninguna estrategia, era montar un numerito.

El mayor de los hermanos Yin salió a cubierta, echó un vistazo a la flota de defensa de Radan y se llevó la mano a la boca para cubrirse un bostezo.

—Almirante Molkoi.

El almirante inclinó la cabeza.

—¿Sí, señor?

—Sumerja esas cosas.

La batalla que se desarrolló a continuación estuvo tan desigualada que parecía imposible de creer. No era ninguna lucha, era una tragicomedia.

Los hombres de Radan habían empapado sus velas en aceite. Era una práctica habitual entre comerciantes, que querían mantener sus velas impermeables e inmunes a la pudrición. Sin embargo, no era lo más inteligente contra la pirotecnia.

Los Halcones Marinos dispararon una serie de cohetes dobles de cabeza de dragón que estallaron a mitad del trayecto en unos explosivos más pequeños. Estos se extendieron como una oscura lluvia de fuego sobre toda la flota de la ciudad. Las velas se prendieron de inmediato. Unas cortinas de llamas voraces envolvieron a la patética armada, crepitando con tanta fuerza que, por un instante, no pudieron escuchar otra cosa.

A Rin le resultó extrañamente satisfactorio observar todo aquello, igual de divertido que patear un castillo de arena solo por el hecho de poder hacerlo.

—Por las tetas del Tigre —declaró Ramsa, que estaba sentado en la proa con las llamas titilantes reflejadas en su mirada—. Es como si ni se esforzaran.

Cientos de hombres saltaron por la borda para intentar escapar del calor abrasador.

—Que los arqueros disparen a cualquiera que salga del río —ordenó Jinzha—. Dejad arder al resto.

La escaramuza duró menos de una hora. El Alción navegó triunfante por entre los restos

ennegrecidos de la flota de Radan para echar anclas justo en la frontera de la ciudad.

Ramsa se quedó maravillado con la precisión con la que los cañones habían demolido las puertas del río, Baji se quejó de que no le habían dejado hacer nada y Rin intentó no mirar hacia el agua.

La flota de Radan había sido destruida y sus puertas estaban hechas añicos. La población que quedaba en pie depuso las armas y se rindió sin oponer resistencia. Los hombres de Jinzha entraron en la ciudad y sacaron a todos los civiles de sus residencias para tener el camino despejado durante el saqueo.

Mujeres y niños estaban dispuestos en filas en las calles, con las cabezas gachas y temblando de miedo mientras los soldados les hacían cruzar las puertas de la ciudad y ocupar la playa. Los ciudadanos aterrados se apiñaban entre ellos, contemplando con la mirada vidriosa lo que quedaba de la flota de Radan.

Los soldados republicanos tuvieron mucho cuidado de no herir a los civiles. Jinzha había sido muy firme a la hora de ordenar que no debían maltratarlos.

—No son prisioneros ni tampoco víctimas —les había dicho—. Llamémoslos potenciales miembros de la República.

No obstante, para ser potenciales miembros de la República, parecían enormemente aterrados por su nuevo Gobierno.

Y tenían buenos motivos para ello. Sus hijos y sus maridos habían sido alineados en filas a lo largo de toda la orilla a punta de espada. Les habían comunicado que aún no habían tomado una decisión sobre qué hacer con ellos, que los líderes republicanos debatirían durante la noche si matarlos o no.

Jinzha pretendía dejar que los civiles pasaran la noche sin saber si vivirían para ver el amanecer.

Por la mañana, anunciaría a la multitud que había recibido órdenes de Arlong. Que el jefe militar del Dragón había estado meditando sobre el destino de ese pueblo, que era consciente de que no era culpa suya que hubieran sido engañados por sus líderes corruptos para resistirse y que habían sido seducidos por una emperatriz que ya no se preocupaba por ellos. Que se había dado cuenta de que la decisión de resistirse no había sido tomada por ese pueblo honesto y corriente. Que se apiadaría de ellos.

Dejaría la decisión en manos de la gente.

Los dejaría votar.

—¿Qué crees que están haciendo? —preguntó Kitay.

—Están convirtiendo a la población —le dijo Rin—. Están difundiendo la sagrada palabra de su Creador Divino.

—No parece que sea el mejor momento para eso.

—Supongo que tendrán que aprovechar a un público cautivo cuando se les presenta la oportunidad.

Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas en la costa, bajo la sombra del Alción, contemplando cómo los misioneros de la Compañía Gris se abrían camino a través de los grupos de civiles apiñados. Estaban demasiado alejados como para que Rin pudiera escuchar lo que

decían. Pero, de vez en cuando, veía cómo un misionero se agachaba junto a varios civiles miserables, les ponía las manos sobre los hombros, lo que hacía que estos retrocedieran un poco, y les recitaba lo que indiscutiblemente tenía que ser una oración.

—Espero que estén hablándoles en nikara —dijo Kitay—. De lo contrario, darán mucho mal rollo.

—No creo que eso importe. —A Rin le costaba no sentir una especie de placer culpable al ver cómo la multitud se encogía y se apartaba de los misioneros, a pesar de los mejores esfuerzos de los hesperianos.

Kitay le pasó a la joven un trozo de pescado seco.

—¿Tienes hambre?

—Gracias. —Rin tomó el pescado, mordisqueó la cola y luego la arrancó de un bocado.

Comerse ese pescado salado, que conformaba la mayoría de sus raciones, era todo un arte. Tenía que masticarlo durante un rato para ablandarlo lo suficiente como para poder extraer la carne de alrededor de los huesos y escupir las espinas. Si no lo humedecía lo suficiente, los huesos podían lacerarle la garganta. Si lo humedecía demasiado, perdía todo su sabor.

El pescado salado era un alimento ideal para formar parte del menú del ejército. Se tardaba tanto en comer que, para cuando Rin se lo terminaba, daba igual lo poco que hubiera comido, se sentía saciada a causa de la sal y la saliva.

—¿Les has visto los penes? —le preguntó Kitay.

Ella estuvo a punto de escupir el pescado.

—¿Qué?

Su amigo hizo un gesto con las manos.

—Se supone que los hombres hesperianos la tienen mucho más…, mmm…, grande que los nikaras. Eso decía Salkhi.

—¿Y cómo sabe ella eso?

—¿Tú qué crees? —Kitay movió arriba y abajo las cejas—. Admite que has llegado a pensar en ello.

Rin se estremeció.

—Ni aunque me pagaran para hacerlo.

—¿Has visto al general Tarcquet? Es enorme. Me apuesto lo que sea a que tiene…

—No seas asqueroso —lo interrumpió Rin—. Son horribles. Y huelen fatal. Son… No sé, huelen a algo cortado.

—Creo que es porque beben leche de vaca. Tantos lácteos les acaban jodiendo el estómago.

—Creía que simplemente no se duchaban.

—Mira quién habla. ¿Te has olido a ti misma últimamente?

—Espera. —Rin señaló algo al otro lado del río—. Fíjate en eso.

Algunas de las mujeres civiles habían comenzado a gritarle a un misionero. El hesperiano se tropezó torpemente e hizo un gesto con las manos con el que pretendía indicar que no suponía una amenaza. Sin embargo, las mujeres no dejaron de chillar hasta que el misionero se retiró de vuelta a la playa.

Kitay silbó por lo bajo.

—Qué bien le está yendo.

—Me pregunto qué les estarán diciendo —comentó Rin.

—«Nuestro Creador es maravilloso y poderoso» —dijo su amigo de forma pomposa—. «Rezad con nosotros y nunca más volveréis a pasar hambre».

—«Y acabarán todas las guerras».

—«Y todos los enemigos caerán muertos por obra de nuestro gran Creador».

—«La paz se cernirá sobre el reino y los dioses demonios serán desterrados al infierno». —Rin se llevó las rodillas hacia el pecho mientras contemplaba al misionero en la playa, que buscaba a otro grupo de civiles a los que aterrorizar—. Ya deberían haberse dado cuenta de que es mejor dejarnos en paz.

La religión hesperiana no era nueva para el Imperio. En la cúspide de su reinado, el Emperador Rojo había recibido con asiduidad a emisarios de las iglesias de Occidente. Los académicos religiosos se alojaban en su corte en Sinegard y entretenían al Emperador con sus predicciones astronómicas, sus mapas estelares y sus ingeniosos inventos. Pero entonces el Emperador Rojo había fallecido, los mimados académicos habían sido perseguidos por celosos oficiales de la corte y los misioneros habían sido desterrados del continente durante siglos.

De vez en cuando, los hesperianos habían intentado regresar. Habían estado a punto de lograrlo durante la primera invasión. Sin embargo, en ese momento, el pueblo nikara de a pie tan solo recordaba las mentiras que la Tríada había difundido sobre ellos tras la Segunda Guerra de la Amapola. Que asesinaban y se comían a los niños. Que atraían a mujeres jóvenes a sus conventos para que les sirvieran como esclavas sexuales. En gran medida, se habían convertido en monstruos de las historias populares. Si la Compañía Gris esperaba ganar adeptos, lo tenía bastante difícil.

—De todas formas, tienen que intentarlo —dijo Kitay—. Lo leí una vez en sus textos sagrados. Sus académicos defienden que, como pueblo bendecido y elegido por su Arquitecto Divino, su obligación es predicar su palabra a cada infiel con el que se encuentren.

—¿«Elegido»? ¿Qué quieren decir con eso?

—No lo sé. —Kitay señaló con la cabeza por detrás de Rin—. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

La joven se giró.

La hermana Petra caminaba con premura hacia ellos por la costa.

Rin se tragó de golpe el último trozo de pescado que le quedaba. Le bajó dolorosamente por la garganta. Cada vez que tragaba sentía el molesto arañazo de un hueso duro.

La hermana Petra la miró a los ojos y le hizo un gesto con un dedo. «Ven aquí». Era una orden.

Kitay le dio una palmadita en la espalda mientras se levantaba.

—Pásalo bien.

Rin le tiró de la manga.

—No te atrevas a dejarme…

—No pienso inmiscuirme en esto —le respondió—. Ya he visto lo que pueden hacer esos arcabuces.

—Enhorabuena —le dijo Petra mientras iban de camino al Alción—. Me han dicho que esto supone una gran victoria.

—No sé si lo calificaría como «gran victoria» —respondió Rin.

—¿Y no invocaste el fuego durante la batalla? ¿El Caos no asomó la patita?

La esperiliana dejó de caminar.

—¿Preferirías que hubiera hecho arder vivas a esas personas?

—¿Hermana Petra? —Un misionero apareció corriendo detrás de ellas. Parecía sorprendentemente joven. No podía tener más de dieciséis años. Su rostro estaba despejado y era infantil, y sus grandes ojos azules tenían unas pestañas como las de una chica.

—¿Cómo se dice «Vengo del otro lado del mar»? —preguntó—. Lo he olvidado.

—Así. —Y a continuación, Petra pronunció la frase en nikara con una precisión impecable.

—«Vengo del otro lado del mar». —El chico parecía encantado mientras repetía las palabras —. ¿Lo he dicho bien? ¿Los tonos?

Con un sobresalto, Rin se dio cuenta de que la estaba mirando a ella.

—Sí, claro —le respondió—. Así está bien.

El chico le sonrió.

—Me encanta vuestra lengua. Es preciosa.

La esperiliana se quedó perpleja. ¿Qué problema tenía? ¿Por qué parecía tan contento?

—Hermano Augus. —De pronto, el tono de voz de Petra pasó a ser frío—. ¿Qué llevas en el bolsillo?

Rin bajó la vista y, asomándose por un lateral del bolsillo de Augus, divisó un montón de *wotou*, el panecillo de maíz al vapor que, junto con el pescado salado, conformaba la mayor parte de la comida de los soldados.

—Son mis raciones —se apresuró a justificarse.

—¿E ibas a comértelas? —le preguntó Petra.

—Claro, solo iba a dar un paseo…

—Augus.

El joven demudó el rostro.

—Me han dicho que tienen hambre.

—No tienes permitido darles comida —dijo Rin sin más. Jinzha había dejado esa orden muy clara. Los civiles tenían que pasar hambre esa noche. Cuando la República les diese de comer por la mañana, su miedo se transformaría en gratitud.

—Eso es cruel —dijo Augus.

—Así es la guerra —replicó Rin—. Si no eres capaz de seguir una orden sencilla, entonces…

Petra se apresuró a intervenir.

—Recuerda tu entrenamiento, Augus. No contradecimos a nuestros anfitriones. Estamos aquí para difundir la palabra sagrada, no para minar la autoridad de los nikaras.

—Pero están pasando hambre —insistió el chico—. Solo quería reconfortarlos…

—Pues reconfórtalos con las enseñanzas del Creador. —Petra puso una mano sobre la mejilla del joven—. Venga.

Rin observó cómo Augus regresaba a la playa.

—No debería participar en esta campaña. Es demasiado joven.

Petra se giró y le hizo un gesto a Rin para que la siguiera a bordo del Alción.

—No es mucho más joven que tus soldados.

—Nuestros soldados están entrenados.

—Igual que nuestros misioneros. —Petra la condujo hasta sus dependencias en la segunda

cubierta—. Los hermanos y las hermanas de la Compañía Gris han dedicado sus vidas a difundir la palabra del Arquitecto Divino por todas las tierras asoladas por el Caos. Todos hemos sido entrenados en las academias de la Compañía desde una edad muy temprana.

—Estoy segura de que es muy fácil encontrar bárbaros a los que civilizar.

—De hecho, sí que hay muchos en este hemisferio que no han encontrado su camino hacia el Creador. —Petra parecía no haber captado el sarcasmo de la afirmación de Rin, a la que le indicó que se sentara sobre la cama—. ¿Quieres láudano otra vez?

—¿Vas a volver a tocarme?

—Sí.

A ese ritmo, la esperiliana se arriesgaba a recaer en su adicción al opio. Pero tenía que elegir entre lo malo conocido y la extranjera por conocer. Así que tomó la taza que le ofreció.

—Vuestro continente nos ha sido vedado durante mucho tiempo —dijo Petra mientras Rin bebía—. Algunos de nuestros superiores han llegado a sugerir que dejemos de aprender vuestras lenguas. Pero yo siempre he sabido que regresaríamos. El Creador así lo exige.

La joven cerró los ojos cuando la familiar sensación de adormecimiento del láudano comenzaba a colarse en su torrente sanguíneo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vuestros misioneros van a recorrer de arriba abajo la playa para soltarles a todos el rollo de la historia de los relojes?

—No es necesario comprender la verdadera forma del Arquitecto Divino para poder actuar de acuerdo con su voluntad. Sabemos que los bárbaros deben gatear antes de poder andar. La heurística es útil para los que están poco instruidos.

—Quieres decir que enseñáis estúpidas reglas morales a aquellos que son demasiado idiotas como para comprender por qué son importantes.

—Vulgarmente podría decirse así. Estoy segura de que, con el tiempo, al menos algunos nikaras conseguirán ver la luz. Dentro de un par de generaciones, algunos de vosotros puede que incluso seáis aptos para uniros a la Compañía Gris. Pero primero se debe desarrollar la heurística para las personas inferiores…

—«Personas inferiores» —repitió Rin—. ¿Qué son personas inferiores?

—Vosotros, por supuesto —dijo Petra completamente en serio, como si no fuera más que un hecho—. No es vuestra culpa. Los nikaras aún no habéis evolucionado hasta alcanzar nuestro nivel. Es pura ciencia. La prueba está en vuestra fisionomía. Fíjate.

Depositó un montón de libros sobre la mesa y los abrió para que Rin pudiera verlos.

Dibujos de personas nikaras cubrían cada una de las páginas. Contaban con muchas anotaciones. Rin no podía descifrarlos garabatos de la escritura hesperiana, pero sí que comprendió varias frases.

«Pliegue del ojo: indicativo de carácter holgazán».

«Piel amarillenta. ¿Desnutrición?».

En la última página, pudo ver un dibujo de su persona con muchas anotaciones que debía de haber hecho Petra. Le alegró ver que la letra de la hermana era demasiado pequeña como para poder descifrar la. No quería leer ninguna conclusión que hubiera sacado tras estudiarla.

—Como vuestros ojos son más pequeños, tenéis una visión periférica mucho más limitada que la nuestra. —La hesperiana fue señalando los diagramas a medida que se los explicaba—. Vuestra piel tiene un tono amarillento que indica malnutrición o una dieta no equilibrada. Ahora

fíjate en la forma de vuestros cráneos. Vuestros cerebros, que sabemos que son indicativo de vuestra capacidad de raciocinio, son naturalmente de un tamaño menor.

Rin la miró sin poder creérselo.

—¿Crees que eres, por naturaleza, más inteligente que yo?

—No es que lo crea —respondió Petra—. Es que lo sé. Las pruebas están bien documentadas. Los nikaras sois particularmente una nación con una mentalidad de rebaño. Sabéis escuchar bien, pero el pensamiento individualizado os resulta complicado. Llegáis a conclusiones científicas siglos después de que nosotros lo hayamos hecho. —Petra cerró el libro —. Pero no te preocupes. Con el tiempo, todas las civilizaciones se volverán perfectas a los ojos del Creador. Esa es la labor de la Compañía Gris.

—Creéis que somos idiotas —dijo Rin, más bien para sí misma. Era increíble lo mucho que quería romper a reír. ¿De verdad los hesperianos se tomaban tan en serio a sí mismos? ¿Creían que eso era ciencia?—. Creéis que todos somos inferiores a vosotros.

—Fíjate en esas personas en la playa —dijo Petra—. Fíjate en tu país, que está enfrentado porque no quiere seguir con las guerras que lleváis librando entre vosotros desde hace siglos. ¿A ti te parece que eso es digno de una nación desarrollada?

—¿Y qué pasa, que resulta que vuestras guerras son civilizadas? Habéis perdido a millones de personas, ¿no?

—Han muerto millones de personas porque nos enfrentábamos a las fuerzas del Caos. Nuestras guerras no son internas. Son cruzadas. Pero fíjate en vuestro propio pasado y dime si alguna de vuestras guerras internas fue librada por algo que no fuera mera codicia, ambición o pura crueldad.

La esperiliana no sabía si se debía al láudano o si, en realidad, Petra estaba en lo cierto, pero detestaba no tener una respuesta para ello.

Por la mañana, los hombres de Radan que quedaban caminaron a punta de espada hacia la plaza del pueblo con la orden de emitir sus votos depositando baldosas en sacos de yute. Podían escoger entre baldosas de dos colores: las blancas para el sí y las negras para el no.

—¿Y qué pasa si votan en contra? —le preguntó Rin a Nezha.

—Que morirán —respondió su amigo—. Bueno, la mayoría de ellos. Si se resisten.

—¿No crees que así se pierde el objetivo de todo esto?

Nezha se encogió de hombros.

—Todos los que se unen a la República lo hacen por elección propia. Ahora solo estamos, en fin, inclinando un poco la balanza.

Fueron votando un hombre detrás de otro y todo el proceso duró aproximadamente una hora. En lugar de contar las baldosas, Jinzha volcó las bolsas sobre el suelo para que todos pudiesen ver los colores. Por una mayoría abrumadora, la localidad de Radan había elegido unirse a la República.

—Buena decisión —declaró Jinzha—. Bienvenidos al futuro.

Ordenó que todos los veleros permanecieran allí con su tripulación para imponer la ley marcial y recaudar mensualmente el impuesto sobre el grano hasta que terminara la guerra. La flota confiscaría una séptima parte de las reservas de comida del lugar, dejando tan solo lo

suficiente para que Radan pudiera sobrevivir al invierno.

Nezha parecía tanto complacido como aliviado cuando regresaron al Murui.

—Esto es lo que pasa cuando dejas que la gente tome sus propias decisiones.

Kitay negó con la cabeza.

—No, esto es lo que pasa cuando has matado a todos los valientes y dejas que voten los cobardes.

Las subsiguientes escaramuzas a las que se enfrentó la flota republicana fueron tan fáciles de ganar que hasta parecía demasiado. La mayoría de las veces se hacían con una ciudad o un pueblo sin ni siquiera tener que luchar. Un par de ciudades se resistieron un poco, pero no lograron nada con ello. Contra la fuerza combinada de los Halcones Marinos de Jinzha, la resistencia solía capitular en menos de un día.

A medida que se acercaban al norte, Jinzha fue dejando atrás a algunas brigadas, que luego pasaron a ser pelotones enteros, para que gobernasen en los territorios que acababan de liberar. Otras tripulaciones habían acabado perdiendo soldados porque les habían ordenado que se hicieran cargo de los navíos vacíos, hasta que varios veleros tuvieron que ser varados y abandonados en la costa porque la flota se había visto demasiado mermada.

Algunos de los pueblos que conquistaron no presentaron ningún tipo de resistencia, sino que se unieron de buen grado a la República. Enviaron voluntarios en barcas, cargados con comida y suministros. Se apresuraron a sustituir sus banderas por otras con los colores de la Provincia del Dragón, que ondeaban sobre las murallas de la ciudad a modo de bienvenida.

—Fíjate en eso. —Kitay señaló con el dedo—. Es la bandera de Vaisra, no la de la República.

—¿Acaso la República tiene bandera? —le preguntó Rin.

—No estoy seguro. Pero es curioso que crean que los está conquistando la Provincia del Dragón.

Siguiendo el consejo de Kitay, Jinzha colocó a los barcos y a los marineros voluntarios al frente de la flota. No confiaba en que los marineros de la Provincia de la Liebre fueran a luchar en su propio territorio, y tampoco quería que ocuparan unos puestos estratégicamente cruciales por si —desertaban. Sin embargo, los barcos extra eran, en el peor de los casos, un cebo excelente. En varias ocasiones, Jinzha envió primero a los barcos aliados a las ciudades como señuelo para que les abrieran las puertas y después entrar él por detrás con sus buques de guerra.

Durante un tiempo, pareció que tal vez podrían hacerse con todo el norte de un plumazo. No obstante, su suerte cambió para peor en la frontera norte de la Provincia de la Liebre, cuando una terrible tormenta los obligó a echar anclas en una ensenada del río.

La tormenta era más aburrida que peligrosa. Las de los ríos, a diferencia de las que se producían en el océano, podían capearse sin problema solo con varar el barco. Así que, durante tres días, las tropas se refugiaron bajo cubierta, jugaron a las cartas y se contaron historias mientras la lluvia caía con fuerza contra el casco del navío.

—En el norte se siguen haciendo sacrificios divinos al viento. —El primer oficial del Alción, un hombre demacrado que llevaba más años en el mar de los que tenía Jinzha, se había convertido en el narrador favorito del comedor—. En la época anterior al Emperador Rojo, el kan de las regiones interiores envió a una flota a invadir el Imperio. Sin embargo, un mago

invocó al dios del viento para que creara un tifón que destruyera la flota del kan. De ese modo, sus barcos acabaron hechos astillas en el océano.

—¿Por qué no le ofrecieron un sacrificio al océano en lugar de al viento? —preguntó un marinero.

—Porque los océanos no son los causantes de las tormentas. Esto concernía al dios del viento. Pero el viento es veleidoso e impredecible, y los dioses nunca se han tomado a la ligera que los nikaras los invoquen. En cuanto la flota del kan fue destruida, el dios del viento fue a por el mago nikara que lo había invocado. Elevó por los aires el pueblo del mago y luego lo dejó caer de nuevo al suelo en una lluvia sangrienta de casas destrozadas, ganado aplastado y niños desmembrados.

Rin se levantó y abandonó el comedor sin hacer ruido.

Los pasillos que había bajo cubierta estaban inquietantemente silenciosos. Ya no le llegaba el chirrido constante de los hombres que movían las ruedas de paletas. Toda la tripulación y los soldados que no estaban durmiendo se hallaban reunidos en el comedor, así que la joven era la única que había en ese pasillo vacío.

Cuando acercó el rostro a la portilla, vio que la tormenta descargaba con fuerza fuera, formando unas olas peligrosas cerca de la ensenada, como si fueran unas manos que intentaban llegar hasta la flota para partirla en dos. En las nubes le pareció ver dos ojos: brillantes, cerúleos y maliciosamente inteligentes.

Se estremeció. Creyó haber escuchado una risa entre los truenos. Creyó haber visto unas manos que se extendían hacia abajo desde el cielo.

Entonces, parpadeó y la tormenta pasó a ser solo una tormenta.

No quería estar sola, así que se aventuró escaleras abajo en dirección a los camarotes de los soldados, donde sabía que encontraría a los Cike.

—Hola. —Baji le hizo un gesto para que entrara—. Todo un detalle por tu parte unirte a nosotros.

Rin se sentó a su lado con las piernas cruzadas.

—¿A qué estáis jugando?

Baji metió un par de dados en un vaso.

—Al divisiones. ¿Has jugado alguna vez?

Rin recordó por un momento al profesor Feyrik, el hombre responsable de que ella hubiera entrado en Sinegard, y su desafortunada adicción a ese juego. Sonrió con melancolía.

—Solo un poco.

En teoría, no se permitía ningún juego de apuestas a bordo del navío. Desde su peregrinaje a Occidente, *lady* Yin Saikhara había implantado unas reglas estrictas con respecto a vicios como beber, fumar, jugar y confraternizar con prostitutas. Casi todos ignoraban esas reglas. Vaisra nunca se aseguraba de que las cumplieran.

El juego resultó ser bastante despiadado. Ramsa no dejaba de acusar a Baji de hacer trampas. Baji no las estaba haciendo, pero, cuando a Ramsa se le cayeron un montón de dados del interior de la manga, acabaron descubriendo que el que las hacía era él. En ese momento, el juego pasó a convertirse en un combate de lucha libre que terminó solo cuando Ramsa mordió a Baji en el brazo con bastante fuerza como para hacerle sangre.

—Niñato sarnoso —maldijo Baji mientras se envolvía el codo con una venda.

Ramsa sonrió, mostrándole todos los dientes manchados de rojo.

Todos ellos estaban claramente aburridos, y les volvía locos tener que aguardar a que pasara la tormenta. No obstante, Rin sospechaba que también se debía a que estaban deseando entrar en acción. La joven les había advertido que no exhibieran el alcance de sus habilidades cuando los soldados hesperianos pudieran verlos. Petra ya sabía que había una chamana, no hacía falta que descubriera también al resto.

Ocultarse había resultado relativamente sencillo durante la campaña. Las capacidades de Suni y Baji eran anormales, sí, pero no entraban necesariamente en la categoría de sobrenaturales. En mitad del caos de una reyerta, podían pasar por dos soldados de una competencia extraordinaria. Hasta el momento, les había funcionado. Por lo que Rin sabía, los hesperianos no sospechaban nada. Suni y Baji tal vez se sintieran frustrados por el hecho de tener que estar conteniéndose, pero al menos eran libres.

La esperiliana pensó que, por una vez, había tomado una decisión en condiciones en calidad de comandante. Había conseguido que no los asesinaran. Las tropas republicanas los trataban mejor de lo que nunca había hecho la Milicia. Les estaban pagando, estaban más a salvo que nunca y no podían pedir nada mejor.

—¿Cómo es la Compañía Gris? —le preguntó Baji mientras recogía el dado del suelo para comenzar una nueva partida—. He oído que esa mujer no deja de soltarte el rollo cada vez que se reúne contigo.

—Son estupideces —murmuró Rin—. Me da clases de religión.

—¿Pura cháchara? —le preguntó Ramsa.

—No lo sé —admitió la joven—. Puede que sí que tengan razón en algunas cosas.

A ella le hubiera gustado poder desdeñar la fe hesperiana con más facilidad, pero muchas de sus partes tenían sentido. Quería creer en ella. Quería poder considerar sus acciones catastróficas como producto del Caos, como un error entrópico, y confiar en que podría resarcirse si reforzaba el orden en el Imperio, si revertía esa devastación igual que alguien volvía a unir los pedazos de una taza de té rota.

Eso la hacía sentirse mejor. Hacía que cada batalla en la que había participado desde la de Adlaga pareciera otro paso más para enmendar las cosas. La hacía sentirse menos como una asesina.

—Sabes que su Arquitecto Divino no existe —dijo Baji—. Es decir, entiendes por qué eso es obvio, ¿verdad?

—No estoy segura —respondió Rin despacio. Sin duda, el Creador no podía existir en el mismo plano psicoespiritual que los sesenta y cuatro dioses del Panteón, pero ¿bastaba eso para descartar la teoría de los hesperianos? ¿Y si el Panteón era, de hecho, una manifestación del Caos? ¿Y si el Arquitecto Divino realmente existía en un plano superior, lejos del alcance de todos menos de las personas elegidas y bendecidas por él?—. Es decir, fíjate en sus aeronaves —argumentó—. En sus arcabuces. Si afirman que la religión es lo que ha hecho que sean así de avanzados, puede que tengan razón sobre algunas cosas.

Baji abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe. Rin levantó la mirada y divisó una mata de pelo blanco en el umbral de la puerta.

Nadie dijo nada. El dado repiqueteó sonoramente contra el suelo y se quedó allí.

Ramsa rompió el silencio.

—Hola, Chaghan.

Rin no había hablado con Chaghan desde Arlong. Cuando la flota hubo zarpado, la joven había tenido la esperanza de que el vidente prefiriera quedarse en tierra. Nunca había sido de los que se metían en el meollo de la batalla y, después de su desencuentro, Rin no creía que Chaghan quisiera quedarse con ella. Sin embargo, los mellizos permanecieron con los Cike, y la joven esperiliana había terminado huyendo de todas las estancias nada más vislumbrar un cabello canoso.

Chaghan se detuvo junto a la puerta con Qara detrás.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó.

—Sí —dijo Baji—. ¿Quieres jugar?

—No, gracias —respondió el vidente—. Pero es agradable ver que todos os lo estáis pasando tan bien.

Nadie le respondió. Rin sabía que se estaba burlando de ella, pero no se sentía con energías como para discutir con Chaghan en ese momento.

—¿Duele? —preguntó Qara.

Rin se quedó perpleja.

—¿El qué?

—Cuando la mujer de ojos grises te lleva a su camarote —aclaró—. ¿Te duele?

—Ah. No es… tan malo. Solo me toma un montón de medidas.

Qara le dedicó lo que pareció una mirada compasiva, pero el vidente agarró a su hermana por el brazo y salió del camarote hecho una furia antes de que su melliza pudiera volver a abrir la boca.

Ramsa silbó por lo bajo y recogió el dado del suelo.

Baji le dedicó a Rin una mirada de curiosidad.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos?

—Una tontería —murmuró Rin.

—¿Una tontería relacionada con Altan? —insistió Ramsa.

—¿Qué te lleva a pensar que tiene que ver con Altan?

—Cuando se trata de Chaghan, todo tiene que ver con Altan. —Ramsa metió su dado en el vaso y lo agitó—. ¿Puedo serte sincero? Creo que Altan era el único amigo de Chaghan. Y él sigue de luto. No hay nada que puedas hacer para que le duela menos.



17

La tormenta cesó tras haber causado daños mínimos. Un velero volcó, ya que la fuerza del viento le había arrancado el ancla, y tres hombres se ahogaron. Sin embargo, la tripulación logró salvar la mayor parte de las provisiones de ese navío y los hombres que se ahogaron solo eran soldados rasos, así que Jinzha no lo consideró más que un pequeño contratiempo.

En cuanto el cielo se despejó, dio la orden de continuar río arriba hacia la Provincia del Carnero. Allí estaban un paso más cerca del centro militar del Imperio y, tal y como Kitay había anticipado, era el primer territorio que presentaría una resistencia considerable.

En lugar de organizar una defensa fronteriza, la Provincia del Carnero se había atrincherado en el interior de Xiashang, su capital. Por eso la República no se había encontrado nada más que alguna que otra milicia local voluntaria a lo largo de su destructivo viaje hacia el norte. El jefe militar del Carnero había decidido ganar tiempo y esperar a que las tropas de Jinzha estuvieran exhaustas antes de enzarzarse en una batalla defensiva.

Esa debería haber sido una estrategia destinada al fracaso. La flota de la República simplemente era más grande que cualquier fuerza que el jefe militar del Camero hubiera podido reunir. Sabían que podían hacerse con esa provincia. Era solo cuestión de tiempo.

El único problema era que, inesperadamente, Xiashang había reforzado sus defensas. Gracias a las aves de Qara, las fuerzas republicanas contaban con un buen mapa de las estructuras defensivas de la capital. Incluso sus barcos castillo con fundíbulos tendrían dificultades para tirar abajo esas murallas.

Por ese motivo, Rin se pasó las siguientes tardes en el despacho del Alción, sentada alrededor de una mesa con el grupo de altos mandos de Jinzha.

—El problema son las murallas. No podemos tirarlas abajo. —Kitay señaló hacia un anillo que había dibujado alrededor de las murallas de la ciudad—. Están hechas con tierra compactada de un metro de grosor. Podéis intentar embestirlas con proyectiles, pero solo servirá para malgastar pólvora.

—¿Y un asedio? —preguntó Jinzha—. Podríamos obligarlos a rendirse si creen que estamos dispuestos a esperar el tiempo que sea necesario.

—Estarías haciendo el idiota —declaró el general Tarcquet.

Jinzha se sobresaltó visiblemente. Entre los altos mandos se intercambiaron miradas

incómodas.

Tarcquet siempre estaba presente en los Consejos de estrategia, aunque rara vez hablaba, y nunca ofrecía a sus propias tropas para ayudar. Había dejado claro cuál era su papel. Estaba allí para juzgar la competencia de los demás y para mofarse en silencio de sus errores, lo que hacía que su aportación fuera irreprochable y molesta al mismo tiempo.

—Si se tratara de mi flota, lanzaría todo lo que tuviera contra esas murallas —dijo Tarcquet —. Si no puedes hacerte con una capital menor, no te harás con todo el Imperio.

—Pero esta no es tu flota —dijo Jinzha—. Es la mía.

Tarcquet curvó los labios con desprecio.

—Estás al mando porque tu padre creyó que al menos serías lo bastante inteligente como para hacer lo que yo te dijera.

Jinzha parecía furioso, pero el hesperiano levantó una mano antes de que pudiera responderle.

—No puedes ganar con un farol. Saben que no tienes ni provisiones ni tiempo. Te verás obligado a replegarte en cuestión de semanas.

A su pesar, Rin estuvo de acuerdo con el planteamiento de Tarcquet. Había estudiado ese preciso problema en Sinegard. La mayoría de las campañas defensivas exitosas de las que se tenía constancia lo habían logrado gracias a que las ciudades se habían protegido de los invasores por medio de un asedio prolongado. Un asedio convertía una batalla en un juego de paciencia para ver quién moría primero de hambre. La flota republicana contaba con provisiones para tal vez un mes. No tenían claro cuánto podría durar Xiashang. Esperar para descubrirlo sería una estupidez.

—No pueden tener bastante comida para toda la ciudad —dijo Nezha—. Nos hemos asegurado de ello.

—Eso da igual —intervino Kitay—. El jefe militar del Carnero y su gente estarán bien. Solo dejarán que mueran de hambre los campesinos. Tsung Ho ya ha hecho eso mismo antes.

—¿Y si intentamos negociar? —preguntó Nezha.

—No funcionará… Tsung Ho odia a padre —le explicó Jinzha—. Y no tiene ningún incentivo para cooperar. Dará por sentado que si termina uniéndose a un régimen republicano, tarde o temprano acabará siendo destituido.

—Un asedio podría funcionar —dijo el almirante Molkoi—. Esas murallas no son tan impenetrables. Solo tenemos que crear un cuello de botella.

—Yo no lo haría —comentó Kitay—. Para eso es para lo que se han estado preparando. Si vais a asaltar la ciudad, querréis contar con el factor sorpresa. Necesitaréis tener alguna artimaña bajo el brazo. Como una falsa propuesta de paz. Aunque no creo que piquen. Tsung Ho es demasiado listo.

Entonces, a Rin se le ocurrió algo.

—¿Y qué me decís de Fuchai y Goujian?

Los hombres la miraron sin comprender.

—¿Fuchai y quién? —preguntó Jinzha.

Solo Kitay y Nezha parecían haberla entendido. La historia de Fuchai y Goujian era la favorita del maestro Irjah. A todos les habían mandado redactar un trabajo sobre ello durante su segundo año.

—Fuchai y Goujian eran dos generales durante la era de los Estados en guerra —explicó Nezha—. Fuchai destruyó el Estado natal de Goujian, y luego convirtió a este en su sirviente

personal para humillarlo. Goujian llevó a cabo las labores más degradantes para hacer que Fuchai creyera que no le guardaba ningún rencor. Por ejemplo, un día Fuchai enfermó y Goujian se ofreció voluntario para probar sus heces y comprobar así la gravedad de su enfermedad. Aquello funcionó… Y diez años más tarde, Fuchai liberó a Goujian. Lo primero que este último hizo fue contratar a una hermosa concubina y enviarla a la corte de Fuchai a modo de regalo.

—La concubina, cómo no, asesinó a Fuchai —terminó Kitay.

Jinzha parecía desconcertado.

—Queréis que le envíe una hermosa concubina al jefe militar del Carnero.

—No —dijo Rin—. Queremos que te comas su mierda.

Tarcquet soltó una carcajada.

Jinzha enrojeció.

—¿Disculpa?

—El jefe militar del Carnero cree que tiene todas las de ganar —dijo Rin—. Así que inicia una negociación. Humíllate. Haz que crea que eres más débil de lo que eres en realidad y haz que subestime tu fuerza.

—Eso no hará que caigan sus murallas —declaró Jinzha.

—Pero hará que se confíe. ¿Cómo cambiará su comportamiento si no espera ningún ataque? ¿Si pasa a creer que estás iniciando una retirada? Entonces, tendremos una apertura que podremos explotar. —Rin comenzó a pensar en todas las alternativas posibles—. Podrías colar a alguien contigo que luego esperara detrás de los muros. Que abra las puertas desde dentro.

—No hay forma de conseguir eso —dijo Nezha—. Necesitarías a un pelotón entero para abrirte camino desde dentro, y no puedes esconder a tantos hombres en un solo barco.

—No necesito a un pelotón entero —le aseguró la esperiliana—. Ningún escuadrón es capaz de hacer eso.

La joven se cruzó de brazos.

—Yo sé de uno.

Por primera vez, Jinzha no la miró con desdén.

—Entonces, ¿a quién enviamos para negociar con el jefe militar del Camero? —preguntó.

Rin y Nezha respondieron al mismo tiempo.

—A Kitay.

El aludido frunció el ceño.

—¿Porque soy un buen negociador?

—No. —Nezha le dio una palmada en el hombro—. Porque serás un pésimo negociador.

—Tenía entendido que iba a recibir a vuestro gran mariscal. —El jefe militar del Carnero se hallaba sentado en una postura relajada en su silla, entrechocando las puntas de los dedos de las manos mientras analizaba a la delegación republicana con una mirada aguda e inteligente.

—Con quien va a reunirse es conmigo —dijo Kitay. Hablaba con una voz muy temblorosa. Era obvio que estaba nervioso y que intentaba fingir que no lo estaba—. El jefe militar del Dragón se encuentra indispuesto.

La delegación republicana era deliberadamente lamentable. Kitay iba custodiado tan solo por dos soldados de infantería del Alción. Tenía que parecer que su vida no valía mucha cosa. Jinzha

no había querido dejar ir a Rin, pero la joven se había negado a quedarse atrás mientras Kitay iba a enfrentarse al enemigo.

Sus delegaciones se habían reunido en un trozo de terreno neutral a lo largo de la costa. El entorno hacía que esa reunión pareciera más una competición pesquera que el lugar de una negociación de guerra. Rin dio por sentado que esa jugada tenía como objetivo humillar a Kitay.

El jefe militar del Carnero miró al joven de arriba abajo y apretó los labios.

—Vaisra ni se molesta, así que envía a su cachorrito a negociar por él.

Kitay se irguió todo lo que pudo.

—No soy ningún cachorrito. Soy el hijo del ministro de Defensa Chen.

—Sí, ya decía yo que me resultabas familiar. No has salido en nada a tu viejo, ¿eh?

Kitay carraspeó.

—Jinzha me ha enviado para proponerle las condiciones para una tregua.

—Una tregua debería ser pactada entre líderes. Jinzha ni siquiera me tiene el respeto que debería tenerle a un jefe militar.

—Jinzha me ha confiado a mí las negociaciones —dijo Kitay con frialdad.

El jefe militar del Carnero entornó la mirada.

—Ah, entiendo. Entonces, ¿está herido? ¿O muerto?

—Jinzha está bien. —El joven sinegardiano dejó que la voz le temblara solo un poco al final —. Le envía saludos.

El jefe militar se inclinó hacia delante en su silla, como un lobo que examinaba a su presa.

—¿Ah, sí?

Kitay volvió a carraspear.

—Jinzha me ha pedido que le transmita que una tregua solo puede traerle beneficios. Acabaremos haciéndonos con el norte. Depende de usted decidir si quiere o no unirse a nuestras fuerzas. Si acepta nuestras condiciones, nos marcharemos de Xiashang y les dejaremos en paz, siempre y cuando sus hombres sirvan en nuestro…

El jefe militar lo interrumpió.

—No tengo ningún interés en unirme a la presunta República de Vaisra. Es tan solo un ardid para que él pueda ocupar el trono.

—Está siendo paranoico —le espetó Kitay.

—¿Acaso Yin Vaisra te parece un hombre dispuesto a compartir el poder?

—El jefe militar del Dragón pretende implementar una democracia representativa, la forma de gobierno asentada en Occidente. Es consciente de que el sistema de provincias no funciona…

—Ah, pero para nosotros sí que funciona muy bien —declaró el jefe militar—. Los únicos que no están de acuerdo son esos pobretones del sur, liderados por el propio Vaisra. Los demás consideramos que es un sistema que nos ha garantizado estabilidad durante dos décadas. No hay ninguna necesidad de trastocarlo.

—Pero acabará trastocado —insistió Kitay—. Usted mismo ha visto las grietas que tiene. En cuestión de semanas, acabará en guerra con sus vecinos al otro lado del canal, tendrá más refugiados de los que podrá soportar y no recibirá ninguna ayuda imperial.

—En eso te equivocas —replicó—. La emperatriz ha sido increíblemente generosa con mi provincia. Mientras tanto, vuestro embargo ha fracasado, vuestras tierras de cultivo están envenenadas y os estáis quedando sin tiempo.

Rin le lanzó una mirada a Kitay. El rostro de su amigo no dejaba entrever nada, pero la joven sabía, en el fondo, que tenía que estar regodeándose.

Mientras hablaban, un solo buque mercante navegaba hacia Xiashang, ondeando las banderas que les había proporcionado Moag, con los colores de los contrabandistas. Afirmaría que procedía de la Provincia del Mono con una carga ilegal de grano. Jinzha había escondido soldados en la bodega y había disfrazado a un par de marineros para que permanecieran visibles en la cubierta fingiendo ser comerciantes.

Si el jefe militar del Carnero esperaba algún navío de contrabando, entonces los dejaría atravesar sin problema la entrada a la ciudad.

—Le estamos ofreciendo una salida que no acaba con su muerte —dijo Kitay.

—Las negociaciones se basan en las ventajas que tiene cada uno, niño —le contestó el jefe militar—. Y no veo que tengas ninguna flota.

—Tal vez sus espías deban mirar mejor —replicó el chico—. Tal vez la hayamos escondido.

Sí que la habían escondido, al fondo de la hendidura de un cañón, a tres kilómetros rio abajo de la entrada a Xiashang. Jinzha había enviado a una flota más pequeña de veleros, con una tripulación mínima, por otro afluente, para que pareciera que la flota del Dragón estaba evitando a toda costa pasar por Xiashang y que navegaba hacia el este, hacia la Provincia del Tigre. Habían hecho esto muy abiertamente, a plena luz del día. Los espías del jefe militar del Carnero debían de haberlos visto.

El jefe militar se encogió de hombros.

—Tal vez. O puede ser que hayáis tomado la ruta fácil por el afluente Udomsap.

Rin se esforzó por mantener una expresión neutral.

—El Udomsap queda muy lejos de esta ciudad —declaró Kitay—. Tanto por mar como por tierra. Y usted está justo en medio de la ruta de guerra de Jinzha.

—Unas palabras muy atrevidas para un niño. —El jefe militar del Carnero resopló.

—Un niño que habla en nombre de un gran ejército. Tarde o temprano, iremos a por usted. Y entonces, se arrepentirá.

Esas fanfarronerías eran tan solo un numerito, pero Rin sospechaba que la frustración en la voz de su amigo sí que era real. Kitay estaba tan metido en su papel que ella no podía evitar sentir un impulso repentino de plantarse delante de él, de protegerlo. Frente a frente con un jefe militar, Kitay parecía tan solo un chico: delgado, asustado y demasiado joven para el puesto que ocupaba.

—No, no creo que vayamos a arrepentimos. —El jefe militar extendió una mano y le revolvió el pelo a Kitay—. Creo que estáis atrapados. Esa tormenta os ha dado más problemas de los que queréis admitir. Y no contáis con las tropas suficientes para seguir presionándonos durante todo el invierno. Os estáis quedando sin provisiones, así que queréis que abra de par en par mis puertas y os salve el pellejo. Dile a Jinzha que coja su tregua y se la meta por el culo. —Sonrió, enseñando los dientes—. Ya puedes volver al río.

—Admito que puede que esto haya sido una pésima idea —dijo Kitay.

Rin tenía el catalejo fijo en las puertas de Xiashang. Sentía un terrible nudo en el estómago. La flota había estado esperando a la vuelta de la esquina desde que había anochecido. Y el sol ya

hacía horas que había salido, pero las puertas seguían cerradas.

—Creo que no se lo ha tragado —dijo Rin.

—Estaba tan seguro de que sí lo había hecho —respondió Kitay—. Los hombres como él son tan increíblemente arrogantes que siempre necesitan creer que son más listos que los demás. Aunque puede que esta vez sea cierto.

Rin no quería contemplar esa posibilidad.

Pasó otra hora. No se produjo ningún movimiento. Kitay comenzó a caminar en círculos, mordisqueándose la uña del pulgar con tanta fuerza que acabó sangrándole.

—Alguien debería sugerir una retirada.

La esperiliana bajó su catalejo.

—Y entonces condenarías a muerte a mis hombres.

—Ha pasado medio día —respondió sin más—. Es probable que ya estén muertos.

Jinzha, que había estado recorriendo nervioso la cubierta de arriba abajo, se encaminó hacia ellos.

—Es hora de plantearnos otras opciones. Esos hombres ya están perdidos.

Rin apretó los puños.

—No te atrevas a…

—Tal vez los hayan capturado. —Kitay intentó calmar a su amiga—. Podrían estar planeando utilizarlos como rehenes.

—No tenemos a nadie importante en ese barco —dijo Jinzha, y a Rin le pareció una forma bastante cruel de describir a sus mejores soldados—. Y conociendo a Tsung Ho, seguramente le haya prendido fuego.

El sol se alzó aún más en el cielo.

La esperiliana intentó controlar su creciente desesperación. Cuanto más tiempo pasaba, peores eran sus probabilidades de atravesar las murallas. Ya habían perdido el factor sorpresa. Sin duda, el jefe militar del Carnero debía de estar ya al corriente de que iban a por él, y había tenido la mitad del día para preparar sus defensas.

Pero ¿qué otra opción tenía la República? Los Cike estaban atrapados detrás de aquellas puertas. Si perdían más el tiempo, disminuirían las probabilidades de que sobrevivieran. Esperar era inútil, y escapar, humillante.

Jinzha parecía estar pensando lo mismo.

—Se han quedado sin tiempo. Vamos a atacar.

—Pero ¡eso es lo que quieren! —protestó Kitay—. Esta es la batalla que están buscando.

—Entonces, se la daremos. —Jinzha le indicó al almirante Molkoi que diera la orden. Por primera vez, Rin se alegró de que ignorase a Kitay.

La flota republicana comenzó a avanzar, con una sinfonía de tambores de guerra y el batir de las ruedas de paletas sonando a su alrededor.

Xiashang se había preparado bien para hacer frente al ataque. La Milicia pasó inmediatamente a la ofensiva. En cuanto quedó a la vista, una oleada de flechas recibió a la flota de la República.

Por un instante, resultó imposible escuchar nada por encima del sonido de las flechas cayendo contra la madera, el acero y la carne. Y no se detuvieron. El asalto con artillería siguió en marcha, una oleada de disparos tras otra, por parte de unos arqueros que parecían contar con un

suministro ilimitado de flechas.

Los arqueros republicanos les devolvieron el ataque, pero daba la sensación de que disparaban sin ton ni son hacia el cielo. Los defensores se limitaban a agacharse y a dejar que las flechas les pasaran por encima de las cabezas mientras los proyectiles republicanos estallaban, sin causarles ningún daño, contra los gigantescos muros de la ciudad.

El Alción estaba protegido por la armadura que lo rodeaba, similar al caparazón de una tortuga. No obstante, el resto de los navíos republicanos se habían convertido en blancos fáciles. Los barcos castillo flotaban inútilmente en el agua. La tripulación de sus fundíbulos no podía lanzar ningún proyectil, ya que no podían moverse por temor a acabar convertidos en alfileteros.

El Avefría, el Halcón Marino que se hallaba más cerca de los muros, lanzó un cohete doble de cabeza de dragón chirriando a través del aire solo para que un arquero de la Provincia del Camero lo hiciese explotar en el cielo. Tras el impacto, el cohete cayó aún caliente hacia el navío. La tripulación del Avefría se dispersó antes de que la lluvia de proyectiles acabara acertando sobre su propio suministro de municiones. Rin escuchó una oleada de explosiones, y luego otra. Una reacción en cadena que dejó a ese Halcón Marino envuelto en humo y llamas.

Sin embargo, el Verdugo había conseguido acercar sus torres a las puertas de la ciudad. Rin entrecerró los ojos para mirar al navío, intentando calcular la distancia a la que estaba de la muralla. Las torres tenían la altura justa para despejar los parapetos, pero, mientras la muralla estuviera ocupada por arqueros, no servían de nada. Cualquiera que ascendiera por las máquinas de asedio tan solo acabaría siendo derribado desde arriba.

Alguien debía deshacerse de esos arqueros.

Frustrada, Rin echó un vistazo hacia la muralla y maldijo el Sello. Si hubiera podido invocar al Fénix, podría haber enviado un torrente de llamas por encima de las barreras y haber despejado la zona en menos de un minuto.

Pero no contaba con el fuego, lo que significaba que tendría que subir allí ella misma, y que necesitaría explosivos.

Ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Ramsa!

El chico estaba agachado a unos diez metros de distancia, detrás del mástil. Rin gritó su nombre hasta tres veces en vano. Al final, acabó lanzándole un pedazo de madera al hombro para llamar su atención.

El joven aulló.

—¿Qué coño?

—¡Necesito una bomba!

Ramsa abrió la boca para responder justo cuando otra oleada de proyectiles explotó contra el costado del barco tortuga. Negó con la cabeza y señaló insistentemente hacia su morral vacío.

—¿Nada? —dijo Rin con la boca sin hablar.

El chico rebuscó bien en su bolsillo, sacó algo redondo y se lo lanzó rodando por el suelo. Rin lo recogió. Un olor penetrante le entró por la nariz.

—¿Es una bomba de mierda? —gritó.

Ramsa sacudió las manos en un gesto de impotencia.

—¡Es lo único que me queda!

Tendría que servirle. Se guardó la bomba debajo de la camisa. Ya se preocuparía por cómo

prenderla una vez que llegara a la muralla. Ahora necesitaba encontrar la forma de escalar hasta lo más alto. Además de un escudo, algo enorme, pesado y lo bastante ancho como para cubrirle todo el cuerpo…

Su mirada se posó sobre los botes de remos.

Se giró hacia Kitay.

—Sube uno de esos botes.

—¿Cómo?

Rin señaló hacia la torre de asedio.

—¡Súbeme ese bote!

Los ojos de Kitay se abrieron como platos al comprenderla. Lanzó una serie de órdenes a los soldados que tenía detrás de él. Estos corrieron hacia el palo mayor, agachados debajo de los escudos que llevaban sobre las cabezas.

Rin saltó al bote de remos junto a otros dos soldados. Kitay les indicó a los hombres que ataran las cuerdas a los extremos, algo que se solía hacer para bajar el bote hasta el agua con las poleas del mástil. El bote de remos se bamboleó peligrosamente cuando comenzaron a subirlo por el mástil. No lo habían asegurado bien. A mitad de camino, pareció que iba a volcar, hasta que lograron a duras penas redistribuir el peso en el interior.

Una flecha pasó cerca de la cabeza de Rin. Los arqueros de la Provincia del Carnero los habían divisado.

—¡Esperad! —La esperiliana retorció las cuerdas. El bote se inclinó hasta casi quedarse en posición horizontal, funcionando como un escudo de cuerpo completo. Rin se agachó y se agarró con fuerza a un asiento para no caerse. Una flecha atravesó el fondo del bote y el brazo del soldado que estaba a la izquierda de la joven. El hombre gritó y se soltó. Un segundo después, la esperiliana escuchó cómo reventó al chocar contra la cubierta.

Contuvo el aliento. El bote casi había llegado a lo más alto del muro.

—Preparaos. —Rin dobló las rodillas e hizo que el bote se balanceara para poder impulsarlo hacia delante. El primer balanceo hacia la muralla se quedó corto por menos de un metro. Entonces, la esperiliana vislumbró brevemente y con vértigo la caída que tenía debajo.

Otra serie de flechas golpearon el bote mientras lo impulsaban hacia delante.

El segundo balanceo los acercó lo suficiente.

—¡Ahora!

Saltaron hacia el muro. Rin resbaló tras el impacto. Derrapó con las rodillas sobre la roca hasta que sus pies acabaron colgando sobre un vado aterrador. Agitó los brazos hacia delante y se agarró a un surco en el muro. Se esforzó por impulsarse lo suficiente como para poder clavar el codo en la arista y arrastrar su torso hacia arriba.

Cayó de forma desgarbada sobre la pasarela y logró ponerse en pie a duras penas justo cuando un soldado del Camero blandió una espada hacia su cabeza. Rin bloqueó el golpe con su tridente, hizo girar la espada de su adversario y la lanzó lejos, para luego golpear al soldado con el otro extremo de su arma. El hombre cayó por las escaleras y acabó chocándose contra sus camaradas.

Eso le proporcionó a la joven un respiro temporal. Examinó la muralla rebosante de arqueros. La bomba de mierda de Ramsa no iba a matarlos, pero los distraería. Solo necesitaba encontrar un modo de prenderla.

De nuevo, maldijo el Sello. Podría haberla encendido sin problema con un chasquido de sus

dedos. Hubiera sido tan fácil.

Buscó con la mirada un farol, un brasero, lo que fuera… Y ahí lo tenía. A metro y medio de distancia, había un montón de brasas ardientes en una olla de latón. Los defensores de la Provincia del Carnero debían de haber estado usándola para prender sus propios cohetes.

Sostuvo la bomba entre las manos, la lanzó hacia la olla y rezó.

Escuchó un estallido débil y apagado.

Respiró hondo. Un humo agrio y con olor a mierda se extendió sobre los parapetos, denso y cegador.

—Estamos en un aprieto —dijo un soldado republicano a su izquierda.

Rin entornó la mirada a través del humo hacia una columna de refuerzos enemigos, que se aproximaba rápidamente por el lado izquierdo de la pasarela.

Buscó desesperadamente una forma de bajar por el muro. Vio una escalera a su izquierda, pero había demasiados soldados esperando al final de ella. El otro único modo de bajar era por el otro lado de la muralla, pero la pasarela no la rodeaba completamente. El canto del muro, no mucho más grueso que su talón, se interponía entre ella y la otra escalera.

No tenía tiempo para pensar. Saltó hacia el borde externo del muro, hundió los talones en él y comenzó a correr antes de llegar a inclinarse hacia un lateral. A cada par de pasos sentía con terror cómo su equilibrio se iba hacia un lado. De algún modo, logró enderezarse y seguir avanzando.

Escuchó cómo se tensaban varios arcos. En lugar de agacharse, dio un gran salto hacia la escalera. Aterrizó dolorosamente de costado y patinó hasta detenerse. Le dolían el hombro y la cadera, pero los brazos y las piernas seguían funcionándole. Se arrastró con frenesí escaleras abajo, con las flechas pasándole por encima de la cabeza.

A ese lado de las puertas tenía lugar una batalla campal.

Se topó con una aglomeración de cuerpos, con el rugir del acero. Repartidos entre la multitud, había uniformes azules. Soldados republicanos. Rin sintió un gran alivio. Después de todo, no habían muerto, tan solo iban con retraso.

—¡Ya era hora!

Dos tornados de destrucción maravillosamente familiares aparecieron a su lado. Suni cogió a un soldado del Carnero como si fuera una muñeca, lo elevó por encima de su cabeza y lo lanzó hacia la multitud. Baji clavó su rastrillo en el cuello de alguien, lo levantó con él y lo hizo girar en círculo para bloquear una flecha que cruzaba el aire.

—Toma ya —dijo Rin.

Baji la ayudó a ponerse en pie.

—¿Por qué has tardado tanto?

Fue a abrir la boca para responder justo cuando alguien intentó agarrarla por detrás. La joven le clavó el codo por instinto y sintió el satisfactorio crujido de una nariz rota. Su atacante perdió fuerza y Rin logró liberarse.

—¡Estábamos esperando vuestra señal!

—¡Os hemos enviado la señal! ¡Hemos encendido una bengala hace diez minutos! ¿Dónde está el puto ejército?

Rin señaló hacia la muralla.

—Al otro lado.

Un golpe sordo sacudió las puertas de Xiashang. El Verdugo había logrado acercar su torre de asedio.

Los soldados republicanos se extendían por la muralla como si fueran una colonia de hormigas. Los cuerpos se precipitaban al suelo igual que ladrillos mientras los arpones volaban hacia el cielo y se clavaban a intervalos regulares a lo largo del muro.

Ahora Rin veía casi tantos uniformes azules como verdes. Poco a poco, la presión de los soldados republicanos se expandió por toda la plaza.

—Id a las puertas —le dijo Rin a Baji.

—Allá voy. —Con un buen golpe de su rastrillo, Baji logró dispersar a una multitud de soldados que custodiaban una rueda de suspensión de la puerta. Suni se encargó de la otra rueda. Juntos, enterraron los talones en el suelo y empujaron. Los soldados republicanos formaron un círculo protector a su alrededor, conteniendo la presión del enemigo.

—¡Empujad! —gritó alguien.

Rin no tuvo la oportunidad de mirar detrás de ella para ver qué estaba sucediendo. La oleada de acero que se acercaba hacia ellos era demasiado cegadora. Algo le cortó la mejilla izquierda. La sangre le salpicó toda la cara. Se le metió en los ojos… Se la limpió con la manga, pero eso solo hizo que el escozor empeorara.

A ciegas, arremetió con su tridente. El acero se clavó en un hueso y su atacante cayó al suelo. Había sido un golpe certero. Se posicionó detrás de la línea republicana y parpadeó insistentemente hasta que se le aclaró la vista.

Escuchó el chirrido de las ruedas de suspensión. Se atrevió a mirar hacia atrás. Con un crujido tremendo, las puertas de Xiashang se abrieron de par en par.

Detrás de ellas estaba la flota.

Entonces, cambiaron las tornas. Los soldados republicanos inundaron la plaza. Se produjo una avalancha de tantos uniformes azules que, por un momento, Rin perdió completamente de vista a los soldados del Carnero. En alguna parte, sonó un cuerno, seguido de una serie de golpes de gong que reverberaron con tanta fuerza que silenciaron cualquier otro sonido.

Eran señales de socorro. Pero ¿a quién iban destinadas? La joven se subió sobre una caja para intentar ver algo por encima de la refriega.

Detectó movimiento en el corredor sudoeste. Entornó la mirada. Un nuevo pelotón de soldados armados y listos para la batalla corrían hacia la plaza. ¿La milicia local de refuerzo? No… Lucían uniformes azules, no verdes.

Pero no era el mismo tono azul océano de los uniformes de la República.

Rin estuvo a punto de dejar caer su tridente. Esos no eran soldados nikaras.

Eran tropas de la Federación.

Por un momento, en mitad del pánico, pensó que la Federación seguía libre, que había aprovechado esa oportunidad para iniciar una invasión simultánea en Xiashang. Pero aquello no tenía ningún sentido. La Federación ya estaba tras los muros de la ciudad. Y no estaba atacando a la Guardia de Xiashang, tan solo atacaba a las tropas que claramente lucían los uniformes republicanos.

Se dio cuenta de golpe, como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

El jefe militar del Carnero se había aliado con la Federación.

El suelo tembló bajo sus pies. Vio humo y fuego. Vio cuerpos engullidos por el gas. Vio a Altan, caminando de espaldas, alejándose de ella por el muelle…

—¡Al suelo! —gritó Baji.

Rin se tiró al suelo justo cuando una lanza chocó contra la pared donde antes había estado su cabeza.

Se puso en pie como pudo. No llegaba a ver el final de la columna de soldados de la Federación. ¿Cuántos eran? ¿Igualaban la cifra de los republicanos?

Lo que les había parecido una victoria fácil estaba a punto de convertirse en una masacre.

La esperiliana corrió hacia la escalera para poder ver mejor la disposición de la ciudad. Justo pasada la plaza, divisó una residencia de tres pisos integrada en un jardín enorme lleno de esculturas. Esa tenía que ser la residencia privada del jefe militar del Carnero. Era el edificio más grande de Xiashang.

Entonces, supo cuál era la mejor forma de ponerle fin a aquello.

—¡Baji! —Agitó su tridente para llamar la atención del Cike. Cuando su compañero levantó la mirada, Rin señaló hacia la mansión del jefe militar—. Cúbreme.

Baji la entendió de inmediato. Juntos, se abrieron camino por la fuerza y con violencia a través del montón de gente hasta que llegaron al otro lado de la plaza. Entonces, corrieron hacia los jardines.

La mansión se encontraba custodiada por dos leones de piedra, con las bocas abiertas formando dos cavernas amplias y codiciosas. Las puertas estaban cerradas a cal y canto.

Bien. Eso significaba que alguien se escondía en su interior.

Rin le dio una fuerte patada al pomo, pero las puertas no cedieron.

—Permíteme —le dijo Baji. La joven se quitó de en medio. El Cike dio tres pasos hacia atrás y cogió impulso para golpearlas puertas con el hombro. La madera se astilló y se abrieron de par en par.

Baji se levantó del suelo y señaló detrás de Rin.

—Tenemos problemas.

La joven se dio la vuelta para ver a una oleada nueva de soldados de la Federación corriendo hacia la mansión. Baji se plantó en el umbral de la puerta con el rastrillo en alto.

—¿Podrás solo? —le preguntó Rin.

—Tú vete. Yo me encargo de esto.

La esperiliana corrió hacia el interior. Las estancias estaban muy bien iluminadas, pero parecían completamente vacías…, lo que habría resultado ser nefasto, ya que eso significaría que la familia del jefe militar del Carnero ya había sido evacuada a un lugar seguro. Se quedó muy quieta en el centro del vestíbulo, con el corazón palpitándole con fuerza mientras se esforzaba por escuchar algún sonido producido por sus habitantes.

Unos segundos después, escuchó el lamento estridente de un bebé.

«Sí». Se concentró, intentando rastrear el ruido. Volvió a escucharlo. Esta vez, el llanto del bebé era amortiguado, como si alguien estuviera tapándole la boca. No obstante, en el interior de la casa vacía, sonaba con la misma claridad que el repicar de una campana.

El sonido procedía de los aposentos a su izquierda. Rin avanzó despacio, desplazando los pies por el suelo de mármol sin hacer ruido. Al final del pasillo, vio una sola puerta cubierta con

serigrafía. El llanto del bebé aumentaba de volumen. Apoyó una mano sobre la puerta y empujó. Cerrada. Dio un paso hacia atrás y le asestó una patada. El endeble marco de bambú de la puerta cedió sin problema.

Un grupo de al menos quince mujeres se quedó mirándola, con las lágrimas resbalándoles por las mejillas regordetas e hinchadas. Estaban apiñadas como si fueran aves que no volaban y que habían sido engordadas para comérselas.

Rin supuso que eran las esposas del jefe militar. Sus hijas. Sus sirvientas y nodrizas.

—¿Dónde está Tsung Ho? —exigió saber.

Las mujeres se apiñaron más entre ellas, calladas y temblorosas.

Rin posó la mirada sobre el bebé. Lo sostenía una mujer andana al fondo de la estancia. Estaba envuelto en un tejido rojo. Eso significaba que era un niño. Un potencial heredero.

El jefe militar del Carnero no iba a dejar morir a ese niño.

—Dámelo —le ordenó la esperiliana.

La mujer negó frenéticamente con la cabeza y se acercó al bebé aún más al pecho.

Rin le apuntó con su tridente.

—No merece la pena que mueras por esto.

Una de las chicas más jóvenes se lanzó hacia delante, agitando el poste de una cortina en dirección a Rin. Esta se agachó y lo apartó de una patada. Le acertó con el pie a la joven en el estómago con un satisfactorio golpe. La chica se desplomó en el suelo y gimió de dolor.

Rin puso el pie sobre el esternón de la joven y presionó con fuerza. Los gemidos agonizantes de la chica le proporcionaron una satisfacción salvaje y divertida. Sintió *una gran* falta de simpatía hacia esas mujeres. Ellas habían escogido estar allí. Eran aliadas de la Federación, sabían qué era lo que estaba pasando, era culpa suya, todas debían morir…

«No. Detente». Respiró hondo. Despejó el humo rojo que le nublaba la vista.

—Si alguna de vosotras vuelve a intentar algo así, os destripo —les advirtió—. El bebé. Ya.

Entre lloriqueos, la anciana se lo entregó.

De inmediato, la criatura comenzó a gritar. Rin adaptó automáticamente sus manos para agarrar al bebé por el costado y la nuca. Eran los pocos reflejos que le quedaban de los días que se había pasado cargando con su pequeño hermano de acogida.

Sintió el repentino impulso de arrullarlo y mecerlo hasta que dejara de llorar. Pero lo reprimió. Necesitaba que el bebé chillara, y que lo hiciera con ganas.

Abandonó las dependencias de las mujeres, agitando su tridente delante de ella.

—Vosotras quedaos aquí —les advirtió—. Si alguna se mueve, mataré al crío.

Las mujeres asintieron en silencio, con las lágrimas cayéndoles por los rostros empolvados.

Rin abandonó la estancia de espaldas y regresó al centro del vestíbulo principal.

—¡Tsung Ho! —gritó—. ¿Dónde estás?

Silencio.

El bebé tembló entre sus brazos. Su llanto había disminuido hasta convertirse en gemidos de angustia. Rin se planteó por un segundo pellizcarle los brazos para hacerlo chillar.

Pero no le hizo falta. La visión de su tridente ensangrentado fue suficiente. El bebé lo vio, abrió la boca y gritó.

Rin chilló por encima del bebé:

—¡Tsung Ho! Si no sales, asesinaré a tu hijo.

Lo escuchó acercarse mucho antes de que atacara.

Demasiado despacio. Había sido demasiado lento. La esperiliana se giró en redondo, esquivó su espada y le acertó con el extremo del tridente en el estómago. El jefe militar se dobló sobre sí mismo. Rin tenía atrapada su espada entre las puntas del tridente y se la arrebató de las manos. El hombre acabó a cuatro patas, intentando recuperar su arma del suelo. La joven le dio una patada para alejarla y le clavó la empuñadura del tridente en la parte baja de la espalda. El jefe militar se desplomó contra el suelo.

—Traidor. —Le asestó un golpe atroz en las rótulas. El hombre aulló de dolor. Y la joven volvió a golpearlo. Una y otra vez.

El bebé lloraba cada vez con más fuerza. Rin se dirigió a un rincón, lo dejó con cuidado en el suelo y luego siguió atacando a su padre. Las rótulas del jefe militar del Carnero estaban claramente rotas. Entonces, la joven pasó a golpearlo en las costillas.

—Por favor, ten piedad. Por favor… —Se hizo un patético ovillo, rodeándose la cabeza con los brazos.

—¿Cuándo dejaste entrar a los mugeneses? —le preguntó Rin—. ¿Antes o después de que hicieran arder Golyn Niis?

—No teníamos otra opción —susurró. Profirió un ruido agudo mientras se llevaba las rodillas rotas hacia el pecho—. Se habían concentrado al otro lado de nuestras puertas, no nos quedó otra…

—Podríais haber luchado.

—Habríamos muerto —jadeó.

—Pues sí, eso deberíais haber hecho.

Rin lo golpeó con el extremo de su tridente en la cabeza. El jefe militar dejó de emitir sonidos.

El bebé siguió gritando.

A Jinzha le complació tanto su victoria que levantó temporalmente la prohibición de beber alcohol. Las jarras de un buen vino de sorgo, extraído de la mansión del jefe militar del Carnero, corrieron entre las filas. Esa noche, los soldados acamparon en la playa con un buen humor poco habitual.

Jinzha y su Consejo se reunieron en la orilla para decidir qué hacer con sus prisioneros. Además de los soldados de la Federación que habían capturado, también había hombres de la Octava División: la fuerza más grande de la Milicia, a la que, hasta ese momento, no se habían enfrentado en ninguna de las otras ciudades que habían conquistado. Suponían una gran amenaza como para soltarlos. Aparte de una ejecución en masa, sus opciones eran llevarse consigo a una cantidad desmesurada de prisioneros (demasiados como para poder alimentarlos) o dejarlos ir.

—Ejecutadlos —dijo Rin sin pensárselo dos veces.

—¿A más de mil hombres? —Jinzha negó con la cabeza—. No somos monstruos.

—Pero se lo merecen —insistió la comandante de los Cike—. Al menos, los mugeneses. Sabes bien que si nosotros estuviésemos en su lugar, si la Federación hubiera tomado prisioneros a nuestros hombres, ya estarían muertos.

Rin estaba convencida de que la solución era evidente. Sin embargo, nadie asintió en señal de

apoyo a su propuesta. Miró confundida alrededor del círculo. ¿Es que la conclusión no era clara? ¿Por qué todos parecían tan incómodos?

—Podríamos ponerlos a manejar las ruedas —comentó el almirante Molkoi—. Así nuestros hombres podrían descansar.

—Será broma —dijo Rin—. Para empezar, tendríais que alimentarlos…

—Les proporcionaremos una dieta de subsistencia —dijo Molkoi.

—¡Nuestras tropas necesitan esa comida!

—Nuestras tropas han sobrevivido con menos —siguió el almirante—. Y es mejor que no se acostumbren a los excesos.

Rin lo miró boquiabierta.

—¿Piensas reducir aún más las raciones de nuestras tropas para que puedan vivir unos hombres que han cometido traición?

El almirante se encogió de hombros.

—Son hombres nikaras. No vamos a ejecutar a los nuestros.

—Dejaron de ser nikaras en cuanto permitieron que la Federación entrara en sus hogares —estalló la joven—. Deberíamos acorralarlos. Y decapitarlos.

Ninguno de los otros se atrevió a mirarla a los ojos.

—¿Nezha? —preguntó Rin.

Su amigo ni siquiera la miraba. Lo único que hizo fue negar con la cabeza.

La comandante esperiliana enrojeció a causa de la ira.

—Esos soldados estaban colaborando con la Federación. Los estaban alimentando. Les daban cobijo. Eso es traición.

Debería ser castigado con la muerte. Olvidaos de los soldados… ¡Deberíais castigar a toda la ciudad!

—Puede que eso se hiciera bajo el reinado de Daji —declaró Jinzha—. Pero no se hará bajo el control de la República. No podemos ganarnos la reputación de ser despiadados…

—Pero ¡los han ayudado! —A esas alturas, estaba gritando y todos la miraban, pero a la joven le daba igual—. ¡A la Federación! No sabéis lo que hicieron… Solo porque os pasaseis toda la guerra escondidos en Arlong… Vosotros no visteis lo que…

Jinzha se giró hacia Nezha.

—Hermano, ponle un bozal a tu esperiliana o…

—¡No soy un perro! —chilló Rin.

Una rabia intensa se apoderó de ella. Se abalanzó sobre Jinzha… y no pudo dar ni dos pasos antes de que el almirante Molkoi la redujera tan rápido contra el suelo que, por un momento, dejó de ver las estrellas en el cielo y lo único que pudo hacer fue intentar seguir respirando.

—Ya es suficiente —dijo Nezha con calma—. Ya se ha tranquilizado. Suéltala.

Rin sintió cómo desaparecía la presión sobre su pecho. Se hizo un ovillo y sintió un miserable ahogo.

—Que alguien la saque del campamento —dijo Jinzha—. Atadla, amordazadla, me da igual. Ya nos ocuparemos de esto por la mañana.

—Sí, señor —dijo Molkoi.

—No ha comido —apuntó Nezha.

—Entonces, que alguien le lleve comida o agua si la pide —dijo Jinzha—. Pero la quiero

fuera de mi vista.

Rin gritó.

Nadie podía escucharla. La habían desterrado a una parcela del bosque, lejos del perímetro del campamento. Así que gritó cada vez con más fuerza, una y otra vez. Golpeó un árbol con los puños hasta que la sangre le resbaló por los nudillos mientras la rabia no hacía más que crecer en su pecho. Y por un instante llegó a pensar, o a esperar, que esa furia carmesí que le cubría la visión acabaría estallando por fin en llamas, en un fuego real…

Pero no sucedió nada. No le salieron chispas de los dedos, ninguna risa celestial se abrió paso entre sus pensamientos. Podía sentir el Sello en el fondo de su mente. Era algo enfermizo y vibrante, algo que difuminaba y amortiguaba su rabia cada vez que esta llegaba a su punto álgido. Y eso solo conseguía hacerle enfadar aún más, gritar mucho más alto a causa de la frustración. Sin embargo, era una rabieta inútil, porque el fuego seguía estando fuera de su alcance. Bailaba y se mofaba de ella detrás de la barrera que tenía en el interior de la cabeza.

«Por favor», pensó. «Te necesito. Necesito el fuego. Necesito arder…».

El Fénix permaneció callado.

Rin cayó de rodillas.

Podía escuchar la risa de Altan. Eso no era cosa del Sello, sino de su propia imaginación, pero la escuchaba tan claramente como si lo tuviera justo a su lado.

—Mírate —le dijo—. Patética. No lo vas a recuperar. Estás perdida, acabada. No eres una esperilíana. Solo eres una estúpida niñita con una rabieta en el bosque.

Por fin, la voz y la fuerza de Rin perdieron impulso y la rabia menguó de forma patética e inútil. Entonces, se quedó sola, sumida en el silencio indiferente de los árboles, sin más compañía que la de su propia mente.

Y eso no podía soportarlo, así que decidió emborracharse todo lo posible.

Antes de abandonar el campamento, había cogido una pequeña jarra de vino de sorgo. Se la tragó de un sorbo en menos de un minuto.

No estaba acostumbrada a beber. Los maestros en Sinegard habían sido muy estrictos al respecto: el más leve tufo a alcohol podía ser motivo de expulsión. Aun así, prefería el enfermizo dulzor del humo del opio a la quemazón del vino de sorgo. Pero le gustaba cómo la hacía arder placenteramente por dentro. No provocaba que la rabia desapareciera, pero la reducía a un latido sordo, a un dolor constante, en lugar de una herida fresca y punzante.

Para cuando Nezha fue a buscarla, la joven se encontraba completamente ebria y no lo habría escuchado acercarse de no ser porque su amigo iba gritando su nombre a cada paso que daba.

—¿Rin? ¿Estás aquí?

Escuchó su voz al otro lado de un árbol. Parpadeó durante un par de segundos antes de recordar cómo se hablaba.

—Sí. No te acerques.

—¿Qué estás haciendo?

El chico rodeó el árbol. Rin se apresuró a subirse los pantalones con una mano. Con la otra, sostenía la jarra a rebosar de líquido.

—¿Estás meando en una jarra?

—Estoy preparando un regalo para tu hermano —dijo ella—. ¿Crees que le gustará?

—No puedes darle al gran mariscal del ejército republicano una jarra de orina.

—Pero está caliente —masculló la esperiliana. Se la acercó a Nezha. El pis se derramó por el borde.

Su amigo se apresuró a echarse hacia atrás.

—Por favor, suelta eso.

—¿Estás seguro de que Jinzha no lo querrá?

—Rin.

La joven suspiró dramáticamente y obedeció.

Nezha la tomó de la mano que tenía limpia y la condujo a una zona de hierba cerca del río, lejos de la jarra sucia.

—Sabes que no puedes perder así los estribos.

Rin cuadró los hombros.

—Ya he recibido un castigo disciplinario acorde.

—Esto no tiene nada que ver con la disciplina. Creen que estás loca.

—Ya lo creían antes —replicó—. Soy la pequeña salvaje y tonta esperiliana. ¿No es verdad? Es mi naturaleza.

—Eso no es lo que… Venga ya, Rin. —Nezha negó con la cabeza—. Da lo mismo. Tengo…, mmm…, malas noticias.

La joven bostezó.

—¿Hemos perdido la guerra? Sí que ha sido rápido.

—No. Jinzha te ha depuesto.

La joven parpadeó varias veces sin comprender nada.

—¿Qué?

—Te ha bajado de rango. Ahora servirás en calidad de soldado rasa. Y dejarás de estar al mando de los Cike.

—¿Y quién será ahora su comandante?

—Nadie. Los Cike se han disuelto. Todos han sido reasignados a otros barcos.

Su amigo la contempló con cautela para analizar su reacción, pero Rin se limitó a sufrir un ataque de hipo.

—Da lo mismo. Tampoco es que a mí me hicieran mucho caso. —Sintió una especie de satisfacción amarga al decir eso en voz alta. Que hubiera ocupado el puesto de comandante siempre había sido una farsa. Para ser justos, los Cike sí que la escuchaban cuando tenía algún plan, pero normalmente no tenía ninguno. Lo cierto era que se gobernaban por sí mismos de forma efectiva.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le dijo Nezha—. No tienes control sobre tus impulsos. Absolutamente ninguno. Cero.

—Es horrible —replicó ella, y entonces comenzó a reírse—. Menos mal que no puedo invocar el fuego, ¿eh?

Nezha respondió a aquello con un silencio tan largo que llegó un momento en el que comenzó a hacer que se sintiera abochornada. Ahora deseaba no haber bebido tanto. No podía pensar con claridad con la mente así de nublada. Se sentía tremendamente idiota, grosera y avergonzada.

Tenía que aprender a pensar lo que iba a decir antes de soltarlo en voz alta.

—¿Y qué va a suceder ahora?

—Lo mismo de siempre. Están reuniendo a los civiles. Los hombres emitirán sus votos esta noche.

Rin se sentó.

—No debería permitírseles votar.

—Son nikaras. Todo nikara tiene la opción de unirse a la República.

—¡Han ayudado a la Federación!

—Porque no tenían elección —le dijo Nezha—. Párate a pensarlo. Ponte en su lugar. ¿De verdad crees que lo habrías hecho mejor que ellos?

—Sí —soltó Rin—. Ya lo hice en su momento. Estuve en su lugar. Lo mío era peor… Me tuvieron atada a una cama, me torturaron, y luego se lo hicieron a Altan delante de mí. Y estuve aterrorizada, quería morir…

—Ellos también tuvieron miedo —dijo Nezha en voz baja.

—Entonces, deberían haberles hecho frente.

—Puede que no tuvieran elección. No eran soldados con formación. No eran chamanes. ¿Cómo iban a sobrevivir si no?

—No basta con sobrevivir —siseó Rin—. Hay que luchar por algo. Uno no puede limitarse a… vivir su vida como un puto cobarde.

—Algunas personas son cobardes y ya está. Algunas personas no son tan fuertes.

—Entonces, no deberían poder votar —replicó.

Cuantas más vueltas le daba, más disparatada le parecía la democracia propuesta por Vaisra. ¿Cómo iban los nikaras a gobernarse a sí mismos? No habían estado al frente de su país desde la época del Emperador Rojo e, incluso borracha, era capaz de entender el motivo: los nikaras eran, simple y llanamente, demasiado idiotas, egoístas y cobardes.

—La democracia no va a funcionar. Míralos. —Rin señalaba hacia los árboles, no hacia ninguna persona, pero para ella apenas existía diferencia entre ambos—. Son ganado. Son idiotas. Votan a favor de la República porque tienen miedo… Estoy segura de que también votarían a favor de unirse a la Federación.

—No seas injusta —dijo Nezha—. Son personas de a pie. No han estudiado el arte de la guerra.

—¡Por eso no deberían gobernar! —gritó la joven—. Necesitan que alguien les diga qué hacer, qué pensar…

—¿Y quién va a ser esa persona? ¿Daji?

—Dají no. Pero alguien con conocimientos. Alguien que haya aprobado el keju, que se haya graduado en Sinegard. Alguien que haya estado en el ejército. Alguien que conozca el valor de una vida humana.

—Te estás describiendo a ti misma —señaló su amigo.

—No digo que tenga que ser yo —respondió ella—. Solo que no debería ser el pueblo. Vaisra no debería dejarles elegir a nadie. Debería gobernar él sin más.

Nezha ladeó la cabeza.

—¿Quieres que mi padre se autoproclame emperador?

Una oleada de náuseas le revolvió el estómago a Rinantes de poder responderle. No le dio

tiempo a levantarse. Se inclinó hacia delante de rodillas y echó todo lo que tenía en el estómago contra un árbol. Tenía la cara muy cerca del suelo. Una buena parte del vómito le salpicó en la mejilla. Se la limpió torpemente con la manga.

—¿Estás bien? —le preguntó Nezha cuando dejó de sufrir arcadas.

—Sí.

Su amigo le acarició la espalda en círculos.

—Bien.

Rin escupió un poco de vino sobre el barro.

—Que te den.

Nezha cogió un montón de barro de la ribera del río.

—¿Alguna vez has escuchado la historia de cómo la diosa Nüwa creó a la humanidad?

—No.

—Te la contaré. —El joven moldeó el barro hasta hacer con él una bola entre sus manos—. Érase una vez, después del nacimiento del mundo, la diosa Nüwa se sentía sola.

—¿Y su marido Fuxi? —Rin solo conocía los mitos que trataban sobre los dos.

—Supongo que sería un marido ausente. Este mito no lo menciona.

—Cómo no.

—Cómo no. En fin, Nüwa se sentía sola y decidió crear a algunos humanos para poblar el mundo y que le hicieran compañía. —Nezha hundió las uñas en la bola de fango—. Las primeras personas que creó estaban hechas con gran lujo de detalles. Con unas facciones elegantes y unos ropajes hermosos.

Rin ya podía intuir a dónde iba a parar esa historia.

—Eran aristócratas.

—Sí. Los nobles, los emperadores, los guerreros, todo aquel que importaba. Luego, la diosa se aburrió. Le estaba llevando demasiado tiempo. Así que tomó una cuerda y comenzó a lanzar el fango en todas direcciones. Esos pedazos pasaron a ser los cien clanes de Nikan.

La esperiliana tragó saliva. La garganta le sabía a ácido.

—Esa historia no se cuenta en el sur.

—¿Ya qué crees que se debe? —le preguntó Nezha.

Rin le dio vueltas a aquella pregunta por un momento, y luego rompió a reír.

—Porque mi pueblo es fango —respondió—. Y aun así vais a dejarles dirigir un país.

—No creo que sean fango —dijo Nezha—. Creo que siguen sin tener forma. No cuentan con formación ni con cultura. No conocen nada mejor porque no se les ha dado la oportunidad. Pero la República los moldeará y refinará. Los convertirá en lo que están destinados a ser.

—Así no es como funcionan las cosas. —Rín tomó el montón de fango de la mano de Nezha —. Jamás se convertirán en nada más de lo que ya son. El norte no se lo permitirá.

—Eso no es cierto.

—Eso es lo que tú crees. Pero yo he visto cómo funciona el poder. —Rin aplastó el fango entre sus dedos—. No se trata de quién eres, sino de cómo te ven los demás. Y, en este país, una vez que eres fango, siempre serás fango.



18

—Estarás de broma —dijo Ramsa.

Rin negó con la cabeza y comenzaron a dolerle las sienes debido al repentino gesto. Bajo la dura luz del amanecer, se arrepintió profundamente de haber bebido alcohol, ya que hizo que la tarea de informar a los Cike de que habían sido disueltos fuese muy desagradable. —A mí me han depuesto. Son órdenes de Jinzha.

—¿Y qué pasa con nosotros entonces? —quiso saber Ramsa.

Rin le dedicó una mirada inexpresiva.

—¿Qué pasa con vosotros?

—¿Adónde se supone que vamos a ir?

—Ah. —La joven cerró los ojos con fuerza, intentando recordarlo—. A vosotros se os ha reasignado a otros barcos. Creo que tú estás ahora en el Grifo, Suni y Baji están en los barcos castillo…

—¿No estamos todos juntos? —preguntó el chico—. Y una mierda. ¿No podemos negarnos y ya está?

—No. —La esperiliana se llevó la palma de la mano contra la frente dolorida—. Seguís siendo soldados republicanos. Tenéis que seguir órdenes.

El joven se quedó mirándola sin poder creérselo.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más quieres que te diga?

—¡Algo! —le gritó—. ¡Lo que sea! ¿Los Cike ya no existen y tú vas a aceptarlo sin más?

Rin quiso cubrirse los oídos con las manos. Estaba tan agotada. Deseaba que Ramsa se marchara e informara al resto para que así ella pudiera tumbarse, dormir y no pensar en nada.

—¿Qué más da? Los Cike no son tan importantes. Los Cike están acabados.

Ramsa la agarró por el cuello de la camisa. Pero era tan delgaducho y tan *bajo* (mucho más que ella) que con eso solo consiguió parecer ridículo.

—¿A ti qué te pasa? —le espetó.

—Ramsa, déjalo ya.

—Participamos en esta guerra por ti. Te hemos dado nuestra lealtad.

—No seas tan dramático. Participaste en esta guerra porque querías la plata de la Provincia

del Dragón, porque te gusta hacer saltar mierdas por los aires y porque eres un criminal al que buscan en todas partes del Imperio.

—Me quedé contigo porque creía que permaneceríamos todos juntos. —Parecía que Ramsa estuviera a punto de romper a llorar, algo tan absurdo que Rin quiso reírse—. Se suponía que siempre estaríamos juntos.

—Ni siquiera eres un chamán. No tienes nada que temer. ¿Por qué te importa tanto?

—¿Por qué no te importa a ti? Altan te nombró comandante. Proteger a los Cike es tu deber.

—Yo no pedí ser comandante —estalló Rin. Que mencionara a Altan despertaba en ella sentimientos de obligación y deber en los que no quería pensar—. ¿Vale? No quiero ser vuestro Altan. No puedo.

¿Qué había hecho ella desde que la habían puesto al mando? Había herido a Unegen, había provocado que Enki se marchara, había presenciado la muerte de Aratsha y había recibido una paliza tan brutal por parte de Daji que ni siquiera podía seguir considerándose una chamana. Más que dirigir a los Cike, los había alentado a tomar una serie de decisiones nefastas. Estarían mejor sin ella. Le cabreaba que no se dieran cuenta.

—¿No estás enfadada? —le preguntó Ramsa—. ¿No te cabrea todo esto?

—No —respondió—. Me limito a seguir órdenes.

Podría haber estado enfada. Podría haberse resistido a la orden de Jinzha, podría haber perdido los estribos como hacía siempre. Pero la rabia solo le había servido de algo cuando podía manifestarla en forma de llamas, y eso ya no podía hacerlo. Sin el fuego, no era una chamana, no era una verdadera esperiliana y, sin duda, no era un recurso militar. Jinzha no tenía ningún motivo para escucharla o respetarla siquiera.

Y a esas alturas, la joven sabía que el fuego no iba a regresar.

—Al menos podrías intentarlo —le dijo Ramsa—. Por favor.

En la voz del chico tampoco quedaban energías para luchar.

—Recoge tus cosas, anda —le dijo Rin—. Y díselo al resto. Quieren que os presentéis en vuestros nuevos puestos en diez minutos.

En cuestión de semanas, los últimos bastiones de las Provincias de la Liebre y el Carnero capitularon ante la República. Sus jefes militares fueron encadenados y enviados a Arlong para suplicarle a Vaisra que los dejara vivir. Sus ciudades, municipios y pueblos fueron sometidos a plebiscito.

Cuando los civiles eligieron unirse a la República (todos votaron a favor, ya que la alternativa era que los hombres de más de quince años fueran condenados a muerte), pasaron a formar parte de la extensa maquinaria de guerra del jefe militar del Dragón. Pusieron a las mujeres a trabajar cosiendo los uniformes republicanos y preparando vendas para las enfermerías. Los hombres, o bien fueron reclutados para la infantería, o bien enviados al sur a trabajar en los astilleros de Arlong. Una séptima parte de sus reservas de comida fueron confiscadas para contribuir al abastecimiento de las provisiones para la campaña norteña. Las patrullas republicanas se quedaron atrás para asegurarse de que los envíos regulares de grano llegaran río arriba.

Nezha no paraba de presumir de que aquella era, quizás, la campaña militar más exitosa en la historia de Níkan. Kitay le dijo que dejara de ser tan arrogante, pero Rin no podía negar la

sorprendente racha de victorias.

No obstante, las exigencias diarias que traía consigo la campaña eran tan agotadoras que rara vez tenía la oportunidad de disfrutar de sus victorias. Las ciudades, los municipios y los pueblos comenzaron a entremezclarse en su mente. Dejó de pensar en términos de día y noche, y comenzó a basarlo todo en los calendarios de las batallas. Los días le parecían todos iguales y se entremezclaban entre ellos. Consistían en una sucesión de tareas de preparación para el combate extraordinariamente duras, que debía llevar a cabo antes del amanecer, y horas sueltas en las que podía dormir profundamente y sin soñar.

El único beneficio de todo ello era que conseguía olvidarse de sí misma, aunque fuera temporalmente, durante esas actividades tan físicas. Su deposición no le afectó tanto como había pensado. La mayoría de los días estaba tan cansada que ni siquiera recordaba qué era lo que había sucedido.

Sin embargo, en cierto modo también le aliviaba no tener que seguir pensando en qué hacer con sus hombres. La carga del liderazgo, algo que nunca había sabido llevar, ya no recaía sobre sus hombros. Lo único que tenía que hacer era limitarse a seguir órdenes, y eso se le daba estupendamente.

Aunque las órdenes que recibía también se habían duplicado. Tal vez Jinzha había comenzado a valorar sus habilidades, o quizá simplemente le caía tan mal que quería intentar matarla así para que no llegaran a culparlo a él por ello. De cualquier modo, comenzó a ponerla en primera línea en todas las operaciones terrestres. Esa no era una posición muy codiciada, pero a Rin le agradaba.

Después de todo, se le daba tremendamente bien la guerra. Había entrenado para ello. Tal vez no pudiera seguir invocando el fuego, pero sí que podía seguir luchando, y clavar su tridente en el ángulo de carne adecuado la hacía sentirse tan bien como si incinerara todo lo que la rodeaba.

Se labró una reputación en el Alción como una soldado sumamente capaz y, a su pesar, eso era algo que la enorgullecía. Todo aquello despertaba en su interior una pequeña chispa de competitividad que no había sentido desde Sinegard, cuando lo único que había hecho que siguiera adelante durante tantos meses de duro y miserable estudio había sido el puro deleite de que alguien reconociera su talento.

¿Era así como se había sentido Altan? Los nikaras lo habían convertido en un arma, lo habían empleado como una ventaja militar desde que era un niño. Y, aun así, lo alababan. ¿Eso lo había hecho sentirse feliz?

Desde luego, Rin no era feliz, no del todo. Pero ser una herramienta que servía muy bien a su propósito traía consigo cierta satisfacción.

Las campañas eran como drogas por derecho propio. Cuando combatía, se sentía maravillosamente. En el fragor de la batalla, la vida humana se veía reducida a una existencia puramente mecánica: brazos y piernas, movilidad y vulnerabilidad, puntos vitales que había que identificar, aislar y destruir. Encontró un extraño placer en todo eso. Su cuerpo sabía qué hacer, lo que significaba que podía apagar su mente.

No sabía si los Cike estaban descontentos. Ya no hablaba con ellos. Apenas los había visto desde que los habían reasignado a sus nuevos puestos. Pero le costaba cada vez más que eso le importase, porque estaba perdiendo la capacidad de pensar en la mayoría de las cosas.

Llegado el momento, mucho antes de lo que ella esperaba, incluso dejó de anhelar el fuego que había perdido. En ocasiones, el ansia se apoderaba de ella en la víspera de una batalla y llegaba a frotarse los dedos entre sí, deseando poder crear alguna chispa y fantaseando sobre lo rápido que sus tropas podrían ganar batallas si fuera capaz de lanzar una columna de fuego hacia la línea defensiva para achicharrarla.

Aún sentía la ausencia del Fénix como un agujero en el pecho. El dolor jamás se iba del todo. Sin embargo, la desesperación y la frustración disminuyeron. Dejó de levantarse por las mañanas con ganas de gritar al recordar lo que le habían arrebatado.

Hacía mucho que había dejado de intentar romper el Sello. Su presencia oscura y vibrante ya no le dolía a diario como una herida infectada. En algunos momentos, cuando se permitía a sí misma pararse a pensar en ello, se preguntaba si el Sello habría comenzado a arrebatarle la memoria.

Le había parecido que el maestro Jiang no recordaba absolutamente nada sobre lo que había hecho veinte años atrás. ¿Le sucedería lo mismo a ella?

Algunos de sus recuerdos más lejanos ya comenzaban a ser borrosos. Antes solía recordar con detalle los rostros de cada miembro de su familia de acogida en Tikany. Ahora le parecían borrones. Pero no sabía si eso se debía al Sello, que estaba borrándole esos recuerdos, o si simplemente los estaba perdiendo debido al paso del tiempo.

No le preocupaba tanto como debería. No podía fingir que una parte de ella no se sentiría aliviada si el Sello le robaba poco a poco su pasado, si acababa olvidando a Altan y lo que había hecho en Speer, logrando así que su culpa se desvaneciera en la nada, hasta que, como Jiang, pasara a ser una simple idiota, afable y distraída.

Cuando no estaba durmiendo o luchando, se sentaba junto a Kitay en su despacho atestado. Ya no la invitaban a las reuniones del Consejo de Jinzha, pero se enteraba de todo a través de su amigo. A cambio, a Kitay le gustaba intercambiar ideas con ella. Debatir en voz alta sobre la multitud de posibilidades que existían aliviaba la frenética actividad de la mente del chico.

Él era el único que no compartía la alegría de la República por su increíble racha de victorias.

—Estoy preocupado —admitió—. Y confuso. ¿No te parece que toda esta campaña está siendo demasiado fácil? Es como si el enemigo ni siquiera lo estuviera intentando.

—Sí que lo está intentando. Es solo que no se le da muy bien. —Rin seguía eufórica tras la batalla. Destacar la hacía sentirse muy bien, aunque eso significase partir por la mitad a soldados locales con muy poca preparación, y el mal humor de Kitay la irritaba.

—Sabes muy bien que las batallas que estás librando son demasiado fáciles.

Rin torció el gesto.

—Podrías reconocernos el mérito.

—¿Quieres que te alabe por pegarles palizas a aldeanos sin formación y desarmados? Buen trabajo, entonces. Muy bien hecho. La fuerza naval superior ha aplastado a la patética resistencia campesina. Menudo giro de los acontecimientos. Eso no significa que os vayan a entregar este Imperio en bandeja de plata.

—Podría significar que simplemente nuestras fuerzas navales son superiores —replicó Rin—. ¿Qué pasa? ¿Crees que Daji está entregando el norte a propósito? Con eso no conseguiría nada.

—No os lo está entregando. Están construyendo un astillero. Contamos con esa información desde el principio…

—Y si su flota sirviera para algo, ya la habríamos visto. Puede que realmente sí que estemos ganando esta guerra. No te cuesta nada admitirlo.

Sin embargo, Kitay negó con la cabeza.

—Estamos hablando de Su Daji. Se trata de la mujer que se las apañó para unir a las doce provincias por primera vez desde la muerte del Emperador Rojo.

—Contó con ayuda.

—Pero no ha recibido más ayuda desde entonces. Si el Imperio fuera a fracturarse, ya lo habría hecho. No seas arrogante, Rin. Estamos jugando una partida de wikki contra una mujer que lleva décadas practicando contra oponentes mucho más temibles. Esto también se lo he dicho a Jinzha. La contraofensiva está al caer, y cuanto más esperemos, peor será.

Kitay estaba obsesionado con el problema de si la flota debería pausar la campaña durante el invierno o dirigirse directamente a la Provincia del Tigre, reunirse con la flota de Tsolin y atacar a Jun y a su ejército. Por un lado, si podían afianzar su posición en la costa a través de la Provincia del Tigre, entonces contarían con un canal alternativo para recibir suministros y para reforzar las columnas terrestres hasta poder llegar a rodear el Palacio de Otoño.

Por otro lado, hacerse con el litoral supondría un compromiso militar enorme para unas tropas con las que la República aún no contaba. Hasta que los hesperianos decidieran prestarles su ayuda, tendrían que conformarse con conquistar primero las regiones interiores. Pero aquello podría llevarles otro par de meses, un tiempo que tampoco podían permitirse.

Se hallaban en una carrera contra el tiempo. Nadie quería verse atrapado en una invasión cuando el invierno llegara al norte. Su misión era afianzar una base revolucionaria y acorralar al Imperio dentro de sus tres provincias más al norte antes de que los afluentes del Murui se congelaran y las flotas se quedaran atoradas.

—Nos estamos quedando sin tiempo, pero deberíamos poder llegar al paso de Edu en cuestión de un mes —le dijo Kitay—. Jinzha habrá tenido que tomar su decisión para entonces.

Rin hizo los cálculos mentalmente.

—Navegar río arriba nos llevaría un mes y medio.

—Te olvidas de la presa de las Cuatro Gargantas —le recordó su amigo—. En la parte alta de la Provincia de la Rata, el Murui se encuentra bloqueado, así que la corriente no será tan fuerte como de costumbre.

—Vale, un mes. ¿Qué crees que pasará cuando lleguemos allí?

—Rezaremos a los cielos para que los ríos y los lagos no se hayan congelado aún —le respondió—. Entonces, veremos cuáles son nuestras opciones. Aunque, a estas alturas, la batalla que está librando Jinzha es contra el clima.

Las reuniones semanales de Rin con la hermana Petra siguieron siendo como una espina clavada que cada vez dolía más. Los exámenes a los que la sometía la hesperiana eran cada vez más invasivos, y también había comenzado a administrarle menos láudano. Había terminado con las mediciones de referencia, y ahora quería ver indicios del Caos.

Al ver que, semana tras semana, la esperiliana seguía siendo incapaz de invocar el fuego, Petra

comenzó a impacientarse.

—Intentas ocultármelo —la acusó—. Te niegas a cooperar.

—O puede que esté curada —le dijo Rin—. Puede que el Caos haya desaparecido. Tal vez tu sagrada presencia lo haya asustado.

—Mientes. —Petra le abrió la boca ejerciendo más fuerza de la necesaria y comenzó a toquetearle los dientes con lo que parecía un instrumento de dos puntas. Los extremos fríos de metal se le clavaron dolorosamente en el esmalte—. Sé cómo funciona el Caos. Nunca desaparece. Se camufla ante la presencia del Creador, pero siempre regresa.

Rin deseó que ese fuera el caso. Si recuperaba el fuego, podría incinerar a Petra allí mismo, y a la mierda las consecuencias. Si contara con el fuego, no estaría tan terriblemente desamparada ni tendría que cumplir a pies juntillas las órdenes de Jinzha y cooperar con los hesperianos por ser solo una soldado rasa.

No obstante, si se dejaba llevar por la rabia en ese momento, lo peor que podía hacer era desordenarle el laboratorio a Petra, acabar asesinada en el fondo del Murui y destruir cualquier esperanza de una alianza entre los hesperianos y los nikaras. Si se resistía, solo acabaría condenándose a sí misma y a *todos* aquellos que le seguían importando.

Así que, aunque la boca le supo a la bilis más amarga, se tragó su rabia.

—De verdad, ya no tengo acceso a él —dijo cuando Petra le soltó la mandíbula—. Ya te he dicho que me han sellado. No puedo seguir invocando.

—Eso dices tú. —La hesperiana parecía escéptica, pero dejó estar el tema. Soltó la herramienta de nuevo sobre la mesa—. Levanta la mano derecha y aguanta la respiración.

—¿Por qué?

—Porque te lo digo yo.

La hermana nunca perdía los estribos con Rin, sin importar lo que dijera esta. Petra guardaba siempre una inquietante compostura. Jamás mostraba ninguna emoción, aparte de una fría curiosidad profesional. Rin casi deseaba que le pegara, solo para comprobar que era humana, pero la frustración parecía resbalarle a la hesperiana como el agua de lluvia que caía de un techo de hojalata.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo y seguía sin obtener resultados, comenzó a someter a la joven a experimentos cada vez más viles. La obligó a que resolviera puzles para niños mientras ella la cronometraba con su pequeño reloj. La obligó a llevar a cabo sencillas tareas de memorización que parecían diseñadas para hacerla fracasar, observándola sin parpadear mientras se frustraba cada vez más y comenzaba a tirar cosas contra la pared.

Llegado un momento, Petra le pidió que se desnudara para los exámenes.

—Si querías echarle un buen vistazo a mi cuerpo desnudo, podrías habérmelo pedido antes —le dijo Rin.

Petra no reaccionó.

—Rápido, por favor.

La esperiliana se quitó su uniforme y lo tiró formando un montón en un rincón.

—Bien. —Petra le alcanzó un bote vacío—. Ahora, orina ahí dentro.

Ella se quedó mirándola sin poder creérselo.

—¿Ahora mismo?

—Esta noche haré un análisis de tus fluidos —le dijo—. Venga.

Rin apretó la mandíbula.

—No pienso hacer eso.

—¿Quieres que te dé una sábana para que tengas privacidad?

—Eso me da igual —replicó la joven—. Esto no tiene que ver con la ciencia. No tienes ni idea de lo que estás haciendo, solo estás siendo vengativa.

La hesperiana tomó asiento y cruzó una pierna sobre la otra.

—Orina, por favor.

—A la mierda. —Rin lanzó el bote al suelo—. Admítelo. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Pese a todos tus tratados e instrumentos, no sabes una mierda sobre cómo funciona el chamanismo ni sobre cómo medir el Caos, si es que realmente existe. Estás dando palos de ciego.

Petra se levantó de la silla. Tenía las fosas nasales muy abiertas.

Rin por fin le había dado donde dolía. Esperaba que, en ese momento, la hesperiana le pegara, aunque fuera para ver cómo perdía esa máscara inhumana de control. Sin embargo, Petra se limitó a ladear la cabeza.

—Recuerda cuál es tu situación. —Su voz conservaba su calma helada—. Te estoy pidiendo que cooperes tan solo por cortesía. Sí te niegas, haré que te aten a esa cama. Y bien, ¿piensas comportarte?

Rin quiso matarla.

Si no hubiera estado tan agotada, si le hubiera quedado un poco más de impulsividad, lo habría hecho. Habría sido muy sencillo derribar a Petra contra el suelo y clavarle cada instrumento afilado que había sobre la mesa en el cuello, el pecho y los ojos. La habría hecho sentirse tan bien.

Pero no podía seguir reaccionando a sus impulsos.

Sintió que el peso absoluto y abrumador del ejercito de Hesperia la dejaba sin opciones igual que si estuviera en una jaula invisible. La tenían de rehén. Tenían de rehén a sus amigos y a toda la nación.

Y contra todo eso, al tener vedado el acceso al fuego y al Fénix, estaba indefensa.

Así que se mordió la lengua y contuvo su furia a medida que las peticiones de Petra se volvieron cada vez más humillantes. Obedeció cuando la hesperiana la dejó completamente desnuda contra la pared mientras ella dibujaba unos intrincados diagramas de sus genitales. Se quedó sentada muy quieta mientras Petra le insertaba una aguja larga y gruesa en el brazo derecho y le sacaba tanta sangre que se desmayó cuando se levantó para volver a su habitación. Aquello provocó que fuese incapaz de quedarse de pie durante medio día. Y también se mordió la lengua y no reaccionó cuando Petra le pasó un paquete de opio por delante de la cara, intentando convencerla para que invocase el fuego a cambio de su vicio favorito.

—Venga —le dijo la hesperiana—. He leído sobre los que son como tú. No puedes resistirte a fumar. Lo anhelas profundamente. ¿No fue así como consiguió el Emperador Rojo someter a tus ancestros? Invoca el fuego para mí y te dejaré fumar un poco.

Su última sesión había dejado a Rin sintiéndose tan furiosa que, en cuanto abandonó las dependencias de Petra, gritó con furia y le pegó un puñetazo a la pared, con tanta fuerza que se rajó los nudillos. Por un momento se quedó allí plantada, aturdida, con la sangre resbalándole por el dorso de la mano y goteándole desde la muñeca. Luego, cayó de rodillas y comenzó a llorar.

—¿Estás bien?

Era Augus, el misionero con cara de niño y ojos azules. Rin le dedicó una mirada cautelosa.

—Lárgate.

El joven intentó tomarle la mano ensangrentada.

—Estás disgustada.

La esperiliana se zafó de su agarre.

—No quiero tu lástima.

El chico se sentó a su lado, sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó.

—Toma. ¿Por qué no te envuelves esa herida?

Le sangraba el nudillo más de lo que creía. Después de que la semana anterior le hubieran sacado sangre, cada vez que veía un poco se mareaba. A regañadientes, aceptó el pañuelo.

Augus la observó mientras se envolvía con él la mano. Rin se dio cuenta de que no lograría hacerse un nudo ella sola.

—Puedo ayudarte —se ofreció el chico.

Ella se lo permitió.

—¿Va todo bien? —volvió a preguntarle cuando hubo terminado.

—Joder, ¿a ti te parece que estoy…?

—Quiero decir que si va todo bien con la hermana Petra —le aclaró—. Sé que puede ser algo difícil.

Rin le lanzó una mirada de soslayo.

—¿No te cae bien?

—Todos la admiramos —respondió el joven despacio—. Pero… Ah, ¿entiendes el hesperiano? Tu lengua me resulta complicada.

—Sí, lo entiendo.

Augus cambió de idioma, hablando deliberadamente despacio para que la esperiliana pudiese comprenderlo.

—Es la hermana Gris más brillante de nuestra generación, y la mayor experta en manifestaciones de Caos en el continente occidental. Pero no todos estamos de acuerdo con sus métodos.

—¿Qué significa eso?

—La hermana Petra tiene una perspectiva algo anticuada con respecto a la conversión. Cree que el único camino a la salvación es hacer que el resto de las civilizaciones se basen en el desarrollo de Hesperia. Que, para obedecer al Creador, debéis ser como nosotros. Debéis dejar de ser nikaras.

—Qué tentador —masculló Rin.

—Pero yo opino que si queremos ganamos a los bárbaros y convertirlos para que hagan el bien, debemos usar la misma estrategia que usa el Caos para atraer a las almas hacia el mal —continuó Augus—. El Caos entra por la puerta de su contrario y sale por la suya propia. Eso deberíamos hacer nosotros.

La joven presionó sus nudillos envueltos contra la pared para aliviar el dolor. El mareo disminuyó.

—Por lo que sé, preferís tirar nuestras puertas abajo con bombas.

—Como he dicho, es un punto de vista conservador. —Augus le dedicó una sonrisa avergonzada—. Pero la Compañía Gris ha estado cambiando sus métodos. Por ejemplo, lo de las

reverencias. He leído que, según la tradición, los nikaras deben hacer una reverencia ante sus superiores…

—Eso es solo en ocasiones especiales —respondió Rin.

—Aun así. Hace décadas, la Compañía argumentó que hacerle una reverencia a un nikara supondría una profunda afrenta a la dignidad de la raza blanca. Al fin y al cabo, somos los elegidos por el Creador. Somos las personas más evolucionadas y no deberíamos mostraros respeto. Pero yo no estoy de acuerdo con eso.

Rin reprimió las ganas que tenía de poner los ojos en blanco.

—Muy noble por tu parte.

—No somos iguales —declaró el chico—. Pero eso no significa que no podamos ser amigos. Y no creo que el camino a la salvación requiera trataros como si no fueseis personas.

Rin se percató de que Augus de verdad creía que estaba siendo noble.

—Creo que ya me encuentro mejor —le dijo Rin.

El chico la ayudó a ponerse en pie.

—¿Quieres que te acompañe de vuelta a tus dependencias?

—No, gracias. Puedo apañármelas sola.

Cuando regresó a su habitación, sacó un paquete de opio de su bolsillo. No lo había robado exactamente. Petra se lo había dejado sobre el regazo y no había dicho nada cuando Rin se había levantado para irse. Había querido que se lo quedara.

Rin levantó uno de los tablones sueltos del suelo y escondió la droga donde nadie pudiera verla. No iba a consumirla. No sabía a qué juego enfermizo estaba jugando Petra, pero no podía tentarla para que lo hiciera.

Aun así, para ella era un alivio saber que, si se sentía demasiado abrumada, el opio estaba allí por si quería ponerle fin a todo y evadirse hasta el punto de abandonar su cuerpo y dejar atrás la humillación y el dolor de forma permanente.

Si algún otro hesperiano compartía la opinión de Augus, no lo demostraba. Los hombres de Tarcquet a bordo del Alción mantenían una fría distancia con los nikaras. Comían y dormían separados y, cada vez que Rin pasaba cerca de ellos cuando estaban hablando, se callaban hasta que estuviera lejos. Continuaron observando a los nikaras sin intervenir. Parecían divertidos por su incompetencia y algo sorprendidos por sus victorias.

Tan solo una vez emplearon sus arcabuces. Una tarde se produjo cierto alboroto en la cubierta inferior. Varios prisioneros de la Provincia del Carnero se habían escapado de sus celdas y habían atacado a un montón de misioneros que habían estado difundiendo su religión en el calabozo.

Tal vez habían estado intentando escapar. Tal vez habían creído que podían usar a los hesperianos como rehenes. O tal vez, simplemente, habían querido atacar a los extranjeros por acercarse demasiado… La Provincia del Carnero había sufrido mucho bajo la ocupación y no le tenía ningún cariño a Occidente. Cuando Rin y el resto de los soldados de servicio llegaron al lugar del que procedían los gritos, los prisioneros tenían a los misioneros contra el suelo, vivos pero incapacitados.

Rin reconoció a Augus, que jadeaba desesperadamente en busca de aire mientras un prisionero le rodeaba la garganta con el brazo.

El joven miró a Rin a los ojos.

—Ayuda…

—¡Atrás! —gritó el prisionero—. ¡Todos atrás o los matamos!

Más soldados republicanos llegaron a la estancia en cuestión de segundos. La escaramuza debería haberse resuelto de inmediato. Los prisioneros no iban armados y los soldados los superaban en número. Sin embargo, la fuerza de aquellos hombres a la hora de hacer girar los pedales era notable. Jinzha había ordenado específicamente que se los tratara bien, y nadie quería atacarlos por miedo a causarles un daño irreparable.

—Por favor —susurró Augus.

Rin vaciló. Quería lanzarse hacia delante y empujar a su atacante. Pero los soldados republicanos se estaban conteniendo, aguardando a recibir órdenes. Ella no podía abalanzarse sola. La destrozarían.

Se mantuvo en su sitio, con el tridente en alto, observando cómo el rostro de Augus adquiría un grotesco color azul.

—¡Quitaos de en medio! —Tarcquet y su Guardia se abrieron paso a través del alboroto, con los arcabuces levantados.

El general hesperiano les echó un vistazo a los prisioneros y ladró una orden. Una serie de disparos resonaron en el aire. Ocho hombres cayeron al suelo. El familiar olor a pólvora inundó el ambiente. Los misioneros se liberaron mientras jadeaban en busca de aire.

—¿Qué es todo esto? —Jinzha se abrió paso a través del gentío—. ¿Qué ha pasado aquí?

—General Jinzha. —Tarcquet señaló hacia sus hombres, quienes bajaron las armas—. Menos mal que has decidido aparecer.

Jinzha examinó los cuerpos que había en el suelo.

—Me has dejado sin mucha mano de obra de calidad.

Tarcquet inclinó su arcabuz.

—Si yo fuera tú, mejoraría la seguridad del calabozo.

—La seguridad de nuestro calabozo no es el problema. —A Jinzha se le había quedado el rostro lívido a causa de la furia—. Tus misioneros no deberían estar aquí abajo.

Augus se puso en pie mientras tosía. Intentó agarrar a Jinzha del brazo.

—Los prisioneros también merecen misericordia. No puede…

—A la mierda vuestra misericordia. —Jinzha le dio un empujón al chico—. Estáis en mi barco. Obedeceréis mis órdenes o podéis iros nadando por el río.

—No le hables así a mi gente. —Tarcquet se interpuso entre ambos. La diferencia entre los dos generales era casi de risa: Jinzha era alto para ser nikara, pero Tarcquet le sacaba una cabeza —. Tal vez tu padre no te lo haya dejado claro. Somos diplomáticos en tu barco. Si quieres que el Consorcio se plantee siquiera financiar vuestra patética guerra, tratarás a cada hesperiano a bordo como si fuera de la realeza.

A Jinzha le tembló la garganta. Rin contempló cómo se tragaba su rabia, cómo reprimía su impulso de reaccionar. Tarcquet tenía todas las de ganar, no podía replicarle nada.

Rin sintió cierta satisfacción al respecto. Le gustaba ver a Jinzha humillado, tratado con la misma condescendencia con la que él siempre la había tratado a ella.

—¿He sido claro? —preguntó Tarcquet.

Jinzha levantó la vista para mirarlo.

Entonces, el general hesperiano ladeó la cabeza.

—Di «sí, señor» o «no, señor».

Jinzha tenía una expresión asesina.

—Sí, señor.

Durante varios días después de ese suceso, la tensión podía cortarse con un cuchillo. Un par de soldados hesperianos comenzaron a seguir a los misioneros a dondequiera que estos fueran, y los nikaras mantuvieron las distancias. No obstante, a no ser que uno de los suyos estuviera en peligro, los soldados de Tarcquet no disparaban sus armas.

El general hesperiano continuó con su constante estudio de la campaña de Jinzha. Rio lo divisaba de vez en cuando sobre cubierta, tomando notas de manera irritante en un pequeño cuaderno mientras analizaba la flota que avanzaba río arriba. Y la joven se preguntó qué pensaría de ellos, de sus dioses ausentes, de sus armas, que parecían tan primitivas, y de su guerra sangrienta y desesperada.

Cuando ya llevaban dos meses de campaña, llegaron a la Provincia de la Rata por el río. Allí fue donde su racha de victorias llegó a su fin.

La Segunda División de la Provincia de la Rata era la rama de inteligencia de la Milicia, y sus agentes de espionaje eran los mejores de las doce provincias. Para ese entonces, habían contado con varios meses, tras recibir el aviso de que se acercaba el enemigo, para concebir una mejor estrategia defensiva que la de la Provincia de la Liebre o la del Carnero.

La República se encontró con los pueblos ya abandonados, con los graneros vacíos y los campos de cultivo quemados. El jefe militar de la Rata, o bien había concentrado a todos sus civiles en los centros metropolitanos que se encontraban más alejados del río, o bien los había enviado a otras provincias. Los soldados de Jinzha hallaron ropa, mobiliario y juguetes de niños tirados por los caminos de hierba. Cualquier cosa que pudieran haber aprovechado estaba destrozada. Encontraron un pueblo tras otro quemado, semillas de grano echadas a perder y pilas de cadáveres de ganado en descomposición.

El jefe militar de la Rata no había intentado establecer una defensa en sus fronteras. Simplemente se había retirado a Baraya, su capital, fuertemente custodiada. Tenía planeado matar de hambre a la flota. Y Baraya era una ciudad con más posibilidades de éxito que Xiashang, ya que sus puertas eran más gruesas, sus residentes estaban mejor preparados y se encontraba a más de un kilómetro y medio del litoral, por lo que quedaban descartados los ataques por parte del Verdugo y el Codorniz.

—Deberíamos detenernos aquí y dar la vuelta. —Kitay recorría frustrado de un lado a otro su despacho—. Aguardemos a que pase el invierno. De lo contrario, moriremos de hambre.

Pero Jinzha estaba cada vez más irascible, menos dispuesto a escuchar a sus asesores, y se inclinaba más a llevar el ataque adelante.

—¿Quiere asaltar Baraya? —preguntó Rin.

—Quiere hacer presión en el norte lo más rápido posible. —Kitay se tiró con ansia del pelo —. Es una idea terrible. Pero no quiere escucharme.

—Entonces, ¿a quién escucha?

—A cualquiera de los líderes que le dé la razón. Sobre todo a Molkoi. Es de la vieja

Guardia… Ya le advertí a Vaisra que era mala idea, pero ¿quién me hace caso a mí? Nezha está de mi parte, pero, cómo no, Jinzha tampoco escucha a su hermano pequeño. Si lo hiciera, le haría quedar mal. Esto podría tirar por tierra todas nuestras victorias hasta el momento. Existe una alta probabilidad de que todos muramos de hambre en el norte. Sería la monda, ¿no te parece?

Pero, como Jinzha había anunciado ante la tripulación del Alción, no iban a morirse de hambre. Iban a hacerse con la Provincia de la Rata. Tirarían las puertas de la ciudad de Baraya abajo y conseguirían bastantes provisiones para sobrevivir al invierno.

Era fácil dar esas órdenes. Lo difícil era implementarlas, sobre todo cuando llegaron a una zona del Murui tan poco profunda que a Jinzha no le quedó otra que ordenarles a sus tropas que llevaran los barcos a tierra. Antes, las riberas inundadas habían hecho posible que pudieran seguir navegando directamente por encima de caminos bajos. Pero ahora se veían obligados a desembarcar y a tirar de los barcos por encima de troncos para llegar hasta la siguiente vía fluvial lo bastante ancha como para que los buques de guerra pudiesen maniobrar.

Estuvieron un día entero tirando de las cuerdas para mover los gigantescos barcos castillo por tierra firme, y mucho más tiempo talando suficientes árboles para desplazar esos navíos por el terreno accidentado. Una semana de trabajo agotador, mecánico y soporífero acabó convirtiéndose en dos. La única ventaja que tenía todo eso era que Rin estaba tan exhausta que no tenía tiempo de aburrirse.

Los turnos para patrullar eran algo más emocionantes. Suponían la oportunidad de alejarse del ruido de los barcos, que rodaban sobre los troncos, y explorar los alrededores. Unos bosques espesos bloqueaban toda la visibilidad en kilómetro y medio, y Jinzha enviaba a diario patrullas a buscar entre los árboles algún indicio de la Milicia.

A Rin esa tarea le había resultado relajante hasta que llegó la noticia a la base de que el turno de mediodía había avistado una patrulla de reconocimiento de la Milicia.

—¿Y los habéis dejado ir sin más? —exigió saber Jinzha—. ¿Sois idiotas?

Los integrantes de esa patrulla formaban parte de la tripulación del Grifo, y Nezha se apresuró a interceder por ellos.

—No merecía la pena enfrentarse a ellos, hermano. Superaban en número a nuestros hombres.

—Pero los nuestros contaban con el factor sorpresa —espetó Jinzha—. Sin embargo, ahora toda la Milicia conoce nuestra ubicación precisa. Envía a tus hombres de vuelta ahí fuera. Nadie dormirá hoy hasta que tenga pruebas de que cada uno de los exploradores está muerto.

Nezha inclinó la cabeza.

—Sí, hermano.

—Y llévate a los hombres de Salkhi contigo. Es evidente que no nos podemos fiar de que los tuyos hagan su trabajo.

Al día siguiente, la expedición conjunta de Salkhi y Nezha regresó al Alción con una serie de cabezas cortadas y uniformes de la Milicia.

Eso aplacó a Jinzha, pero no supuso ninguna diferencia. En primer lugar, porque habían seguido llegando exploradores de la Milicia. Después, comenzaron a producirse ataques en masa. Los soldados de la Milicia se escondían en las montañas. Jamás lanzaban un ataque frontal, sino que mantenían una constante lluvia de flechas y acertaban a los soldados desprevenidos.

Las tropas republicanas se vieron gravemente afectadas por esos ataques dispersos e

impredecibles. El pánico cundió por el campamento, minando la moral, y Rin podía comprender el motivo. El ejército republicano se sentía fuera de lugar en tierra firme. Estaban acostumbrados a luchar desde sus navíos. Se sentían mucho más cómodos en el agua, donde contaban con una ruta de escape rápida.

Ahora no tenían ninguna ruta de escape.



19

La nieve comenzó a caer el día en el que por fin regresaron al río. Al principio, caía en copos gruesos y lentos. No obstante, en cuestión de horas, pasó a convertirse en una fuerte ventisca, con vientos tan intensos que las tropas apenas podían ver lo que tenían enfrente a más de metro y medio. Jinzha se vio obligado a mantener su flota varada en la orilla del río mientras sus soldados se refugiaban en sus navíos a la espera de que pasara la tormenta.

—Siempre me ha maravillado la nieve. —Rin dibujó formas sobre la condensación que se había formado en la portilla mientras contemplaba la nevada, interminable e hipnotizante, en el exterior—. Cada invierno es una sorpresa. Nunca llego a creerme del todo que sea real.

—¿En el sur no nieva? —le preguntó Kitay.

—No. Tikany es un lugar tan seco que se te cuartean los labios cuando intentas sonreír. Nunca hace bastante frío como para que caiga nieve. Antes de ir al norte, solo conocía la nieve a través de las historias. Me parecía un concepto hermoso. Pequeñas partículas de frío.

—¿Y qué te pareció la nieve de Sinegard?

Un aullido del viento amortiguó la respuesta de Rin, que cerró la cubierta de la portilla.

—Un puto coñazo.

La tormenta de nieve amainó a la mañana siguiente. Fuera, el bosque se había transformado, como si un gigante hubiera salpicado pintura blanca sobre los árboles.

Jinzha anunció que la flota permanecería varada durante un día más para pasar allí la festividad de Año Nuevo. En todas partes del Imperio, el Año Nuevo sería un evento que duraría una semana y que contaría con banquetes de doce platos, fuegos artificiales y un sinfín de desfiles. Sin embargo, durante la campaña, con un día de festejo tendría que bastar.

Las tropas desembarcaron para acampar en el paisaje invernal, contentos de tener la oportunidad de salir del espacio reducido de los camarotes.

—Mira a ver si puedes encender ese fuego —le dijo Nezha a Kitay.

Los tres se sentaron juntos, apiñados en la ribera del río, frotándose las manos mientras Kitay tanteaba con un pedazo de pedernal para intentar encender el fuego.

Nezha había gorroneado un pequeño paquete de harina de arroz glutinoso. Volcó la harina en un pequeño caldero de hojalata, le añadió algo de agua de su cantimplora y lo mezcló todo con los dedos hasta formar una pequeña bola de masa.

Rin agitó el pequeño fuego. Crepitaba y chisporroteaba. Una ráfaga de viento acabó apagándolo por completo. La joven se quejó con un gemido y tomó el pedernal. No tendrían agua para hervir durante al menos media hora más.

—¿Sabes? Podrías haber llevado eso a la cocina y cocinarlo allí.

—En la cocina no deben enterarse de que lo tengo —dijo Nezha.

—Ya veo —respondió Kitay—. Un general robando raciones.

—Este general está recompensando a sus mejores soldados con un obsequio de Año Nuevo.

Kitay se frotó los brazos con las manos.

—Vaya, cuánto nepotismo.

—Cállate —masculló Nezha. Frotó con más fuerza la bola de masa, pero se le deshizo en pedazos entre los dedos.

—No has añadido suficiente agua. —Rin le quitó el cuenco de las manos y amasó la bola con una sola mano, añadiendo con la otra progresivamente gotas de agua hasta que contó con una bola húmeda y redonda del tamaño de su puño.

—No sabía que supieras cocinar —comentó Nezha con curiosidad.

—Antes lo hacía siempre. Nadie más iba a alimentar a Kesegi.

—¿Kesegi?

—Mi hermano pequeño. —El recuerdo de su rostro apareció en la mente de Rin. Se obligó a desterrarlo de su mente. Llevaba cuatro años sin verlo. No sabía si seguiría vivo, y no quería estar pensando en ello.

—No sabía que tenías un hermano pequeño —dijo Nezha.

—No es mi verdadero hermano. Yo era adoptada.

Nadie le pidió que diera más explicaciones, así que no las dio. Hizo rodar la masa hasta que tuvo una tira en forma de serpiente entre ambas manos, y luego la partió poco a poco hasta hacer con ella pedazos del tamaño de su pulgar.

Nezha le observó las manos con la fascinación de un chico que claramente nunca había estado antes en una cocina.

—Esas bolas son más pequeñas que las del *tangyuan* que recuerdo.

—Eso es porque no tenemos pasta de judías rojas o sésamo para rellenarlas —le explicó Rin —. ¿Por casualidad has gorroneado algo de azúcar?

—¿Hay que añadirle azúcar? —preguntó Nezha.

Kitay rio.

—Nos las comeremos sosas entonces —dijo ella—. Sabrán mejor en cantidades pequeñas. Habrá más para masticar.

Cuando por fin hirvió el agua, Rin metió las bolas de harina de arroz en el caldero de hojalata y removió el contenido con un palo, creando una corriente en el sentido de las agujas del reloj para que no se pegaran entre ellas.

—¿Sabíais que los calderos son una invención militar? —comentó Kitay—. A uno de los generales del Emperador Rojo se le ocurrió la idea de usar utensilios de cocina de hojalata. ¿Os lo podéis creer? Antes de eso, tenían que intentar encender fuegos lo bastante potentes como para cocinar en vaporeras de bambú gigantes.

—Muchas innovaciones proceden del ejército —musitó Nezha—. Las palomas mensajeras, por ejemplo. Y se cree que la mayoría de los avances en herrería y medicina fueron producto de la

era de los Estados en guerra.

—Qué bonito. —Rin echó un vistazo al interior del caldero—. Eso demuestra que la guerra tiene algo positivo.

—Tiene su lógica —insistió Nezha—. Es verdad que el país acabó sumido en el caos durante la era de los Estados en guerra. Pero fijaos en lo que nos proporcionó: *El arte de la guerra* de Sun Tzu, las teorías de Mencio sobre gobernanza. Todo lo que sabemos sobre filosofía, sobre el arte de la guerra y sobre gobierno se desarrolló durante esa era.

—¿Y eso compensa? —preguntó Rin—. ¿Que miles de personas tuvieran que morir para que aprendiéramos a matarnos mejor entre nosotros en el futuro?

—Sabes que eso no es lo que intento decir.

—Pues lo parece. Parece que estés diciendo que la gente tiene que morir en beneficio del progreso.

—No mueren a causa del progreso —dijo Nezha—. El progreso es un efecto colateral. Y la innovación militar no solo sirve para que aprendamos a matarnos mejor unos a otros, también sirve para que estemos mejor equipados para matar a quienquiera que decida invadirnos en el futuro.

—¿Y quién va a invadirnos en el futuro? —preguntó la esperiliana—. ¿Los habitantes de las regiones interiores?

—No lo descartaría.

—Para eso, primero tendrían que dejar de matarse entre ellos.

Las tribus de las regiones interiores del norte llevaban en guerra desde que los tres podían recordar. En la época del Emperador Rojo, los estudiantes de Sinegard habían sido entrenados principalmente para expulsar a los invasores del norte. Ahora, estos habían pasado a ocupar un segundo plano.

—Tengo una pregunta mejor —dijo Kitay—. ¿Cuál creéis que será la siguiente gran innovación militar?

—Los arcabuces —declaró Nezha.

Al mismo tiempo, Rin dijo:

—Los ejércitos de chamanes.

Ambos chicos se giraron para mirar a Rin.

—¿Los chamanes antes que los arcabuces? —le preguntó Nezha.

—Por supuesto —respondió. Acababa de ocurrírsele la idea, pero, cuanto más se paraba a considerarla, más atractiva le parecía—. El arma de Tarcquet no es más que un proyectil con pretensiones. Pero imaginaos a todo un ejército formado por personas que puedan invocar a los dioses.

—Eso suena a desastre —declaró Nezha.

—O a un ejército imparable —replicó la joven.

—Creo que si eso pudiera hacerse, ya lo habrían hecho. Pero no hay ningún registro sobre una guerra librada con chamanes. Los únicos chamanes que empleaba el Emperador Rojo eran los esperilianos, y ya sabemos cómo salió todo aquello.

—Pero los textos predinásticos…

—Son irrelevantes —la interrumpió Nezha—. Las tecnologías de fortificación y las armas de bronce no empezaron a usarse en el ejército hasta bien entrado el reinado del Emperador Rojo,

que fue más o menos cuando los chamanes comenzaron a desaparecer de los registros. No tenemos ni idea de cómo podrían cambiar los chamanes la naturaleza de las guerras, ni de si podrían trabajar dentro de la burocracia militar.

—Los Cike lo han hecho bastante bien —le espetó la joven.

—Sí, claro, cuando sois menos de diez. ¿No crees que cientos de chamanes podrían acabar provocando un desastre?

—Deberías convertirte en uno —le dijo Rin—. Para que veas cómo es.

Nezha se encogió.

—No hablarás en serio.

—No es mala idea. Cualquiera de nosotros podría enseñarte.

—Nunca he conocido a un chamán que controle por completo su propia mente. —Nezha parecía extrañamente molesto por la sugerencia que le había hecho—. Y lo siento, pero, conociendo a los Cike, no es que sea muy optimista al respecto.

Rin retiró el caldero del fuego. Sabía que tenía que dejar que el *tangyuan* se enfriara durante unos minutos antes de servirlo, pero tenía demasiado frío y los vapores que emergían desde su superficie eran muy tentadores. No tenían cuencos, así que envolvieron el caldero con hojas para evitar quemarse y se lo pasaron por orden.

—Feliz Año Nuevo —dijo Kitay—. Que los dioses os bendigan y os proporcionen buena fortuna.

—Salud, riqueza y felicidad. Que vuestros enemigos se pudran y se rindan con premura antes de que tengamos que matar a más. —Rin se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nezha.

—A mear.

La esperiliana se encaminó hacia los árboles, buscando uno lo bastante ancho como para esconderse detrás de él. Había pasado tanto tiempo con Kitay que no le hubiera importado ponerse de cuclillas delante de él para hacer pis. Pero, por algún motivo, no se sentía tan cómoda desnudándose delante de Nezha.

Se tropezó con algo que había en el suelo. Al no conseguir mantener el equilibrio, se giró y cayó de culo. Extendió las manos para frenar la caída. Los dedos aterrizaron sobre algo suave y gomoso. Confundida, bajó la mirada y apartó un poco la nieve para ver bien la superficie.

Lo que vio fue el rostro de un niño o una niña enterrado en la nieve.

Creía que se trataba de un niño, aunque no estaba del todo segura… Tenía los ojos muy abiertos, grandes y en blanco, con las pestañas largas cubiertas de copos de nieve e incrustadas en las sombras oscuras de un rostro delgado y pálido.

Rin se levantó tambaleándose. Cogió una rama y apartó el resto de la nieve del cuerpo del niño. Desenterró otro rostro más. Y luego otro.

Al fin cayó en la cuenta de que aquello no podía ser algo natural, que debía sentir miedo. Y entonces, abrió la boca y gritó.

Nezha le ordenó a un escuadrón que recorriera todo el terreno que los rodeaba con las antorchas bajas, hasta que el hielo y la nieve del suelo se hubieran derretido lo suficiente, para intentar averiguar qué era lo que había sucedido.

La nieve fue derritiéndose hasta revelar a un pueblo entero, que se había quedado perfectamente congelado en el lugar. La mayoría tenían los ojos abiertos. Rin no vio nada de sangre. Los aldeanos no parecían haber muerto más que a causa del frío, y quizás del hambre. Dondequiera que mirase, encontraba indicios de hogueras montadas a toda prisa que se habían extinguido hacía mucho.

Nadie le dio ninguna antorcha a ella. Seguía temblando tras la experiencia, y cada movimiento repentino hacía que diera un respingo, así que era mejor que no sostuviera nada que pudiera ser potencialmente peligroso. Sin embargo, también se negó a volver sola al campamento y se quedó en el límite del bosque con la mirada vacía mientras los soldados apartaban la nieve que tapaba a otra familia de cadáveres.

Esos últimos cuerpos estaban acurrucados; los cadáveres de los padres envolvían de manera protectora los de sus dos hijos.

—¿Estás bien? —le preguntó Nezha. Acercó la mano con vacilación hacia el hombro de Rin, como si no estuviera seguro de si debía o no tocarla.

La joven se la apartó.

—Estoy bien. Ya he visto cadáveres antes.

Aun así, no podía apartar la mirada de aquellos. Parecían un montón de muñecos tendidos sobre la nieve, en perfectas condiciones salvo por el hecho de que no se movían.

La mayoría de los adultos aún llevaban grandes fardos atados a la espalda. Rin pudo ver platos de porcelana, vestidos de seda y utensilios de cocina que se les habían caído. Los aldeanos parecían haberse llevado todo el contenido de sus casas con ellos.

—¿Adónde se dirigían? —preguntó.

—¿No es obvio? —le dijo Kitay—. Estaban huyendo.

—¿De qué?

Fue Kitay quien le respondió, porque nadie más parecía ser capaz de decirlo.

—De nosotros.

—Pero no tenían nada que temer. —Nezha parecía muy incómodo—. Los habríamos tratado igual que a cualquier otro pueblo. Habrían podido votar.

—Eso no es lo que les contarían sus líderes —dijo Kitay—. Pensarían que veníamos a matarlos.

—Eso es ridículo —le espetó el otro chico.

—¿Lo es? —le preguntó Kitay—. Imagínatelo. Escuchas que se acerca un ejército rebelde. Tus magistrados son las fuentes de información más fiables que tienes, y te dicen que los rebeldes van a matar a tus hombres, violar a tus mujeres y esclavizar a tus hijos, porque eso es lo que se supone que debes pensar siempre sobre el enemigo. Tú no sabes si eso puede ser verdad, así que lo recoges todo y huyes.

Rin podía imaginarse el resto. Esos aldeanos habrían huido de la República justo igual que, en su día, habían huido de la Federación. Pero el invierno había llegado antes de lo que esperaban ese año, y no les había dado tiempo de llegar a los valles de las tierras bajas. No habrían encontrado nada para comer. Llegado el momento, seguir vivo habría supuesto demasiado esfuerzo. Así que todas las familias habrían decidido que ese era un lugar tan bueno como cualquier otro para acabar con todo y, juntos, se habían tumbado y abrazado entre ellos. Tal vez eso hiciera que su final no fuera tan horrible.

Quizás solo había sido como si se hubieran ido a dormir.

Durante toda la campaña, Rin no se había parado a considerar ni una vez a cuánta gente había asesinado u obligado a desplazarse. Las cifras no dejaban de aumentar. Varios miles de personas habían muerto de hambre… Tal vez fueran varios cientos de miles… Y luego estaban todos los soldados a los que había matado en cada ocasión, que se multiplicaban en cada pueblo.

Era consciente de que la guerra que estaban librando ahora era muy distinta. No eran los liberadores, sino los agresores. Eran a quienes los demás debían temer.

—La guerra es muy distinta cuando no tienes que luchar por sobrevivir. —Kitay debía de estar pensando lo mismo que ella. Estaba muy quieto y agarraba con fuerza su antorcha, con los ojos fijos en el cadáver que tenía a sus pies—. Las victorias no significan lo mismo.

—¿Crees que todo esto merece la pena? —le preguntó Rin en voz muy baja para que Nezha no pudiera escucharla.

—La verdad es que me da igual.

—Te lo digo en serio.

Su amigo se paró a pensarlo por un momento.

—Me alegro de que alguien le esté plantando cara a Daji.

—Pero las consecuencias…

—Es mejor no pensar demasiado en ellas. —Kitay echó un vistazo en dirección a Nezha, que seguía examinando los cadáveres con los ojos muy abiertos y con gesto perturbado—. No te gustarían las respuestas.

Esa tarde volvió la tormenta de nieve y nevó sin cesar durante otra semana. Confirmó lo que todos habían temido. Que el invierno había llegado antes ese año e iba a ser despiadado. Muchos de los afluentes del río no tardarían en congelarse, y la flota republicana quedaría atrapada en el norte, a no ser que diera la vuelta. Se estaban quedando sin opciones.

Rin recorrió el Alción de arriba abajo durante días, más nerviosa a cada minuto que pasaba. Necesitaba moverse, pelear, atacar. No le gustaba estar de brazos cruzados. Así era demasiado fácil acabar perdida en sus propios pensamientos. Era demasiado fácil ver los rostros en la nieve.

Una vez, durante un paseo a altas horas de la noche, se topó con los líderes saliendo del despacho de Jinzha. Ninguno de ellos parecía contento. Jinzha pasó a toda prisa junto a Rin sin decirle nada. Tal vez ni siquiera se hubiera dado cuenta de que ella estaba allí. Nezha se quedó rezagado con Kitay, que tenía esa expresión de enojo con los labios apretados que la joven sabía que significaba que no se había salido con la suya.

—No me lo digáis —comentó Rin—. Vamos a seguir avanzando.

—No solo vamos a seguir avanzando. Quiere que pasemos de largo Baraya y que vayamos a por Boyang. —Kitay dio un puñetazo contra la pared—. ¡Boyang! ¿Está loco?

—Es un puesto avanzado militar en la frontera entre la Provincia de la Rata y la del Tigre —le explicó Nezha a Rin—. No es tan mala idea. La Milicia usó Boyang como fortaleza durante la primera y la segunda invasión. Cuenta con defensas integradas, lo que hace que sea más fácil sobrevivir allí al invierno. Podemos romper el asedio a Baraya desde allí.

—Pero ¿no habrá alguien ocupando ya el lugar? —preguntó Rin. Si la Milicia se estaba guareciendo en alguna parte, tenía que ser en la Provincia del Tigre o de la Rata. Si avanzaban

más hacia el norte, acabarían combatiendo en Sinegard por el centro del territorio imperial.

—Si ya hay alguien allí, entonces nos enfrentaremos a ellos —dijo Nezha.

—¿En el agua congelada? —le espetó Kitay—. ¿Con un ejército miserable y muerto de frío? Si seguimos avanzando hacia el norte, vamos a perder todas las ventajas que hemos conseguido hasta el momento.

—O puede que aseguremos la victoria —argumentó Nezha—. Si ganamos en Boyang, entonces controlaremos el delta del afluente Elehemsa, lo que significaría…

—Sí, sí, atajaríamos por el litoral hasta la Provincia del Tigre, podríamos enviar refuerzos por cualquiera de los canales —dijo Kitay, irritado—. Solo que no vamos a ganar en Boyang. Seguramente la flota imperial ya se encuentre allí, pero, por algún motivo, Jinzha prefiere fingir que ni siquiera existe. No sé qué problema tiene tu hermano, pero es cada vez más temerario, y está tomando decisiones como si hubiera perdido la cabeza.

—Mi hermano no ha perdido la cabeza.

—Ah, no, tal vez sea el mejor general que he visto en mi vida. Nadie niega que hasta ahora le ha ido bien. Pero solo es bueno porque es el primer general nikara que ha sido formado para siempre pensar primero desde una perspectiva naval. Una vez que los ríos se congelen, esto se convertirá en una guerra por tierra, y entonces Jinzha no tendrá ni pajolera idea de lo que tiene que hacer.

Nezha suspiró.

—Mira, entiendo lo que dices. Solo intento ver la parte positiva de nuestra situación. Si de mí dependiera, tampoco iría a Boyang.

Kitay alzó las manos en el aire.

—Bueno, entonces…

—Esto no tiene que ver con la estrategia, sino con el orgullo. Quiere demostrarles a los hesperianos que no nos retiramos ante el más mínimo imprevisto. Y para Jinzha, esto tiene que ver con demostrarle su valía a nuestro padre.

—Al final todo acaba teniendo que ver con tu padre —masculló Kitay—. Vosotros dos necesitáis ayuda.

—Dile eso a Jinzha —intervino Rin—. Dile que está siendo un idiota.

—Es imposible que esa conversación acabara bien —dijo Nezha—. Jinzha toma sus propias decisiones. ¿Creéis que puedo contradecirlo e irme de rositas?

—Bueno, pues si tú no puedes hacerlo —dijo Kitay—, entonces estamos jodidos.

Una hora más tarde, las ruedas de paletas crujieron al ponerse en marcha e hicieron avanzar a la flota republicana a través de una cadena montañosa menor.

—Mira ahí arriba. —Kitay le dio un codazo a Rin en el brazo—. ¿Eso a ti te parece normal?

Al principio, a la joven le dio la sensación de que el sol estaba saliendo poco a poco por detrás de las montañas. La luz era muy brillante. Pero luego, el resplandor de los objetos se intensificó y pudo ver que se trataba de farolillos que iluminaban el cielo nocturno, uno por uno, como un campo que estuviese floreciendo. Unos lazos largos colgaban de los globos, mostrando un mensaje que podía leerse desde abajo.

«La rendición conlleva inmunidad».

—¿De verdad creen que eso va a funcionar? —preguntó Rin, divertida—. Eso es como gritar: «Idos, por favor».

No obstante, Kitay no sonreía.

—No creo que sea propaganda. Deberíamos dar la vuelta.

—¿Qué? ¿Solo por unos farolillos?

—Lo que importa es lo que significan. Quienquiera que los haya encendido nos está esperando allí. Y dudo que tengan pólvora suficiente para derrotar a nuestra flota, pero aun así estamos en su territorio, y ellos conocen este río. Vete a saber cuánto tiempo llevan vigilándolo. —Se giró hacia el soldado que tenía más cerca—. ¿Sabes disparar?

—Tan bien como cualquiera —dijo el soldado.

—Bien. ¿Ves eso de ahí? —Kitay señaló hacia un farolillo que flotaba un poco más alto que el resto—. ¿Puedes acertarle? Solo quiero ver qué pasa al hacerlo.

El soldado parecía confuso, pero obedeció. Erró su primer tiro. La segunda flecha acertó de lleno. El farolillo estalló en llamas, enviando una lluvia de chispas y brasas hacia el río.

Rin se tiró al suelo. La explosión parecía ser demasiado potente para tratarse de un farolillo tan pequeño y de aspecto inofensivo. Pero no dejaba de estallar… Debían de haberlo cargado con pequeñas bombas que explotaban una detrás de otra en el aire, como unos intrincados fuegos artificiales. La esperiliana lo observó y contuvo el aliento. Esperaba que ninguna de esas chispas fuera a prender el resto de los farolillos. Aquello podría provocar una reacción en cadena que convertiría toda la montaña en una columna de fuego.

Sin embargo, el resto de los farolillos no estallaron, ya que el primero lo había hecho a gran distancia de los demás, y al final las explosiones comenzaron a extinguirse.

—Te lo dije —comentó Kitay cuando cesaron por completo. Se levantó del suelo—. Será mejor que vayamos a comunicarle a Jinzha que tenemos que cambiar de ruta.

La flota tomó un desvío por un canal secundario del afluente, un paso estrecho entre acantilados escarpados. Les llevaría una semana más de travesía, pero era mejor que enfrentarse a una incineración segura.

Rin escudriñó las rocas grises con su catalejo, y encontró hendiduras y salientes en los acantilados que podrían ocultar fácilmente a sus enemigos, pero no percibió ningún movimiento. Ningún farolillo. El paso parecía abandonado.

—Aún no estamos completamente a salvo —comentó Kitay.

—¿Crees que habrán puesto trampas en ambos ríos?

—Podrían haberlo hecho —le respondió Kitay—. Yo lo habría hecho.

—Pero aquí no hay nada.

Una explosión hizo temblar el aire. Ambos intercambiaron una mirada y corrieron hacia la proa.

El velero que iba en cabeza estaba completamente en llamas.

Otra explosión reverberó a través del paso. Un segundo navío explotó y sus fragmentos volaron a tanta altura que cayeron sobre la cubierta del Alción. Jinzha se tiró al suelo justo cuando un pedazo del Avefría estuvo a punto de ensartarle la cabeza en el mástil.

—¡Al suelo! —gritó—. ¡Todos al suelo!

Pero no era necesario que les dijera nada. Incluso a noventa metros de distancia, los impactos de las explosiones sacudían al Alción como si se tratara de un terremoto, tirándolos a todos al suelo.

Rin se arrastró cuanto pudo hasta el borde de la cubierta, con el catalejo en la mano. Se asomó por la barandilla y escudriñó con frenesí las montañas. Sin embargo, lo único que pudo ver fueron rocas.

—Ahí no hay nadie.

—Eso no eran cohetes —dijo Kitay—. Habríamos visto el calor refulgir en el aire.

El chico estaba en lo cierto. Las explosiones no se estaban originando en el aire, no se estaban detonando sobre las cubiertas. La propia agua parecía estar erupcionando alrededor de la flota.

El caos se apoderó del Alción. Los arqueros subieron como pudieron a la cubierta superior para disparar contra unos enemigos que no estaban allí. Jinzha se quedó ronco a causa de los gritos que estaba dando para ordenarles a los barcos que diesen media vuelta. Las ruedas de paletas del Alción giraron con frenesí marcha atrás y sacaron al barco tortuga del afluente solo para colisionar contra el Codorniz. Tras un histérico intercambio de señales, la flota comenzó a retroceder lentamente río abajo.

No se movían lo bastante rápido. Lo que fuera que hubiera en el agua debía de haber sido vinculado entre sí con algún mecanismo de reacción en cadena, porque, un minuto después, otro velero estalló en llamas, seguido de otro más. Rin podía ver que las explosiones se originaban debajo del agua y que cada una detonaba la siguiente de forma despiadada, acercándose cada vez más al Alción.

Un gigantesco chorro de agua salió disparado del río. Al principio, la esperiliana creyó que tan solo se debía a la fuerza de las explosiones, pero el agua giró en espiral, a cada vez más altura, como un remolino a la inversa. Se expandió hasta rodear los buques de guerra y formó un anillo protector con el Grifo en su centro.

—¿Qué cojones? —exclamó Kitay.

Rin corrió hacia la proa.

Nezha se encontraba bajo el mástil del Grifo, con los brazos extendidos hacia la torre de agua, como si estuviera intentando atrapar algo.

Miró a Rin a los ojos, y a la joven se le paró el corazón.

Los ojos de Nezha estaban plagados de líneas de un azul océano. No eran del inquietante tono cerúleo de la mirada de Feylen, sino de un cobalto más oscuro, como el color de las gemas antiguas.

—¿Tú también? —susurró la esperiliana.

Al otro lado de la ola protectora, vio explosiones. Salpicaduras naranjas, rojas y amarillas. Envueltas por el agua casi parecían hermosas, un cuadro de pinceladas feroces. La metralla se quedaba congelada donde se encontraba, contenida por ese muro. El agua permaneció suspendida en el aire durante demasiado tiempo, sin alterarse mientras los explosivos seguían activándose uno por uno en una serie de estallidos ensordecedores que resonaban alrededor de la flota. Nezha se desplomó sobre la cubierta.

Entonces, la ola cayó hacia dentro y empapó los restos miserables que quedaban de la flota republicana.

Rin necesitaba subir a bordo del Grifo.

La gran ola había provocado que el navío de Nezha chocara contra el Alción y formara un lúgubre naufragio. Sus cubiertas tan solo se hallaban separadas por un estrecho hueco. La esperiliana cogió carrerilla, saltó, resbaló sobre la cubierta del Grifo y corrió en dirección a la forma inerte de Nezha.

Su amigo tenía el rostro lívido. Por lo general, solía tener la piel de un blanco porcelana, pero ahora estaba transparente, sus cicatrices parecían las grietas de un cristal resquebrajado sobre unas venas azules brillantes.

Rin lo arrastró hasta sentarlo. Estaba respirando, el pecho le subía y le bajaba, pero tenía los ojos cerrados y, cuando la joven le hacía preguntas, solo era capaz de mover la cabeza.

—Duele. —Al fin unas palabras inteligibles. Se retorció entre los brazos de su amiga, intentando llegar con desesperación a algo que tenía en la espalda—. Duele…

—¿Aquí? —Rin le apoyó la mano en la parte baja de la espalda.

Nezha asintió. Entonces, profirió un grito repentino.

Rin intentó ayudarlo a quitarse la camisa, pero el chico no dejaba de agitar los brazos, así que tuvo que cortársela con un cuchillo y arrancársela a pedazos. Le acarició la espalda desnuda con los dedos. La esperiliana se había quedado sin aliento.

Un enorme tatuaje de un dragón plateado y cerúleo, los colores de la dinastía Yin, le cubría la piel desde un hombro al otro. Rin no recordaba habérselo visto antes… Aunque tampoco recordaba haber visto nunca a su amigo sin camisa. Ese tatuaje tenía que ser antiguo. Podía ver una cicatriz ondulada que se arqueaba hacia abajo desde el lado izquierdo, donde lo había atravesado en el pasado la alabarda de un general mugenés. Pero ahora, esa cicatriz brillaba de un rojo intenso, como si se la acabara de hacer. La joven era incapaz de discernir si se estaba imaginando esas cosas por culpa del pánico, pero el dragón parecía moverse bajo sus dedos, enroscándose y agitándose contra la piel de Nezha.

—Está en mi mente. —El chico dejó escapar otro grito ahogado de dolor—. Me está diciendo que… Joder, Rin…

La esperiliana sintió mucha lástima, una oleada oscura que hizo que la bilis le subiera por la garganta.

Nezha soltó un gemido bajo.

—Lo tengo en la cabeza…

Rin podía hacerse una idea de lo que sentía.

El chico la agarró por las muñecas con una fuerza que la sorprendió.

—Mátame.

—No puedo hacer eso —susurró Rin.

Sí que quería matarlo. Lo único que quería era acabar con su dolor. No podía soportar verlo así, gritando como si no hubiera un mañana.

Pero, si lo hacía, jamás se perdonaría a sí misma.

—¿Qué le pasa? —Jinzha acababa de llegar. Miraba a Nezha con una preocupación genuina que Rin jamás le había visto exhibir.

—Es un dios —le dijo. Estaba segura de ello. Sabía exactamente qué le estaba pasando a Nezha por la cabeza porque ella ya lo había sufrido en el pasado—. Ha invocado a un dios, y

ahora el dios no quiere marcharse.

Se hacía una buena idea de qué había sucedido. Nezha, al ver cómo la flota salía volando por los aires a su alrededor, había intentado proteger al Grifo. Tal vez ni siquiera hubiera sido consciente de lo que estaba haciendo. Quizás solo recordara haber deseado que las aguas se elevasen, que los protegieran del fuego. Pero un dios había respondido a su llamada y había cumplido su deseo. Solo que ahora Nezha no era capaz de recuperar su mente.

—¿De qué estás hablando? —Jinzha se agachó e intentó apartar a su hermano de ella, pero Rin no lo soltó.

—Apártate.

—No lo toques —le gruñó el general.

Rin lo apartó de un manotazo.

—Sé qué es lo que le pasa. Soy la única que puede ayudarlo. Así que, si quieres que viva, apártate.

Se quedó atónita cuando Jinzha la obedeció.

Nezha se agitaba entre sus brazos mientras gemía.

—Pues ayúdalo —le suplicó Jinzha.

«Eso intento, joder», pensó Rin. Se obligó a tranquilizarse. Solo se le ocurría una cosa que pudiera funcionar. Si se trataba de un dios, y estaba casi segura de ello, entonces la única forma de silenciar su voz era cerrando la mente de Nezha, cortando su conexión con el mundo espiritual.

—Envía a un hombre a mi catre —le dijo a Jinzha—. En el camarote tres. Dile que levante la segunda tabla del suelo en la esquina derecha y que me traiga lo que tengo allí escondido. ¿Lo has entendido?

Jinzha asintió.

—Pues date prisa.

El general se puso en pie y comenzó a ladrar órdenes.

—Lárgate. —Nezha se doblaba sobre sí mismo y mascullaba. Se arañaba los omóplatos, hundiéndose las uñas en la piel, haciéndose sangre—. Largo… ¡Lárgate!

Rin lo agarró por las muñecas y se las apartó de la espalda. Nezha se resistió y se agitó para librarse de ella. Con una mano, logró golpearla en la barbilla. La joven echó la cara a un lado y, por un momento, lo vio todo negro.

Nezha parecía horrorizado.

—Lo siento. —Se agarró sus propios hombros como si intentara encogerse—. Lo siento mucho.

Rin escuchó un crujido. Procedía de la cubierta… El barco se estaba moviendo muy despacio. Algo estaba tirando de él desde abajo. Levantó la mirada y se le retorció el estómago a causa del miedo. Las olas subían, se elevaban alrededor del Grifo como si fueran una mano lista para cerrar los dedos en un puño. Eran más altas que el mástil.

Tal vez Nezha estuviera a punto de perder por completo el control. Tal vez acabara ahogándolos a todos.

—Nezha. —Rin le agarró el rostro entre las manos—. Mírame. Por favor, mírame, Nezha.

Pero su amigo no le hizo caso, o no pudo hacérselo, no pudo escucharla… Sus segundos de lucidez ya habían quedado atrás, y lo único que Rin podía hacer era sujetarlo con fuerza para

evitar que se arrancara su propia piel mientras gemía y gritaba.

Una eternidad después, la esperiliana oyó unos pasos.

—Toma —le dijo Jinzha, dejándole un paquete entre las manos. Rin se sentó sobre el pecho de Nezha, inmovilizándole los brazos con sus rodillas mientras abría el paquete con los dientes. Las piedras de opio cayeron sobre la cubierta—. ¿Qué estás haciendo? —exigió saber.

—Cierra el pico. —Tomó dos piedras y las sostuvo con fuerza en su puño cerrado.

¿Y ahora qué? No tenía ninguna pipa a mano. No podía invocar el fuego para prender las piedras de opio y obligar a Nezha a inhalarlas. Y encender un fuego le llevaría una eternidad… Todo lo que había sobre la cubierta estaba empapado.

Tenía que conseguir meterle el opio en el organismo de alguna forma.

No se le ocurría otro modo. Hizo una bola con las piedras en la mano y se las metió a Nezha en la boca por la fuerza. Su amigo se retorció aún más mientras se atragantaba. Rin le sujetaba la mandíbula para mantenérsela cerrada, y luego se la abrió de golpe para empujarle las piedras más hacia dentro, hasta que se las tragó.

Le agarró los brazos y se inclinó hacia él, a la espera. Pasó un minuto. Luego dos. Nezha dejó de moverse. Puso los ojos en blanco. Y luego, dejó de respirar.

—Podrías haberlo matado —dijo el médico del barco.

Rin reconoció al doctor Sien del Cormorán. Era quien había atendido a Vaisra después de lo sucedido en Lusan, y parecía ser el único hombre al que le permitían tratar a los miembros de la dinastía Yin.

—Di por sentado que usted tendría algo para tratarlo después —dijo Rin.

Se encontraba apoyada contra la pared, exhausta. Le sorprendió que la hubieran dejado entrar al camarote de Nezha, pero Jinzha tan solo le había dedicado un asentimiento de cabeza al abandonar la estancia.

Nezha se hallaba tendido en la cama que había entre ambos. Tenía muy mal aspecto, estaba tan pálido que parecía un muerto, pero su respiración era estable. Con cada elevación y descenso de su pecho, Rin sentía una pequeña punzada de alivio.

—Menos mal que teníamos la droga a mano —dijo el doctor Sien—. ¿Cómo lo supiste?

—¿El qué? —preguntó Rin con cautela. ¿Acaso el doctor estaba al corriente de que Nezha era un chamán? ¿Alguien más lo sabía? Jinzha había parecido completamente confundido. ¿Lo guardaría Nezha en secreto?

—Que debías darle opio —dijo el doctor Sien.

Eso no le dio a entender nada. En respuesta, dijo una verdad a medias.

—Ya he presenciado esta dolencia antes.

—¿Dónde? —preguntó el doctor con curiosidad.

—Mmm. —Rin se encogió de hombros—. Ya sabe, en el sur. Allí el opio es un remedio muy común.

El doctor Sien pareció, en cierta medida, decepcionado.

—Llevo tratando a los hijos del jefe militar del Dragón desde que eran bebés. Nunca me han comentado nada sobre el particular problema de salud de Nezha, solo que a menudo siente dolor y que el opio es el único modo de calmarlo. No sé si Vaisra y Saikhara conocerán la causa.

Rin bajó la mirada hacia el rostro dormido de su amigo. Parecía estar muy en calma. La joven sintió el extraño impulso de apartarle el pelo de la frente.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Comenzó a sufrir convulsiones con doce años. A medida que crecía, se hicieron menos frecuentes, pero esta ha sido la peor crisis que le he visto tener en años.

«¿Es Nezha un chamán desde niño?», se preguntó Rin. ¿Cómo era posible que nunca se lo hubiese contado? ¿Es que no confiaba en ella?

—Pero ya ha pasado —declaró el doctor Sien—. Lo único que necesita es dormir. No tienes por qué quedarte.

—No me importa. Esperaré aquí.

El médico parecía incómodo.

—No creo que al general Jinzha…

—Jinzha es consciente de que acabo de salvarle la vida a su hermano. Me lo permitirá, y si no lo hace, es un capullo.

El doctor Sien no se lo discutió. Tras cerrar la puerta al salir, Rin se hizo un ovillo en el suelo junto a la cama de Nezha y cerró los ojos.

Unas horas más tarde, escuchó cómo su amigo se movía. La joven se sentó, se limpió las legañas de los ojos y se arrodilló junto a él.

—¿Nezha?

—Mmm. —El joven parpadeó hacia el techo e intentó reconocer el entorno.

Rin le acarició la mejilla izquierda con el pulgar. Tenía la piel mucho más suave de lo que había esperado. Sus cicatrices no eran protuberancias, sino más bien unas líneas suaves que le recorrían la piel como si fuesen tatuajes.

Volvía a tener los ojos como siempre, de un encantador tono marrón. La esperiliana no pudo evitar fijarse en lo largas que eran sus pestañas. Eran muy oscuras y densas, incluso más que las de Venka. «No es justo», pensó. Siempre había sido mucho más guapo de lo que nadie tenía derecho a ser.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Nezha parpadeó varias veces y pronunció algo entre dientes que no parecían palabras.

Rin volvió a intentarlo.

—¿Sabes qué es lo que te ha pasado?

El joven recorrió la estancia con la mirada durante un momento y luego la fijó en el rostro de su amiga con cierta dificultad. —Sí.

Rin no podía seguir conteniéndose.

—¿Entiendes qué es lo que ha pasado? ¿Por qué no me lo contaste?

Lo único que Nezha hizo fue parpadear.

La joven se inclinó hacia delante, con el corazón acelerado.

—Podría haberte ayudado. O… O podrías haberme ayudado tú a mí. Deberías habérmelo contado.

A Nezha se le aceleró la respiración.

—¿Por qué no me lo contaste? —volvió a preguntarle.

El joven masculló algo ininteligible y cerró los párpados de golpe.

Rin estuvo a punto de agarrarlo por el cuello de *la camisa* y sacudirlo. Estaba desesperada por

recibir respuestas.

Inspiró hondo. «Déjalo ya». Nezha no estaba en condiciones de ser sometido a un interrogatorio.

No podía obligarlo a hablar. Si lo presionaba más, si le gritaba que le dijera la verdad, entonces tal vez se lo contara todo.

Sin embargo, habría revelado el secreto bajo los efectos del opio, y Rin lo habría coaccionado en un momento en el que no estaba en condiciones de negarse.

¿La odiaría si lo hacía?

Tan solo estaba medio consciente. Tal vez ni siquiera lo recordara luego.

Rin sintió una repentina oleada de repulsión. No… No podía hacerle eso. No podía. Tendría que obtener respuestas de otro modo. Ahora no era el momento. Se puso en pie.

Nezha volvió a abrir los ojos.

—¿Adónde vas?

—Debería dejarte descansar —le dijo.

Nezha se movió sobre la cama.

—No… No te vayas…

La joven se detuvo junto a la puerta.

—Por favor —insistió el chico—. Quédate.

—De acuerdo —cedió ella, y regresó a su lado. Tomó la mano de su amigo entre las suyas—. Estoy aquí mismo.

—¿Qué me está pasando? —murmuró el joven.

Rin le apretó los dedos.

—Solo cierra los ojos, Nezha. Vuelve a dormirte.

Los restos de la flota permanecieron atascados en una ensenada durante los siguientes tres días. La mitad de las tropas tuvieron que ser tratadas por sus quemaduras, y el repulsivo olor a piel podrida fue tan intenso que los hombres tuvieron que taparse los rostros con tejido de vendaje, cubriéndoselo todo salvo los ojos. Llegado el momento, Jinzha tuvo que tomar la decisión de administrar morfina y medicamentos tan solo a los hombres que tuvieran probabilidades de sobrevivir. Al resto los tiraban al fango, bocabajo, hasta que dejaban de moverse.

No tenían tiempo para enterrar a sus muertos, así que los arrastraron para formar pilas, donde se entremezclaban con las partes de navíos irreparables, para hacer piras funerarias y prenderles fuego.

—Qué estratégico —dijo Kitay—. Así el Imperio no podrá hacerse con madera buena de los barcos.

—¿Por qué tienes que ser así? —le preguntó Rin.

—Solo estoy elogiando a Jinzha.

La hermana Petra se hallaba plantada delante de los cadáveres ardientes y pronunció una bendición funeraria de principio a fin en su nikara fluido y sin acento mientras los soldados *permanecían a su* alrededor formando un extraño círculo.

—En vida sufristeis en un mundo plagado de Caos, pero habéis ofrecido vuestras almas a una hermosa causa —decía—. Habéis muerto para crear orden en una tierra carente de él. Ahora

podéis descansar. Rezo para que nuestro Creador se apiade de vuestras almas. Rezo para que lleguéis a conocer hasta dónde alcanza su amor, que todo lo abarca y es incondicional.

Entonces, comenzó a cantar en una lengua que Rin no reconocía. Sonaba parecida al hesperiano. Casi era capaz de reconocer las raíces de las palabras antes de que tomaran una forma completamente distinta, pero parecía ser un idioma más antiguo, algo que llevaba a sus espaldas siglos de historia y propósitos religiosos.

—¿Adónde cree tu pueblo que van las almas cuando mueren? —le murmuró Rin a Augus.

El chico parecía sorprendido ante la pregunta.

—Al reino del Creador, por supuesto. ¿Adónde cree tu pueblo que van?

—A ninguna parte —respondió Rin—. Desaparecemos en la nada.

A veces los nikaras hablaban de un inframundo, pero aquello era más un cuento popular que una verdadera creencia. Nadie creía realmente que podían acabar en otro sitio que no fuera la oscuridad.

—Eso es imposible —declaró Augus—. El Creador hace que nuestras almas sean permanentes. Incluso las de los bárbaros tienen valor. Cuando morimos, las perfecciona y se las lleva a su reino.

Rin no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Y cómo es su reino?

—Es hermoso —le dijo—. Una tierra sin Caos, sin dolor, sin enfermedad ni sufrimiento. Es el reino del orden perfecto, ese que nos pasamos nuestras vidas intentando recrear en la tierra.

Rin pudo ver la esperanza que irradiaba la expresión de Augus mientras hablaba y supo que de verdad creía cada palabra que decía.

Comenzaba a entender por qué los hesperianos se aferraban con tanto fervor a su religión. No le extrañaba que hubiesen conseguido ganar conversos con tanta facilidad durante la ocupación. Qué alivio debía de suponer saber que al final de esta vida esperaba una mejor; que quizás, una vez que hubieran muerto, podrían disfrutar de los lujos que siempre les habían sido negados, en lugar de tan solo desaparecer de un universo indiferente. Qué alivio tenía que ser saber que el mundo tenía sentido y que, si no era así, algún día acabarían siendo recompensados de forma justa.

Capitanes y generales se encontraban en fila delante de la pira ardiente. Nezha se hallaba en un extremo, apoyado con fuerza sobre un bastón. Era la primera vez que Rin lo veía desde hacía dos días.

Sin embargo, cuando se acercó a él, su amigo se alejó. Rin lo llamó por su nombre. El chico la ignoró. Entonces, la joven corrió para darle alcance (Nezha no podía alejarse de ella corriendo, no con ese bastón) y lo agarró por la muñeca.

—Deja de huir de mí —le dijo.

—No estoy huyendo —respondió él fríamente.

—Entonces, habla conmigo. Dime qué fue lo que vi en ese río.

Nezha miró a su alrededor, hacia los soldados cerca de ellos. Bajó la voz.

—No sé de qué estás hablando.

—No me mientas. Vi lo que hiciste. ¡Eres un chamán!

—Rin, cállate.

No lo soltó de la muñeca.

—Hiciste que el agua se moviese a tu voluntad. Sé que fue cosa tuya.

Nezha entornó la mirada.

—No viste nada, y no le dirás nada a nadie…

—Tu secreto está a salvo de Petra, si eso es lo que me estás pidiendo —dijo—. Pero no entiendo por qué me mientes a mí.

Sin responderle, Nezha se dio la vuelta y se alejó cojeando de las piras. Rin lo siguió hasta un rincón detrás del casco achicharrado de un velero de transporte. Las preguntas salieron de ella a borbotones.

—¿Te enseñaron a serlo en Sinegard? ¿Jun está al corriente? ¿Hay algún otro chamán en tu familia?

—Rin, para ya…

—Jinzha no lo sabe. Es evidente. ¿Y tu madre? ¿Y Vaisra? ¿Fue él quien te enseñó?

—¡No soy un chamán! —gritó el joven.

Rin no reculó.

—No soy idiota. Sé qué fue lo que vi.

—Entonces, saca tus propias conclusiones y deja de hacer preguntas.

—¿Por qué lo escondes?

Nezha parecía dolido.

—Porque no es algo que quiera.

—¡Puedes controlar el agua! ¡Tú solito podrías ganar esta guerra por nosotros!

—No es tan sencillo. No puedo simplemente… —Negó con la cabeza—. Ya viste lo que sucedió. Quiere dominarme.

—Pues claro. ¿Qué crees que nos pasa a todos nosotros? Solo tienes que controlarlo. Acabarás aprendiendo a refrenarlo, a darle forma a tu voluntad…

—¿Igual que haces tú? —se mofó—. Tú eres el equivalente a un eunuco espiritual.

Estaba intentando cabrearla, pero Rin no iba a picar el anzuelo.

—Y mataría por recuperar el fuego. Es complicado, lo sé. Los dioses no son amables… Pero ¡puedes llegar a controlarlos! Puedo ayudarte.

—No sabes de lo que estás hablando. Cállate…

—A no ser que tengas miedo. Aunque eso no es una excusa, porque hay hombres que están muriendo mientras tú estás aquí sentado compadeciéndote de ti mismo…

—¡Te he dicho que te calles!

Nezha estrelló la mano contra el casco del velero, unos centímetros por encima de la cabeza de Rin. Ella ni siquiera dio un respingo. Giró la cabeza despacio, intentando disimular que el corazón no estaba a punto de salírsele del pecho.

—Has fallado —dijo con calma.

Nezha retiró la mano del casco. La sangre le corría por los nudillos desde cuatro puntos carmesíes.

Rin debería haberse asustado. No obstante, cuando le examinó el rostro, no pudo encontrar ni un ápice de rabia en él. Tan solo miedo.

Y el miedo era algo por lo que no sentía ningún respeto.

—No quiero hacerte daño —le dijo Nezha.

—Ah, créeme. —Rin curvó una de la comisuras del labio hacia arriba—. No puedes

hacérmelo.



20

—Tengo un acertijo para ti —le dijo Kitay—. El agua estalla alrededor de los barcos, abre agujeros en sus costados igual que las balas de un cañón y, sin embargo, jamás llegamos a ver ni una simple explosión por encima del agua. ¿Cómo ha podido hacer eso la Milicia?

—Supongo que estás a punto de decírmelo —le respondió su amiga.

—Venga, Rin. Sígueme el juego.

La joven jugueteaba con los fragmentos de metralla que se hallaban desperdigados por la mesa de trabajo de Kitay.

—Podrían haber sido arqueros que apuntasen hacia la base. ¿Tal vez instalaran proyectiles en los extremos de sus flechas?

—Pero ¿para qué iban a hacer eso? La cubierta es mucho más vulnerable que el casco. Y, si hubieran tenido que prenderlos, los habríamos detectado en el aire. Por lo que tendrían que ser proyectiles capaces de explotar al producirse el impacto.

—Quizás encontraran un modo de ocultar la luz de la mecha —aventuró la esperiliana.

—Quizás —respondió Kitay—. Pero ¿y esa reacción en cadena? ¿Por qué iban a empezar con los veleros, en lugar de apuntar directamente hacia el Alción o hacia los barcos castillo?

—No lo sé. ¿Una táctica de intimidación?

—Eso es una estupidez —le respondió con desdén—. Te doy una pista: los explosivos estaban en el agua desde el principio. Por eso nunca los vimos. Estaban bajo el agua.

Rin soltó un suspiro.

—¿Y cómo han logrado hacer eso, Kitay? ¿Por qué no me das la respuesta directamente?

—Intestinos de animales —dijo satisfecho. Sacó un tubo traslúcido bastante asqueroso de debajo de la mesa, dentro del que había metido una mecha fina—. Son completamente impermeables. Supongo que usaron intestinos de vaca, ya que son más largos, pero habrían servido los de cualquier animal. Solo es necesario que mantenga la mecha lo bastante seca como para permitir que arda. Luego, preparan el interior para que las bobinas de combustión lenta prendan la mecha tras recibir un impacto. Mola, ¿eh?

—Es parecido a lo de los estómagos de cerdo.

—Más o menos. Pero estos fueron diseñados para que se erosionaran con el tiempo. En este

caso, según lo lento que ardan las bobinas, podrían mantener una mecha seca durante días si están bien sellados.

—Es alucinante. —Rin se quedó contemplando los intestinos y le dio vueltas a lo que eso implicaba. Las minas eran ingeniosas. La Milicia podría ganar batallas en los ríos sin ni siquiera tener que estar presente, siempre y cuando pudieran garantizar que la flota republicana fuera a recorrer ese tramo específico de agua.

¿Cuándo habría desarrollado esa tecnología la Milicia?

Si tenían esa capacidad, ¿sería segura alguna ruta fluvial?

La puerta se abrió de golpe. Jinzha entró sin avisar. Con una mano sostenía un pergamino abierto. Nezha lo seguía detrás, todavía cojeando y con un bastón. Se negó a mirar a Rin a los ojos.

—Hola, señor. —Kitay agitó un intestino de vaca en dirección a Jinzha, a modo de saludo—. He resuelto su problema.

Jinzha parecía asqueado.

—¿Qué es eso?

—Minas marinas. Así es como hicieron volar a nuestra flota por los aires. —Kitay le ofreció el intestino para que lo inspeccionase.

El general arrugó la nariz.

—Me fío de tu palabra. ¿Has averiguado cómo se desactivan?

—Sí, basta con perforar la parte impermeable. Lo complicado es encontrar las minas. —Kitay se rascó la barbilla—. Supongo que no contarás con ningún buceador experto a bordo.

—Yo me encargo de eso. —Jinzha extendió el pergamino sobre la mesa de Kitay. Se trataba de un mapa detallado de la Provincia de la Rata, en el que había rodeado con tinta roja una zona de tierra cerca de un lago—. Necesito que elabores un plan detallado para atacar Boyang. Aquí tienes toda la inteligencia que hemos recabado.

Kitay se inclinó hacia delante para examinar el mapa.

—¿Es para una operación durante la primavera?

—No, atacaremos en cuanto lleguemos allí.

Kitay parpadeó dos veces seguidas.

—No puedes estar planteándote en serio atacar Boyang con una flota dañada.

—Tres cuartos de la flota siguen en funcionamiento. Casi todo lo que hemos perdido han sido veleros…

—¿Y los buques de guerra?

—Estarán reparados para entonces.

Kitay tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Tienes hombres suficientes para tripular esos barcos?

Jinzha puso un gesto irritado.

—Hemos redistribuido a las tropas. Bastará con lo que tenemos.

—Si tú lo dices. —Kitay se mordisqueó la uña del pulgar y contempló atentamente las anotaciones de Jinzha sobre el mapa—. Sigue existiendo un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Pues que el lago Boyang es un curioso fenómeno natural…

—Ve al grano —le cortó Jinzha.

Kitay pasó los dedos por el mapa.

—Normalmente, los niveles del agua del lago bajan durante el verano y suben durante las temporadas más frías. Eso debería suponer una ventaja para navíos con cascos profundos como los nuestros. Pero la fuente de agua de Boyang procede directamente del monte Tianshan, y durante el invierno…

—El Tianshan se congela —pensó Rin en voz alta.

—¿Y qué? —preguntó Jinzha—. Eso no quiere decir que el lago vaya a drenarse inmediatamente.

—No, pero sí que significa que el nivel del agua bajará a diario —añadió Kitay—. Y cuanto menos profundo sea el lago, menos movilidad tendrán tus buques de guerra, sobre todo los Halcones Marinos. Supongo que pusieron las minas donde estaban con el propósito de retrasarnos.

—Entonces, ¿de cuánto tiempo disponemos? —insistió Jinzha.

Kitay se encogió de hombros.

—No soy adivino. Tendría que ver el lago.

—Ya te había dicho que no merecía la pena. —Nezha intervino por primera vez—. Deberíamos regresar al sur mientras podamos.

—¿Y hacer qué? —quiso saber Jinzha—. ¿Escondernos? ¿Humillarnos? ¿Explicarle a padre por qué hemos vuelto a casa con el rabo entre las piernas?

—No, le explicaremos qué territorios hemos conseguido, los hombres que hemos añadido a nuestras filas. Nos reagruparemos y lucharemos cuando hayamos recobrado las fuerzas.

—Tenemos fuerza de sobra.

—¡Toda la flota imperial estará esperándonos en ese lago!

—Pues les arrebataremos esa posición —se mofó Jinzha—. No vamos a huir a casa con padre solo porque nos dé miedo una batalla.

«Esta discusión no tiene nada que ver con eso», pensó Rin. Jinzha ya había tomado su decisión, y mandaría callar cualquiera que se le opusiera. Nezha, el hermano pequeño, el hermano inferior, nunca iba a conseguir hacerle cambiar de parecer.

El mayor de los Yin anhelaba que se produjera ese enfrentamiento. Rin lo veía con claridad en su rostro. Y podía llegar a comprender a qué se debía. Una victoria en Boyang podría ponerle fin de una vez por todas a esa guerra. Podría suponer esa prueba final y devastadora de la victoria que los hesperianos estaban exigiendo. Podría compensar la última racha de fracasos de Jinzha.

Ya había conocido a un comandante que tomaba decisiones similares. Sus huesos, si es que había sobrevivido alguno a la incineración, se encontraban en el fondo de la bahía de Omonod.

—¿No tienen más valor tus tropas que tu ego? —le preguntó Rin—. No nos condenes a muerte solo porque te sientas humillado.

Jinzha ni siquiera se dignó a mirar en dirección a ella.

—¿Te he dado permiso para hablar?

—Tiene razón —dijo Nezha.

—Te lo estoy advirtiendo, hermano.

—Dice la verdad —insistió el chico—. No quieres escucharnos porque te aterra que otra persona pueda estar en lo cierto.

Jinzha se encaminó hacia Nezha y le abofeteó la cara como si nada.

El golpe resonó por la pequeña estancia. Rin y Kitay se quedaron inmóviles donde estaban sentados. La cabeza de Nezha se desplazó hacia un lateral, donde la dejó un buen rato. Lentamente, el joven se llevó los dedos a la mejilla. Una marca roja comenzaba a aparecer sobre sus cicatrices. Su pecho ascendía y descendía. Respiraba de un modo tan agitado que Rin creyó que iba a devolverle el golpe. Sin embargo, no hizo nada.

—Podríamos llegar a Boyang a tiempo si nos marcháramos de inmediato —dijo Kitay de forma neutral, como si no hubiese pasado nada.

—Entonces, zarparemos en una hora. —Jinzha señaló con el dedo a Kitay—. Ve a mi despacho. El almirante Molkoi te dará todo el acceso que necesites a los informes de los exploradores. Para el final del día, quiero unos planes de ataque.

—Qué ilusión —dijo Kitay.

—¿Qué has dicho?

El chico se enderezó en su silla.

—Sí, señor.

Jinzha abandonó la estancia hecho una furia. Nezha se quedó cerca del umbral de la puerta y desplazó la mirada entre Rin y Kitay como si no estuviera seguro de qué era lo que quería decir.

—A tu hermano se le está yendo la pinza —le dijo Rin.

—Cállate —le respondió el joven.

—Ya he presenciado algo así antes —prosiguió ella—. Es habitual que los comandantes se vengan abajo ante la presión. Entonces es cuando toman decisiones de mierda que hacen que acabe muriendo gente.

Nezha la miró con desprecio y, por un instante, su aspecto fue idéntico al de Jinzha.

—Mi hermano no es Altan.

—¿Estás seguro?

—Di lo que quieras —continuó—, pero al menos no somos basura esperiliana.

Rin se quedó tan estupefacta que no se le ocurrió ninguna buena réplica. Nezha abandonó la estancia y cerró la puerta con un portazo tras de sí.

Kitay silbó por lo bajo.

—Una riña entre enamorados, ¿eh?

De repente, la esperiliana sintió el rostro increíblemente caliente. Tomó asiento al lado de Kitay y fingió estar ocupada examinando el intestino de vaca.

—Algo así.

—Si te sirve de consuelo, no creo que seas basura esperiliana —dijo.

—No quiero hablar de eso.

—Avísame cuando quieras hacerlo. —Kitay se encogió de hombros—. Por cierto, podrías intentar tener más cuidado con cómo le hablas a Jinzha.

Rin hizo una mueca.

—Ya lo tengo.

—¿Seguro? ¿O es que te gusta no sentarte alrededor de la mesa del Consejo?

—Kitay…

—Eres una chamana entrenada en Sinegard. No deberías ser una soldado rasa. Es indigno de ti.

Rin estaba harta de tener esa discusión, así que cambió de tema.

—¿De verdad tenemos posibilidades de hacemos con Boyang?

—Tal vez si nos matamos a mover las ruedas de paletas. Si la flota imperial es tan débil como indican nuestras estimaciones más optimistas. —El chico suspiró—. Si el cielo, las estrellas y el sol se alinean a nuestro favor y todos los dioses de ese Panteón tuyo nos bendicen.

—Así que no tenemos ninguna posibilidad.

—La verdad es que no lo sé. Hay demasiadas piezas en juego. No sabemos lo fuerte que es su flota. No conocemos sus tácticas navales. Seguramente nosotros contemos con un mayor talento naval, pero ellos llevan más tiempo allí. Conocerán bien el terreno del lago. Han tenido tiempo para montar trampas en los ríos. Tendrán un plan en marcha esperándonos.

Rin examinó el mapa e intentó encontrar alguna posible ruta de escape.

—Entonces, ¿nos retiramos?

—Ya es demasiado tarde para eso —declaró Kitay—. Jinzha tiene razón en una cosa: no nos queda otra opción. No contamos con provisiones como para sobrevivir al invierno y, si volvemos a Arlong, perderemos todo el progreso que hemos conseguido hasta ahora…

—Entonces, ¿qué? ¿No podemos atrincherarnos en la Provincia del Carnero durante un par de meses? ¿Que Arlong nos envíe por barco algunos suministros?

—¿Y dejarle a Daji todo el invierno para construir su flota? Piemos llegado tan lejos porque el Imperio no contaba con una gran armada. Daji tiene muchos hombres, pero nosotros teníamos los barcos. Eso *era* lo único que nos mantenía en igualdad de condiciones. Si le damos tres meses de ventaja a la emperatriz, entonces todo esto habrá terminado.

—Ahora no nos vendrían nada mal un par de buques de guerra hesperianos —murmuró Rin.

—Y esa es la raíz de todo esto. —Kitay le dedicó una mirada cautelosa—. Jinzha está siendo un capullo, pero creo que puedo comprenderlo. No puede permitirse parecer débil, y menos con Tarcquet juzgando cada uno de sus movimientos. Tiene que ser audaz. Debe ser el brillante líder que su padre les ha prometido. Y nosotros le seguiremos porque simplemente no nos queda otra opción.

—¿Cuántos de vosotros sabéis nadar? —preguntó Jinzha.

Los prisioneros con aspecto miserable formaban una fila en la cubierta resbaladiza, con las cabezas gachas mientras la lluvia caía con fuerza sobre ellos en unos chaparrones implacables. Jinzha recorría la cubierta de arriba abajo y los prisioneros se encogían cada vez que se detenía delante de uno de ellos.

—Que levanten la mano los que sepan nadar.

Los prisioneros se miraron con nerviosismo entre ellos, preguntándose sin duda qué respuesta sería la que los mantendría con vida. Ninguno levantó la mano.

—Os lo diré de otro modo. —Jinzha se cruzó de brazos—. No tenemos raciones para alimentaros a todos. Sin importar lo que suceda, algunos de vosotros vais a acabar en el fondo del Murui. Todo se reduce a si queréis morir de hambre. Así que levantad la mano los que vayáis a serme útiles.

Todos la levantaron.

Jinzha se giró hacia el almirante Molkoi.

—Tíralos a todos por la borda.

Los hombres comenzaron a gritar en señal de protesta. Rin pensó por un segundo que Molkoi iba a seguir la orden y que tendrían que presenciar cómo los prisioneros se encaramaban unos sobre otros en el agua en un intento desesperado por sobrevivir. Pero entonces, se dio cuenta de que Jinzha realmente no pretendía ejecutarlos.

Estaba comprobando quién de ellos no se resistía.

Pasado un momento, Jinzha seleccionó a quince hombres de la fila y envió al resto de vuelta al calabozo. Luego, tomó entre las manos una mina marina envuelta en intestinos de vaca y se la pasó a los hombres de la fila para que pudieran echarle un buen vistazo a la mecha.

—La Milicia ha estado colocando esto en el agua. Nadaréis hasta encontrarlas y las desactivaréis. Os sujetaremos al barco con cuerdas y os entregaremos piedras afiladas para llevar a cabo el trabajo. Si encontráis un explosivo, cortaréis el intestino y os aseguraréis de que el agua entre en el tubo. Si intentáis escapar, mis arqueros os dispararán en el agua. Si dejáis alguna mina intacta, moriréis con nosotros. Por vuestro propio bien, os conviene ser rigurosos.

Les lanzó varias cuerdas.

—Venga, adentro.

Ninguno se movió.

—¡Almirante Molkoi! —gritó el general.

Molkoi les hizo una seña a sus hombres. Una fila de guardias avanzó con las espadas desenvainadas.

—No pongáis a prueba mi paciencia —dijo Jinzha.

Los prisioneros se apresuraron a tomar las cuerdas.

Las tormentas no hicieron más que intensificarse durante la siguiente semana. Sin embargo, Jinzha obligó a la flota a avanzar hacia Boyang a un ritmo imposible. Los soldados a cargo de las ruedas de paletas acabaron exhaustos al intentar cumplir con sus exigencias. Varios prisioneros murieron repentinamente tras ser obligados a remar varios turnos consecutivos sin dormir por la noche, y Jinzha ordenó que lanzaran sus cadáveres sin contemplaciones por la borda.

—Va a cansar a su ejército incluso antes de que lleguemos allí —le masculló Kitay a Rin—. Seguro que ahora te gustaría que nos hubiésemos traído con nosotros a esas tropas de la Federación, ¿verdad?

El ejército estaba agotado y hambriento. Sus raciones se habían visto reducidas. Ahora recibían pescado seco dos veces al día en lugar de tres, y arroz solo una vez por las tardes. La mayoría de las provisiones extra que habían obtenido en Xiashang las habían perdido durante las explosiones. La moral decaía a medida que pasaban los días.

Los soldados se desanimaron todavía más cuando regresaron los exploradores con información sobre la defensa del lago. Tal y como todos temían, la flota imperial estaba apostada en Boyang, y estaba mejor equipada de lo que Jinzha había anticipado.

Esa Armada rivalizaba en tamaño con la que había zarpado de Arlong. El único consuelo que les quedaba era que no llegaba ni de lejos al nivel tecnológico de la Armada de Jinzha. La emperatriz se había apresurado a mandarla a construir durante los meses que habían pasado desde lo sucedido en Lusan, y la falta de tiempo de preparación era evidente: la flota imperial era una confusa amalgama de barcos nuevos mal construidos, algunos con cubiertas sin terminar, y viejos

barcos mercantes que habían reclutado sin ninguna uniformidad en su tamaño. Al menos tres de ellos eran barcazas de recreo sin capacidad de disparar.

No obstante, contaban con más barcos y con más hombres.

—La calidad de los navíos hubiera importado si el enfrentamiento fuera a producirse en el océano —le dijo Kitaya Rin—. Pero el lago hará que esta batalla sea un embrollo. Estaremos todos apiñados. Tan solo tendrán que enviar a sus hombres a abordar nuestros barcos y todo esto habrá acabado. Boyang acabará teñido del rojo de la sangre.

A Rin se le ocurría un modo en el que la República podría ganar fácilmente. Ni siquiera tendrían que disparar una sola vez. Sin embargo, Nezha se negaba a hablar con ella. Tan solo lo veía cuando subía a bordo del Alción para acudir a reuniones en el despacho de su hermano. Cada vez que se cruzaban, el joven se apresuraba a apartar la mirada. Si Rin lo llamaba por su nombre, él se limitaba a negar con la cabeza. Bien podrían haber sido dos perfectos desconocidos.

—¿Acaso esperamos que esto sirva de algo? —preguntó Rin.

—En realidad no —le respondió Kitay. Mantuvo su arco listo para disparar y pegado al pecho —. Es tan solo una formalidad. Ya sabes cómo son los aristócratas. Rin apretó los dientes cuando el buque insignia imperial se acercó al Alción.

—Ni siquiera deberíamos haber venido.

—Es cosa de Jinzha. Siempre está preocupado por su honor.

—Ya, bueno, podría intentar preocuparse un poco más por su vida.

Contra la recomendación de sus almirantes, Jinzha había exigido una negociación de última hora con el buque insignia de la Armada imperial. Lo había tildado de un gesto entre caballeros. Consideraba que al menos debía concederle al general Carne de Lobo la oportunidad de rendirse. No obstante, la negociación no era ni siquiera una farsa. Solo suponía un riesgo. Y además, uno inútil.

Chang En se había negado a celebrar una reunión en privado. Lo máximo a lo que había accedido era a un alto el fuego temporal y a un encuentro cara a cara en mar abierto.

Eso quería decir que los navíos de ambos se veían obligados a acercarse peligrosamente justo antes de que comenzara la batalla.

—¡Hola, pequeño dragón! —La voz de Chang En resonó por el aire frío y en calma. Por una vez, el agua estaba plana y tranquila. La niebla flotaba sobre la superficie del lago Boyang, que envolvía en una neblina a las flotas allí reunidas.

—Veo que no le ha ido mal, maestro —le dijo Jinzha—. ¿Almirante de la Armada imperial?

Chang En extendió los brazos.

—Acepto lo que me pongan por delante.

Jinzha alzó la barbilla.

—Pues entonces querrá aceptar esta rendición. Podrá conservar su puesto al servicio de mi padre.

—Anda, vete a la mierda. —La risa de chacal de Chang Eng resonó con fuerza y con crudeza por el lago.

Jinzha elevó la voz.

—Su Daji no puede hacer nada por usted. Sea lo que sea lo que le haya prometido, nosotros

se lo duplicaremos. Mi padre puede nombrarlo general…

—Tu padre me meterá en una celda en Baghra y me cercenará las extremidades.

—Si depone las armas ahora, contará con inmunidad. Le doy mi palabra.

—La palabra de un dragón no vale nada. —Chang En volvió a reírse—. ¿Crees que soy idiota? ¿Cuándo ha cumplido Vaisra alguna promesa?

—Mi padre es un hombre honorable que solo quiere ver a su país unido bajo un régimen justo —declaró Jinzha—. Usted le ha servido bien en el pasado.

No era ningún farol. Daba la sensación de que Jinzha hablaba en serio. Realmente parecía creerse capaz de convencer a su antiguo maestro de cambiar sus lealtades.

Chang En escupió hacia el agua.

—Tu padre es una marioneta de los hesperianos que baila para conseguir limosna.

—¿Y acaso cree que Daji es mejor? —le preguntó Jinzha—. Si permanece a su lado, garantizará años de guerras sangrientas.

—Ah, pero es que soy un soldado. Sin guerras, me quedaría sin trabajo.

Chang En levantó una mano enguantada. Sus arqueros alzaron los arcos.

—Recuerde el código de honor en una negociación —le advirtió Jinzha.

Chang En esbozó una amplia sonrisa.

—La charla se ha acabado, pequeño dragón.

Y dejó caer la mano.

Una sola flecha atravesó el aire y le arañó la mejilla a Jinzha antes de acabar clavada en el mamparo que había detrás de él.

Jinzha se llevó los dedos a la mejilla, los retiró y contempló la sangre que le manchaba la mano pálida como si le sorprendiera ser capaz de sangrar.

—Esta vez te lo he puesto fácil —le dijo Chang En—. No quiero que la diversión se acabe demasiado pronto.

El lago Boyang se prendió fuego igual que una antorcha. Flechas ardientes, proyectiles de fuego y cañonazos tiñeron el cielo de rojo mientras, desde abajo, surgían unas pantallas de humo que ocultaban a la flota imperial detrás de un turbio velo gris.

El Alción atravesó directamente esa niebla.

—Traedme su cabeza —ordenó Jinzha, e ignoró los gritos frenéticos de sus hombres, que le pedían que se agachara.

El resto de la flota se expandió por todo el lago para reducir su vulnerabilidad ante los ataques incendiarios. Cuanto más pegados estuvieran, más rápido acabarían todos sumidos en llamas. Los Halcones Marinos y los fundíbulos comenzaron a devolver el fuego, lanzando un proyectil tras otro desde el Alción hacia el muro grisáceo opaco.

Sin embargo, esa formación dispersa solo consiguió debilitar a los republicanos ante las tácticas de enjambre imperiales. Unos veleros diminutos y remendados se colaron entre los huecos que habían quedado entre los buques de guerra republicanos, contribuyendo a aumentar aún más la distancia entre ellos. Así los aislaron para que tuvieran que luchar por separado.

La Armada imperial atacó primero a los barcos castillo. Los veleros imperiales fueron a por el Codorniz con cañonazos implacables desde todos los flancos. Sin el apoyo de su propio velero, el

Codorniz comenzó a temblar sobre el agua como un hombre agonizante.

Jinzha le ordenó al Alción que acudiera a prestar ayuda al Codorniz, pero este también estaba atrapado, con el paso bloqueado y sin acceso al resto de su flota por una falange de viejos barcos imperiales. Entonces, el general ordenó disparar los cañones, una ronda tras otra, para poder despejar el camino. Pero ni siquiera destrozar esos barcos logró dejarles espacio en el agua, lo que significaba que solo podían quedarse allí y presenciar cómo los hombres del general Carne de Lobo invadían la cubierta del Codorniz.

Los hombres del Codorniz estaban *agotados* y demasiado dispersos. Los soldados del general Carne de Lobo tenían sed de sangre. El Codorniz no tuvo ninguna posibilidad.

Chang En se abrió camino con ferocidad por la cubierta superior. Rin lo vio levantar un sable por encima de su cabeza y partirle el cráneo por la mitad a un soldado de una forma tan precisa que parecía que hubiese estado cortando una calabaza. Cuando otro soldado aprovechó la oportunidad para cargar contra él desde detrás, Chang En se giró y le clavó la hoja con tanta fuerza en el pecho que el sable salió sin problema por el otro lado.

Ese hombre era un monstruo. Si Rin no hubiese temido tanto por su vida, se habría quedado allí plantada sobre la cubierta para limitarse a observarlo.

—¡Esperiliana! —El almirante Molkoi señaló hacia la ballesta vacía que quedaba delante de la joven y luego hizo un gesto hacia el Codorniz—. ¡Cúbrelos!

Dijo algo más, pero justo entonces una oleada de cañonazos cayó contra los costados del Alción. A Rín le zumbaron los oídos cuando se abrió camino hacía la ballesta. No podía escuchar ninguna otra cosa. Con las manos completamente temblorosas, colocó una flecha en su lugar.

No dejaban de resbalársele los dedos. Mierda, mierda… Llevaba sin disparar un arco desde la academia. Jamás había servido como parte del equipo de artillería y, presa del pánico, casi había olvidado por completo qué tenía que hacer…

Inspiró hondo. «Tira de la *cuerda*. Apunta». Entornó la mirada en dirección al Codorniz.

El general Carne de Lobo *tenía* acorralado a alguien cerca del borde de la proa. Rin reconoció a la capitana Salkhi. Debía de haber sido reasignada al Codorniz después de que hubieran perdido el Golondrina en el canal en llamas. A Rin se le retorcieron las tripas a causa del miedo. Salkhi seguía estando armada, seguía lanzando golpes, pero no era una pelea igualada. La esperiliana podía ver que a la capitana le estaba costando mantener su espada en alto mientras Chang En la atacaba con una facilidad despreocupada.

El primer tiro de Rin ni siquiera llegó hasta la cubierta. Estaba apuntando en la dirección correcta, pero no a la altura adecuada. La flecha cayó inútilmente contra el casco del Codorniz.

Salkhi levantó la espada para bloquear una estocada desde arriba, pero Chang En golpeó con tanta fuerza su hoja contra la de ella que acabó desarmándola. La capitana no tenía ya ningún arma y estaba atrapada en la proa. Chang En avanzaba despacio con una sonrisa en el rostro.

Rin colocó otra flecha en el arco y, tras entornar la mirada, fijó el objetivo en la cabeza de Chang En. Tiró del disparador. La flecha pasó volando por encima del mar en llamas y cayó sobre la madera, justo al lado del brazo de Salkhi. La capitana saltó al escuchar el ruido y se giró por instinto…

Apenas había terminado de girarse cuando el general Carne de Lobo le asestó un golpe con su hoja en un lado del cuello, casi decapitándola. Salkhi cayó de rodillas. Chang En se agachó y la levantó por el cuello de la camisa hasta que la dejó colgando a treinta centímetros del suelo. El

general se le acercó, la besó en la boca y la lanzó por la borda.

Rin se quedó inmóvil mientras el cuerpo de Salkhi desaparecía bajo las olas.

Poco a poco, el Codorniz comenzó a teñirse de rojo. A pesar de las flechas que se disparaban sin cesar desde el Verdugo y el Alción, los hombres de Chang En liquidaron a la tripulación igual que una manada de lobos abalanzándose sobre unas ovejas. Alguien disparó una flecha certera al mástil y la bandera azul y plateada del Codorniz acabó envuelta en llamas.

El barco castillo comenzó entonces a atacar a los barcos de su propia flota. Sus catapultas y sus bombas incendiarias ya no apuntaban a la Armada imperial, sino al Alción y al Grifo.

Mientras tanto, los veleros imperiales, aunque eran pequeños, giraron en círculo alrededor de la flota de Jinzha. En esas aguas poco profundas, los enormes buques de guerra de la República carecían de maniobrabilidad. Sin poder evitarlo, quedaron a la deriva, como si fueran ballenas enfermas a las que descuartizaban un montón de peces más pequeños.

—Acercadnos al Verdugo —ordenó Jinzha—. Tenemos que intentar conservar al menos uno de nuestros barcos castillo.

—No podemos —dijo Molkoi.

—¿Por qué no?

—El nivel del agua es demasiado bajo en ese lado del lago. El Verdugo está varado. Si nos alejamos más, nosotros también acabaremos atrapados en el fango.

—Entonces, al menos alejadnos del Codorniz —estalló Jinzha—. Estamos a punto de acabar tan atascados como él.

El general republicano estaba en lo cierto. Mientras Chang En luchaba por hacerse con el control del Codorniz, el barco castillo se había adentrado tanto en aguas poco profundas que ya no era capaz de salir de allí.

Sin embargo, el Alción y el Grifo seguían contando con más armamento que los juncos imperiales. Si se limitaban a seguir disparando hacia ellos, tal vez conseguirían consolidar su posición en la zona más profunda del lago. Tenían que hacerlo. No había ninguna otra salida.

No obstante, la Armada imperial se había detenido alrededor del Codorniz.

—¿Qué diantres están haciendo? —preguntó Kitay.

No parecía estar atascada. Por el contrario, Chang En parecía haberle ordenado a su flota que se detuviera por completo. Rin escudriñó las cubiertas en busca de algún signo de actividad: una señal de luz, una bandera… Pero no vio nada.

¿A qué estaban esperando?

A través de su catalejo, pudo ver aparecer algo oscuro en primer plano. Entonces, fijó la vista en el mástil.

Un hombre se encontraba en lo más alto.

No llevaba uniforme de la Milicia ni de la República. Estaba vestido completamente de negro. Rin apenas podía distinguir su rostro. El pelo revuelto, desgreñado y enmarañado, le caía sobre los ojos, y tenía la piel pálida y oscura al mismo tiempo, moteada igual que un trozo de mármol destrozado. Parecía que lo hubieran sacado del fondo del océano.

A Rin le resultaba extrañamente familiar, pero no era capaz de recordar dónde lo había visto antes.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Kitay.

La joven parpadeó en el catalejo y el hombre desapareció.

—Hay un hombre. —Señaló con la mano—. Lo he visto. Estaba justo ahí.

Kitay frunció el ceño y entornó la mirada hacia el mástil.

—¿Qué hombre?

Rin no podía hablar. El miedo le cerró la boca del estómago.

Entonces, lo recordó. Supo exactamente de quién se trataba.

Un frío repentino se impuso en el lago. El hielo comenzó a extenderse por la superficie del agua. De repente, las velas del Alción cayeron sin previo aviso. La tripulación miró alrededor de la cubierta, perpleja. Nadie había dado esa orden. Nadie había arriado las velas.

—No hay viento —murmuró Kitay—. ¿Por qué no hay nada de viento?

Rin escuchó un ruido silbante. Un borrón pasó por delante de sus ojos, seguido de un grito que cada vez se escuchaba más lejos, hasta que, de pronto, dejó de oírse.

Escuchó un crujido en el aire por encima de su cabeza.

De repente, el almirante Molkoi apareció sobre la pared del acantilado, con el cuerpo doblado en unos ángulos grotescos, como si fuese un muñeco. Permaneció allí colgado por un momento antes de deslizarse por las rocas y caer al lago, dejando detrás de él una estela carmesí sobre la piedra gris.

—Joder —murmuró Rin.

Parecía haber pasado casi toda una vida desde que Altan y ella habían liberado a alguien muy poderoso y trastornado de la Chuluu Korikh.

El dios del viento, Feylen, había regresado.

La cubierta del Alción prorrumpió en gritos. Algunos soldados corrieron hacia los arcos y apuntaron las flechas hacia la nada. Otros, se tiraron sobre la cubierta y se envolvieron los cuellos con los brazos como si se escondieran de animales salvajes.

Por fin, Rin recuperó la compostura. Ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Todos bajo cubierta!

Agarró a Kitay del brazo y tiró de él hacia la escotilla más cercana, justo cuando una cortante ráfaga de viento cayó sobre ellos desde un lateral. Acabaron cayendo uno encima del otro contra el mamparo. Kitay le clavó el codo a Rin justo en el tórax.

—¡Ah! —gritó la joven.

Kitay se levantó del suelo.

—Perdona.

De algún modo, lograron arrastrarse hacia la escotilla y, en lugar de bajar caminando, cayeron por las escaleras hasta la bodega, donde el resto de la tripulación estaba hacinada en la más absoluta oscuridad. Se produjo un largo silencio, cargado de terror. Nadie dijo nada.

La estancia se llenó de luz. Una ráfaga de viento tras otra comenzaron a arrancar de cuajo los paneles de madera del barco, como si estuviera arrancando capas de piel, dejando expuesta a la tripulación acobardada y vulnerable que allí se encontraba.

Aquel extraño hombre estaba colgado de una madera dentada delante de ellos, igual que un ave sobre una rama. Ahora Rin podía verle los ojos con claridad: dos puntos azules brillantes, refulgentes y mezquinos.

—¿Qué es esto? —preguntó Feylen—. ¿Unas ratitas que se esconden y no tienen a donde ir?

Alguien le disparó una flecha a la cabeza. Feylen agitó una mano, irritado. La flecha se desvió hacia un lado y volvió silbando hacia uno de los soldados. Rin escuchó un golpe seco. Alguien se

desplomó contra el suelo.

—No seáis tan maleducados. —La voz de Feylen era sosegada, aflautada y débil, pero, en medio de aquel aire tan inquietantemente en calma, podían escuchar cada palabra que pronunciaba. Se cernió sobre ellos, flotando sin esfuerzo por encima del suelo, hasta que sus ojos se posaron en Rin—. Ahí estás.

La joven no se lo pensó. Si se paraba a pensar, entonces el miedo se apoderaría de ella. Así que se abalanzó hacia él, entre gritos y con el tridente en la mano.

Feylen la lanzó volando contra las planchas del suelo con un chasquido de dedos. Rin se levantó para correr de nuevo hacia él, pero ni siquiera pudo acercarse. La lanzaba por los aires cada vez que se le aproximaba. No obstante, la joven siguió intentándolo, una y otra vez. Si iba a morir, lo haría defendiéndose.

Pero Feylen solo estaba jugando con ella.

Al fin, la sacó del barco y comenzó a zarandearla a través del aire como si fuera una muñeca de trapo. Si hubiera querido, podría haberla tirado contra el acantilado, podría haberla elevado a mucha altura y haberla lanzado de golpe al lago. Pero el único motivo por el que no lo había hecho era porque quería jugar.

—Contemplad al gran Fénix atrapado en el interior de una niñita —se mofó Feylen—. ¿Dónde está tu fuego ahora?

—Eres un Cike —jadeó Rin. Altan había intentado apelar a la humanidad de Feylen en el pasado. Casi le había funcionado. Ella tenía que intentar hacer lo mismo—. Eres uno de los nuestros.

—¿Un traidor como tú? —Feylen soltó una carcajada cuando el viento sacudió a Rin arriba y abajo—. Creo que no.

—¿Por qué luchas por ella? —quiso saber la esperiliana—. ¡Te tenía encarcelado!

—¿Encarcelado? —Feylen lanzó a la joven tan cerca del acantilado que sus dedos acariciaron la superficie antes de que el Cike volviera a traerla frente a él—. No, eso fue cosa de Trengsin. Fueron Trengsin y Tyr, los dos. Nos asaltaron en mitad de la noche y, aun así, no pudieron reducimos hasta el mediodía.

La dejó caer. Rin se precipitó hacia el lago y acabó chocando contra el agua. Estuvo segura de que iba a ahogarse justo antes de que Feylen volviera a sacarla por el tobillo. El Cike dejó escapar una carcajada aguda.

—Mírate. Eres como una gatita. Completamente empapada.

Un par de proyectiles volaron en dirección a la cabeza de Feylen. Este los quitó de en medio sin esfuerzo. Los proyectiles cayeron al agua y se apagaron.

—¿Ramsa sigue con sus explosivos? —le preguntó—. Qué adorable. ¿Está bien? Nunca nos gustó. Después de esto, le arrancaremos las uñas una a una.

Mientras hablaba, zarandeaba a Rin de un lado a otro agarrándola por el tobillo. La joven apretó los dientes para contener un grito.

—¿De verdad creías que podrías plantarnos cara? —Parecía divertido—. No se nos puede matar, niña.

—Altan ya te detuvo una vez —gruñó ella.

—Sí que lo hizo —reconoció el Cike—. Pero tú no eres ni de lejos Altan Trengsin.

Dejó de zarandearla y la mantuvo quieta en el aire. Los vientos la azotaban por todas partes,

tan fuertes que apenas podía mantener los ojos abiertos. Feylen flotó delante de ella, con los brazos extendidos y con la ropa andrajosa haciéndose jirones a causa del viento, retándola a que lo atacase y siendo consciente de que no podía hacerlo.

—¿A que es divertido volar? —le preguntó. Los vientos la azotaban con cada vez más intensidad, hasta que sintió como si le clavaran miles de cuchillas de acero en cada parte de su cuerpo.

—Mátame ya —jadeó la esperiliana—. Acaba con esto.

—Ah, pero es que no vamos a matarte —le dijo—. Nos ha pedido que no lo hagamos. Se supone que solo podemos hacerte daño.

Agitó una mano y los vientos se la llevaron consigo, alejándolo de él.

Rin voló hacia arriba, sin gravedad y sin ningún tipo de control, y acabó chocando contra el mástil. Se quedó allí, despatarrada como un cadáver diseccionado, un segundo antes de la caída. Aterrizó como una muñeca de trapo sobre la cubierta del Alción. No lograba inspirar el aire suficiente como para gritar. Le ardía cada parte de su cuerpo. Intentó hacer que sus extremidades se moviesen, pero no le respondían.

Lo veía todo borroso. Divisó una forma por encima de ella, escuchó una voz distorsionada que gritaba su nombre.

—¿Kitay? —susurró.

Su amigo le pasó los brazos por debajo del cuerpo. Intentaba levantarla, pero el dolor ante cualquier mínimo movimiento era tremendo. Rin gimoteó mientras temblaba.

—No pasa nada —le dijo Kitay—. Te tengo.

La joven se agarró al brazo de su amigo, incapaz de hablar. Se encogieron, uno pegado al otro, mientras observaban cómo las planchas seguían desprendiéndose del Alción. Feylen estaba destrozando su flota, pieza por pieza.

Rin no podía hacer nada más que temblar de miedo. Cerró los ojos con fuerza. No quería verlo. El pánico se había apoderado de ella, y los mismos pensamientos se repetían una y otra vez en su cabeza. «Vamos a ahogarnos. Destrozará los barcos, caeremos al agua y nos ahogaremos».

Kitay la agarró del hombro y la sacudió.

—Rin. Mira.

La joven abrió los ojos y vio una cabellera canosa. Chaghan había trepado entre las planchas rotas, balanceándose peligrosamente sobre el borde de una. Parecía un niño pequeño bailando sobre un tejado. De algún modo, a pesar del viento huracanado, no se cayó.

Levantó los brazos por encima de la cabeza.

De forma instantánea, el aire pareció más frío. En cierta medida, más denso. Y de un modo igual de abrupto, el viento se detuvo.

Feylen se quedó inmóvil flotando en el aire, como si una fuerza invisible lo mantuviera allí.

Rin no se imaginaba qué era lo que estaba haciendo Chaghan, pero sentía el poder en el aire. Parecía como si el vidente hubiera establecido una conexión invisible con Feylen, una especie de hilo que tan solo ellos dos podían percibir, un plano psicoespiritual en el que estaban librando una batalla de voluntades.

Por un momento, parecía que Chaghan fuera a ganar.

Feylen agitaba la cabeza hacia delante y hacia atrás. Le temblaban las piernas, como si estuviera sufriendo convulsiones.

Rin ejerció más fuerza al agarrarle el brazo a Kitay. Sintió que la esperanza se abría paso en su pecho.

«Por favor. Por favor, que gane Chaghan».

Entonces, vio a Qara encorvada sobre la cubierta, meciéndose hacia delante y hacia atrás, murmurando algo entre dientes una y otra vez.

—No —susurró la chica—. ¡No, no, no!

A Chaghan se le fue la cabeza a un lado. Comenzó a experimentar espasmos en las extremidades, que parecían moverse sin propósito ni dirección. Era como si alguien con muy poco conocimiento del cuerpo humano estuviera controlándolo desde muy lejos.

Qara comenzó a gritar.

El vidente se quedó inerte. Luego, cayó de espaldas, igual que si fuera una pequeña bandera blanca de rendición, tan frágil que Rin temió que los vientos lo partieran por la mitad.

—¿Crees que puedes contenernos, pequeño chamán? —Los vientos volvieron a soplar, esta vez con el doble de ferocidad. Otra ráfaga consiguió tirar tanto a Chaghan como a Qara del barco hacia las olas agitadas que tenían debajo.

Rin divisó a Nezha horrorizado mientras lo contemplaba todo desde el Grifo. Estaba lo bastante cerca como para poder oírla si le gritaba.

—¡Haz algo! —chilló la joven—. ¡Cobarde! ¡Haz algo!

Nezha permaneció inmóvil, con la boca abierta y los ojos como platos, como si estuviera atrapado. Su gesto pasó a ser inexpresivo. No hizo nada.

Una ráfaga de viento partió la cubierta del Alción por la mitad, arrancando los tablones del suelo justo debajo de los pies de Rin. Esta cayó entre los fragmentos de madera, se dio un golpe y se deslizó por la superficie áspera hasta llegar al agua.

Kitay aterrizó a su lado. Tenía los ojos cerrados. Su amigo se hundió al instante. Rin le rodeó el pecho con los brazos y pataleó con furia para mantenerlos a ambos a flote, esforzándose por nadar en dirección al Alción. Sin embargo, el agua no dejaba de empujarlos hacia atrás.

Se le cerró el estómago.

«La corriente».

El lago Boyang iba a parar a una pequeña cascada en la frontera sur. Era una caída corta y estrecha, lo suficiente como para que su corriente no afectara a buques de guerra pesados. Era inofensiva para los marineros, pero mortal para los nadadores.

El Alción no tardó en desaparecer de la vista de Rin mientras la corriente seguía arrastrándolos a Kitay y a ella con premura hacia el acantilado. La joven vio una cuerda flotando a su lado e intentó agarrarse a ella, buscando con desesperación algo a lo que aferrarse.

Milagrosamente, la cuerda seguía atada a la flota. Se quedó tirante. Dejaron de ir a la deriva. Rin obligó a *sus* dedos congelados a aferrarse a ella para combatir el empuje del agua e intentó hacerle un nudo con ella a Kitay alrededor del torso y luego alrededor de sus propias muñecas.

Se le estaban adormeciendo las extremidades a causa del frío. No podía seguir moviendo los dedos, que tenía bien agarrados a la cuerda.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Que alguien nos ayude!

Alguien emergió de la proa del Alción.

Jinzha. Se miraron a los ojos a través del agua. El general tenía una expresión salvaje, desesperada. Rin quiso pensar que la había visto, pero que tal vez estaba ocupado sopesando sus

escasas probabilidades de sobrevivir.

Y entonces, desapareció. La esperiliana no sabía si había cortado la cuerda o si simplemente había acabado volcando por culpa de otro de los vendavales de Feylen, pero la joven sintió un tirón de la soga justo antes de que esta se soltara.

Se alejaron a toda velocidad de la flota. Estaban siendo empujados hacia la cascada. Por un segundo, se sintieron ingrávidos. Fue un momento confuso y delicioso de completa desorientación antes de que el agua los reclamase.



21

Rin corrió a través de un campo oscuro mientras perseguía a una silueta ardiente a la que jamás iba a dar alcance. Sus piernas se movían como si estuviera pataleando en el agua… Era demasiado lenta, demasiado torpe. Y cuanto más se alejaba de la silueta, más la hundía su desesperación, hasta que las piernas le pesaron tanto que no pudo seguir corriendo.

—Por favor —gritó—. Espera.

La silueta se detuvo.

Cuando Altan se dio la vuelta, Rin pudo ver que ya estaba ardiendo, que sus hermosas facciones estaban achicharradas y retorcidas, que la piel ennegrecida se le estaba desprendiendo para dejar a la vista el hueso blanco y reluciente.

Y entonces, pasó a cernirse sobre ella. De alguna forma, seguía siendo glorioso, hermoso, incluso detenido en el momento de su muerte. Se arrodilló delante de Rin, le tomó el rostro entre sus manos ardientes y acercó su frente a la de ella.

—Tienen razón, ¿sabes? —dijo él.

—¿Sobre qué? —En sus ojos, la esperiliana vio océanos de fuego. Le estaba haciendo daño al agarrarla. Siempre se lo hacía. No estaba segura de si quería que la soltara o la besara. Altan le hundió los dedos con fuerza en las mejillas—. Deberías haber sido tú.

Su rostro se transformó en el de Qara.

Rin gritó y se apartó corriendo.

—Por las tetas del Tigre. No soy tan fea. —Qara se secó la boca con el dorso de la mano—. Bienvenida al mundo de los vivos.

Rin tomó asiento y escupió un montón de agua del lago. Temblaba descontroladamente. Tardó un momento en poder pronunciar alguna palabra con esos labios adormecidos y torpes.

—¿Dónde estamos?

—Junto a la ribera —le dijo la chica—. Puede que a kilómetro y medio de Boyang.

—¿Y el resto? —Rin intentó contener el pánico—. ¿Ramsa? ¿Suni? ¿Nezha?

Qara no le respondió, lo que quería decir que no lo sabía; lo que quería decir que los Cike podían haberse salvado o haberse ahogado.

La esperiliana inspiró profundamente varias veces para evitar hiperventilar. «No sabes seguro que estén muertos», se dijo a sí misma. Y si alguien tenía que estar vivo, ese era Nezha. El agua lo

protegía como si él fuese su hijo. Las olas lo habrían protegido, las hubiera o no invocado conscientemente.

«Y si los demás han muerto, no hay nada que puedas hacer».

Se obligó a compartimentarlo todo en su mente, a ignorar su preocupación y quitarla de en medio. Ya lloraría más tarde. Antes, tenía que sobrevivir.

—Kitay está bien —le dijo Chaghan. Parecía un cadáver andante. Tenía los labios igual de oscuros que los dedos, que estaban azules desde la mitad hasta la punta—. Ha ido a buscar algo de leña para el fuego.

Rin se llevó las rodillas al pecho, todavía temblando.

—Feylen. Ha sido cosa de Feylen.

Los mellizos asintieron.

—Pero ¿por qué…? ¿Qué estaba…? —No era capaz de comprender por qué los hermanos parecían tan tranquilos—. ¿Qué hace con ellos? ¿Qué es lo que quiere?

—Bueno, Feylen, el hombre, seguramente quiera morir —le dijo Chaghan.

—Entonces, ¿qué quiere…?

—¿El dios del viento? ¿Quién sabe? —Se frotó los brazos arriba y abajo con las manos—. Los dioses son agentes del caos más puro. Detrás del velo, están en igualdad de condiciones, cada uno de ellos contra los otros sesenta y tres. Pero, si sueltas a uno en el mundo material, son como agua en ebullición en una presa rota. Sin ninguna fuerza que se les oponga, pueden hacer lo que quieran. Y nunca sabemos qué es lo que quiere un dios. Igual un día *provoca una* ligera brisa y al siguiente, un tifón. Lo único que podemos esperar de él es inconsistencia.

—Pero, entonces, ¿por qué lucha para ellos? —preguntó Rin. Las guerras requerían de consistencia. Tener soldados impredecibles e incontrolables era peor que no tener ninguno.

—Creo que le tiene miedo a alguien —le explicó el vidente—. Alguien que lo asusta tanto como para hacer que obedezca a sus órdenes.

—¿Daji?

—¿Quién si no?

—Bien, estás despierta. —Kitay emergió del claro, cargado con un montón de ramas. Estaba empapado, con el pelo rizado pegado a las sienes. Rin vio que tenía arañazos llenos de sangre por todo el rostro y por los brazos, allí donde se había golpeado con las rocas. Pero, por lo demás, parecía ileso.

—¿Estás bien? —le preguntó la joven.

—Pues me duele bastante el brazo que tengo lesionado, pero creo que es solo por el frío. —Lanzó el montón de leña sobre la tierra mojada—. ¿Tú estás herida?

Rin tenía tanto frío que no era capaz de saberlo. Sentía todo el cuerpo adormecido. Flexionó los brazos, movió los dedos y no sintió nada raro. Luego, intentó ponerse en pie. Tenía la pierna izquierda doblada hacia atrás.

—Mierda. —Se pasó los dedos por el tobillo. Le dolía mucho al tocárselo. Era insoportable cuando ejercía presión sobre la zona.

Kitay se agachó a su lado.

—¿Puedes mover los dedos de los pies?

La joven lo intentó y lo consiguió. Eso suponía cierto alivio. No se había roto nada, era solo un esguince. Estaba acostumbrada a los esguinces. Eran habituales entre los estudiantes de

Sinegard. Había aprendido a lidiar con ellos hacía años. Tan solo necesitaba algo como un pañuelo para ejercer presión.

—¿Alguien tiene un cuchillo? —preguntó.

—Yo tengo uno. —Qara rebuscó en sus bolsillos y le pasó un pequeño cuchillo de caza.

Rin lo desenvainó, sostuvo la pernera de su pantalón estirada y cortó un trozo a la altura del tobillo. Lo rasgó para hacer dos tiras largas y se las envolvió con fuerza alrededor de la zona dolorida.

—Al menos no tienes que preocuparte de ponerte frío sobre la hinchazón —le comentó Kitay.

Ella no tenía energías para reírse. Flexionó el tobillo y otra punzada de dolor le atravesó la pierna. Se encogió.

—¿Somos los únicos que hemos salido con vida?

—Ojalá. Tenemos compañía. —Y, a continuación, señaló con la cabeza hacia su izquierda.

Rin siguió su mirada y vio un montón de cuerpos apiñados, tal vez siete u ocho, acurrucados juntos y algo retirados de la ribera. Llevaban sotanas grises y tenían el cabello claro. No lucían uniforme del ejército. Todos pertenecían a la Compañía Gris.

Reconoció a Augus. No habría sido capaz de reconocer a ninguno de los otros. Todos los rostros hesperianos le parecían iguales: pálidos y despoblados. Se percató con alivio de que la hermana Petra no se encontraba entre ellos.

Todos teman un aspecto miserable. Respiraban y parpadeaban, se movían lo justo para que Rin supiera que estaban vivos, pero, por lo demás, parecían completamente petrificados. Tenían la piel blanca como la nieve y los labios se les habían puesto azules.

La joven los saludó con la mano y señaló hacia la leña apilada.

—Acercaos. Vamos a encender un fuego.

No le quedaba otra que intentar ser amable. Si lograba salvar a algunos miembros de la Compañía Gris de morir congelados, tal vez así conseguiría cierta ventaja política con los hesperianos cuando lograran (o más bien «si lograban») regresar a Arlong.

Los misioneros no hicieron ningún amago de moverse.

La esperiliana volvió a intentarlo en un hesperiano lento y pausado.

—Vamos, Augus. Vais a moriros de frío.

Augus no pareció reconocerla cuando lo llamó por su nombre. Fue como si Rin no hubiera hablado ni siquiera en hesperiano. Los otros tenían la mirada en blanco o una expresión ligeramente atemorizada. La joven se arrastró hacia ellos y varios retrocedieron como si temieran que fuera a morderlos.

—Déjalo —le dijo Kitay—. Llevo una hora intentando hablar con ellos, y eso que mi hesperiano es mejor que el tuyo. Creo que están conmocionados.

—Si no entran en calor, morirán. —Rin elevó la voz—. ¡Eh! ¡Venid aquí!

Volvieron a mirarla con miedo. Tres de ellos apuntaron sus armas hacia ella.

«Mierda». Rin se tambaleó hacia atrás.

Tenían arcabuces.

—Déjalos estar —murmuró Chaghan—. No estoy de humor para que me disparen.

—No podemos dejarlos —dijo Rin—. Si mueren, los hesperianos nos culparán a nosotros.

El vidente puso los ojos en blanco.

—No tienen por qué enterarse.

—Con que solo uno de estos idiotas logre regresar, se enterarán.

—No lo harán.

—Eso no podemos saberlo. Y no pienso matarlos para asegurarme.

Si no hubiera sido por Augus, a Rin le hubiese dado igual. Fuera o no un demonio de ojos azules, no era capaz de dejarlo morir congelado. Había sido amable con ella en el Alción, cuando no tenía por qué haberlo sido. Se sentía en la obligación de devolverle el favor.

Chaghan soltó un suspiro.

—Entonces, enciéndeles un fuego. Y nosotros nos alejaremos lo suficiente como para que se sientan seguros para acercarse.

Aquello no era una mala idea. Kitay encendió una pequeña hoguera en cuestión de minutos y Rin les hizo un gesto a los hesperianos.

—Vamos a sentarnos por allí —les dijo—. Vosotros podéis usar este.

Siguió sin obtener respuesta.

Pero, cuando se alejaron lo bastante de la orilla, vio cómo los hesperianos se aproximaban lentamente hacia el fuego. Augus extendió las manos sobre la llama. Eso supuso un pequeño alivio. Al menos, no iban a morir solo por ser idiotas.

Cuando Kitay hubo encendido la segunda hoguera, los cuatro se quitaron los uniformes sin sentirse cohibidos. A su alrededor, el aire era gélido, pero tendrían más frío con la ropa empapada que sin ella. Desnudos, se apiñaron junto a las llamas, acercando las manos al fuego todo lo posible, sin llegar a quemarse la piel. Se quedaron en cuclillas y en silencio durante lo que parecieron horas. Nadie quería gastar energía hablando.

—Regresaremos al Murui. —Al fin Rin dijo algo a medida que se ponía su uniforme ya seco. Le sentó bien decirlo en voz alta. Era algo pragmático, un paso adelante hacia una acción tangible, y la ayudó a disminuir el pánico que le cerraba el estómago—. Hay muchos tablones de madera sueltos por aquí. Podríamos construir una balsa y flotar río abajo a través de los afluentes secundarios hasta que lleguemos al río principal. Si tenemos cuidado y nos movemos solo por la noche…

Chaghan no le dejó terminar.

—Es una pésima idea.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tenemos a dónde regresar. La República está acabada. Tus amigos están muertos. Seguramente sus cadáveres ya estén en el fondo del lago Boyang.

—Eso no lo sabes —le espetó Rin.

El vidente se encogió de hombros.

—No están muertos —insistió la joven.

—Pues entonces, regresa a Arlong. —Volvió a encogerse de hombros—. Vuelve arrastrándote hasta los brazos de Vaisra y escóndete todo el tiempo que puedas antes de que la emperatriz vaya a por ti.

—Eso no es lo que…

—Eso es exactamente lo que quieres. Estás deseando ir a postrarte a sus pies, esperar a que te dé la siguiente orden como si fueras una perra adiestrada.

—No soy una puta perra.

—¿Seguro? —Chaghan elevó la voz—. ¿Acaso opusiste resistencia cuando te retiró de la comandancia de los Cike? ¿O es que te alegraste de ello? No eres capaz de dar una puta orden, pero te encanta cumplirlas. Al ser esperiliana, deberías saber lo que es ser una esclava, pero jamás imaginé que fueras a disfrutarlo.

—Nunca fui una esclava —gruñó Rin.

—Ah, sí que lo fuiste, solo que no lo sabías. Te arrodillas ante cualquiera que te dé órdenes. Altan sabía cómo manipularte, te tocaba las cuerdas adecuadas, como si fueras un laúd… Solo tenía que decir las palabras correctas, hacerte pensar que te quería, para que corrieras detrás de él hasta la Chuluu Korikh como una idiota.

—Cállate —le respondió Rin en voz baja.

Pero en ese momento se dio cuenta de qué iba todo aquello. No tenía que ver con Vaisra. No tenía que ver en absoluto con la República. Todo eso tenía que ver con Altan. Después de tantos meses, después de las cosas por las que habían pasado, todo seguía teniendo que ver con Altan.

Si Chaghan quería pelea, Rin podía dársela. El vidente llevaba tiempo buscándola.

—Como si tú no lo idolatraras —siseó Rin—. No soy yo la que estaba obsesionada con él. Tú lo dejabas todo cada vez que él te lo pedía…

—Pero yo no lo acompañé a la Chuluu Korikh —respondió—. Esa fuiste tú.

—¿Me estás culpando por ello?

La joven sabía muy bien a dónde quería ir a parar. Ahora entendía lo que Chaghan había sido demasiado cobarde para decirle a la cara en todos esos meses… Que la culpaba por la muerte de Altan.

No le extrañaba que la odiara.

Qara apoyó una mano sobre el brazo de su hermano.

—No, Chaghan.

El vidente se zafó de ella.

—Alguien dejó escapar a Feylen. Alguien hizo que capturaran a Altan. Y ese no fui yo.

—Y alguien le dijo dónde estaba la Chuluu Korikh, para empezar —gritó Rin—. ¿Por qué? ¿Para qué lo hiciste? ¡Ya sabías lo que había allí dentro!

—Porque Altan creía que podría reunir a un ejército. —Chaghan hablaba en voz alta y plana —. Porque Altan creía que podría reiniciar el curso de la historia a como era antes del Emperador Rojo y regresar a una época en la que Speer era libre y los chamanes se encontraban en la cúspide de su poder. Porque, durante un tiempo, esa visión fue tan hermosa que hasta yo me la creí. Pero dejé de hacerlo. Me di cuenta de que Altan había enloquecido, de que algo se había roto y de que ese camino solo iba a conducirlo a su propia muerte.

»En cambio, tú… tú lo seguiste hasta el final. Dejaste que lo capturasen en esa montaña y lo dejaste morir en ese muelle.

El sentimiento de culpa le retorció las tripas a Rin de una forma devastadora y horrible. La joven no tenía nada que decir. Chaghan estaba en lo cierto. Ella sabía que tenía razón, solo que no había querido admitirlo.

El vidente ladeó la cabeza.

—¿Creías que se enamoraría de ti si tan solo hacías lo que te pedía?

—Cállate.

La expresión del joven pasó a ser despiadada.

—¿Por eso estás enamorada de Vaisra? ¿Crees que es el sustituto de Altan?

Rin le hundió el puño en la boca.

Sus nudillos chocaron contra la mandíbula de Chaghan con un crujido tan satisfactorio que la joven ni siquiera sintió los cortes que le hicieron los dientes del vidente en la piel. Le había roto algo y la sensación era maravillosa. Chaghan cayó al suelo como un muñeco de paja. Rin se abalanzó sobre él e intentó agarrarlo del cuello, pero Kitay la sujetó por detrás.

La esperiliana intentó resistirse.

—¡Suéltame!

Kitay la agarró con más fuerza.

—Cálmate.

Chaghan logró sentarse y escupió un diente hacia el suelo.

—Y luego dice que no es ninguna perra.

Rin volvió a abalanzarse sobre él para pegarle, pero Kitay tiró de ella hacia atrás.

—¡Que me sueltes!

—Rin, para…

—¡Voy a matarlo!

—No, no vas a matarlo —soltó Kitay. Obligó a la joven a agacharse y le retorció los brazos dolorosamente detrás de la espalda. Luego, señaló hacia el vidente—. Y tú… deja de hablar. Parad ya los dos. Estamos solos en territorio enemigo. Si nos dividimos, acabaremos muertos.

Rin forcejeó para liberarse.

—Solo deja que lo…

—Venga, deja que lo intente… —dijo Chaghan—. Una esperiliana que no puede invocar el fuego. Qué miedo.

—Aún puedo romperte ese cuello de gallina que tienes —replicó la joven.

—Callaos —siseó Kitay.

—¿Por qué? —dijo Chaghan con desprecio—. ¿Es que va a empezar a llorar?

—No. —Kitay señaló con la cabeza hacia el bosque—. Porque no estamos solos.

Unos jinetes encapuchados salieron de entre los árboles, montados sobre unos caballos de guerra monstruosos, mucho más grandes que cualquier corcel que Rin hubiese visto. La joven no pudo identificar sus uniformes. Iban envueltos en pieles y cuero, sin rastro del color verde de la Milicia. Sin embargo, tampoco parecían amistosos. Los jinetes apuntaron sus arcos hacia ellos, con las cuerdas tan tensas que, a la distancia a la que se encontraban, las flechas no solo les perforarían los cuerpos, sino que seguirían su trayectoria una vez que los hubieran atravesado.

Rin se levantó despacio y movió una mano hacia su tridente. No obstante, Chaghan la agarró por la muñeca.

—Entrégate —le siseó.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

Rin se liberó de su agarre.

—Ya, claro.

Pero, incluso mientras cerraba los dedos alrededor de su arma, supo que estaban atrapados.

Esos arcos largos eran enormes… Y, a la distancia a la que estaban, no tendrían la oportunidad de esquivar las flechas.

Escuchó un crujido procedente de más arriba del río. Los hesperianos habían visto a los jinetes. Intentaban huir.

Sus atacantes se dieron la vuelta y dispararon sus arcos hacia el bosque. Las flechas se clavaron en la nieve. Rin vio a Augus caer al suelo, con el rostro retorcido por el dolor mientras se agarraba un asta con plumas que le salía por el hombro izquierdo.

Sin embargo, los jinetes no habían disparado a ningún punto vital. Apuntaron la mayoría de las flechas hacia el suelo, a los pies de los misioneros. Tan solo acabaron heridos un par de hesperianos. El resto se tiraron al suelo a causa del miedo. Se apiñaron entre ellos, con los brazos en alto y los arcabuces guardados.

Dos jinetes desmontaron de sus caballos y les arrebataron las armas de las temblorosas manos. Los misioneros no se resistieron.

Rin no dejaba de darle vueltas a la cabeza mientras lo observaba todo e intentaba encontrar un modo de escapar. Si Kitay y ella lograban llegar hasta el arroyo, entonces la corriente los empujaría río abajo, con suerte a más velocidad de la que podían alcanzar los caballos. Y, si lograba contener la respiración bajo el agua y hundirse lo suficiente, entonces podría esconderse de las flechas. Pero ¿cómo iban a meterse en el agua antes de que los jinetes les disparasen? Recorrió el claro con la mirada…

«Levanta las manos».

Nadie habló en voz alta, pero lo escuchó igualmente… Una orden profunda y ronca que resonó con fuerza en su mente.

Una flecha de advertencia pasó volando a su lado, a unos centímetros de su sien. Rin se agachó y cogió un montón de fango para lanzárselo a los jinetes. Si lograba distraerlos, aunque solo fuera unos segundos…

Pero entonces, todos los jinetes apuntaron hacia ella.

—¡Deteneos! —Chaghan se plantó delante de ellos mientras agitaba los brazos por encima de la cabeza.

Un sonido como el de un gong retumbó por el claro a tanto volumen que Rin sintió cómo le vibraban las sienes.

Un borrón de imágenes procedentes de la mente de otra, persona entraron en la suya. Pudo verse a sí misma de rodillas, con los brazos en alto. Pudo verse a sí misma atravesada por flechas y sangrando por decenas de heridas distintas. Pudo ver un paisaje vasto y vertiginoso: una estepa vacía, unas dunas desiertas, una estampida atronadora cuando los jinetes partían a lomos de sus caballos a buscar algo, a destruir algo…

Entonces, vio a Chaghan enfrentándose a ellos con los puños apretados, sintió la pura determinación que emanaba de él… «Hemos venido en son de paz. Hemos venido en son de paz. Soy uno de vosotros. Hemos venido en son de paz…». Y entonces, la joven se dio cuenta de que eso no era una simple batalla psicoespiritual de voluntades.

Era una conversación.

De algún modo, los jinetes podían comunicarse sin mover los labios. Trasmitían directamente imágenes e intenciones a la mente de sus receptores sin tener que hablar en voz alta. Rin miró hacia Kitay para asegurarse de que no se había vuelto loca. Su amigo también contemplaba a los

jinetes, con los ojos muy abiertos y las manos temblorosas.

«Dejad de resistiros», atronó la primera voz.

Los hesperianos arrinconados comenzaron a balbucear histéricos. Augus se dobló hacia delante y chilló, agarrándose la cabeza. Él también lo estaba escuchando.

Fuera cual fuese la respuesta de Chaghan, bastó para persuadir a los jinetes de que no suponían una amenaza. Su líder levantó una mano y ladró una orden en una lengua que Rin no comprendió. Entonces, los jinetes bajaron sus arcos.

El líder desmontó de su caballo con un movimiento fluido y se encaminó hacia Chaghan.

—Hola, Bekter —le dijo el vidente.

—Hola, primo —respondió el tal Bekter. Había hablado en nikara. Sus palabras sonaron estridentes y retorcidas. Tomaba los sonidos del aire como si estuviera arrancando carne de un hueso, como si no estuviera acostumbrado a usar el lenguaje hablado.

—¿«Primo»? —repitió Kitay en voz alta.

—No es algo que nos enorgullezca —murmuró Qara.

Bekter le dedicó a la joven una sonrisa. Lo que fuera que se estuvieran transmitiendo mentalmente entre ellos sucedió demasiado rápido como para que Rin lo comprendiera, pero sí que pudo entender lo esencial: que se trataba de algo obsceno, violento, hostil y que destilaba desprecio.

—Que te den —le dijo Qara.

Bekter les comunicó algo a sus jinetes. Dos de ellos bajaron al suelo, les inmovilizaron los brazos en la espalda a Chaghan y a Qara, los obligaron a ponerse de rodillas.

Rin cogió su tridente, pero unas flechas cayeron formando un círculo en el suelo a su alrededor antes de que pudiera moverse.

—No te lo advertiremos una tercera vez —le dijo Bekter.

La joven dejó caer su tridente y se llevó las manos detrás de la cabeza. Kitay hizo lo mismo. Los jinetes le ataron las manos a Rin, tiraron de ella para ponerla de pie y la arrastraron hacia Bekter entre tambaleos miserables para que los cuatro pudieran arrodillarse ante él en fila.

—¿Dónde está? —preguntó Bekter.

—Vas a tener que ser más específico —le dijo Kitay.

—El dios del viento. Creo que su nombre mortal es Feylen. Estamos dándole caza. ¿Adónde ha ido?

—Seguramente río abajo —respondió el chico—. Si sabéis volar, ¡igual le dais alcance!

Bekter lo ignoró. Recorrió con la mirada el cuerpo de Rin, deteniéndose sobre zonas que hicieron que la joven se estremeciese. Unas imágenes borrosas aparecieron sin más en su mente, demasiado difuminadas como para que pudiera ver algo más que extremidades destrozadas y carne sobre carne.

—¿Esta es la esperiliana? —preguntó Bekter.

—No puedes hacerle daño —le dijo Chaghan—. Hiciste un juramento.

—Mi juramento me impide hacerte daño a ti, no a ellos.

—Están a mi cargo. Este es mi territorio.

Bekter rio.

—Llevas fuera mucho tiempo, primito. Los naimades están débiles. El tratado se está resquebrajando. La Sorqan Sira ha decidido venir hasta aquí a solucionar tu desastre.

—¿«A mi cargo»? —repitió Rin—. ¿«Tratado»? ¿Quiénes sois vosotros?

—Son vigilantes —murmuró Qara.

—¿Y qué vigilan?

—A personas como tú, pequeña esperiliana. —Bekter se quitó la capucha.

Rin retrocedió, asqueada.

Bekter tenía el rostro áspero y con relieves, cubierto de pequeñas quemaduras, como un terreno montañoso de dolor que se le extendía de una mejilla a la otra. Le dedicó a Rin una sonrisa, y el modo en el que se le arrugaron las cicatrices a la altura de las comisuras de la boca fue una imagen aterradora.

La joven escupió hacia sus pies.

—Has tenido un encuentro desafortunado con un esperiliano, ¿eh?

Bekter volvió a sonreír. Más imágenes invadieron la mente de Rin. Vio a hombres envueltos en llamas. Vio sangre manchando la tierra.

Bekter se acercó tanto a ella que pudo sentir su aliento, caliente y apestoso, contra el cuello.

—Sobreviví. Él no.

Antes de que Rin pudiese contestarle, un cuerno de caza resonó por el aire.

A ello le siguió el atronador sonido de cascos de caballos. La esperiliana giró el cuello para mirar hacia atrás. Otro grupo de jinetes se aproximaba al claro, uno mucho más numeroso que el contingente de Bekter. Los rodearon al formar un círculo con sus caballos.

Abrieron filas. De allí emergió una mujer menuda y delgada, que no le llegaba a Rin mucho más allá del codo.

Caminaba igual que Chaghan y Qara. Era delicada como un ave, como si fuera una especie de criatura etérea para la que estar en tierra suponía un absoluto inconveniente. Su cabello blanco como las nubes le llegaba más allá de la cintura, recogido en dos trenzas intrincadas y entrelazadas con lo que parecían ser conchas y huesos.

Sus ojos eran todo lo contrario a los de Chaghan: más oscuros que el fondo de un pozo y completamente negros.

—Inclinaos —murmuró Qara—. Es la Sorqan Sira.

Rin agachó la cabeza.

—¿Su líder?

—Nuestra tía.

La Sorqan Sira chasqueó la lengua al pasar junto a Chaghan y Qara, quienes se arrodillaron con los ojos fijos en el suelo como si estuviesen avergonzados. A Kitay lo ignoró por completo.

La mujer se detuvo delante de Rin. Sus dedos huesudos recorrieron el rostro de la joven, agarrándola de la barbilla y los pómulos.

—Qué curioso —dijo. Su nikara era fluido, aunque extrañamente sincopado, lo que hacía que sus palabras sonaran a poesía—. Se parece a Hanelai.

A Rin no le sonaba ese nombre de nada, pero los jinetes se tensaron.

—¿Dónde te han encontrado? —le preguntó la Sorqan Sira. Al ver que la joven no le respondía, la abofeteó ligeramente en la mejilla—. Te estoy hablando, niña. Contesta.

—No lo sé —dijo Rin. Le dolían las rodillas por estar agachada. Deseaba desesperadamente que le permitieran erguirse.

La Sorqan Sira le hundió las uñas en la mejilla.

—¿Dónde te tenían escondida? ¿Quién te encontró? ¿Quién te protegió?

—No lo sé —repitió Rin—. En ninguna parte. Nadie.

—Mientes.

—No miente —intervino Chaghan—. No sabía qué era hasta hace cosa de un año.

La Sorqan Sira le dedicó a Rin una mirada larga y cargada de sospecha, pero la soltó.

—Es imposible. Los mugeneses tendrían que haberos asesinado a todos, pero los esperilianos no dejáis de aparecer como ratas.

—Chaghan siempre se ha sentido tan atraído por los esperilianos como las polillas por la luz —dijo Bekter—. ¿Lo recuerdas?

—Cállate —le espetó Chaghan con la voz ronca.

Bekter esbozó una amplia sonrisa.

—¿Recuerdas lo que nos escribiste en esas cartas? «El esperiliano ha sufrido. Los mugeneses no fueron amables con él. Pero ha sobrevivido y es poderoso».

¿Se refería a Altan? Rin reprimió las ganas que le entraron de vomitar.

—«Por el momento, su mente le pertenece, pero está sufriendo». —La voz de Bekter adoptó un tono agudo y burlón—. «Pero puedo ayudarlo. Dadme tiempo. No me hagáis matarlo. Por favor».

Chaghan echó el codo hacia atrás y se lo clavó a Bekter en el estómago. En un instante, el jinete tomó las muñecas atadas del vidente y se las retorció tanto por la espalda que Rin estuvo segura de que se las había partido.

Chaghan abrió la boca para proferir un grito ahogado.

Un sonido parecido a un trueno le atravesó la cabeza a Rin. Vio cómo los jinetes se encogían. Ellos también lo habían oído.

—Suficiente —sentenció la Sorqan Sira.

Bekter soltó a Chaghan, que tenía la cabeza echada hacia delante como si le hubieran disparado.

La Sorqan Sira se agachó delante de él y le atusó el cabello detrás de las orejas, acariciándolo con delicadeza, igual que una madre trataría a un hijo que se hubiera portado mal.

—Has fracasado —le dijo en voz baja—. Tu deber era observar y sacrificarlo cuando fuera necesario, no participar en sus insignificantes guerras.

—Intentamos mantenernos neutrales —dijo Chaghan—. No hemos intervenido, nunca nos…

—No me mientas. Sé lo que habéis hecho. —La Sorqan Sira se levantó—. Se acabaron los Cike. Vamos a ponerle fin al pequeño experimento de vuestra madre.

—¿Experimento? —repitió Rin—. ¿Qué experimento?

La Sorqan Sira se giró hacia ella, con las cejas arqueadas.

—Precisamente lo que acabo de decir. La madre de los mellizos, Kalagan, creía que era injusto negarles a los nikaras el acceso a los dioses. Los Cike fueron la última oportunidad de Kalagan. Ha fracasado. He decidido que ya no habrá más chamanes en el Imperio.

—Ah, ¿lo ha decidido usted? —A Rin le costaba mantenerse erguida. Seguía sin comprender del todo qué estaba sucediendo, pero tampoco le hacía falta entenderlo. La dinámica de ese encuentro estaba clara. Los jinetes la consideraban un animal al que había que sacrificar. Creían que podían decidir quién tenía o no acceso al Panteón.

Esa pura arrogancia provocó que quisiese escupirles.

La Sorqan Sira parecía divertirse.

—¿Te he disgustado?

—No necesitamos su permiso para existir —le espetó Rin.

—Sí, sí que lo necesitáis. —La mujer le dedicó una sonrisa desdeñosa—. Sois niños pequeños, metéis la mano en un vacío que no comprendéis para tomar juguetes que no os pertenecen.

Rin quiso quitarle ese gesto de desdén de la cara con un guantazo.

—Los dioses tampoco os pertenecen a vosotros.

—Y somos conscientes de ello. Esa es la diferencia. Los nikaras sois el único pueblo lo bastante idiota como para hacer bajar a los dioses a este mundo. Nosotros, los ketreyides, jamás nos atreveríamos a cometer los disparates que cometéis los chamanes.

—Entonces, sois unos cobardes —le respondió—. Y solo porque vosotros no los invoquéis, no quiere decir que no podamos hacerlo nosotros.

La Sorqan Sira echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reírse… Era una risa dura como el graznido de un cuervo.

—De verdad, hablas igual que ellos.

—¿Que quiénes?

—¿Es que nadie te lo ha dicho? —La Sorqan Sira le tomó de nuevo el rostro entre las manos. Ella intentó apartarse, pero los dedos de la mujer se cerraron con fuerza sobre sus mejillas. Acercó tanto su rostro al de Rin que lo único que la joven pudo ver fueron esos ojos negros como la obsidiana—. ¿No? Entonces, te lo mostraré.

Las visiones perforaron la mente de Rin como si le hubiesen clavado cuchillos en las sienes.

Se hallaba en una estepa desierta, a la sombra de unas dunas que se extendían hasta donde llegaba la vista. La arena le azotaba los tobillos. El viento emitía una nota grave y melancólica.

Rin bajó la mirada y vio unas trenzas blancas entrelazadas con conchas y huesos. Entonces se percató de que ese era el recuerdo de una Sorqan Sira con muchos menos años. A su izquierda divisó a una joven que debía de tratarse de la madre de los mellizos, Kalagan. Tenía los mismos pómulos altos que Qara y la misma mata de pelo blanco que Chaghan.

Ante ellas se encontraba la Tríada.

Rin los contempló, maravillada.

Eran tan jóvenes. No debían de ser mucho mayores que ella en ese momento. Podrían haber sido perfectamente estudiantes de cuarto año en Sinegard.

A esa edad tan temprana, Su Daji ya era un belleza increíble y cautivadora. Emanaba sexo incluso estando allí parada. Rin lo percibió en el modo en el que movía las caderas hacia delante y hacia atrás, en el modo en el que le caía su larga cabellera sobre los hombros.

A la izquierda de Daji se encontraba el Emperador Dragón. Su rostro era maravillosa y sorprendentemente familiar. Las facciones marcadas, la nariz larga y recta y las cejas gruesas y oscuras. Era impactante lo atractivo, lo pálido y lo perfectamente esculpido que estaba, de tal forma que no parecía ni siquiera humano.

Debía de formar parte de la dinastía Yin.

Era más joven y encantador que Vaisra. Era igual que Nezha, pero sin las cicatrices, e igual que Jinzha, pero sin su arrogancia. Su rostro no era lo que se podía decir amable. Era demasiado severo y aristocrático. Pero su expresión era abierta, sincera y seria. Era un rostro en el que Rin confió de inmediato, porque no concebía que ese hombre fuese capaz de causar ningún mal.

Ahora comprendía lo que querían decir en las viejas historias cuando afirmaban que los soldados desertaban en tropel para unirse a él y que se arrodillaban a sus pies. La esperiliana lo habría seguido a donde fuera.

Y luego estaba Jiang.

Si alguna vez había llegado a dudar de que su antiguo maestro pudiera ser el Guardián, ahora no le quedaba ninguna duda de su identidad. Su cabello, cortado a la altura de las orejas, seguía siendo del mismo tono blanco sobrenatural. Su rostro no reflejaba una edad determinada, igual que cuando ella lo había conocido.

No obstante, cuando habló, se le retorció el rostro y pasó a ser un completo desconocido para Rin.

—No queréis enfrentaros a nosotros por esto —declaró—. Os estáis quedando sin tiempo. Si yo fuera vosotras, me marcharía mientras pudiese.

El Jiang al que Rin había conocido era apacible y alegre, se movía por el mundo con una especie de curiosidad distante. Hablaba en voz baja y caprichosa, como si fuese un espectador entusiasta en sus propias conversaciones. Pero el rostro de ese Jiang más joven reflejaba una dureza que sorprendió a la joven, y cada palabra que pronunciaba estaba cargada de una crueldad natural.

«Es por la furia», pensó. El Jiang al que ella había conocido era absolutamente pacífico, inmune a los insultos. Ese Jiang que tenía ahora delante estaba consumido por algún tipo de rabia venenosa que irradiaba de su interior.

La voz de Kalagan tembló con ira.

—Nuestro pueblo lleva siglos habitando la zona norte del desierto de Baghra. Vuestro jefe militar del Caballo no sabe lo que está haciendo. Esto no es diplomacia, es pura arrogancia.

—Quizás —dijo Jiang—. Pero tampoco teníais por qué descuartizar a su hijo y enviarle los dedos a su padre.

—Osó amenazamos —se justificó Kalagan—. Se lo merecía.

El Guardián se encogió de hombros.

—Puede que sí. Nunca me gustó ese chico. Pero ¿sabes cuál es nuestro dilema, mi querida Kalagan? Necesitamos al jefe militar del Caballo. Necesitamos sus tropas y sus corceles de guerra, y no los obtendremos si él está demasiado ocupado correteando por el desierto de Baghra defendiéndose de vuestras flechas.

—Pues que se retire entonces —dijo la Sorqan Sira.

Jiang se inspeccionó las uñas de las manos.

—O tal vez os obliguemos a vosotras a retiraros. ¿Tanto os cuesta instalaros en otra parte? Los ketreyides sois nómadas, ¿no?

Kalagan levantó su lanza.

—¿Cómo te atre…?

Jiang sacudió un dedo.

—Yo no haría eso.

—¿Crees que esto es prudente, Ziya?

Una chica salió de entre las filas de jinetes. Era increíble lo mucho que se parecía a Chaghan, pero su postura era más erguida, más fuerte, y su rostro tenía algo más de color.

—Retírate, Tseveri —le dijo la Sorqan Sira, pero la joven siguió avanzando hacia Jiang hasta que quedaron a unos centímetros el uno del otro.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó la joven en voz baja.

—Es una cuestión política —le dijo Jiang—. No es nada personal.

—Te enseñamos todo lo que sabes. Hace tres años, nos compadecimos de ti y te acogimos. Te dimos cobijo, te ocultamos, te sanamos, te contamos secretos que ningún nikara ha conocido antes. ¿No somos como una familia para ti?

Le hablaba a Jiang de forma íntima, como lo haría una hermana. Pero si al Guardián le llegó a molestar, lo disimuló muy bien tras una máscara de indiferencia.

—¿No te basta con un simple «gracias»? —le preguntó—. ¿O es que también quieres un abrazo?

—Ten cuidado con a quién le das la espalda —le advirtió Tseveri—. Realmente no necesitas al jefe militar del Caballo. A nosotras sí que nos sigues necesitando. Necesitas nuestra sabiduría. Hay tantas cosas que aún desconoces…

—Lo dudo. —Jiang sonrió con desdén—. Ya me he cansado de jugar a filosofar con un pueblo tan cobarde que se encoge de miedo ante el Panteón. Necesito poder de verdad. Fuerza militar. El jefe militar del Caballo puede proporcionarnos eso. ¿Qué podéis darme vosotras? ¿Conversaciones interminables sobre el cosmos?

—No tienes ni idea de lo ignorante que sigues siendo. —Tseveri le dedicó una mirada de lástima—. Veo que os habéis anclado entre vosotros. ¿Fue doloroso?

Rin no tenía ni idea de qué significaba aquello, pero vio cómo Daji daba un respingo.

—No os sorprendáis tanto —prosiguió Tseveri—. Obviamente estáis vinculados. Veo el resplandor que os une. Creéis que eso os hace fuertes, pero es lo que acabará destruyéndoos.

—No sabes de qué estás hablando —le dijo Jiang.

—¿No? —Tseveri ladeó la cabeza—. Pues tengo una profecía para vosotros. Vuestro vínculo acabará rompiéndose. Os destruiréis los unos a los otros. Uno morirá, otro gobernará y otro dormirá durante toda la eternidad.

—Eso es imposible —resopló Daji—. Ninguno de nosotros puede morir. Al menos, no mientras los otros vivan.

—Eso es lo que tú te crees —le dijo Tseveri.

—Ya es suficiente —intervino Riga. A Rin le sorprendió muchísimo que hasta su voz sonara como la de Nezha—. No hemos venido hasta aquí para esto.

—Habéis venido para iniciar una guerra que no sabéis cómo librar. Y si me ignoráis, os atendréis a las consecuencias. —Tseveri intentó tomarle la mano a Jiang—. Ziya. Por favor, no me hagas esto.

Jiang se negó a mirarla a los ojos.

Daji bostezó e intentó, de forma poco entusiasta, taparse la boca con el dorso de la mano, delicada y pálida.

—Podemos hacer esto por las buenas. Nadie tiene por qué acabar herido. O podríamos enfrentarnos ya.

Kalagan le apuntó con su lanza.

—No te lo tengas tan creído, niña.

Una energía crepitante inundó el aire. Incluso a través de ese recuerdo lejano, Rin pudo sentir cómo el propio tejido del desierto había cambiado. Las fronteras del mundo material comenzaban a debilitarse, amenazando con deformarse y ceder ante el mundo espiritual.

Algo le estaba sucediendo a Jiang.

Su sombra se retorció exageradamente contra la arena brillante. Aquella forma no era la de Jiang, sino la de algo terrible: una miríada de bestias, de muchos tamaños y formas, que cambiaban cada vez más rápido, con una creciente desesperación, como si intentaran liberarse por todos los medios.

Las bestias también estaban dentro de Jiang. Rin podía verlas, esas sombras que le desgarraban la piel desde debajo, unas manchas negras horribles que empujaban para intentar salir.

Tseveri gritó algo en su propia lengua. Una súplica o un encantamiento, la esperiliana no lo tenía claro, pero sonaba desesperada.

Daji rio.

—¡No! —gritó Rin, pero Jiang no la escuchó… No podía escucharla porque todo aquello ya había sucedido. Lo único que la joven podía hacer era observar inútilmente mientras Jiang atravesaba el tórax de Tseveri con la mano y le arrancaba el corazón, que aún latía.

Kalagan chilló.

—Suficiente —dijo la Sorqan Sira en el presente. Lo último que Rin vio fue a Daji lanzando sus agujas hacia las ketreyides, a Jiang y a sus bestias inmovilizando a la Sorqan Sira y a Riga impasible, contemplando la matanza con ese rostro sabio y bondadoso, con los brazos levantados beatíficamente como si estuviera bendiciendo esa masacre con su presencia.

—Les entregamos a los nikaras las llaves de los cielos y ellos nos robaron nuestras tierras y asesinaron a mi hija. —La voz de la Sorqan Sira era plana, sin rastro de emoción. Como si simplemente estuviera narrando una anécdota interesante. Como si ya hubiese procesado su dolor tantas veces antes que ya había dejado de sentirlo.

Rin se agachó y se apoyó sobre las manos y las rodillas entre jadeos. No podía quitarse la imagen de Jiang de la cabeza. Su maestro riéndose a carcajadas con las manos cubiertas de sangre.

—¿Te sorprende? —le preguntó la Sorqan Sira.

—Lo conocía —susurró la esperiliana—. Sé cómo era, y no era así…

—¿Cómo es posible que sepas cómo era el Guardián? —se mofó la Sorqan Sira—. ¿Alguna vez le has preguntado por su pasado? ¿Sabías acaso algo de todo esto?

Lo peor era que todo aquello tenía sentido… La verdad había caído sobre Rin como una jarra de agua fría y el misterio de Jiang había quedado resuelto. Ahora sabía por qué había huido, por qué se había escondido en la Chuluu Korikh.

Su maestro debía de haber comenzado a recordarlo todo.

El hombre al que había conocido en Sinegard no era más que la sombra de una persona. La sombra patética y afable de una personalidad que había suprimido. No había estado fingiendo. Rin estaba segura de ello. Nadie podía fingir tan bien.

Simplemente Jiang no había estado al corriente de nada de eso. El Sello le había robado sus recuerdos, igual que algún día le robaría a Rin los suyos, y los había ocultado detrás de un muro en su mente.

¿Le parecía ahora mejor que estuviera en la prisión de piedra, suspendido a medio camino entre la amnesia y la cordura?

—Ya lo has visto. Entenderás por qué preferimos acabar contigo. —La Sorqan Sira asintió con la cabeza en dirección a Bekter.

Su orden muda sonó con claridad en la mente de Rin. «Mátalos».

—¡Espera! —La joven se levantó como pudo—. Por favor… No tenéis por qué…

—No me gustan las súplicas, niña.

—No estoy suplicando, estoy intentando llegar a un acuerdo —se apresuró a decir Rin—. Tenemos un enemigo común. Vosotros queréis a Daji muerta. Queréis venganza. ¿No es así? Yo también. Si nos matáis, habréis perdido a un aliado.

La Sorqan Sira resopló.

—Podemos eliminar a la Víbora nosotros mismos sin problema.

—No, no podéis. Si pudierais, ya estaría muerta. Le tenéis miedo. —Rin fue reflexionando sobre ello mientras hablaba, formando un argumento sobre la marcha—. En veinte años ni siquiera os habéis atrevido a aventuraros al sur, no habéis intentado recuperar vuestras tierras. ¿A qué se debe? Se debe a que sabéis que la Víbora os destruiría. Ya habéis perdido antes contra ella. No os atrevéis a enfrentaros de nuevo.

La Sorqan Sira entornó la mirada, pero no dijo nada. Rin sintió una punzada desesperada de esperanza. Si sus palabras hacían enfadar a los ketreyides, eso significaba que había algo de cierto en ellas. Significaba que aún tenía la posibilidad de convencerlos.

—Pero ya habéis visto lo que soy capaz de hacer —prosiguió—. Sabéis que puedo enfrentarme a ella porque sois conscientes de lo que somos capaces los esperilianos. Ya me he enfrentado antes a la emperatriz. Liberadme y lucharé por vosotros.

La Sorqan Sira le hizo una pregunta a Chaghan en su propia lengua. Conversaron durante un momento. Las palabras del vidente sonaban vacilantes y deferentes, las de la Sorqan Sira eran duras y airadas. Ambos desplazaban la mirada de vez en cuando hacia Kitay, que se movía incómodo y confundido.

—Lo hará —dijo al fin Chaghan en nikara—. No le queda otra opción.

—¿Qué es lo que haré? —preguntó Rin.

Los dos la ignoraron para seguir debatiendo.

—No merece la pena asumir el riesgo —los interrumpió Bekter—. Lo sabes, madre. Los esperilianos enloquecen mucho antes que el resto.

Chaghan negó con la cabeza.

—Ella no. Es estable.

—Ningún esperiliano es estable —insistió Bekter.

—Le ha hecho frente —argumentó el vidente—. Ya no consume opio. Lleva meses sin tocarlo.

—¿Una esperiliana adulta que no fuma? —La Sorqan Sira ladeó la cabeza—. Eso sí que es nuevo.

—Eso da igual —siguió Bekter—. El Fénix se apoderará de ella. Siempre lo hace. Es mejor

matarla ahora…

Chaghan habló por encima de él, dirigiéndose directamente a su tía.

—La he visto en sus peores momentos. Si el Fénix pudiera apoderarse de ella, ya lo habría hecho.

—Está mintiendo —gruñó Bekter—. Míralo, es patético. Los está protegiendo incluso ahora…

—Basta —dijo la Sorqan Sira—. Yo misma descubriré la verdad.

De nuevo, agarró a Rin de la cara.

—Mírame. —Esta vez, sus ojos tenían un aspecto distinto. Se habían vuelto extensiones oscuras y vacías, ventanas hacia un abismo que la esperiliana no quería ver. La joven dejó escapar un sollozo involuntario, pero la mujer apretó los dedos con más fuerza bajo su mandíbula—. Mírame.

Rin sintió que caía hacia la oscuridad. La Sorqan Sira no estaba insertándole a la fuerza ninguna visión en la mente, sino que la obligaba a conjurar una ella misma. Los recuerdos aparecieron ante sí, fragmentos desordenados e irregulares de imágenes que la joven se había esforzado mucho por enterrar. Se vio formando un mar de fuego, cayendo de espaldas en las aguas negras, arrodillada a los pies de Altan, con la sangre acumulándosele en la boca. El Sello se cernía sobre ella.

Había crecido. Era tres veces más grande que la última vez que lo había visto. Era un despliegue de colores extensos e hipnóticos que giraban y latían igual que un corazón, dispuestos como si fueran un carácter que la joven no sabía leer.

Rin pudo sentir la presencia de Daji en el interior: enfermiza, adictiva, seductora. A su alrededor sonaron susurros, como si la emperatriz estuviera murmurándole al oído, prometiéndole cosas maravillosas.

«Te apartaré de todo esto. Te daré todo lo que siempre has querido. Te devolveré a Altan. Solo tienes que rendirte».

—¿Qué es esto? —murmuró la Sorqan Sira.

Rin no pudo responderle.

La mujer le soltó la cara.

La joven cayó de rodillas, con las manos abiertas sobre el suelo firme. El sol giraba en círculos por encima de ella.

Tardó un momento en percatarse de que la Sorqan Sira se estaba riendo.

—Te tiene miedo —susurró la mujer—. Su Daji te tiene miedo.

—No lo entiendo —dijo Rin.

—Esto lo cambia todo. —La Sorqan Sira ladró una orden. Los jinetes que estaban más cerca de Rin la levantaron por los brazos y la pusieron en pie.

—¿Qué estáis haciendo? —La esperiliana se resistió—. No podéis matarme. Me necesitáis…

—Ay, niña. No vamos a matarte. —La Sorqan Sira extendió un brazo y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Vamos a curarte.



22

Los ketreyides ataron a Rin contra un árbol, aunque esta vez fueron mucho más amables. Le inmovilizaron las manos sobre el regazo, en lugar de retorcérselas dolorosamente en la espalda, y no le ataron las piernas cuando se dieron cuenta de la lesión que tenía en el tobillo.

La joven no podría haber corrido muy lejos aunque no hubiese tenido un esguince. Sentía un cosquilleo en las extremidades a causa del cansancio, tenía la mente embotada y había comenzado a emborronársele la visión. Se apoyó contra el árbol, con los ojos cerrados. No recordaba cuándo había sido la última vez que había comido algo.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Kitay.

Rin fijó la mirada con dificultad en el claro. Los ketreyides estaban montando postes de madera para crear una estructura similar a una cúpula enrejada, lo bastante grande como para acomodar a dos personas en su interior. Cuando la cúpula estuvo terminada, la envolvieron por arriba con dos mantas gruesas hasta que quedó completamente cubierta.

Los ketreyides también añadieron troncos a la mísera hoguera que ellos habían montado antes. Ahora era una fogata en condiciones, con las llamas tan altas que llegaban por encima de la Sorqan Sira. Dos jinetes cargaron hasta allí una pila de rocas desde la orilla, todas casi del tamaño de la cabeza de Rin, y las colocaron una a una encima del fuego.

—Están preparando una sauna —les explicó Chaghan—. Para eso son las rocas. Entrarás en la yurta con la Sorqan Sira.

Irán metiendo las rocas en el interior una a una, y verterán agua sobre ellas mientras estén calientes. Eso inundará la yurta de vapor y subirá la temperatura justo hasta el límite en el que podría matarte.

—Van a cocerme como si fuera un pescado —dijo Rin.

—Es arriesgado. Pero es el único modo para sacar de tu interior algo como el Sello. Lo que Daji te ha dejado dentro es como veneno. Con el tiempo, seguirá infectando tu subconsciente y corrompiéndote la mente.

Rin parpadeó preocupada.

—¡Podrías haberme dicho eso antes!

—No creí que mereciera la pena asustarte, teniendo en cuenta que no podíamos hacer nada al respecto.

—¿No pensabas decirme nunca que iba a acabar enloqueciendo?

—Llegado el momento, te habrías acabado dando cuenta.

—Te odio.

—Tranquilízate. El sudor extraerá el veneno de tu mente. —Chaghan hizo una pausa—. Bueno, tienes más posibilidades con este método que con cualquier otro. Aunque no siempre funciona.

—Muy optimista —dijo Kitay.

Chaghan se encogió de hombros.

—Si no funciona, la Sorqan Sira pondrá fin a tu sufrimiento.

—Qué maja —masculló Rin.

—No notarás nada —le aseguró Qara—. Te rajará rápidamente las arterias, de una forma tan precisa que apenas lo sentirás. Ya lo ha hecho antes.

—¿Puedes caminar? —le preguntó la Sorqan Sira.

Rin se despertó de golpe. No recordaba haberse quedado dormida. Seguía agotada. Sentía el cuerpo tan pesado como si cargara con un montón de rocas.

Parpadeó para espabilarse y miró a su alrededor. Yacía hecha un ovillo en el suelo. Por suerte, alguien le había desatado los brazos. Logró sentarse y estiró la espalda.

—¿Puedes caminar? —le repitió la Sorqan Sira.

Rin flexionó el tobillo. El dolor le recorrió toda la pierna.

—Creo que no.

La mujer elevó la voz.

—Bekter, levántala.

El aludido bajó la mirada hacia Rin con desagrado.

—Yo también te odio —le respondió la joven.

Estaba segura de que iba a replicarle algo, pero la orden de la Sorqan Sira debía considerarse ley, porque Bekter se limitó a agacharse, cogerla entre sus brazos y cargar con ella hasta la yurta. No se esforzó en ser amable. Rin se movió incómoda entre sus brazos y se golpeó el tobillo inflamado contra la entrada de la yurta cuando Bekter la dejó dentro.

Sofocó un grito de dolor porque no quiso darle el gusto de escucharla gritar. Bekter dejó caer la lona de la entrada sin decir nada.

El interior estaba completamente oscuro. Los ketreyides habían acolchado los laterales con tantas capas de mantas que no entraba ni un solo rayo de sol.

El aire en el interior era frío, silencioso y tranquilo, como el fondo de una cueva. Si Rin no hubiese sabido dónde se encontraba, habría pensado que las paredes estaban hechas de piedra. Soltó el aire poco a poco y escuchó cómo su aliento ocupaba el espacio vacío.

La luz inundó la yurta cuando la Sorqan Sira entró a través de la lona de la puerta. Llevaba un cubo con agua en una mano y un cazo en la otra.

—Túmbate —le dijo—. Pégate todo lo posible a las paredes.

—¿Para qué?

—Para que no caigas sobre las rocas cuando te desmayes.

Rin se acomodó en un rincón, con la espalda pegada al tejido tensado, y presionó una de sus

mejillas contra la tierra fría. La puerta de lona de la tienda se cerró. Rin escuchó cómo la Sorqan Sira se desplazaba por la yurta hasta acabar tomando asiento a su lado.

—¿Estás lista? —le preguntó.

—¿Acaso tengo otra opción?

—No, pero deberías preparar tu mente. Si estás asustada, esto podría salir muy mal. —La mujer llamó a los jinetes que estaban en el exterior—: La primera piedra.

Una pala apareció a través de la puerta de lona con una sola roca que refulgía de un rojo intenso. El jinete lanzó la roca hacia el lecho fangoso que había en el centro de la yurta, volvió a sacar la pala y cerró la lona.

En la oscuridad, Rin oyó a la Sorqan Sira sumergir el cazo en el agua.

—Que los dioses escuchen nuestras plegarias. —Cayó agua sobre la piedra. Un potente siseo inundó la yurta—. Que nos concedan nuestros deseos de contactar con ellos.

Rin sintió el vapor en la nariz. Sofocó las ganas que le entraron de estornudar.

—Que nos abran los ojos para ver —siguió la mujer—. Segunda piedra.

El jinete depositó otra roca en el lecho fangoso. Otra salpicadura, otro siseo. El vapor era cada vez más denso y caliente.

—Que nos concedan oídos para poder escuchar sus voces.

Rin comenzaba a sentirse mareada. El pánico le oprimía el pecho. Apenas podía respirar. Aunque tenía los pulmones llenos de aire, sentía que se estaba ahogando. No podía seguir tendida y quieta. Tanteó el borde de la tienda, desesperada por respirar aire fresco, lo que fuera… El vapor le cubría ya la cara. Cada parte de su ser estaba ardiendo. La estaba cociendo viva.

No dejaron de meter piedras: una tercera, una cuarta, una quinta. El vapor era insoportable. Intentó cubrirse la nariz con la manga, pero esta también estaba húmeda, e intentar respirar a través de ella era una de las peores formas de tortura que se le ocurrían.

—Deja la mente en blanco —le ordenó la Sorqan Sira.

A la joven le latía el corazón desbocado, con tanta fuerza que podía sentirlo en las sienes.

«Voy a morir aquí dentro».

—Deja de resistirte —le indicó la Sorqan Sira con urgencia—. Relájate.

¿Relajarse? Lo único que Rin quería era salir como fuese de la yurta. Le daba igual si se quemaba los pies al apoyarlos contra las rocas, le daba igual si se resbalaba en el fango, quería salir al aire libre, donde pudiera respirar.

Tan solo los años que había pasado practicando meditación con Jiang la ayudaron a contenerse y a no levantarse y salir corriendo.

«Respira».

«Solo respira».

Podía sentir cómo se le ralentizaba el corazón hasta casi detenerse.

Todo le daba vueltas y veía destellos. Vislumbró pequeñas luces en la oscuridad, velas que titilaban en la periferia de su visión, estrellas que se apagaban cuando miraba hacia ellas…

El aliento de la Sorqan Sira le hizo cosquillas en la oreja.

—No tardarás en ver muchas cosas. El Sello querrá tentarte. Recuerda que nada de lo que veas será real. Esto será una prueba que debes superar. Si la pasas, saldrás intacta y con total control de tus habilidades naturales. Si fracasas, te rajaré el cuello.

—Estoy lista —jadeó Rin—. Estoy acostumbrada al dolor.

—Esto no tendrá que ver con el dolor —le dijo la mujer—. La Víbora jamás te hará sufrir. Cumplirá tus deseos. Te prometerá paz cuando sabes bien que debes librar una batalla. Eso es peor.

Presionó su pulgar contra la frente de Rin. El suelo desapareció bajo sus pies.

La esperiliana vio un torrente de colores brillantes, llamativos y estridentes que se convertían en formas definidas tan solo cuando entornaba la vista. Los rojos y dorados se transformaban en serpentinas y fuegos artificiales. Los azules y los púrpuras, en frutas, bayas y copas de vino.

Miró asombrada a su alrededor. Se encontraba en un enorme salón de banquetes. Su tamaño era el doble que el de la sala del trono del Palacio de Otoño. Estaba lleno de mesas largas en las que se hallaban sentados unos invitados hermosamente ataviados. Vio platos con fruta del dragón cortada en forma de flor, sopa humeante servida en caparazones de tortuga y cerdos asados que ocupaban sus propias mesas, con sirvientes cuya única labor era trinchar trozos de carne para los invitados. El vino de sorgo circulaba por unas zanjas doradas grabadas a los laterales de las mesas para que los comensales pudieran llenar sus copas ellos mismos cuando lo desearan.

Aparecieron y desaparecieron de su vista rostros que conocía, que llevaba tanto tiempo sin ver que tenía la sensación de que pertenecían a otra vida. Vio al profesor Feyrik sentado dos mesas más allá, limpiando meticulosamente las raspas de un pescado. Vio a los maestros Irjah y Jima riéndose en la mesa más alta con el resto de los maestros de la academia.

Kesegi la saludó con la mano desde su asiento. No había cambiado desde la última vez que lo había visto… Seguía teniendo diez años, la piel tostada y los huesos muy marcados. Se quedó contemplándolo. Había olvidado la sonrisa tan maravillosa que tenía, descarada e irreverente.

Vio a Kitay vestido con un uniforme de general. Llevaba el cabello hirsuto muy largo, recogido en un moño sobre la nuca. Estaba enfrascado en una conversación con el maestro Irjah. Cuando se dio cuenta de que Rin lo miraba, le guiñó un ojo.

—Hola —le dijo una voz familiar.

La esperiliana se dio la vuelta y el corazón le dio un vuelco.

Cómo no, tenía que tratarse de Altan. Todo se reducía siempre a él, que la acechaba desde cada rincón de su mente, siempre cuestionando cada decisión que tomaba.

Sin embargo, ese Altan estaba vivo y entero… No como lo había conocido en Khurdalain, cuando llevaba sobre los hombros el peso de una guerra que ganaría con su suicidio. La versión que tenía delante ahora era la mejor del esperiliano, la forma en la que Rin trataba de recordarlo, una versión que difícilmente había sido real. Seguía teniendo cicatrices en el rostro, el cabello despeinado y demasiado largo, recogido en un moño descuidado, y empuñaba ese tridente con la elegancia natural de alguien que había pasado más tiempo en el campo de batalla que fuera de él.

Ese era un Altan que había luchado porque le encantaba hacerlo y se le daba bien, y no porque era la única cosa para la que había entrenado en su vida.

Tenía los ojos marrones. Sus pupilas no estaban contraídas. No olía a humo. Al sonreír, casi parecía feliz.

—Estás aquí. —Rin no logró hablar más que en un susurro—. Eres tú.

—Pues claro que soy yo —le respondió—. Ni siquiera una escaramuza fronteriza podría alejarme de ti hoy. Tyr quería mi cabeza en una estaca, pero ni siquiera él puede plantarle cara a

la furia de madre y padre.

¿Una escaramuza fronteriza?

¿Tyr?

¿Madre y padre?

La confusión tan solo duró un momento. Rin lo entendió enseguida. Los sueños seguían su propia lógica, y aquello no era más que un sueño hermoso. En ese mundo, Speer jamás había sido destruido. Tearza no había muerto ni había abandonado a su pueblo para que acabara esclavizado. Y los suyos no habían sido masacrados de la noche a la mañana en la Isla Muerta.

Estuvo a punto de reírse en voz alta. En esa ilusión, su mayor preocupación era una puta escaramuza fronteriza.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Altan.

—¿Nerviosa?

—Me sorprendería que no lo estuvieras —le dijo. Bajó el tono de voz hasta que se convirtió en un susurro conspirativo—. A no ser que lo estés reconsiderando. Y…, en fin, si es así, no pasa nada. Si te soy sincero, a mí tampoco me ha caído nunca demasiado bien.

—¿Quién? —le preguntó Rin.

—Solo está celoso de que vayas a casarte tú primero, cuando nadie quiere estar con él. —Ramsa se interpuso entre ambos, haciéndose un hueco a codazos, mientras le daba bocados a un pan de frijoles rojos. Inclinó la cabeza en dirección a Altan—. Hola, comandante.

El esperiliano puso los ojos en blanco.

—¿No tienes fuegos artificiales que encender?

—Eso no es hasta más tarde —les explicó Ramsa—. Vuestros padres me han dicho que me castrarán si me atrevo a toquetearlos ahora. Han mencionado algo sobre riesgos para la seguridad.

—No me extraña. —Altan le alborotó el pelo al chico—. ¿Por qué no vas corriendo hasta allí y disfrutas del festín?

—Porque esta conversación es mucho más interesante. —Ramsa le dio un buen bocado al pan y habló con la boca llena—: Entonces, ¿qué vas a hacer, Rin? ¿Vamos a tener una novia a la fuga? Porque antes me gustaría terminar de comer.

Rin tenía la boca abierta. Desplazaba la mirada entre Ramsa y Altan mientras intentaba detectar alguna evidencia de que eran ilusiones… Alguna imperfección, alguna falta de corporalidad.

Pero eran sólidos, estaban llenos de detalles y de vida. Y eran tan tan felices. ¿Cómo podían ser tan felices?

—¿Rin? —Altan le dio un golpecito en el hombro—. ¿Te encuentras bien?

La joven negó con la cabeza.

—No… Esto no…

Altan pareció preocupado.

—¿Necesitas tumbarte un momento?

—No, es que…

El esperiliano la tomó del brazo.

—Siento haberme burlado de ti. Ven, vamos a buscar un banco en el que sentarte.

—No, eso no es lo que… —Rin se lo quitó de encima y retrocedió. Estaba caminando de espaldas, de eso estaba segura. Pero, de algún modo, cada vez que daba un paso seguía a la misma

distancia de Altan que al principio.

—Acompáñame —le repitió el esperiliano, y su voz resonó por toda la estancia. Los colores del salón de banquetes se atenuaron. Los rostros de los invitados se emborronaron. Él era la única figura definida a la vista.

Extendió una mano hacia ella.

—Venga, date prisa.

Rin sabía qué era lo que pasaría si obedecía.

Que todo acabaría. Tal vez la ilusión se mantuviera un par de minutos más, o una hora, o una semana. El tiempo funcionaba de forma distinta en los sueños. Tal vez pudiera disfrutar de aquello durante toda una vida. Aunque, en realidad, estaría sucumbiendo al veneno de Daji. Su vida se habría terminado. Jamás se despertaría de ese hechizo.

Pero ¿tan malo sería que sucediera eso?

Quería ir con Altan. Era lo que más deseaba.

—Nadie tiene por qué morir —le dijo el esperiliano, expresando en voz alta sus propios pensamientos—. Será como si las guerras no se hubieran producido nunca. Puedes recuperarlo todo. A todos. Nadie tiene por qué irse.

—Pero ya se han ido —susurró Rin, y nada más decir eso, la verdad fue evidente. Los rostros en el salón de banquetes eran falsos. Sus amigos estaban muertos. El profesor Feyrik se había ido. El maestro Irjah se había ido. Golyn Niis había desaparecido. Speer ya no existía. Y nada podía traerlos de vuelta—. No puedes tentarme con esto.

—Entonces, puedes unirte a ellos —le dijo Altan—. ¿Tan malo sería eso?

Las luces y las serpentinas brillaron con menos intensidad. Las mesas desaparecieron, igual que los invitados. Altan y ella se quedaron solos, dos llamas en un pasaje oscuro.

—¿Es esto lo que quieres? —Altan pegó su boca a la de Rin antes de que la joven pudiera decir algo. Unas manos ardientes le recorrieron todo el cuerpo y comenzaron a descender.

Todo estaba terriblemente caliente. Rin estaba ardiendo. Había olvidado lo que se sentía al arder de verdad… Era inmune a sus propias llamas, y jamás había sentido el fuego de Altan, pero aquello… Aquel era un dolor antiguo y familiar, terrible y delicioso al mismo tiempo.

—No —consiguió decir la joven—. No, no quiero esto…

Altan la agarró con más fuerza por la cintura.

—Sí que lo querías —le dijo, acercándola más a él—. Se te veía en la cara. Constantemente.

—No me toques. —Rin le dio un empujón en el pecho e intentó apartarlo en vano.

—No finjas que esto no es lo que quieres —le dijo Altan—. Me necesitas.

Rin no podía respirar.

—No, no te…

—¿Ah, no?

Apoyó la mano sobre su mejilla. La joven retrocedió, pero los dedos ardientes de Altan permanecieron firmes sobre su piel. Le bajó las manos por el cuello. Dejó los pulgares sobre la zona de las clavículas, un lugar cómodo. Y apretó. El fuego le atravesó a Rin la garganta.

—Regresa. —La voz de la Sorqan Sira le perforó la mente como un cuchillo, otorgándole varios deliciosos y fríos segundos de lucidez—. Recuerda quién eres. Si te entregas a él, habrás perdido.

Rin convulsionó contra el suelo.

—No quiero esto —gimió—. No quiero ver esto… Quiero salir…

—Es el veneno —le dijo la mujer—. El sudor lo amplifica, hace que hierva. Debes purgarte. De lo contrario, el Sello te matará.

Rin gimoteó.

—Haz que pare.

—No puedo. Debes empeorar para poder mejorar. —La Sorqan Sira la agarró de la mano y se la apretó—. Recuerda que él tan solo existe en tu mente. Solo puede tener el poder que tú le otorgues. ¿Puedes hacerlo?

Rin asintió y se agarró del brazo de la Sorqan Sira. No lograba encontrar el aliento para pronunciar las palabras «llévame de vuelta», pero la mujer asintió. Vertió otro cazo de agua sobre las piedras.

El calor se intensificó en la yurta. Rin se ahogaba. Arqueó la espalda, el mundo material se desvaneció y el dolor regresó. Los dedos de Altan volvían a estar alrededor de su cuello, apretándoselo, asfixiándola.

Se inclinó hacia ella. Sus labios rozaron los de Rin.

—¿Sabes qué es lo que quiero que hagas?

La esperiliana negó con la cabeza mientras jadeaba.

—Que te suicides —le ordenó.

—¿Qué?

—Quiero que te suicides —repitió—. Que enmiendes tus errores. Deberías haber muerto en ese muelle. Y yo soy el que debería haber sobrevivido.

¿Era eso cierto?

Debía serlo, si había permanecido tanto tiempo en su subconsciente. Y no podía mentirse a sí misma. Sabía (siempre lo había sabido) que si Altan hubiera sobrevivido y ella hubiese muerto, las cosas habrían sido muy distintas. Aratsha seguiría vivo, los Cike no se habrían disuelto, no habrían perdido en su enfrentamiento contra Feylen y la flota republicana tal vez no se encontraría hecha trizas en el fondo del lago Boyang.

Jinzha ya se lo había dicho. «Tendríamos que haber intentado salvar al otro».

—Tú eres la culpable de que haya muerto —prosiguió Altan, implacable—. Haz lo correcto. Suicídate.

Rin tragó saliva.

—No.

—¿Por qué no? —Ejerció más presión con los dedos contra su cuello—. No es que le seas particularmente útil a nadie que esté vivo.

Rin le agarró las manos.

—Porque ya no sigo tus órdenes.

Altan era producto de su imaginación. Solo podía tener el poder que ella estuviera dispuesta a otorgarle.

Le apartó los dedos de su cuello. Uno a uno, los fue aflojando. Casi se había liberado. Altan apretó con más fuerza, pero ella lo apartó de una patada, que le acertó en la espinilla. En cuanto la soltó, Rin se echó hacia atrás para alejarse de él y se puso en cuclillas, lista para atacar.

—¿De verdad? —resopló Altan—. ¿Vas a enfrentarte a mí?

—No pienso seguir postrándome ante ti.

—¿Postrarte? —repitió, como si fuera una palabra ridícula—. ¿Así es como lo ves? Ay, Rin, nunca se trató de eso. No buscaba que te postraras ante mí. Quería manejarte. Controlarte. Eres una puta idiota, siempre tenía que estar diciéndote lo que tenías que hacer.

—No soy idiota —replicó la joven.

—Sí, sí que lo eres. —Altan sonrió, condescendiente, hermoso y detestable al mismo tiempo —. No eres nada. Eres una inútil. Comparada conmigo, eres…

—No soy nada —lo interrumpió ella—. He sido una comandante horrible. No podía funcionar sin el opio. Aún sigo sin poder invocar el fuego. Puedes enumerar lo que odias de mí, pero todo eso ya lo sé. No puedes decirme nada que vaya a hacerme más daño.

—Ah, eso lo dudo. —De pronto, apareció el tridente entre sus manos y lo hizo girar mientras avanzaba hacia ella—. A ver qué te parece esto: siempre quisiste verme muerto.

Rin dio un respingo.

—No, nunca quise eso.

—Me detestabas. Me tenías miedo. Estabas deseando poder deshacerte de mí. Admítelo. Cuando morí, te reíste.

—No, lloré desconsoladamente —respondió—. Lloré durante días, hasta que no pude seguir respirando. Y luego, intenté dejar de respirar de una vez por todas. Pero, cada vez que eso sucedía, Enki me devolvía a la vida. Y después, pasaba a odiarme a mí misma porque me habías dicho que tenía que seguir viviendo, pero detestaba vivir porque fuiste tú el que me dijo que lo hiciera…

—¿Por qué ibas a llorar mi pérdida? —le preguntó Altan en voz baja—. Apenas me conocías.

—Tienes razón —replicó Rin—. Amaba la idea que tenía de ti. Estaba prendada de ti. Quería ser tú. Pero no te conocía lo suficiente, y jamás sabré realmente quién eras. Ya he dejado de preguntármelo, Altan. Estoy lista para matarte.

Un tridente se materializó entre las manos de la joven.

Ahora contaba con un arma. No estaba indefensa contra él. Jamás lo había estado. Simplemente nunca se le había ocurrido fijarse bien.

Altan miró perplejo las puntas del tridente.

—No te atreverás.

—No eres real —declaró Rin con calma—. Altan está muerto, y ya no puedo hacerle daño.

—Mírame —le dijo él—. Mírame a los ojos. Dime que no soy real.

Rin arremetió contra él. Altan paró el golpe. La joven consiguió desenganchar las puntas de ambos tridentes y volvió a intentarlo.

Altan elevó la voz.

—Mírame.

—Eso hago —dijo ella en voz baja—. Lo veo todo.

Altan vaciló.

Rin lo apuñaló en el pecho.

El esperiliano abrió mucho los ojos, pero, por lo demás, no se movió. Un reguero de sangre comenzó a bajarle despacio por la comisura de la boca. Un círculo rojo se le extendió por el pecho.

No había sido un ataque mortal. Lo había apuñalado justo por debajo del esternón. No le había acertado en el corazón. Acabaría desangrándose hasta morir, pero Rin no quería que se

fuera aún. Lo necesitaba vivo y consciente.

Aún necesitaba la absolución.

Altan bajó la mirada hacia las puntas del tridente que le atravesaban el pecho.

—¿Quieres matarme?

Rin retiró el tridente. La sangre comenzó a salir a borbotones a través de su uniforme.

—Ya lo he hecho en el pasado.

—Pero ¿podrías hacerlo ahora? —inquirió él—. ¿Podrías acabar conmigo? Rin, si me matas aquí, me iré para siempre.

—No quiero eso.

—Entonces, sigues necesitándome.

—No como antes.

Rin se dio cuenta, por fin fue consciente de que seguir el legado de Altan Trengsin no la acercaría a la verdad. No podría replicar su imagen en su mente por mucho que se torturara a sí misma repasando cada recuerdo. Lo único que podía era heredar su dolor.

¿Y qué había que replicar? ¿Quién era Altan en realidad?

Un chico asustado de Speer que solo había querido volver a casa. Un chico roto que había descubierto que no tenía ningún hogar al que volver. Y un soldado que había permanecido con vida solo para fastidiar a todos aquellos que consideraban que debía estar muerto. Un comandante sin propósito, sin nada por lo que luchar y sin nada que le importase salvo hacer arder el mundo.

Altan no había sido ningún héroe. Ahora lo veía claro, de un modo tan sorprendentemente evidente que sintió que se había sumergido en agua congelada, que había salido de allí y había renacido.

No le debía sentirse culpable.

No le debía nada.

—Sigo queriéndote —le dijo Rin, porque tenía que ser sincera.

—Lo sé. Y eres una idiota por ello —respondió Altan. Dio un paso adelante y la tomó de la mano. Entrelazó sus dedos con los de ella—. Bésame. Sé que es lo que siempre has querido.

Rin se llevó los dedos empapados en sangre de Altan hacia la mejilla. Cerró los ojos, solo por un momento, y pensó en cómo podrían haber sido las cosas.

—Yo también te quería —le dijo él—. ¿Me crees?

—No, no te creo —respondió ella, y volvió a clavarle el tridente en el pecho.

El arma entró despacio, sin resistencia. Rin no sabía si se debía a que su visión de Altan ya se estaba desvaneciendo y ahora era inmaterial o a que el esperiliano, dentro de ese espacio onírico, la estaba ayudando deliberadamente al hundirse las tres puntas del tridente de forma limpia en el espacio del tórax, justo en el corazón.

Cuando Rin volvió a respirar, fue una sensación nueva y aterradora, una acción mecánica y también terriblemente confusa. ¿Era ese su cuerpo? ¿Ese recipiente mortal y torpe? Dedo a dedo, aprendió a mover su cuerpo de nuevo. Aprendió a hacer entrar el aire en sus pulmones. Aprendió a escuchar el sonido de su corazón latiendo en su interior.

Vio luces a su alrededor y, por encima de ella, un círculo perfecto de color azul. Tardó un

momento en darse cuenta deque se trataba del tejado de la yurta, que estaba abierto para dejar escapar el vapor.

—No te muevas —le dijo la Sorqan Sira.

La mujer apoyó una mano sobre el pecho de Rin, le presionó la zona con los dedos y comenzó a cantar. Sus afiladas uñas se le clavaron a la joven en la piel.

La esperiliana gritó.

Aquello no había acabado. Sintió una terrible sensación de tirantez, como si la Sorqan Sira le hubiera envuelto el corazón con los dedos y estuviera intentando sacárselo por entre las costillas.

Rin bajó la vista. Los dedos de la mujer no le habían atravesado la piel. El tirón procedía de algo en su interior; algo afilado y dentado dentro de ella, algo que no quería soltarla.

El cántico de la Sorqan Sira aumentó de volumen. Rin sintió una enorme presión, tan grande que estuvo segura de que iban a estallarle los pulmones. Aumentó y siguió aumentando… hasta que algo cedió. La presión desapareció.

Por un momento, lo único que pudo hacer fue quedarse tendida en el suelo y respirar, con los ojos fijos en el círculo azul que quedaba por encima de ella.

—Mira. —La Sorqan Sira abrió la palma de la mano hacia Rin. Allí tenía un coágulo de sangre del tamaño de su puño, con manchas negras y putrefacto. Olía a podrido.

Rin se apartó por instinto.

—¿Eso es…?

—El veneno de Daji. —La Sorqan Sira cerró el puño sobre el coágulo y apretó. La sangre negra rezumó por entre sus dedos y goteó sobre las rocas calientes. La mujer se miró con curiosidad las manos manchadas y luego se sacudió las últimas gotas sobre las piedras, donde chisporrotearon con fuerza y desaparecieron—. Ya no está. Eres libre.

Rin contempló las piedras manchadas, sin saber qué decir.

—No… —Se quedó sin voz antes de poder decir nada más. Entonces, todo sucedió de golpe. Le comenzó a temblar el cuerpo entero, atenazado por un dolor que ni siquiera ella había sido consciente de que estaba ahí. Enterró la cabeza entre las manos y gimoteó incoherencias, con los dedos pringados de lágrimas y mocos.

—No pasa nada por llorar —dijo la Sorqan Sira en voz baja—. Sé qué es lo que has visto.

—Pues que te den —dijo Rin entre sollozos—. Que te den.

Se le hinchó el pecho. Se abalanzó hacia delante y vomitó sobre las piedras. Le temblaban las rodillas. Le dolía el tobillo y se desplomó sobre sí misma, con la cara a unos centímetros de su propio vómito y los ojos cerrados por completo para contener el mar de lágrimas.

El corazón le latía con fuerza contra el tórax. Intentó concentrarse en su pulso, en contar sus latidos, segundo a segundo, para intentar calmarse.

«Se ha ido».

«Está muerto».

«Ya no puede seguir haciéndome daño».

Intentó acceder a su rabia, esa que siempre había usado de escudo, pero no pudo encontrarla. Sus emociones la habían quemado desde dentro. Las llamas ardientes se habían extinguido porque no tenían nada más que consumir. Se sentía seca, vacía, un cascarón. Y lo único que le quedó dentro fueron el agotamiento y el dolor bronco de la pérdida atascado en la garganta.

—Tienes derecho a sentir —murmuró la Sorqan Sira.

Rin se sorbió la nariz y se la secó con la manga.

—Pero no te sientas mal por él —añadió la mujer—. Ese nunca ha sido él. El hombre al que conociste está ahora en otra parte y en paz. En este cosmos, la vida y la muerte son iguales. Accedemos al mundo material y luego volvemos a marchamos, nos reencarnamos en algo mejor. Ese chico era miserable. Le has permitido irse.

Sí, Rin ya sabía todo aquello. En teoría, sabía que era cierto, que para el cosmos todos ellos eran fundamentalmente irrelevantes, que procedían del polvo y en polvo se convertirían.

Aquello debería haberla consolado. Sin embargo, en ese momento, no le interesaba lo temporal y lo inmaterial. Quería permanecer congelada para siempre en un instante en el mundo material con Altan. Ambos con las frentes pegadas, mirándose a los ojos, rozándose con los brazos y entrelazados, intentando fundirse en la corporalidad del otro.

Quería estar viva, ser mortal y eternamente temporal junto a él. Por eso lloraba.

—No quiero que desaparezca —susurró.

—Nuestros muertos no nos abandonan —le dijo la Sorqan Sira—. Nos atormentarán todo el tiempo que se lo permitamos. Ese chico es una enfermedad dentro de tu mente. Olvídalo.

—No puedo. —Rin se presionó el rostro contra las manos—. Era brillante. Era diferente. No había nadie como él.

—Te sorprendería. —La Sorqan Sira parecía muy triste—. No tienes ni idea de cuántos hombres hay iguales que Altan Trengsin.

—¡Rin! Por todos los dioses. —Kitay apareció a su lado en cuanto salió de la yurta. La joven sabía, por la expresión en el rostro de su amigo, que la había estado esperando en el exterior durante horas, con los dientes apretados a causa de la ansiedad.

—Sujétala —le indicó la Sorqan Sira.

Kitay le rodeó la cintura con un brazo para evitar que apoyase su peso en el tobillo lesionado.

—¿Estás bien?

Rin asintió. Juntos, avanzaron cojeando.

—¿Estás segura? —insistió.

—Estoy mejor —murmuró ella—. Creo que estoy mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

Se quedó de pie durante un minuto, apoyada contra el hombro de su amigo y disfrutando simplemente del aire frío.

Jamás había pensado que el aire pudiera tener un sabor o una sensación tan dulce. El viento contra su rostro era vigorizante y delicioso, más refrescante que el agua fría de la lluvia.

—Rin —la llamó Kitay.

La joven abrió los ojos.

—¿Qué?

Su amigo le miraba fijamente el pecho.

Rin se palpó, preguntándose si se le habría quemado la ropa a causa del calor. Si hubiera sido así, tampoco se habría dado cuenta. La sensación de volver a tener un cuerpo físico seguía pareciéndole tan ajena que bien podría haber estado caminando desnuda.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su amigo, aturdida.

La Sorqan Sira seguía sin decir nada.

—Mira más abajo —le indicó Kitay. Su voz sonaba extrañamente ahogada.

Y Rin miró hacia abajo.

—Ah —dijo débilmente.

Tenía sobre la piel la huella negra de una mano chamuscada, como si fuera un sello, justo por debajo del esternón.

Kitay se giró hacia la Sorqan Sira.

—¿Qué le ha…?

—No ha sido ella —le dijo Rin.

Esa marca era por obra y gracia de Altan.

«Será capullo».

Kitay la observaba con cautela.

—¿Te parece bien todo esto?

—No —respondió ella.

Se llevó una mano al pecho y posó los dedos sobre la marca de la de Altan.

La del esperiliano era mucho más grande que la suya.

Entonces, dejó caer la mano.

—Pero eso no importa.

—Rin…

—Está muerto —dijo con voz temblorosa—. Está muerto, se ha ido. ¿Lo entiendes? Se ha ido y nunca más va a volver a tocarme.

—Lo sé —respondió Kitay—. No volverá a hacerlo.

—Invoca el fuego —le dijo de forma abrupta la Sorqan Sira. Había permanecido callada, contemplando el intercambio entre ambos amigos, pero ahora su voz parecía teñida de urgencia —. Hazlo ahora.

—Espere —le dijo Kitay—. Está débil, agotada…

—Debe hacerlo ahora —insistió la mujer. Parecía extrañamente asustada, y eso aterrorizó a Rin—. Tengo que saberlo.

—Sea razonable… —comenzó a decir Kitay, pero la esperiliana negó con la cabeza.

—No. Tiene razón. Apártate.

Kitay le soltó el brazo y dio varios pasos hacia atrás.

Rin cerró los ojos, espiró y dejó que su mente se sumiera en un estado de éxtasis. Que fuera al lugar donde la rabia se unía al poder. Y, por primera vez desde hacía meses, se permitió albergar la esperanza de que tal vez sintiera de nuevo la llama. Una esperanza que hasta ese momento había sido tan inalcanzable como volar.

Ahora era infinitamente más sencillo para ella llegar hasta su rabia. Podía rebuscar entre sus propios recuerdos con abandono. No había ninguna parte de su mente a la que no se atreviera a acceder ni que siguiera sangrando como una herida abierta.

Recorrió el familiar sendero por el vacío hasta que vio al Fénix como a través de una neblina. Lo escuchó como un eco, lo sintió igual que el recuerdo de una caricia.

Buscó su rabia y tiró de ella.

El fuego no acudió.

Algo vibró.

Unos destellos de luz atravesaron sus párpados.

El Sello seguía allí, grabado a fuego en su mente, aún presente. El fantasma de la risa de Altan retumbó en sus oídos.

Rin sostuvo una llama en la palma de la mano durante tan solo un instante, el tiempo suficiente como para tentarla y luego dejarla con ganas de más, antes de acabar desapareciendo.

Esa vez no sintió dolor ni la amenaza inminente de que iba a acabar sumida en una visión y a perder la cordura dentro de una fantasía. Aun así, cayó de rodillas y gritó.



23

—Hay otra opción —dijo la Sorqan Sira.

—No —respondió Rin.

Había estado tan cerca. Casi había logrado recuperar el fuego, lo había saboreado solo para que acabaran arrebatándoselo. Quería arremeter contra alguien o algo, solo que no sabía contra quién o qué, y la presión que sentía le hizo creer que estaba a punto de estallar.

—Me dijo que me había curado.

—El Sello está neutralizado —le explicó la Sorqan Sira—. No puede seguir corrompiéndote. Pero el veneno caló hondo en tu sistema y sigue bloqueándote el acceso al mundo espiritual… —Que le den a sus conocimientos.

—Rin, no —le advirtió Kitay.

La joven lo ignoró. Sabía que aquello no era culpa de la Sorqan Sira, pero lo único que quería era hacerle daño a alguien, rajar a alguien.

—Su pueblo no sabe una mierda. No me extraña que la Tríada acabara con él. No me extraña que perdierais contra tres putos adolescentes…

Un chirrido le perforó la mente. Rin cayó de rodillas, pero el ruido no dejó de reverberar, de aumentar de volumen, hasta que se solidificó en unas palabras que le llegaron hasta los huesos.

«¿Te atreves a recriminarme algo?». La Sorqan Sira se cernió sobre Rin como si fuera una gigante, tan alta como una montaña, mientras todo lo demás desaparecía en el claro. «Soy la madre de los ketreyides. Gobierno el norte de Baghra, donde los escorpiones están cargados de veneno y los inmensos gusanos de arena descansan en las arenas rojas, listos para tragarse camellos enteros. Domino unas tierras creadas para engullir a los humanos hasta que no sean más que huesos. Ni se te ocurra desafiarme».

Rin no podía hablar a causa del dolor. El chirrido se intensificó durante varios segundos de tortura antes de desvanecerse. La joven se tiró de espaldas e inspiró grandes bocanadas de aire.

Kitay la ayudó a sentarse.

—Por esto mismo tenemos que guardar las formas con nuestros aliados.

—Espero tu disculpa —le dijo la Sorqan Sira.

—Lo siento —murmuró Rin—. Es solo… Es solo que lo había recuperado.

Se había insensibilizado durante la campaña para no sentir su pérdida. No se había dado

cuenta de lo desesperadamente que seguía queriendo tener el control del fuego hasta que lo había experimentado de nuevo, solo por un momento, y todo había vuelto de golpe a ella: esa emoción, ese ardor, ese puro poder arrollador.

—No des por sentado que todo está perdido —le dijo la Sorqan Sira—. Jamás lograrás tener acceso al Fénix por ti misma a no ser que Daji retire el Sello. Y eso es algo que no hará nunca.

—Entonces, todo está perdido —dijo Rin.

—No si otra alma invoca al Fénix por ti. Un alma que esté vinculada a la tuya. —La mujer miró fijamente a Kitay.

El chico parpadeó, confundido.

—No —declaró Rin de inmediato—. No lo haré… Me da igual lo que pueda hacer. No…

—Déjala hablar —le pidió su amigo.

—No, no conoces los riesgos…

—Sí que los conoce —aseveró la mujer.

—Pero ¡si no sabe nada sobre los dioses! —gritó Rin.

—No lo sabe ahora. Pero, una vez que os hayáis hermanado, lo sabrá todo.

—¿Hermanado? —repitió Kitay.

—¿Comprendes la naturaleza del vínculo entre Chaghan y Qara? —le preguntó la Sorqan Sira.

Kitay negó con la cabeza.

—Están unidos espiritualmente —dijo Rin sin más—. Si él sufre un corte, ella sentirá el dolor. Si lo matas a él, ella también muere.

El horror se vio reflejado en el rostro de Kitay. Intentó disimularlo, pero Rin lo detectó antes.

—El vínculo de anclaje conecta vuestras almas a través del plano psicoespiritual —explicó la Sorqan Sira—. Podrás seguir invocando al Fénix si lo haces a través del chico. Él será tu conducto. El poder divino fluirá directamente de él hacia ti.

—¿No voy a convertirme en un chamán? —preguntó Kitay.

—No. Tan solo le prestarás tu mente a una chamana. Ella invocará al dios a través de ti. —La Sorqan Sira ladeó la cabeza, examinándolos a ambos—. Sois buenos amigos, ¿no?

—Sí —le confirmó Kitay.

—Bien. El ancla se asienta mejor cuando las dos almas están familiarizadas la una con la otra. Es más fuerte. Más estable. ¿Puedes soportar un poco de dolor?

—Sí —volvió a responder Kitay.

—Entonces, llevaremos a cabo el ritual de vinculación lo antes posible.

—Desde luego que no —dijo Rin.

—Lo haré —respondió Kitay con firmeza—. Tan solo dime qué debo hacer.

—No, no voy a dejarte…

—No te estoy pidiendo permiso, Rin. No nos queda otra opción.

—Pero ¡podrías morir!

El joven dejó escapar una carcajada.

—Somos soldados. Siempre estamos al borde de la muerte.

Rin se quedó mirándolo sin poder creérselo. ¿Por qué sonaba tan caballeroso? ¿Es que no entendía los riesgos?

Kitay había sobrevivido a Sinegard. A Golyn Niis. A Boyang. Ya había sufrido bastante dolor

en su vida. No pensaba dejar que también pasara por eso. De lo contrario, jamás podría perdonarse a sí misma.

—No tienes ni idea de lo que se siente —le dijo—. Nunca has hablado con los dioses, no…

El chico negó con la cabeza.

—No, no eres quién para decirme esto. No puedes mantenerme alejado de ese mundo como si fuera demasiado idiota o débil para…

—No creo que seas débil.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque no sabes nada sobre este mundo, y no deberías. —Le daba igual si el Fénix la atormentaba a ella, pero a Kitay… Su amigo era puro. Era la mejor persona a la que había conocido. No debería experimentar lo que se sentía al invocar al dios de la venganza. Él era lo último que quedaba en ese mundo que seguía siendo bueno y amable, y Rin no iba a permitir que eso cambiara—. No tienes ni idea de lo que se siente. Los dioses te destrozarán.

—¿Quieres recuperar el fuego? —le preguntó Kitay.

—¿Qué?

—Que si quieres recuperar el fuego. Si pudieras volver a invocar al Fénix, ¿lo usarías para hacernos ganar esta guerra?

—Sí —respondió la esperiliana—. No hay nada que desee más en este mundo. Pero no puedo pedirte que hagas eso por mí.

—No tienes que pedírmelo. —Kitay se giró hacia la Sorqan Sira—. Ándenos. Dígame qué es lo que tengo que hacer.

La Sorqan Sira miraba a Kitay con una expresión que casi parecía de respeto. Esbozó una débil sonrisa.

—Como quieras.

—No es tan malo —dijo Chaghan—. Os tomaréis el agárico. Mataréis al sacrificio. Luego, la Sorqan Sira os vinculará y vuestras almas estarán unidas para toda la eternidad. En realidad no tenéis que hacer mucho más que simplemente existir.

—¿Por qué hay que hacer un sacrificio? —preguntó Kitay.

—Porque un alma que se libera del mundo material entraña cierto poder —le dijo Qara—. La Sorqan Sira empleará ese poder para forjar vuestro vínculo.

Los mellizos se habían ofrecido a preparar a Rin y a Kitay para el ritual, que requería un tedioso proceso en el que había que pintar una serie de caracteres a lo largo de sus brazos desnudos, abarcando desde los hombros hasta la punta del dedo corazón. Los caracteres de ambos debían ser escritos exactamente al mismo tiempo, cada pincelada sincronizada con la de su pareja.

Los mellizos trabajaron con una coordinación excepcional, algo que Rin habría valorado más si no hubiera estado tan disgustada.

—Deja de moverte —le dijo Chaghan—. Estás haciendo que se corra la tinta.

—Pues entonces escribe más rápido —le espetó Rin.

—No estaría nada mal —dijo Kitay amablemente—. Tengo que ir a hacer pis.

Chaghan mojó su pincel en el tintero y sacudió las gotas de más.

—Como me hagas un borrón en otro carácter más, tendremos que empezar de cero.

—Y eso te gustaría, ¿verdad? —masculló Rin—. ¿Por qué no tardas otra hora más? ¡Con suerte la guerra habrá terminado para cuando hayas acabado!

El vidente bajó el pincel.

—Nosotros no hemos tenido elección en nada de esto. Y lo sabes.

—Sé que eres un cagón —le dijo Rin.

—Tú tampoco tenías otra opción.

—Vete a la mierda.

Fue un intercambio mezquino, y no hizo que Rin se sintiera tan bien como habría esperado. Tan solo la dejó agotada. Porque Chaghan estaba en lo cierto: los mellizos habían tenido que obedecer a la Sorqan Sira o, de lo contrario, hubieran acabado siendo asesinados. Y aunque no hubiera sido el caso, Rin seguiría sin tener ninguna salida.

—Todo saldrá bien —dijo Qara con dulzura—. Un ancla te hace más fuerte. Más estable.

Rin resopló.

—¿Cómo? Solo parece un buen método para perder a dos soldados por el precio de uno.

—Porque te hace más resistente a los dioses. Cada vez que los invocas, eres como un farol que vuela, te alejas de tu cuerpo. Si te alejas demasiado, los dioses se aferrarán a tu forma física. Y ahí es cuando pierdes la cabeza.

—¿Es eso lo que le sucedió a Feylen? —preguntó Kitay.

—Sí —le dijo Qara—. Se alejó demasiado, se perdió y el dios ocupó su lugar.

—Interesante —dijo Kitay—. ¿Y un ancla previene eso?

Parecía demasiado entusiasmado con el proceso. Absorbía las palabras de los mellizos con una expresión hambrienta, catalogando cada nueva información en su mente prodigiosa. Rin casi era capaz de ver cómo se movían los engranajes de su mente.

Eso la asustó. No quería que su amigo acabara cautivado por ese mundo. Quería que se alejara todo lo posible de él.

—No es un sistema perfecto, pero hace que cueste mucho más perder la cabeza —afirmó Chaghan—. Los dioses no pueden aferrarse a tu cuerpo cuando tienes un ancla. Puedes adentrarte todo lo que quieras en el mundo espiritual y siempre tendrás un modo de volver.

—Queréis decir que evitaré que Rin enloquezca —dijo Kitay.

—Ya está loca —contestó el vidente.

—Eso es verdad —coincidió el otro chico.

Los mellizos trabajaron en silencio durante largo rato. Rin se sentó recta, con los ojos cerrados, respirando acompasadamente mientras sentía la punta húmeda del pincel contra su piel desnuda.

¿Y si era verdad que un ancla la hacía más fuerte? No podía evitar sentirse esperanzada al pensar en ello. ¿Cómo sería invocar al Fénix sin miedo a perder la cabeza entre tanta rabia? Tal vez así pudiera invocar el fuego cuando quisiera, durante el tiempo que deseara. Tal vez pudiera controlarlo igual que había hecho Altan.

Pero ¿merecía la pena? El sacrificio parecía tan inmenso… No solo para Kitay, sino también para ella. Vincular su vida a la de su amigo sería una responsabilidad impredecible y aterradora. Jamás estaría a salvo, a no ser que Kitay también lo estuviera.

A no ser que ella pudiera protegerlo. A no ser que ella pudiera garantizar que él jamás corriera

peligro.

Por fin, Chaghan soltó el pincel.

—Ya he acabado.

Rin se estiró y se examinó los brazos. Una caligrafía angulosa y negra le cubría la piel, con unas palabras que casi parecían de una lengua que podía comprender.

—¿Y ya está?

—No, aún no. —Chaghan les pasó un puñado de setas con el sombrero de color rojo—. Comeos esto.

Kitay toqueteó la seta con el dedo.

—¿Qué es?

—Una *Amanita muscaria*. Se halla cerca de abedules y abetos.

—¿Para qué sirve?

—Para abrir grietas entre los mundos —dijo Qara.

Kitay parecía confuso.

—Decidle para qué sirve realmente —les pidió Rin.

Qara sonrió.

—Para dragarte todo lo posible. Es mucho más elegante que las semillas de amapola. También más rápida.

Kitay hizo girar la seta en la mano.

—Parece venenosa.

—Son psicodélicos —dijo Chaghan—. Todos son venenosos. El objetivo de esto es llevarte justo al umbral del otro mundo.

Rin se metió las setas en la boca y las masticó. Eran duras e insípidas, y tuvo que masticar varias veces antes de que se ablandaran lo suficiente como para tragárselas. Tuvo la desagradable sensación de estar masticando un pedazo de piel cada vez que sus dientes chocaban contra los trozos fibrosos.

Chaghan le pasó a Kitay una taza de madera.

—Si no quieres comerte las setas, puedes beberte el agárico.

El chico lo olisqueó, le dio un sorbo y sufrió una arcada.

—¿Qué lleva esto?

—Orina de caballo —dijo Chaghan alegremente—. Les damos las setas a los caballos y obtenemos la droga una vez que ha pasado por su sistema. Así baja más fácil.

—Vuestro pueblo hace cada guarrería… —murmuró Kitay. Se pellizcó la nariz, se tragó lo que quedaba en la taza y le dieron náuseas.

Rin tragó saliva. Unos trozos secos de seta se le habían quedado dolorosamente atascados en la garganta.

—¿Y qué pasa cuando muere tu ancla? —preguntó.

—Que tú también mueres —le respondió el vidente—. Vuestras almas están vinculadas, lo que significa que abandonarán esta tierra juntas. Una tira de la otra.

—Eso no es del todo cierto —dijo Qara—. Depende de cada uno. Podéis elegir abandonar este mundo juntos. O también podéis optar por romper el vínculo.

—¿Puede hacerse? —preguntó Rin—. ¿Cómo?

Qara y Chaghan intercambiaron una mirada.

—Con tus últimas palabras. Si tu compañero está dispuesto a hacer lo mismo.

Kitay frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Por qué consideráis entonces que esto es una carga?

—Porque, una vez que pasas a tener un ancla, esta se convierte en parte de tu alma. En parte de tu propia existencia. Conoce tus pensamientos. Siente lo mismo que tú. Es la única persona que te comprende completa y absolutamente. La mayoría de la gente preferiría morir antes que renunciar a eso.

—Y ambos tendríais que estar en el mismo sitio cuando uno de vosotros muriese —dijo Chaghan—. En la mayoría de los casos, eso no sucede así.

—Pero se puede romper el vínculo —insistió Rin.

—Sí, se puede —le confirmó el vidente—. Aunque dudo que la Sorqan Sira vaya a enseñaros cómo se hace.

Por supuesto que no iba a enseñárselo. Rin sabía que la Sorqan Sira quería tener a Kitay como un seguro, no solo para garantizar que su arma contra Daji tuviese poder, sino como recurso en caso de que decidiera acabar con Rin.

—¿Altan tenía algún ancla? —preguntó la joven. Para ser esperiliano, había contado con un gran e inquietante control.

—No. Los esperilianos no saben cómo hacerlo. Altan era… Fuera lo que fuese lo que hacía, era sobrehumano. Casi al final, solo se mantenía cuerdo por su propia fuerza de voluntad. —Chaghan tragó saliva—. Se lo ofrecí en muchas ocasiones. Pero siempre se negó.

—Pero tú ya contabas con un ancla —dijo Rin—. ¿Se puede tener más de una?

—No al mismo tiempo. Un enlace por pares es lo ideal. Un vínculo triangular es profundamente inestable, ya que la imprevisibilidad en la reciprocidad significa que, con que solo uno deserte, los otros dos acabarán afectados de tal forma que no podrán defenderse.

—¿Pero? —insistió Kitay.

—Pero también puede amplificar tus capacidades. Te hace más fuerte de lo que cualquier chamán tiene derecho a ser.

—Como la Tríada. —Rin acababa de caer en la cuenta—. Están vinculados los unos a los otros. Por eso son tan poderosos.

Ahora tenía muchísimo sentido por qué Daji no había matado a Jiang, a pesar de que eran enemigos. No lo haría. No podía hacerlo sin acabar matándose a sí misma.

Rin se sentó, sobresaltada.

—Eso significa que…

—Sí —dijo Chaghan—. Siempre y cuando Daji siga viva, el Emperador Dragón y el Guardián también seguirán estándolo. Podría ser que hubieran disuelto su vínculo, pero lo dudo. El poder de Daji es demasiado estable. Los otros dos están ahí fuera, en alguna parte. Pero me apuesto lo que sea a que no les está yendo demasiado bien, porque el resto del país cree que están muertos.

«Os destruiréis los unos a los otros. Uno morirá, otro gobernará y otro dormirá durante toda la eternidad».

Kitay expresó en voz alta la pregunta que le rondaba a Rin por la cabeza.

—¿Y qué les ha pasado entonces? ¿Por qué han desaparecido?

Chaghan se encogió de hombros.

—Tendrás que preguntárselo a los otros dos. ¿Te has terminado de beber eso?

Kitay se acabó la taza y se estremeció del asco.

—Puaj. Sí.

—Bien. Ahora cómete las setas.

El chico parpadeó.

—¿Cómo?

—En esa taza no había agárico —le confesó Chaghan.

—Eres un capullo —intervino Rin.

—No lo entiendo —dijo Kitay.

El vidente le dedicó una débil sonrisa.

—Solo quería comprobar si te beberías el pis de caballo.

La Sorqan Sira les aguardaba fuera, ante un fuego crepitante. A Rin le pareció que las llamas estaban vivas. Los tentáculos de fuego saltaban a demasiada altura, llegaban demasiado lejos, como pequeñas manos que intentaban tirar de ella hacia el calor. Si fijaba su mirada en él, el humo, que se había vuelto púrpura a causa de los polvos usados por la Sorqan Sira, comenzaba a tomar la forma de los rostros de sus muertos. Del maestro Irjah. De Aratsha. De la capitana Salkhi. De Altan.

—¿Estáis listos? —les preguntó la mujer.

Rin parpadeó para hacer desaparecer esas caras.

Se agachó frente a Kitay sobre la tierra dura. A pesar del frío, les permitieron llevar puestos los pantalones y las camisetas interiores, con los brazos expuestos. Los caracteres de tinta que les recorrían la piel brillaban bajo la luz del fuego.

Rin estaba aterrorizada. Kitay no parecía nada asustado.

—Estoy listo —dijo el chico. Su voz era firme.

—Lista —repitió Rin.

Entre ambos se encontraban dos cuchillos largos de sierra y un sacrificio.

La esperiliana no sabía cómo se las habían apañado los ketreyides para atrapar en tan solo cuestión de unas horas a un ciervo adulto, enorme y sano, sin causarle ninguna herida visible. Tenía las patas atadas. Rin sospechaba que habían sedado al animal porque estaba demasiado quieto sobre la tierra, con los ojos medio abiertos, como si se hubiera resignado a su destino.

Había comenzado a sentir el efecto del agárico. Todo le pareció terriblemente brillante. Cuando los objetos se movían en su campo de visión, dejaban tras de sí un rastro, como estelas de pintura que refulgían y se arremolinaban antes de desaparecer.

Rin se centró con dificultad en el cuello del ciervo.

Kitay y ella tenían que hacerle dos cortes, uno a cada costado del animal, para que ninguno de ellos cargara con toda la responsabilidad de su muerte. Por separado, esas heridas no bastaban para matarlo. El ciervo podría haberse marchado arrastrándose, haberse cubierto el corte con barro y haber logrado sobrevivir. Pero, al infligírselas a ambos costados, sí que aseguraban su muerte.

Rin tomó el cuchillo del suelo y lo agarró con fuerza entre las manos.

—Repetid conmigo —dijo la Sorqan Sira, y pronunció lentamente una serie de palabras en

ketreyide. Las sílabas extranjeras sonaban forzadas y extrañas en boca de Rin. Conocía su significado solo porque los mellizos se lo habían explicado.

«Viviremos como si fuéramos uno. Lucharemos como si fuéramos uno».

«Y mataremos como si fuéramos uno».

—El sacrificio —anunció la mujer.

Ambos bajaron sus cuchillos.

A Rin le costó más de lo que había esperado. No era porque no estuviera acostumbrada a matar… Atravesar la carne de un corte era para ella tan natural como respirar. Pero la piel ofrecía cierta resistencia. Apretó los dientes y ejerció más fuerza. El cuchillo se hundió en el costado del ciervo.

El animal arqueó el cuello y gritó.

Rin había hundido el cuchillo a bastante profundidad. Tenía que ensanchar el corte. Le temblaban mucho las manos. Sentía el mango suelto entre los dedos.

Kitay arrastró su cuchillo a través del costado del ciervo en un trazo limpio y firme.

La sangre no tardó en formar un charco oscuro alrededor de sus rodillas. El ciervo dejó de retorcerse y la cabeza quedó inerte sobre el suelo.

A través del aturdimiento del agárico, Rin pudo ver el momento exacto en el que la vida abandonó el cuerpo del ciervo: un aura dorada y reluciente se quedó suspendida sobre el cadáver, como una copia etérea de su forma física, antes de desaparecer flotando hacia arriba como si fuese humo. La joven ladeó la cabeza y observó cómo se elevaba cada vez más hacia los cielos.

—Seguidla —dijo la Sorqan Sira.

Y lo hizo. Parecía algo muy sencillo. Bajo la influencia del agárico, su alma era más ligera que el propio aire. Su mente ascendió, su cuerpo material se convirtió en un recuerdo lejano y Rin voló hacia el vacío extenso y oscuro que era el cosmos.

Se vio a sí misma de pie sobre la periferia de un gran círculo, cuya circunferencia contaba con hexagramas refulgentes grabados en ella: caracteres que juntos definían la naturaleza del universo, las sesenta y cuatro deidades que constituían todo lo que había sido y todo lo que llegaría a ser.

El círculo se inclinó y se convirtió en una alberca, dentro de la cual nadaban dos enormes carpas, una blanca y la otra negra, cada una con un gran punto del color del contrario en su flanco. Flotaban perezosamente, siguiéndose la una a la otra en un círculo lento y eterno.

Rin pudo ver a Kitay al otro lado del círculo. Estaba desnudo. No se trataba de una desnudez física. Estaba más hecho de luz que de carne. Cada pensamiento, cada recuerdo y cada sentimiento que había tenido resplandecía en dirección a Rin. No podía esconderle nada.

Ella estaba desnuda de una forma similar. Todos sus secretos, sus inseguridades, su culpa y su rabia estaban expuestos. Su amigo pudo ver sus deseos más crueles y brutales. Vio partes de su ser que ni siquiera ella comprendía. Esa parte a la que le aterrorizaba quedarse sola y ser la última. Esa parte que era consciente de que amaba el dolor, lo adoraba, y de que solo podía encontrar consuelo en él.

Y Rin podía verlo a él. Vio cómo almacenaba los conceptos en su mente, grandes repositorios de conocimientos entrelazados unos con otros para acceder a ellos en un momento dado. Vio la ansiedad que conllevaba ser la persona más lista de entre todas las que conocía. Vio lo asustado que estaba, atrapado y aislado en su propia mente, contemplando cómo su mundo se derrumbaba a su alrededor a causa de cosas irracionales que no podía arreglar.

Y entendió su tristeza. El dolor, la pérdida de su padre, pero sobre todo la pérdida de un imperio, de la lealtad, del deber, del sentido de la existencia…

Vio su furia.

¿Cómo podía haber tardado tanto en comprenderlo? Ella no era la única que se veía motivada por la rabia. Pero, mientras que la suya era explosiva, inmediata y devastadora, la de Kitay ardía con una determinación silenciosa, se enconaba, se pudría y permanecía allí dentro. La fuerza de aquel odio sorprendió a Rin.

«Somos iguales».

Kitay deseaba venganza y sangre. Bajo aquella delgada capa de control se encontraba un permanente grito de rabia que originaba confusión y culminaba en un desbordante deseo de destrucción. El joven deseaba tirar abajo el mundo y reconstruirlo de un modo que tuviera sentido.

El círculo brilló entre ambos. La carpa negra y la blanca comenzaron a girar cada vez más rápido hasta que la oscuridad y la luz dejaron de diferenciarse. No pasaron a ser grises, no se fundieron la una con la otra pese a ser la misma entidad: dos caras de la misma moneda, complementos necesarios que se equilibraban del mismo modo que se mantenía el equilibrio en el Panteón.

El círculo giró y ellas giraron con él, cada vez más rápido, hasta que los hexagramas se emborronaron y se transformaron en un aro brillante. Por un momento, Rin se perdió en la convergencia: arriba pasó a ser abajo, la derecha pasó a ser la izquierda, todas las distinciones desaparecieron…

Entonces, sintió el poder, y fue glorioso.

Se sintió igual que cuando Shiro le había inyectado heroína en las venas. Era el mismo subidón, la misma corriente vertiginosa de energía. No obstante, esta vez no hizo que su espíritu se alejara flotando cada vez más del mundo material. Esta vez era consciente de dónde estaba su cuerpo, podía regresar a él en cuestión de segundos si lo deseaba. Se encontraba a medio camino entre el mundo espiritual y el mundo material. Podía percibirlos a ambos, influir en ambos.

No había subido hasta allí para reunirse con su dios, sino que su dios había bajado hasta ella. Sintió al Fénix a su alrededor, rabia y fuego, tan deliciosamente cálido que le hizo cosquillas al recorrerla de arriba abajo.

Rin estaba tan encantada que quiso reír.

Sin embargo, Kitay gemía. Llevaba un rato haciéndolo, pero a ella le había embelesado tanto el poder que apenas se había dado cuenta.

—No se está asentando. —La Sorqan Sira se coló bruscamente en la ensoñación de Rin—. Para. Te estás imponiendo a él.

Rin abrió los ojos y vio a Kitay hecho un ovillo en el suelo, gimoteando. El joven echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un grito prolongado y agudo.

A la esperiliana se le nubló la vista y cambió su visión. En un momento estaba mirando a Kitay y, al siguiente, no podía verlo en absoluto. Lo único que podía ver era el fuego, grandes llamaradas que solo ella podía controlar…

—Lo estás eliminando —siseó la Sorqan Sira—. Recula.

Pero ¿por qué iba a hacerlo? Jamás se había sentido tan bien. No quería que esa sensación acabara nunca.

—Vas a matarlo. —La Sorqan Sira le hundió los dedos en el hombro—. Y entonces, no habrá nada que pueda salvarte.

Fue a duras penas, pero Rin al fin la comprendió. Estaba haciéndole daño a Kitay, tenía que parar, pero ¿cómo? El fuego era tan seductor que reducía su racionalidad a un susurro. Escuchó la risa del Fénix resonando en su cabeza, aumentando de volumen y potencia a cada momento.

—Rin —jadeó su amigo—. Por favor.

Eso la hizo volver.

Estaba perdiendo por completo el control sobre el mundo material. Antes de que desapareciera del todo, tomó su cuchillo y se apuñaló a sí misma en la pierna.

Unas manchas blancas aparecieron en su visión. El dolor expulsó al fuego, la indujo a un estado de completa claridad. El Fénix guardó silencio. El vacío quedó en calma.

Rin vio a Kitay a través del plano espiritual. Estaba de rodillas, pero vivo, presente y entero.

Abrió los ojos y vio tierra. Poco a poco, logró sentarse y se limpió la tierra de la cara. Vio a Kitay aturdido y mirando a su alrededor mientras parpadeaba como si estuviera viendo el mundo por primera vez.

Rin lo agarró de la mano.

—¿Estás bien?

Su amigo inspiró profunda y temblorosamente.

—Estoy… Estoy bien, creo. Solo… Dame un momento.

Ella no pudo evitar romper a reír.

—Bienvenido a mi mundo.

—Siento como si estuviera soñando. —Se examinó el dorso de la mano. La giró bajo la débil luz del sol, como si no se fiara de la evidencia de su propio cuerpo—. Supongo… He visto pruebas físicas de tus dioses. Sabía que este poder existía. Pero todo lo que sé sobre el mundo…

—El mundo que conocías ya no existe —le dijo Rin con delicadeza.

—No me jodas. —Kitay cerró las manos alrededor de la tierra y la hierba como si temiera que el suelo fuera a desaparecer bajo sus dedos.

—Inténtalo —dijo la Sorqan Sira.

Rin no tuvo que preguntarle a qué se refería.

Se puso en pie, con las piernas temblorosas, y le dio la espalda a Kitay. Abrió las palmas de las manos. Sintió el fuego en el interior de su pecho, una presencia cálida que aguardaba para salir en cuanto ella la llamase.

Invocó el fuego hacia fuera. Una llama cálida apareció sobre sus manos, una pequeña y controlada.

Rin se tensó, esperando el tirón, la necesidad de avivarlo cada vez más. Pero no sintió nada. El Fénix seguía allí. La joven sabía que gritaba su nombre. Sin embargo, no podía imponer su voluntad. Había aparecido un muro en su mente, una estructura psíquica que repelía y silenciaba al dios hasta convertirlo en un débil susurro.

«Que te den», le dijo el Fénix, pero hasta en ese momento el dios parecía divertirse. «Que te den, pequeña esperiliana».

Rin gritó de alegría. No solo se había recuperado, sino que había domado a un dios. El

vínculo de anclaje la había liberado.

Contempló, temblorosa, cómo el fuego se acumulaba en las palmas de sus manos. Lo avivó. Hizo que saltara por el aire en arcos, como los peces que saltaban en el océano. Podía controlarlo por completo, igual que había hecho Altan. No. Era mejor de lo que nunca había sido Altan, porque ella no estaba drogada, era estable y libre.

El miedo a enloquecer había desaparecido, pero no el increíble poder. Ese poder permanecía allí, un pozo profundo del que sabía que podía extraer lo que quisiera cuando ella lo decidiera.

Y ahora podía decidir.

Vio cómo Kitay la contemplaba. Tenía los ojos muy abiertos, con una expresión aterrada y maravillada a partes iguales.

—¿Estás bien? —le preguntó Rin—. ¿Puedes sentirlo?

Su amigo no le respondió. Se llevó una mano a la sien. Fijó la mirada sobre las llamas con tanta intensidad que Rin pudo ver cómo estas se le reflejaban en los ojos. Y el chico se echó a reír.

Esa noche, los ketreyides les sirvieron para comer caldo de huesos: muy caliente, almizclado, picante y salado a la vez.

Rin se lo tragó tan rápido como pudo. Le quemó el interior de la garganta, pero no le importó. Había estado subsistiendo a base de pescado seco y gachas de arroz durante tanto tiempo que había olvidado lo bien que podía saber una comida en condiciones.

Qara le pasó una taza.

—Bebe más agua. Te estás deshidratando.

—Gracias. —Rin no dejaba de sudar a pesar del frío de la noche. Pequeñas gotas de sudor le caían por la piel, empapándole la ropa.

Al otro lado del fuego, Kitay y Chaghan mantenían una conversación animada que, por lo que Rin podía escuchar, tenía que ver con la naturaleza metafísica del cosmos. Chaghan dibujó unos diagramas en la tierra con un palo mientras Kitay lo observaba y asentía con entusiasmo.

Rin se giró hacia Qara.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —le dijo la chica.

La esperiliana le lanzó una mirada a Kitay. Su amigo no le estaba prestando ninguna atención. Le había quitado el palo de la mano a Chaghan para dibujar una ecuación matemática muy complicada debajo de los diagramas.

Rin bajó la voz.

—¿Cuánto tiempo lleváis anclados tu hermano y tú?

—Toda nuestra vida —dijo Qara—. Teníamos diez días de vida cuando llevamos a cabo el ritual. No recuerdo cómo era la vida sin él.

—¿Y el vínculo… siempre ha sido igualitario? ¿Uno no se impone al otro?

Qara enarcó una ceja.

—¿Crees que él está por encima de mí?

—No lo sé. Siempre pareces tan… —Rin guardó silencio. No sabía cómo expresarlo. Qara siempre había sido un misterio para ella. Era la luna para el sol que era su hermano. Chaghan tenía una personalidad muy arrogante. Le encantaba llamar la atención, darles lecciones a todos

del modo más condescendiente posible. Pero Qara siempre había preferido mantenerse en las sombras y en *la compañía silenciosa* de las *aves*. Rin jamás la había escuchado expresar una opinión distinta a la de su hermano.

—Crees que Chaghan me domina —declaró Qara.

Rin se ruborizó.

—No, es solo que…

—Te preocupa imponerte a Kitay —le dijo—. Crees que tu rabia acabará siendo demasiado para él y que se convertirá en una simple sombra de tu ser. Crees que eso es lo que nos ha pasado a nosotros.

—Tengo miedo —admitió Rin—. Estuve a punto de matarlo. Y si ese… si ese desequilibrio, o lo que sea, acaba suponiendo un riesgo, quiero saberlo. No quiero arrebatarle su capacidad de desafiarme.

Qara asintió despacio. Permaneció sentada en silencio durante largo rato con el ceño fruncido.

—Mi hermano no me domina —dijo al fin—. Al menos, no de un modo del que yo sea consciente. Pero jamás lo he desafiado.

—Entonces, ¿cómo…?

—Nuestra voluntad ha sido la misma desde que éramos niños. Deseamos las mismas cosas. Cuando él habla, expresa lo que pensamos los dos. Somos dos mitades de la misma persona. Si te parezco retraída, es porque la presencia de Chaghan en el mundo mortal me libera para que pueda morar en el mundo espiritual. Prefiero las almas animales a las humanas, ya que a estas últimas nunca tengo mucho que decirles. Eso no significa que me domine.

—Pero Kitay no es como tú —dijo Rin—. Nuestra voluntad no es la misma. En todo caso, es más habitual que estemos en desacuerdo. Y no quiero… acabar suprimiendo su voluntad.

El gesto de Qara se suavizó.

—¿Lo quieres?

—Sí —dijo Rin de inmediato—. Más que a nadie en este mundo.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —le dijo—. Si lo quieres, puedes confiar en que lo protegerás.

Rin esperaba que eso fuese cierto.

—Eh —dijo Kitay—. ¿De qué estáis hablando que parece tan interesante?

—De nada —dijo Rin—. Solo cotilleamos. ¿Ya has descubierto la naturaleza del cosmos?

—Aún no. —Kitay lanzó el palo a la tierra—. Pero dame un año o dos. Me estoy acercando.

Qara se levantó.

—Vamos, deberíamos dormir un poco.

En algún momento, durante el día, los ketreyides habían montado varias yurtas más, pegadas unas a otras formando un círculo. La yurta que le habían asignado a Rin y a sus acompañantes se encontraba en el centro. El mensaje estaba claro. Aún seguían vigilados por los ketreyides hasta que la Sorqan Sira decidiera liberarlos.

La yurta era demasiado estrecha para cuatro personas. Rin se acurrucó de lado, con las rodillas pegadas al pecho, aunque lo único que quería era estirarse, extender todas sus extremidades. Sentía que se asfixiaba. Quería aire fresco, arena, agua. Respiró hondo e intentó prevenir el mismo pánico que se había apoderado de ella cuando había estado en la sauna.

—¿Qué pasa? —le preguntó Qara.

—Creo que prefiero dormir fuera.

—Fuera te congelarás. No seas idiota.

Rin se apoyó sobre un codo para incorporarse.

—Tú pareces estar cómoda.

Qara sonrió.

—La yurta me recuerda a casa.

—¿Cuánto hacía que no volvíais? —le preguntó Rin.

La joven se paró un momento a pensarlo.

—Nos enviaron al sur cuando cumplimos once años. Así que una década.

—¿Alguna vez deseaste poder volver a casa?

—A veces —confesó Qara—. Aunque no queda mucho de nuestro hogar. Al menos, no para nosotros. Es mejor ser un extranjero en el Imperio que una naimade en la estepa.

Rin supuso que eso era de esperar cuando su tribu era la responsable de haber entrenado a un puñado de asesinos traicioneros.

—Entonces, ¿qué? ¿En vuestro hogar nadie os dirige la palabra? —le preguntó.

—Allí somos esclavos —intervino Chaghan sin más—. Los ketreyides siguen culpando a nuestra madre de la creación de la Tríada. Jamás volverán a aceptarnos entre sus filas. Pagaremos nuestra condena toda la eternidad.

Un silencio incómodo llenó el espacio entre ellos. La esperiliana tenía más preguntas, pero no sabía cómo hacerlas.

Si hubiera estado de otro humor, les habría gritado a los mellizos por haberla engañado. Habían sido espías durante todos esos años. Habían vigilado a los Cike para determinar si eran o no estables. Si harían un buen trabajo a la hora de sacrificar a los suyos, a la hora de encerrar a los más trastornados de entre ellos en la Chuluu Korikh.

¿Y si los mellizos hubieran acabado decidiendo que los Cike se habían vuelto demasiado peligrosos? ¿Los habrían matado sin más? Sin duda, los ketreyides creían que estaban en su derecho de hacerlo. Miraban por encima del hombro a los chamanes nikaras, con la misma arrogancia altanera de los hesperianos. Eso era algo que Rin detestaba.

Pero se mordió la lengua. Chaghan y Qara ya habían sufrido bastante.

Y, sobre todo, ella sabía lo que era ser una marginada en su propio país.

—Estas yurtas… —Kitay apoyó las manos contra las paredes. Sus brazos extendidos ocupaban un tercio del diámetro de la tienda—. ¿Son todas así de pequeñas?

—En la estepa las montamos incluso más pequeñas que estas —dijo Qara—. Vosotros sois del sur. Nunca habéis sufrido verdaderos vientos.

—Yo soy de Sinegard —dijo Kitay.

—Eso no es realmente el norte. Todo lo que quede por debajo de las dunas de arena es el sur para nosotros. En la estepa, las ráfagas nocturnas pueden arrancarte la piel de la cara, si es que antes no te congelas hasta morir. Nos quedamos en las yurtas porque, de lo contrario, la estepa acabaría matándonos.

Ninguno tenía ninguna respuesta para eso. Un silencio apacible cayó sobre la yurta. Kitay y los mellizos se durmieron enseguida. Rin se dio cuenta de ello por el sonido de sus respiraciones, acompasadas y regulares.

La esperiliana permaneció despierta con el tridente pegado al pecho, contemplando el techo abierto por encima de ella, ese círculo perfecto que revelaba el cielo nocturno. Se sintió como un pequeño roedor enterrándose en su agujero, intentando fingir que, si se quedaba muy quieta, el mundo de ahí fuera no la molestaría.

Tal vez los ketreyides permanecieran en sus yurtas para protegerse de los vientos. O tal vez, pensó Rin, con las estrellas tan brillantes, si creían que por encima de ellos se encontraba el cosmos, tenían que construir una yurta para adquirir una sensación temporal de materialidad. De lo contrario, bajo el peso de la divinidad que se arremolinaba a su alrededor, podrían acabar sintiendo que sus vidas no tenían ningún significado.



24

Un frío manto de nieve había caído mientras dormían. Eso provocó que el sol brillara con más fuerza y que el aire fuera más helado. Rin cojeó hasta fuera, estiró los músculos doloridos y entrecerró los ojos a causa de la gran claridad de la luz.

Los ketreyides comían por turnos. De seis en seis, los jinetes se sentaban alrededor del fuego y engullían su comida mientras los demás hacían guardia en la periferia.

—Comed hasta saciaros. —La Sorqan Sira les sirvió dos cuencos humeantes de estofado a Rin y a Kitay—. Os espera una dura travesía a caballo. Os prepararemos una bolsa con carne deshidratada y algo de leche de yak, pero comed todo lo que podáis ahora.

Rin tomó el cuenco que le ofrecía. El estofado desprendía un olor increíblemente bueno. Se sentó en el suelo y se pegó todo lo que pudo a Kitay en busca de calor, con sus codos huesudos rozando las caderas huesudas del chico. La esperiliana comenzó a percibir con claridad pequeños detalles sobre su amigo. Nunca se había fijado en lo largos y lo delgados que tenía los dedos, en cómo siempre olía ligeramente a tinta y polvo, o en que su cabello hirsuto se ondulaba levemente en las puntas.

Lo conocía desde hacía más de cuatro años, pero, cada vez que lo miraba ahora, descubría algo nuevo.

—¿Y ya está? —le preguntó Kitay a la Sorqan Sira—. ¿Va a dejarnos marchar? ¿Sin condiciones?

—Ya habéis cumplido las condiciones —respondió la mujer—. No tenemos ningún motivo para haceros daño.

—¿Y qué soy ahora para vosotros? —le preguntó Rin—. ¿Una mascota con una correa larga?

—Eres mi apuesta. Una loba adiestrada a la que voy a soltar.

—Para matar a un enemigo al que vosotros no podéis enfrentaros —concluyó la joven.

La Sorqan Sira sonrió, enseñando los dientes.

—Deberías alegrarte de que te hayamos encontrado algún uso.

A Rin no le gustó lo que implicaba esa frase.

—¿Y qué pasa si tengo éxito y dejo de seros de utilidad?

—Entonces, te dejaremos conservar tu vida como muestra de gratitud.

—¿Y si decide de nuevo que soy una amenaza?

—Entonces, te encontraremos. —La Sorqan Sira señaló con la cabeza hacia Kitay—. Y esta vez, su vida también estará en juego.

Rin no tenía ninguna duda de que la Sorqan Sira le atravesaría a Kitay el corazón con una flecha sin vacilar.

—Sigue sin confiar en mí —dijo la esperiliana—. Está jugando con nosotros a un juego a largo plazo, y el vínculo de anclaje era tan solo un seguro para usted.

La Sorqan Sira dejó escapar un suspiro.

—Tengo miedo, niña. Y tengo todo el derecho a tenerlo. La última vez que les enseñamos a unos chamanes nikaras a anclarse, se volvieron en nuestra contra.

—Pero yo no soy como ellos.

—Te pareces demasiado a ellos. Tienes la misma mirada. Enfadada. Desesperada. Has visto demasiado. Odias demasiado. Esos tres eran más jóvenes que tú cuando acudieron a nosotros, mucho más tímidos y asustados, y aun así acabaron matando a miles de inocentes. Tú eres mayor que ellos, y ya has hecho cosas mucho peores.

—No es lo mismo —se defendió Rin—. La Federación…

—¿Se lo merecía? —le preguntó la mujer—. ¿Todos ellos se lo merecían? ¿Incluso las mujeres? ¿Los niños?

Rin se ruborizó.

—Pero no soy… No lo hice porque me gustara. No soy como ellos.

No era como esa visión más joven de Jiang en la que reía cuando mataba a alguien, en la que parecía disfrutar de estar empapado en sangre. No era como Daji.

—Eso es lo que ellos también pensaban de sí mismos —dijo la Sorqan Sira—. Pero los dioses los corrompieron, igual que te corromperán a ti. Los dioses ponen de manifiesto tus peores y más crueles instintos. Crees que tienes el control, pero tu mente se corroe a cada segundo que pasa. Invocar a los dioses es arriesgarse a acabar enloqueciendo.

—Eso es mejor que no hacer nada. —Rin sabía que se la estaba jugando, que era mejor que cerrara el pico, pero los constantes sermones pacifistas con aires de superioridad de los ketreyides la ponían de los nervios—. Prefiero enloquecer antes que esconderme en el desierto de Baghra y fingir que no está pasando ninguna atrocidad, cuando la verdad es que podría hacer algo al respecto.

La Sorqan Sira rio entre dientes.

—¿Crees que nosotros no hemos hecho nada? ¿Es eso lo que te han enseñado?

—Sé que murieron millones de personas durante las dos primeras Guerras de la Amapola. Y sé que su pueblo nunca se acercó al sur para ponerle fin a todo eso.

—¿Con la vida de cuántas personas crees que ha acabado la guerra de Vaisra? —le preguntó la mujer.

—Muchas menos de las que habrían muerto si no se hubiese producido —dijo.

La Sorqan Sira no le respondió. Dejó que el silencio se alargara hasta que la respuesta de Rin comenzó a parecer ridícula.

La joven jugueteó con su comida. Se le había quitado el hambre.

—¿Qué haréis con los extranjeros? —preguntó Kitay.

Rin se había olvidado de los hesperianos hasta que su amigo había preguntado por ellos. Echó un vistazo alrededor del campamento, pero no los divisó. Entonces, vio una yurta más

grande cerca del borde del claro, custodiada por Bekter y sus jinetes.

—Tal vez acabemos matándolos. —La Sorqan Sira se encogió de hombros—. Son religiosos, y de la religión hesperiana no puede salir nada bueno.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Kitay.

—Creen en una única y todopoderosa deidad, lo que significa que no pueden aceptar la verdad de otros dioses. Y cuando las naciones comienzan a considerar que otras creencias llevan a la perdición, la violencia pasa a ser inevitable. —La Sorqan Sira ladeó la cabeza—. ¿Qué opináis? ¿Deberíamos dispararles? Es más amable que dejar que mueran por la exposición al clima.

—No los matéis —se apresuró a decir Rin. Tarcquet la había hecho sentirse incómoda, y la hermana Petra hacía que quisiera atravesar la pared con el puño, pero Augus jamás le había dado la sensación de ser más que un joven ingenuo y con buenas intenciones—. Esos chicos son misioneros, no soldados. Son inofensivos.

—Esas armas no son nada inofensivas —dijo la Sorqan Sira.

—No —convino Kitay—. Son más rápidas y mortales que los arcos, y son aún más mortíferas en manos inexpertas. Yo no les devolvería sus armas.

—Entonces, hacer el viaje de vuelta les será complicado. Tan solo podemos dejaros un corcel para los dos. Ellos tendrán que hacer la travesía a pie por territorio enemigo.

—¿Les proporcionaríais materiales para hacer balsas? —le pidió la esperiliana.

La Sorqan Sira frunció el ceño mientras lo consideraba.

—¿Serán capaces de encontrar el camino de vuelta ellos solos por el río?

Rin vaciló. Su altruismo tampoco llegaba a tanto. No quería ver morir a Augus, pero tampoco iba a perder el tiempo llevando hasta casa a unos críos que, para empezar, jamás deberían haber estado allí.

Se giró hacia Kitay.

—Si logran llegar hasta el Murui Occidental, estarán bien, ¿verdad?

Su amigo se encogió de hombros.

—Más o menos. Los afluentes son complicados. Podrían perderse. Podrían acabar en Khurdalain.

Rin podía asumir ese riesgo. Eso le bastaba para aliviar su conciencia. Si Augus y sus compañeros no eran lo bastante listos como para saber regresar a Arlong, eso era problema de ellos. Augus había sido amable con ella una vez. La esperiliana iba a asegurarse de que los ketreyides no le atravesaran la cabeza con una flecha. No le debía nada más que eso.

Cuando Rin dio con Chaghan, el joven estaba solo, sentado en la orilla del río con las rodillas pegadas al pecho.

—¿Creen que vais a huir? —le preguntó Rin.

El vidente le dedicó una sonrisa burlona.

—Ya sabes que no corro demasiado rápido.

La esperiliana se sentó a su lado.

—¿Y qué va a ser de vosotros ahora?

La expresión del chico era indescifrable.

—La Sorqan Sira no confía en que seamos capaces de seguir supervisando a los Cike. Va a

llevarnos de vuelta al norte.

—¿Y qué os pasará allí?

A Chaghan le tembló la garganta.

—Depende.

Rin sabía que no quería su lástima, así que se la ahorró. Respiró hondo.

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Intercediste por mí.

—Solo estaba salvando mi propio pellejo.

—Ya, claro.

—También esperaba conseguir que no murieras —admitió.

—Gracias por eso.

Un silencio incómodo se interpuso entre ambos. Rin se dio cuenta de que Chaghan desviaba la mirada hacia ella varias veces, como si no tuviera claro si sacarle o no un tema en particular.

—Desembucha —acabó diciéndole ella.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Sí, si así dejas de ponerte tan rarito.

—Vale —dijo el chico—. En el interior del Sello, lo que viste…

—Vi a Altan —respondió de inmediato—. A Altan con vida. Eso es lo que vi. Estaba vivo.

Chaghan espiró.

—¿Tuviste que matarlo?

—Le di lo que quería —replicó.

—Entiendo.

—También lo vi feliz —siguió Rin—. Estaba distinto. No sufría. Nunca había sufrido. Estaba feliz. Así es como lo recordaré.

Chaghan no dijo nada durante mucho rato. Rin sabía que estaba intentando no llorar delante de ella. Podía ver cómo se le acumulaban las lágrimas en los ojos.

—¿Es eso real? —acabó preguntándole la esperiliana—. En ese otro mundo, ¿es real? ¿O el Sello simplemente me mostró lo que yo quería ver?

—No lo sé —confesó el vidente—. Nuestro mundo es un sueño de los dioses. Tal vez también tengan otros sueños. Pero lo único que nos queda a nosotros es la historia que se desarrolla aquí y, según las normas de este mundo, no hay nada que pueda traer de vuelta a Altan.

Rin se reclinó hacia atrás.

—Creía saber cómo funcionaba este mundo. Cómo funcionaba el cosmos. Pero no sé nada.

—La mayoría de los nikaras no saben nada —dijo Chaghan, y ni siquiera intentó disimular su arrogancia.

La esperiliana resopló.

—¿Acaso tú sí?

—Mi pueblo conoce aquello que constituye la naturaleza de la realidad —declaró el vidente —. Lo comprendemos desde hace años. Pero tu pueblo es muy frágil y desesperado. No distingue lo que es real de lo que es falso, así que se aferra a sus pequeñas verdades. Consideran que eso es mejor que concebir que tal vez su mundo no sea tan relevante.

A Rin cada vez le quedaba más claro por qué los habitantes de las regiones interiores se

consideraban los guardianes del universo. ¿Quién más comprendía la naturaleza del cosmos como ellos? ¿Quién se acercaba siquiera a tener ese conocimiento?

Tal vez Jiang, hacía mucho tiempo, cuando su mente aún le pertenecía. Pero el hombre al que ella había conocido estaba roto, y los secretos que le había mostrado habían sido tan solo fragmentos de la verdad.

—Creía que lo que hacíais era pura soberbia —murmuró la joven—. Pero es un acto amable. Los de las regiones del norte mantenéis esa ilusión para que los demás podamos seguir viviendo la mentira.

—No nos llames así —dijo Chaghan tajantemente—. «Los de las regiones del norte» no es ningún nombre. Solo el Imperio se refiere así a nosotros porque da por sentado que todos los que vivimos en la estepa somos iguales. Los naimades no son ketreyides. Llámanos por nuestros nombres.

—Perdona. —Rin cruzó los brazos sobre el pecho, temblando a causa del viento cortante—. ¿Puedo preguntarte otra cosa más?

—Vas a preguntármelo de todas formas.

—¿Por qué me odias tanto?

—No te odio —dijo el joven de forma automática.

—Pues es lo que parecía. Durante mucho tiempo me dio esa impresión, incluso antes de que Altan muriera.

Por fin, Chaghan se giró para mirarla a la cara.

—No puedo mirarte sin verlo a él.

Rin sabía que le diría eso. Lo sabía y, aun así, le dolía.

—Creías que no iba a poder estar a su altura. Y… es verdad, nunca lo estaré. Y… Y si estabas celoso por algún motivo, eso también puedo entenderlo. Pero debes saber que…

—No estaba celoso —dijo él—. Estaba enfadado. Con los dos, contigo y conmigo. Te vi cometer los mismos errores que cometió Altan y no supe cómo detenerte. Todos esos años vi a Altan confuso y enfadado. Lo vi recorrer el camino que él mismo escogió como un niño ciego, y creí que eso era precisamente lo que te estaba sucediendo a ti.

—Pero yo sí sé lo que estoy haciendo. No voy a ciegas igual que él…

—Sí, sí vas a ciegas, pero no te das cuenta. Trataron a los tuyos como esclavos durante tanto tiempo que has olvidado lo que es ser libre. Te enfadas con facilidad y no tardas en aferrarte a las cosas: al opio, a las personas, a determinadas ideas… Eso alivia tu dolor, aunque sea temporalmente. Y hace que sea demasiado fácil manipularte. —Chaghan se detuvo—. Lo siento. ¿Te he ofendido?

—Vaisra no me está manipulando —insistió Rin—. Está… Estamos luchando por algo mejor. Algo por lo que merece la pena combatir.

El vidente la miró durante largo rato.

—¿Y de verdad crees en su República?

—Creo que la República es una mejor alternativa que nada de lo que hayamos tenido —declaró—. Daji tiene que morir. Vaisra es nuestra mejor oportunidad para matarla. Y lo que quiera que vaya a pasar después no puede ser peor que el Imperio.

—¿De verdad piensas eso?

Rin no quería seguir hablando del tema. No quería plantearse el otro escenario. Ni una sola

vez desde el desastre acontecido en el lago Boyang se había planteado seriamente no regresar a Arlong, o la idea de que tal vez no hubiera nada a lo que regresar.

Ahora contaba con demasiado poder, demasiada rabia, y necesitaba una causa por la que arder. La República de Vaisra era su ancla. Sin eso, acabaría perdida, a la deriva. Solo pensarlo la aterrorizaba.

—Debo hacer esto —dijo—. De lo contrario, no tendré nada.

—Si tú lo dices. —Chaghan volvió a fijar la mirada en el río. Parecía haber desistido de seguir discutiendo sobre ese asunto. Rin no sabía si estaba decepcionado o no—. Tal vez tengas razón, pero, llegado el momento, tendrás que preguntarte a ti misma por qué estás luchando exactamente. Y deberás encontrar un motivo para vivir que vaya más allá de la venganza. Altan jamás consiguió hacer eso.

—¿Estás segura de que sabes cómo cabalgarlo? —Qara le pasó las riendas del corcel de guerra a Rin.

—No, pero Kitay sí que sabe. —Rin echó un vistazo al corcel negro con desazón. Nunca se había sentido del todo cómoda con los caballos. Eran mucho más grandes de cerca, con sus cascos listos para abrirle la cabeza a alguien. Sin embargo, Kitay se había pasado gran parte de su infancia montando a caballo por la propiedad de su familia, y sabía manejar con facilidad a la mayoría de los animales.

—Manteneos alejados de los senderos principales —les advirtió Chaghan—. Mis aves me han comunicado que el Imperio ha recuperado gran parte de su territorio. Si os detectan viajando a plena luz del día, acabaréis encontrándoos con patrullas de la Milicia. Manteneos cerca de la linde del bosque siempre que podáis.

Rin estaba a punto de preguntar qué comía el corcel cuando, de repente, Chaghan y Qara giraron la vista hacia la izquierda, como dos animales cazadores que habían detectado una presa.

La esperiliana escuchó los ruidos un segundo más tarde. Los gritos procedían del campamento de los ketreyides. Era el sonido de flechas atravesando cuerpos. Y, un momento después, el inconfundible sonido de un arcabuz.

—Mierda —jadeó Kitay.

Los mellizos ya estaban corriendo de vuelta. Rin cogió su tridente del suelo y los siguió.

El campamento se había sumido en el caos. Los ketreyides corrían para tomar las riendas de sus caballos asustados, que intentaban liberarse. El aire estaba cargado con el humo ácido de la pólvora. Se veían agujeros de bala en las yurtas. Algunos cadáveres de ketreyides yacían en el suelo. Y los misioneros de la Compañía Gris, la mitad de ellos apuntando con sus arcabuces, disparaban indiscriminadamente por todo el campamento.

¿Cómo habían logrado recuperar sus armas?

Rin escuchó un disparo y se tiró al suelo, lo que hizo que la bala acabara hundida en el árbol que quedaba detrás de ella.

Las flechas volaban por encima de su cabeza. Cada una acertaba en su objetivo con un golpe sordo. Un puñado de hesperianos cayeron al suelo, con las flechas atravesándoles limpiamente los cráneos. Un par de ellos corrieron, presas del pánico, para intentar huir del claro. Nadie los persiguió.

El único que quedó en pie fue Augus. Blandía dos arcabuces, uno en cada mano, con los cañones apuntando torpemente hacia el suelo.

Jamás había disparado uno. Rin lo notaba, ya que el joven temblaba. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer.

La Sorqan Sira pronunció una orden entre dientes. Los jinetes se movieron a la vez. De inmediato, apuntaron doce flechas hacia Augus, con las cuerdas de los arcos completamente tensadas.

—¡No disparéis! —gritó Rin. Corrió hacia delante, bloqueando la trayectoria de las flechas con su cuerpo—. No disparéis… Por favor, no sabe lo que hace…

Augus no parecía darse cuenta de nada. Tenía los ojos fijos en Rin. Levantó el arcabuz de su mano derecha. Apuntó con el cañón en línea recta hacia el pecho de la joven.

Daba igual que no hubiese disparado uno antes. No podía fallar. No a esa distancia.

—Demonio —dijo el chico.

—Rin, apártate —le pidió Kitay, tenso.

La esperiliana se quedó inmóvil. Era incapaz de moverse. Augus agitó sus armas de forma errática y fue apuntando con ellas a la Sorqan Sira, a Rin y a Kitay alternativamente.

—Creador, dame coraje, protégeme de estos paganos…

—¿Qué está diciendo? —exigió saber la Sorqan Sira.

Augus cerró los ojos.

—Muéstrales la fuerza de los cielos y haz caer sobre ellos tu justicia divina…

—¡Augus, detente! —Rin avanzó hacia él con las manos levantadas en lo que esperaba que fuese un gesto inofensivo. Habló en un hesperiano pronunciado con claridad—. No tienes nada que temer. Esta gente no es tu enemiga, no va a hacerte daño…

—¡Salvajes! —gritó Augus. Agitó uno de los arcabuces formando un arco delante de él. Los ketreyides murmuraron y retrocedieron. Varios de ellos se agacharon todo lo que pudieron—. ¡Salid de mi cabeza!

—Por favor, Augus —le suplicó Rin—. Estás asustado, no eres tú mismo. Mírame. Sabes quién soy, me conoces…

Augus volvió a apuntarle con el arcabuz.

La orden silenciosa de la Sorqan Sira se extendió por el claro.

«Fuego».

Ni un solo jinete ketreyide disparó su arco.

Rin miró a su alrededor, confusa.

—¡Bekter! —gritó la Sorqan Sira—. ¿Qué significa esto?

Bekter sonrió y Rin se percató con gran terror de lo que estaba sucediendo.

Aquello no había sido ningún accidente. Habían liberado a los hesperianos a propósito.

Aquello era un golpe de Estado.

Una furiosa ráfaga de imágenes intermitentes rebotó de un lado a otro en el claro. Fue una guerra mental silenciosa entre Bekter y la Sorqan Sira, que presenciaron todos los que se encontraban allí. Eran como luchadores enfrentándose delante de su público.

Rin vio a Bekter desatando a los hesperianos y poniéndoles arcabuces entre las manos. Los extranjeros lo contemplaban, sin reaccionar a causa del miedo. Bekter les decía que iban a jugar a un juego y los retó a esquivar corriendo sus flechas. Los hesperianos se dispersaron.

Rin vio a la niña a la que Jiang había asesinado, a Tseveri, la hija de la Sorqan Sira, que cabalgaba por la estepa con un niño pequeño sentado delante de ella. Ambos reían.

Vio a un grupo de guerreros. Con un sobresalto, se dio cuenta de que eran esperilianos. Eran al menos una docena, con las llamas surgiendo de sus hombros mientras avanzaban por las yurtas incendiadas y los cadáveres achicharrados.

Sintió una furia abrasadora saliendo del interior de Bekter, una furia que las leves protestas de la Sorqan Sira no hacían más que amplificar. Y entonces lo comprendió: aquello no era una simpe batalla por el poder motivada por la ambición. Era un acto de venganza.

Bekter había querido hacer por su hermana Tseveri lo que la Sorqan Sira jamás haría. Deseaba vengarse. La Sorqan Sira quería controlar a los chamanes nikaras, pero Bekter los quería muertos.

«Has dejado a los Cike correteando sin control por el Imperio durante mucho tiempo, madre». La voz de Bekter se escuchaba alta y clara. «Has pasado demasiado tiempo mostrándole misericordia a la chusma naimade. Eso ya se ha acabado».

Los jinetes estaban de acuerdo.

Hacía ya mucho tiempo que sus lealtades habían cambiado. Ahora solo les quedaba deshacerse de su líder.

El intercambio terminó en cuestión de un instante.

La Sorqan Sira reculó. Parecía haber encogido sobre sí misma. Por primera vez, Rin vio miedo en su rostro.

—Bekter —dijo la mujer—. Por favor.

El ketreyide emitió una orden.

Las flechas cayeron sobre la tierra, a los pies de Augus. El chico soltó un grito ahogado. Rin se abalanzó hacia delante, pero ya era demasiado tarde. Escuchó un clic, a lo que le sucedió una pequeña explosión.

La Sorqan Sira se desplomó en el suelo. El humo salía del lugar en el que la bala le había perforado el pecho. La mujer bajó la vista y luego volvió a fijarla en Augus, con el rostro retorcido a causa de la perplejidad, antes de desplomarse hacia un lado.

Chaghan corrió hacia ella.

—*¡Ama!*

Augus tiró al suelo el arcabuz que acababa de disparar y levantó el segundo hacia su hombro.

Pasaron varias cosas al mismo tiempo.

Augus apretó el gatillo. Qara se lanzó delante de su hermano. Un estallido reverberó en la noche y los mellizos se desplomaron al mismo tiempo, ella entre los brazos de Chaghan.

Los jinetes se dieron la vuelta para huir.

Rin gritó. Un torrente de fuego salió disparado desde su boca hasta el pecho de Augus y lo tiró al suelo. El chico chilló y se retorció desesperadamente para intentar sofocar las llamas, pero el fuego no se extinguía. Consumía el aire que respiraba, entraba en sus pulmones, lo agarraba desde dentro como si fuese una mano, hasta que su torso pasó a ser carbón y no pudo seguir gritando.

La agonía final de Augus se ralentizó hasta que pasó a retorcerse como un insecto mientras Rin caía de rodillas. La esperiliana cerró la boca. Las llamas se apagaron y Augus se quedó muy quieto.

Detrás de ella, Chaghan acunaba a su hermana. Una mancha de sangre oscura apareció sobre el pecho derecho de Qara, como si hubiese sido pintada por un artista invisible, y aumentaba de tamaño como una amapola que estuviese floreciendo.

—Qara… Qara, no… —Chaghan desplazó las manos con frenesí por el pecho de la joven, pero no había ninguna flecha que pudiera sacarle de ahí. El fragmento de metal estaba enterrado a demasiada profundidad como para que pudiera salvarla.

—Déjalo —jadeó Qara. Levantó una mano temblorosa y la apoyó sobre el pecho de su hermano. La sangre le salía a borbotones entre los dientes—. Déjame ir. Tienes que dejarme ir.

—Me voy contigo —dijo Chaghan.

Qara comenzó a respirar con jadeos cortos y dolorosos.

—No. Es demasiado importante.

—Qara…

—Hazlo por mí —susurró la joven—. Por favor.

Chaghan apoyó su frente contra la de su hermana. Algo sucedió entre ambos, un intercambio de pensamientos que Rin no pudo escuchar. Qara se llevó una mano temblorosa hacia el pecho, dibujó un patrón con su propia sangre sobre la piel pálida de la mejilla de su hermano, y luego posó la palma de su mano sobre el dibujo.

Chaghan espiró. Rin creyó ver cómo algo pasaba por el espacio que había entre ambos: una ráfaga de aire, un destello de luz.

Qara dejó caer la cabeza hacia un lado. El vidente tomó la forma inerte de su hermana entre sus brazos y bajó la cabeza hacia ella.

—Rin —dijo Kitay con urgencia.

La joven se dio la vuelta. A tres metros de distancia, Bekter montaba sobre su caballo con el arco levantado.

Rin alzó su tridente, pero no tenía ninguna posibilidad. De tan cerca, Bekter tenía un blanco fácil. Estarían muertos en cuestión de segundos.

Sin embargo, el jinete no disparó. La flecha estaba colocada en el arco, pero no había tensado la cuerda. Tenía la mirada perdida. No dejaba de desplazarla entre los cuerpos de la Sorqan Sira y Qara.

«Está conmocionado», pensó Rin. Bekter no podía creer lo que acababa de hacer.

La esperiliana levantó su tridente por encima de su cabeza y se preparó para lanzarlo.

—Asesinar a alguien no es tan sencillo, ¿eh?

Bekter parpadeó, como si acabara de recobrar la compostura, y entonces apuntó con el arco hacia ella.

—Adelante —lo retó Rin—. A ver quién es más rápido.

Bekter miró hacia las puntas resplandecientes de su tridente y luego bajó la vista hacia Chaghan, que se mecía hacia delante y hacia atrás sobre el cuerpo de Qara. El jinete bajó levemente el arco.

—Esto es cosa tuya —declaró Bekter—. Has matado a madre. Eso es lo que les diré a todos. Que esto ha sido culpa tuya. —Le temblaba la voz. Parecía estar intentando convencerse a sí mismo. El arco se balanceó entre sus manos—. Todo esto es culpa tuya.

Rin lanzó su tridente. El caballo de Bekter se desbocó. El arma pasó volando a unos centímetros de su cabeza y no acertó en nada. La joven lanzó entonces una llamarada de fuego en

su dirección, pero fue demasiado lenta… En cuestión de segundos, Bekter había desaparecido de su vista, se había perdido en el bosque detrás de su banda de traidores.

Durante mucho rato, el único sonido que se escuchó en el claro procedía de Chaghan. No estaba llorando, no del todo. Tenía los ojos secos. Pero sacudía el pecho de forma errática, su respiración consistía en jadeos breves y ahogados, y tenía los ojos muy abiertos, fijos en el cadáver de su hermana, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

«Nuestra voluntad ha sido la misma desde que éramos niños», había dicho Qara. «Somos dos mitades de la misma persona».

Rin no podía ni siquiera imaginarse lo que debía de ser que le arrebatasen aquello.

Por fin, Kitay se agachó junto al cuerpo de la Sorqan Sira y la giró para dejarla bocarriba. Le cerró los párpados.

Luego, tocó a Chaghan con delicadeza en el hombro.

—¿Hay algo que podamos…?

—Va a haber una guerra —dijo de pronto el vidente. Dejó a Qara en el suelo delante de él y luego le colocó las manos sobre el pecho, una encima de la otra. Su tono de voz era neutro, carente de emoción—. Ahora el jefe es Bekter.

—¿Jefe? —repitió Kitay—. Pero ¡si acaba de matar a su propia madre!

—No con sus propias manos. Por eso les ha entregado a los hesperianos esas armas. No la ha tocado, y sus jinetes han sido testigos de ello. Podrán jurarlo ante el Panteón porque es la verdad.

El rostro de Chaghan carecía de emoción. Estaba completa y aterradoramente tranquilo.

Rin lo comprendía. Se había cerrado en banda, había sustituido sus sentimientos por un pragmatismo sosegado porque esa era la única forma de bloquear el dolor.

Chaghan inspiró hondo temblorosamente. Por un momento, su fachada cayó y Rin pudo ver el dolor reflejado en su rostro, pero este desapareció igual de rápido que había llegado.

—Esto… Esto lo cambia todo. La Sorqan Sira era la única que mantenía a los ketreyides a raya. Ahora Bekter los liderará para masacrar a los naimades.

—Pues entonces, ve —dijo Rin—. Toma el caballo. Dirígete al norte. Vuelve con tu clan y adviértele del peligro.

Chaghan se quedó perplejo.

—Ese caballo es para vosotros.

—No seas idiota.

—Encontraremos otra forma —dijo Kitay—. Tardaremos un poco más en llegar, pero nos las apañaremos. Tú tienes que irte ya.

Poco a poco, Chaghan se levantó sobre sus piernas temblorosas y los siguió hasta la orilla del río.

El caballo aguardaba pacientemente donde lo habían dejado. Parecía ajeno por completo a toda la conmoción que había tenido lugar en el claro. Había sido bien entrenado para no sucumbir al pánico.

Chaghan levantó un pie para apoyarlo en el estribo y se impulsó para subir a la silla con un movimiento elegante y practicado. Agarró las riendas con ambas manos y bajó la vista hacia Kitay y Rin. Tragó saliva.

—Rin…

—¿Sí? —le respondió la joven.

Chaghan parecía muy menudo en lo alto del caballo. Por primera vez, la esperiliana lo vio por lo que era: no un temible chamán ni un misterioso vidente, sino solo un chico. Siempre había pensado que Chaghan era poderosamente etéreo y que estaba desvinculado del reino de los mortales. Pero, al fin y al cabo, era humano, más pequeño y delgado que el resto de ellos.

Y, por primera vez en su vida, estaba solo.

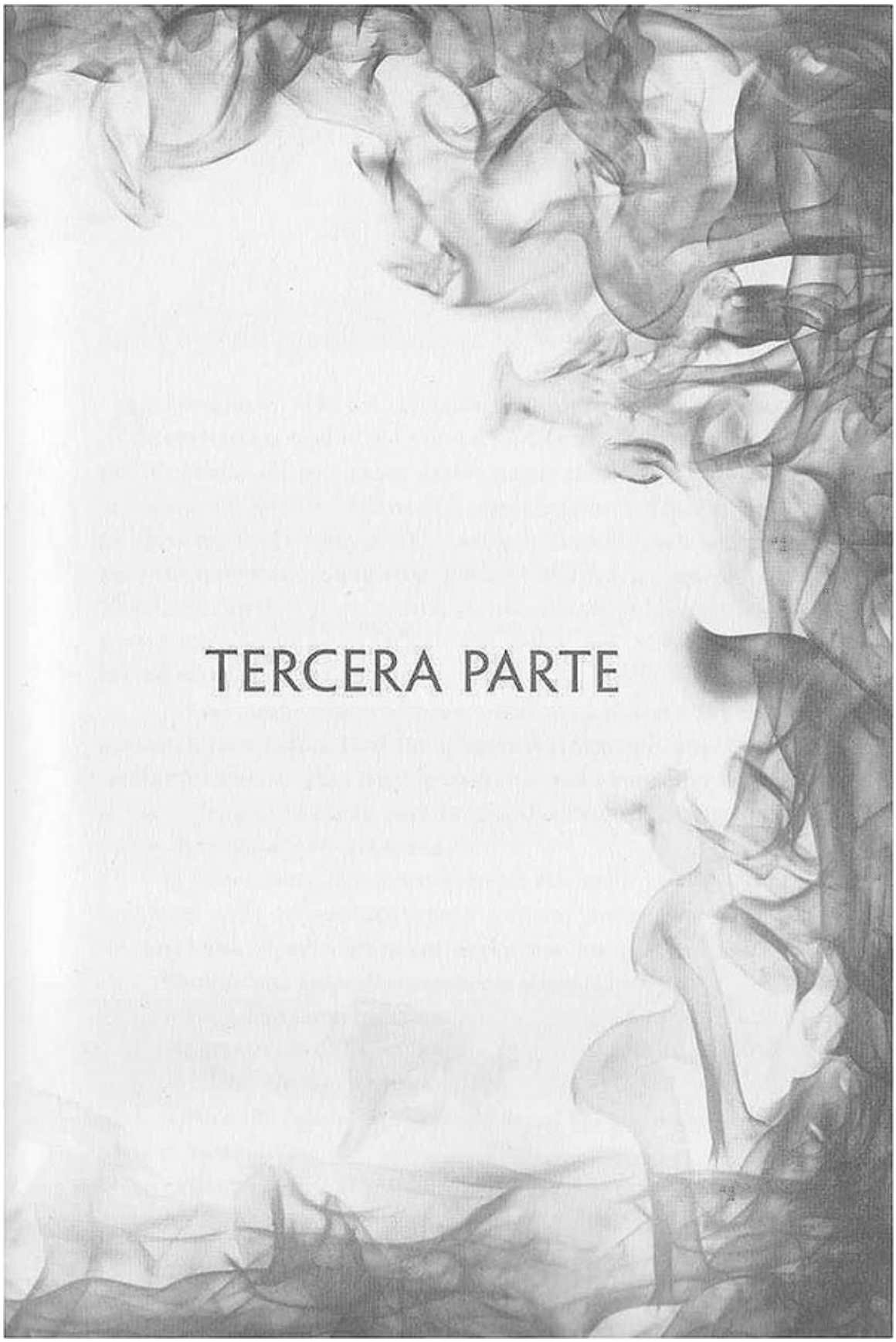
—¿Qué voy a hacer? —preguntó Chaghan en voz baja.

Le tembló la voz. Parecía absolutamente perdido.

Rin lo tomó de la mano. Entonces, lo miró de verdad a los ojos. Cuando se paraba a pensarlo, los dos eran muy parecidos. Demasiado jóvenes para ser tan poderosos, ni de lejos preparados para ocupar los puestos que los habían forzado a ocupar.

Le apretó los dedos de la mano.

—Vas a luchar.



TERCERA PARTE



25

Tardaron veintinueve días en recorrer el camino de vuelta a Arlong. Rin lo supo porque cada día hacía una muesca en un lateral de la balsa, imaginándose cómo debía ir avanzando la guerra a medida que pasaba el tiempo. Cada muesca representaba una pregunta, otro posible resultado. ¿Daji habría invadido ya Arlong? ¿Seguiría en pie la República? ¿Y Nezha?

Durante la travesía la consoló el hecho de no ver ni rastro de la flota imperial en el Murui Occidental, pero eso no significaba mucho. Tal vez la flota ya los hubiera adelantado. Daji podía estar marchando por tierra a Arlong en lugar de por el río. La Milicia siempre se había sentido mucho más cómoda con una guerra terrestre. O tal vez la flota podría haber tomado la ruta del litoral, podría haber destruido las fuerzas de Tsolin antes de zarpar en dirección sur hacia los Acantilados Rojos.

Mientras tanto, su balsa flotaba insignificantemente por el Murui Occidental hacia abajo, dejándose llevar por la corriente porque ambos estaban demasiado agotados como para ponerse a remar.

Kitay había tardado dos días en fabricar esa balsa improvisada. Empleó cuerdas y los cuchillos de caza que los ketreyides se habían dejado atrás. Era un navío endeble, formado con los restos destrozados de la flota republicana, y era lo suficientemente grande como para que los dos pudieran tumbarse en ella sin tocarse.

Navegar en una balsa era un proceso lento. Se mantenían cautelosamente pegados a las orillas para evitar corrientes peligrosas como la que los había tirado por las cataratas en Boyang. Cuando podían, flotaban hasta quedar bajo un árbol frondoso para ocultarse.

Tenían que controlar la comida. Habían recuperado carne deshidratada para dos semanas de las raciones que habían guardado los ketreyides, y, de vez en cuando, conseguían pescar algo, pero, a medida que pasaban los días, sus huesos quedaban más visibles bajo la piel. Habían perdido tanto masa muscular como resistencia, lo que hacía que fuera aún más importante que evitasen toparse con alguna patrulla. Ni siquiera con las recién recuperadas habilidades de Rin tenían muchas posibilidades de salir victoriosos de una verdadera escaramuza si no lograban ni correr un kilómetro y medio.

Se pasaban los días durmiendo para conservar sus fuerzas. Uno de ellos se hacía un ovillo sobre el suelo de la balsa mientras el otro mantenía una solitaria guardia junto a una lanza atada a

un escudo que les servía tanto de remo como de timón. Una tarde, Rin se despertó y se encontró a Kitay grabando diagramas sobre la madera con un cuchillo.

La joven se frotó los ojos para intentar espabilarse.

—¿Qué estás haciendo?

Kitay apoyó la barbilla sobre su puño, dando golpecitos con el cuchillo contra la balsa.

—He estado pensando en la mejor forma de militarizarte.

Rin se sentó.

—¿Militarizarme?

—Quizás ese término no sea el mejor. —Continuó grabando sobre la madera—. Pues llamémoslo «optimizarte». Eres como un farol. Intento averiguar cómo hacer que ardas con más intensidad.

La esperiliana señaló a un círculo grabado de forma irregular.

—¿Se supone que esa soy yo?

—Sí. Esto representa tu fuente de calor. Intento descubrir cómo funcionan exactamente tus habilidades. ¿Puedes invocar el fuego desde cualquier parte? —Kitay señaló hacia el otro extremo del río—. Por ejemplo, ¿podrías hacer arder esos juncos?

—No. —Rin conocía la respuesta sin tener que probarlo—. Tiene que salir de mí. De mi interior.

Sí, así era. Cuando invocaba el fuego, tenía la sensación de que algo tiraba de su interior y la atravesaba.

—Me sale por las manos y por la boca —dijo—. También puede salir por otras partes, pero me resulta más sencillo de esa forma.

—Entonces, ¿tú misma eres la fuente de calor?

—No tanto la fuente, sino más bien… un puente. O mejor, una puerta.

—Una puerta —repitió su amigo, rascándose la barbilla—. ¿Por eso el Guardián se llama así? ¿Porque es el que deja entrar y salir a los dioses?

—No creo. Jiang… Jiang es una puerta abierta para determinadas criaturas. Ya viste lo que nos mostró la Sorqan Sira. Creo que solo puede invocar a esas bestias. A todos los monstruos de la casa de las fieras del emperador. ¿No es así la historia? Pero el resto de nosotros… Es difícil de explicar. —Le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Los dioses se encuentran en este mundo, pero también permanecen en el suyo. Mientras el Fénix está en mi interior, puede influir en este mundo…

—Pero no de la forma que él quiere —la interrumpió Kitay—. O, al menos, no siempre.

—Porque no se lo permito —dijo ella—. Es cuestión de control. Si cuentas con bastante fuerza mental, puedes redirigir el poder del dios para cumplir tus propios objetivos.

—¿Y si no? ¿Qué sucede si abres la puerta del todo?

—Pues que estás perdido. Entonces, acabas como Feylen.

—Pero ¿qué significa eso? —insistió—. ¿Sigues teniendo algún control sobre tu cuerpo o no?

—No estoy segura. Algunas veces, aunque muy pocas, me dio la sensación de que Feylen estaba ahí dentro, luchando por recuperar su cuerpo. Pero ya viste qué fue lo que sucedió.

Kitay asintió despacio.

—Debe de ser complicado ganar una batalla mental contra un dios.

Rin pensó en los chamanes que se hallaban encerrados en piedra en el interior de la Chuluu

Korikh, atrapados durante toda la eternidad con sus pensamientos y sus remordimientos, a los que tan solo podía consolar tener la certeza de que aquella era la alternativa menos horrible. La joven se estremeció.

—Es prácticamente imposible.

—Entonces, solo tenemos que averiguar cómo vencer al viento con fuego. —Kitay se pasó los dedos por el flequillo, que llevaba demasiado largo—. Menudo rompecabezas.

No había mucho más que hacer en la balsa, así que comenzaron a experimentar con el fuego. Un día tras otro, llevaron las habilidades de Rin al límite para ver hasta dónde podía llegar, cuánto control poseía.

Hasta ese momento, Rin solo había invocado el fuego por instinto. Había estado demasiado ocupada enfrentándose al Fénix por el control de su mente como para molestarse en analizar cómo funcionaba su manejo de las llamas. Pero, ante las preguntas incisivas y los experimentos guiados de Kitay, logró averiguar los parámetros exactos de sus habilidades.

No podía ejercer control sobre un fuego ya existente. Tampoco podía controlar el fuego que abandonaba su cuerpo. Podía darles forma a las llamas y hacer que estallaran en el aire, pero, una vez que acababan suspendidas en el ambiente, se extinguían en cuestión de segundos, a no ser que encontraran algo que quemar.

—¿Qué sientes tú cuando hago esto? —le preguntó a Kitay.

Su amigo guardó silencio un rato antes de responder.

—No duele. Al menos, no tanto como la primera vez. Es más bien como… si fuera consciente de algo. Algo se mueve en el fondo de mi mente, y no estoy seguro de qué se trata. Siento un subidón, como la descarga de adrenalina que se siente al mirar por el borde de un precipicio.

—¿Y seguro que no te duele?

—Te lo prometo.

—Y una mierda —le dijo Rin—. Pones la misma cara cada vez que invoco un fuego más grande que una hoguera. Parece que te estés muriendo.

—¿De verdad? —Kitay parpadeó—. Supongo que es tan solo un reflejo. No te preocupes.

Le estaba mintiendo. Rin adoraba que fuera así, que le importara lo suficiente como para mentirle. Pero no podía seguir haciéndole eso a su amigo. No podía seguir haciéndole daño y que no le importase.

Cuando eso sucediera, estaría perdida.

—Tienes que avisarme cuando te abrume demasiado —le pidió.

—No es para tanto.

—Déjate de rollos, Kitay…

—Lo que más siento es el ansia —le confesó—, no el dolor. Me genera una necesidad. Hace que quiera más. ¿Comprendes esa sensación?

—Por supuesto —respondió ella—. Es el impulso más básico del Fénix. El fuego devora.

—Devorar sienta bien. —Señaló hacia una rama que sobresalía—. Intenta otra vez eso de disparar.

Durante los siguientes días, Rin aprendió varios trucos distintos. Podía crear bolas de fuego y lanzárselas a objetivos que se encontraran hasta a nueve metros de distancia. Podía hacer formas tan intrincadas con las llamas que habría sido capaz de montar un espectáculo de títeres con ellas.

Podía, al hundir las manos en el río, hacer hervir el agua a su alrededor hasta que el vapor ascendía hacia el aire y los pescados flotaban bocarriba en la superficie.

Y, lo más importante, podía formar espacios de protección dentro del fuego que se extendieran hasta nueve metros de distancia de su cuerpo. De ese modo, Kitay jamás se quemaría, ni siquiera cuando todo lo demás a su alrededor ardiera.

—¿Y una destrucción masiva? —le preguntó su amigo después de haber estado un par de días probando trucos de menor importancia.

Rin se puso rígida.

—¿A qué te refieres?

Su tono era cautelosamente neutral. Puramente académico.

—Por ejemplo, lo que le hiciste a la Federación… ¿Podríamos replicar eso? ¿Cuánto fuego eres capaz de invocar?

—Eso fue distinto. Estaba en la isla. En el templo. Y… acababa de ver morir a Altan. —Tragó saliva—. Estaba enfadada. Estaba muy cabreada.

En ese momento había sido capaz de armar una rabia inhumana, despiadada y terrible. Pero no estaba segura de poder replicar esa rabia, porque había sido motivada por la muerte de Altan, y lo que sentía ahora al pensar en él no era furia, sino dolor.

La rabia y el dolor eran cosas muy distintas. La rabia le proporcionaba el poder para dejar a países enteros reducidos a cenizas. El dolor tan solo servía para dejarla exhausta.

—¿Y si regresaras al templo? —insistió Kitay—. ¿Y si regresaras e invocaras al Fénix?

—No pienso volver a ese templo —dijo Rin de inmediato. No sabía a qué se debía, pero el entusiasmo de su amigo la hacía sentirse incómoda. La estaba mirando con la misma profunda curiosidad que solo le habían dedicado antes Shiro y Petra.

—Pero ¿y si tuvieras que hacerlo? ¿Si solo tuviéramos esa opción, si todo estuviera perdido si no lo hicieras?

—Eso no está sobre la mesa.

—No digo que tengas que hacerlo. Solo digo que tenemos que saber si es una opción. Digo que al menos debes intentarlo.

—Me estás pidiendo que ponga en práctica un genocidio —dijo despacio—. Llamemos a las cosas por su nombre.

—Empezaremos con algo pequeño —sugirió Kitay—. Luego, podemos ir aumentando el tamaño. Ver hasta dónde puedes llegar sin tener que estar en el templo.

—Podríamos acabar destruyendo todo lo que quede a nuestro alcance.

—No hemos visto señales de vida humana en todo el día. Si aquí vivía gente, hace mucho que se marchó. Este terreno está vacío.

—¿Y qué pasa con la fauna?

Kitay puso los ojos en blanco.

—Ambos sabemos que la fauna es la menor de tus preocupaciones. Deja de poner excusas, Rin. Hazlo.

La joven asintió, extendió las palmas de las manos y cerró los ojos.

Las llamas la envolvieron como una manta cálida. Era una sensación buena. Demasiado buena. Estaba ardiendo sin sentir culpa y sin tener que pensar en las consecuencias. Era un poder sin restricciones. Podría haberse vuelto a sumir en ese estado de éxtasis, haberse perdido en ese

olvido de ensueño que era el incendio que surgía de ella cada vez más intenso, más rápido, más brillante, si no hubiera sido porque escuchó un lamento agudo que no procedía de sí misma.

Bajó la mirada. Kitay estaba tendido en posición fetal en la balsa, con las manos sobre la boca para intentar contener sus propios gritos.

Rin refrenó el fuego con dificultad.

Kitay profirió un sonido ahogado y enterró la cabeza entre las manos.

La joven se agachó a su lado.

—Kitay…

—Estoy bien —jadeó—. No pasa nada.

La esperiliana intentó agarrarlo, pero él la apartó con un empujón violento que la sorprendió.

—Solo déjame coger aire. —El chico negó con la cabeza—. No pasa nada, Rin. No duele. Es solo… que lo tengo en la cabeza.

Su amiga tuvo ganas de abofetearlo.

—Se suponía que ibas a avisarme cuando te sintieras demasiado abrumado.

—No ha sido para tanto. —Kitay se sentó sobre la balsa—. Vuelve a intentarlo.

—¿Qué?

—No he podido ver bien el radio de tu explosión —le dijo—. Vuelve a intentarlo.

—Desde luego que no —estalló Rin—. Me da igual que quieras morir, no puedo seguir haciéndote esto.

—Entonces, llega tan solo hasta el límite —insistió su amigo—. Justo a ese punto antes de que duela demasiado. Averigüemos cuál es ese límite.

—Eso es de locos.

—Es mejor averiguarlo ahora que en el campo de batalla. Por favor, Rin, no tendremos mejor oportunidad que esta para hacerlo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —quiso saber Rin—. ¿Por qué te importa tanto todo esto?

—Porque necesito conocer la magnitud de lo que puedes hacer —le dijo—. Porque si voy a crear estrategias para la defensa de Arlong, entonces tengo que saber dónde ponerte y por qué motivo. Porque si he pasado por todo esto por ti, lo mínimo que puedes hacer es mostrarme qué aspecto tiene el poder más absoluto. Si te convertimos en un arma, entonces vas a ser la mejor que haya. Y deja de preocuparte tanto por mí, Rin. Si no te digo lo contrario, es que estoy bien.

Así que la esperiliana volvió a invocar el fuego, una y otra vez, ampliando cada vez más sus límites, hasta que la orilla a su alrededor acabó calcinada, negra como el carbón. Continuó incluso mientras Kitay gritaba, porque su amigo le había ordenado que no se detuviera a no ser que él se lo pidiera explícitamente. Continuó hasta que los ojos del chico se quedaron en blanco y se quedó inerte sobre la balsa. E incluso entonces, cuando revivió unos segundos después, lo primero que le dijo a Rin fue:

—Han sido cuarenta y cinco metros.

Cuando al fin llegaron a los Acantilados Rojos, Rin vio con gran alivio que la bandera de la República seguía ondeando sobre Arlong.

Eso significaba que Vaisra estaba a salvo y que Daji seguía siendo una amenaza lejana.

El siguiente reto al que se enfrentaron fue entrar en la ciudad sin que les disparasen. En

Arlong, donde se esperaba un ataque de la Milicia, se habían atrincherado detrás de sus defensas. Pasados les Acantilados Rojos, las enormes puertas que daban hacia el muelle estaban cerradas. Había arcos preparados sobre cada superficie plana con vistas al canal. No había forma de que Rin y Kitay se acercaran a las puertas de la ciudad: cualquier movimiento repentino e inesperado podría provocar que acabaran atravesados por miles de flechas. Se dieron cuenta de todo esto cuando vieron a un mono salvaje acercarse demasiado a la muralla y sorprender a una fila de arqueros de gatillo fácil.

Los jóvenes estaban tan agotados que aquello les pareció ridículamente divertido. Habían pasado un mes de travesía y ahora su mayor preocupación era ser atacados por fuego amigo.

Al final, decidieron llamar la atención de algunos centinelas del modo menos amenazador posible. Lanzaron rocas hacia los laterales de los acantilados y esperaron a que el sonido de estas resonara por el canal. Por fin, unos soldados se asomaron al acantilado con los arcos apuntando hacia abajo.

Rin y Kitay levantaron las manos de inmediato.

—No disparéis, por favor —gritó Kitay.

El capitán de los centinelas se inclinó sobre la pared del acantilado.

—¿Qué leches creéis que estáis haciendo?

—Somos soldados republicanos que han regresado de Boyang —dijo Kitay a viva voz, señalando hacia sus uniformes.

—Es fácil encontrar a un cadáver y quitarle el uniforme —declaró el capitán.

Kitay señaló a Rin.

—No uno que le sirva a ella.

El capitán seguía sin parecer convencido.

—Marchaos u os dispararé.

—Si yo fuera usted, no lo haría —dijo Rin—. O Vaisra tendrá que preguntarle por qué ha matado a su esperiliana.

Los centinelas prorrumpieron en carcajadas.

—Muy buena —dijo el capitán.

Rin se quedó perpleja. ¿Acaso no la reconocían? ¿No sabían quién era?

—Tal vez sea nuevo —dijo Kitay.

—¿Puedo hacerle daño? —murmuró Rin.

—Solo un poco.

La esperiliana echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Escupir fuego le costaba más que dispararlo desde las manos porque así controlaba menos su dirección, pero le gustaba el efecto dramático. Un torrente de fuego salió volando por el aire y formó la silueta de un dragón que se quedó suspendida durante un momento delante de los soldados estupefactos, ondulándose con grandiosidad, antes de lanzarse hacia el capitán.

El hombre jamás corrió verdadero peligro. Rin extinguió las llamas en cuanto estas hicieron contacto con él. Pero, aun así, el capitán gritó y reculó como si lo estuviera atacando un oso. Cuando al fin volvió a asomarse por la pared del acantilado, tenía el rostro completamente sonrosado y le salía humo de las cejas chamuscadas.

—Debería dispararos solo por haber hecho eso —les dijo.

—¿Por qué no vas a avisar a Vaisra de que ha vuelto la esperiliana? —le dijo Rin—. Y tráenos

algo de comer.

La noticia de su regreso pareció extenderse inmediatamente por todo el puerto. Una enorme multitud tanto de soldados como de civiles los rodeó nada más cruzar las puertas. Todos tenían preguntas y se las gritaban desde todas direcciones, tan alto que Rin era incapaz de entender nada.

Las preguntas que sí que logró comprender tenían que ver con los soldados que seguían desaparecidos tras lo sucedido en Boyang. La gente quería saber si habían sobrevivido más personas y si se encontraban de camino a casa. Rin no tuvo agallas para responderles.

—¿Quién os ha sacado a rastras del infierno? —Venka se abrió camino a codazos entre los soldados. Agarró a Rin de los brazos y la examinó de arriba abajo, antes de arrugar su nariz respingona—. Apestas.

—Yo también me alegro de verte —le dijo la esperiliana.

—No, en serio. Hueles muy mal. Es como si me hubieras puesto la hoja de una cuchilla debajo de la nariz.

—Bueno, no hemos tenido agua limpia desde hace más de un mes, así que…

—¿Y cuál es la historia? —la interrumpió la chica—. ¿Os escapasteis de prisión? ¿Vencisteis a un batallón entero? ¿Recorristeis a nado todo el Murui?

—Nos bebimos el meado de un caballo y nos drogamos —dijo Kitay.

—¿Cómo dices? —le preguntó Venka.

Rin estaba a punto de explicárselo cuando vio a Nezha abriéndose paso hasta llegar al frente de la multitud.

—Hola —lo saludó la joven.

Nezha se detuvo justo enfrente de ella y se quedó mirándola, parpadeando tan rápido como si no supiera qué era lo que estaba viendo. Los brazos le colgaban de forma extraña a los costados. Los levantó levemente, como si no estuviera seguro de qué hacer con ellos.

—¿Puedo? —le preguntó a Rin.

La esperiliana extendió los brazos hacia él. Su amigo la empujó contra sí mismo con tanta fuerza que Rin se irguió por instinto.

Pero luego se relajó. Nezha era tan cálido y sólido que abrazarlo era una sensación maravillosa. Solo quiso enterrar el rostro en su uniforme y quedarse allí plantada durante mucho tiempo.

—No puedo creerlo —le murmuró Nezha al oído—. Estábamos seguros de que habíais…

Rin presionó su frente contra el pecho del joven.

—Yo también.

Le caían las lágrimas a borbotones. El abrazo ya se había alargado demasiado, así que Nezha la dejó ir. Pero no apartó los brazos de los hombros de su amiga.

Al final, dijo:

—¿Dónde está Jinzha?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Rin—. ¿No regresó con vosotros?

Nezha negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos, antes de que dos cuerpos enormes lo empujaran a un lado.

—¡Rin!

Antes de que la joven pudiera decir nada, Suni la envolvió en un estrecho abrazo, levantándola casi un metro del suelo, y Rin tuvo que aporrearle con fuerza el hombro para que la soltara.

—Vale ya. —Ramsa se acercó y le dio unas palmaditas a Suni en la espalda—. Vas a acabar haciéndola papilla.

—Perdona —le dijo Suni, avergonzado—. Creíamos que…

Rin no pudo evitar sonreír mientras se examinaba las costillas en busca de moratones.

—Ya. Yo también me alegro de veros.

Baji la agarró de la mano, tiró de ella hacia sí y le dio una palmadita en el hombro.

—Sabíamos que no habías muerto. Eres demasiado despreciable como para caer tan fácilmente.

—¿Cómo regresasteis vosotros? —les preguntó Rin.

—Feylen no solo destrozó nuestros barcos, sino que también desató una tormenta que destruyó todo lo que había en el lago —dijo Baji—. Sin embargo, su objetivo eran los navíos grandes. De algún modo, unos cuantos veleros lograron mantenerse a flote. Un cuarto de la flota logramos escapar de la vorágine. No tengo ni idea de cómo conseguimos salir remando de ese río y seguir con vida, pero aquí estamos.

Rin se hacía una idea de lo que había podido pasar.

Ramsa desplazaba la mirada entre Kitay y ella.

—¿Y los mellizos?

—Es una historia muy larga —le dijo Rin.

—¿No han muerto? —preguntó Baji.

—Eh… Es complicado. Chaghan está vivo. Pero Qara… —La esperiliana guardó silencio mientras intentaba dar con las palabras adecuadas. Pero justo entonces, por detrás de Baji, divisó una figura alta que se acercaba a ellos—. Os lo cuento luego —dijo en voz baja.

Baji giró la cabeza y vio a quién estaba mirando Rin. Se echó a un lado de inmediato. El silencio se extendió entre los soldados, que abrieron filas para dejar pasar al jefe militar del Dragón.

—Has regresado —dijo Vaisra. No parecía complacido ni decepcionado, sino más bien impaciente, como si simplemente le hubiera hecho esperar.

Rin bajó la cabeza por instinto.

—Sí, señor.

—Bien. —Vaisra señaló hacia el palacio—. Ve a asearte. Te esperaré en mi despacho.

—Cuéntame todo lo que ha pasado en Boyang —le dijo Vaisra.

—¿No se lo han contado ya? —Rin se sentó frente a él. La joven olía mejor que en las últimas semanas. Se había cortado el cabello grasiento y plagado de piojos, se había frotado con agua fría y había cambiado su ropa manchada y apestosa por un uniforme limpio.

Una parte de ella había esperado una bienvenida más cálida: una sonrisa, una mano sobre su hombro o, al menos, algo que indicara que Vaisra se alegraba de que hubiese regresado. Sin embargo, lo único que le dedicó fue una expectación solemne.

—Quiero tu informe —le dijo.

Rin se planteó echarle la *culpa de todo a* las decisiones tácticas de Jinzha, pero no tenía ningún sentido poner a Vaisra en su contra solo por echar sal en una herida abierta. Además, nada de lo que Jinzha pudiera haber hecho hubiera prevenido lo que había pasado una vez que había comenzado la batalla. Había sido tan imposible como si se hubiera enfrentado al propio océano.

—La emperatriz cuenta con otro chamán a su servicio. Se llama Feylen. Canaliza al dios del viento. Antes formaba parte de los Cike, hasta que la cosa se torció. Destrozó su flota, y lo hizo en cuestión de minutos.

—¿Qué quieres decir con que antes formaba parte de los Cike? —le preguntó Vaisra.

—Tuvieron que reducirlo —le explicó Rin—. Es decir, enloqueció. Como les pasa a muchos chamanes. Altan lo dejó salir de la Chuluu Korikh por accidente…

—¿Por accidente?

—A propósito, pero fue una estupidez haberlo hecho. Y ahora supongo que Daji ha encontrado el modo de ganárselo para que esté de su parte.

—¿Y cómo lo habrá hecho? —quiso saber el jefe militar—. ¿Con dinero? ¿Poder? ¿Se le puede comprar?

—No creo que a Feylen le importe nada de eso. Es… —Rin se detuvo, intentando pensar en cómo explicárselo—. No quiere las mismas cosas que queremos los humanos. El dios tiene… Igual que yo con el Fénix…

—Ha perdido la cabeza —terminó Vaisra por ella.

La joven asintió.

—Creo que Feylen tiene que satisfacer la naturaleza esencial del dios. El Fénix necesita hacer arder. Pero el dios del viento anhela el caos. Daji habrá encontrado algún modo de usarlo en su propio beneficio, pero no podrá tentarlo con nada que pueda querer un humano.

—Entiendo. —Vaisra guardó silencio durante un minuto—. ¿Y mi hijo?

Rin vaciló. ¿No le habían contado lo de Jinzha?

—¿Cómo dice, señor?

—No han traído ningún cadáver —le explicó Vaisra.

Entonces, la máscara cayó. Por un instante, su aspecto fue el de un padre.

El jefe militar lo sabía, solo que no quería admitir que si Jinzha no había vuelto a Arlong con el resto de la flota, lo más probable era que estuviese muerto.

—No vi qué le sucedió —le dijo Rin—. Lo lamento.

—En ese caso, no tiene ningún sentido que especulemos sobre ello —declaró Vaisra con frialdad. Su máscara volvió a aparecer—. Pasemos página. Doy por sentado que querrás volver a unirte a la infantería, ¿no?

—A la infantería no. —La esperiliana inspiró hondo—. Quiero volver a ser la comandante de los Cike. Quiero un asiento en la mesa de estrategia. Quiero tener voz y voto en cualquier cosa que tenga que ver con los Cike.

—¿Y eso por qué? —le preguntó el jefe militar.

«Porque no puedo dejar que Chaghan tenga razón cuando dice que soy su perro».

—Porque me lo merezco. He roto el Sello. He recuperado el fuego.

Vaisra enarcó una ceja.

—Muéstramelo.

Rin abrió la palma de la mano hacia el techo e invocó una bola del fuego del tamaño de un puño. Hizo que subiera y bajara por su brazo y la giró a su alrededor en el aire antes de volverla a llevar a sus dedos. Incluso después de un mes de práctica, seguía asombrándole lo sencillo que era hacer eso, lo maravillosamente natural que era para ella controlar la llama como si fuera una extensión de su cuerpo. Dejó que adquiriera formas: una rata, un gallo, un ondulante dragón naranja… Y luego cerró los dedos.

—Muy bien —dijo Vaisra complacido. La máscara ya había desaparecido. Por fin, le sonrió. Rin sintió una cálida oleada de ánimo.

—¿Y bien? ¿Seré comandante?

Vaisra agitó una mano.

—Te devuelvo tu puesto. Avisaré a los generales. ¿Cómo lo has conseguido?

—Es una larga historia. —La joven guardó silencio, preguntándose por dónde podría empezar—. Nos…, mmm…, encontramos con algunos de los ketreyides.

El jefe militar frunció el ceño.

—¿Los habitantes de las regiones interiores?

—No los llame así. Se llaman ketreyides. —Le hizo un resumen de lo que había hecho la tribu y le contó lo de la Sorqan Sira y la Tríada.

Omitió la parte sobre el vínculo de anclaje. El jefe militar del Dragón no necesitaba saber eso.

—¿Y qué sucedió luego? —le preguntó Vaisra—. ¿Dónde están ahora?

—Se han ido. Y la Sorqan Sira está muerta.

—¿Qué?

Le contó lo de Augus. Sabía que a Vaisra le sorprendería, pero no se esperaba su reacción. Se quedó lívido. Todo su cuerpo se tensó.

—¿Quién más está al corriente de esto? —exigió saber.

—Solo Kitay. Y un par de ketreyides, pero ellos no se lo dirán a nadie.

—No le cuentes a nadie lo que pasó —le dijo en voz baja—. Ni siquiera a mi hijo. Si los hesperianos se enteran, nuestras vidas correrán peligro.

—Fue culpa suya desde el principio —masculló.

—Cierra el pico. —Vaisra golpeó la mesa con la mano. Rin retrocedió, sobresaltada—. ¿Cómo has podido ser tan estúpida? Deberías haberlos traído de vuelta sanos y salvos. Eso habría hecho que el general Tarcquet se congraciara con nosotros…

—¿Tarcquet sobrevivió? —lo interrumpió la esperiliana.

—Sí, y muchos de la Compañía Gris volvieron con él. Escaparon del sur en uno de los veleros. No están nada contentos con nuestras capacidades navales, y están planteándose marcharse del continente, algo que supongo que no se te pasaría por la cabeza cuando decidiste asesinar a uno de los suyos.

—¿Está de broma? Intentaban matarnos…

—Pues deberías haberlo incapacitado o haber huido. La Compañía Gris es intocable. No podrías haber escogido a un hesperiano peor al que matar.

—Esto no es culpa mía —insistió Rin—. Había enloquecido, agitaba el arcabuz…

—Escúchame —le dijo Vaisra—. Ahora mismo estás en una posición muy precaria. Los hesperianos no solo están disgustados, sino también aterrorizados. Antes te consideraban un fenómeno curioso. Pero entonces presenciaron lo de Boyang, y ahora están convencidos de que

cada uno de vosotros es un agente irresponsable del Caos que puede traer el fin del mundo. Van a darle caza a cada chamán que haya en este Imperio y, si pueden, los meterán en jaulas. El único motivo por el que a ti no te han puesto la mano encima es porque te ofreciste voluntaria y saben que vas a cooperar. ¿Lo entiendes ahora?

Rin sintió miedo.

—Entonces, Suni y Baji…

—Están a salvo —declaró el jefe militar—. Los hesperianos no saben nada sobre ellos. Y es mejor que no se enteren, porque entonces Tarcquet sabrá que le hemos estado mintiendo. Tu trabajo es mantener la cabeza gacha, cooperar y llamar la atención lo menos posible. Por ahora, tendrás un respiro. La hermana Petra ha accedido a posponer vuestras reuniones hasta que, de un modo u otro, esta guerra haya concluido. Así que compórtate. No les des más motivos para que se cabreen. Si no, nos condenarás a todos.

Entonces, Rin lo comprendió.

Vaisra no estaba enfadado con ella. Aquello no tenía nada que ver con Rin. No, estaba frustrado. Llevaba así meses, jugando a un juego imposible con los hesperianos en el que las reglas no dejaban de cambiar.

La joven se atrevió a preguntarle:

—Jamás van a prestarnos sus navíos, ¿verdad?

Vaisra suspiró.

—No lo sabemos.

—¿Siguen sin darle una respuesta clara? ¿Hacemos todo esto solo porque aún se lo están pensando?

—Tarcquet afirma que no han terminado con su evaluación —le dijo—. Admito que no comprendo sus procedimientos. Cuando les pregunto al respecto, me sueltan todo tipo de tonterías. Que quieren tener pruebas de sensibilidad racional. Que quieren tener pruebas de que podemos autogobernarnos.

—Pero eso es ridículo. Si nos dijeran directamente qué es lo que quieren…

—Ah, pero entonces estarían haciendo trampas. —Vaisra curvó los labios hacia arriba—. Necesitan pruebas de que hemos construido una sociedad civilizada de manera independiente.

—Eso es una paradoja. No podemos conseguirlo si no nos ayudan.

El jefe militar parecía agotado.

—Lo sé.

—Entonces, estamos jodidos. —Rin levantó las manos en el aire—. Todo esto no es más que un numerito para ellos. Jamás van a ayudarnos.

—Tal vez. —Entonces, Vaisra pareció ser décadas mayor de lo que era, lleno de arrugas y agotado. Rin se imaginó cómo lo dibujaría Petra en su cuaderno. «Hombre nikara, mediana edad. Complexión robusta. Nivel de inteligencia razonable. Inferior»—. Pero somos el bando más débil. No nos queda otra que seguirles el juego. Así funciona el poder.

Rin encontró a Nezha esperándola al otro lado de las puertas del palacio.

—Hola —le dijo la joven con vacilación. Lo miró de arriba abajo, intentando leer su expresión, pero era tan inescrutable como la de su padre.

—Hola —le respondió.

La esperiliana probó a sonreír. El chico no le devolvió la sonrisa. Durante un minuto, se limitaron a permanecer allí parados, mirándose el uno al otro. Rin se debatía entre correr hacia sus brazos o simplemente huir. Aún no sabía en qué punto estaba su relación. La última vez que habían hablado (hablado de verdad), a la joven le había quedado claro que su amigo iba a odiarla para toda la eternidad.

—¿Podemos hablar? —le pidió por fin Nezha.

—Ya lo estamos haciendo.

El chico negó con la cabeza.

—A solas. En privado. Aquí no.

—Vale —le respondió, y lo siguió a lo largo del canal hasta el borde del muelle, donde las olas eran lo bastante ruidosas como para que cualquier curioso que pasara por allí no pudiera escucharlos.

—Te debo una explicación —le dijo al fin.

Rin se apoyó contra la barandilla.

—Adelante.

—No soy un chamán.

La joven lanzó las manos al aire.

—No me jodas…

—No lo soy —insistió Nezha—. Sé que puedo hacer cosas. Es decir, sé que estoy vinculado a un dios y que puedo…, más o menos…, invocarlo… A veces…

—En eso consiste el chamanismo.

—No me estás escuchando. Sea lo que sea, no soy igual que tú. Mi mente no me pertenece. Mi cuerpo es propiedad de… de alguna cosa…

—De eso se trata, Nezha. Eso nos pasa a todos nosotros. Y sé que duele, y sé que es duro, pero…

—Sigues sin escucharme —estalló su amigo—. Para ti no supone ningún sacrificio. Tu dios y tú queréis la misma mierda. Pero yo no he pedido nada de esto…

Rin enarcó las cejas.

—Bueno, no es algo que suceda por accidente. Primero, tienes que desearlo. Tienes que pedírselo al dios.

—Pero es que yo nunca lo he hecho. No le he pedido nada ni lo he querido nunca. —El modo en el que Nezha dijo esto último hizo que Rin guardara silencio. Su amigo parecía estar al borde de las lágrimas.

Inspiró hondo y, cuando volvió a hablar, su tono de voz era tan bajo que la esperiliana tuvo que acercarse más para escucharlo.

—Cuando estábamos en Boyang, me llamaste cobarde.

—A ver, lo que quise decir era…

—Voy a contarte una historia —la interrumpió. Estaba temblando. ¿Por qué temblaba?—. Solo quiero que me escuches. Y quiero que me creas. Por favor.

Rin se cruzó de brazos.

—De acuerdo.

Nezha parpadeó con intensidad, y luego se quedó mirando fijamente al agua.

—Ya te conté una vez que tenía otro hermano. Se llamaba Mingzha.

Como no siguió hablando, Rin le preguntó:

—¿Cómo era tu hermano?

—Era la monda —le respondió—. Regordete, escandaloso e increíble. Era el favorito de todos. Estaba tan lleno de energía… Resplandecía. Mi madre había tenido dos abortos antes de dar a luz a mi hermano, pero Mingzha era perfecto. Jamás enfermaba. Mi madre lo adoraba. Lo abrazaba constantemente. Le ponía tantos brazaletes y tobilleras de oro que tintineaba al caminar. —Nezha se estremeció—. Debería haber sido más lista. A los dragones les gusta el oro.

—Dragones —repitió Rin.

—Has dicho que ibas a escucharme.

—Perdona.

Nezha estaba enfermizamente pálido. Su piel era casi traslúcida. Rin podía verle las venas azules debajo de la mandíbula, entrecruzándose con sus cicatrices.

—Mis hermanos y yo pasamos nuestra infancia jugando junto al río —continuó—. Había una gruta a un kilómetro y medio de la entrada de este canal, una cueva subterránea cristalina. A los sirvientes les gustaba contar historias sobre ese lugar. Pero mi padre nos había prohibido entrar. Así que, cómo no, lo que más deseábamos en el mundo era ir a explorarla.

»Mi madre enfermó una noche, cuando Mingzha tenía seis años. En ese momento, mi padre había sido convocado a Sinegard por orden de la emperatriz, así que los sirvientes no estaban tan pendientes de nosotros como deberían haber estado. Jinzha estaba en la academia. Muzha en el extranjero. Así que la responsabilidad de cuidar de Mingzha recayó sobre mí.

A Nezha se le entrecortó la voz. Tenía la mirada vacía, atormentada. Rin no quería seguir escuchando la historia. Tenía la enfermiza sospecha de cómo iba a acabar y no quería escucharla en voz alta, porque entonces sería cierta.

Quería decirle que no pasaba nada, que no tenía por qué contárselo, que no tenían por qué volver a hablar de ello, pero Nezha hablaba cada vez más rápido, como si temiera que las palabras se le quedaran atascadas en el interior si no las soltaba ya.

—Mingzha quería… No, yo quería explorar la gruta. Fue idea mía. Yo se la metí a Mingzha en la cabeza. Fue mi culpa. Él era un niño.

Rin intentó tomarle el brazo.

—Nezha, no tienes por qué…

Su amigo se zafó de su agarre.

—Por favor, ¿puedes callarte y limitarte a escucharme por una vez?

La joven guardó silencio.

—Era lo más hermoso que había visto en mi vida —susurró—. Eso es lo que me asusta. Dicen que la dinastía Yin es hermosa. Pero eso es porque los dragones lo son, porque los dragones son hermosos y crean belleza. Cuando emergió de la cueva, en lo único en lo que podía pensar era en lo brillantes que eran sus escamas, en lo bonita que era su silueta, en lo glorioso que era.

«Pero no son reales», pensó Rin con desesperación. «Los dragones son solo cuentos».

¿O no lo eran?

Aunque no se creyera la historia de Nezha, sí que creía en su dolor. Se lo veía reflejado en la cara.

Algo le había sucedido hacía muchos años. Solo que no sabía de qué se trataba.

—Tan hermoso —murmuró Nezha mientras los nudillos de la mano se le ponían blancos—. No podía dejar de mirarlo.

»Y entonces se comió a mi hermano. Lo devoró en cuestión de segundos. ¿Has visto alguna vez comer a un animal salvaje? No lo hace de forma limpia. Es brutal. A Mingzha no le dio tiempo ni de gritar. En un momento estaba delante de mí, agarrándome la pierna, y al siguiente, era un revoltijo de sangre, carnaza y huesos relucientes. Y luego no quedó nada.

»Pero el dragón me perdonó la vida. Dijo que tenía algo mejor para mí. —Nezha tragó saliva —. Dijo que iba a hacerme un regalo. Y luego me reclamó para sí.

—Lo siento mucho —dijo Rin, porque no sabía qué otra cosa podía decir.

Nezha no parecía haberla escuchado.

—Mi madre habría preferido que hubiera muerto yo aquel día. Yo desearía haber muerto. Ojalá hubiese sido yo. Pero es egoísta por mi parte desear eso, porque, si hubiera muerto, entonces Mingzha habría vivido, y el dragón lo hubiera maldecido a él igual que hizo conmigo, lo habría mancillado igual que me mancilló a mí.

La esperiliana no se atrevió a preguntar qué quería decir eso.

—Voy a mostrarte algo —dijo él.

La joven estaba demasiado estupefacta como para decir nada. Tan solo pudo quedarse mirándolo, atónita, mientras el chico se desabotonaba la túnica con los dedos temblorosos.

La dejó caer al suelo y se dio la vuelta.

—¿Ves esto?

Se trataba de su tatuaje: la imagen de un dragón azul y plateado. Ella ya lo había visto antes, pero Nezha no lo recordaría.

Rin recorrió la cabeza del dragón con el dedo índice mientras pensaba. ¿Sería el tatuaje el que hacía que Nezha sanara siempre tan rápido? Parecía ser capaz de sobrevivir a cualquier cosa: a un traumatismo contundente, a gases venenosos, al ahogamiento.

Pero ¿a qué precio?

—Has dicho que te reclamó —dijo la joven en voz baja—. ¿Qué significa eso?

—Significa que duele —respondió su amigo—. Cada momento que no estoy con él. Siento como unas anclas clavadas en el cuerpo, garfios que intentan arrastrarme de vuelta al agua.

La marca no parecía una cicatriz que tuviera ya diez años. Parecía una herida recién infligida. Le brillaba la piel de un rojo intenso. El destello de luz solar hacía que el dragón pareciera estar retorciéndose sobre los músculos de Nezha, hundiéndose cada vez más en su piel al rojo vivo.

—¿Y si regresaras a él? —le preguntó Rin—. ¿Qué pasaría?

—Pasaría a formar parte de su colección —le explicó—. Me haría lo que él quisiera, se sentiría satisfecho y yo jamás podría marcharme. Estaría atrapado, porque no creo que pueda morir. Lo he intentado. Me he cortado las venas, pero jamás llego a desangrarme antes de que mis heridas se cierren solas. He saltado desde los Acantilados Rojos, y a veces el dolor basta para hacerme creer que por fin lo he conseguido. Pero siempre acabo despertándome. Creo que el dragón es el que me mantiene vivo. Al menos, hasta que regrese a él.

»La primera vez que vi la gruta, el suelo de la cueva estaba plagado de rostros. Tardé un rato en darme cuenta de que mi destino era convertirme en uno de ellos.

Rin retiró el dedo y se contuvo para no estremecerse.

—Así que ya lo sabes —le dijo Nezha. Volvió a ponerse la camisa y se le endureció la voz—. Te repugna… No digas que no es verdad, porque puedo vértelo en la cara. Me da igual. Pero no le digas a nadie lo que acabo de contarte, y no te atrevas a llamarme cobarde a la puta cara.

Rin sabía lo que tendría que haber hecho. Tendría que haberle pedido disculpas. Debería haber reconocido el dolor de su amigo y haberle suplicado su perdón.

Pero el modo en el que lo había dicho…, con esa voz tan sufridora de mártir, como si ella no tuviera ningún derecho a cuestionarlo, como si le estuviera haciendo un favor al contárselo… Todo eso la cabreó.

—Nada de eso me repugna —dijo.

—¿No?

—El que me repugna eres tú. —Rin intentó controlar su voz—. Te comportas como si estuvieras condenado a muerte, y no es así. Cuentas con una fuente de poder. Te mantiene vivo.

—Es una puta abominación —replicó él.

—¿Yo también soy una abominación?

—No, pero…

—Entonces, ¿qué? No pasa nada si yo invoco a los dioses, pero ¿tú eres demasiado bueno como para tener que hacer algo así? ¿No puedes mancharte las manos de esa forma?

—No he querido decir eso…

—Bueno, pues es lo que parece que dices.

—Lo tuyo es distinto, tú escogiste hacerlo…

—¿Crees que eso hace que duela menos? —Rin había pasado a gritar—. Creía que me estaba volviendo loca. Durante muchísimo tiempo, no distinguía qué pensamientos eran míos y cuáles del Fénix. Y me duele de narices, Nezha, así que no me digas que no tengo ni idea. Hubo días en los que también quise morir, pero no tenemos permitido hacerlo porque somos demasiado poderosos. Tu propio padre me lo dijo. Cuando cuentas con tanto poder y hay tanto en juego, no puedes huir de ello, joder.

Nezha parecía furioso.

—¿Crees que estoy huyendo de ello?

—Lo único que sé es que hay cientos de soldados muertos en el fondo del lago Boyang y que tú podrías haber hecho algo para evitarlo.

—No te atrevas a echarme a mí la culpa de eso —siseó el joven—. No debería tener este poder. Ninguno de los dos deberíamos tenerlo. No deberíamos existir. Somos abominaciones, y deberíamos estar muertos.

—Pero sí que existimos. Por esa lógica, entonces es algo bueno que asesinaran a todos los esperilianos.

—Tal vez los esperilianos se merecían la muerte. Tal vez cada uno de los chamanes del Imperio debería morir. Tal vez mi madre tenga razón… Tal vez deberíamos deshacemos de vosotros, los bichos raros, y, ya que estamos, también de los habitantes de las regiones del norte.

Rin lo contempló perpleja. Ese no era Nezha. Su Nezha no podría estar diciéndole eso. Estaba tan segura de que su amigo acabaría dándose cuenta de que se había pasado de la raya, deque recularía y se disculparía, que se quedó atónita cuando la expresión del joven no hizo más que endurecerse.

—No puedes negar que Altan está mejor muerto —dijo Nezha.

Y entonces, desapareció cualquier pizca de lástima que Rin hubiera sentido por él.

La esperiliana se levantó la camisa.

—Mírame.

De inmediato, Nezha esquivó su mirada, pero la joven lo agarró de la barbilla y lo obligó a mirarle el esternón, justo donde tenía la marca de una mano grabada a fuego en la piel.

—No eres el único que tiene cicatrices —le dijo.

Nezha se liberó de su agarre.

—No somos iguales.

—Sí que lo somos. —Rin volvió a bajarse la camisa. Tenía la mirada borrosa a causa de las lágrimas—. La única diferencia entre ambos es que yo puedo soportar el dolor y tú sigues siendo un puto cobarde.

Rin no lograba recordar cómo se habían separado, solo que, en un momento habían estado mirándose fijamente el uno al otro y, al siguiente, había vuelto ella sola, tambaleándose y mareada, a los barracones.

Quería correr detrás de Nezha y decirle que lo sentía. Pero, al mismo tiempo, no quería volver a verlo nunca más.

Llegó a comprender ligeramente que algo se había roto de forma irreparable entre ambos. Ya se habían peleado antes. Habían pasado sus tres primeros años juntos peleándose en Sinegard. Pero esta no era como una de esas riñas infantiles de patio de colegio.

Ahora no había marcha atrás.

Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer ella? ¿Disculparse? Era demasiado orgullosa como para rebajarse. Estaba muy segura de que era ella quien tenía la razón. Sí, Nezha sufría, pero ¿acaso no sufrían todos? Rin había tenido que sobrevivir a Golyn Niis. La habían torturado sobre una mesa de laboratorio. Había presenciado la muerte de Altan.

La tragedia particular de Nezha no era peor solo porque le hubiera sucedido siendo un niño. No era peor solo porque tuviera demasiado miedo como para plantarle cara.

Rin había pasado por un infierno y se había hecho más fuerte. No era culpa suya que él fuese demasiado patético como para hacer lo mismo.

Encontró a los Cike sentados en un círculo sobre el suelo de los barracones. Baji y Ramsa estaban jugando a los dados, con Suni observándolos desde lo alto de la litera para asegurarse de que Ramsa no hacía trampas como siempre.

—Ay, madre —dijo Baji cuando la vio acercarse—. ¿Quién te ha hecho llorar?

—Nezha —masculló Rin—. No quiero hablar de ello.

Ramsa chasqueó la lengua.

—Ah, problemas amorosos.

Rin se sentó entre ambos.

—Cállate.

—¿Quieres que hagamos algo al respecto? ¿Le coloco un proyectil en el retrete?

La joven consiguió sonreír.

—No, por favor.

—Como quieras.

Baji lanzó el dado al suelo.

—Bueno, ¿qué sucedió en el norte? ¿Dónde está Chaghan?

—Chaghan no volverá con nosotros durante un tiempo —dijo Rin. Inspiró hondo e hizo todo lo posible por dejar a un lado su problema con Nezha. «Olvídalo. Concéntrate en otra cosa». Fue bastante sencillo, ya que tenía mucho que contarles a los Cike.

Durante la siguiente media hora, les habló sobre los ketreyides, sobre Augus y sobre lo que había sucedido en el bosque.

Como era de esperar, sus compañeros enfurecieron.

—¿Chaghan ha estado espiándonos todo este tiempo? —quiso saber Baji—. Puto mentiroso.

—Nunca me cayó bien —declaró Ramsa—. Estaba siempre pavoneándose por ahí con sus murmullos misteriosos. Era de esperar que se trajera algo entre manos.

—Pero ¿de verdad os sorprende? —Algo que Rin no se esperaba era que Suni parecía ser el que menos molesto estaba—. Debíais imaginaros que tenían alguna intención oculta. ¿Por qué si no iban los de las regiones del norte a formar parte de los Cike?

—No los llames así —dijo Rin automáticamente.

Ramsa la ignoró.

—¿Y qué iban a hacer los habitantes de las regiones del norte si Chaghan tomaba la decisión de que éramos demasiado peligrosos?

—Seguramente, matamos —sentenció Baji—. Qué pena que regresaran al norte, habría estado bien contar con alguien capaz de lidiar con Feylen. Hubiera sido un buen forcejeo.

—¿Forcejeo? —repitió Ramsa. Se rio sin ganas—. ¿Crees que la última vez que intentamos reducirlo no fue más que un forcejeo?

—¿Qué sucedió la última vez? —preguntó Rin.

—Tyr y Trengsin lo atrajeron hasta una pequeña cueva y lo apuñalaron con tantos cuchillos que, aunque hubiera podido invocar a su dios, no le habría servido de nada —le relató Baji—. La verdad es que fue, en cierto modo, gracioso. Cuando lo trajeron de vuelta, parecía un alfiletero.

—¿Y a Tyr le pareció bien hacer eso? —preguntó la esperiliana.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Baji—. Pues claro que no. Pero era su trabajo. No puedes liderar a los Cike si no tienes las agallas suficientes para sacrificarlos luego.

Un montón de pisadas resonaron al otro lado de la habitación. Rin se asomó por la puerta y vio a una fila de soldados en marcha, totalmente equipados con escudos y alabardas.

—¿Adónde van? Creía que la Milicia aún no se había movilizado hacia el sur.

—Es una patrulla para los refugiados —dijo Baji.

Rin parpadeó.

—¿Una patrulla para los refugiados?

—¿No los viste al entrar en la ciudad? —le preguntó Ramsa—. Es difícil no verlos.

—Entramos por los Acantilados Rojos —explicó la joven—. No he visto otra cosa que no sea el palacio. ¿A qué os referís con «refugiados»?

Ramsa intercambió una mirada incómoda con Baji.

—Creo que te has perdido muchas cosas durante tu ausencia.

A Rin no le gustó lo que eso implicaba. Se puso en pie.

—Llevadme hasta allí.

—Nuestra patrulla no tiene ningún turno hasta mañana por la mañana —le dijo Ramsa.

—Me da igual.

—Son muy quisquillosos al respecto —insistió el chico—. Hay mucha seguridad en la frontera con los refugiados. No van a dejarnos pasar.

—Soy la esperiliana —dijo Rin—. ¿Crees que eso me importa una mierda?

—Muy bien. —Baji se impulsó para levantarse—. Te llevaré, pero no va a gustarte.



26

—Esto hace que los barracones parezcan estupendos, ¿verdad? —preguntó Ramsa.

Rin no sabía qué decir.

El distrito de los refugiados era una marea de personas amontonadas en interminables hileras de tiendas de campaña que se extendía hacia el valle. Habían mantenido a la multitud alejada del centro de la ciudad, cercada por detrás por unas barreras montadas a toda prisa con tablones de barcos y restos de madera.

Daba la sensación de que un gigante había dibujado una línea en la arena con un dedo y los había empujado a todos hacia un lado. Los soldados republicanos portaban alabardas y recorrían de un lado a otro la parte frontal de la barrera, aunque Rin no estaba segura de a quién protegían, si a los refugiados o a los ciudadanos.

—Los refugiados no tienen permitido cruzar esa barrera —le explicó Baji—. Los…, mmm…, ciudadanos no quieren que se agolpen en las calles.

—¿Y qué pasa si la cruzan? —preguntó Rin.

—Nada demasiado malo. Los guardias los llevan de vuelta al otro lado a rastras. Al principio sucedía con más frecuencia, pero, después de algunas palizas, todos aprendieron la lección.

Dieron un par de pasos más. Un hedor horrible le llegó a Rin a la nariz: el olor de muchos cuerpos sin asearse y apiñados durante demasiado tiempo.

—¿Cuánto llevan aquí?

—Por lo menos un mes —le respondió Baji—. Tengo entendido que comenzaron a llegar en masa en cuanto llegamos a la Provincia de la Rata. Pero esto no hizo más que empeorar cuando regresamos nosotros.

Rin no podía creer que alguien hubiera estado viviendo en esos campamentos durante tanto tiempo. Vio aglomeraciones de moscas allá donde miraba. El zumbido era insoportable.

—Y siguen viniendo más —dijo Ramsa—. Llegan poco a poco, sobre todo por la noche. No dejan de intentar colarse por la frontera.

—¿Y todos proceden de las Provincias de la Liebre y de la Rata? —preguntó Rin.

—¿De qué estás hablando? Son refugiados del sur.

La joven parpadeó mientras los miraba a ambos.

—Creía que la Milicia aún no había avanzado hacia el sur.

Ramsa intercambió una mirada cautelosa con Baji.

—No están huyendo de la Milicia. Huyen de la Federación.

—¿Qué?

Baji se rascó la nuca.

—Bueno, ya sabes. Tampoco es que esos soldados mugeneses fueran a deponer las armas sin más.

—Lo sé, pero pensaba… —La esperiliana se quedó callada. Se sentía mareada. Sabía que las tropas de la Federación seguían en el continente, pero había pensado que se habrían visto reducidas a unidades aisladas. A soldados solitarios, a escuadrones desperdigados. A mercenarios errantes que, si contaban con los números suficientes, podrían formar coaliciones con ciudades provinciales, pero sin llegar a ser lo bastante numerosos como para hacer que todo el sur se desplazase—. ¿Cuántos son? —preguntó la joven.

—Los suficientes —respondió Baji—. Bastantes como para constituir un ejército en sí mismo. Están luchando para la Milicia, Rin. No sabemos cómo es posible. No sabemos a que trato ha llegado Daji con ellos. Pero no tardaremos en librar una batalla en dos frentes, en lugar de solo en uno.

—¿En qué regiones están? —quiso saber la esperiliana.

—Están en todas partes. —Ramsa enumeró las provincias con los dedos—. Mono, Serpiente, Gallo…

Rin se sobresaltó. «¿Gallo?».

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ramsa.

Pero la joven ya había salido corriendo.

Supo de inmediato que ese era su pueblo. Lo supo por su piel tostada, casi tan oscura como la de ella. Los reconoció por el modo en el que hablaban: esa forma pueblerina de arrastrar las palabras levemente, algo que le hizo sentir nostalgia e incomodidad al mismo tiempo.

Esa era la lengua que había hablado durante su niñez, el dialecto plano y tosco que ahora no podía pronunciar sin avergonzarse, después de haberse pasado años en la academia intentando deshacerse de él.

No había escuchado a nadie hablar el dialecto del Gallo en mucho tiempo.

Creyó tontamente que tal vez la reconocerían. Pero los refugiados del Gallo se apartaban de su camino en cuanto la veían. Giraban el rostro y adquirían un gesto huraño cuando cruzaban la mirada con ella. Si se les acercaba, se arrastraban de vuelta a sus tiendas.

La joven tardó un momento en caer en la cuenta de que no le tenían miedo a ella, sino a su uniforme.

Les tenían miedo a los soldados republicanos.

—Tú. —Rin señaló a una mujer de su misma complexión—. ¿Tienes una muda de ropa de sobra?

La mujer parpadeó en su dirección sin comprenderla.

Rin volvió a intentarlo. Probó a hablar torpemente en su antiguo dialecto. La sensación fue la misma que la de ponerse unos zapatos que no le quedaban bien.

—¿Tienes otra…, mmm…, camisa? ¿Pantalones?

La mujer asintió aterrorizada.

—Dámelos.

La sureña volvió a meterse en su tienda y, cuando reapareció, le entregó un montón de ropa: una camisa descolorida que tal vez en el pasado hubiera contado con un patrón de amapolas, y unos pantalones anchos con bolsillos profundos.

La esperiliana sintió una punzada en el pecho mientras sostenía la blusa delante de ella. No había visto prendas como esa en mucho tiempo. Eran confeccionadas para los trabajadores del campo. Hasta los más pobres de Sinegard se hubieran reído de ese atuendo.

Desprenderse de su uniforme de la República dio resultado. La gente procedente de la Provincia del Gallo dejó de evitarla cuando la veía. Pasó a ser completamente invisible mientras recorría el mar de cuerpos apiñados. Gritó para llamar la atención al adentrarse aún más entre las hileras de tiendas de campaña.

—¡Profesor Feyrik! ¡Busco al profesor Feyrik! ¿Alguien lo ha visto?

Le respondieron con susurros a regañadientes y murmullos indiferentes. «No. No. Déjanos en paz. No». Esos refugiados estaban ya tan acostumbrados a escuchar gritos desesperados de personas que buscaban a sus seres queridos que habían aprendido a hacer oídos sordos. Alguien conocía a un tal profesor Fu, pero no era de Tikany. Otro conocía a un Feyrik, pero se trataba de un zapatero, no de un profesor. Fue inútil que tratara de describirlo. Había cientos de hombres que podrían haber encajado en su descripción. Delante de cada hilera que pasaba veía a ancianos con barbas canosas que resultaban no ser el profesor Feyrik.

Intentó reprimir la desesperación que la abrumaba. Para empezar, había sido una estupidez guardar esperanzas. Sabía que cabía la posibilidad de no volver a verlo nunca. Se había resignado a ello hacía ya mucho tiempo.

Pero no pudo evitarlo. Aun así, tenía que intentarlo.

Probó a ampliar su búsqueda.

—¿Hay aquí alguien de Tikany?

Todos la contemplaron con la mirada vacía. Avanzaba cada vez más rápido por el campamento, hasta que acabó corriendo.

—¿Tikany? Por favor, ¿alguien de Tikany?

Entonces, por fin, escuchó una voz entre la multitud, una que no estaba cargada de aquella indiferencia natural, sino de pura incredulidad.

—¿Rin?

La joven se detuvo de golpe. Cuando se dio la vuelta, vio a un chico delgaducho que no podía tener más de catorce años, con una mata de pelo castaña y unos ojos grandes y caídos. Se había quedado inmóvil, con una camisa empapada en una mano y un vendaje en la otra.

—¿Kesegi?

El chico asintió sin decir ni una palabra.

Entonces, Rin sintió que volvía a tener dieciséis años. Lloró mientras lo abrazaba, meciéndolo con *tanta fuerza que* estuvieron a punto de caer los dos al suelo. Kesegi le devolvió el abrazo, envolviéndola con sus extremidades largas y huesudas igual que hacía de pequeño.

¿Cuándo había crecido tanto? Rin se quedó maravillada ante el cambio. Antes, apenas le llegaba a la cintura. Ahora era unos centímetros más alto que ella. Pero el resto de su cuerpo era demasiado delgado, casi al borde de la inanición. Parecía haberse estirado, más que crecido.

—¿Y los demás? —le preguntó Rin.

—Madre está conmigo. Padre ha muerto.

—¿La Federación lo…?

—No, fue el opio. —Soltó una risa forzada—. En realidad, es gracioso. Se enteró de que venían y se tragó una bandeja entera de piedras de opio. Madre lo encontró justo cuando estábamos haciendo las maletas para irnos. Para entonces, llevaba horas muerto. —Esbozó una sonrisa incómoda. Una sonrisa. Había perdido a su padre e intentaba hacer que fuera Rin la que se sintiera mejor—. Creímos que estaba dormido.

—Lo siento —le dijo la joven. Su tono de voz carecía de emoción. No pudo evitarlo. Su relación con el tío Fang había sido únicamente la de un amo y una sirvienta, y no lograba sentir nada que se acercara remotamente a la pérdida—. ¿Y el profesor Feyrik? —preguntó.

Kesegi negó con la cabeza.

—No lo sé. Me pareció que estaba entre la multitud cuando nos marchamos, pero no he vuelto a verlo desde entonces.

Se le entrecortó la voz al hablar. Rin se dio cuenta de que estaba intentando poner un tono más grave del que tenía. Había adoptado una postura excesivamente rígida para parecer más alto de lo que era. Intentaba hacerse pasar por un adulto.

—Así que has vuelto.

Rin se quedó helada. Había estado caminando a su lado sin rumbo, dando por sentado que Kesegi estaría haciendo lo mismo. Pero, en realidad, habían estado dirigiéndose a su tienda de campaña.

El chico se detuvo.

—Madre, mira a quién me he encontrado.

La tía Fang le dedicó a Rin una leve sonrisa.

—Vaya, vaya. Es la heroína de guerra. Has crecido.

Rin no la habría reconocido si no hubiera sido porque Kesegi la había llamado. La tía Fang parecía veinte años mayor, con la piel de una nuez arrugada. Siempre había tenido el rostro enrojecido, por estar constantemente furiosa y cargar sobre sus hombros el peso de una hija adoptiva a la que no quería y un marido adicto al opio. Antes, solía aterrorizar a Rin. Pero ahora, parecía estar marchita, como si ya no tuviera fuerzas para pelear.

—¿Has venido a regodearte? —le preguntó la tía Fang—. Venga, adelante. No hay mucho que ver.

—¿A regodearme? —repitió Rin, desconcertada—. No, yo…

—Entonces, ¿qué quieres? —volvió a preguntarle—. Note quedes ahí parada.

¿Cómo era posible que, incluso en ese momento, la tía Fang pudiera seguir haciéndola sentir idiota e inútil? Bajo su fulminante mirada, Rin volvió a sentirse como la niña que se escondía en el cobertizo para evitar llevarse una paliza.

—No sabía que estabais aquí —logró decir—. Solo… quería ver si…

—¿Si seguíamos vivos? —La tía Fang apoyó las manos huesudas sobre sus caderas—. Bueno, aquí estamos. No gracias a tus soldados… No, estabais demasiado ocupados ahogándoos en el norte. Es culpa del jefe militar del Dragón que estemos todos aquí.

—Cuidado con tu tono —estalló Rin.

Le sorprendió que la tía Fang se encogiese sobre sí misma como si hubiera esperado que le

pegara.

—Ah, no he querido decir eso. —La tía Fang adoptó un gesto adulador, con los ojos muy abiertos, lo que resultaba grotesco en su rostro curtido—. El hambre me está afectando. ¿No puedes conseguirnos algo de comida, Rin? Eres una soldado. Seguro que hasta te han hecho comandante. Eres tan importante que podrás pedir algún que otro favor.

—¿No os están dando de comer? —preguntó la joven.

La tía Fang rio.

—No, por aquí solo merodea la dama de Arlong, que les da pequeños cuencos de arroz a los niños más delgados que puede encontrar mientras los demonios de ojos azules la siguen a todas partes para documentar lo maravillosa que es.

—No nos dan nada —dijo Kesegi—. Ni ropa ni mantas ni medicamentos. La mayoría de nosotros tenemos que buscar nuestra propia comida. Durante un tiempo, estuvimos comiendo pescado, pero resulta que estaba contaminado con algún tipo de veneno y enfermamos. No nos lo advirtieron.

A Rin le costaba creer todo aquello.

—¿No han habilitado ningún comedor para vosotros?

—Sí, pero esos comedores alimentan como mucho a cien bocas antes de cerrar. —Kesegi encogió sus delgados hombros—. Mira a tu alrededor. Aquí cada día muere alguien de hambre. ¿No lo ves?

—Pero creía que… Seguro que Vaisra…

—¿Vaisra? —La tía Fang resopló—. ¿Lo llamas por su nombre de pila?

—No… Es decir, sí… Pero…

—¡Entonces habla con él! —Los pequeños ojos de la mujer refulgieron—. Dile que nos morimos de hambre. Si no puede alimentarnos a todos, que solo nos traiga comida a Kesegi y a mí. No se lo contaremos a nadie.

—Pero esto no funciona así —tartamudeó Rin—. Es decir… No puedo…

—Hazlo, zorra desagradecida —le espetó la tía Fang—. Nos lo debes.

—¿Que os lo debo? —repitió la joven sin poder creérselo.

—Te acogí en nuestro hogar. Te crie durante dieciséis años.

—¡Ibas a concertarme un matrimonio por el que iban a pagarte!

—Y habrías acabado teniendo una vida mejor que la de cualquiera de nosotros. —La tía Fang le señaló el pecho con un dedo delgado y acusador—. Nunca te habría faltado de nada. Lo único que tenías que hacer era abrir las piernas de vez en cuando, y habrías tenido lo que quisieras para comer, la ropa que desearas. Pero eso no era suficiente para ti… Querías ser especial, importante, irte corriendo a Sinegard y unirte a la Milicia en sus alegres aventuras.

—¿Crees que esta guerra ha sido divertida para mí? —gritó Rin—. ¡He visto morir a mis amigos! ¡Casi muero yo!

—Todos hemos estado a punto de morir —resopló la tía Fang—. Por favor, no eres especial.

—No puedes hablarme de esa forma —le espetó Rin.

—Ah, soy consciente. —La mujer se inclinó en una reverencia marcada—. Eres tan importante, tan respetada… ¿Quieres que nos postremos a tus pies? ¿Te has enterado de que la vieja zorra de tu tía estaba en el campamento y no has querido perder la oportunidad de restregarle tu éxito por la cara?

—Madre, para ya —le dijo Kesegi en voz baja.

—No he venido por eso —dijo Rin.

La tía Fang retorció los labios hasta formar una mueca.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Rin no tenía una respuesta.

No sabía qué había pretendido encontrar. No esperaba hallar un hogar, ni tampoco una sensación de pertenencia, ni al profesor Feyrik… Y mucho menos lo que tenía delante.

Había sido un error. No debería haber ido hasta allí. Ya había cortado lazos con Tikany hacía mucho tiempo. Debería haber dejado las cosas como estaban.

Se alejó con premura mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento —intentó decir, pero las palabras se le hicieron un nudo en la garganta.

Tampoco fue capaz de mirar a ninguno de los dos a los ojos. No quería seguir en ese lugar, no quería seguir sintiéndose así. Retrocedió hacia el sendero principal y aceleró el paso. Quería salir corriendo, pero no lo hizo por una cuestión de orgullo.

—¡Rin! —gritó Kesegi, y corrió tras ella—. Espera.

La joven se detuvo de golpe. «Por favor, di algo que haga que me quede. Por favor».

—¿Sí?

—Si no puedes conseguirnos comida, ¿puedes pedirles un par de mantas? —le preguntó—. O solo una. Por la noche hace mucho frío.

Rin se obligó a esbozar una sonrisa.

—Claro.

Durante la siguiente semana, un torrente de personas comenzó a entrar en Arlong a pie, en carros desvencijados o en balsas fabricadas de forma precaria con cualquier cosa que flotara. El río se convirtió en un remolino lento de cuerpos apelotonados unos contra otros, de tal forma que las famosas aguas cristalinas de la Provincia del Dragón desaparecieron bajo el peso de la desesperación humana.

Los soldados republicanos registraron a los recién llegados en busca de armas u objetos de valor antes de hacerles formar unas filas ordenadas y llevarlos hasta cualquiera de las zonas que tuvieran espacio libre en el distrito de los refugiados.

Los refugiados fueron recibidos con muy poca amabilidad. Los soldados republicanos, sobre todo los del Dragón, eran terriblemente condescendientes. Les gritaban a los sureños cuando estos no lograban entender el rápido dialecto de Arlong.

Cada día, Rin se pasaba horas recorriendo a pie los muelles con Venka. Se alegraba de haberse librado de la tarea de registrar a los recién llegados, que conllevaba hacer guardia ante aquella cola tan miserable mientras los funcionarios anotaban las llegadas de los refugiados y les expedían certificados de residencia temporales. Probablemente esa labor era más importante que lo que Venka y ella estaban haciendo, que consistía en retirar la basura de las partes del Murui cerca de las zonas concurridas por los refugiados. Pero Rin no soportaba estar cerca de grandes multitudes de personas con la piel marrón y la mirada acusadora.

—Vamos a tener que impedirles la entrada en algún momento —señaló Venka mientras sacaba una jarra vacía del agua—. Es imposible que vayan a caber aquí todos.

—Eso es porque el distrito de los refugiados es enano —dijo Rin—. Si levantaran las barreras de la ciudad, o si los llevaran hacia la ladera de la montaña, habría espacio de sobra.

—Puede que consiguiéramos espacio de sobra, pero no tenemos suficiente ropa, mantas, medicamentos, grano ni cualquier otra cosa.

—Hasta ahora, los que producían el grano eran los sureños. —La esperiliana sintió la obligación de comentar aquello.

—Y ahora han huido de sus hogares, así que nadie está produciendo alimentos —dijo Venka —. Eso no nos ayuda. Oye, ¿qué es esto?

La chica se metió con cautela en el agua y llevó un barril hacia el muelle. Lo dejó en el suelo. Del interior salió lo que al principio parecía un montón de ropa empapada.

—Qué asco.

—¿Qué es? —Rin se acercó para poder verlo mejor y se arrepintió de inmediato.

—Está muerto. Fíjate. —Venka sacó al bebé para mostrarle la piel enfermizamente amarillenta del niño, los evidentes bultos producto de las picaduras de mosquito y los sarpullidos rojos que le cubrían la mitad del cuerpo. Venka le dio unas palmaditas en las mejillas. No reaccionó. Lo sostuvo sobre el río como si fuera a volver a lanzarlo dentro.

Entonces, el niño arrancó a lloriquear.

Venka retorció el rostro en una expresión horrible. De pronto, pareció tan llena de odio que Rin estuvo segura de que iba a lanzar al niño de cabeza al agua.

—Dámelo —se apresuró a decirle la esperiliana. Y le arrancó al bebé de los brazos. Percibió un olor a rancio. Le entraron tantas arcadas que estuvo a punto de dejar caer al niño, pero logró contenerse.

El bebé estaba envuelto en prendas lo bastante grandes como para ser de un adulto. Eso significaba que alguien lo había querido. De lo contrario, no se habría desprendido de su ropa para dársela al crío… Estaban en pleno invierno e, incluso en la parte más cálida del sur, las noches eran lo bastante frías como para que los refugiados que viajaban sin abrigo pudieran fácilmente morir congelados.

Alguien debía de haber querido que ese bebé sobreviviera. Rin le debía una oportunidad para seguir luchando.

Caminó con presteza hasta llegar al final del muelle y le entregó al niño al primer soldado que vio.

—Toma.

El soldado se tambaleó al recibir la repentina carga.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—No lo sé, solo encárgate de que esté atendido —le indicó Rin—. Si te lo permiten, llévalo a la enfermería.

El soldado tomó al niño con firmeza entre sus brazos y corrió. Rin regresó al río y continuó hundiendo su lanza con desgana en el agua.

Tenía muchísimas ganas de fumar. No lograba deshacerse del mal sabor de boca que le dejaban los cadáveres.

Venka fue la primera en romper el silencio.

—¿Por qué me estás mirando así?

Parecía estar a la defensiva. Furiosa. Pero esa era la reacción por defecto de Venka para todo.

Prefería morir antes que mostrar su vulnerabilidad. Rin sospechaba que la chica estaba pensando en el bebé que ella misma había perdido y no estaba segura de qué decirle, solo que lo sentía muchísimo por ella.

—Sabías que estaba vivo —le dijo al fin Rin.

—Sí —replicó la otra chica—. ¿Y qué?

—E ibas a matarlo.

Venka tragó saliva con dificultad y hundió su lanza de nuevo en el agua.

—Esa cosa no tiene ningún futuro. Iba a hacerle un favor.

Arlong en tiempos de guerra era terrible. La desesperación había caído sobre la capital como una mortaja, mientras la amenaza de los ejércitos que se acercaban, tanto desde el norte como desde el sur, crecía a diario.

La comida se racionaba de manera estricta, incluso para los ciudadanos de la Provincia del Dragón. Cada hombre, mujer y niño que no formaba parte del ejército de la República era reclutado para trabajos forzados. A la mayoría los enviaban a trabajar en las forjas o en los astilleros. Incluso a los niños más pequeños los ponían a cortar tiras de lino para la enfermería.

La compasión era lo que más escaseaba. Los refugiados del sur, hacinados detrás de la barrera, eran despreciados tanto por los soldados como por los civiles. Les ofrecían comida y suministros a regañadientes, o directamente se los negaban. Rin descubrió que si no fuera porque había soldados apostados para custodiar las entregas de suministros, estos jamás llegarían a los campamentos.

Los refugiados se aferraban a cualquier defensor compasivo que pudieran encontrar. Una vez que se corrió la voz de la conexión de Rin con los Fang, la joven se convirtió sin quererlo en la abanderada no oficial de los intereses de los refugiados en Arlong. Cada vez que pasaba cerca del distrito, los refugiados la acosaban. Le pedían mil cosas distintas que ella no podía conseguir: más comida, más medicamentos, más materiales para hacer fuego y tiendas de campaña.

Detestaba que la hubieran puesto en ese aprieto, ya que lo único que lograba obtener era la frustración de ambas partes. Los líderes de la República estaban cada vez más irascibles porque Rin no dejaba de solicitarles cosas imposibles para cubrir las necesidades humanas básicas, y los refugiados comenzaron a guardarle rencor porque nunca les conseguía nada.

—No tiene sentido —se quejó la joven con amargura a Kitay—. Vaisra es el que siempre dice que tenemos que tratar bien a los prisioneros. ¿Y así es como tratamos a nuestro propio pueblo?

—Es porque los refugiados no nos proporcionan ninguna ventaja estratégica. A no ser que consideremos el leve inconveniente que tantos cuerpos hacinados pueden suponer para el avance del ejército de Daji —le dijo—. Solo soy franco.

—Vete a la mierda.

—Solo te digo lo que están pensando todos. No mates al mensajero.

Rin debería haberse enfadado más, pero también comprendía que esa era la mentalidad predominante. Para la mayoría de los habitantes de la Provincia del Dragón, los sureños apenas llegaban a ser considerados nikaras. Veía reflejados los estereotipos de la Provincia del Gallo en las miradas de los norteños: idiotas bizcos, dentudos y morenos que hablaban en una lengua incoherente.

Aquello la avergonzaba y la abochornaba terriblemente porque, en el pasado, ella había sido exactamente así.

Había intentado borrar esas partes de sí misma hacía mucho tiempo. Con catorce años, había sido muy afortunada por poder estudiar con un profesor que hablaba un sinegardiano casi estándar. Y había acudido a Sinegard lo bastante joven como para poder deshacerse rápida y radicalmente de sus malos hábitos. Se había adaptado para encajar. Había tenido que borrar su identidad para sobrevivir.

Y se sentía humillada ahora que los sureños buscaban su ayuda, que tenían la osadía de acercarse a ella, porque esa mera proximidad hacía que la joven se pareciera más a ellos.

Llevaba mucho tiempo intentando cortar de raíz su conexión con la Provincia del Gallo, un lugar del que guardaba muy pocos recuerdos felices. Casi lo había conseguido. Pero ahora los refugiados no dejaban que lo olvidara.

Cada vez que se acercaba a los campamentos, le dedicaban miradas acusatorias y de enfado. Todos estaban al corriente de en quién se había convertido. Y se encargaban de hacérselo saber.

Habían dejado de gritarle improperios. Hacía ya tiempo que habían dejado atrás su rabia. Ahora vivían sumidos en una desesperación teñida de resentimiento. No obstante, Rin era capaz de interpretar sus gestos silenciosos de forma clara.

«Eres de los nuestros», le decían. «Deberías estar protegiéndonos. Nos has fallado».

Tres semanas después de que Rin regresara a Arlong, la emperatriz le envió un mensaje directo a la República.

A aproximadamente un kilómetro y medio de los Acantilados Rojos, la patrulla fronteriza de la Provincia del Dragón había capturado a un hombre que afirmaba haber sido enviado desde la capital. Cargaba tan solo con una cesta de bambú ornamentada que llevaba a la espalda y un pequeño sello imperial para verificar su identidad.

El mensajero insistió en que no diría nada hasta que Vaisra lo recibiera en la sala del trono delante de todos sus generales, los jefes militares y el general Tarcquet. Los guardias de Eriden lo desnudaron y le registraron la ropa y las cestas en busca de explosivos o gases venenosos, pero no encontraron nada.

—Tan solo llevo *dumplings* —dijo el mensajero alegremente.

Le dejaron pasar a regañadientes.

—Traigo un mensaje de la emperatriz Su Daji —anunció ante la sala. El labio inferior le colgaba de manera grotesca cada vez que hablaba. Parecía infectado con algo. Tenía el lado izquierdo inflamado, con ampollas rojas y llenas de pus. Casi era imposible entender lo que decía con ese acento tan cerrado de la Provincia de la Rata.

Rin entornó la mirada mientras observaba cómo se aproximaba al trono. No era un diplomático sinegardiano ni un representante de la Milicia. No se comportaba como si fuera un funcionario de la corte. Debía de tratarse de un soldado cualquiera, si es que llegaba a eso. Pero ¿por qué iba Daji a dejar la diplomacia en manos de alguien que apenas sabía hablar?

A no ser que el mensajero no estuviera allí realmente para negociar. A no ser que Daji no necesitara a alguien que pensara rápido o hablara con fluidez. A no ser que la emperatriz solo quisiera a una persona que fuera a disfrutar especialmente de cabrear a Vaisra. Alguien que le

guardara rencor a la República y a quien no le importara morir por ello.

Lo que significaba que no habría ninguna tregua. Ese mensaje era unilateral.

Rin se puso tensa. Era imposible que el mensajero pudiera hacerle daño a Vaisra, y menos con los hombres de Eriden bloqueándole el acceso al trono. Pero, aun así, agarró su tridente con fuerza y siguió con la mirada cada movimiento de aquel hombre.

—Di lo que tengas que decir —le ordenó Vaisra.

El mensajero esbozó una amplia sonrisa.

—Traigo noticias sobre Yin Jinzha.

Lady Saikhara se puso en pie. Rin podía ver cómo temblaba.

—¿Qué ha hecho Daji con mi hijo?

El mensajero se puso de rodillas, colocó la cesta sobre el suelo de mármol y levantó la tapa. Un hedor penetrante inundó la estancia.

Rin estiró el cuello, esperando ver el cuerpo desmembrado de Jinzha.

Pero la cesta estaba llena de *dumplings* en forma de flores de loto, fritos hasta haber adquirido un perfecto tono dorado. Era evidente que se habían echado a perder después de varias semanas de viaje. Rin podía ver cómo el moho oscuro se extendía por los bordes. Sin embargo, su forma seguía intacta. Habían sido aderezados meticulosamente, con pasta de semillas de loto por encima y cinco caracteres pintados en color carmesí.

«El dragón devora a sus hijos».

—La emperatriz le insta a que disfrute de un *dumpling* hecho con una carne única —declaró el mensajero—. Espera que reconozca el sabor.

Lady Saikhara chilló y se desplomó contra el suelo.

Vaisra miró a Rin a los ojos y se pasó una mano por el cuello.

La joven lo comprendió. Alzó su tridente y se abalanzó sobre el mensajero.

El hombre reculó un poco, pero, por lo demás, no hizo ningún esfuerzo por defenderse. Ni siquiera levantó los brazos. Se limitó a quedarse allí parado, sonriendo con satisfacción.

Rin le hundió el tridente en el pecho.

No fue un golpe certero. La joven estaba demasiado impactada y distraída por los *dumplings* como para apuntar bien. Las puntas del tridente atravesaron la caja torácica del hombre, pero no le perforaron el corazón.

Rin retiró el tridente.

El mensajero rio entre gorgoteos. La sangre le salió a borbotones entre los dientes torcidos, manchando el inmaculado suelo de mármol.

—Moriréis. Todos moriréis —dijo—. Y la emperatriz bailará sobre vuestras tumbas.

Rin volvió a apuñalarlo, y esta vez acertó.

Nezha corrió hacia su madre y la sostuvo entre sus brazos.

—Se ha desmayado —dijo—. Ayuda…

—Hay algo más —dijo el general Hu mientras los sirvientes de palacio rodeaban a Saikhara. Sacó un pergamino de la cesta con el pulso increíblemente firme y le sacudió las migas que tenía pegadas—. Es una carta.

Vaisra no se movió de su trono.

—Léela.

El general Hu rompió el sello y desenrolló el pergamino.

—«Voy a por ti».

Lady Saikhara consiguió sentarse y dejó escapar un gemido.

—Sácala de aquí —le dijo Vaisra a Nezha—. Hu, sigue leyendo.

El general prosiguió:

—«Mis generales han estado navegando por el Murui mientras tú perdías el tiempo en tu castillo. No tienes a dónde huir. No tienes dónde esconderte. Nuestra flota es más grande. Contamos con más hombres. Morirás en la base de los Acantilados Rojos igual que tus ancestros, y vuestros cadáveres alimentarán a los peces del Murui».

Toda la sala guardó silencio.

Vaisra parecía haberse convertido en piedra sobre su trono. Su expresión no indicaba nada. Ni dolor ni miedo. Parecía hecho de hielo.

El general Hu volvió a enrollar el pergamino y carraspeó.

—Eso es todo lo que pone.

Dos semanas después, los exploradores de Vaisra, agotados y con sus caballos extenuados casi al borde de la muerte, regresaron a la frontera y confirmaron lo peor. La flota imperial, que había sido reparada y había aumentado de tamaño desde lo acontecido en Boyang, había comenzado su sinuosa travesía hacia el sur, llevando consigo lo que parecía ser toda la Milicia.

Daji pretendía ponerle fin a esa guerra en Arlong.

—Han divisado navíos desde los faros de Yerin y Murin —informó un explorador.

—¿Cómo es posible que estén ya tan cerca? —preguntó alarmado el general Hu—. ¿Por qué no se nos ha informado de ello antes?

—No han llegado aún a Murin —le explicó el explorador—. Es solo que la flota es inmensa. Podemos verla a través de las montañas.

—¿De cuántos navíos estamos hablando?

—De unos cuantos más de los que tenían en Boyang.

—La buena noticia es que los buques de guerra más grandes se quedarán atascados en el estrechamiento del Murui —declaró el capitán Eriden—. Tendrán que utilizar troncos para arrastrarlos por tierra. Tenemos aún dos semanas, puede que dos semanas y media. —Extendió el brazo hacia el mapa y señaló un punto en la frontera noroeste de la Provincia de la Liebre—. Supongo que ahora estarán por aquí. ¿Deberíamos enviar a nuestros hombres allí e intentar detenerlos en los estrechamientos?

Vaisra negó con la cabeza.

—No. Esto no altera nuestra gran estrategia. Quieren dividir nuestras defensas, pero no picaremos el anzuelo. Nos centraremos en fortificar Arlong. De lo contrario, perderemos todo el sur.

Rin contempló fijamente el mapa, cabreada porque los puntos de un rojo intenso representaran tanto a las tropas imperiales como a las de la Federación. La República estaba rodeada por ambos flancos: por el Imperio al norte y por la Federación al sur. Le costaba no sucumbir al pánico cuando se imaginaba a las fuerzas combinadas de Daji cerrándose a su alrededor como un puño de hierro.

—Quitémosle prioridad a la costa del norte. Que regrese la flota de Tsolin a la capital. —

Vaisra sonaba increíblemente tranquilo, y Rin se lo agradecía—. Quiero exploradores con palomas mensajeras a lo largo de todo el Murui, posicionados a intervalos de kilómetro y medio. Cada vez que la flota se desplace, quiero saberlo. Enviad mensajeros a las Provincias del Gallo y del Mono. Que traigan aquí a sus pelotones locales.

—No puedes hacer eso —dijo Gurubai—. Allí siguen lidiando con lo que queda de la Federación,

—La Federación me da igual —declaró Vaisra—. Lo que me importa es Arlong. Y si todo lo que hemos escuchado sobre esta flota es cierto, entonces esta guerra habrá acabado, a no ser que podamos defender nuestra base. Necesitamos a todos nuestros hombres en un mismo lugar.

—Vas a dejar que perezcan pueblos enteros —dijo Takha—. Provincias enteras.

—Pues que mueran.

—¿Estás de broma? —exigió saber Charouk—. ¿Crees que vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras incumples tus promesas? Dijiste que si desertábamos del Imperio, nos ayudarías a erradicar a los mugeneses…

—Y lo haré —dijo Vaisra con impaciencia—. ¿Es que no lo veis? Venceremos a Daji y también recuperaremos el sur.

Una vez que pierdan a su mayor apoyo, los mugeneses se entregarán…

—O darán por sentado que la guerra civil nos ha debilitado y se quedarán con las sobras sin importar lo que pase —replicó Charouk.

—Eso no sucederá. Una vez que consigamos el apoyo de los hesperianos…

—«El apoyo de los hesperianos» —se mofó Charouk—. No seas ingenuo. Tarcquet y sus hombres llevan ya un tiempo merodeando por la ciudad y a esa flota ni se la ve en el horizonte ni se la espera.

—La traerán si aplastamos a la Milicia —dijo Vaisra—. Y no podremos hacer eso si perdemos el tiempo librando una guerra en dos frentes.

—Olvídalo —sentenció Gurubai—. Deberíamos coger a nuestras tropas y regresar a casa ahora mismo.

—Adelante —respondió Vaisra con calma—. No duraréis ni una semana. Necesitáis a las tropas del Dragón, y lo sabéis. De lo contrario, jamás habríais venido hasta aquí. Ninguno de vosotros puede defender su provincia, y menos con las tropas que tenéis. Si no, ya habríais regresado hace mucho tiempo.

Se produjo un breve silencio. Por el gesto que puso Gurubai, Rin supo que Vaisra había dado en el clavo. El jefe militar del Dragón sabía que todo eso era un farol.

No les quedaba otra opción que hacer lo que él les ordenara.

—Pero ¿qué sucederá una vez que hayas conseguido conservar Arlong? —le preguntó de pronto Nezha.

Todas las cabezas se giraron en su dirección.

El joven alzó la barbilla.

—¿Vamos a unificar este país solo para dejar que los mugeneses lo destrocen de nuevo? Eso no es una democracia, padre. Es un pacto suicida. Estás ignorando una gran amenaza solo porque las vidas de los habitantes de la Provincia del Dragón no son las que están en juego…

—Suficiente —declaró Vaisra, pero su hijo habló por encima de él.

—Ha sido Daji la que ha dejado entrar aquí a la Federación, pero tú no tienes por qué ser el

que haga que nos liquiden.

Padre e hijo se miraron fijamente por encima de la mesa.

—Tu hermano jamás se habría atrevido a desafiarme de este modo —dijo el jefe militar en voz baja.

—No, Jinzha era imprudente y temerario, y nunca escuchaba a sus mejores estrategas. Y por eso ahora está muerto —declaró Nezha—. ¿Qué vas a hacer, padre? ¿Vas a dejarte llevar por una mezquina venganza, o vas a hacer algo para ayudar a los habitantes de tu República?

Vaisra dio un golpe sobre la mesa con ambas manos.

—Silencio. No vas a contradecirme…

—¡Estás echando a tus aliados a los lobos! ¿Es que nadie ve lo horrendo que es esto? —quiso saber Nezha—. ¿General Hu? ¿Rin?

—Eh… —La joven sentía la lengua pesada dentro de la boca.

Todos los ojos se posaron repentina y aterradoramente en ella.

Vaisra cruzó los brazos sobre el pecho mientras la contemplaba con las cejas enarcadas, como si la retara a continuar.

—Es tu hogar el que están invadiendo —le dijo Nezha.

Rin se sobresaltó. ¿Qué esperaba que le dijera? ¿Creía que solo por ser del sur iba a contradecir las órdenes de Vaisra?

—Eso no importa —dijo la esperiliana—. El jefe militar del Dragón tiene razón… Si dividimos nuestras fuerzas, estamos muertos.

—Venga ya —declaró Nezha con impaciencia—. Tú más que nadie deberías…

—¿Debería qué? —le espetó Rin—. ¿Debería ser la que más odiase a la Federación? Sí que la odio, pero también soy consciente de que si enviamos tropas al sur, estaremos haciendo exactamente lo que Daji quiere que hagamos. ¿Preferirías que le entregásemos directamente Arlong?

—No me lo puedo creer —dijo Nezha.

Rin intentó imitar lo mejor que pudo la mirada fría de Vaisra.

—Tan solo hago mi trabajo, Nezha. Tal vez deberías intentar hacer el tuyo.



27

—He señalado una serie de tácticas aquí. —Kitay le entregó a Rin un pequeño folleto—. La capitana Dalain tiene sus propias ideas, pero, si nos basamos en los registros históricos, creo que estas son las que mejor han funcionado.

La esperiliana pasó las páginas.

—¿Las has arrancado de un libro?

Kitay se encogió de hombros.

—No tenía tiempo para copiarlas todas, así que tomé notas sobre ellas.

Rin entrecerró los ojos para poder leer la intrincada caligrafía de su amigo en los márgenes.

—¿Deforestación?

—Requiere mucho tiempo y muchos hombres, lo sé, pero no tenemos demasiadas opciones. —Se tiró nervioso del flequillo—. Para ellos solo será una leve molestia, pero a nosotros nos ahorrará un par de horas.

—Has tachado las tácticas de guerrilla —comentó la joven.

—No servirían de mucho. Además, no deberíais concentraros en destruir la flota, ni siquiera una parte de ella.

Rin frunció el ceño. Eso era exactamente lo que había pensado hacer.

—No me digas que crees que es demasiado peligroso. —No, simplemente creo que no lo lograréis. No entendéis lo grande que es esa flota. No puedes hacerla arder por completo antes de que vayan a por ti, no con el alcance de tu fuego. No intentes pasarte de lista.

—Pero…

—Cuando asumes riesgos, también pones mi vida en peligro —dijo Kitay firmemente—. Déjate de estupideces, Rin. Lo digo en serio. Sigue las directrices. Limítate a retrasarlos. Consíguenos algo más de tiempo.

Vaisra había ordenado que dos pelotones subieran por el Murui y le bloqueasen el paso a la Armada imperial. Era una carrera a contrarreloj en la que intentaban conseguir más tiempo para poder seguir fortificando Arlong y esperar a que la flota de Tsolin bajara toda la costa desde el norte. Si lograban retrasar a la flota imperial al menos un par de días, si Arlong conseguía reagrupar sus defensas a tiempo y si los barcos de Tsolin podían llegar antes que Daji a la capital, entonces tal vez tuvieran posibilidades contra el Imperio.

Era mucho lo que quedaba al azar.

Pero era lo único que tenían.

Rin no tardó en ofrecer voluntarios a los Cike para la tarea de retrasar a la flota. No soportaba seguir rodeada de refugiados, y quería alejar a Baji y a Suni todo lo posible de los hesperianos antes de que la inquietud de ambos se acabara manifestando y provocara un desastre.

Le hubiera gustado poder llevarse a Kitay con ella, pero era demasiado valioso como para enviarlo a una misión que sería posiblemente suicida para cualquiera que no fuese un chamán. Además, Vaisra lo quería detrás de las murallas de la ciudad para preparar las fortificaciones de defensa.

Y, aunque a Rin le aliviaba saber que Kitay no estaría en peligro, detestaba que fueran a estar separados durante días sin ningún modo de comunicarse.

Si el peligro llegaba a Arlong, no podría protegerlo.

Kitay pudo verle la preocupación en la cara.

—Estaré bien. Ya lo sabes.

—Pero si pasara algo…

—Eres tú la que va a meterse en una zona de guerra —señaló el chico.

—Todo es una zona de guerra. —Cerró el manual y se lo guardó en el bolsillo de la camisa—. Temo por ti. Por los dos. No puedo evitarlo.

—No tienes tiempo para sentir miedo. —Kitay le apretó el brazo—. Solo procura mantenernos con vida, ¿de acuerdo?

Rin hizo una última parada en la forja antes de abandonar Arlong.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le gritó el herrero por encima de la fragua. Tenían el fuego constantemente encendido desde hacía días, ya que estaban forjando espadas, ballestas y armaduras en masa.

Rin le entregó su tridente.

—¿Qué puedes hacer con este metal?

El herrero acarició el mango con los dedos y tocó las puntas para comprobar lo afiladas que estaban.

—Es de buena calidad. Pero no suelo fabricar tridentes de batalla. No creo que quieras que le meta mano a este. Podría cargarme su estabilidad. Pero, si lo necesitas, puedo afilarle las puntas.

—No quiero afilarlo —dijo la joven—. Quiero que lo fundas.

—Mmm. —El hombre comprobó la estabilidad del tridente sobre la palma de una mano—. ¿Es de fabricación esperiliana? —Sí.

El herrero enarcó una ceja.

—¿Y estás segura de que quieres que lo funda para volver a forjarlo? No le veo nada de malo.

—Ya no me sirve —dijo ella—. Destrúyelo por completo.

—Es un arma única. No volverás a encontrar un tridente como este.

Rin se encogió de hombros.

—No importa.

El hombre parecía seguir indeciso.

—La artesanía esperiliana es imposible de replicar. No hay nadie con vida que sepa cómo

fabricaban sus armas. Haré lo que pueda, pero tal vez acabes con la herramienta de un pescador.

—No quiero otro tridente —le explicó Rin—. Quiero una espada.

Esa misma mañana, dos veleros zarparon desde los Acantilados Rojos. El Aguilucho, comandado por Nezha, navegó río arriba para defender la ciudad de Shayang, situada en un recodo crucial y estrecho en el delta superior del río. Los habitantes de esa ciudad hacía ya tiempo que habían sido evacuados a la capital. Además, la propia Shayang solía funcionar como una base militar, así que Nezha solo tenía que guarnecer los antiguos fuertes de cañones.

La tripulación de Rin, comandada por la capitana Dalain, una mujer delgada y hermosa, seguía a la otra embarcación más despacio, remando a paso de tortuga en el que debería haber sido el buque de guerra de Júizha.

No estaba ni de lejos terminado. Ni siquiera le habían puesto nombre. Jinzha era el que tendría que haber escogido uno cuando hubiera finalizado su construcción, y ahora nadie se sentía con ánimos para hacerlo en su lugar. Aún no se habían colocado los mamparos de la cubierta superior, las cubiertas inferiores estaban vacías y sin amueblar, y los cañones no se habían instalado en los costados.

Sin embargo, nada de eso importaba mientras las ruedas de paletas funcionaran. El navío contaba con una maniobrabilidad básica. No tenía que entrar en territorio enemigo, tan solo recorrer treinta kilómetros río arriba.

El folleto de Kitay resultó ser magnífico. Había bosquejado una serie de pequeños trucos para provocarle el mayor retraso posible al enemigo. Una vez que el buque de guerra de Jinzha echó andas, los Cike y la tripulación de la capitana Dalain se dispersaron para cubrir un total de dieciséis kilómetros y, con una eficiencia increíble, pusieron en práctica cada uno de esos trucos.

Habían erigido una serie de diques con una combinación de troncos y sacos de arena. Siendo realistas, eso les haría ganar tan solo medio día o así, pero haría que los soldados que se vieran obligados a bucear hasta cierta profundidad para despejar la zona acabaran agotados.

Río arriba, habían clavado estacas de madera bajo el agua para agujerear el fondo de los barcos enemigos. Kitay, con el apoyo entusiasta de Ramsa, había querido plantar el mismo tipo de minas marinas que el Imperio había usado contra ellos, pero no les había dado tiempo a averiguar cómo secar los intestinos adecuadamente.

Extendieron varios cables de acero por el río, sobre todo después de los recodos. Si el general Carne de Lobo era listo, enviaría soldados a desmontar los postes, en lugar de intentar abrirse camino cortando los cables. Pero los postes estaban bien escondidos detrás de los juncos y los cables quedaban ocultos bajo el agua, así que podían causar un retraso destructivo si la flota embestía contra ellos sin darse cuenta.

Prepararon una serie de guarniciones a intervalos de casi cinco kilómetros por el Murui. Cada una contaba con entre diez y quince soldados armados con arcos, cañones y proyectiles.

Lo más probable era que esos soldados acabaran muriendo. Pero quizás antes lograran eliminar a un puñado de tropas de la Milicia o, en el mejor de los casos, dañar una embarcación o dos antes de que el general Carne de Lobo los hiciera pedazos. Y, en cuanto a la pérdida de hombres y tiempo que eso suponía, el sacrificio merecía la pena.

Cerca de la frontera septentrional de la Provincia del Dragón, justo antes de que el Murui se

bifurcara hacia el Golyn, hundieron el buque de guerra de Jinzha.

—Es una lástima —dijo Ramsa mientras bajaban todo el material a tierra—. Terna entendido que estaba destinado a ser el mayor buque de guerra jamás construido en la historia del Imperio.

—Era el barco de Jinzha —le explicó Rin—. Y Jinzha está muerto.

Aquel buque de guerra había sido un barco de conquista, construido para llevar a cabo una invasión de grandes proporciones en los territorios del norte. Esa invasión ya no iba a producirse. La República ahora luchaba por sobrevivir lo mejor que podía. Ahora era más útil dejar tirado el buque de Jinzha en las aguas profundas del Murui para cortarle el paso a la flota imperial durante el mayor tiempo posible.

Rompieron los remos y partieron los mástiles antes de desembarcar, solo para asegurarse de que el buque estuviera tan destrozado que no cupiera la posibilidad de que la Armada imperial pudiera repararlo para llevarlo consigo hasta Arlong.

Después de eso, remaron en los pequeños botes salvavidas hasta la orilla y se prepararon para adentrarse a toda prisa tierra adentro.

Ramsa había llenado las dos cubiertas inferiores con varios cientos de kilos de explosivos, preparados para destruir la estructura básica del buque de guerra. Las mechas estaban unidas entre sí para ocasionar una reacción en cadena. Lo único que necesitaban ahora era una forma de prenderlas.

—¿Estáis todos? —preguntó Rin.

Por lo que podía ver, todos los soldados habían abandonado la playa. La mayoría de ellos ya habían salido corriendo hacia el bosque, tal y como les había ordenado.

La capitana Dalain le dedicó a la esperiliana un asentimiento de cabeza.

—Adelante.

Rin levantó los brazos y lanzó una delgada cinta de fuego oscilante hacia el río.

La llama desapareció nada más tocar el buque de guerra. Habían colocado la mecha justo hasta el límite del alcance de Rin. La joven no se quedó a esperar a ver si había prendido.

Cuando había recorrido nueve metros pasada la linde del bosque, escuchó una serie de explosiones amortiguadas, seguidas de un largo silencio. Se detuvo y miró hacia atrás. El buque de guerra no se estaba hundiendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. Creía que causaría más estruendo.

Ramsa parecía igual de confundido.

—¿Tal vez las mechas no estaban bien unidas entre sí? Aunque estaba seguro de que…

La siguiente ronda de explosiones los hizo caer al suelo. Rin acabó contra la tierra, con las manos sobre los oídos y los ojos cerrados mientras le retumbaban hasta los huesos. Ramsa se desplomó a su lado, sacudiéndose exageradamente. La esperiliana no sabía si se estaba riendo o si simplemente temblaba.

Cuando las últimas explosiones cesaron, Rin se puso en pie y tiró de Ramsa hacia arriba. Ambos se giraron. Justo por *encima de la* linde de los árboles, pudieron ver cómo la bandera republicana ondeaba en lo más alto, hecha jirones y envuelta en un humo negro.

—Por las tetas del Tigre —susurró el chico.

Por un largo y tenso momento, pareció como si el buque de guerra fuera a permanecer a flote. Las velas seguían perfectamente rectas, como si estuvieran suspendidas en los cielos por un hilo. Rin y Ramsa permanecieron uno al *lado del otro*, con los dedos entrelazados, contemplando cómo

el humo se expandía hacia el exterior e inundaba el cielo.

Al fin, el sonido de la madera desprendiéndose reverberó por el aire en calma cuando las vigas de apoyo cayeron una a una. El mástil central desapareció de repente, como si el navío se hubiera plegado sobre sí mismo, devorando sus propias entrañas.

Entonces, con un quejido chirriante, el buque de guerra se volcó hacia un lado y se hundió en las aguas oscuras.

Esa noche acamparon con el sonido de más explosiones de fondo, aunque estas se producían a al menos once kilómetros de distancia. La Armada imperial había llegado a la ciudad fronteriza de Shayang. Era imposible escapar de ese ruido. Los bombardeos continuaron durante toda la noche. Rin escuchó tantos cañonazos que no podía imaginarse que quedara en Shayang nada más que humo y escombros.

—¿Estás bien? —le preguntó Baji.

La tripulación debía dormir un par de horas antes de comenzar su travesía río abajo, pero Rin apenas lograba cerrar los ojos. Se sentó con la espalda recta, abrazándose las rodillas e incapaz de apartar la mirada de los destellos de luz en el cielo nocturno.

—Oye, tranquilízate. —Baji le apoyó una mano sobre el hombro—. Estás temblando. ¿Qué sucede?

Rin señaló con la cabeza en dirección a Shayang.

—Nezha está allí.

—¿Y temes por su vida?

La joven susurró sin pensar:

—Temo constantemente por su vida.

—Ah, lo pillo. —Baji le dedicó una mirada curiosa—. Estás enamorada.

—No seas asqueroso. Solo porque tú creas que el mundo se reduce a tetas y…

—No hace falta que te pongas a la defensiva, pequeña. Es un tipo bastante atractivo.

—Esta conversación se ha acabado.

Baji soltó una risita.

—Muy bien. No entres al trapo. Solo respóndeme a esto: ¿estarías aquí si no fuese por él?

—¿Dónde? ¿Acampando junto al Murui?

—Librando esta batalla —aclaró—. Sirviendo bajo el mando de su padre.

—Sirvo a la República —replicó la joven.

—Lo que tú digas —respondió el Cike, pero, por la mirada que le dedicó, Rin supo que no la creía.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —le preguntó la esperiliana—. Si eres tan escéptico. Es decir…, no le debes lealtad a la República, y bien saben los dioses que los Cike están casi extintos. ¿Por qué no te has limitado a huir?

El gesto de Baji fue sombrío durante un momento. Nunca había tenido el semblante tan serio. Su personalidad era siempre muy extrovertida, y no dejaba de soltar un sinfín de chistes verdes y comentarios obscenos. Rin jamás se había parado a considerar que eso podía ser solo una fachada.

—Sí que me lo planteé por un momento —dijo el Cike tras una pausa—. Tanto Suni como

yo lo hicimos. Antes de que regresaras, nos planteamos seriamente largarnos de aquí.

—¿Pero?

—Pero, entonces, no tendríamos nada que hacer. Seguro que lo entiendes, Rin. Nuestros dioses quieren sangre. Eso es en lo único en lo que podemos pensar. Y da igual que, cuando no estamos drogados, en principio tengamos el control de nuestras mentes. Ya sabes cómo funciona esto. Para cualquier otra persona, una vida tranquila ahora mismo sería un regalo del cielo, pero, para nosotros, tan solo supondría una tortura.

—Lo entiendo —dijo Rin en voz baja.

Sabía que para Baji aquello tampoco tenía fin, esa ansia constante de destrucción. Si no mataba a combatientes enemigos, comenzaría a cargarse a civiles o a hacer lo que fuera que hiciera en el pasado para acabar encerrado en Baghra. Ese era el contrato que los Cike habían firmado con sus dioses. Y solo acababa en caso de locura o muerte.

—Tengo que estar en un campo de batalla —dijo Baji. A continuación, tragó saliva—. Dondequiera que haya uno. Y no hay más.

Otra explosión restalló en mitad de la noche, con tanta fuerza que, incluso a esos once kilómetros de distancia donde se encontraban, pudieron sentir cómo temblaba el suelo bajo sus pies. Rin se acercó más las rodillas al pecho y se estremeció.

—No hay nada que puedas hacer al respecto —le dijo Baji cuando la explosión terminó—. Tendrás que confiar en que Nezha sepa cómo hacer su trabajo.

—Por las tetas del puto Tigre —gritó Ramsa. Estaba de pie algo más arriba, mirando a través de su catalejo—. ¿Estáis viendo esto, chicos?

Rin se levantó.

—¿El qué?

Ramsa les hizo señas con impaciencia para que se reunieran con él en lo alto de la colina. Le pasó su catalejo a Rin y le indicó hacia dónde tenía que mirar.

—Fíjate allí. Justo entre esos dos árboles.

La joven entornó la mirada a través de la lente. El estómago le dio un vuelco.

—Es imposible.

—Una puta ilusión no es —declaró Ramsa.

—¿De qué habláis? —quiso saber Baji.

Sin decir nada, Rin le pasó el catalejo. Ya no lo necesitaba. Ahora que sabía qué era lo que tenía que mirar, incluso a plena vista podía divisar a través de los árboles el perfil de la Armada imperial serpenteando lentamente.

Le dio la sensación de que veía la cordillera moverse.

—Esa cosa no es un barco —dijo Baji.

—No —convino Ramsa, maravillado—. Es una fortaleza.

La pieza central de la Armada imperial era una fortaleza cuadrada de tres cubiertas. Una estructura tan monstruosa que daba la impresión de que habían arrancado del suelo toda la barrera de asedio de Xiashang y la habían puesto a flotar lentamente río abajo.

¿Con cuántas tropas podría cargar esa fortaleza? ¿Miles? ¿Decenas de miles?

—¿Cómo se mantiene esa cosa a flote? —preguntó Baji—. Es imposible que tenga ninguna movilidad.

—No la necesita —dijo Rin—. Tienen al resto de la flota para protegerla. Solo necesitan

acercar esa fortaleza lo suficiente a la ciudad. Y entonces entrarán en manada.

Ramsa dijo lo que todos pensaban.

—Vamos a morir, ¿verdad?

—Alegra esa cara —le dijo Baji—. Igual toman prisioneros.

«No podemos enfrentarnos a ellos». A Rin se le encogió el pecho a causa de un terror agudo y asfixiante. Ahora toda la misión parecía inútil. Los troncos y los diques tal vez lograran retrasar a la Milicia un par de horas, pero una flota tan poderosa al final se abriría camino a través de lo que fuera.

—Una pregunta —dijo Ramsa, que echaba otro vistazo por su catalejo—. ¿Qué aspecto tiene la flota de Tsolin?

—¿Cómo?

—¿Tiene serpientes verdes?

—Sí…

En ese momento, Rin tuvo una horrible sospecha. Le arrebató el catalejo a Ramsa, pese a que ya sabía qué era lo que iba a ver. Los navíos de la retaguardia contaban con la inconfundible insignia enroscada de la Provincia de la Serpiente.

—¿Qué sucede? —preguntó Baji.

Rin no podía ni hablar.

No eran solo un puñado de navíos propiedad de Tsolin. Había llegado a contar hasta seis. Eso podía significar dos cosas: o bien que Tsolin se había enfrentado a la Armada imperial y había perdido, con lo que el enemigo había tomado sus barcos para usarlos en nombre del Imperio, o bien que el jefe militar de la Serpiente había desertado.

—Me tomaré vuestro silencio como que ha pasado lo peor que podía pasar —declaró Baji.

La capitana Dalain ordenó que regresaran de inmediato a Arlong. Los soldados desmontaron el campamento en cuestión de minutos. Si remaban río abajo, podían estar de vuelta en Arlong en menos de un día, pero Rin no estaba segura de que avisarlos fuera a servir de nada. Con los navíos de Tsolin, la Armada imperial casi doblaba su tamaño. Daba igual lo buenas que fueran las defensas de Arlong. Era imposible que pudiera enfrentarse a una flota tan grande.

Los cañonazos desde Shayang siguieron produciéndose durante toda la noche, hasta detenerse de forma abrupta justo antes del amanecer. Al salir el sol, vieron una serie de señales de humo, obra de los soldados de Nezha, que se desplegaban a lo lejos en el cielo.

—Shayang está perdido —interpretó Dalain—. El Aguilucho ha encallado, pero los supervivientes están intentando regresar a Arlong.

—¿No deberíamos acudir en su ayuda? —preguntó alguien.

Dalain guardó silencio por un momento.

—No. Remad más rápido.

Rin deslizaba su remo a través del agua fangosa, intentando no imaginarse lo peor. Nezha estaría bien. La de Shayang no había sido una misión suicida. Al joven general le habían ordenado que mantuviera el fuerte todo el tiempo que pudiera antes de huir en dirección al bosque. Y si estaba gravemente herido, el Murui acudiría en su ayuda. Su dios no iba a dejarlo tirado. La esperiliana necesitaba creer eso.

Alrededor del mediodía, volvieron a escuchar una ráfaga de cañonazos en la distancia.

—Ese tiene que ser el buque de guerra —dijo Ramsa—. Están intentando abrirse paso a cañonazos.

—Bien —comentó Rin.

Hundir el buque de guerra quizás había sido la mejor idea que había tenido Kitay. La flota imperial no podría reventarlo con sus cañones sin más. La mayor parte de la estructura se encontraba bajo el agua, donde los cañonazos no podían tocarla. Hacer volar por los aires las capas superiores tan solo dificultaría la tarea de extraer del Murui su fondo hundido.

Media hora después, los estallidos cesaron. La Milicia debía de haberse dado cuenta de que eso no servía para nada. Ahora estaría enviando a buceadores con anzuelos para poder arrastrar las piezas y despejar el río. Esa tarea podría llevarles dos días, tres como mucho.

Pero, después de eso, retomarían su lenta pero incesante travesía hacia Arlong. Y sin Tsolin, no había nada más que pudiera detenerlos.

—Ya estamos al corriente —le dijo Kitay a Rin nada más llegar. Corrió a recibirla en el puerto. Estaba completamente desaliñado, con el pelo levantado apuntando en todas direcciones, como si se hubiera pasado el último par de horas paseando de un lado a otro mientras se tiraba del flequillo—. Nos hemos enterado hace dos horas.

—Pero ¿por qué? —gritó Rin—. ¿Y cuándo?

Kitay se encogió de hombros con impotencia.

—Lo único que sé es que estamos jodidos. Vamos.

La esperiliana lo siguió corriendo hasta el palacio. En la sala principal, Eriden y un puñado de oficiales se encontraban apiñados alrededor de un mapa, que ya ni siquiera era preciso porque se habían limitado a quitar los navíos de Tsolin del tablero.

Sin embargo, la República no solo había perdido barcos. Aquel no era un pequeño contratiempo. Hubiese sido mejor que Tsolin simplemente se hubiera retirado o hubiera sido asesinado. Pero que desertara significaba que toda esa flota, con la que antes habían contado, ahora se sumaba a las fuerzas de Daji.

El capitán Eriden reemplazó las piezas que representaban a la flota de Tsolin por unas rojas y se apartó un paso de la mesa.

—Esto es a lo que nos enfrentamos.

Nadie dijo nada. La diferencia numérica era ridícula. Rin se imaginaba a una serpiente resplandeciente envolviendo a un pequeño roedor con su cuerpo, apretándolo hasta que la mirada de su presa se apagara.

—Hay demasiado rojo —masculló Rin.

—¿No me digas? —replicó Kitay.

—¿Dónde está Vaisra? —le preguntó la joven.

Kitay la apartó hacia un lado y le susurró algo al oído para que Eriden no pudiera escucharlos.

—Está solo en su despacho, probablemente lanzando jarrones contra la pared. Ha pedido que no lo molesten. —Señaló hacia un pergamino que se encontraba sobre el borde de la mesa—. Tsolin ha enviado una carta esta mañana. Así es como nos hemos enterado.

Rin tomó el pergamino y lo desenrolló. Ya se imaginaba qué era lo que ponía, pero necesitaba

leer las palabras de Tsolin por pura curiosidad morbosa. Era igual que cuando no podía evitar mirar con detenimiento los cadáveres de animales en descomposición.

Este no es el futuro que deseaba para ninguno de nosotros.

La letra de Tsolin era fina y bonita. Cada trazo acababa en un elegante punto. Era un estilo caligráfico que requería años de práctica perfeccionar. No había escrito esa carta a toda prisa. Había sido una tarea concienzuda por parte de un hombre al que seguía importándole el decoro.

A lo largo de toda la página, Rin vio caracteres tachados y reescritos donde el agua había corrido la tinta. Tsolin había estado llorando mientras escribía esa carta.

Debes reconocer que el principal compromiso de un gobernante es para con su pueblo. Escogí el camino que causaba un menor derramamiento de sangre. Tal vez esto haya sofocado una transición democrática. Sé cuál es la visión que tenías para el futuro de esta nación, y sé que es posible que yo haya acabado con ella. Pero mi mayor compromiso no es con las personas que aún no han nacido, del futuro de este país, sino con las personas que están sufriendo ahora, que pasan sus días temerosos por la guerra que tú has traído hasta sus puertas.

Si deserto, es por ellos. Así es como los protegeré. Lloro por ti, estudiante mío. Lloro por tu República. Lloro por mi esposa y por mis hijos. Moriréis pensando que os he abandonado a todos. Pero no me tiembla el pulso al escribirte que aprecio las vidas de mi pueblo mucho más de lo que nunca te he apreciado a ti.



28

La Armada imperial llegaría a los Acantilados Rojos en cuarenta y ocho horas. Arlong se transformó en un enjambre de actividad desesperada y frenética mientras el ejército de la República se apresuraba a terminar sus preparaciones defensivas en los siguientes dos días. Las fraguas estaban encendidas a todas horas, día y noche, para forjar montañas de espadas, escudos y jabalinas. Los Acantilados Rojos se convirtieron en la chimenea de la maquinaria de guerra.

La tarde de ese primer día, el herrero mandó llamar a Rin.

—Este es un mineral maravilloso para trabajarlo —le dijo mientras le entregaba una espada. Era preciosa: una hoja delgada y recta con una borla de color carmesí fijada a la empuñadura—. Por casualidad no tendrás más, ¿verdad?

—Para eso tendrás que ir a la isla —murmuró ella, haciendo girar la espada entre sus manos —. Rebusca entre los esqueletos, a ver qué encuentras.

—Ya veo. —El herrero había fabricado una segunda espada, idéntica a la primera—. Por suerte, había suficiente metal para una de repuesto. Por si acaso pierdes la primera.

—Es muy útil. Gracias. —Rin extendió la primera espada, con el brazo estirado, para tantear su peso. La empuñadura se amoldaba perfectamente a su agarre. La hoja era un poco más larga que cualquiera que hubiera usado antes, pero era más ligera de lo que parecía. La blandió formando un círculo sobre su cabeza.

El herrero se apartó de su trayectoria.

—Pensé que te gustaría tener ese alcance adicional.

La esperiliana se pasó la empuñadura de una mano a la otra. Había temido que le costara manejar la longitud de la espada, pero la ayudaba a aumentar su alcance, y su ligereza la compensaba con creces.

—¿Me estás llamando bajita?

El hombre soltó una carcajada.

—Lo que digo es que no tienes los brazos muy largos. ¿Qué te parece?

Rin deslizó la punta de la hoja en el aire y comenzó a ejecutar con ella los movimientos que ya conocía de la tercera forma de Seejin. Le sorprendió lo bien que se sentía al hacerlo. Nezha tenía razón: se le daba mucho mejor luchar con espada. Había librado sus primeras batallas con una. Había matado por primera vez con una.

¿Por qué había estado usando el tridente durante tanto tiempo? En retrospectiva, le parecía una gran estupidez. Había estado practicando con la espada durante años en Sinegard. Era una extensión natural de su brazo. Empuñar una de nuevo era como cambiar un traje de gala por un cómodo conjunto de ropa de entrenamiento.

Soltó un grito y lanzó la espada hacia la pared que tenía enfrente. Esta se quedó clavada en la madera, justo donde había apuntado, en un ángulo perfecto y con la empuñadura tambaleándose.

—¿Qué tal? —le preguntó el herrero.

—Es perfecta —respondió la joven, satisfecha.

A la mierda Altan, a la mierda su legado y a la mierda su tridente. Era hora de que comenzara a usar un arma que la ayudara a seguir con vida.

Para cuando Rin regresó a los barracones, el sol ya se había puesto. Recorrió con premura los canales, con los brazos doloridos por haberse pasado horas cargando sacos de arena hasta las casas abandonadas.

—¿Rin? —Una figura menuda emergió de un rincón justo cuando la esperiliana iba a abrir la puerta.

La joven dio un bote, sobresaltada. Sus nuevas espadas cayeron al suelo.

—Solo soy yo. —La figura salió a la luz.

—¿Kesegi? —Rin recogió las espadas del suelo—. ¿Cómo has conseguido saltarte la barrera?

—Necesito que me acompañes. —Alargó el brazo para tomarla de la mano—. Rápido.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No puedo contártelo aquí. —Se mordió el labio, dirigiendo una mirada nerviosa alrededor de los barracones—. Pero estoy metido en un lío. ¿Puedes venir?

—Pues… —Rin miró distraída hacia los barracones. Aquello podía salir terriblemente mal. Le habían ordenado que no interactuara con los refugiados a no ser que estuviera de guardia y, dadas las tensiones que había en Arlong en ese momento, ella sería la última en recibir el beneficio de la duda. ¿Y si alguien la veía?

—Por favor —le pidió Kesegi—. Es algo malo.

Rin tragó saliva. ¿Qué tenía que pensar? Se trataba de Kesegi. El chico era su familia, el último familiar que le quedaba.

—Claro que sí. Te sigo.

Kesegi corrió. Rin lo siguió de muy cerca.

Dio por sentado que algo malo habría pasado al otro lado de la barrera. Alguna pelea, algún accidente o alguna refriega entre guardias y refugiados. La tía Fang estaría detrás de todo eso. Siempre lo estaba. Pero Kesegi no la llevó de vuelta a los campamentos. La condujo detrás de los barracones, más allá de los ruidosos astilleros, hasta un almacén vacío al final del puerto.

Detrás del almacén se hallaban tres siluetas oscuras.

Rin se detuvo. Ninguna de esas figuras podía pertenecer a la tía Fang. Eran todas demasiado altas.

—Kesegi, ¿qué está pasando?

Pero el chico tiró de ella directamente hacia el almacén.

—La he traído —dijo en voz alta.

Los ojos de Rin se ajustaron a la luz tenue y pasó a ver con claridad los rostros de aquellos desconocidos. Soltó un quejido. No eran refugiados.

Se giró hacia Kesegi.

—¿Qué cojones?

El chico apartó la mirada.

—Tenía que traerte aquí de algún modo.

—Me has mentido.

Kesegi apretó la mandíbula.

—De lo contrario, no habrías venido.

—Solo escúchanos —le pidió Takha—. Por favor, no te vayas. Solo tenemos esta oportunidad para hablar.

Rin se cruzó de brazos.

—¿Ahora os escondéis de Vaisra detrás de los almacenes?

—Vaisra ya ha hecho bastante para traernos la ruina —dijo Gurubai—. Eso está claro. La República ha dejado tirado al sur. Esta alianza debe terminar.

Rin reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—¿Y qué alternativa proponéis?

—Nuestra propia revolución —respondió el general de inmediato—. Le retiraremos nuestro apoyo a Vaisra, desertaremos del ejército del Dragón y volveremos a nuestras provincias.

—Eso es un suicidio —dijo Rin—. Vaisra es el único que os está protegiendo.

—No lo estarás diciendo en serio —intervino Charouk—. ¿Que nos protege? Nos ha engañado desde el principio. Es hora de dejar de esperar a que Vaisra nos lance las sobras. Debemos regresar a casa y enfrentamos a los mugeneses por nuestros propios medios. Eso es lo que tendríamos que haber hecho desde el principio.

—¿Con qué ejército? —les preguntó Rin con frialdad.

Toda esa conversación era irrelevante. Vaisra ya se había tirado aquel farol hacía meses. Los jefes militares del sur no podían volver a casa. Sus ejércitos provinciales sin apoyo acabarían destruidos por la Federación.

—Tendremos que formar uno —reconoció Gurubai—. No será fácil. Pero tenemos suficientes hombres. Ya has visto los campamentos. Sabes que somos muchos.

—También sé que son hombres sin formación, sin armas y que se mueren de hambre —declaró ella—. ¿Creéis que podéis enfrentaros a las tropas de la Federación? La República es vuestra única oportunidad para sobrevivir.

—¿Sobrevivir? —Charouk resopló con sorna—. Todos vamos a morir en cuestión de una semana. Vaisra ha puesto nuestras vidas en manos de los hesperianos, y ellos jamás vendrán.

Rin vaciló. No tenía ninguna buena respuesta que darles. Sabía, igual que ellos, que era poco probable que algún día los hesperianos consideraran a los nikaras dignos de recibir su ayuda.

Sin embargo, hasta que el general Tarcquet no declarara explícitamente que el Consorcio les negaba su ayuda, la República aún tenía posibilidades. Desertar y marcharse al sur era, sin lugar a dudas, un suicidio. Sobre todo porque si Rin abandonaba a Vaisra, entonces no quedaría nadie que la protegiera de la Compañía Gris. Podría huir de Arlong y esconderse. Podría incluso eludir a los hesperianos durante mucho tiempo si era lista, pero al final acabarían dando con ella. No se detendrían ante nada. Rin comprendía ahora que personas como Petra jamás dejarían que los que

desafiaban a su Creador se les escaparan tan fácilmente. Darían caza y asesinarían o capturarían a cada chamán que hubiera en el Imperio para poder estudiarlo. Quizás pudiera enfrentarse a ellos, tal vez incluso pudiera hacerles frente durante un tiempo (el fuego contra las aeronaves, el Fénix contra el Creador), pero esa confrontación sería terrible. Y no sabía si saldría viva de ella.

Y si los jefes militares del sur desertaban de la República, entonces no tendrían a nadie que los protegiera de la Milicia o de la Federación. Esa conclusión era obvia. ¿Por qué no podían verlo?

—Renuncia a esa estúpida esperanza —le dijo Gurubai—. Ignora las sandeces de Vaisra. Si los hesperianos se mantienen al margen, es por un motivo, igual que hicieron en las Guerras de la Amapola.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Rin.

—¿De verdad crees que no tenían ni idea de lo que sucedía en este continente?

—¿Y eso qué más da?

—Vaisra envió a su esposa con ellos —siguió Gurubai—. *Lady* Saikhara pasó la Segunda y la Tercera Guerra de la Amapola escondida a salvo en un buque de guerra hesperiano. Los hesperianos tenían pleno conocimiento de lo que estaba sucediendo. Y no nos enviaron ni un mísero saco de grano ni una caja con espadas. Ni cuando ardió Sinegard, ni cuando cayó Khurdalain, ni cuando los mugeneses profanaron Golyn Niis. Esos son los aliados a los que estás esperando. Y Vaisra es consciente de ello.

—¿Por qué no dices claramente lo que estás insinuando? —le preguntó Rin.

—¿Es que nunca se te ha pasado por la cabeza? —le replicó Gurubai—. Esta guerra ha sido orquestada por Vaisra y los hesperianos para colocarlo a él en una posición privilegiada desde la que pueda consolidar su control sobre este país. Los hesperianos no vinieron durante la Tercera Guerra porque querían que el Imperio se desangrase. Y no intervendrán ahora hasta que los que desafían a Vaisra hayan muerto. El jefe militar del Dragón no es un verdadero demócrata ni el campeón del pueblo. Es un oportunista que erige su trono sobre sangre nikara.

—Estáis locos —dijo Rin—. Nadie está tan mal de la cabeza como para hacer eso.

—¡Lo que es de locos es que no lo veas! Tienes las pruebas delante de tus narices. Las tropas de la Federación jamás se adentraron tanto como para llegar hasta Arlong. Vaisra no perdió nada en la guerra.

—Casi pierde a un hijo…

—Y lo recuperó sin ningún problema. Entérate, Yin Vaisra fue el único vencedor de la Tercera Guerra de la Amapola. Eres demasiado lista como para creer lo contrario.

—No seas condescendiente conmigo —estalló Rin—. Aunque todo eso fuera cierto, no cambiaría nada. Ya sé que los hesperianos son unos capullos. Pero, de todas formas, lucharé por la República.

—No deberías luchar por una alianza con un pueblo que casi no nos considera personas —dijo Charouk.

—Aun así, ese no es motivo para luchar con vosotros…

—Deberías luchar con nosotros porque eres una de los nuestros —le dijo Gurubai.

—No soy de los vuestros.

—Sí que lo eres —intervino Takha—. Eres de la Provincia del Gallo. Igual que yo.

Rin se quedó contemplándolo sin poder creérselo.

Menuda hipocresía. En Lusan no había tardado en renegar de ella, la había tratado como a un animal. ¿Y ahora pretendía afirmar que eran iguales?

—El sur se alzará por ti —insistió Gurubai—. ¿Te haces una idea de todo el poder que tienes? Eres la última esperiliana. Todo el continente conoce tu nombre. Si levantas tu espada, decenas de miles de personas te seguirán. Lucharán por ti. Serás su diosa.

—Y una traidora para mis mejores amigos —dijo la joven. Le estaban pidiendo que abandonara a Kitay. A Nezha—. No os molestéis en agasajarme. No funcionará.

—¿Tus amigos? —resopló Gurubai—. ¿Quiénes? ¿Yin Nezha? ¿Chen Kitay? ¿Esos norteños que renegarían de tu propia existencia? ¿Estás tan desesperada por ser como ellos que prefieres ignorar todo lo que está en juego?

Rin enfureció.

—No quiero ser como ellos.

—Sí que quieres —se mofó el general—. Es lo único que deseas, aunque no seas consciente de ello. Pero, al fin y al cabo, eres fango del sur. Puedes cambiar el modo en el que hablas, puedes alejarte del hedor de los campos de refugiados y fingir que tú no hueles así, pero nunca van a considerarte una de ellos.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Rin perdió toda la paciencia.

¿De verdad creían que podrían convencerla apelando a sus lazos provinciales? La Provincia del Gallo jamás había hecho nada por ella. Durante sus primeros dieciséis años de vida, Tikany había intentado hundirla en el fango. Había roto cualquier lazo con el sur en el mismo momento en que se había marchado a Sinegard.

Había escapado de los Fang. Se había hecho un hueco en Arlong. Era una de los mejores soldados de Vaisra. No iba a volver atrás. No podía hacerlo.

Para ella, el sur tan solo significaba abuso y miseria. No le debía nada. Y mucho menos una misión suicida. Si los jefes militares querían tirar sus vidas por la borda, que lo hicieran ellos solos.

Rin se percató de cómo la miraba Kesegi. Sorprendido, decepcionado. Y la joven hizo todo lo posible para que no le importase.

—Lo siento —les dijo—. Pero no soy de los vuestros. Soy esperiliana. Y sé a quién le debo mi lealtad.

—Si te quedas aquí, morirás para nada —le dijo Gurubai—. Todos lo haremos.

—Pues marchaos —dijo Rin con desprecio—. Llevaos a vuestras tropas. Idos a casa. No os detendré.

Los jefes militares no se movieron. Sus rostros, sorprendidos y macilentos, le confirmaron que aquello no era más que un farol. No podían huir. Solos, en sus provincias, no tenían ninguna posibilidad. Tal vez, aunque dadas sus cifras Rin lo dudaba, pudieran enfrentarse por sí mismos a las tropas mugenesas. Pero si Arlong caía, era solo cuestión de tiempo que Daji también fuera a por ellos.

Sin el apoyo de Rin, tenían las manos atadas. Los jefes militares del sur estaban atrapados.

Gurubai llevó la mano a la espada que tenía en la cintura.

—¿Informarás a Vaisra de esto?

Rin curvó el labio hacia arriba.

—No me tientes.

—¿Informarás a Vaisra de esto? —repitió él.

La esperiliana le dedicó una sonrisa de incredulidad. ¿De verdad iba a enfrentarse a ella? ¿De verdad iba siquiera a intentarlo?

No pudo evitar disfrutar de ese momento. Por una vez, era ella la que tenía todo el poder. Por una vez, era ella quien tenía el destino de todos en sus manos, y no al revés.

Podría haberlos matado allí mismo y haber acabado con aquello. Tal vez Vaisra la hubiera felicitado por su muestra de lealtad.

Pero era la víspera de la batalla. La Milicia se acercaba a sus puertas. Los refugiados necesitaban algún tipo de liderazgo si querían sobrevivir… Sin duda, eran los únicos que echarían de menos a los jefes militares del sur. Y si la joven los asesinaba ahora, el caos resultante tan solo perjudicaría a la República. Los cifras de los ejércitos sureños no eran lo bastante numerosas como para ganar la batalla. No obstante, si desertaban, garantizarían la derrota, y eso era algo de lo que Rin no quería ser responsable.

Le encantaba poder tomar esa decisión, poder enmascarar esa cruel táctica como compasión.

—Idos a dormir —les dijo en voz baja, como si les estuviera hablando a unos niños—. Mañana tenemos una batalla que librar.

Pese a las protestas del chico, Rin escoltó a Kesegi de vuelta al barrio de los refugiados. Lo llevó por el camino más largo, el que rodeaba toda la ciudad, intentando poner la mayor distancia posible entre ella y los barracones. Durante diez minutos, caminaron sumidos en un silencio sepulcral. Cada vez que Rin miraba hacia Kesegi, este fijaba la vista al frente, enfurecido y fingiendo no haberse dado cuenta.

—Estás enfadado conmigo —dijo ella.

El chico no le respondió.

—No puedo hacer lo que ellos quieren. Ya lo sabes.

—No, no lo sé —respondió él con brusquedad.

—Kesegi…

—Ya no te conozco.

Rin tenía que admitir que eso era cierto. Kesegi se había despedido de una hermana y se había encontrado a una soldado en su lugar. Pero ella tampoco lo conocía a él. El Kesegi al que había dejado atrás era tan solo un niño pequeño. El que tenía ahora delante era un chico alto, hosco y enfadado que había presenciado demasiado sufrimiento y no sabía a quién culpar por ello.

Continuaron caminando en silencio. Rin se vio tentada de darse la vuelta y regresar, pero no quería que Kesegi se encontrara solo en el lado de la barrera que no le correspondía. La patrulla nocturna había comenzado a dar latigazos a los refugiados que merodeaban por donde no debían para dar ejemplo.

Al fin, Kesegi dijo:

—Podrías habernos escrito.

—¿Qué?

—No dejé de esperar a que me escribieras. ¿Por qué no lo hiciste?

La joven no tenía ninguna buena respuesta.

¿Por qué no le había escrito? Los maestros se lo habían permitido. Todos sus compañeros de

clase les escribían a sus familias con regularidad. Recordaba ver a Niang cada semana enviar ocho cartas distintas para cada uno de sus hermanos. Por aquel entonces, le había sorprendido lo mucho que tenía alguien que contar sobre sus abrumadoras tareas para clase.

Pero a ella jamás se le había siquiera pasado por la cabeza escribirles a los Fang. Una vez que había llegado a Sinegard, había relegado sus recuerdos de Tikany al fondo de su memoria y había intentado olvidarlos.

—Eras tan pequeño —le respondió tras una pausa—. Supongo que no creía que fueras a acordarte de mí.

—Y una mierda —le espetó Kesegi—. Eras mi hermana. ¿Cómo no iba a acordarme de ti?

—No sé, es que… Creía que sería más sencillo si cortábamos completamente la relación. Es decir, no es que fuera a regresar a casa una vez que me hubiera graduado…

La voz del chico se endureció.

—¿Y alguna vez se te ocurrió que igual yo también quería marcharme?

Rin comenzó a exasperarse. ¿Por qué de pronto había pasado eso a ser culpa suya?

—Si querías, podrías haberte marchado. Podrías haber estudiado…

—¿Cuándo? Cuando te fuiste, me quedé yo solo en la tienda. Y cuando padre comenzó a empeorar, tuve que empezar a encargarme de todo en casa. Y mi madre no es buena, Rin. Eso lo sabías… Te supliqué que no me dejaras con ella, pero tú te fuiste igualmente. Te marchaste a Sinegard, a vivir aventuras…

—No fue ninguna aventura —replicó la joven con frialdad.

—Pero estuviste en Sinegard —dijo Kesegi en un tono quejumbroso, con la voz de un niño que tan solo había oído las historias de la antigua capital, que aún creía que había sido una tierra de riquezas y maravillas—. Y yo estaba atrapado en Tikany, escondiéndome de madre siempre que podía. Y luego empezó la guerra. Lo único que hacíamos cada día era escondernos aterrorizados en refugios subterráneos y rezar por que la Federación no hubiera llegado ya a nuestra ciudad y, si lo había hecho, por que no nos mataran de inmediato.

Rin se detuvo.

—Kesegi.

—No dejaban de decir que vendrías a ayudarnos. —Se le entrecortó la voz—. Que una diosa del fuego de la Provincia del Gallo había destruido la Isla del Arco Largo, y que ibas a volver a casa para liberarnos a nosotros también.

—Quise hacerlo. Lo habría hecho…

—No, no lo habrías hecho. ¿Dónde estuviste durante todos esos meses? Orquestando un golpe de Estado en el Palacio de Otoño. Iniciando otra guerra. —Las palabras del chico destilaban veneno—. No eres quién para decir que no quieres formar parte de nada de esto. Esto es culpa tuya. De no ser por ti, no estaríamos aquí.

Rin podría haberle contestado. Podría haber discutido con él, haberle dicho que no era culpa suya, sino de la emperatriz, que estaban en juego determinadas fuerzas políticas que simplemente iban mucho más allá de cualquiera de ellos.

No obstante, era incapaz de formar una frase. Ninguna le parecía genuina.

La sencilla verdad era que había abandonado a su hermano de acogida y que llevaba años sin pensar en él. Apenas se había acordado de Kesegi hasta que se lo había encontrado en el campamento. Y hubiera vuelto a olvidarse de él si no hubiera estado parado enfrente de ella.

Doblaron una esquina hacia una hilera de edificios de piedra de una sola planta. Habían llegado a la base hesperiana. Un par de minutos más y estarían de vuelta en el distrito de los refugiados. Rin se alegraba. Quería alejarse de Kesegi. No soportaba todo el peso del rencor del chico.

Por el rabillo del ojo, vio desaparecer un uniforme azul por detrás del edificio más cercano. Por lo general, no le habría dado importancia, pero entonces escuchó los sonidos: un susurro rítmico, un gemido apagado.

Ya había escuchado esos ruidos en el pasado. Muchas veces había tenido que entregar paquetes de opio en los burdeles de Tikany. Pero no podía creer que ahora fuera el momento ni el lugar.

Kesegi también lo oyó. Dejó de caminar.

—Ve corriendo hacia la barrera —le siseó Rin.

—Pero…

—Es una orden. —Y lo empujó—. Venga.

El chico obedeció.

Rin echó a correr. Vio dos cuerpos medio desnudos detrás del edificio. Un soldado hesperiano y una chica nikara. La chica gimoteaba e intentaba gritar, pero el soldado le había cubierto la boca con una mano y le tiraba del pelo con la otra, echándole así la cabeza hacia atrás para dejarle el cuello expuesto.

Por un momento, lo único que Rin pudo hacer fue quedarse allí plantada y observar.

Jamás había presenciado una violación.

Había oído hablar de ellas. Había escuchado demasiadas historias de las mujeres que habían sobrevivido a Golyn Niis. Se lo había imaginado tantas veces de una forma tan vivida que había pasado a formar parte de sus pesadillas; hacía que se despertara entre temblores a causa de la rabia y el miedo.

Lo único en lo que pudo pensar fue en si eso habría sido lo que Venka había tenido que sufrir en Golyn Niis. En si el rostro de su amiga se habría retorcido como el de esta chica, con la boca abierta en un grito ahogado. En si los soldados mugeneses que la habían inmovilizado contra el suelo se habrían reído igual que se reía ahora ese soldado hesperiano.

Rin sintió cómo le subía la bilis por la garganta.

—Suéltala.

El soldado no podía o no quería entenderla. Simplemente siguió con lo suyo, jadeando como un animal.

La esperiliana no podía creer que esos sonidos fuesen de placer.

Se abalanzó contra el costado del hombre. El soldado se giró y le lanzó un torpe puñetazo hacia la cara. Rin lo esquivó sin problema, lo agarró por las muñecas, le dio una patada en la espinilla y forcejeó con él hasta tirarlo al suelo y conseguir inmovilizarlo entre sus rodillas.

La esperiliana bajó la mano y le buscó los testículos. Cuando los encontró, se los apretó.

—¿Es esto lo que querías?

El hombre se retorció desesperado debajo de ella. La joven apretó aún más. El soldado soltó un gorjeo.

Rin le hundió las uñas en la piel blanda.

—¿No?

El hombre chilló de dolor.

La esperiliana invocó una llama. Los gritos del hombre adquirieron mayor intensidad, pero Rin tomó su camisa, que estaba tirada en el suelo, se la metió en la boca y no lo soltó hasta que su miembro adquirió un tono negruzco.

Cuando al fin el hombre dejó de moverse, Rin se bajó de su pecho, se sentó junto a la chica temblorosa y le pasó un brazo alrededor de los hombros. Ninguna de las dos dijo nada. Se quedaron abrazadas, observando al soldado con una fría satisfacción mientras él se retorcía y lloriqueaba débilmente sobre la tierra.

—¿Va a morir? —preguntó la chica.

Los gemidos del soldado eran cada vez más débiles. Rin le había quemado la mitad inferior del cuerpo. Algunas de las heridas estaban cauterizadas. Tal vez pasase bastante tiempo antes de que la pérdida de sangre acabara matándolo. Esperaba que, cuando eso sucediera, el soldado siguiera consciente.

—Sí, si nadie lo lleva a un médico.

La chica no sonaba asustada, sino tan solo curiosa.

—¿Y vas a llevarlo?

—No forma parte de mi pelotón —le dijo Rin—. No es mi problema.

Pasaron algunos minutos más. La sangre se fue acumulando lentamente bajo la cintura del soldado. Rin permaneció sentada con la chica, en silencio, con el corazón latiéndole desbocado, y repasando frenéticamente en su mente las consecuencias de aquello.

Los hesperianos sabrían que la asesina había sido ella. Las marcas de quemaduras la delatarían. Solo los esperilianos mataban con fuego.

Las represalias de Tarcquet serían terribles. Quizás no se conformara con la muerte de Rin. Si descubría lo que acababa de suceder, tal vez abandonara la República de una vez por todas.

Tenía que deshacerse de ese cadáver.

En algún momento, el pecho del soldado dejó de subir y bajar. Rin se arrodilló y le tomó el pulso en el cuello. Nada. Entonces se levantó y le tendió una mano a la chica.

—Vayamos a limpiarte. ¿Puedes caminar?

—No te preocupes por mí. —La chica sonaba increíblemente tranquila. Había dejado de temblar. Se inclinó hacia delante para limpiarse la sangre y los fluidos que le resbalaban por entre las piernas con el dobladillo de su vestido roto—. No es la primera vez que me pasa.



29

—Por las tetas del puto Tigre —dijo Kitay.

—Lo sé —respondió Rin.

—¿Y lo has tirado al agua sin más?

—Antes he usado piedras para lastrarlo. He escogido una zona bastante profunda cerca de los muelles. Nadie lo encontrará…

—Me cago en la puta. —Kitay se pasó una mano por el flequillo y se tiró de él mientras recorría la biblioteca de un lado a otro—. Vas a morir. Vamos a morir todos.

—Puede que no nos pase nada. —Rin intentó convencerse a sí misma de lo que acababa de decir, pero aun así se sentía terriblemente aturdida. Había acudido a Kitay porque él era la única persona que pensaba que sabría qué hacer, aunque ahora mismo los dos habían sucumbido al pánico—. Mira, no me ha visto nadie…

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su amigo con la voz chillona—. ¿Nadie te ha visto arrastrando el cadáver de un hesperiano por media ciudad? ¿No había nadie mirando por las ventanas? ¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida al afirmar qüe «no te ha visto nadie»?

—No lo he arrastrado, lo he metido en un sampán y me he alejado de la orilla.

—Ah, eso lo cambia todo…

—Escucha, Kitay. —Rin inspiró hondo e intentó relajar la mente para poder pensar con claridad—. Ha pasado una hora. Si me hubieran visto, ¿no crees que ya estaría muerta?

—Tarcquet podría estar haciendo tiempo —dijo Kitay—. Puede que esté esperando a que se haga de día para echarte al ejército encima.

—No esperaría. —La joven estaba segura de ello. Los hesperianos no se andaban con gilipolleces. Si Tarcquet hubiera descubierto que justamente una chamana había matado a uno de sus hombres, su cuerpo ya estaría más que acribillado a balazos. No le habría dado la oportunidad de escapar.

Cuanto más tiempo pasaba, más esperanzas tenía (o más bien eso creía) de que Tarcquet no supiera nada. De que Vaisra no supiera nada. Tal vez jamás lo descubrieran. Rin no se lo iba a contar a nadie, y la refugiada tampoco abriría la boca.

Kitay se frotó las sienes con las palmas de las manos.

—¿Cuándo ha ocurrido todo esto?

—Ya te lo he dicho. Hace una hora, cuando volvía con Kesegi a los barracones desde los viejos almacenes.

—¿Y qué leches estabas haciendo en los viejos almacenes?

—Los jefes militares del sur me tenían preparada una encerrona. Querían hablar. Se están planteando desertar y regresar a sus provincias para hacerles frente a los ejércitos de la Federación, y quieren que los acompañe. Tienen una descabellada teoría sobre los hesperianos y…

—¿Qué les has dicho?

—Me he negado, por supuesto. Eso sería un suicidio.

—Bueno, al menos no has cometido traición. —Kitay soltó una risa temblorosa—. ¿Y después qué? ¿Te has dado un paseo de vuelta a los barracones y has matado al hesperiano por el camino?

—No has visto lo que estaba haciendo.

Su amigo levantó las manos.

—¿Acaso importa, joder?

—Estaba encima de una chica —dijo Rin, enfadada—. La tenía agarrada por el cuello y no la soltaba…

—¿Así que has decidido chamuscar la única posibilidad que teníamos de sobrevivir en los Acantilados Rojos?

—Los hesperianos no vendrán ni de coña, Kitay.

—Siguen aquí, ¿no? Si de verdad les diera igual, habrían recogido sus cosas y se habrían marchado. ¿Es que no has pensado en eso? Cuando estás entre la espada y la pared, hay una gran diferencia entre un cero y un uno por ciento. Pero no, tú prefieres garantizarte el cero…

A la esperiliana le ardían las mejillas.

—No pensaba que…

—Pues claro que no —estalló Kitay. Tenía los nudillos blancos—. Nunca te paras a pensar nada, ¿verdad? Siempre te metes en los problemas que quieres, cuando quieres, y a la mierda las consecuencias…

Rin elevó la voz.

—¿Preferirías que hubiera dejado que la violase?

El joven guardó silencio.

—No —respondió tras una larga pausa—. Lo siento, no… No quería decir eso.

—Eso creía.

Kitay se llevó las manos al rostro.

—Por los dioses, es solo que estoy asustado. No tenías por qué haberlo matado, podrías haber…

—Lo sé —respondió ella. Se sentía vacía. Toda la adrenalina había abandonado su interior de golpe, y ahora lo único que quería era desplomarse—. Lo sé. No lo he pensado. He visto esa escena y…

—Mi vida también está en juego.

—Lo siento.

—Ya lo sé. —Suspiró Kitay—. No creo que… No tenías por qué… Vale. No pasa nada. Lo entiendo.

—De verdad que no creo que me haya visto nadie.

—Vale. —El chico inspiró hondo—. ¿Vas a volver a los barracones?

—No.

—Yo tampoco.

Durante bastante tiempo estuvieron sentados en el suelo, juntos y en silencio. Kitay apoyó la cabeza sobre el hombro de Rin. La joven lo agarró de las manos. Ninguno de los dos podía dormir. Miraban a través de las ventanas de la biblioteca, esperando que las tropas hesperianas aparecieran por la puerta, que se oyeran los pasos de unas botas pesadas en el pasillo. Rin sentía cierto alivio cada minuto que pasaba sin que eso sucediera.

Eso quería decir que los hesperianos no irían a buscarla. Significaba que, por el momento, estaba a salvo.

Pero ¿qué pasaría cuando los hesperianos se levantaran a la mañana siguiente y descubrieran que uno de sus soldados había desaparecido? ¿Qué pasaría cuando comenzaran a buscarlo? No lo encontrarían al menos hasta dentro de unos días. Rin se había asegurado de ello. Pero el mero hecho de que un soldado hubiera desaparecido podría igualmente hacer descarrilar las negociaciones con Hesperia.

Si Rin no sufría ninguna consecuencia, entonces, ¿castigarían a toda la República?

Las palabras de los jefes militares del sur resonaron de repente en su cabeza. «No deberías luchar por una alianza con un pueblo que casi no nos considera personas».

—Cuéntame lo que te han dicho los jefes militares —le pidió Kitay, mirándola fijamente.

Rin se puso rígida.

—¿Sobre qué?

—Sobre los hesperianos. ¿Cuál es su teoría?

—La de siempre. No confían en ellos, creen que van a volver a ocuparnos y… Ah. —Frunció el ceño—. También creen que los hesperianos dejaron que los mugeneses nos invadieran a sabiendas. Creen que Vaisra sabía que la Federación iba a llevar a cabo una invasión y que los hesperianos también estaban al corriente, pero que ninguno hizo nada porque querían que el Imperio se debilitara para poder quedarse ellos con las sobras.

Kitay se quedó perplejo.

—¿En serio?

—Lo sé. Es de locos.

—No —dijo el chico—. Tiene sentido.

—No puede ser verdad. Sería horrible.

—Pero encaja con todo lo que sabemos, ¿no es así? —Kitay soltó una breve carcajada que parecía más propia de un maníaco—. Lo cierto es que le he estado dando vueltas desde el principio, pero me dije: «Imposible, nadie puede estar tan tarado. O ser tan malvado». Pero piensa en los navíos de la República. Piensa en el tiempo que les ha llevado fabricar toda esa flota. Vaisra lleva años planeando una guerra civil… Eso es obvio. Pero no había lanzado ningún ataque hasta ahora. ¿Por qué?

—Quizás no estaba listo —respondió Rin.

—O quizás necesitaba que el país estuviese debilitado si quería enfrentarse a la Víbora y salir airoso. Nos necesitaba hechos trizas para poder recoger los pedazos.

—Necesitaba que alguien diera el primer golpe —dijo Rin despacio.

Kitay asintió.

—Y la Federación era el peón perfecto para llevar a cabo esa tarea. Me apuesto lo que sea a que Vaisra se rio cuando marcharon hacia Sinegard. Seguro que llevaba años deseando que se produjera esa guerra.

Rin quería decir que no, que por supuesto que Vaisra no iba a permitir que muriesen inocentes, pero en el fondo sabía que eso no era cierto. Sabía que el jefe militar del Dragón no tenía ningún reparo en borrar a provincias enteras del mapa si eso significaba seguir conservando su República.

Por los dioses, lo haría incluso por conservar solo su ciudad.

Lo que significaba que la pasividad de los hesperianos durante la Segunda Guerra de la Amapola no había sido un error político ni un problema de comunicación, sino algo totalmente deliberado. Significaba que Vaisra había sido consciente de que la Federación iba a matar a cientos, miles, decenas de miles de personas y lo había permitido.

Al pensar ahora en ello, Rin se percató de que no era difícil darse cuenta de que los habían manipulado. Se habían visto atrapados en mitad de una partida de ajedrez geopolítica que llevaba desarrollándose años, tal vez hasta décadas.

A Rin no la habían engañado sin más. Había sido ella la que no había querido ver las señales que tenía a su alrededor. Se había limitado a cruzarse de brazos y a dejar que todo se desencadenase.

Había estado dormida, actuando de forma estúpida y pasiva durante mucho tiempo. Había puesto tanto empeño en luchar en las trincheras por la República de Vaisra que apenas se había parado a considerar qué sucedería después.

Si ganaban, ¿qué precio le pondrían los hesperianos a su ayuda? ¿Los experimentos de Petra aumentarían una vez que Vaisra ya no necesitara a Rin en el campo de batalla?

Ahora le parecía absurdo haber pensado que, siempre y cuando Vaisra la respaldara, estaría a salvo de los arcabuces. Meses atrás, se había sentido perdida y asustada, desesperada por encontrar algo a lo que aferrarse, y eso la había llevado a confiar en él. Pero, a esas alturas, también había visto en repetidas ocasiones la facilidad con la que Vaisra manipulaba a los que estaban a su alrededor, como si fuesen marionetas.

¿Cuánto tardaría en vender a Rin?

—Ay, Kitay. —La joven soltó el aire despacio. De repente, se sintió muy muy asustada—. ¿Qué vamos a hacer?

Su amigo sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Rin repasó las posibilidades que tenían en voz alta.

—No tenemos ninguna buena opción. Si desertamos y nos vamos al sur, estamos muertos.

—Y si te marchas de Arlong, entonces los hesperianos te darán caza.

—Pero si continuamos siendo leales a la República, estaremos construyéndonos nuestras propias jaulas.

—Eso dará igual si pasado mañana no sobrevivimos.

Se miraron el uno al otro. Rin escuchó el latido de un corazón reverberando en el silencio. No sabía si se trataba del suyo o del de Kitay.

—Por las tetas del Tigre —dijo la esperiliana—. Vamos a morir. Nada de esto importa,

porque Feylen va a sepultarnos bajo los Acantilados Rojos y todos vamos a morir.

—No necesariamente. —Kitay se puso en pie de repente—. Acompáñame.

Rin lo miró perpleja.

—¿Qué?

—Ya lo verás. Llevo queriendo enseñártelo desde que has vuelto. —La tomó de las manos y tiró de ella hacia arriba para levantarla del suelo—. Pero no había tenido la oportunidad. Sígueme.

De algún modo, acabaron en la armería. Rin no estaba del todo segura de si podían estar allí, porque Kitay había tenido que romper el candado para poder entrar, pero, a esas alturas, ya le daba igual.

Su amigo la condujo hasta un trastero. De un rincón, tomó un paquete envuelto en una tela y lo dejó sobre la mesa.

—Esto es para ti.

Rin retiró el envoltorio.

—Un montón de cuero. Gracias. Me encanta.

—Ábrelo —le dijo.

Rin sostuvo el artilugio en alto: una confusa combinación de riendas, varillas de hierro y largas piezas de cuero. Lo contempló desde todos los ángulos, pero no tenía ni idea de qué se trataba.

—¿Qué es esto?

—¿Sabes por qué ninguno de nosotros ha sido capaz de vencer a Feylen?

—¿Porque no deja de lanzarnos contra las paredes de los acantilados? Sí, Kitay, lo sé.

—Escucha. —Su amigo tenía un brillo de locura en la mirada—. ¿Y si no pudiera hacer eso? ¿Qué pasaría si te enfrentaras a él en su terreno? Bueno, «terreno» no es la palabra adecuada, pero ya me entiendes.

Rin se quedó contemplándolo, sin entender nada.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Ahora tienes un mayor control sobre el fuego, ¿no es así? —le preguntó él—. ¿Podrías invocarlo sin pensar?

—Sí, claro —dijo Rin despacio. El fuego se había convertido en una extensión natural de su ser. Podía hacer que llegara más lejos, que ardiera con más intensidad. Pero seguía sin comprender qué pretendía Kitay—. Eso ya lo sabes. ¿Qué tiene eso que ver con todo esto?

—¿Cómo de ardiente puedes hacer que sea tu fuego? —insistió el chico.

Rin frunció el ceño.

—¿No tiene todo el fuego la misma temperatura?

—Lo cierto es que no. Por ejemplo, se producen distintos tipos de llama sobre distintos tipos de superficie. No soy un experto, pero…

—¿Qué más da eso? —lo interrumpió la esperiliana—. De todas formas, no puedo acercarme lo suficiente a Feylen como para quemarlo, y no tengo ese tipo de alcance.

Kitay negó con la cabeza, impaciente.

—Pero ¿y si pudieras acercarte?

—No todos somos genios como tú —estalló la joven—. Explícame ya de qué va todo esto.

Kitay sonrió.

—¿Recuerdas los farolillos para mandar señales antes de lo de Boyang? ¿Los que tendrían que haber explotado?

—Sí, claro, pero…

—¿Quieres saber cómo funcionan?

Rin soltó un suspiro y se resignó a que Kitay se enrollara todo lo que quisiese.

—No, pero seguro que estás a punto de explicármelo.

—El aire caliente asciende —dijo el chico alegremente—. El aire frío se hunde. Los globos atrapan el aire caliente en un espacio pequeño, y eso hace que el aparato vuele.

Rin se paró a pensarlo por un momento. Estaba comenzando a entender a dónde quería ir a parar, pero no estaba del todo segura de que fuera a gustarle la conclusión.

—Yo peso mucho más que un globo de papel.

—Es una cuestión de proporción —insistió Kitay—. Por ejemplo, las aves más pesadas necesitan alas más largas.

—Pero incluso el pájaro más grande es diminuto comparado con…

—Entonces, necesitarás alas más grandes. Y un fuego más intenso. Pero cuentas con la fuente de calor más potente que existe, así que lo único que necesitamos es conseguirte un aparato que pueda aprovechar eso para volar. Es decir, unas alas.

Rin lo miró parpadeando y luego bajó la vista hacia la pila de cuero y metal.

—Estarás de broma.

—En absoluto —dijo su amigo como si nada—. ¿No quieres probártelas?

Rin desplegó con cuidado el aparato. Era sorprendentemente ligero, y el cuero, muy suave al tacto. Se preguntó de dónde habría sacado Kitay esos materiales. Lo sostuvo en alto, maravillada por la precisión de las puntadas.

—¿Has hecho esto en una semana?

—Sí. Aunque llevaba un tiempo dándole vueltas. Fue a Ramsa a quien se le ocurrió la idea.

—¿A Ramsa?

Kitay asintió.

—El arte de las municiones reside en la aerodinámica. Se ha pasado mucho tiempo averiguando cómo hacer volar las cosas.

Rin tenía ciertas reservas a la hora de jugarse la vida con los inventos de un chico cuya mayor pasión en la vida era ver explotar cosas, pero suponía que, a esas alturas, ya no le quedaban muchas otras opciones.

Con la ayuda de Kitay, se ató la correa al pecho lo más fuerte que pudo. Las varillas de hierro se movían de forma incómoda contra su espalda. No obstante, por lo demás, las alas eran sorprendentemente flexibles y estaban engrasadas para rotar con facilidad con cada movimiento de sus brazos.

—¿Sabes? Altan solía crearse alas —dijo Rin.

—¿Sí? ¿Podía volar?

—Lo dudo. Estaban hechas de fuego. Creo que solo lo hacía porque quedaban bonitas.

—Bueno, creo que las que te he hecho yo sí que son funcionales. —Le apretó las tiras sobre los hombros—. ¿Todo bien?

Rin levantó los brazos, sintiéndose como un murciélago demasiado grande. Las alas de cuero eran bonitas, pero parecían demasiado finas como para sostener todo su peso corporal. Las varillas entrelazadas que formaban la estructura del aparato daban la sensación de ser tan terriblemente frágiles que estaba segura de que podría partirlas por la mitad de un rodillazo.

—¿Crees que esto bastará para mantenerme en el aire?

—No quería añadirte demasiado peso extra. Las varillas son lo más finas posible. Si pesaran algo más, te vendrías abajo.

—También podrían partirse y lanzarme en picado hacia mi muerte —señaló la joven.

—Confía un poco en mí.

—Si me estrello, te va a doler.

—Lo sé. —Kitay parecía estar demasiado entusiasmado, y eso la ponía nerviosa—. ¿Lo ponemos a prueba?

Encontraron un claro abierto en los acantilados, lejos de cualquier cosa que pudiera ser remotamente inflamable. Kitay había querido probar su invento empujando a Rin por el precipicio, pero accedió a regañadientes a intentar primero levitar por encima del suelo.

El sol comenzaba a salir por detrás de los Acantilados Rojos, algo que a Rin le hubiese parecido particularmente encantador si no hubiera estado tan aterrorizada que podía escuchar el latido de su corazón *retumbar en sus* oídos.

Se posicionó en mitad del claro, con los brazos levantados rígidamente a los lados. Se sentía increíblemente asustada y estúpida.

—Bueno, vamos. —Kitay se apartó varios pasos—. Pruébalo.

Rin batió las alas de forma incómoda.

—Entonces…, ¿invoco el fuego?

—Eso creo. Intenta mantenerlo localizado en tus brazos. Querrás que el calor atrapado en las bolsas debajo de las alas no se disperse en el aire.

—Vale. —La esperiliana invocó el fuego y una llama le recorrió las palmas de las manos hasta llegarle al cuello y los hombros. Sentía la parte superior de su cuerpo deliciosamente cálida, pero, casi de inmediato, las alas comenzaron a echar humo y a chisporrotear—. ¿Kitay? —llamó a su amigo, alarmada.

—Solo es el aglutinante —le explicó—. No pasará nada. Se quemará…

El tono de voz de Rin subió varias octavas.

—¿El aglutinante se quema y no pasa nada?

—Solo se quemará el sobrante de la sustancia. El resto debería aguantar… Creo. —No sonaba nada convencido—. Es decir, probamos el disolvente en la forja, así que en teoría…

—Ya —dijo Rin despacio. Le temblaban las rodillas. Se sentía muy mareada—. ¿Por qué te dejo hacer esto?

—Porque si mueres, yo también moriré —le respondió su amigo—. ¿Puedes hacer que esas llamas sean algo más altas?

Rin cerró los ojos. Las alas de cuero se elevaron a sus costados y se expandieron gracias al aire caliente.

Y entonces lo sintió. Una fuerte presión tiró de la parte superior de su cuerpo, como un

gigante que se hubiera agachado y la estuviera cogiendo por debajo de los brazos.

—Mierda —jadeó. Miró hacia abajo. Tenía los pies levantados del suelo—. Mierda. ¡Mierda!

—¡Más alto! —le gritó Kitay.

«Por la Gran Tortuga». Sin pretenderlo si quiera, cada vez ascendía más. No, estaba prácticamente saliendo disparada hacia arriba. Pataleó y se tambaleó en el aire. No tenía ningún control direccional hacia los laterales y no se le ocurría cómo ralentizar su ascenso, pero, por todos los dioses, estaba volando.

Kitay le gritó algo, pero no pudo escucharlo con el sonido de las llamas que la envolvían.

—¿Qué? —le gritó en respuesta.

El joven agitó los brazos y corrió en zigzag.

¿Quería que volara de lado? Trató de pensar en la mecánica de todo aquello. Podría bajar la intensidad del fuego solo por un costado. En cuanto lo intentó, estuvo a punto de darse la vuelta y terminó en una postura extraña, colgando en mitad del aire con la cadera a la misma altura que la cabeza. Se apresuró a enderezarse.

Así que no podía desplazarse lateralmente. ¿Cómo cambiaban entonces las aves de dirección? Intentó recordarlo. No se desplazaban directamente hacia un lado, sino que ladeaban las alas. No se dejaban ir a la deriva, sino que se abalanzaban.

Batió las alas hacia abajo un par de veces y se levantó unos metros en el aire. Entonces, ajustó la curvatura de sus brazos para poder mover las alas hacia un lado, no hacia abajo, y volvió a intentarlo.

De inmediato viró hacia la izquierda. El rápido cambio de dirección fue terriblemente desorientador. El estómago le dio un vuelco. Las llamas titilaron exageradamente. Por un momento, Rin dejó de ver el suelo y no logró enderezarse hasta que estuvo a unos metros de él.

Se sacudió y evitó el choque, jadeante. Aquello iba a requerir más práctica.

Batió las alas para volver a ganar altitud. Subió más rápido de lo que había previsto. Volvió a batirlas, una y otra vez.

¿Qué altura podría alcanzar? Kitay le estaba gritando algo desde abajo, pero Rin estaba demasiado lejos como para poder entenderlo. Se elevaba más y más con cada batir de alas. Era estremecedor lo lejos que estaba del suelo, pero tan solo tenía ojos para la gran extensión de cielo que quedaba por encima de ella.

¿Hasta dónde podría llevarla su fuego?

No pudo evitar echarse a reír mientras subía. Era una risa de alivio, aguda, desesperada y frenética. Se elevó tan alto que dejó de ver el rostro de Kitay y Arlong pasó a ser un conjunto de pequeñas manchas verdes y azules, incluso después de que atravesara una capa de nubes.

Y entonces se detuvo.

Se quedó suspendida sobre una extensión azul.

Una sensación de calma se apoderó de ella, una *calma* que no recordaba haber sentido jamás. Allí no había nada que pudiera matar. Nada a lo que pudiera hacerle daño. Su mente solo le pertenecía a ella. Estaba sola en el mundo.

Flotó en el aire, suspendida entre el cielo y la tierra.

Desde allí arriba, los Acantilados Rojos eran hermosos.

Pensó en el último ministro del Emperador Rojo, el que había grabado esas palabras antiguas en el acantilado. Había escrito un grito a los cielos, un ruego a las futuras generaciones, un

mensaje para los hesperianos que algún día llegarían a ese puerto y lo bombardearían.

¿Qué había querido decirles?

«Nada es para siempre».

Tanto Nezha como Kitay habían estado equivocados. Había otro modo de interpretar esos grabados. Si nada era para siempre y el mundo no existía, eso significaba que la realidad no era algo establecido. Que la ilusión en la que vivía era fluida y maleable, y que podía ser fácilmente alterada por alguien que estuviera dispuesto a reescribir el guión de la realidad.

«Nada es para siempre».

Ese no era un mundo de hombres. Era un mundo de dioses, una época de gran poder. Una era en la que la divinidad caminaba entre los hombres; una era de viento, agua y fuego. Y, en mitad de una guerra, quien ostentara ese poder asimétrico sería el inevitable vencedor.

Ella, la última esperiliana, era quien ostentaba el mayor poder de todos.

Y los hesperianos, sin importar lo mucho que lo intentasen, jamás podrían arrebatárselo.

Aterrizar fue la parte más complicada.

Su primer instinto fue extinguir el fuego sin más. Pero entonces, empezó a caer como un peso muerto, descendiendo en picado durante varios minutos de infarto, a una velocidad a la que podría haberse partido el cuello, hasta que logró desplegar las alas y prender fuego bajo ellas. Eso hizo que se detuviera abruptamente, con tanta fuerza que le sorprendió que las alas no le hubieran arrancado los brazos.

Volvió a ascender, con el corazón acelerado.

Tenía que lograr bajar de alguna forma. Repasó los movimientos mentalmente: disminuiría la potencia de la llama poco a poco, hasta que acabara lo bastante cerca del suelo.

Estuvo a punto de funcionar. No había tenido en cuenta lo rápido que iría. De pronto, se hallaba a diez metros sobre el suelo y se precipitaba a toda velocidad sobre Kitay.

—¡Apártate! —le gritó, pero su amigo no se movió. Tan solo extendió los brazos, la agarró por las muñecas y la balanceó hasta que ambos acabaron tirados en el suelo, enredados, riéndose bajo un revoltijo de cuero, seda y extremidades.

—Tenía razón —dijo Kitay—. Siempre la tengo.

—No seas tan engreído.

El joven gimió de alegría y se frotó los brazos.

—¿Cómo ha sido la experiencia?

—Increíble. —Rin lanzó los brazos alrededor de su amigo y le dio un estrecho abrazo—. Eres un genio. Un maravilloso genio.

Kitay se echó hacia atrás con los brazos en alto.

—Cuidado, vas a romperte las alas.

La esperiliana giró la cabeza para echarles un vistazo y se maravilló con la artesanía tan cuidadosa y esmerada que mantenía el artilugio unido.

—No me puedo creer que hayas hecho esto en una semana.

—Tuve algo de tiempo libre —dijo Kitay—. No es que estuviera ocupado intentando detener a una flota ni nada parecido.

—Te quiero —le dijo Rin.

El chico le dedicó una sonrisa cansada.

—Lo sé.

—Aún no sabemos qué vamos a hacer después de… —comenzó a decir Rin, pero su amigo negó con la cabeza.

—Lo sé —dijo él—. No sé qué vamos a hacer con lo de los hesperianos. Por primera vez en mi vida, no tengo ni la más mínima idea, y eso es algo que detesto. Pero encontraremos el modo de salir de esta. Daremos con una forma de solucionarlo. Sobreviviremos a los Acantilados Rojos, a Vaísra, y seguiremos sobreviviendo hasta que estemos a salvo y el mundo no pueda tocarnos. Nos encargaremos de nuestros enemigos uno por uno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Cuando dejaron de temblarle las piernas, Kitay la ayudó a quitarse el artilugio. Luego volvieron a bajar del acantilado, aún un poco mareados y atolondrados por la victoria. Reían con tantas ganas que les dolían los costados.

Sí, la flota acabaría llegando. Y sí, tal vez acabaran muriendo a la mañana siguiente. Pero en ese instante nada de eso importaba. A la mierda, Rin podía volar.

—Necesitarás algo de apoyo aéreo —dijo Kitay pasado un rato.

—¿Apoyo aéreo?

—Te convertirás en un blanco llamativo y muy visible. Querrás que alguien desvíe todo lo que disparen en tu dirección. Si te lanzan rocas, nosotros se las devolveremos. Una fila de arqueros no estaría mal.

Rin resopló. Las defensas de Arlong ya eran de por sí bastante escasas.

—No van a poner a nuestra disposición una fila entera de arqueros.

—Ya, probablemente no. —Kitay la miró de soslayo mientras pensaba—. ¿Deberíamos intentar hablar con Eriden antes de que dé comienzo el último Consejo? Podemos tantear si nos dejaría al menos a uno de sus hombres.

—No —respondió ella—. Tengo una idea mejor.

Rin encontró a Venka en el primer lugar en el que la buscó: estaba entrenando en el patio de tiro con arco, destrozando con furia los blancos hechos de paja. La esperiliana se quedó un momento en un rincón para observarla desde detrás de un poste.

Venka aún no había aprendido del todo a compensar la rigidez de sus brazos, que parecían sufrir espasmos incontrolables y se doblaban tan solo con hacer algún esfuerzo. Debían de dolerle muchísimo. Se le tensaba el rostro cada vez que echaba la mano a su carcaj.

No se había quitado el cabestrillo que llevaba en el brazo izquierdo. Lo estaba usando como soporte para la muñeca. Rin se percató de que disparaba mientras intentaba corregir la hiperextensión de su brazo. No obstante, para el poco control que tenía, Venka lograba una impresionante precisión. Su velocidad también era increíble. Según los cálculos de la esperiliana, podía disparar veinte flechas por minuto, tal vez más.

No era Qara, pero le serviría.

—Bien hecho —le dijo Rin cuando terminó de lanzar quince flechas seguidas.

Venka se dobló sobre sí misma y jadeó.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

En respuesta, la esperiliana cruzó el campo de tiro y le entregó a la chica un paquete envuelto en seda.

Venka se quedó mirándolo con recelo y luego dejó el arco en el suelo para poder cogerlo.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

Venka curvó los labios hacia arriba.

—¿Es la cabeza de alguien?

Rin soltó una carcajada.

—Ábrelo.

La otra chica desenvolvió la seda. Pasado un momento, levantó la vista, con la mirada dura, despiadada y recelosa.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo he traído del norte —le dijo Rin—. Es de fabricación ketreyide. ¿Te gusta?

Antes de regresar a Arlong, Kitay y ella habían cargado todas las armas que habían podido encontrar en la balsa. La mayoría eran cuchillos cortos y arcos de caza que ninguno de los dos necesitaba.

—Es un arco de morera, el árbol de los gusanos de seda —comentó Venka—. ¿Sabes lo excepcional que es?

Rin no conocía la diferencia entre la madera de morera y la de cualquier otro tipo, pero se tomó su comentario como una buena señal.

—Pensé que te gustaría más este que los fabricados con bambú.

Venka lo hizo girar entre sus manos y luego lo dejó a la altura de sus ojos para examinar la cuerda. Le tiritaron los brazos. Bajó la mirada hacia *sus codos* temblorosos con un manifiesto disgusto.

—No querrás desperdiciar un arco de morera conmigo.

—No es ningún desperdicio. Te he visto disparar.

—¿Lo que he hecho ahora? —Venka resopló—. No se acerca ni por asomo a lo que podía hacer antes.

—El arco te ayudará. Creo que la morera es más liviana. Pero también podemos conseguirte una ballesta, si eso te aporta un mayor alcance.

Venka entornó la mirada en su dirección.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Necesito apoyo aéreo.

—¿Apoyo qué…?

—Kitay ha fabricado un artilugio para hacerme volar —dijo Rin sin rodeos.

—Ay, por los dioses. —Venka rio—. Cómo no iba a hacerlo.

—Hablamos de Chen Kitay.

—Ya. ¿Y funciona?

—Sorprendentemente, sí. Pero necesito que alguien me cubra. Una persona con muy buena puntería.

Estaba completamente segura de que la otra chica aceptaría. Podía ver el anhelo reflejado en su rostro. Miraba el arco igual que otros contemplarían a un amante.

—No me dejarán combatir —dijo al fin—. Ni siquiera desde los parapetos.

—Pues combate para mí —le pidió Rin—. Los Cike no forman parte del ejército, y la República no puede decirme a quién reclutar. Además, nos faltan soldados.

—Eso he oído. —Una sonrisa cruzó el rostro de Venka. Rin no la había visto tan genuinamente contenta desde hacía muchísimo tiempo. La joven sostenía el arco con fuerza contra su pecho y acariciaba la empuñadura tallada—. Pues vale, entonces. Estoy a su servicio, comandante.



30

Al amanecer, la población civil de Arlong comenzó a abandonar la ciudad. La evacuación se produjo con una eficacia impresionante. Los civiles habían recogido sus cosas y llevaban semanas preparándose para ello. Cada familia estaba lista para partir, con dos bolsas cargadas de ropa, material médico y comida para varios días.

A media tarde, el centro de la ciudad quedó completamente vacío. Arlong pasó a convertirse en una ciudad fantasma. El ejército republicano no tardó en transformar las residencias más grandes en bases de defensa con sacos de arena y explosivos ocultos.

Los soldados acompañaron a los civiles a la base de los acantilados, donde comenzaron una escalada larga y sinuosa hasta las cuevas que había en el interior de la pared rocosa. El desfiladero era estrecho y traicionero, y para llegar a determinadas alturas era necesario subir por varias escaleras de cuerda que habían sido fijadas en la piedra con clavos.

—Es una escalada dura —dijo Rin mientras contemplaba dubitativa la pared de roca. Las escaleras eran tan estrechas que los evacuados tenían que subirlas de uno en uno, sin nadie que pudiera ayudarlos—. ¿Lograrán llegar todos?

—No les queda otra. —Venka se acercó por detrás de ella con dos niños pequeños y llenos de mocos a cuestas. Un niño y una niña, hermanos, que habían perdido a sus padres entre la multitud—. Nuestra gente lleva años usando estas colinas para esconderse. Nos ocultamos allí durante la era de los Estados en guerra. Y cuando llegó la Federación. A esto también sobreviviremos. —Apoyó a la niña contra su cadera y tiró de su hermano—. Venga, date prisa.

Rin miró hacia atrás, sobre su hombro, en dirección a la multitud de personas que avanzaban.

Tal vez las cuevas mantuvieran a salvo a los habitantes de la Provincia del Dragón. Pero a los refugiados del sur les habían ordenado ocupar la llanura del valle, y ese era un simple espacio abierto.

El comunicado oficial afirmaba que las cuevas eran demasiado pequeñas como para acogerlos a todos, así que los refugiados tendrían que apañárselas. El valle no les proporcionaba ningún cobijo. Expuestos a los elementos, sin ninguna barrera natural o militar tras la que esconderse, los refugiados no tendrían ninguna protección contra el clima o la Milicia, y mucho menos contra Feylen.

Pero ¿adónde iban a ir si no? No habrían huido hasta Arlong si hubiesen estado a salvo en su

hogar.

—Tengo hambre —se quejó el niño.

—Me da igual. —Venka le pegó un tirón de la delgada muñeca—. Deja de llorar y camina más rápido.

—Esta batalla se desarrollará principalmente en tres etapas —declaró Vaisra—. En la primera, los haremos retroceder hasta el canal exterior que queda entre los Acantilados Rojos. En la segunda, ganaremos la batalla por tierra en la ciudad. En la tercera, el enemigo intentará retirarse hacia la orilla y será allí donde lo liquidaremos. Si la suerte está de nuestro lado, llegaremos hasta esa última etapa.

Sus oficiales asintieron con gravedad.

Rin recorrió la sala del Consejo con la mirada, asombrada por cuántos rostros no había visto hasta ahora. Prácticamente la mitad de los oficiales acababan de ascender a su puesto. Lucían los galones de un soldado de alto rango, pero parecían tener, como mucho, solo cinco años más que Rin.

Muchos rostros jóvenes y asustados. Los altos mandos militares habían muerto. No había tardado convertirse en una guerra liderada por críos.

—¿Acaso puede ese buque de guerra pasar entre los acantilados? —preguntó la capitana Dalain.

—Daji conoce bien el canal —dijo el almirante Kulau, el joven oficial de la Armada que sustituía a Molkoi. Parecía que estuviera intentando poner una voz más grave para dar la impresión de ser mayor—. Lo habrá diseñado de tal forma que pueda pasar perfectamente.

—Eso da igual —declaró Eriden—. Si su buque de guerra comienza a depositar tropas fuera del canal, estaremos en un buen lío. —Se inclinó sobre el mapa—. Por eso tenemos arqueros apostados aquí y aquí…

—¿Por qué no hay fortificaciones en la parte de atrás? —lo interrumpió Kitay.

—La invasión se producirá desde el canal —dijo Vaisra—, no desde el valle.

—Pero el canal es el lugar de ataque más previsible —insistió el joven—. Saben que los estamos esperando allí. Si yo fuera Daji y contara con una ventaja numérica tan grande, dividiría mis tropas y enviaría a un tercio de la columna por detrás mientras todos están distraídos.

—Nadie ha atacado nunca Arlong desde las rutas terrestres —comentó Kulau—. Acabarían aniquilados en la cima de la montañas.

—No si están desprotegidas —insistió Kitay.

Kulau carraspeó.

—No están desprotegidas. Tenemos apostados allí a cincuenta hombres.

—¡Cincuenta hombres no pueden vencer a toda una columna!

—Chang En no va a enviar a una columna entera de sus tropas de élite por detrás. Cuando cuentas con una flota tan grande, la lideras tú mismo.

Nadie se atrevió a dar la respuesta más obvia, que era que el ejército republicano simplemente no contaba con las tropas suficientes para conseguir una mejor fortificación. Y, si podían garantizar la defensa de alguna zona de Arlong, sería la del palacio y la de los barracones militares. No la de la llanura del valle. Ni la de los sureños.

—Por supuesto, Chang En querrá convertir todo esto en una batalla terrestre —continuó Vaisra con calma—. Ahí es donde ellos tienen mayor ventaja gracias a su número. Pero aún podemos ganar esta batalla, siempre y cuando siga siendo una operación anfibia.

Ya habían bloqueado el canal con tantas cadenas de hierro y obstáculos bajo el agua que casi funcionaba a modo de dique. La República estaba apostando por la movilidad más que por las cifras: sus veleros armados podían colarse entre los navíos imperiales y romper sus formaciones mientras el equipo de municiones, desde sus puestos en lo alto de los acantilados, disparaba bombas hacia abajo.

—¿Cuál es la composición de su flota? —preguntó un joven oficial al que Rin no conocía. Parecía terriblemente nervioso—. ¿Qué navíos son nuestro objetivo?

—Apuntad a los buques de guerra, no a los veleros —dijo Kulau—. Cualquier cosa con un fundíbulo debe convertirse en un blanco. No obstante, el grueso de sus tropas se encuentra sobre esa fortaleza flotante. Si podéis hundir alguno de sus navíos, hundid ese primero.

—¿Quieres que adoptemos una formación de abanico en los acantilados? —preguntó la capitana Dalain.

—No —respondió Kulau—. Si nos extendemos demasiado, nos aniquilarán. Formad una fila compacta y taponad el canal.

—¿Y no nos preocupa su chamán? —preguntó la capitana—. Si apiñamos todos nuestros barcos, se limitará a lanzar a toda nuestra flota contra los acantilados.

—Yo me ocuparé de Feylen —declaró Rin.

Los generales parpadearon al escucharla. La esperiliana miró a todos los que había sentados alrededor de la mesa con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—La última vez que lo intentaste, acabaste desaparecida durante un mes —comentó el capitán Eriden—. Podremos apañárnoslas contra Feylen… Contamos con quince escuadrones de arqueros apostados a lo largo de las paredes de los acantilados.

—Se limitará a tirarlos abajo —dijo Rin—. No serán más que una pequeña molestia para él.

—¿Y tú no?

—No. Esta vez puedo volar.

Los generales la contemplaron con cara de no saber si era o no una broma. Solo el general Tarcquet, que, como de costumbre, estaba sentado en silencio al fondo de la sala, la miró con una leve curiosidad.

—Le he fabricado un…, mmm…, artilugio similar a una cometa —explicó Kitay. Hizo algunos gestos con las manos que no aclararon nada—. Está hecho con unas alas de cuero sujetas por unas varillas. Rin puede generar llamas lo bastante calientes como para conseguir levitar usando el mismo principio que hace que los farolillos asciendan en el aire…

—¿Lo habéis probado? —preguntó Vaisra—. ¿Funciona?

Rin y Kitay asintieron.

—Maravilloso —comentó Gurubai con indiferencia—. Así que, dando por sentado que la chica no está loca, tenemos al dios del viento cubierto. Aun así, tenemos que lidiar con el resto de la Armada imperial, y siguen superándonos en número, tres a uno.

Los oficiales se removieron en el sitio, incómodos.

Para Rin era más sencillo centrarse solo en el enfrentamiento con Feylen. No quería tener que

pensar en el resto de la flota, porque la verdad era que no había ninguna forma fácil de lidiar con ella. Los superaban en número, se encontraban en una posición defensiva y estaban atrapados.

Kitay parecía mucho más tranquilo de lo que ella se sentía.

—Hay un par de tácticas distintas que podemos poner a prueba. Podemos intentar separarlos y asaltar sus buques de guerra. Lo importante es que no dejemos que la fortaleza llegue a la orilla, porque si no, pasará a ser una batalla por tierra en la ciudad.

—Y las tropas de Jun no serán tan formidables —añadió Kulau—. Estarán exhaustas. La Milicia no está acostumbrada a librar batallas navales. Padecerán mal de mar y estarán mareados. Pero nuestro ejército está diseñado para librar una batalla fluvial, y nuestros soldados están descansados. Solo hay que agotar al enemigo.

El resto de la sala no parecía convencida.

—Hay una opción que no nos hemos planteado —dijo el general Hu tras una pequeña pausa —. Podríamos rendimos.

A Rin le pareció descorazonador que los demás no le respondieran de inmediato, indignados.

Pasaron varios segundos en silencio. La esperiliana miraba de reojo hacia Vaisra, pero era incapaz de interpretar su gesto.

—No sería mala idea —dijo al fin el jefe militar del Dragón.

—No lo sería, no. —El general Hu lanzó una mirada desesperada alrededor de la estancia—. Mirad, no soy el único aquí que lo piensa. Van a masacrarnos. Nadie en la historia ha logrado una victoria con una desventaja numérica tan grande. Si cortamos ahora por lo sano, podremos salir vivos de esta.

—Como siempre —dijo Vaisra despacio—, el general Hu es la voz de la razón.

El general parecía enormemente aliviado, pero su sonrisa se desvaneció en cuanto el jefe militar del Dragón continuó hablando.

—¿Por qué no nos rendimos? Las consecuencias no podrían ser tan malas. Lo único que pasaría es que cada uno de los aquí presentes sería desollado vivo, Arlong acabaría destruida y no surgiría en el Imperio ninguna posibilidad de reforma democrática durante al menos un par de siglos. ¿Es eso lo que quieres?

El general Hu se quedó lívido.

—No.

—En mi ejército no hay sitio para cobardes —dijo Vaisra con calma. Le hizo un gesto con la cabeza al soldado que había junto a Hu—. Tú, ¿eres su asistente?

El chico asintió con los ojos desorbitados. No tendría más de veinte años.

—Sí, señor.

—¿Has combatido en alguna batalla? —le preguntó el jefe militar del Dragón.

Al chico le tembló la garganta al tragar saliva.

—Sí, señor. Estuve en Boyang.

—Excelente. ¿Y cómo te llamas?

—Zhou Anlan, señor.

—Enhorabuena, general Zhou. Acabas de ser ascendido. —Vaisra se giró hacia el general Hu —. Puedes irte.

Hu se abrió paso por entre los presentes sin decir ni una palabra. La puerta se cerró detrás de él.

—Va a desertar —declaró Vaisra—. Eriden, asegúrate de detenerlo.

—¿De forma permanente? —preguntó el capitán.

El jefe militar del Dragón lo consideró por un instante.

—Solo si se resiste.

Una vez que el Consejo se disolvió, Vaisra le hizo un gesto a Rin para que permaneciera en la sala. La joven intercambió una mirada de pánico con Kitay mientras su amigo se marchaba junto con los demás. Cuando la estancia estuvo vacía, el jefe militar del Dragón cerró la puerta.

—Cuando todo esto haya terminado, quiero que vayas a hacerle una visita a nuestra amiga Moag —dijo con calma.

La joven se sentía tan aliviada por que no hubiera mencionado a los hesperianos que, por un momento, lo único que pudo hacer fue parpadear sin entender nada.

—¿A la reina pirata?

—Que sea algo rápido —le indicó—. Deja el cadáver atrás y tráeme la cabeza.

—Espere. ¿Quiere que la mate?

—¿Es que no he sido lo suficientemente claro?

—Pero es nuestra mayor aliada naval…

—Nuestro mayor aliado naval es Hesperia —declaró Vaisra—. ¿Acaso ves algún navío de Moag en la bahía?

—Tampoco veo ninguno hesperiano —señaló Rin.

—Llegarán. Dales tiempo. Pero, una vez que esta guerra termine, Moag no será más que un problema. Ha estado operando de manera ilegal durante demasiado tiempo y no está acostumbrada a respetar a una autoridad naval que no sea ella misma. Lleva el contrabando en la sangre.

—Pues deje que siga con su contrabando —dijo Rin—. Manténgala contenta. ¿Qué problema hay en eso?

—No hay ningún modo de mantenerla contenta. Ankhiluun existe solo gracias a los aranceles. Cuando establezcamos el libre comercio con los hesperianos, Ankhiluun pasará a ser irrelevante. Lo único que le quedará es el contrabando de opio, y no tengo la intención de ser tan indulgente con esa sustancia como lo es Daji. Cuando Moag se dé cuenta de que todas sus fuentes de ingresos han desaparecido, estallará una guerra. Así que prefiero cortarlo de raíz.

—¿Y esta petición no tiene nada que ver con el hecho de que no nos haya enviado barcos? —preguntó la esperiliana.

Vaisra sonrió.

—Los aliados solo son útiles si hacen lo que les pides. Moag ha demostrado no ser de fiar.

—Así que quiere que cometa un homicidio preventivo.

—No seamos tan dramáticos. —Agitó una mano—. Llamémoslo cubrirnos las espaldas.

—Creo que la pared está lista —dijo Kitay mientras se frotaba los ojos. Parecía agotado—. Me gustaría haber vuelto a comprobar las mechas, pero no he tenido tiempo.

Se hallaban en el borde de los acantilados, contemplando cómo se ponía el sol entre los dos

laterales del canal, como si fuera una bola que caía por un barranco. Abajo resplandecían las aguas oscuras, que reflejaban la roca carmesí y el sol anaranjado. Parecía como si una corriente de sangre estuviese saliendo de una arteria recién cortada.

Cuando Rin entornó la mirada hacia el acantilado de enfrente, pudo ver las líneas que se habían formado tras atar unas mechas con otras y fijarlas luego con clavos a la roca, como un mosaico feo y extenso de venas protuberantes.

—¿Qué posibilidades hay de que no exploten? —preguntó la joven.

Kitay bostezó.

—Seguramente explotarán.

—Seguramente —repitió Rin.

—Me temo que vas a tener que confiar en que Ramsa y yo hayamos hecho nuestro trabajo. Si no explotan, estamos todos muertos.

—Pues muy bien. —Rin se rodeó el pecho con los brazos. Se sentía diminuta sobre ese gigantesco precipicio. Bajo esos acantilados se habían ganado y perdido imperios. Y ahora estaban a punto de perder otro.

—¿Crees que mañana podremos ganar? —preguntó en voz baja—. Es decir, ¿tenemos la más mínima posibilidad?

—He hecho miles de cálculos distintos —dijo Kitay—. He recopilado toda la inteligencia que tenemos, he comparado las probabilidades y todo eso.

~¿Y?

—Y no lo sé. —El joven abrió y cerró los puños. Rin sabía que estaba intentando contenerse para no comenzar a tirarse del pelo—. Eso es lo más frustrante. ¿Sabes en qué están de acuerdo todos los grandes estrategas? En que realmente no importan las cifras que tengas. Da igual lo buenos que sean tus modelos o lo brillantes que sean tus estrategias. El mundo es caótico, y la guerra es fundamentalmente impredecible. Al fin y al cabo, no puedes saber quién será el último hombre que quede en pie. Cuando entras en una batalla, no sabes nada. Solo conoces los riesgos.

—Pues los riesgos son la hostia de altos —dijo Rin.

Si perdían, su rebelión llegaría a su fin y Nikan acabaría sumida en la oscuridad durante, como mínimo, otro par de décadas, destrozada por una guerra entre facciones y la persistente presencia de la Federación.

Pero, si ganaban, el Imperio pasaría a ser una república, lista para lanzarse hacia un nuevo y glorioso futuro con Vaisra al mando y los hesperianos a su lado.

Y entonces, Rin no tendría que seguir preocupándose por lo que pasaría después.

De pronto, se le ocurrió una idea… Era minúscula, pero ahí estaba: una chispa audaz y ardiente de esperanza. Tal vez Vaisra le hubiera proporcionado una forma de escapar de allí.

—¿Cómo se llega al palomar para enviar un mensaje? —preguntó Rin.

—Puedo llevarte —le dijo Kitay—. ¿A quién quieres enviarle una carta?

—A Moag. —La esperiliana se giró para subir por el camino de vuelta a la ciudad.

Kitay la siguió.

—¿Para qué?

—Hay algo que debe saber. —Ya estaba redactando el mensaje mentalmente. Si abandonaba la República… No, cuando abandonara la República, necesitaría que alguien la ayudara. Alguien que pudiera sacarla rápido de la ciudad. Alguien sin vínculos con el nuevo régimen.

Moag era una mentirosa, pero tenía barcos. Y ahora, la reina pirata había sido condenada a muerte sin saberlo. Eso le daba a Rin cierta ventaja, le proporcionaba una aliada.

—Llámalo cubrirnos las espaldas —declaró la esperiliana.

Al paso que iba, la Armada imperial llegaría al canal al alba. Eso le daba a Arlong seis horas más para prepararse. Vaisra le había ordenado a sus tropas que durmieran en turnos rotativos de dos horas para así poder recibir a la Milicia con la mayor fortaleza posible.

Rin comprendía ese razonamiento, pero no sabía cómo pretendían que pudiera cerrar los ojos. Los nervios le recorrían todo el cuerpo. Incluso sentada, se sentía inquieta. Necesitaba moverse, correr o pegarle a algo.

Recorrió de un lado a otro el terreno que había en el exterior de los barracones. Unos pequeños torrentes de fuego se mecían en el aire a su alrededor, arremolinándose en unos círculos perfectos. Aquello la hizo sentirse ligeramente mejor. Era prueba de que, al menos, aún tenía control sobre algo.

Alguien se aclaró la garganta. Rin se dio la vuelta. Nezha se hallaba junto a la puerta, ojeroso y desaliñado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la joven con brusquedad—. ¿Ha sucedido al…?

—He tenido un sueño —masculló el chico.

Rin arqueó una ceja.

—¿Y?

—He soñado que morías.

La esperiliana extinguió las llamas.

—¿A ti qué te pasa?

—Morías —repitió Nezha. Sonaba aturdido, como si no estuviera del todo presente, como un niño en el colegio recitando los clásicos con desinterés—. Te… Te derribaban y caías al agua. Veía flotar tu cuerpo en el canal. Estabas tan inmóvil… Te veía ahogarte y no podía salvarte.

Nezha rompió a llorar.

—¿Qué cojones? —murmuró Rin.

¿Estaba borracho? ¿Drogado? La joven no sabía qué debía hacer, solo que no quería estar a solas con él. Echó un vistazo hacia los barracones. ¿Qué pasaría si se marchara sin más?

—Por favor, no te vayas —le pidió Nezha, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Rin cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creía que no querías volver a hablar conmigo en la vida.

—¿Por qué ibas a pensar eso?

—«Deberíamos estar muertos» —le respondió—. ¿Quién habrá dicho eso?

—No me refería a…

—Entonces, ¿qué? ¿Dónde está el límite para ti? Suni, Baji, Altan… En tu opinión, todos somos monstruos, ¿verdad?

—En ese momento estaba enfadado porque me habías llamado cobarde…

—¡Porque eso es lo que eres! —le gritó Rin—. ¿Cuántos hombres perecieron en Boyang? ¿Cuántos más van a morir hoy? Pero no, Yin Nezha tiene el poder para detener la corriente de los ríos, y no hará nada al respecto porque le acojona un tatuaje que tiene en la espalda…

—Ya te he dicho que me duele…

—Siempre duele. Aun así, debes invocar a los dioses. Somos soldados, hacemos los sacrificios que debemos hacer, cuesten lo que cuesten. Pero supongo que tú antepones tu propio bienestar a la posibilidad de aplastar al Imperio…

—¿Bienestar? —repitió Nezha—. ¿Crees que esto tiene que ver con mi bienestar? ¿Sabes lo que sentí cuando estuve en esa cueva? ¿Sabes lo que me hizo esa cosa?

—Sí —replicó la joven—. Exactamente lo mismo que el Fénix me hizo a mí.

Rin conocía el dolor de Nezha, pero no sentía ninguna compasión por él.

—Te estás comportando como un puto crío —prosiguió—. Eres un general. Haz tu trabajo.

La rabia le nubló el rostro a Nezha.

—Que tú hayas decidido adorar a quien abusa de ti no significa que todos…

Rin se quedó rígida.

—Nadie está abusando de mí.

—Rin, sabes que eso no es cierto.

—Vete a la mierda.

—Perdona. —El joven levantó las manos en señal de derrota—. Oye…, de verdad que lo siento. No he venido aquí para hablar de eso. No quiero que nos peleemos.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque podrías morir ahí fuera —le dijo—. Ambos podríamos morir. —Las palabras le salieron de dentro como un torrente, como si tuviera miedo de que se quedaran sin tiempo si dejaba de hablar, de que solo fueran a tener esa oportunidad—. He visto cómo pasaba, te he visto desangrarte en el agua, y no he podido hacer nada para evitarlo. Esa ha sido la peor parte.

—¿Estás drogado? —quiso saber Rin.

—Solo quiero solucionar las cosas entre nosotros. ¿Qué hace falta para conseguirlo? —Nezha extendió los brazos—. ¿Debería dejar que me pegaras? ¿Quieres hacerlo? Adelante, golpéame. No me moveré.

La esperiliana estuvo a punto de aceptar su oferta. No obstante, en cuanto cerró la mano en un puño, su rabia se disipó.

¿Por qué cada vez que miraba a Nezha quería matarlo o besarlo? O bien la hacía enfurecer, o bien la hacía extremadamente feliz. Lo único que no conseguía era hacerla sentirse segura.

Con él no existían la neutralidad ni un punto intermedio. O lo adoraba o lo odiaba, pero no sabía cómo hacer ambas cosas a la vez.

Bajó el puño.

—Lo siento mucho —repitió Nezha—. Por favor, Rin. No quiero que acabemos así.

Intentó decir algo más, pero el repentino restallido de los gongs amortiguó el sonido de su voz. Las señales reverberaron a través de los barracones con tanta urgencia que Rin pudo sentir cómo la tierra temblaba bajo sus pies.

Un familiar sabor a sangre le llenó la boca. El pánico, el miedo y la adrenalina fluyeron por sus venas. Sin embargo, esta vez no provocaron que se derrumbara: no quiso hacerse un ovillo y mecerse hacia delante y hacia atrás hasta que todo hubiese acabado. A esas alturas, ya estaba acostumbrada a todo eso, y ahora era capaz de usarlo como empuje. Podía transformarlo en sed de sangre.

—Deberíamos ir a ocupar nuestros puestos —le dijo Rin. Intentó esquivarlo para entrar en

los barracones a coger sus cosas, pero Nezha la agarró del brazo.

—Rin, por favor… Tienes más enemigos de los que crees…

La joven se zafó de él.

—¡Suéltame!

El chico le bloqueó el paso.

—No quiero que esta sea la última conversación que mantengamos.

—Pues entonces, no mueras ahí fuera —le dijo ella—. Y problema resuelto.

—Pero Feylen…

—Esta vez no perderemos contra Feylen —afirmó—. Vamos a ganar y a sobrevivir.

Nezha sonaba como un niño aterrorizado que se acababa de despertar de una pesadilla.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

Rin no supo qué la empujó a hacerlo, pero apoyó una mano sobre el hombro de Nezha. No era una disculpa ni una muestra de que lo perdonaba, sino una concesión. Un reconocimiento.

Y, solo por un momento, sintió una pizca de aquella vieja camaradería, un destello de lo que había sentido hacía un año, en Sinegard, cuando él le había pasado una espada y habían luchado espalda contra espalda. Eran enemigos que se habían transformado en camaradas y habían estado en el mismo bando por primera vez en sus vidas.

Rin vio el modo en el que la estaba mirando. Supo que él sentía lo mismo.

—Entre los dos tenemos el fuego y el agua —dijo ella con calma—. Estoy bastante segura de que juntos podremos vencer al viento.



31

—Siento cómo me laten las sienes. —Venka se inclinó sobre su ballesta montada y comprobó los engranajes por la que pareció ser la centésima vez. Estaba extendida al máximo, con doce flechas cargadas—. ¿No os encanta este momento?

—Odio este momento —dijo Kitay—. Parece que estemos esperando a nuestro verdugo.

Tenía varias calvas visibles en el nacimiento del pelo. Se había puesto de los nervios mientras esperaba a que la Armada imperial apareciese, y Rin entendía por qué. Ambos preferían formar parte de la ofensiva, una posición en la que se tenía el poder de decidir cuándo y dónde atacar.

En Sinegard les habían enseñado que librar una batalla defensiva, quedándose detrás de una fortificación inamovible, era llamar al desastre, ya que así se le otorgaba al enemigo la ventaja de tomar la iniciativa. A no ser que se llevara a cabo un asedio, cruzarse de brazos detrás de las defensas era casi siempre una estrategia fallida, porque no existían cerraduras que no pudiesen romperse ni fortalezas que fueran inexpugnables.

Y aquello no acabaría en un asedio. Daji no tenía ningún interés en matarlos de hambre. No necesitaba hacer eso. Pretendía tirar las puertas abajo y entrar.

—Arlong lleva siglos sin ser ocupado —señaló Venka.

Kitay se retorció las manos.

—Bueno, en algún momento tiene que acabárseles la suerte.

La República estaba más preparada que nunca. Los generales habían colocado sus trampas defensivas. Habían dividido y posicionado a sus tropas: siete puestos de artillería a lo largo de los acantilados más altos, la mayoría en formación dentro de la flota republicana, que se hallaba en el interior del canal, y el resto, o bien protegiendo la orilla, o bien custodiando el palacio, fuertemente fortificado.

A Rin le hubiera gustado que los Cike hubieran podido estar en el acantilado combatiendo junto a ella, pero ni Baji ni Suni podían proporcionarle apoyo aéreo contra Feylen. Ambos habían sido apostados en buques de guerra, justo en el centro de la flota republicana. Allí, en la línea de fuego enemiga, sus habilidades permanecerían ocultas ante cualquier observador hesperiano. Además, en ese lugar era donde tenían más posibilidades de causar mayores daños.

—¿Nezha ya está en posición? —Kitay echó un vistazo hacia el canal.

A Nezha le habían asignado estar al frente de la flota, al mando de uno de los tres buques de

guerra en pie que podían aguantar una escaramuza naval. Tenía que llevar su barco directamente hacia el centro de la flota imperial y dividirla.

—Nezha siempre está en posición —dijo Venka—. Está más tieso que un…

—No seas ordinaria —replicó Kitay.

Venka sonrió.

Desde más allá de la boca del canal, llegaban a sus oídos una serie de estallidos débiles. Lo cierto era que la batalla ya había comenzado. Un puñado de endebles fortines en el río, que constituían la primera línea de defensa de Arlong, ya se estaban enfrentando a la Milicia, aunque en ellos solo se encontraba el número justo de soldados para disparar los cañones.

Kitay había calculado que eso les concedería, como mucho, diez minutos más.

—Ahí —dijo Venka de repente—. Los veo.

Todos se pusieron en pie.

La Armada imperial navegaba directamente hacia su campo de visión. Rin contuvo el aliento e intentó no sucumbir al pánico ante el tamaño de la flota de Daji combinada con la de Tsolin.

—¿Qué está haciendo Chang En? —quiso saber Kitay.

El general Carne de Lobo había unido sus barcos, atando una popa con otra, hasta conseguir una estructura única e inmóvil. La flota se había convertido en un gigantesco ariete, con la fortaleza flotante en el centro.

—¿Creéis que será para conseguir estabilidad y no marearse? —preguntó Venka.

Rin frunció el ceño.

—Debe de ser.

Parecía una táctica ingeniosa. Las tropas imperiales no estaban acostumbradas a luchar sobre agua en movimiento, así que tal vez les fuese mejor si lo hacían sobre una plataforma fija. Sin embargo, esa formación tan estática también era particularmente peligrosa a la hora de enfrentarse a Rin. Si se incendiaba un barco, el fuego se extendería al resto.

¿Es que Daji aún no había descubierto que Rin había encontrado el modo de eludir el Sello?

—No lo han hecho para no marearse —declaró Kitay—. Es para que Feylen no pueda hacerlos volcar. Y también les proporcionará cierta ventaja si intentamos un abordaje. Sus tropas pueden desplazarse entre los barcos.

—No vamos a abordarlos —dijo Rin—. Vamos a incendiar esa cosa.

—Así se habla —dijo Venka con un optimismo que nadie sentía.

La flota fija se aproximaba a los acantilaos con una lentitud exasperante. Los tambores de guerra retumbaban por el canal a medida que la fortaleza avanzaba inexorablemente.

—Me pregunto cuántos hombres necesitarán para mover eso —musitó Venka.

—No necesitan remar demasiado —dijo Rin—. Navegan río abajo.

—Vale, pero ¿y los movimientos laterales…?

—Por favor, callaos ya —estalló Kitay.

Rin sabía que estaban parloteando sobre tonterías, pero no podía evitarlo. Venka y ella tenían el mismo problema. No podían cerrar la boca porque, de lo contrario, la espera las haría enloquecer.

—Las puertas no van a aguantar —dijo Rin, a pesar de la mirada de furia que le dedicó Kitay —. Será igual que tirar abajo un castillo de arena.

—Entonces, ¿les das unos cinco minutos más? —preguntó Venka.

—Más bien dos. Prepárate para disparar esa cosa.

Venka le dio una palmadita a Kitay en el hombro.

—No te flageles demasiado.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Lo de las puertas no fue idea mía.

En un último intento desesperado, Vaisra había ordenado a sus tropas que *reforzaran* el cierre de las puertas que daban hacia el canal con todas las cadenas de hierro que quedaran en la ciudad. Tal vez eso hubiera servido para disuadir a un barco pirata, pero, contra esa flota, no suponía más que un gesto simbólico. Por lo que podían oír, la Milicia pretendía simplemente tirar abajo las puertas con un ariete.

Pum. Rin sintió cómo la roca vibraba bajo sus pies.

—¿Son muy antiguas esas puertas? —preguntó la joven en voz alta.

Pum.

—Más antiguas que esta provincia —respondió Venka—. Puede que se remonten al Emperador Rojo. Poseen un gran valor arquitectónico.

—Es una pena.

—¿Tú crees?

Pum. La esperiliana escuchó el inconfundible crujido de la madera fracturándose. A eso le siguió un sonido como de un tejido al desgarrarse.

Las puertas de Arlong habían caído.

La Armada imperial pasó a través del hueco. El canal se iluminó a causa de la pirotecnia. Unos gigantescos cañones de seis metros, incrustados en la pared del acantilado de Arlong, se dispararon uno a uno, lanzando proyectiles abrasadores, del tamaño de una roca, que chirriaron hasta chocar contra los costados de los navíos de Chang En. Cada una de las minas marinas, que tan cuidadosamente había colocado Kitay, se activó en una preciosa y cronometrada sucesión que causó el mismo sonido que unos petardos, pero multiplicado por mil.

Por un momento, la flota imperial acabó oculta tras una enorme nube de humo.

—Bien —dijo Venka, maravillada.

Kitay negó con la cabeza.

—Eso no es nada. Pueden asumir esas pérdidas.

Estaba en lo cierto. Cuando el humo se disipó, Rin pudo ver que se había producido más ruido que daños. La flota seguía avanzando a pesar de las explosiones. La fortaleza flotante permanecía intacta.

La esperiliana se dirigió hacia el borde del precipicio con la espada en la mano.

—Paciencia —murmuró Kitay—. Aún no es el momento.

—Deberíamos estar ahí abajo —dijo la joven. Se sentía una cobarde esperando en lo alto del acantilado, escondiéndose mientras abajo los soldados se veían envueltos en llamas.

—Solo somos tres —le dijo su amigo—. Seríamos carne de cañón. Si entras ahí ahora, acabarás atravesada por miles de balas de hierro.

Rin detestaba que tuviera razón.

Los acantilados no dejaban de temblar bajo sus pies. La Armada imperial les devolvía el ataque. Desde las torres de asedio dispararon unos cohetes, que se dividieron en pequeños proyectiles y acabaron chocando contra los puestos de artillería en el acantilado. Los arqueros de

la Milicia, completamente blindados, les devolvían dos flechas de ballesta por cada una que acertaba contra las cubiertas de sus navíos.

A Rin el miedo le revolvió el estómago mientras contemplaba la escena. La Milicia estaba llevando a cabo exactamente la misma estrategia para romper el asedio que Jinzha había empleado en la campaña del norte: aniquilar primero a los arqueros y luego llevarse por delante a cañonazos a la resistencia que encontrara en tierra.

Los buques de guerra republicanos fueron los que más daños sufrieron. Uno de ellos había acabado tan destrozado en el agua que sus restos le bloqueaban el camino a los otros navíos de su flota.

Los cañones imperiales disparaban apuntando bajo para acertar a sus ruedas de paletas. Los barcos republicanos intentaron rotar en el agua para mantener sus paletas lejos de la línea de fuego, pero no tardaron en perder movilidad. A ese ritmo, los navíos de Nezha acabarían convirtiéndose en blancos fáciles.

Rin no veía ni rastro de Feylen.

—¿Dónde está? —murmuró Kitay—. Lo normal habría sido sacarlo el primero.

—Quizás no se le dé bien seguir órdenes —dijo Rin. Feylen había parecido tenerle tanto miedo a Daji que la joven no quería pensar en el tipo de tortura al que lo habrían sometido para convencerlo de que combatiese.

No obstante, a ese ritmo, la Milicia ni siquiera parecía necesitar a Feylen. Ya habían caído dos puestos de artillería. Los otros cinco se estaban quedando sin munición y comenzaban a disparar de forma más espaciada. Los buques de guerra de Nezha estaban destrozados en el agua, y el fuego le había infligido muy poco daño al grueso de la Armada imperial.

Era hora de cambiar las cosas. Rin se levantó.

—Allá voy.

—Ahora sí que es el momento —convino Kitay. Le pasó una jarra con aceite de una pila cuidadosamente ordenada que se encontraba junto a la ballesta, y luego señaló bada el canal—. Creo que es mejor que apuntes a la parte central izquierda de ese barco castillo. Tendrás que romper esa formación. Haz arder las cuerdas y el resto no tardará en prenderse.

—Y no mires hacia abajo —dijo Venka sabiamente.

—Cállate. —Rin retrocedió, clavó bien los pies en el suelo y echó a correr. El viento le soplaba en la cara. Las alas se tensaron por la resistencia aerodinámica. Y entonces, el acantilado desapareció bajo sus pies, comenzó a caer cabeza abajo y no sintió miedo ni escuchó nada, tan solo quedaron la emoción y la fuerte sacudida de la caída.

Se dejó caer en picado durante un momento antes de abrir las alas. Al extender los brazos, se topó con una resistencia que la golpeó como si fuera un puñetazo. Tenía la impresión de que le estaban arrancando los brazos de cuajo. Jadeó, pero no por el dolor, sino de pura euforia. El río pasó a ser un borrón, con los barcos y los ejércitos disolviéndose en trazos sólidos de marrones, azules y verdes.

Unas flechas aparecieron en su campo de visión. Desde lejos, parecían agujas que iban aumentando de tamaño a una velocidad aterradora. Viró a la izquierda y las flechas pasaron zumbando por su lado sin hacerle daño.

Llegó a la altura del barco castillo. Consiguió equilibrar su posición en el aire. Abrió la boca y las palmas de las manos y un chorro de fuego salió disparado desde sus extremidades, incendiando todo aquello que sobrevolaba.

Dejó caer el aceite antes de volver a ascender.

Escuchó cómo estallaba el cristal cuando la jarra tocó la cubierta, seguido de un crepitar cuando las llamas se avivaron.

Sonrió mientras remontaba el vuelo hacia la pared del acantilado de enfrente. Cuando se atrevió a echar un vistazo hacia atrás, vio que las flechas perdían impulso y caían mientras los soldados intentaban acertar en ella.

Entonces sus pies tocaron tierra firme. Cayó de rodillas y se quedó a cuatro patas, jadeando mientras evaluaba los daños que había causado abajo.

Las cuerdas ya habían prendido, y el fuego se extendía. Rin podía ver cómo se ennegrecían y se deshilachaban justo donde había tirado el aceite.

Levantó la mirada. Al otro lado del canal, Venka había colocado metódicamente otra ronda de flechas en el mecanismo de recarga de su ballesta, mientras Kitay le hacía señas a la esperiliana para que regresara con ellos.

A Rin le ardían los músculos de los brazos, pero no podía permitirse perder mucho tiempo recuperándose. Se arrastró hasta el borde del precipicio y se puso en pie como pudo.

Entornó la mirada, calculando la trayectoria de su vuelo. Llamó la atención de Venka y señaló hacia una aglomeración de barcos a los que el fuego no había llegado. La otra chica asintió y apuntó con su ballesta hacia allí.

Rin inspiró hondo, saltó desde el acantilado y descendió, disfrutando de nuevo del subidón de adrenalina. Le lanzaron jabalinas por el aire, una detrás de otra, pero lo único que tuvo que hacer fue *virar con* brusquedad para que estas pasaran de largo.

Sintió vértigo al prenderles fuego a las velas de los barcos y percibir su calidez, que la impulsaba hacia arriba a medida que se extendía. ¿Así era como se había sentido Altan cada vez que había estado en el fragor de la batalla? Ahora entendía por qué el esperiliano se creaba unas alas de fuego, a pesar de que no le servían para volar.

Era simbólico. Un instante de euforia. En ese momento, pasaba a ser invencible, a ser una divinidad. No solo había invocado al Fénix, sino que se había convertido en él.

—Buen trabajo —le dijo Kitay cuando su amiga aterrizó a su lado—. El fuego se ha propagado por tres barcos. No han logrado extinguirlo… Espera, ¿puedes respirar?

—Estoy bien —jadeó Rin—. Solo… dame un minuto…

—Chicos —dijo Venka con brusquedad—. Esto pinta mal.

La esperiliana se puso de pie a duras penas y se acercó a la otra chica en el borde del precipicio.

Lo de quemar las cuerdas había funcionado. La formación imperial había comenzado a fragmentarse, y los barcos que se hallaban en los bordes comenzaban a alejarse del centro. Nezha había aprovechado la oportunidad para meter su navío en mitad de la agrupación principal, donde había conseguido abrir agujeros humeantes en el lateral de la fortaleza flotante.

Sin embargo, ahora se había quedado atorado. La Armada imperial había dejado caer unas amplias pasarelas sobre los costados del barco de Nezha. Iban a abordarlo.

—Voy a bajar —dijo Rin.

—¿Para hacer qué? —le preguntó Kitay—. Si les prendes fuego, harás arder también a Nezha.

—Pues aterrizaré y lucharé. Puedo apuntar con el fuego de forma más directa y precisa desde el suelo. Solo tengo que bajar ahí.

Kitay no parecía convencido.

—Pero Feylen…

—No sabemos dónde está. Nezha está en apuros. Voy abajar.

—Rin, fíjate en las colinas. —Venka señaló hacia la llanura—. Creo que han enviado tropas terrestres.

La esperiliana intercambió una mirada con Kitay.

Antes de que el chico pudiera decir nada, Rin se lanzó hacia el cielo.

Era imposible no ver la columna terrestre. Rin la divisaba con claridad a través del bosque, unas tropas numerosas que marchaban hacia Arlong. Apenas se hallaban a ochocientos metros de las zonas de evacuación de los refugiados. Llegarían allí en cuestión de minutos.

Rin maldijo hacia el viento. Eriden les había dicho que sus exploradores no habían encontrado nada en el valle.

Pero ¿cómo era posible que no hubieran visto a una brigada entera?

Comenzó a darle vueltas a la cabeza. Tanto Venka como Kitay le estaban gritando, pero no lograba escucharlos.

¿Debería ir hasta allí? ¿En qué podía ayudar? No podía destruir toda una columna de soldados ella sola. Y no podía abandonar la batalla naval. Si Feylen aparecía mientras ella se encontraba a kilómetros de distancia, el Cike hundiría toda la flota que les quedaba antes de que la joven lograse dar media vuelta.

Pero tenía que avisar a alguien de lo que estaba pasando.

Examinó el canal. Sabía que Vaisra y sus generales estaban protegidos detrás de las fortificaciones que se hallaban cerca de la orilla, desde donde podían supervisar la batalla. Sin embargo, aunque los avisase, no harían nada. No podían prescindir de los soldados que participaban en la batalla naval.

No obstante, tenía que advertir del peligro a los jefes militares.

Estos estaban esparcidos con sus tropas por todo el campo de batalla, solo que la joven no sabía exactamente dónde.

Nadie escuchaba sus gritos desde esa altura. Su única opción era escribir un mensaje en el cielo. Batió las alas dos veces para ganar altitud y bajó en picado hasta quedar justo por encima del canal, a plena vista, pero a bastante altura como para que no pudieran atacarla.

Se decantó por dos palabras.

«Valle invadido».

Señaló hacia abajo. De sus dedos emergieron unas llamas que permanecieron durante unos segundos donde las había soltado antes de disiparse. Escribió dos caracteres, una y otra vez, repasando las pinceladas que ya habían desaparecido y rezando por que abajo alguien leyera el mensaje.

Durante un largo momento, no sucedió nada.

Pero entonces, cerca de la orilla, divisó a una fila de soldados que se separaban del resto del frente. Alguien había visto su mensaje.

Rin redirigió su atención hacia el canal.

El barco de Nezha había sido casi completamente invadido por las tropas imperiales. Los cañones de su navío habían dejado de disparar. En ese momento, casi toda su tripulación debía de estar muerta o incapacitada.

La esperiliana no se paró a pensar. Se lanzó en picado.

Aterrizó mal. La caída había sido demasiado brusca, y no había sabido elevarse a tiempo. Derrapó con las rodillas y soltó un grito de dolor mientras la piel se le levantaba por el roce contra la cubierta.

Los soldados de la Milicia la rodearon de inmediato. Rin invocó una columna de fuego, un círculo protector que incineró todo aquello que se encontraba en un radio de un metro y medio, e hizo recular a los enemigos que se le acercaban.

Fijó la vista en un uniforme azul entre un mar de verde. Se abrió paso a través de los cuerpos en llamas, protegiéndose la cabeza con los brazos, hasta que estuvo cerca del único soldado republicano a la vista.

—¿Dónde está Nezha? —le preguntó.

El soldado tenía la mirada perdida y desenfocada. La sangre le corría desde la frente en una delgada línea por toda la cara.

Rin lo sacudió con fuerza.

—¿Dónde está Nezha?

El oficial abrió la boca justo cuando una flecha se le clavó en el ojo izquierdo. Rin empujó a un lado el cadáver, se agachó y tomó un escudo que había sobre la cubierta, justo antes de que tres flechas acabaran clavadas donde había estado su cabeza.

Avanzó despacio por la cubierta, con las llamas saliendo de ella y formando un semicírculo para repeler a las tropas de la Milicia. Algunos soldados se desplomaban a su paso, retorciéndose y ardiendo, mientras que otros se lanzaban directamente al agua para intentar escapar del fuego.

A través de las llamas, escuchó el amortiguado sonido del entrechocar del acero. Bajó la intensidad de la muralla de fuego solo un momento para poder ver, y divisó a Nezha y al puñado de soldados republicanos que quedaban en pie enfrentándose al pelotón del general Jun en el otro extremo de la cubierta.

«Sigue vivo». Sintió que una cálida esperanza le inundaba el pecho. Corrió en su dirección, disparando cintas de fuego hacia la refriega. Unas llamas en forma de tentáculos envolvieron los cuellos de los soldados de la Milicia como si fueran látigos mientras bolas de fuego les devoraban los rostros, los cegaban, les achicharraban las bocas y los asfixiaban. Siguió atacándolos hasta que todos los soldados que tenía cerca cayeron al suelo, muertos o a punto de morir. Era una sensación extraña y excitante saber que tenía tanto control sobre las llamas, que ahora dominaba unos métodos tan potentes y novedosos para matar.

Para cuando Rin extinguió su fuego, Nezha ya había logrado someter a Jun.

—Es usted un buen soldado —le dijo el joven—. Mi padre no lo quiere muerto.

—No te molestes. —Una sonrisa retorcida apareció en el rostro de Jun. Levantó su espada y se apuntó al pecho con ella.

Nezha fue más rápido. Su hoja resplandeció al atravesar el aire. Rin escuchó el sonido de un

tajo certero que le hizo sentir que estaba en una carnicería. Una de las manos de Jun se separó de su cuerpo y cayó al suelo.

El antiguo maestro de Combate de Sinegard se desplomó hacia delante sobre las rodillas y se contempló el muñón ensangrentado como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—No se lo pondré tan fácil —le dijo Nezha.

—Ingrato —bufó Jun—. Yo te creé.

—Usted me enseñó lo que significa tener miedo —le respondió el joven—. Nada más.

En un gesto desesperado, Jun intentó arrebatarle a Nezha la daga que llevaba prendida de la cintura, pero el chico le dio una patada para apartarlo. Fue un golpe conciso y certero contra el muñón de su antiguo maestro. Jun aulló a causa del dolor y se desplomó sobre un costado.

—Hazlo —dijo Rin—. Rápido.

Nezha negó con la cabeza.

—Es un buen prisionero…

—¡Ha intentado matarte! —le gritó ella. Invocó uña bola de fuego sobre su mano derecha—. Si no lo haces tú, lo haré yo…

Nezha la agarró por el hombro.

—¡Detente!

Jun se levantó a duras penas y corrió a lanzarse por la borda del barco.

—¡No! —Nezha se apresuró a seguirlo, pero era demasiado tarde. Rin vio cómo los pies de Jun desaparecían por encima de la barandilla. Unos segundos después, escuchó un chapoteo. Nezha y ella corrieron hacia la barandilla para asomarse por el borde, pero Jun no salió a la superficie.

Nezha se abalanzó sobre Rin.

—¡Podríamos haberlo tomado prisionero!

—Oye, no he sido yo la que lo ha tirado por la borda. —La joven no lograba entender por qué le estaba echando la culpa a ella—. Y, por cierto, acabo de salvarte la vida. De nada.

Rin vio cómo su amigo abría la boca para replicar justo antes de que algo húmedo y pesado la golpeara desde arriba y la derribara sobre la cubierta. Se le clavaron dolorosamente las alas en los hombros. Entonces, se percató de que se hallaba atrapada debajo de una lona empapada de agua. Su fuego no hacía más que inundar el interior de la lona con un vapor abrasador. Tenía que dejar de invocar el fuego antes de acabar asfixiada.

Alguien estaba tirando de la lona hacia abajo, atrapándola en el interior. Rin pataleó con frenesí, intentando salir de allí sin éxito. Se retorció con más insistencia hasta que logró sacar la cabeza por un lateral.

—Hola. —El general Carne de Lobo la miró con malicia desde arriba.

La esperiliana lanzó unas llamaradas hacia él, pero este la abofeteó con el reverso de su mano enguantada en la cabeza. La joven cayó hacia atrás, golpeándose contra el suelo de la cubierta. Se le nubló la vista. A duras penas pudo ver a Chang En alzar su espada y colocársela sobre el cuello.

Nezha se abalanzó sobre el costado del general. Ambos aterrizaron en el suelo, enredados. El joven logró ponerse de pie y dar unos pasos hacia atrás con la espada en alto. Chang En recogió su arma del suelo entre carcajadas y, a continuación, atacó.

Rin yacía bocarriba y parpadeaba hacia el cielo. Sentía un cosquilleo en todas sus extremidades, pero estas no le respondieron cuando intentó moverse. Por el rabillo del ojo

vislumbró parte del enfrentamiento. Escuchó una serie de golpes ensordecedores de acero contra acero.

Debía ayudar a Nezha. No obstante, no podía abrir los puños. El fuego no llegaba.

Su visión comenzó a oscurecerse, pero no podía permitirse caer en la inconsciencia. No ahora. Se mordió la lengua con fuerza, con la esperanza de que el dolor la mantuviera despierta.

Por fin, consiguió levantar la cabeza. Chang En tenía a Nezha acorralado. El joven comenzaba a flaquear. Era evidente que le costaba hasta mantenerse erguido. Su uniforme estaba completamente empapado en sangre por el costado izquierdo.

—Te arrancaré la cabeza —declaró Chang En con desprecio—. Y luego se la daré a mis perros para que se la coman, igual que hice con la de tu hermano.

Nezha gritó y redobló su ataque.

Rin gimió y rodó hasta quedarse de lado. Las llamas prendieron y ardieron sobre sus palmas. Eran llamaradas diminutas que no se acercaban ni de lejos a la intensidad que necesitaba. Cerró los ojos con fuerza, intentó concentrarse y rezó.

«Por favor, te necesito…».

Nezha erraba sus golpes. Chang En consiguió desarmarlo con facilidad y le dio una patada a su espada, lo que la envió al otro extremo de la cubierta. El joven general intentó agarrarla antes por la empuñadura, pero Chang En le colocó una pierna detrás de las rodillas y lo tiró al suelo. Luego apoyó una de sus botas contra el pecho del chico.

«Hola, pequeña», dijo el Fénix.

Las llamas surgieron de cada parte de su ser. El fuego ya no se limitó a salir por unos puntos de control localizados (es decir, por sus manos y su boca), sino que rodeó todo su cuerpo como si fuese una armadura resplandeciente e intocable.

La esperiliana señaló con un dedo a Chang En. Una densa corriente de fuego le acertó en la cara. El general dejó caer su espada y enterró el rostro entre las manos, intentando así sofocar las llamas. Sin embargo, el fuego no hizo más que extenderse por todo su cuerpo, ardiendo cada vez con más intensidad mientras él gritaba.

Rin se detuvo justo antes de matarlo. No quería que fuese tan fácil.

Chang En había dejado de moverse. Yacía inmóvil bocarriba, cubierto por unas quemaduras grotescas. El rostro y las manos se le habían ennegrecido, plagadas de grietas que revelaban la piel hirviendo y con ampollas que había debajo.

Rin se cernió sobre él y abrió las palmas de las manos apuntando hacia abajo.

Nezha la agarró por el hombro.

—No.

La joven le dedicó una mirada exasperada.

—No me digas que a él también quieres tomarlo como prisionero.

—No —le respondió—. Quiero hacerlo yo.

Rin dio un paso hacia atrás y señaló hacia la forma inerte de Chang En.

—Todo tuyo.

—Necesito una espada —dijo Nezha.

Sin decir ni una palabra, Rin le dejó la suya.

El joven acarició con la punta de la hoja el rostro de Chang En, clavándosela sobre las ampollas que asomaban entre las grietas que tenía en las mejillas.

—Oye, espabila.

El general abrió los ojos.

Nezha le clavó la punta de la espada en el ojo izquierdo.

Chang En lanzó las manos hacia el vacío, en un intento por arrebatarle la espada, pero el joven le asestó una fuerte patada en las costillas y unas cuantas más en la cara.

Nezha quería ver sangrar al general. Rin no intentó detenerlo. Ella también quería verlo.

El joven le presionó a Chang En la espada contra el cuello.

—Deja de moverte.

Entre gimoteos, el general se quedó quieto. El ojo que le había sacado Nezha le colgaba grotescamente de un lado de la cara, aún unido por unas fibras grumosas. Con el otro ojo parpadeaba con furia, ya que lo tenía cubierto de sangre.

Nezha agarró la empuñadura de la espada con ambas manos y la bajó con fuerza. La sangre les salpicó tanto a él como a Rin en la cara.

El joven dejó caer la espada y se apartó despacio. El pecho le subía y le bajaba. Rin le apoyó una mano en la espalda.

Él se inclinó sobre ella, tembloroso.

—Se ha acabado.

—No, no se ha acabado —susurró la esperiliana.

Apenas había comenzado. De pronto, el aire dejó de soplar. Se había quedado tan en calma que todas las banderas, que antes habían estado ondeando, se desplomaron, y el sonido de cada grito y de cada entrechocar del acero se vio amplificado por la ausencia del viento.

Rin le tomó la mano a Nezha y entrelazó sus dedos con los de él justo cuando el barco se partió en dos bajo sus pies.



32

La fuerza del vendaval los hizo caer.

Por un momento, Rin se quedó suspendida e ingrávida en el aire, contemplando cómo trozos de madera y cuerpos flotaban de forma absurda junto a ella. Entonces, cayó al agua junto con los fragmentos de lo que antes había sido la cubierta superior del barco.

No lograba ver a Nezha. No veía nada. Se hundió enseguida, lastrada por los restos del naufragio. Se agitó con desesperación por las aguas oscuras para intentar encontrar el modo de subir a la superficie.

Y allí estaba: el brillo de la luz que se filtraba de la masa de cuerpos. Le ardían los pulmones. Tenía que subir hasta allí. Pataleó, pero algo le tiró de las piernas. Se le habían enredado con la bandera, y el tejido mojado bajo el agua era tan pesado como el hierro. El pánico le nubló la mente. Cuanto más fuerte pataleaba, más se enredaba el tejido, arrastrándola hacia el fondo del río.

«Cálmate». Se obligó a despejar la mente. «Tranquilízate». Dejó atrás la rabia y el pánico, y se sumió en la nada. Encontró el camino hacia ese lugar silencioso de claridad donde podía pensar.

Aún no se había ahogado. Todavía le quedaban fuerzas para impulsarse hacia la superficie. Y no había formado un nudo imposible en el tejido, simplemente le rodeaba la pierna un par de veces. Extendió una mano hacia la zona. Con un par de movimientos rápidos consiguió liberarse. Aliviada, nadó hacia arriba, obligándose a no sucumbir al pánico, concentrándose en el simple acto de impulsarse a través del agua hasta que sacó la cabeza a la superficie.

No vio a Nezha mientras avanzaba hacia la orilla. Examinó el naufragio, pero no logró dar con él. ¿Habría conseguido salir a la superficie? ¿Estaría muerto? ¿Habría acabado aplastado, empalado, ahogado…?

No, tenía que creer que su amigo estaba bien. Era capaz de controlar el agua. Era imposible que hubiera muerto en ella.

¿O no?

El aullido de un viento sobrenatural atravesó el canal y permaneció sobre él, interrumpido únicamente por el sonido de la madera astillándose.

«Por los dioses».

Rin alzó la mirada.

Feylen se hallaba suspendido en el aire por encima de ella y lanzaba a los barcos contra la pared del acantilado haciendo unos simples movimientos con el brazo. La madera y los escombros se arremolinaban en un peligroso círculo a su alrededor. Con unos vientos tan potentes, cualquiera de esos fragmentos podría matar a Rin.

A la joven se le había secado la boca. Le temblaron las rodillas. Lo único que quería era encontrar un agujero en el que esconderse. Se quedó allí paralizada por el miedo y la desesperación. Feylen iba a azotar a su flota por todo el canal hasta que no quedara nada de ella. ¿De qué servía pelear? Tendría una muerte mucho más fácil si no se resistía…

Se clavó las uñas en la palma de la mano hasta que el dolor la hizo entrar en razón.

No podía huir.

¿Quién más iba a enfrentarse a él? ¿Quién más podía hacerlo?

Había perdido su espada en el agua, pero vislumbró una jabalina en el suelo. No iba servirle de mucho contra Feylen, pero se sentía más segura si estaba armada. La tomó, desplegó sus alas e invocó el fuego en torno a sus brazos y sus hombros. El vapor silbó a su alrededor y creó una asfixiante nube de bruma. Rin la disipó con la mano, con la esperanza de que sus alas fueran impermeables.

Se centró en generar una corriente de fuego estable y concentrada en sus costados, tan abrasadora que el aire a su alrededor se desdibujó y la hierba a sus pies se marchitó y se deshizo hasta convertirse en ceniza gris.

Lentamente, se elevó en el aire en dirección al dios del viento.

De cerca, Feylen tenía un aspecto lamentable. Su piel estaba lívida, picada de viruela y cubierta de sarpullidos. No le habían dado ninguna muda de ropa, y llevaba su uniforme de los Cike roto y sucio. Al tenerlo cara a cara, no le pareció ninguna deidad aterradora. Tan solo era un hombre con un atuendo harapiento y la mirada triste.

Su miedo desapareció y se vio reemplazado por lástima. Feylen debería haber muerto hacía mucho tiempo. Ahora era prisionero de su propio cuerpo, condenado a observar y a sufrir mientras el dios al que detestaba lo manipulaba y lo usaba como entrada al mundo material.

Sin el Sello y sin Kitay, Rin bien podría haber acabado exactamente como él.

«El hombre ya no existe», se recordó a sí misma. «Vence al dios».

—¡Eh, capullo! —gritó—. ¡Aquí estoy!

Feylen se dio la vuelta. El viento amainó.

Rin se tensó anticipando un golpe repentino. Solo contaba con la garantía de Kitay de que podría corregir el rumbo con las alas si Feylen la hacía girar en el aire, pero eso ya le daba más posibilidades de las que podría tener cualquier otra persona.

Sin embargo, el dios del viento se limitó a quedarse suspendido en el aire, con la cabeza ladeada mientras observaba, como si fuera un niño que contemplaba con curiosidad los movimientos de un insecto, cómo Rin ascendía para encontrarse con él.

—Bonito truco —le dijo a la joven.

Un pedazo de madera pasó volando junto al brazo izquierdo de Rin, lo que provocó que se tambaleara y tuviera que volver a enderezarse.

Feylen fijó sus ojos cerúleos en los de ella. Rin se estremeció. Era completamente consciente de lo frágil que era frente a él. Estaba enfrentándose al dios del viento en su propio terreno, y ella era una nimiedad que se mantenía en el aire tan solo gracias a dos retales de cuero y una

estructura de metal. Feylen podría destrozarla y lanzarla con facilidad contra los acantilados.

No obstante, Rin no solo contaba con sus alas. También tenía la jabalina. Y el fuego.

Abrió la boca y las palmas de las manos y lanzó todas las llamas de su interior hacia él. Tres chorros de fuego salieron de su cuerpo al mismo tiempo. Feylen desapareció detrás de un muro rojo y naranja. El viento amainó a su alrededor. Los escombros comenzaron a caer del cielo, produciendo una lluvia de restos del naufragio que salpicó las aguas que tenían debajo.

El golpe que le devolvió pilló a Rin desprevenida. Un vendaval la embistió con tanta fuerza y tan rápido que no le dio tiempo a prepararse, ni siquiera a ponerse en guardia. Se precipitó hacia atrás y se tambaleó por el aire formando círculos hasta que la pared del acantilado apareció peligrosamente ante sus ojos. Se raspó la nariz contra la roca antes de lograr redirigir el impulso y volver a enderezarse.

Con el pulso acelerado, volvió a acercarse a Feylen.

No había logrado causarle quemaduras mortales, pero se había acercado. Le había dejado el rostro y el cabello ennegrecidos. De sus ropajes abrasados salía humo.

Feylen parecía conmocionado.

—Vuelve a intentarlo —le dijo Rin.

El siguiente ataque del dios del viento consistió en una serie de vendavales implacables que la empujaron desde direcciones distintas e impredecibles, de modo que fue incapaz de seguir la dirección de la corriente. En un momento, la hacía caer hacia el suelo y, al siguiente, la lanzaba hacia arriba, solo para volver a dejarla caer.

Rin intentó lidiar con los vientos lo mejor que pudo, pero era como nadar contra una cascada. Era un pajarillo atrapado en una tormenta. Sus alas no servían de nada contra esa fuerza abrumadora. Lo único que podía hacer era intentar no caer al suelo en picado.

Sospechaba que el único motivo por el que Feylen no la había lanzado aún contra las rocas era porque estaba jugando con ella.

Lo cierto era que en Boyang tampoco había acabado con Rin. «No vamos a matarte», le había dicho entonces. «Nos ha pedido que no lo hagamos. Se supone que solo podemos hacerte daño».

La emperatriz le había ordenado que se la entregase viva. Eso le otorgaba a Rin cierta ventaja.

—Cuidado —le gritó la esperiliana—. Daji no se pondrá nada contenta si le entregas la mercancía dañada.

Todo el semblante de Feylen cambió al escuchar el nombre de Daji. Hundió los hombros y pareció encogerse sobre sí mismo. Recorrió su entorno con la mirada, como si le aterrase que la emperatriz pudiera verlo a esa altura.

Rin se quedó contemplándolo, asombrada. ¿Qué le había hecho Daji?

¿Cómo podía ser tan poderosa como para aterrar a un dios?

La joven aprovechó la oportunidad para acercarse volando. No sabía cómo Daji había logrado someter a Feylen, pero ahora tenía la certeza de que el Cike no podía matarla.

La emperatriz seguía queriéndola viva, y eso le otorgaba su única ventaja.

¿Cómo se mataba a un dios? Kitay y ella habían estado tratando ese dilema durante horas. A Rin le hubiese gustado poder llevarlo de nuevo a la Chuluu Korikh. Y a Kitay le hubiese gustado poder llevar la Chuluu Korikh hasta él.

Al final, llegaron a un acuerdo.

La esperiliana divisó la maraña de mechas que se hallaba en la pared del acantilado de

enfrente. Si no podía matarlo con fuego, lo enterraría bajo la montaña.

Tan solo tenía que conseguir hacer que se acercara lo suficiente a las rocas.

—Sé que sigues ahí dentro. —Se desplazó para aproximarse a él. Tenía que distraerlo, aunque solo fuera durante unos segundos—. Sé que puedes oírme.

Feylen mordió el anzuelo. El viento amainó.

—Me da igual lo poderoso que sea tu dios. Ese cuerpo aún te pertenece, Feylen, y puedes recuperarlo.

El Cike la miró sin decir ni una palabra, se quedó inmóvil, pero Rin no percibió que el azul de sus ojos se atenuase o que entendiera siquiera lo que le estaba diciendo. Su expresión era un muro inescrutable, y Rin no tenía ni idea de si el verdadero Feylen seguía vivo detrás de él.

Aun así, tenía que intentarlo.

—He visto a Altan en el más allá —le dijo. Era mentira, pero no del todo. En ella había algo de cierto, al menos para Rin—. Quiere que te pase un mensaje. ¿Quieres saber qué fue lo que me dijo?

El color cerúleo de su mirada pasó a ser negro. La esperiliana se percató de ello. No se lo había imaginado, no era un truco de la luz. Sabía que lo había visto. Continuó volando hacia delante. Ahora era Feylen el que tenía miedo. Rin podía vérselo en la cara. Retrocedía a medida que ella se acercaba.

Estaban muy cerca de la pared del acantilado.

Rin se hallaba a tan solo unos metros de él.

—Quería que te dijera que lo siente.

El viento se detuvo por completo. Un silencio se impuso sobre el canal. En aquel aire en calma, Rin podía escucharlo todo: cada aliento entrecortado de Feylen, cada ronda de cañonazos procedente de los barcos, cada grito desdichado desde abajo.

Y entonces, Feylen rompió a reír. Rio con tantas ganas que unas ráfagas de viento cruzaron el cielo, unos golpes sucesivos tan potentes que Rin tuvo que aletear con frenesí para mantenerse en el aire.

—¿Este era tu plan? —chilló el dios del viento—. ¿Acaso crees que eso le importa?

—Sí que te importa. —Rin mantuvo el tono de voz tranquilo, neutro. Feylen estaba allí dentro. Lo había visto—. Te he visto, nos recuerdas. Eres uno de los Cike.

—No significas nada para nosotros —se mofó—. Podríamos acabar con tu mundo…

—En ese caso, ya lo habrías hecho. Pero sigues maniatado, ¿no es verdad? Ella te tiene retenido. Los dioses no tenéis ningún poder más allá del que nosotros os concedemos. Cruzaste el umbral a este mundo para cumplir órdenes, y ahora soy yo la que te ordena que regreses al tuyo.

Feylen rugió.

—¿Quién te crees que eres para hacer esas afirmaciones?

—Soy tu comandante —replicó—. Soy la encargada de sacrificarte.

Entonces, disparó fuego, pero no hacia él, sino hacia la pared del acantilado. Feylen soltó una carcajada cuando las llamas pasaron de largo sin tocarlo.

No había visto las mechas. No sabía que estaban allí.

Rin aleteó con frenesí hacia atrás, intentando alejarse todo lo posible del acantilado.

Durante un instante largo y tortuoso no sucedió nada.

Y entonces, la montaña se movió.

En teoría, las montañas no debían desplazarse de ese modo. El mundo natural no estaba diseñado para remodelarse a sí mismo por completo en cuestión de segundos. Sin embargo, aquello era real. Era obra de hombres, no de dioses. Era el resultado del trabajo de Kitay y Ramsa. Rin solo pudo quedarse mirando mientras toda la cima del acantilado caía como si fueran tejas desprendiéndose en cascada hacia el suelo.

Un aullido chirriante se oyó a través de la cascada de rocas. Feylen estaba formando un tornado. Pero ni siquiera esos últimos y desesperados vendavales podían detener a las miles de toneladas de rocas que caían al vacío con la inevitable fuerza de la gravedad.

Cuando cesó el estruendo, debajo de ellas no se movió nada.

Rin se dejó caer en el aire, con la respiración agitada. El fuego seguía ardiendo a través de sus brazos, pero no iba a ser *capaz* de mantenerlo durante mucho tiempo, ya que estaba agotada. Le costaba hasta respirar.

El canal manchado de sangre debajo de ella bien podría haber sido un prado de flores. Se imaginó que las olas carmesíes eran campos de amapolas, y que los cuerpos que se mecían en ellas eran tan solo hormiguitas que correteaban por allí.

Le pareció algo precioso.

¿Estarían ganando? Si ganar significaba matar a tanta gente como pudieran, entonces la respuesta era sí. No sabía decir qué bando tenía el control sobre el río, solo que estaba cubierto de sangre y que los navíos destrozados se estaban estrellando contra las paredes de los acantilados. Feylen había estado asesinando indiscriminadamente, destruyendo por igual navíos republicanos e imperiales. Rin se preguntó a cuánto habría ascendido la cifra de víctimas.

Se giró hacia el valle.

La destrucción allí era tremenda. El palacio estaba incendiado, lo que quería decir que las tropas de la Milicia se habían abierto camino hacía ya rato a través de los campos de refugiados.

Las tropas se habrían quitado de en medio a los sureños igual de fácil que si hubieran tenido que cortar juncos.

Ahogarse en el canal o quemarse en la ciudad. Rin sintió la histérica necesidad de reír, pero respirar le dolía demasiado.

De pronto, se dio cuenta de que estaba perdiendo altitud.

Su fuego se había extinguido, y ahora estaba cayendo sin apenas ser consciente de ello. Se obligó a volver a invocar las llamas para darles impulso a las alas y agitó los brazos con frenesí a pesar de lo doloridos que los tenía.

Detuvo su descenso. Estaba lo suficientemente cerca de los acantilados como para poder ver a Kitay y a Venka, que le hacían señas con las manos.

—¡Lo he conseguido! —les gritó a sus amigos.

Vio cómo Kitay movía la boca, pero no lograba escucharlo. Entonces, su amigo señaló algo.

Rin se giró demasiado tarde. Una jabalina pasó volando cerca de su cintura, por debajo de su ala, sin hacerle daño. «Mierda». El estómago le dio un vuelco. Se tambaleó, pero logró enderezarse de nuevo.

La siguiente jabalina le acertó en el hombro.

Por un momento, solo se sintió confusa. ¿Y el dolor? ¿Por qué seguía suspendida en el aire? Su propia sangre flotaba alrededor de su rostro en grandes goterones que, por algún motivo, aún no habían caído. Eran unas cosas bulbosas que no podía creer que hubieran salido de su interior.

Entonces, el fuego se retiró al interior de su cuerpo. La gravedad volvió a ejercer su fuerza. Las alas crujieron y se le replegaron contra la espalda. Y después pasó a ser un simple peso muerto que caía de cabeza al río.

Sus sentidos se bloquearon al producirse el impacto. No podía respirar ni escuchar ni ver. Intentó nadar, patalear para subir a la superficie, pero no le respondían los brazos ni las piernas. Además, no sabía hacia qué dirección ir. Se ahogó involuntariamente. Un torrente de agua le llenó la boca.

«Voy a morir», pensó. «Voy a morir de verdad».

Pero ¿tan malo era? Bajo la superficie, el silencio era maravilloso y pacífico. No sentía ningún dolor en el hombro. Se le había dormido todo el cuerpo. Relajó sus extremidades y fue a la deriva sin remedio hacia el fondo del río. Era más fácil ceder el control, dejar de luchar. Ni siquiera la quemazón de los pulmones le molestaba tanto. No tardaría en abrir la boca para dejar que entrara el agua, y ese sería el fin.

No era tan mala forma de morir. Al menos, se iría en calma.

Alguien tiró con fuerza de ella. Rín abrió los ojos de golpe.

Nezha acercó la cabeza de la chica a la suya y la besó con intensidad, formando un sello con sus labios alrededor de los de Rin. De ese modo, le pasó una burbuja de aire a la boca. No era demasiado, pero sirvió para aclararle la visión, para que los pulmones dejaran de arderle y para que las extremidades comenzaran a responderle. Sintió la adrenalina. Necesitaba más aire. Agarró a Nezha de la cara.

El joven la apartó y negó con la cabeza. Rin comenzó a sucumbir al pánico. Su amigo la agarró por las muñecas y la sostuvo hasta que dejó de agitarse frenéticamente en el agua. Luego, le rodeó el torso con sus brazos y tiró de ambos hacia la superficie.

El joven no tuvo que patalear. No tuvo que nadar en absoluto. Se limitó a sujetarla contra él mientras una cálida corriente los impulsaba a ambos con delicadeza hacia arriba.

Por encima de ellos, algo pasó chirriando sobre el agua justo cuando salieron a la superficie. Una jabalina cayó a unos metros de distancia. Nezha volvió a tirar de ellos hacia abajo, pero Rin pataleó y se resistió. Lo único que quería era quedarse en la superficie, necesitaba desesperadamente respirar…

El joven sostuvo su rostro entre las manos.

«Demasiado expuestos», le dijo moviendo la boca, pero sin hablar.

Ella lo comprendió. Tenían que salir cerca de algún barco varado, de algo que pudiera cubrirlos. Dejó de resistirse. Nezha los guio varios metros por debajo del agua. Entonces, la corriente los hizo ascender y los depositó a salvo en la orilla.

El primer aliento de Rin al salir del agua le supo a gloria. Se dobló sobre sí misma, tosiendo y vomitando agua del río, pero todo eso le daba igual porque estaba respirando.

Cuando vació sus pulmones de agua, se tumbó de espaldas e invocó el fuego. Unas pequeñas llamas le envolvieron las muñecas, le recorrieron todo el cuerpo y la cubrieron con su deliciosa calidez. Su ropa, ahora seca, emitió vapor.

Entre gemidos, se giró sobre un costado. Tenía el hombro derecho ensangrentado. No quería

mirárselo. Sabía que las alas estaban destrozadas. Sentía que tenía algo afilado hundido en la piel cada vez que se movía. Intentó quitarse el artilugio de encima, pero el arnés de metal se había retorcido y doblado. No cedía.

Se palpó la zona en la que le presionaba, en la parte baja de la espalda. Los dedos le salieron manchados de sangre.

Intentó no sucumbir al pánico. Se había clavado algo, eso era todo. Sabía que no debía tirar del objeto hasta que no estuviera en presencia de un médico, que lo que le atravesaba la espalda era lo único que evitaba que se desangrase. Además, donde lo tenía no lograba verlo bien. Sería una idiota si intentaba quitárselo ella misma.

Sin embargo, apenas podía moverse sin clavarse aún más la varilla en la espalda. Podría acabar partiéndose la columna vertebral.

Nezha no estaba en condiciones de ayudarla. Se había hecho un ovillo pequeño y tembloroso y se abrazaba las rodillas. Rin se arrastró hacia él e intentó incorporarlo con su brazo bueno.

—Oye. Oye.

No le respondió.

Se retorcía completamente. Desplazaba la *mirada de* manera enloquecida mientras se le escapaban gimoteos por la boca. Levantó las manos, intentando llegar al tatuaje que tenía en la espalda.

Rin miró hacia el río. El agua había empezado a moverse con unos patrones inquietantes y erráticos. Unas pequeñas y extrañas olas se mecían a contracorriente. De forma aleatoria, unas columnas empapadas en sangre se elevaron del río. Una tromba de agua cayó sin causar daños cerca de la orilla, pero otra estaba adquiriendo un tamaño cada vez mayor en el centro del río.

Debía dejar a Nezha inconsciente. Eso, o drogarlo… Pero esta vez no contaba con opio a mano…

—Lo he traído yo —jadeó el chico.

—¿Cómo?

Nezha se llevó una mano temblorosa al bolsillo.

—Lo robé… Me lo traje por si…

Rin le metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete del tamaño de un puño, bien envuelto en hojas de bambú. Lo abrió con los dientes, sintiendo que el familiar y enfermizamente dulce sabor la asfixiaba. Su cuerpo anhelaba ese viejo vicio.

Nezha aspiró con los dientes apretados.

—Por favor…

La esperiliana tomó dos piedras de opio en la mano y prendió una pequeña llama debajo de ellas. Con la otra mano, ayudó a Nezha a enderezarse y le empujó la cabeza hacia los vapores.

El joven inhaló durante largo rato. Los ojos se le entrecerraban. Las aguas comenzaron a calmarse. Las pequeñas olas se hundieron bajo la superficie. Las columnas descendieron lentamente y desaparecieron. Rin dejó escapar un suspiro de alivio.

Entonces, Nezha se apartó de golpe del humo, tosiendo.

—No… No, no quiero tanto…

La joven lo agarró con más fuerza.

—Lo siento.

Tan solo había inhalado un par de veces. El efecto de eso se desvanecería en cuestión de una

hora. No era tiempo suficiente. Rin necesitaba asegurarse de que el dios se había ido.

Lo obligó a poner la nariz encima del opio y le tapó la boca con la mano para obligarlo a inhalar. El joven se agitó en señal de protesta, pero ya estaba demasiado agotado, y sus sacudidas se volvían cada vez más débiles a medida que inhalaba más humo. Por fin, se quedó inmóvil.

Rin lanzó las piedras de opio medio consumidas al suelo. Le pasó una mano a Nezha por la frente, apartándole los mechones de pelo húmedo de los ojos.

—Te pondrás bien —le susurró—. Enviaré a alguien a buscarte.

—Quédate —le murmuró él—. Por favor.

—Lo siento. —Rin se inclinó hacia delante y lo besó ligeramente en la frente—. Tenemos una guerra que ganar.

La voz de su amigo era tan débil que tuvo que inclinarse más para escucharlo.

—Pero si ya hemos ganado.

Rin estalló en una risa nerviosa. Su amigo no había visto la ciudad en llamas. No sabía que Arlong apenas seguía existiendo.

—No hemos ganado.

—No… —Nezha abrió los ojos. Le costó levantar el brazo. Señaló algo que quedaba detrás de la espalda de Rin—. Mira ahí.

Rin giró la cabeza.

Allí, en el horizonte, se acercaba una flota, un sinfín de hileras de buques de guerra. Algunos se deslizaban por el agua y otros flotaban por el aire. Había tantos que casi parecía un espejismo, las mismas filas interminables, multiplicadas por dos, de velas blancas y banderas azules contra el sol brillante.



33

—Encantador —dijo una voz familiar y hermosa que hizo que a Rin le diera un vuelco el corazón y que sintiera el sabor de la sangre en la boca.

Dejó a Nezha sobre la arena y se obligó a levantarse. El metal se movió bajo su carne y la joven sofocó un grito de dolor. La agonía que sentía en la espalda y en el hombro era casi insoportable. Pero no iba a quedarse cruzada de brazos.

¿Cómo era posible que la emperatriz la aterrorizara de esa forma? Ahora Daji era tan solo una mujer, sin ejército ni flota. Su atuendo de general estaba hecho trizas y empapado. Cojeaba al andar y sus zapatos dejaban tras de sí huellas de sangre. Aun así, se acercó a Rin con la barbilla alta, las cejas arqueadas y los labios curvados en una sonrisa imperiosa, como si acabara de lograr una gran victoria. Emanaba una belleza oscura y seductora que hacía que su túnica mojada y sus barcos destrozados parecieran irrelevantes.

Rin detestaba esa belleza. Quería clavarle las uñas por aquella piel blanca hasta abrírsela. Quería sacarle los ojos de sus cuencas, aplastarlos bajo sus puños y embadurnar aquel mejunje gelatinoso sobre su piel de porcelana.

Y aun así…

Cuando miraba a Daji, sentía cómo todo su cuerpo se debilitada. Se le aceleraba el pulso. Le ardía la cara. No podía apartar la mirada de su rostro. Tenía que mirar y seguir mirando. De lo contrario, jamás estaría satisfecha.

Se obligó a centrarse. Necesitaba un arma. Tomó del suelo un pedazo de madera afilado.

—Atrás —susurró Rin—. Si te acercas más, te haré arder.

Daji se limitó a reírse.

—Ay, querida. ¿Es que no has aprendido nada?

Le centellearon los ojos.

De repente, Rin sintió la sobrecogedora necesidad de suicidarse, de rajarse las muñecas con esa madera para abrirse las venas, y luego hundírsela y retorcerla.

Con las manos temblorosas, se llevó el extremo afilado contra la piel. «¿Qué estoy haciendo?». Su mente le gritaba que se detuviera, pero a su cuerpo le daba igual. Lo único que podía hacer era observar mientras sus manos se movían solas, prepararse para ver cómo iba a abrirse las venas.

—Suficiente —dijo Daji como si nada.

El impulso desapareció. Rin soltó el pedazo de madera entre jadeos.

—¿Vas a escucharme ahora? —le preguntó Daji—. Me gustaría que te quedaras quieta, por favor. Brazos arriba.

De inmediato, Rin levantó los brazos por encima de la cabeza, reprimiendo un grito tras haber vuelto a abrirse las heridas.

Daji cojeó y se acercó más a ella. Recorrió con la mirada lo que quedaba del arnés de Rin y sonrió divertida.

—Así que esto es lo que has usado para encargarte del pobre Feylen. Ingenioso.

—Has perdido a tu mejor arma —declaró Rin.

—Ya, bueno. Estaba sufriendo. En un momento intentaba hundir nuestra propia flota y, al siguiente, lo único que quería era volar entre las nubes. ¿Sabes lo complicado y absurdo que era conseguir que hiciera algo? —La emperatriz soltó un suspiro—. Supongo que tendré que terminar el trabajo yo misma.

—Has perdido. Aunque me hagas daño o me mates, para ti ya ha acabado todo. Tus generales están muertos. Tus barcos están hechos trizas.

Una ronda de cañonazos marcó cada una de sus palabras. Fue un rugido tan potente que ahogó cualquier otro sonido procedente de la orilla. Se alargó tanto que Rin no creyó que quedase ya nada con vida flotando en el canal.

Sin embargo, Daji parecía imperturbable.

—¿Crees que esto es una victoria? No habéis salido victoriosos. No hay ningún vencedor en esta guerra. Vaisra se ha asegurado de que la guerra civil se alargue durante décadas. Solo ha aumentado las fracturas. Ahora ningún hombre podrá volver a unificar este país.

Continuó cojeando hasta que quedaron a un par de metros la una de la otra.

Rin desplazó la mirada por la orilla. Se encontraban en un tramo aislado de arena, escondido detrás del montón de escombros de los buques de guerra. Los únicos soldados que quedaban a la vista eran cadáveres. Nadie iba a acudir a rescatarla. Ahora solo quedaban la emperatriz y ella, enfrentándose bajo la sombra de los implacables acantilados.

—¿Cómo has conseguido romper el Sello? —le preguntó Daji—. Estaba convencida de que era imposible. No ha podido ser obra de uno de los mellizos. Si fuera así, ya lo habrían hecho hace mucho tiempo. —Ladeó la cabeza—. Ah, no, déjame adivinar. ¿Diste con la Sorqan Sira? ¿Esa vieja bruja sigue viva?

—Que te den, asesina —le espetó Rin.

—Supongo que eso significa también que has encontrado un ancla, ¿no? —Daji deslizó la mirada hacia Nezha. El joven no se movía—. Espero que no se trate de él. Está medio muerto.

—No te atrevas a tocarlo —siseó Rin.

Daji se agachó junto a Nezha y le acarició las cicatrices de la cara.

—Es muy guapo, ¿verdad? A pesar de todas las cicatrices. Me recuerda a Riga.

«Tengo que alejarla de él». La esperiliana intentó moverse y abrió mucho los ojos al hacerlo, pero sus extremidades permanecieron plantadas en el sitio. El fuego tampoco acudió a su llamada. Cuando intentó invocar al Fénix, toda su rabia acabó volcada inútilmente en su propia mente, como las olas que chocaban contra los acantilados.

—Los ketreyides me mostraron lo que hiciste —dijo en voz alta, esperando distraer así a Daji.

Funcionó. La emperatriz se levantó.

—¿De verdad?

—La Sorqan Sira nos lo mostró todo. Puedes *intentar* convencerme de que quieres salvar el Imperio, pero sé qué tipo de persona eres. Traicionas a aquellos que te prestan su ayuda y los eliminas como si no fueran nada. Te vi atacarlos, vi cómo los tres asesinasteis a Tseveri…

—Cállate —le dijo Daji—. No pronuncies ese nombre.

Rin apretó la mandíbula.

Se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole desbocado contra las costillas, mientras Daji se acercaba más a ella. Había estado soltando lo primero que se le había pasado por la cabeza. Intentaba atacar a la emperatriz con palabras para lograr apartarla de Nezha.

Pero algo había cabreado a Daji. Se le habían enrojecido las mejillas. Había entrecerrado los ojos. Parecía estar furiosa.

—Los ketreyides deberían haberse rendido —dijo con calma—. No les habríamos hecho daño si no hubieran sido unos putos cabezotas.

Daji extendió una mano pálida y le acarició la mejilla a Rin con los nudillos.

—Siempre has sido una hipócrita. Actué por necesidad, igual que tú. Somos exactamente iguales, tú y yo. Hemos obtenido más poder del que debería tener cualquier mortal, lo que significa que debemos tomar decisiones que nadie más puede tomar. El mundo es nuestro tablero de ajedrez. No es culpa nuestra que las piezas se rompan.

—Destrozas todo lo que tocas —susurró Rin.

—Y tú has matado a muchísima más gente que nosotros. ¿Sabes en qué nos diferenciamos, querida? En que tú cometiste tus crímenes de guerra por accidente y en que los míos fueron intencionados. ¿De verdad harías las cosas de otro modo si tuvieras la oportunidad?

A Rin se le relajó la mandíbula.

Daji le había dado permiso para responder.

No podía decirle que sí. Podía mentir, claro, pero eso no importaba. No allí, donde solo Daji la estaba escuchando. Y la emperatriz ya sabía la verdad.

Si le dieran otra oportunidad, si pudiera volver al momento en el que estaba en el templo del Fénix y se había enfrentado a su dios, tomaría la misma decisión. Activaría el volcán. Enterraría a Mugen bajo toneladas de roca fundida y cenizas asfixiantes.

Destruiría el país por completo y sin compasión, del mismo modo que los ejércitos mugeneses la habían tratado a ella. Y se reiría mientras lo hacía.

—¿Lo entiendes ahora? —Daji le atusó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Acompáñame. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Vete a la mierda —replicó la joven.

La emperatriz apretó la boca en una delgada línea. El poder de coacción provocó que las piernas de Rin se movieran, temblorosas, en dirección a Daji. Paso a paso, los pies de la joven se arrastraron por la arena. Le corría el sudor por las sienes. Intentó cerrar los ojos, pero no lo logró.

—Arrodíllate —le ordenó la emperatriz.

«No», declaró el Fénix.

La voz del dios era demasiado baja, un diminuto eco a lo largo de una vasta llanura. Pero allí estaba.

Rin forcejeó para mantenerse en pie. Un horrible dolor le atravesó las piernas, lo que la forzó a agacharse. Cuanto más se resistía, más intenso era. Quería gritar, pero no podía abrir la boca.

Los ojos de Daji se volvieron amarillos.

—Arrodíllate.

«No te arrodillarás», le dijo el Fénix.

El dolor se intensificó. Rin jadeó, resistiéndose ante aquella fuerza y con la mente dividida entre dos dioses ancestrales.

Solo era otra batalla. Y, como siempre, su rabia era su mayor aliada.

La rabia anularía la hipnosis de la Víbora. Daji había vendido a los esperilianos, había matado a Altan y había iniciado esa guerra. No iba a dejar que siguiera mintiéndole. No iba a dejar que siguiera torturándola y manipulándola como si fuese una presa.

Las llamas llegaron a ella a trompicones y en ráfagas, pequeñas bolas de fuego que lanzó desesperadamente desde las palmas de las manos. Daji solo tuvo que echarse a un lado con elegancia para esquivarlas, y entonces apuntó hacia la joven con la muñeca extendida. Rin se apresuró a apartarse para esquivar una aguja que no estaba allí. El repentino movimiento provocó que el artilugio roto se le clavara aún más en la espalda.

Chilló y se dobló sobre sí misma.

Daji rio.

—¿Ya has tenido suficiente?

Rin gritó.

Una pequeña corriente de *fuego* emergió de todo su cuerpo y la envolvió, la protegió y amplificó cada uno de sus movimientos.

Jamás había sentido un poder como ese.

«Entras en un estado de éxtasis», le había dicho una vez Altan. «No te cansas… No sientes dolor. Lo único que haces es destruir».

Rin siempre se había sentido muy inestable. Pasaba de no tener ningún poder a someterse por completo al Fénix. Sin embargo, *ahora* el *fuego* era suyo. Era parte de su ser. Y eso le hizo sentir tanto vértigo que estuvo a punto de romper a reír porque, por primera vez, tenía la sartén por el mango.

Que Daji se resistiera no servía de nada. Rin la hizo recular fácilmente contra el casco del barco varado más cercano a ellas en la playa. La joven hundió el puño contra la madera justo al lado de la cara de Daji, sin acertarle de lleno por cuestión de milímetros. La madera se partió y se astilló, y una humareda salió por debajo de los nudillos de Rin. Todo el barco crujió. Rin volvió a echar el puño hacia atrás y golpeó a Daji en la mandíbula.

A la emperatriz se le fue la cabeza hacia un lado como si fuera una muñeca rota. La esperiliana le había partido el labio y la sangre le resbalaba por la barbilla. Aun así, la Víbora sonreía.

—Eres tan débil —le susurró—. Cuentas con el poder de un dios, pero no tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—Ahora mismo, sé exactamente qué es lo que quiero hacer con él.

Agarró a Daji por el cuello con los dedos al rojo vivo. La piel pálida se agrietó y quemó bajo su tacto. La emperatriz comenzó a retorcerse. Rin creyó que sentiría una punzada de satisfacción.

Pero no fue así.

No podía matarla. No de ese modo. Era demasiado rápido, demasiado fácil.

Tenía que destruirla.

Desplazó las manos hacia arriba. Colocó los pulgares bajo la base de las cuencas de los ojos de Daji. Le clavó las uñas en la carne blanda.

—Mírame —siseó la emperatriz.

Rin negó con la cabeza, con los ojos bien cerrados.

Algo reventó debajo de su pulgar izquierdo. Un líquido cálido le resbaló por la muñeca.

—Ya estoy muriendo —susurró Daji—. ¿No quieres saber quién soy? ¿No quieres conocer la verdad sobre nosotros?

Rin sabía que debía ponerle fin en ese mismo instante.

Pero no podía.

Porque sí que quería conocer la verdad. Esas preguntas la habían estado torturando. Necesitaba entender por qué los mayores héroes del Imperio (Daji, Riga y su maestro, Jiang) se habían convertido en esa clase de monstruos. Y porque allí, en el momento en el que iba a ponerle fin a todo, dudaba más que nunca de estar luchando para el bando correcto.

Abrió los ojos de golpe.

Las visiones inundaron su mente.

Vio arder una ciudad igual que ardía Arlong ahora, con edificios carbonizados y ennegrecidos y cadáveres alineados en las calles. Vio una cantidad aterradora de tropas marchando en líneas uniformes mientras los habitantes de la ciudad que habían sobrevivido se agazapaban en las entradas de sus casas, con las cabezas gachas y los brazos levantados.

Ese era el Imperio nikara bajo la ocupación mugenesa.

—No pudimos hacer nada —dijo Daji—. Éramos demasiado débiles como para hacer algo cuando sus barcos llegaron a nuestras costas. Y durante las siguientes cinco décadas, cuando nos violaron, nos pegaron, nos escupieron y nos dijeron que valíamos menos que un perro, seguimos sin poder hacer nada.

Rin cerró los ojos con fuerza, pero las imágenes no desaparecieron. Vio a una niña preciosa, de pie y sola ante una pila de cadáveres, con hollín sobre el rostro y las lágrimas resbalándole por las mejillas. Vio a un joven tirado en un rincón de un callejón, hambriento y destrozado, hecho un ovillo con botellas dentadas y rotas a su alrededor. Vio a un chico de pelo blanco gritando blasfemias y agitando los puños hacia las espaldas de los soldados que se retiraban y a los que nada de eso les importaba.

—Entonces, escapamos y conseguimos tener en nuestras manos el poder para cambiar el destino del Imperio —prosiguió Daji—. ¿Y qué crees que fue lo que hicimos?

—Eso no justifica nada.

—Lo explica y lo justifica todo.

Las visiones volvieron a cambiar. Rin vio a una chica desnuda chillando y llorando junto a una cueva mientras unas serpientes se le enroscaban por el cuerpo. Vio a un chico alto agachado en la orilla con un dragón rodeándolo y provocando que las olas se elevaran cada vez más alto hasta envolverle el cuerpo por completo, como si fuera un tornado. Vio a un chico de cabello blanco a cuatro patas, golpeando el suelo con los puños mientras unas sombras se retorcían y se extendían por su espalda.

—Dime que no lo habrías dado todo —le dijo Daji—. Dime que no habrías sacrificado todo y a todos los que conoces para obtener el poder con el que recuperar tu país.

Ante los ojos de Rin pasaron meses. Lo siguiente que vio fue a los tres integrantes de la

Tríada, ya adultos, arrodillados junto al cuerpo de Tseveri, que tan solo era una chica, y la elección le pareció muy clara y obvia. ¿Qué significaba una vida en comparación con el sufrimiento de millones? ¿Y qué significaban veinte vidas? Los ketreyides eran muy pocos. ¿Tanto costaba hacer esa comparación?

¿Qué diferencia podía suponer?

—No queríamos matar a Tseveri —susurró Daji—. Ella nos había salvado. Había convencido a los ketreyides para que nos acogieran. Y Jiang la amaba.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque tuvimos que hacerlo. Porque nuestros aliados querían esas tierras y la Sorqan Sira se las había negado. Teníamos que conseguirlas por medio de la fuerza y el miedo. Solo teníamos una oportunidad para unir a los jefes militares, y no íbamos a desperdiciarla.

—Pero ¡si luego las entregaste! —gritó Rin—. ¡No las recuperaste! Se las vendiste a los mugeneses…

—Si se te estuviera pudriendo un brazo, ¿no te lo amputarías para salvar el resto de tu cuerpo? Las provincias se estaban rebelando. Estaban corruptas. Enfermas. Lo habría sacrificado todo para conseguir un frente unido. Sabía que no éramos lo bastante fuertes como para defender a todo el país, solo podríamos defender a una parte. Así que hice sacrificios.

Ya sabes cómo funciona esto, has sido comandante de los Cike. Sabes lo que tenemos que hacer a veces los gobernantes.

—Nos vendiste.

—Lo hice por ellos —dijo Daji en voz baja—. Lo hice por el Imperio que Riga me dejó. Y no entiendes lo que está en juego porque no conoces lo que es el verdadero miedo. No sabes lo mal que podrían haberse puesto las cosas.

A Daji se le entrecortó la voz.

Y, por segunda vez, Rin vio cómo su fachada se venía abajo, vio más allá de aquel cuidadoso espejismo que Daji le había estado mostrando al mundo durante décadas. Esa mujer no era la Víbora, no era la soberana manipuladora que Rin había aprendido a odiar y a temer.

Esa mujer tenía miedo. Pero no de ella.

—Siento haberte hecho daño —susurró la emperatriz—. Siento haberle hecho daño a Altan. Ojalá no hubiera tenido que hacerlo nunca. Pero tenía un plan para proteger a mi pueblo y vosotros os entrometisteis. No supisteis identificar a vuestro verdadero enemigo. No quisisteis escuchar.

En ese momento, Rin estaba furiosa con la emperatriz porque esta había conseguido que no pudiera seguir odiándola. ¿Para quién se suponía que debía combatir ahora? ¿En qué bando debía estar? No creía en la República de Vaisra, ya no. Y ni por asomo se fiaba de los hesperianos, pero no sabía qué pretendía Daji que hiciera.

—Adelante, mátame —le dijo la emperatriz—. Seguramente podrías hacerlo. Pienso defenderme, por supuesto, pero seguramente me vencerías. Si yo fuera tú, es lo que haría.

—Cállate —le espetó la esperiliana.

Quería cerrar las manos con fuerza y asfixiar a Daji hasta matarla. Pero la rabia la había abandonado. Ya no se sentía con ánimos para luchar. Quería estar enfadada. Las cosas serían mucho más sencillas si simplemente se dejara cegar por la rabia, pero esta no acudía a ella.

Daji se retorció bajo su agarre para liberarse y Rin no se lo impidió.

Fuera como fuese, la emperatriz ya estaba muerta. Tenía el rostro destrozado de forma grotesca, con un líquido negro saliéndole desde la cuenca vacía del ojo. Se tambaleó hacia un lado, palpando el barco con los dedos.

Fijó el ojo bueno en Rin.

—¿Qué crees que será de ti cuando yo ya no esté? No creas ni por un segundo que puedes confiar en Vaisra. Sin mí, el jefe militar del Dragón ya no te necesita. Vaisra se deshace sin pestañear de sus aliados cuando ya no le son de utilidad. Y si no me crees cuando te digo que eres la siguiente, es que eres idiota.

Rin sabía que la emperatriz estaba en lo cierto.

Solo que no tenía ni idea de qué hacer con esa información.

Daji negó con la cabeza y extendió las manos, abiertas y nada amenazadoras.

—Acompáñame.

Rin dio un pequeño paso adelante.

La madera crujió por encima de su cabeza. Daji se echó hacia atrás. La esperiliana tardó demasiado en levantar la mirada y ver que *el* mástil del barco se le venía encima.

Ni siquiera pudo gritar. Necesitó todas sus fuerzas para seguir respirando. El aire le entraba a bocanadas roncas y dolorosas. Sentía que la garganta se le había cerrado hasta adquirir el diámetro de una aguja. Toda la espalda le ardía con agonía.

Daji se agachó delante de ella y le acarició la mejilla.

—Me necesitarás. Ahora no lo ves, pero acabarás dándote cuenta pronto. Me necesitas mucho más de lo que los necesitas a ellos. Solo espero que sobrevivas.

Se acercó tanto a la joven que Rin pudo sentir su cálido aliento sobre la piel. Daji la agarró de la barbilla y la obligó a fijar la mirada en su ojo bueno. La esperiliana se quedó contemplando la pupila negra dentro de un anillo amarillo que latía hipnóticamente, un abismo que la alentaba a lanzarse a su interior.

—Te dejaré con esto.

Rin vio a una hermosa joven (debía de tratarse de Daji) hecha un ovillo en el suelo, desnuda y agarrando su ropa junto al pecho. Una sangre oscura le corría por los muslos pálidos. Vio a un joven Riga despatarrado en el suelo, inconsciente. Vio a Jiang tendido de costado, gritando, mientras un hombre le pateaba las costillas una y otra vez.

La esperiliana se atrevió a levantar la mirada. Su torturador no era mugenés.

Ojos azules. Cabello rubio. El soldado bajaba su bota una vez detrás de otra, y con cada golpe Rin escuchaba otra serie de crujidos.

Viajó en el tiempo, pero solo avanzó un par de minutos. El soldado ya no estaba, y los niños se aferraban los unos a los otros, llorando y manchándose entre ellos de sangre, agazapados bajo la sombra de un soldado distinto.

—Largo de aquí —dijo el hombre en una lengua con la que Rin se había familiarizado demasiado. Una lengua en la que nunca había creído que pudiera pronunciarse una palabra amable—. Ahora.

Entonces, lo comprendió todo.

Había sido un soldado hesperiano el que había violado a Daji y un soldado mugenés el que la había salvado. Ese era el círculo en el que la emperatriz se había visto atrapada desde la niñez, el eje fundamental que la había llevado a tomar cada decisión después de eso.

—Los mugeneses no eran el verdadero enemigo —murmuró Daji—. Jamás lo fueron. Solo eran unas pobres marionetas que servían a un emperador chiflado que hizo estallar una guerra que no debería haber iniciado. Pero ¿quién les dio esas ideas? ¿Quién les dijo que tenían posibilidades de conquistar el continente?

Ojos azules. Velas blancas.

—Te advertí sobre todo esto. Te lo he dicho desde el principio. Esos demonios van a destruir nuestro mundo. Los hesperianos tiene una singular visión de futuro, y nosotros no formamos parte de ella. Eso ya lo sabes. Has tenido que darte cuenta ahora que has visto cómo son. Puedo verlo en tu mirada. Sabes que son peligrosos. Sabes que necesitarás una aliada.

Rin tenía muchas preguntas, demasiadas como para enumerarlas, pero no le quedaba aliento para pronunciarlas en voz alta. Se le estaba nublando la vista, ennegreciéndosele por los bordes. Lo único que veía era el rostro pálido de Daji meciéndose por encima de ella igual que la luna.

—Piénsalo —le susurró, acariciándole la mejilla con sus dedos fríos—. Averigua para quién estás luchando. Y cuando lo hayas hecho, ven a buscarme.

—¿Rin? ¡Rin! —El rostro de Venka se cernió sobre la joven—. Joder, ¿me escuchas?

La esperiliana sintió cómo le retiraban un gran peso de la espalda y los hombros. Estaba tendida, con los ojos muy abiertos y aspirando grandes bocanadas de aire.

—Eh. —Venka chasqueó los dedos delante de ella—. ¿Cómo me llamo?

Rin gimió.

—Ayúdame, anda.

—Casi. —La otra chica le metió los brazos por debajo del estómago y la ayudó a ponerse de lado. Cada minúsculo movimiento le provocaba espasmos de dolor que le atravesaban la espalda. Se derrumbó en brazos de Venka, sin aliento a causa de la agonía.

Su amiga le recorrió la piel con las manos para comprobar si tenía alguna lesión. Rin sintió cómo detenía los dedos sobre su espalda.

—Ay, esto no pinta bien —murmuró Venka.

—¿El qué?

—Mmm, ¿puedes respirar sin problema?

—Las costillas —jadeó Rin—. Me… ¡Ay!

Venka apartó las manos de ella. Las tenía empapadas en sangre.

—Tienes una varilla clavada en la piel.

—Lo sé —respondió Rin con los dientes apretados—. Sácamela. —Echó la mano hacia atrás para intentar arrancársela ella misma, pero Venka la sujetó por la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—Si te la sacas ahora, perderás mucha sangre.

Rin era consciente de ello, pero pensar en la varilla hundiéndose cada vez más en su interior la sumía en una espiral de pánico.

—Pero…

—Respira durante un minuto, ¿de acuerdo? ¿Puedes hacer eso por mí? Solo respira.

—¿Qué pinta tiene? —La voz de Kitay. «Gracias a los dioses».

—Tiene varias costillas rotas. No te muevas, traeré una camilla. —Venka salió corriendo.

Kitay se agachó junto a Rin. Bajó el tono de voz hasta que solo fue un susurro.

—¿Qué ha pasado? ¿Y la emperatriz?

Rin tragó saliva.

—Se ha escapado.

—Obviamente. —Kitay ejerció más fuerza con los dedos sobre su hombro—. ¿Has dejado que se vaya?

—¿Qué…? ¿Cómo dices?

Su amigo le dedicó una mirada severa.

—¿Has dejado que se vaya?

¿Lo había hecho?

No sabía qué responder.

Podría haber matado a Daji. Había contado con innumerables oportunidades para quemarla, estrangularla, apuñalarla o asfixiarla hasta la muerte antes de que cayera la viga. Si hubiera querido, le habría puesto fin a todo en ese lugar y en ese momento.

¿Por qué no lo había hecho?

¿La había manipulado la Víbora para que la soltara? ¿Esa reticencia que había sentido Rin había sido producto de sus propios pensamientos o de la hipnosis de Daji? No recordaba si había decidido dejarla escapar o si simplemente la emperatriz había sido más astuta que ella y la había vencido.

—No lo sé —susurró la esperiliana.

—¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—Creía que sería tan evidente —declaró. La cabeza le daba vueltas y cerró los ojos con fuerza —. Creía que la elección sería obvia. Pero ahora sí que no lo tengo nada claro.

—Creo que te entiendo —dijo Kitay tras una larga pausa—. Pero es mejor que no compartas esto con nadie.



34

Rin se despertó con un sobresalto a causa del sonido de los gongs. Intentó salir de la cama, pero, en cuanto levantó la cabeza, un dolor insoportable le atravesó la espalda.

—Ey. —El rostro borroso de Venka apareció en su campo de visión. Apoyó una mano en el hombro de Rin y la obligó a volver a tumbarse—. No tan rápido.

—Pero es la alarma matutina —dijo Rin—. Voy a llegar tarde. Venka rio.

—¿A qué? No estás de servicio. Ninguno lo estamos.

Rin parpadeó.

—¿Cómo?

—Se ha acabado. Hemos ganado. Puedes relajarte.

Después de meses de guerra, de dormir, comer y despertarse siguiendo el mismo horario estricto, aquella afirmación le pareció tan increíble que, por un momento, no entendió esas palabras, como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿Hemos terminado? —preguntó débilmente.

—Por ahora. Pero no parezcas tan decepcionada, ya tendrás bastante que hacer cuando puedas moverte. —Venka se crujió los nudillos—. No tardaremos en ponernos con las tareas de limpieza.

A Rin le costó apoyarse sobre los codos. El dolor en la parte baja de la espalda le palpitaba al son de su corazón. Apretó los dientes para intentar ignorarlo.

—¿Qué más está pasando ahí fuera? Ponme al día.

—Bueno, el Imperio no se ha rendido exactamente. Lo han decapitado, pero las provincias más fuertes, la del Tigre, la del Caballo y la de la Serpiente, aún resisten.

—Pero si el general Carne de Lobo está muerto —dijo Rin. Venka ya estaba al corriente de eso, ya que lo había presenciado, pero decirlo en voz alta la hacía sentirse mejor.

—Sí. También hemos capturado con vida a Tsolin. Y Jun ha sobrevivido. —La joven tomó una manzana de la mesilla que había junto a la cama de Rin. Comenzó a mondarla con unos movimientos rápidos y seguros, desplazando los dedos a tanta velocidad que a la esperiliana le sorprendió que no se cortara la piel—. De algún modo, salió nadando del canal y huyó… Ya va de camino a la Provincia del Tigre. La del Caballo y la de la Serpiente le son leales, y es mejor estratega de lo que era Chang En. Nos plantarán cara. Pero la guerra no debería durar mucho

más.

—¿Por qué?

Venka señaló hacia la ventana con el cuchillo de pelar fruta.

—Contamos con ayuda.

Rin cambió de postura en la cama para poder echar un vistazo al exterior, agarrándose al alféizar de la ventana para impulsarse. En el puerto se hallaba un aparentemente infinito número de buques de guerra. Intentó calcular cuántas tropas hesperianas habría allí. ¿Miles? ¿Decenas de miles?

Debería haber sentido alivio porque la guerra civil estuviera a punto de acabarse. En cambio, cuando miraba aquellas velas blancas, lo único que era capaz de sentir era pavor.

—¿Pasa algo? —le preguntó su amiga.

Rin tomó aliento.

—Solo… estoy algo desorientada, creo.

Venka le entregó la manzana pelada.

—Come algo.

Los dedos de la esperiliana envolvieron la fruta con dificultad. Le sorprendió lo duro que le resultaba hacer algo tan sencillo como morder, lo mucho que le dolían los dientes, lo tensa que tenía la mandíbula. Tragar era una agonía. No pudo dar más que un par de bocados. Dejó la manzana.

—¿Qué ha pasado con los desertores de la Milicia?

—Un par de ellos intentaron huir hacia las montañas, pero sus caballos se asustaron cuando llegaron los dirigibles —le explicó Venka—. Acabaron pisoteados. Sus cadáveres siguen enterrados en el fango. Seguramente enviemos a un equipo para que recupere a esos caballos. ¿Cómo tienes la…? En fin, ¿cómo te sientes en general?

Rin se llevó la mano detrás para intentar palparse las heridas. Tenía la espalda y el hombro cubiertos de vendajes. Al pasarse los dedos por la zona, notó toda la piel levantada. Le dolía al tacto. Se estremeció. No quería ver qué era lo que había debajo de las vendas.

—¿Te han dicho si es muy grave lo que me ha pasado?

—¿Todavía puedes mover los dedos de los pies?

Rin se quedó inmóvil.

—Venka…

—Es broma. —La chica le sonrió—. Parece peor de lo que es. Tardarás un tiempo, pero recuperarás la movilidad por completo. Lo que más debe preocuparte son las cicatrices. Pero siempre has sido fea, así que no supondrá una gran diferencia.

La esperiliana se sentía demasiado aliviada como para enfadarse.

—Vete a la mierda.

—Hay un espejo en la parte interna de la puerta del armario. —Venka señaló hacia un rincón de la estancia y se levantó—. Te dejaré algo de privacidad.

Después de que Venka cerrara la puerta, Rin se quitó la camisa, se puso en pie con cautela y se quedó desnuda delante del espejo.

Le impactó el aspecto tan repugnante que tenía.

Siempre había sabido que no era atractiva. No podía serlo con ese tono de piel color lodo, con el rostro hosco y con el cabello corto e irregular, que jamás había sido cortado por algo mejor que

un cuchillo oxidado.

Pero ahora solo parecía rota y maltratada. Era una amalgama de cicatrices y suturas. El brazo estaba plagado de marcas redondas y blancas, producto de la cera caliente que había usado para quemarse y mantenerse despierta mientras estudiaba. En la espalda y los hombros, tenía lo que fuera que hubiera bajo esos vendajes. Y justo debajo del esternón, la huella de la mano de Altan, tan oscura y vivida como el primer día que la había visto.

Espiró despacio y se llevó la mano izquierda a la zona que le quedaba por encima del estómago. No sabía si se lo estaba imaginando, pero la sentía caliente al tacto.

—Debería pedirte disculpas —le dijo Kitay.

Rin dio un respingo. No había oído abrirse la puerta.

—Me cago en la puta…

—Perdón.

La joven corrió a ponerse la camisa.

—¡Deberías haber llamado antes!

—No sabía que estarías levantada. —Cruzó la estancia y se colocó junto a la cama—. En fin, quiero disculparme. Esa herida es culpa mía. No forré los engranajes. No tenía tiempo, así que solo me centré en que fuera funcional. La varilla se te clavó unos siete centímetros en diagonal. Los médicos han dicho que has tenido suerte de que no te haya partido la columna.

—¿Tú también lo sentiste? —le preguntó Rin.

—Solo un poco —le respondió. Estaba mintiendo y ella lo sabía, pero en ese momento tan solo agradecía que su amigo intentara que no se sintiese culpable. Kitay se levantó la camisa y se dio la vuelta para mostrarle una cicatriz blanca y pálida que le recorría la parte baja de la espalda —. Mira, creo que tienen la misma forma.

Rin escudriñó con cierta envidia las lisas líneas blancas.

—Es más bonita de lo que será la mía.

—No seas tan celosa.

La esperiliana movió las manos y las piernas con cautela para comprobar cuáles eran las limitaciones de su movilidad. Intentó levantar el brazo derecho por encima de la cabeza, pero desistió cuando sintió que iba a partirse el hombro.

—No creo que pueda volar durante un tiempo.

—Me lo imaginaba. —Kitay tomó del alféizar la manzana a medio comer y le dio un bocado —. Menos mal que no tendrás que volver a hacerlo.

Rin se sentó sobre la cama. Le dolía estar de pie durante mucho rato.

—¿Y los Cike? —preguntó.

—Todos vivitos y coleando. Ninguno con lesiones graves.

La joven asintió, aliviada.

—¿Y Feylen está…? Ya sabes, ¿bien muerto?

—¿Qué más da eso? —replicó su amigo—. Está enterrado bajo miles de toneladas de roca. Si sigue vivo ahí abajo, no nos molestará durante al menos un milenio.

Rin intentó encontrar consuelo en ello. Quería estar segura de que Feylen había muerto. Quería ver un cadáver. Pero, por ahora, con eso tendría que bastarle.

—¿Y Nezha? —preguntó.

—Ha estado aquí contigo. Constantemente. No quería irse, pero creo que al final alguien ha

conseguido convencerlo para que fuera a echarse una siesta. Menos mal. Comenzaba a apestar.

—Entonces, ¿está bien? —se apresuró a inquirir Rin.

—No del todo. —Kitay ladeó la cabeza—. Rin, ¿qué le has hecho?

La joven vaciló.

¿Podía contarle la verdad a Kitay? El secreto de Nezha era tan personal, tan profundamente doloroso, que supondría una traición horrible. Pero si no averiguaba cómo lidiar con ello, habría graves consecuencias, y no podía soportar guardárselo para sí misma. O, al menos, no podía ocultárselo a la otra mitad de su alma.

Kitay dijo en voz alta lo que ella había estado pensando.

—Nos irá mucho mejor si no me ocultas cosas.

—Es una historia algo extraña.

—Ponme a prueba.

Rin se lo contó todo, cada detalle doloroso y desagradable.

Él ni se inmutó.

—Tiene sentido, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la esperiliana.

—Nezha ha sido un capullo toda su vida. Me imagino que cuesta ser agradable cuando sufres un dolor crónico.

A Rin se le escapó una carcajada.

—No creo que sea solo por eso.

Kitay guardó silencio durante un momento.

—Entonces, ¿es por eso por lo que ha estado deprimido durante días? ¿Invocó al dragón en los Acantilados Rojos?

A ella la culpa le revolvió el estómago.

—Yo no lo obligué a hacerlo.

—¿Qué fue lo que pasó entonces?

—Estábamos en el canal. Estábamos… Bueno, yo me estaba ahogando. Pero no lo obligué a hacer nada. No fue cosa mía.

Lo que quería era que Kitay le dijera que no había hecho nada malo. Sin embargo, como de costumbre, lo único que hizo su amigo fue decirle la verdad.

—No hacía falta que lo obligaras. ¿Crees que Nezha iba a dejarte morir? ¿Después de que lo llamases cobarde?

—El dolor no es para tanto —insistió la joven—. No es tan malo como para hacer que quieras morir. Tú lo has sentido. Ambos hemos sobrevivido a él.

—No sabes con qué intensidad lo sentirá él.

—Es imposible que sea peor que el nuestro.

—Tal vez sí que lo sea. Tal vez sea peor de lo que te puedas imaginar.

Rin se llevó las rodillas al pecho.

—Nunca quise hacerle daño.

El tono de voz de Kitay no transmitía ninguna crítica, solo pura curiosidad.

—Entonces, ¿por qué le dijiste esas cosas?

—Porque su vida no le pertenece tan solo a él —replicó Rin, repitiendo las palabras que le había oído decir a Vaisra hacía ya tanto tiempo—. Porque, cuando tienes tanto poder, es egoísta

no hacer nada solo porque tengas miedo.

No obstante, no era solo eso.

Rin sentía celos. Celos por que Nezha tuviera acceso a un poder tan *enorme y jamás se* hubiera planteado usarlo. Celos por que toda la identidad y el valor de su amigo no dependieran de sus capacidades chamánicas. Nunca nadie se había referido a él limitándose a su raza. Nunca lo habían usado como un arma. Ambos habían sido reclamados por los dioses, pero Nezha podía jugar a ser el principito de la dinastía Yin, podía librarse de las experimentaciones de los hesperianos, y a ella no le quedaba otra que ser la última heredera de una trágica raza.

Kitay era consciente de ello. Sabía todo lo que se le pasaba a Rin por la cabeza.

Permaneció sentado en silencio durante largo rato.

—Voy a decirte algo —declaró al fin—. Y no quiero que te lo tomes como una crítica, sino como una advertencia.

La esperiliana le dedicó una mirada recelosa.

—¿Qué?

—Conoces a Nezha desde hace unos años —dijo—. Lo conociste cuando ya había perfeccionado sus máscaras e ínfulas. Pero yo lo conozco desde que éramos niños. Crees que es invencible, pero es más frágil de lo que piensas. Sí, sé que es un capullo. Pero también sé que se tiraría desde un precipicio por ti. Por favor, deja de intentar que se desmorone.

El juicio de Ang Tsolin se celebró a la mañana siguiente en una plataforma elevada frente al palacio. Los soldados republicanos ocuparon el patio que quedaba debajo, todos con el mismo gesto de frío resentimiento. Se había prohibido la asistencia de civiles. La noticia de la traición de Tsolin ya era de dominio público, pero Vaisra no quería que se produjeran disturbios. No quería que Tsolin muriese en mitad del caos. Quería darle a su viejo maestro una muerte ejecutada de forma precisa y limpia, que cada segundo de silencio se alargara todo lo posible.

El capitán Eriden y sus guardias condujeron a Tsolin hasta lo alto de la plataforma. Le habían permitido conservar su dignidad. No tenía los ojos vendados ni estaba maniatado. Si las circunstancias hubieran sido otras, habría estado allí para recibir los más altos honores.

Vaisra se encontró con Tsolin en el centro de la plataforma, le entregó una espada envainada y se inclinó hacia delante para murmurarle algo en el oído.

—¿Qué está pasando? —le susurró Rin a Kitay.

—Le está dando la opción de suicidarse —le explicó—. Un final respetable para un traidor caído en desgracia. Pero solo se lo permitirá si Tsolin confiesa y se arrepiente de sus errores.

—¿Y lo hará?

—Lo dudo. Ni siquiera un suicidio honorable puede hacer que se olvide ese tipo de deshonra.

Tsolin y Vaisra seguían de pie sobre la plataforma, mirándose el uno al otro en silencio. Entonces, Tsolin negó con la cabeza y le devolvió la espada.

—Tu régimen es una democracia de títeres —le dijo en voz alta—. Y lo único que has hecho es entregar tu país para que unos demonios de ojos azules lo gobiernen.

Un murmullo de inquietud se extendió entre los soldados.

Vaisra examinó a la multitud con la mirada, que acabó fijando en Rin. La señaló con un dedo.

—Ven aquí —le dijo.

Rin miró a su alrededor con la esperanza de que estuviese señalando a otra persona.

—Ve —masculló Kitay.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Tú qué crees?

Ella palideció.

—No pienso hacerlo.

Kitay le dio un golpecito.

—Es mejor que no le des demasiadas vueltas.

La joven arrastró los pies hacia delante, apoyándose en exceso sobre su bastón. Todavía no podía caminar del todo. Lo peor era el dolor en la parte baja de la espalda, porque no estaba localizado. El nódulo parecía conectado a cada músculo de su cuerpo. Cada vez que daba un paso o movía los brazos, sentía como si la estuvieran apuñalando.

Los soldados se echaron a un lado para dejarla pasar a la plataforma. La joven ascendió con pasos cortos y temblorosos. Cada uno de ellos hacía que sintiera un doloroso tirón de las suturas de la espalda.

Por fin, se detuvo frente al jefe militar de la Serpiente. El hombre la miró a los ojos con hastío. Incluso en ese instante, cuando estaba completamente a su merced, seguía pareciendo tenerle lástima a la esperiliana.

—Una marioneta hasta el final —susurró Tsolin, tan bajo que solo ella pudo escucharlo—. ¿Cuándo vas a aprender?

—No soy ninguna marioneta —replicó ella.

Tsolin sacudió la cabeza.

—Creía que tú serías la inteligente. Pero has dejado que te lo arrebate todo, y te has dedicado a arrodillarte como una ramera.

Rin le hubiera respondido, pero Vaisra habló por encima de ella.

—Hazlo —le dijo con frialdad.

La joven no tuvo que preguntarle a qué se refería. Sabía lo que quería de ella. Ahora mismo, a no ser que deseara levantar sospechas, tenía que seguir actuando como el arma obediente de la República de Vaisra.

Apoyó la mano derecha sobre el pecho de Tsolin, justo sobre su corazón, y empujó. Curvó los dedos, de los que le salían unas llamas tan candentes que sus uñas le atravesaron directamente la piel, igual que si estuviera clavándolas sobre tofu blando.

Tsolin se retorció y se sacudió, pero mantuvo la boca cerrada. Rin se detuvo, maravillada por que el hombre pudiera aguantar tanto tiempo sin gritar.

—Es usted valiente —le dijo.

—Y tú vas a morir —jadeó Tsolin—. Eres una idiota.

Rin cerró los dedos alrededor de lo que le pareció que era su corazón. Apretó. A Tsolin se le cayó la cabeza hacia delante. Por detrás del hombro hundido del jefe militar de la Serpiente, vio que Vaisra asentía y sonreía.

Después de aquello, Rin quiso marcharse de Arlong inmediatamente. Sin embargo, Kitay argumentó que no lograrían recorrer ni un kilómetro del canal, así que ella acabó accediendo a

regañadientes. Aún no podía caminar en condiciones, y mucho menos correr. Sus heridas abiertas requerían chequeos diarios en la enfermería, y ninguno de los dos contaba con los conocimientos médicos suficientes como para hacerlo ellos mismos.

Tampoco contaban con un plan de huida. Por parte de Moag solo había silencio. Si se marchaban ahora, tendrían que hacer el viaje a pie. A no ser que pudieran robar una pequeña embarcación, pero la seguridad del puerto de Arlong era demasiado sólida como para lograrlo.

No les quedaba otra que esperar, al menos hasta que Rin se hubiera recuperado lo suficiente como para poder participar en un enfrentamiento.

Todo se hallaba suspendido en un tenso equilibrio. Rin no tuvo contacto con Vaisra ni con los hesperianos. La hermana Petra no la había convocado para realizarle un examen desde hacia meses. Rin y Kitay no hicieron nada que evidenciara su intención de escapar. Vaisra no tenía ningún motivo para sospechar que las lealtades de la esperiliana habían cambiado, así que la joven contaba con bastante libertad de movimiento. Eso le dio tiempo para concebir cuál sería su siguiente paso. Era un ratón que se acercaba cada vez más a la trampa. Se le tirarían encima cuando hiciese algo para escapar, pero solo entonces.

Una semana después de la ejecución de Tsolin, los sirvientes de palacio le llevaron un paquete pesado y envuelto en seda a su habitación. Cuando lo desenvolvió, encontró en el interior un vestido ceremonial e instrucciones de ponérselo y presentarse en la plataforma dentro de una hora.

Rin aún no podía levantar los brazos a la altura de la cabeza, así que le pidió ayuda a Venka.

—¿Qué coño voy a hacer con esto? —La joven sostenía en alto un retal del mismo tejido del vestido.

—Cálmate. Es un chal. Te envuelves los hombros con él. —Venka le quitó el retal y se lo colocó sobre la parte superior de los brazos—. Así. Para que caiga como si fuera agua, ¿ves?

Rin se estaba acalorando y se sentía cada vez más frustrada como para que le importara la caída de las prendas. Tomó otro retal en forma de rectángulo que le parecía idéntico al chal.

—¿Y esto qué?

Venka parpadeó en su dirección, mirándola como si fuera idiota.

—Eso te lo atas alrededor de la cintura.

La esperiliana creía que era una gran injusticia que, a pesar de sus lesiones, fueran a obligarla a participar en el desfile de la victoria. Vaisra había insistido en que era crucial por una cuestión de decoro. Quería montar un espectáculo para los hesperianos. Una muestra de la gratitud y la etiqueta nikara. Una prueba de que eran civilizados.

Rin estaba harta de tener que demostrar su humanidad.

El vestido estaba acabando con su paciencia. Esa maldita cosa daba mucho calor, era agobiante y tan estrecho que le restringía la movilidad hasta el punto de que le costaba respirar. Para ponérselo, debía tener en cuenta tantas piezas distintas que estuvo tentada de tirarlo todo al suelo y prenderle fuego.

Venka profirió un sonido de disgusto mientras observaba a Rin abrocharse la faja alrededor de la cintura con un rápido nudo marinero.

—Eso queda horrendo.

—Si no lo hago así, se me va a deshacer.

—Hay más de un modo de atar un nudo. Y, además, ese está demasiado suelto. Parece que te

hayan pillado pegándote el lote con un cortesano.

Rin tiró de la faja hasta que le presionó las costillas.

—¿Así mejor?

—Más prieta.

—Pero no puedo respirar.

—De eso se trata. Deja de apretar cuando sientas que las costillas se te van a partir.

—Creo que mis costillas ya están partidas. Es la segunda vez que me pasa.

—Entonces, que te pase una tercera no puede hacerte mucho más daño. —Venka le arrebató la faja de las manos y comenzó a atar el nudo ella misma—. Eres increíble.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Cómo es posible que hayas llegado tan lejos sin aprender ningún ardid femenino?

Era una frase tan absurda que Rin resopló contra su manga.

—Somos soldados. ¿Dónde has aprendido tú los ardides femeninos?

—Soy de la aristocracia. Durante toda mi vida, mis padres estuvieron decididos a casarme con algún ministro. —Sonrió con amargura—. Les disgustó ligeramente que me uniera al ejército en lugar de hacer eso.

—¿No querían que acudieras a Sinegard? —le preguntó Rin.

—No, detestaban la idea. Pero yo insistí. Quería gloria y atención. Quería que se escribieran historias sobre mí. Y mira cómo me ha salido la jugada. —Venka tiró con fuerza del nudo—. Por cierto, tienes visita.

Rin se dio la vuelta.

Nezha se hallaba en el umbral de la puerta, con las manos colgando de forma incómoda a los costados. Se aclaró la garganta.

—Hola.

Venka le dio una palmada a Rin en el hombro.

—Pásalo bien.

—Qué nudo más bonito —dijo Nezha.

Venka le guiñó un ojo al pasar por su lado.

—Es incluso más bonito visto en ella.

A Rin le dio la sensación de que el chirrido de la puerta al cerrarse era el sonido más fuerte que había escuchado nunca.

Nezha cruzó la estancia para plantarse a su lado, delante del espejo. Se miraron a través del cristal. A Rin le sorprendió lo diferentes que eran entre ellos. Nezha era mucho más alto, su piel parecía mucho más pálida en comparación con la de ella, y aquel atuendo ceremonial le quedaba natural y elegante.

Rin tenía un aspecto ridículo. Pero él parecía encajar con todo aquello.

—Tienes buen aspecto —le dijo el chico.

Ella resopló.

—No me mientas a la cara.

—Jamás te mentiría.

A eso le siguió un silencio tenso.

Parecía obvio el asunto que debían tratar en ese momento, pero Rin no sabía cómo sacar el tema. Nunca sabía cómo mencionar determinadas cosas estando con él. Nezha era impredecible.

En un momento era cálido y, al siguiente, frío. Nunca sabía a qué atenerse con él, si podía confiar en él, y eso era increíblemente frustrante, porque, aparte de Kitay, Nezha era la única persona a la que quería contárselo todo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Rin al fin.

—Sobreviviré —dijo él simplemente.

La joven esperó a que continuara, pero Nezha no lo hizo.

A ella le aterrorizaba decir algo más. Sabía que se había abierto un abismo entre ambos, pero no sabía cómo cerrarlo.

—Gracias —dijo.

Nezha arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—No tenías por qué salvarme. No tenías por qué… hacer lo que hiciste.

—Sí, sí tenía que hacerlo. —Rin no sabía si ese tono desenfadado era forzado o no—. ¿Cómo habría quedado si hubiera dejado morir a la última esperiliana?

—Sufriste —siguió Rin. «Y te obligué a inhalar bastante opio como para matar a un ternero»—. Lo siento.

—No es culpa tuya —le dijo él—. Todo está bien entre nosotros.

Pero no estaba bien. Algo se había roto entre ellos, y Rin estaba segura de que era culpa suya. Solo que no sabía cómo arreglarlo.

—Vale. —La joven rompió el silencio. No podía seguir soportando aquello, necesitaba salir corriendo—. Voy a buscar a…

—¿La viste morir? —le preguntó Nezha abruptamente, sobresaltándola.

—¿A quién?

—A Daji. No encontramos su cadáver.

—Ya informé de todo a tu padre —le dijo. Le había contado a Vaisra y a Eriden que Daji estaba muerta, que se había ahogado y hundido en el fondo del Murui.

—Sé qué es lo que le dijiste. Ahora quiero que me cuentes a mí la verdad.

—Esa es la verdad.

La voz de Nezha se endureció.

—No me mientas.

Rin se cruzó de brazos.

—¿Por qué iba a mentirte sobre eso?

—Porque no hemos encontrado ningún cuerpo.

—Estaba atrapada debajo de un mástil, Nezha. Estaba demasiado ocupada intentando no morir como para poder pensar.

—Entonces, ¿por qué le has dicho a mi padre que está muerta?

—¡Porque creo que lo está! —Rin no tardó en sacarse una explicación de la manga—. Vi a Feylen destruir ese barco. La vi caer al agua. Y si no podéis encontrar el cuerpo, es porque está enterrada en el fondo con los otros diez mil cadáveres que atascan vuestro canal. Lo que no entiendo es por qué te comportas como si fuera una traidora, cuando he matado a un dios para vosotros.

—Perdona. —Nezha suspiró—. No, tienes razón. Es… Es que quiero que seamos capaces de confiar el uno en el otro.

Su mirada irradiaba sinceridad. Se había tragado lo que Rin le había dicho.

La joven soltó un suspiro, maravillada por haberse librado por los pelos.

—Nunca te he mentido. —Apoyó una mano sobre el brazo de Nezha. Era muy fácil hacer eso. No tenía que fingir afecto por él. Se sentía bien cuando le decía a Nezha lo que quería oír—. Y jamás lo haré, lo juro.

El joven le dedicó una sonrisa. Una verdadera sonrisa.

—Me gusta cuando estamos en el mismo bando.

—A mí también —le dijo ella, y no era mentira. Deseaba con todas sus fuerzas que eso pudiera seguir siendo así.

La asistencia al desfile fue patética. A Rin no le sorprendió. En Tikany, la gente solo acudía a los festivales por la promesa de comida y bebida gratis, pero a Arlong, una ciudad azotada por la guerra, no le sobraban recursos. Vaisra había ordenado que se distribuyera por la ciudad una ración extra de arroz y pescado. Sin embargo, los civiles, que acababan de perder sus hogares y a sus familias, no tenían nada que celebrar.

Rin seguía sin poder caminar del todo bien. Dejó de usar el bastón, pero no podía desplazarse más de un metro sin acabar agotada, y sentía un profundo dolor en los brazos y las piernas que parecía estar empeorando.

—Podemos pedir que te suban a un palanquín si es necesario —le había dicho Kitay cuando la había visto con dificultades para subir a la plataforma.

Rin se agarró al brazo que le ofreció.

—Caminaré.

—Pero estás sufriendo.

—Toda la ciudad está sufriendo —dijo—. De eso se trata.

No había visto la ciudad, salvo la enfermería, hasta ese momento. Era duro presenciar toda esa devastación. Los incendios habían seguido activos a las afueras de la ciudad durante casi un día entero después de la batalla, y solo se habían extinguido gracias a la lluvia. El palacio permaneció intacto, aunque su base estaba ennegrecida. La exuberante vegetación de las islas entre los canales había sido reemplazada por árboles muertos y cenizas. Las enfermerías estaban atestadas de heridos. Los muertos yacían en filas ordenadas junto a la playa, esperando a recibir un entierro en condiciones.

El desfile de Vaisra no celebraba la victoria, sino que reconocía el sacrificio. Rin agradecía que fuera así. No había músicos escandalosos ni flagrantes muestras de riqueza y poder. El ejército recorría las calles como muestra de que habían sobrevivido, de que la República seguía viva.

Saikhara encabezaba la procesión con un aspecto arrebatador, luciendo ropajes en tonos cerúleos y plateados. Vaisra iba detrás de ella. Su cabello contaba con más mechones canosos de los que tenía hacía unos meses y caminaba con una leve cojera. Sin embargo, hasta esos signos de debilidad parecían aportarle más dignidad. Vestía igual que un emperador, y Saikhara parecía su emperatriz. Ella era la madre divina y él salvador, padre y gobernante al mismo tiempo.

Detrás de la pareja celestial se hallaba todo el poder militar de Occidente. Los soldados hesperianos se alineaban en las calles. Sus dirigibles flotaban despacio por encima de todos ellos. Tal Vez Vaisra hubiera prometido instaurar un Gobierno democrático, pero si pretendía reclamar

la totalidad del Imperio, Rin dudaba que nadie fuera a detenerlo.

—¿Dónde están los jefes militares del sur? —preguntó Kitay. No dejaba de girarse para poder echarle un vistazo a la fila de generales—. No los he visto en todo el día.

Rin examinó a la multitud. Su amigo tenía razón. Los jefes militares se habían ausentado. Tampoco veía ni a un solo refugiado del sur.

—¿Crees que se habrán marchado? —le preguntó al chico.

—Sé que no lo han hecho. Los valles siguen hasta arriba de campamentos de refugiados. Creo que simplemente han decidido no presentarse.

—¿En señal de protesta?

—Supongo que tiene sentido —le dijo Kitay—. Esta victoria no ha sido suya.

Rin podía comprenderlo. La victoria en los Acantilados Rojos había resuelto muy pocos de los problemas del sur. Las tropas sureñas se habían desangrado por un régimen que tan solo iba a continuar tratándolos como un sacrificio necesario. Sin embargo, los jefes militares estaban siendo imprudentes al llevar a cabo una protesta simbólica. Necesitaban que las tropas hesperianas se deshiciesen de los enclaves de la Federación en sus provincias natales. Deberían haber estado haciendo todo lo posible para volver a ganarse el favor de Vaisra.

En cambio, estaban dejando claro dónde residían sus lealtades, igual que habían hecho con Rin días atrás en ese callejón.

La joven se preguntaba qué supondría eso para la República. El sur no había hecho una declaración abierta de guerra.

Sin embargo, tampoco había mostrado ninguna cooperación complaciente. ¿Enviaría ahora Vaisra esos dirigibles armados a conquistar Tikany?

Rin planeaba marcharse mucho antes de que sucediera eso.

La procesión culminó en un rito funerario para los fallecidos en la ribera. A ese acto asistió mucha más gente. Una gran masa de civiles se agrupó bajo los acantilados. Rin no sabía si se trataba del efecto del reflejo de los Acantilados Rojos sobre el agua, pero parecía como si el canal siguiera cubierto de sangre.

Los generales y los almirantes de Vaisra formaron una fila ordenada en la playa. Las cintas colocadas sobre unos postes indicaban qué personas con un determinado rango estaban ausentes. Rin contó más cintas que personas.

—Se van a matar a cavar. —La joven miró hacia las pilas de cadáveres, empapados y podridos. Los soldados habían estado días pasando redes de arrastre por el canal en busca de cuerpos, ya que, de lo contrario, estos habrían contaminado el agua con el sabor repugnante de la putrefacción durante años.

—En Arlong no entierran a sus muertos —le explicó Kitay—. Los envían al mar.

Ambos contemplaron cómo los soldados cargaban pirámides de cadáveres en unas balsas y luego las empujaban hacia el agua una a una. Cada balsa estaba envuelta por una mortaja funeraria empapada en aceite. Tras la orden de Vaisra, los hombres de Eriden dispararon un aluvión de flechas en llamas hacia la flota de cadáveres. Cada una acertó en un blanco. Las piras se prendieron con un chisporroteo sonoro y satisfactorio.

—Eso podría haberlo hecho yo —dijo Rin.

—Si lo hicieras tú, no tendría el mismo significado.

—¿Por qué?

—Porque lo que le da significado es la posibilidad de que tal vez no acierten al disparar. —Kitay señaló con la cabeza por detrás de Rin—. Mira quién está aquí.

Rin siguió su mirada hasta encontrar a Ramsa, Baji y Suni de pie en el borde de la orilla, algo apartados del resto de los civiles. Le devolvían la mirada. Ramsa la saludó con la mano.

La joven no pudo evitar sonreír, aliviada.

No había tenido la oportunidad de hablar con los Cike desde la víspera de la batalla. Sabía que estaban bien, pero no les habían permitido el acceso a la enfermería, y ella no había querido montar un número por miedo a levantar sospechas entre los hesperianos. Tal vez esa fuera la única oportunidad que tendrían para hablar en privado.

Se inclinó hacia Kitay para murmurarle al oído:

—¿Nos está mirando alguien?

—Creo que está todo despejado. Date prisa.

Rin arrastró los pies, cojeando lo más rápido posible para llegar a la orilla.

—Veo que por fin te han dejado salir de la granja de la muerte —le dijo Baji a modo de saludo.

—¿«La granja de la muerte»? —repitió Rin.

—Es como llama Ramsa a la enfermería.

—La llamo así porque de allí salen a diario cadáveres en carretas para cargar grano —explicó el chico—. Me alegro de que tú no hayas salido en una de ellas.

—¿Cómo de mal te encuentras? —le preguntó Baji.

Por instinto, Rin se pasó los dedos por la parte baja de la espalda.

—Es soportable. Duele, pero ya puedo caminar sin ayuda. ¿Habéis salido todos ilesos?

—Más o menos. —Baji le mostró sus espinillas vendadas—. Me las arañé al saltar de un barco. Ramsa lanzó una bomba demasiado tarde y se quemó una rodilla. Suni está perfectamente. Este hombre puede sobrevivir a lo que sea.

—Bien —respondió Rin. Echó un vistazo rápido alrededor de la playa. Nadie les estaba prestando atención. La multitud tenía la vista fija en las piras funerarias. De todas formas, la esperiliana bajó la voz—. No podemos quedarnos aquí. Preparaos para huir.

—¿Cuándo? —le preguntó Baji. Ninguno de los tres se mostró sorprendido. Parecían haber estado esperando esa orden.

—Pronto. Aquí no estamos a salvo. Vaisra ya no nos necesita, y no podemos contar con su protección. Los hesperianos no saben que Suni y tú sois chamanes, así que tenemos algo de margen. Kitay no cree que vayan a actuar de inmediato, pero tampoco deberíamos retrasarlo mucho.

—Gracias a los dioses —dijo Ramsa—. No los soporto. Huelen fatal.

Baji lo miró.

—¿En serio? ¿Esa es tu mayor queja? ¿Qué huelen fatal?

—Son apestosos —insistió el chico—. Huelen como a tofu pasado.

Suni habló por primera vez.

—Si tan preocupada estás, ¿por qué no nos marchamos esta noche?

—Podría funcionar —dijo Rin.

—¿Alguna instrucción específica? —le preguntó Ramsa.

—No tengo ningún plan más allá de escaparnos. Hemos intentado aliarnos con Moag, pero

no nos ha respondido. Tendremos que salir de la ciudad por nuestros propios medios.

—Solo hay un problema —dijo Baji—. A Suni y a mí nos toca guardia esta noche. ¿No crees que sospecharán algo si no nos presentamos allí?

Rin dio por sentado que ese era precisamente el motivo por el que les habían asignado el turno de noche

—¿Cuándo acabáis? —les preguntó.

—Una hora antes del amanecer.

—Pues nos iremos entonces —dijo—. Dirigios directamente a los acantilados. No esperéis en la entrada, eso solo llamaría la atención. Ya pensaremos qué hacer una vez que hayamos salido de la ciudad. ¿Os parece bien?

—Sí —dijo Baji. Ramsa y Suni asintieron.

No tenían nada más que hablar. Permanecieron juntos durante otro par de minutos mientras contemplaban el funeral en silencio. Las llamas de las piras ardían con intensidad. Rin no sabía qué era lo que empujaba las balsas mar adentro, pero la forma en la que las llamas emborronaban el aire era extrañamente hipnotizante.

—Es bonito —declaró Baji.

—Sí —convino la esperiliana—. Sí que lo es.

—Sabéis qué será lo que les sucederá, ¿verdad? —dijo Ramsa—. Estarán flotando durante unos tres días. Luego, las balsas comenzarán a romperse. La madera quemada es endeble y los cadáveres pesan un huevo. Se hundirán en el océano, donde se abotargarán y se desmenuzarán, a no ser que antes los peces se lo coman todo excepto los huesos.

La voz nerviosa del chico se extendió por la quietud del aire matutino. Algunos de los asistentes giraron la cabeza en su dirección.

—¿Quieres parar ya? —murmuró Rin.

—Perdón —dijo Ramsa—. Solo digo que deberían haberlos quemado en tierra firme.

—No creo que tengan ahí todos los cuerpos —dijo Baji—. En el río llegué a ver muchos más cadáveres que esos. ¿Cuántos soldados imperiales creéis que siguen ahí abajo?

Rin le lanzó una mirada.

—Por favor, Baji…

—¿Sabes? Es gracioso. Los peces se alimentarán de los cadáveres. Luego, nosotros nos comeremos los peces, y literalmente estaremos alimentándonos de la carne de nuestros enemigos.

Ella lo contempló con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Por qué tienes que hacer eso?

—¿Qué? ¿No te parece gracioso? —La rodeó con un brazo por los hombros—. Eh, no llores… Lo siento.

Rin tragó saliva. No había tenido la intención de llorar. Ni siquiera estaba segura de por qué lloraba. No conocía a ninguno de los cadáveres que conformaban las piras, y no tenía ningún motivo para estar de luto.

Esos cadáveres no habían sido obra suya. Pero, aun así, se sentía miserable.

—No me gusta sentirme así —susurró la joven.

—A mí tampoco, niña. —Baji le frotó el hombro—. Pero así es la guerra. Y, ya que estamos, es mejor formar parte del bando vencedor.



35

Esa noche Rin no pudo dormir. Se sentó en la cama de la enfermería y miró por la ventana hacia el puerto en calma, contando los minutos que quedaban para que amaneciera. Quería pasear por el pasillo, pero no podía dejar que al personal de la enfermería le extrañase su comportamiento. También deseaba desesperadamente poder estar con Kitay, repasar de nuevo con él, por última vez, cada imprevisto posible, pero habían estado durmiendo en habitaciones distintas cada noche. No podía arriesgarse a dar alguna pista de su intención de marcharse hasta que hubieran cruzado las puertas de la *ciudad*.

No recogió nada. Tenía muy pocas pertenencias que le importaran. Llevaría consigo su espada larga de repuesto, la que no había perdido en el fondo del canal, y la ropa con la que iba vestida. Dejaría el resto de sus cosas atrás, en los barracones. Cuanto más se llevara consigo, antes se daría cuenta Vaisra de que se había largado para siempre.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer una vez que se hubiese marchado. Moag aún no le había respondido a la misiva. Tal vez ni siquiera la hubiera recibido. Quizás sí que lo había hecho, pero había decidido ignorarla. O tal vez se la había mostrado de inmediato a Vaisra.

Quizás Ankhiluun había sido una malísima apuesta. Pero a la esperiliana no le quedaban más opciones.

Lo único que sabía era que tenía que salir de la ciudad. Por primera vez, necesitaba ir un paso por delante de Vaisra.

Nadie sospechaba que podía marcharse, lo que significaba que nadie iba a impedírselo.

Esa era la única ventaja con la que contaba, pero ya se las arreglaría una vez que dejara atrás los Acantilados Rojos.

—¿Te apetece un trago? —le preguntó alguien.

Rin se sobresaltó y llevó las manos hacia su espada.

—Por las tetas del Tigre —dijo Nezha—. Soy yo.

—Perdona —jadeó. ¿Podría su amigo verle el miedo en la cara? Se apresuró a controlar su expresión facial, intentando transmitir calma—. Sigo algo nerviosa. Cada ruido que escucho me recuerda a un cañonazo.

—Sé lo que se siente. —Nezha alzó una jarra—. Tal vez esto te ayude.

—¿Qué es?

—Vino de sorgo. No estamos de servicio por primera vez desde hace mucho tiempo. —Esbozó una sonrisa—. Vamos a emborracharnos.

—¿Quiénes? —preguntó Rin con cautela.

—Venka y yo. Podemos ir a buscar también a Kitay. —Le tendió una mano—. Vamos. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

Rin vaciló, dándole vueltas a la cabeza.

Era una malísima idea emborracharse la víspera de su huida. Pero Nezha podría sospechar algo si tanto Kitay como ella lo rechazaban. Tenía razón… Ni su ancla ni ella tenían ninguna excusa plausible para estar en otra parte. Ninguno de ellos había estado de servicio desde que los hesperianos habían atracado en el muelle.

Si no entraba en sus planes convertirse en una traidora, ¿por qué iba a negarse a acompañarlo?

—Vamos —repitió él—. Un par de jarras no te harán daño.

Rin consiguió sonreír y le tomó la mano.

—Me has leído la mente.

Intentó calmar sus pulsaciones aceleradas mientras lo seguía fuera de los barracones.

No pasaba nada. Podía permitirse ese divertimiento. Una vez que abandonara Arlong, tal vez nunca más volviera a ver a Nezha. Sabía que, a pesar del vínculo que compartían, su amigo jamás iba a abandonar a su padre. Rin no quería que la recordase como a una traidora, sino como a una amiga.

Tenía de margen hasta al menos una hora antes del amanecer. Ya que estaba, podía intentar despedirse en condiciones.

Rin no sabía de dónde habían sacado Nezha y Venka tanto licor en una ciudad que prohibía su venta a los soldados. Cuando salió de la enfermería, Venka estaba esperándolos en la calle con una carreta llena de jarras selladas. Nezha fue a buscar a Kitay a los barracones. Luego, todos empujaron la carreta hasta la torre más alta del palacio, con vistas a los Acantilados Rojos, donde se sentaron y escudriñaron el naufragio de las flotas que quedaba debajo.

Durante los primeros minutos, ninguno dijo nada. Bebieron con avidez, intentando emborracharse lo máximo posible. No tardaron mucho en conseguirlo.

Venka le dio una patada a Nezha en el pie.

—¿Estás seguro de que no pueden encerrarnos por esto?

—Acabamos de ganar la batalla más importante en la historia del Imperio. —El joven general le dedicó una sonrisa perezosa—. Creo que no pasará nada porque bebas.

—Está intentando incriminarnos —dijo Rin.

Ella no había tenido intención de empezar a beber. Pero Venka y Nezha habían estado presionándola, y no había sabido cómo decirles que no sin levantar sospechas. Y luego, una vez que había comenzado, era cada vez más difícil dejarlo. Los primeros tragos de vino de sorgo eran los que peor sabían, ya que parecía que le abrasaban el esófago, pero no tardaban en entumecerle deliciosa y vertiginosamente todo el cuerpo. Entonces, era cuando el vino comenzaba a saber a agua.

«Se me pasará la borrachera en un par de horas», pensó débilmente. Para el amanecer ya estaría sobria.

—Creedme —comentó Nezha—, no me haría falta todo esto para incriminaros a cualquiera de vosotros.

Venka olisqueó su jarra.

—Esto es asqueroso.

—¿Qué preferirías beber? —le preguntó Nezha.

—Vino de arroz de bambú.

—Qué exigente es la señorita —dijo Kitay.

—Te lo conseguiré —le prometió Nezha.

—«Te lo conseguiré» —lo imitó el otro chico.

—¿Algún problema?

—No, solo tengo una pregunta. ¿Alguna vez te has planteado dejar de ser un capullo pretencioso?

Nezha soltó su jarra.

—¿Alguna vez te has planteado que estás demasiado cerca del borde del tejado?

—Chicos, chicos. —Venka jugueteaba con su pelo entre los dedos mientras Kitay le tiraba gotas de vino a Nezha.

—Para ya —estalló el joven general.

—Oblígame.

Rin bebía sin parar, observando con los ojos entrecerrados cómo Nezha se deslizaba de rodillas por la torre y tiraba a Kitay al suelo. Suponía que debía preocuparle que pudieran caerse por el borde, pero, con lo borracha que estaba, todo aquello le parecía muy gracioso.

—He aprendido algo —anunció Kitay de repente, quitándose a Nezha de encima.

—Siempre estás aprendiendo cosas —declaró Venka—. Kitay el académico.

—Soy un hombre intelectualmente curioso —respondió el aludido.

—Siempre en la biblioteca. ¿Sabes? Una vez aposté que en Sinegard te pasabas todo el tiempo allí metido masturbándote.

Kitay escupió el vino que tenía en la boca.

—¿Qué?

Venka apoyó la barbilla sobre las manos.

—¿Y bien? ¿Es verdad? Porque, si es así, me gustaría recuperar mi dinero.

Kitay la ignoró.

—Lo que quería decir… Escuchadme, chicos. Esto es interesante. ¿Sabéis por qué las tropas de la Milicia luchaban como si jamás hubieran blandido una espada?

—Luchaban con algo más de destreza que eso —dijo Nezha.

—No quiero hablar sobre las tropas —se quejó Venka.

Nezha le dio un codazo.

—Dale el gusto. Si no, no se callará.

—Fue por la malaria —dijo Kitay. Al principio, parecía que le hubiera entrado un ataque de hipo, pero luego se tumbó de costado, riéndose con tantas ganas que le tembló todo el cuerpo. Rin se dio cuenta de que estaba borracho. Tal vez más borracho que ella, a pesar del riesgo que eso suponía.

Kitay debía de estar sintiéndose igual que Rin: feliz. Muy feliz de, por una vez, estar en compañía de amigos que no corrían peligro. Además, sospechaba que él también quería olvidar la

realidad e infringir las normas, ignorar el hecho de que estaban a punto de separarse para siempre y limitarse a compartir esas últimas jarras de vino con ellos.

Ella no quería que amaneciera. Quería alargar ese momento todo lo posible.

—No están acostumbrados a las enfermedades del sur —prosiguió Kitay—. Los mosquitos los debilitaron mucho más que cualquier cosa que les hiciéramos nosotros. ¿No os parece alucinante?

—Fascinante —dijo Venka sin entusiasmo.

Rin no estaba prestando atención. Se asomó más al borde de la torre. Quería volver a volar, sentir esa caída en picado en su estómago, la emoción del lanzamiento.

Dejó un pie colgando por el borde y disfrutó de la sensación del viento contra sus extremidades. Se inclinó hacia delante un poco. ¿Y si saltaba ahora mismo? ¿Disfrutaría de la caída?

—Apártate de ahí. —La voz de Kitay se abrió paso por la niebla que le inundaba la mente—. Nezha, agárrala…

—Voy. —Unos brazos fuertes le envolvieron la cintura y la arrastraron hasta alejarla del borde. Nezha la agarró con fuerza, anticipando que se resistiría, pero Rin se limitó a tararear una melodía alegre y a dejarse caer contra su pecho.

—¿Te haces una idea del lío en el que te has metido? —rezongó su amigo.

—Pásame otra jarra —respondió ella.

Nezha titubeó, pero Venka se apresuró a pasársela.

Rin dio un largo trago, suspiró y se llevó la punta de los dedos a las sienes. Sentía como si una corriente le estuviera recorriendo las extremidades, como si le hubiera caído un rayo en la mano. Descansó la cabeza contra la pared que tenía detrás y Cerró los ojos con fuerza.

Lo mejor de estar borracha era que nada importaba.

Podía perderse en pensamientos que antes le hacían demasiado daño. Podía conjurar recuerdos (Altan ardiendo sobre el muelle, los cadáveres de Golyn Niis, el cuerpo de Qara entre los brazos de Chaghan) sin encogerse, sin esperar que llegara el tormento. Podía recordar aquello con un sosegado desapego porque nada importaba ni dolía.

—Dieciséis meses. —Kitay había comenzado a contar en voz alta con los dedos—. Llevamos en guerra casi un año y medio, si comenzamos a contar desde la invasión.

—No es tanto tiempo —dijo Venka—. La Primera Guerra de la Amapola duró tres años. La Segunda, cinco. Y la sucesión de batallas que siguieron a la muerte del Emperador Rojo se extendió casi siete años.

—¿Cómo puedes librar una batalla durante siete años seguidos? —preguntó Rin—. ¿No te acabas aburriendo de combatir?

—Los soldados son los que se aburren —dijo Kitay—, pero no los aristócratas. Para ellos, todo esto es un gran juego. Supongo que ese es el problema.

—Os propongo un experimento. —Venka formó un arco con las manos, como si dibujara un arcoíris—. Imaginaos un mundo alternativo en el que esta guerra no se hubiese producido. En el que la Federación jamás nos hubiese invadido. No, olvidaos de eso. Un mundo en el que la Federación no existiese. ¿Dónde estaríais entonces?

—¿En algún momento en particular? —preguntó Kitay.

Venka negó con la cabeza.

—No, es decir, ¿qué estaríais haciendo con vuestras vidas? ¿Qué os gustaría estar haciendo?

—Sé qué es lo que estaría haciendo Kitay. —Nezha echó la cabeza hacia atrás, vaciando en su boca las últimas gotas de vino que quedaban en la jarra, con aspecto decepcionado cuando no cayeron más. Venka le pasó otra jarra. El joven intentó quitarle el corcho, pero fracasó, masculló una maldición entre dientes y acabó reventando el cuello de la botella contra la pared.

—Cuidado —dijo Rin—. Es material de primera.

Nezha se llevó los bordes dentados de la botella a los labios y sonrió.

—Venga, adelante —dijo Kitay—. ¿Dónde estaría yo?

—Estarías en la academia de Yuelu —declaró Nezha—. Estarías dirigiendo una investigación pionera sobre… alguna mierda irrelevante, como el movimiento de los cuerpos planetarios o los métodos de contabilidad más efectivos en las doce provincias.

—No te mofes de la contabilidad —le dijo Kitay—. Es importante.

—Solo para ti —replicó Venka.

—Hay regímenes que han caído porque sus gobernantes no sabían llevar bien sus cuentas.

—Lo que tú digas. —Venka puso los ojos en blanco—. ¿Y el resto?

—A mí se me da bien la guerra —dijo Rin—. Seguiría dedicándome a esto.

—¿Contra quién? —le preguntó la otra chica.

—Da igual. Contra quien fuese.

—Tal vez ya no queden más guerras que librar —dijo Nezha.

—Siempre habrá guerras —declaró Kitay.

—Lo único permanente en este Imperio es la guerra —sentenció Rin. Esas palabras le resultaban tan familiares que las pronunció sin pensar, y tardó un momento en percatarse de que estaba recitando un aforismo de un libro de texto de historia que había estudiado para el keju. Era increíble que, a esas alturas, siguiera teniendo vestigios de ese examen grabados en la mente.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que lo único permanente en su vida tal vez fuera la guerra. No podía imaginarse qué estaría haciendo si no fuera una soldado. Durante los últimos cuatro años, había sentido por primera vez en su vida que hacía algo que merecía la pena. En Tikany, no había sido más que una tendera invisible a la que no merecía la pena prestar atención. Su vida y su muerte habrían acabado siendo completamente insignificantes. Si la hubiera atropellado un *rickshaw* en la calle, nadie se habría molestado siquiera en pararse.

En cambio, ahora… Los civiles obedecían sus órdenes, los jefes militares buscaban su consejo y los soldados la temían. Ahora trataba con las mayores mentes militares del país como si fueran sus iguales… O, al menos, como si ella tuviera el derecho a estar en la misma sala que ellos. Ahora bebía vino de sorgo en la torre más alta del palacio de Arlong con el hijo del jefe militar del Dragón.

Nadie le habría prestado tanta atención si no se le hubiera dado tan bien matar a la gente.

Cierto malestar le atenazó las tripas. Una vez que dejara de servir a Vaisra, ¿qué diantres iba a hacer?

—Todos podríamos pasar a ocupar puestos civiles —dijo Kitay—. Ser ministros y magistrados.

—Para eso, antes tendrías que salir electo —comentó Nezha—. El Gobierno ahora lo elige la gente y todo eso. Tienes que caerles bien a los demás.

—Entonces, Rin se quedaría sin trabajo —dijo Venka.

—Podría ser una custodia —respondió Nezha.

—¿Te apetece que alguien te arregle la cara? —le preguntó Rin—. Porque yo puedo hacértelo gratis.

—Rin nunca va a quedarse sin trabajo —se apresuró a decir Kitay—. Siempre necesitaremos ejércitos. Siempre habrá otro enemigo al que enfrentarnos.

—¿Como quién? —preguntó la esperiliana.

Kitay los enumeró con los dedos de la mano.

—Unidades rebeldes de la Federación, las provincias fracturadas, los de las regiones interiores. No me mires así, Rin. Tú también escuchaste a Bekter. Los ketreyides quieren una guerra.

—Los ketreyides quieren ir a la guerra contra los otros clanes —dijo Venka.

—¿Y qué pasará cuando eso nos salpique? Os puedo asegurar que acabaremos enzarzados en otra guerra fronteriza en cuestión de una década.

—Solo será una labor de limpieza —dijo Nezha, restándole importancia—. Nos libraremos de ellos.

—Entonces, nos inventaremos otra guerra —declaró Kitay—. Eso es lo que hacemos los militares.

—Eso no es lo que hace un ejército controlado por una República —afirmó Nezha.

Rin se incorporó para sentarse.

—¿Alguno de vosotros se lo ha imaginado? ¿Una Nikan democrática? ¿De verdad creéis que funcionará?

Durante el transcurso de la guerra, no se había llegado a plantear la posibilidad de que pudiera existir una democracia funcional. Lo más apremiante siempre había sido la amenaza que suponía el Imperio. Pero ahora habían ganado de verdad, y Vaisra tenía la oportunidad de convertir su sueño abstracto en una realidad política.

Rin dudaba que fuese a hacerlo. El jefe militar del Dragón contaba ahora con demasiado poder. ¿Por qué narices iba a renunciar a él?

No podía culparlo. Ni ella misma estaba aún convencida de que la democracia fuese una buena idea. Los nikaras llevaban un milenio enfrentándose entre ellos. ¿Iban a dejar de hacerlo solo porque ahora pudiesen votar a sus gobernantes? ¿Y quién iba a votar? ¿Personas como la tía Fang?

—Claro que funcionará —declaró Nezha—. Es decir, pensad en todas las disputas sin sentido en las que se enzarzan cada año los jefes militares. Acabaremos con todo eso. Todas las discusiones se aclararán ante un Consejo, y no en el campo de batalla. Y cuando hayamos unificado todo el Imperio, podremos lograr cualquier cosa.

Venka resopló.

—¿De verdad te crees esa chorrada?

Nezha pareció molesto.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué crees si no que participé en esta guerra?

—¿Para hacer feliz a tu papi?

Nezha intentó asestarle una patada sin ganas en las costillas.

Venka la esquivó y cogió otra jarra de vino de la carreta mientras reía a carcajadas.

El joven general se reclinó contra la pared de la torre.

—El futuro será glorioso —dijo, y en su voz no había ni rastro de sarcasmo—. Vivimos en el país más hermoso del mundo. Tenemos más mano de obra que los hesperianos. Contamos con más recursos naturales. El mundo entero quiere lo que tenemos nosotros y, por primera vez en nuestra historia, vamos a ser capaces de hacer algo con ello.

Rin se tumbó bocabajo y descansó la barbilla sobre las palmas de las manos.

Le gustaba escuchar hablar a Nezha. Tenía tanta esperanza, era tan optimista y tan estúpido.

Podía soltarles toda la ideología que quisiera, pero Rin era más lista. Los nikaras jamás iban a autogobernarse, no de manera pacífica, porque los nikaras como tal no existían. Estaban los sinegardianos, luego las personas que intentaban aparentar ser sinegardianos y, por otro lado, los sureños.

No estaban en el mismo bando. Nunca lo habían estado.

—Nos adentramos en una nueva y hermosa era —sentenció Nezha—. Y será magnífica.

Rin extendió los brazos.

—Ven aquí —le dijo.

Nezha se dejó abrazar por ella. Rin lo tomó de la cabeza y se la llevó hacia su pecho. Entonces, apoyó la barbilla sobre la cabeza de su amigo y contó en silencio cada respiración del joven.

Iba a echarlo mucho de menos.

—Pobrecito —dijo Rin.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó él.

La joven se limitó a estrecharlo con más fuerza. No quería que acabara ese momento. No quería tener que irse.

—No quiero que este mundo acabe sobrepasándote.

En un momento dado, Venka se apartó a un rincón de la torre y comenzó a tener arcadas.

—No te preocupes —dijo Kitay cuando Rin fue a levantarse para ayudarla—. Ya me encargo yo.

—¿Estás seguro?

—Estaremos bien. No estoy tan borracho como vosotros. —Se echó el brazo de Venka sobre los hombros y la guio con cuidado escaleras abajo.

Venka sufrió un ataque de hipo y masculló algo.

—No te atrevas a vomitarme encima —le advirtió Kitay antes de volver la cabeza para mirar a Rin—. No deberías estar aquí fuera con las heridas como las tienes. No tardes en irte a dormir.

—No tardaré —le prometió Rin.

—¿Seguro? —insistió Kitay.

La esperiliana pudo ver la preocupación reflejada en el rostro de su amigo. «Nos estamos quedando sin tiempo».

—Me habré ido de aquí en una hora —respondió—. Como mucho.

—Bien. —Kitay se dio la vuelta para marcharse con Venka. Sus pasos se desvanecieron escalera abajo, y entonces solo quedaron Rin y Nezha en la azotea. El aire nocturno había pasado a ser de repente muy frío, lo que a la joven le pareció una buena excusa para pegarse más a Nezha.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el chico.

—Estupendamente —respondió ella, y repitió la palabra dos veces cuando le chirrió el sonido de esas sílabas juntas—. Estupendamente. Estupendamente. —Sentía la lengua pesada. Había dejado de beber hacía horas y ya casi estaba sobria, pero el frío de la noche le había entumecido las extremidades.

—Bien. —Nezha se levantó y le tendió una mano—. Acompáñame.

—Pero me gusta estar aquí —gimoteó Rin.

—Nos estamos congelando aquí arriba. Venga, vamos.

—¿Por qué?

—Porque será divertido —dijo él. Y en ese momento, ese argumento le pareció un buen motivo para hacer cualquier cosa.

De algún modo, acabaron en el puerto. Rin iba chocándose contra el costado de Nezha mientras caminaba. No se le había pasado el efecto del alcohol tan rápido como había esperado. El suelo se tambaleaba traicioneramente bajo sus pies cada vez que se movía.

—Si lo que quieres es ahogarme, estás siendo demasiado obvio.

—¿Por qué siempre crees que alguien quiere matarte? —le preguntó Nezha.

—¿Por qué no iba a creerlo?

Se detuvieron al final del muelle, muy alejados de cualquiera de los barcos pesqueros que estaban allí atracados. Nezha saltó hacia un pequeño sampán y le hizo una seña a Rin para que lo siguiera.

—¿Qué ves? —le preguntó mientras remaba.

Rin lo miró perpleja.

—Agua.

—¿Y lo que ilumina el agua?

—Eso es la luz de la luna.

—Fíjate bien —le pidió—. No se trata solo de la luna.

Rin se quedó sin aliento. Poco a poco, su mente comenzó a asimilar lo que estaba viendo. La luz no procedía del cielo, sino del mismo río.

Se inclinó sobre el borde del sampán para mirar más de cerca. Vio pequeñas chispas que saltaban entre el fondo lechoso. El río no solo reflejaba las estrellas, sino que añadía su propio reflejo fosforescente: unos destellos de luz que se producían tras unos minúsculos movimientos de las olas, unas corrientes luminosas que bañaban cada ondulación. El mar estaba ardiendo.

Nezha la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia el interior de la embarcación.

—Cuidado.

Rin no podía apartar la vista del agua.

—¿Qué es eso?

—Peces, moluscos y cangrejos —dijo él—. Cuando están a la sombra, irradian su propia luz, como si fueran llamas submarinas.

—Es precioso —susurró la esperiliana.

Se preguntó si Nezha iría a besarla en ese momento. No sabía mucho sobre besos, pero si podía fiarse de las historias antiguas, ahora parecía un buen momento para hacerlo. El héroe siempre llevaba a su doncella a un lugar hermoso y le declaraba su amor bajo las estrellas.

También era cierto que le hubiera gustado que Nezha la hubiera besado. Le hubiera gustado compartir ese último recuerdo con él antes de huir. Pero su amigo se limitó a mirarla, pensativo,

con la mente en otra parte, y Rin no era capaz de saber dónde.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él tras una pausa.

—Lo que sea —le respondió Rin.

—¿Por qué me odiabas tanto en la academia?

La joven rio, sorprendida.

—¿Es que no era obvio?

Tenía tantas formas distintas de responderle que le pareció ridículo que tuviera que preguntárselo. Lo había odiado porque había sido aborrecible. Porque era rico, especial, popular, y ella no. Porque era el heredero de la Provincia del Dragón y ella era una huérfana sureña con la piel del color del fango.

—No —le dijo Nezha—. Es decir… Sé que no fui muy agradable contigo.

—Eso es quedarse corto.

—Lo sé. Y lo siento. Pero, Rin, llegamos a odiarnos hasta límites insospechados durante tres años. Eso no es normal. Eso va más allá de los nervios por ser novatos de primer año. ¿Era porque me burlaba de ti?

—No, era porque me asustabas.

—¿Que te asustaba?

—Creía que ibas a acabar siendo el motivo por el que iba a tener que marcharme —le confesó —. Y no tenía ningún otro sitio a donde ir. Si me hubieran expulsado de Sinegard, habría sido lo mismo que morir. Así que te tenía miedo, te odiaba, y jamás logré dejar ese sentimiento atrás.

—No sabía eso —dijo Nezha en voz baja.

—Y una mierda —le espetó ella—. No hagas como que no lo sabías.

—Te juro que jamás se me pasó por la cabeza.

—¿De verdad? Porque me cuesta creerlo. No estábamos al mismo nivel, y tú lo sabías. Por eso te ibas siempre de rositas, porque eras consciente de que yo no podía hacer nada al respecto. Tú eras rico y yo pobre. Y te aprovechaste de la situación. —A Rin le sorprendió la rapidez con la que le salían las palabras, la facilidad con la que podía seguir aferrándose a ese resentimiento. Creía haber dejado todo eso atrás hacía ya mucho tiempo. Pero tal vez no había sido así—. Y que me digas que no se te había pasado por la puta cabeza que lo que tú y yo nos jugábamos eran cosas muy distintas es frustrante, si te soy sincera.

—Entiendo —dijo Nezha—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—No, ahora me toca a mí preguntarte algo.

Fuera cual fuese el juego al que jugaban, de pronto comenzó a tener reglas, de pronto estaba abierto a debate. Y Rin decidió que una de las normas iba a ser la reciprocidad. Miró a Nezha, expectante.

—Vale. —El chico se encogió de hombros—. ¿Qué quieres preguntarme?

A Rin le alegró contar con el coraje que le daba el alcohol que le quedaba en la sangre para poder decir lo que dijo a continuación.

—¿Volverás alguna vez a esa cueva?

Nezha se puso rígido.

—¿Cómo?

—Los dioses no son cosas físicas —dijo ella—. Chaghan me lo enseñó. Necesitan un recipiente mortal para poder tener influencia en nuestro mundo. Lo que quiera que sea ese

dragón…

—Esa cosa es un monstruo —replicó él sin más.

—Tal vez. Pero puede vencerse —dijo Rin. Quizás era que aún se sentía eufórica tras haber vencido a Feylen, pero le parecía que era muy obvio lo que Nezha tenía que hacer si quería ser libre—. Tal vez en el pasado fuese una persona. No sé cómo llegó a convertirse en eso, y quizás sea tan poderoso como un dios. Pero ya he enterrado a dioses antes. Y volveré a hacerlo.

—No puedes vencer a esa cosa —le dijo Nezha—. No tienes ni idea de a qué te enfrentas.

—Creo que sí.

—No. —La voz del joven se endureció—. No vuelvas a preguntarme nunca más por esto.

—Vale.

Rin se recostó hacia atrás y pasó los dedos por el agua luminosa. Dejó que las llamas le recorrieran los brazos, disfrutando de cómo se reflejaban sus patrones intrincados en la luz azul verdosa. Juntos, el fuego y el agua eran hermosos. Era una pena que, por naturaleza, se destruyeran el uno al otro.

—¿Puedo hacerte ahora otra pregunta? —tanteó Nezha.

—Adelante.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que deberíamos crear un ejército de chamanes?

Rin se quedó de piedra.

—¿Cuándo dije eso?

—En Año Nuevo. Cuando estábamos en plena campaña, sentados en la nieve.

La joven rio. Le parecía gracioso que Nezha recordara eso. La campaña del norte parecía haber sucedido hacía toda una vida.

—¿Por qué no? Sería maravilloso. Jamás perderíamos.

—Entiendes que eso es precisamente lo que les aterra a los hesperianos, ¿verdad?

—Y por un buen motivo —dijo Rin—. Los jodería vivos, ¿no?

Nezha se inclinó hacia delante.

—¿Sabes que Tarcquet quiere que se suspenda toda actividad chamánica?

Rin frunció el ceño.

—¿Cómo que se suspenda?

—Quiere que prometas que no volverás a invocar tus poderes nunca más, y serás castigada por ello si lo haces. Tendremos que informarle de todo chamán vivo que quede en el Imperio. Y también destruir todo registro escrito sobre el chamanismo para que ese conocimiento no pueda extenderse.

—Muy gracioso —dijo Rin.

—No estoy de broma. Tendrás que cooperar. Si no vuelves a invocar el fuego, estarás a salvo.

—Va a ser que no —replicó la joven—. Acabo de recuperar el fuego. No tengo intención de renunciar a él.

—¿Y si intentan obligarte?

Rin dejó que las llamas bailaran sobre sus hombros.

—Pues buena suerte al intentarlo.

Nezha se puso en pie y se desplazó por el sampán para sentarse a su lado. Le rozó la espalda con la mano.

La esperiliana se estremeció ante su caricia.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Dónde estás lesionada? —le preguntó. Presionó los dedos contra la cicatriz que tenía en el costado—. ¿Aquí?

—Me haces daño.

—Bien —dijo él. Desplazó la mano por detrás de ella. Rin creyó que iba a acercarla hacia él, pero entonces sintió una presión en la parte baja de la espalda. Parpadeó, confusa. No se percató de que Nezha la había apuñalado hasta que este retiró la mano y Rin vio que tenía los dedos manchados de sangre.

Se desplomó de costado. Nezha la tomó entre sus brazos.

El rostro de su amigo se desvanecía de su campo de visión. Rin intentó decir algo, pero sentía los labios pesados y torpes. Lo único que podía hacer era dejar escapar el aire en unos susurros incoherentes.

—Tú… Pero tú…

—No intentes hablar —murmuró Nezha, y pegó sus labios contra la frente de Rin mientras le hundía aún más el cuchillo en la espalda.



36

El sol matutino era como una daga que se le clavaba a Rin en los ojos. Gimió y rodó hacia un lado. Por un breve y feliz momento, no supo cómo había acabado allí. Pero entonces comenzó a recordar, despacio y dolorosamente. Por su mente pasaron una serie de imágenes, fragmentos de conversaciones. El rostro de Nezha. El sabor amargo del vino de sorgo. Un cuchillo. Un beso.

Acabó encima de algo húmedo, pegajoso y pútrido. Había vomitado mientras dormía. Una oleada de náuseas le sacudió el cuerpo, pero no le quedaba nada en el estómago. Le dolía todo. Intentó tocarse la espalda, aterrorizada. Alguien la había cosido. Tenía sangre pegada alrededor de la herida, pero no estaba sangrando.

Podía estar jodida, pero no estaba muriéndose todavía. Dos cadenas la mantenían atada a la pared: una alrededor de la muñeca derecha y otra sujetándole ambos tobillos. Le dejaban algo de libertad de movimiento, pero no mucha. Podía arrastrarse hasta el centro de la estancia.

Intentó sentarse, pero el mareo que sintió la obligó a tumbarse en el suelo. Sus pensamientos eran lentos y confusos. Intentó, sin esperanzas, invocar el fuego. No sucedió nada. Como no podía ser de otro modo, la habían drogado. Despacio, su mente exhausta intentó analizar qué era lo que había ocurrido. Había sido tan idiota que quería pegarse a sí misma. Había estado a punto de salir de allí, pero se había dejado llevar por sus sentimientos.

Sabía que Vaisra era un manipulador. Sabía que los hesperianos irían a por ella. Pero jamás habría imaginado que Nezha fuera capaz de hacerle daño. Tendría que haberlo incapacitado en los barracones y haberse escapado de Arlong antes de que nadie la viese. En cambio, había tenido la esperanza de poder pasar una última noche con él antes de separarse para siempre.

«Imbécil», pensó. «Lo amabas y confiaste en él, y has caído directamente en su trampa».

Después de lo de Altan, debería haber sido más lista.

Echó un vistazo alrededor de la estancia. Estaba sola. No quería estarlo. Si la tenían prisionera, entonces al menos necesitaba saber qué debía esperar. Pasaron los minutos y nadie entró en la habitación, así que gritó. Volvió a gritar, y no dejó de hacerlo hasta que le dolió la garganta.

La puerta se abrió de golpe. *Lady* Yin Saikhara entró en la estancia. Llevaba un látigo en la mano.

«Mierda», pensó Rin con lentitud, justo antes de que la azotara con él a lo largo del hombro izquierdo hasta llegar al lateral derecho de su cadera. Por un momento, la joven se quedó inmóvil, con el restallido del látigo retumbándole en los oídos. Entonces apareció el dolor, tan profundo y ardiente que la hizo caer de rodillas. Volvió a recibir otro latigazo. Esta vez en el hombro derecho. Rin no logró contener sus gritos.

Saikhara bajó el látigo. Rin detectó un mínimo temblor en sus manos, pero, por lo demás, la dama de Arlong estaba erguida, imperiosa y pálida, con esa rabia contenida que la esperiliana jamás había comprendido.

—Tenías que haber hablado con ellos —dijo Saikhara. Tenía el pelo suelto y despeinado, y su voz era un gruñido trémulo—. Se suponía que ibas a ayudarlos para que pudieran solucionar su problema.

Rin se arrastró hasta el rincón más apartado de la estancia, intentando alejarse del alcance de la mujer.

—¿De qué coño está hablando?

—Eres una criatura del Caos —siseó Saikhara—. Eres una embaucadora con lengua de serpiente, un peón del mayor de los males. Todo esto es culpa tuya…

Por primera vez, Rin fue consciente de que tal vez la dama de Arlong no estaba del todo cuerda.

Levantó las manos para cubrirse la cabeza y se agachó contra el rincón por si Saikhara decidía volver a azotarla.

—¿Qué es lo que cree que es culpa mía?

La mujer tenía los ojos muy abiertos y desenfocados. Hablaba mirando a un punto que se encontraba a unos metros a la izquierda de Rin.

—Iban a solucionar su problema. Vaisra me lo prometió. Pero han vuelto de la guerra y dicen que no están más cerca de conocer la verdad. Y tú sigues aquí, sucia…

—Espere —dijo Rin. De pronto, las piezas comenzaban a encajar en su mente. No podía creer que no hubiera hecho esa conexión antes—. ¿Solucionar el problema de quién?

Saikhara la fulminó con la mirada.

—¿Le han dicho que pueden curar a Nezha? —quiso saber la esperiliana—. ¿Los hesperianos le han dicho que pueden quitarle la marca del dragón?

Saikhara parpadeó. Una máscara cayó sobre sus facciones, la misma que tan bien dominaban su hijo y su esposo.

Sin embargo, no dijo nada. Rin comprendía ahora la verdad. Era muy obvia.

«Lo prometiste», le había espetado Saikhara a Vaisra. «Me lo juraste. Me dijiste que lo solucionarías, que si los traía hasta aquí, ellos encontrarían un modo de curarlo».

La hermana Petra le había prometido a Saikhara una cura para la afección de su hijo. Por eso la mujer había insistido tanto en traer a la Compañía Gris al Imperio. Lo que significaba que tanto Vaisra como Saikhara habían estado al corriente desde el principio de que su hijo era un chamán.

Pero no lo habían usado para llegar a un acuerdo con los hesperianos.

No, tan solo se habían limitado a poner en peligro al resto de los chamanes del Imperio. Habían entregado a Rin a la hermana Petra para que repitiera lo que le había hecho Shiro, solo porque tenían una mínima esperanza de poder salvar a su hijo.

—No sé qué es lo que cree que van a aprender de mí —dijo Rin en voz baja—. Pero hacerme daño no curará a su hijo.

No, Nezha estaba destinado a cargar con la maldición del dragón hasta su muerte. Esa maldición iba más allá de cualquier conocimiento hesperiano. Y pensar en eso le dio cierta satisfacción cruel.

—El Caos sabe engañar de forma magistral. —Saikhara se llevó la mano con premura por encima del pecho, formando unos símbolos con los dedos que Rin no había visto nunca—. Oculta su verdadera naturaleza e imita al orden para revertirlo. Sé que no puedo sonsacarte la verdad. Tan solo soy una novicia recién iniciada. Pero la Compañía Gris volverá a intentarlo.

Rin la contempló con cautela, fijando su atención en el látigo.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

Saikhara señaló hacia la ventana.

—He venido a mirar.

Rin siguió su mirada, confundida.

—Adelante —dijo la mujer. Parecía extraña y cruelmente triunfante—. Disfruta del espectáculo.

La joven se tambaleó hacia la ventana y echó un vistazo al exterior.

Vio que se encontraba en una estancia en la tercera planta del palacio, de cara al patio central. Abajo había un montón de tropas, tanto republicanas como hesperianas, que habían formado un semicírculo en torno a la plataforma elevada. Dos prisioneros con los ojos vendados subían las escaleras despacio, con los brazos atados a la espalda y flanqueados por soldados hesperianos.

Los prisioneros se detuvieron en el borde de la plataforma. Los soldados los empujaron con la punta de sus arcabuces hasta que avanzaron hacia el centro. El que estaba a la izquierda levantó la cabeza en dirección al sol.

Incluso con la venda sobre los ojos, Rin reconoció ese rostro oscuro y hermoso.

Baji estaba erguido, inquebrantable.

A su lado, Suni se hallaba encorvado, como si así pudiera convertirse en un blanco más pequeño. Parecía aterrorizado.

Rin se dio la vuelta.

—¿Qué es todo esto?

Saikhara tenía la mirada fija en la ventana, los ojos entornados y la boca apretada en una finísima línea.

—Tú sigue mirando.

Alguien hizo sonar un gong. La multitud abrió paso. Rin observó, con la sangre helada a causa del miedo, cómo Vaisra ascendía hasta la plataforma y tomaba posición unos metros por delante de Suni y Baji. Levantó los brazos. Gritó algo que Rin no pudo distinguir entre el barullo. Lo único que oyó fue el rugido de aprobación de los soldados.

—En el pasado, el Emperador Rojo mandó a asesinar a todos los monjes de su reino. —Saikhara hablaba en voz baja detrás de ella—. ¿Por qué crees que lo hizo?

Cuatro soldados hesperianos se hallaban alineados delante de Baji, con los arcabuces apuntándole al torso.

—¿Qué están haciendo? —gritó Rin—. ¡Dejadlo!

Pero, por supuesto, Vaisra no podía escucharla desde abajo, y menos por encima de los gritos.

Rin forcejeó inútilmente contra sus cadenas, que chirriaban, pero lo único que pudo hacer fue observar cómo el jefe militar levantaba la mano.

Cuatro disparos escalonados cortaron el aire. El cuerpo de Baji se sacudió de lado a lado con cada una de las balas, en una horrible danza, hasta que la última le acertó mortalmente en el pecho. Durante un largo y extraño minuto, permaneció en pie, tambaleándose hacia delante y hacia atrás, como si su cuerpo no lograra decidir hacia qué lado caer. Entonces se derrumbó de rodillas, con la cabeza caída, antes de que una última ráfaga de disparos lo tirara al suelo.

—Pues vaya con vuestros dioses —dijo Saikhara.

Abajo, los soldados recargaron sus arcabuces y dispararon una segunda ronda de balas hacia Suni.

Rin se dio la vuelta despacio.

La rabia le inundó la mente, una necesidad visceral no solo de vencer a Saikhara, sino de destruirla, de incinerarla tan a conciencia que ni siquiera quedaran sus huesos. Además, deseaba hacerlo lentamente, que la agonía se alargase todo lo posible.

Llamó a su dios. Al principio, no obtuvo respuesta, solo la nada inducida por el opio. Pero, entonces, escuchó la respuesta del Fénix. Un grito distante, de lo más débil.

Con eso era suficiente. Sintió el calor en las palmas de las manos. Había recuperado el fuego.

Estuvo a punto de reírse. Después de todo el opio que había fumado en su vida, su tolerancia era mucho más alta de lo que los Yin se habían imaginado.

—Vuestros falsos dioses han sido puestos en evidencia —dijo Saikhara despacio—. El Caos morirá.

—No sabe nada sobre los dioses —susurró Rin.

—Sé lo suficiente. —Saikhara volvió a levantar el látigo, pero Rin fue más rápida. Giró las palmas de las manos hacia la mujer y de ellas salió una llamarada de fuego… Fue tan solo un pequeño torrente, que ni siquiera suponía una décima parte de toda su potencia, pero bastó para prenderle fuego a la túnica de la mujer.

Saikhara reculó y pidió ayuda a gritos mientras no dejaba de pegarle a Rin con el látigo en el hombro, abriéndole de nuevo las heridas. La joven levantó los brazos para protegerse la cabeza, pero así solo consiguió que le lacerara las muñecas.

Las puertas se abrieron. Eriden entró a toda prisa, seguido de dos soldados. Rin redirigió las llamas hacia ellos, pero estos sostenían unas lonas ignífugas empapadas delante de ellos. El fuego chisporroteó y no se extendió. Uno de los soldados le dio una patada a Rin para lanzarla al suelo y la inmovilizó con los brazos. El otro le tapó la boca con un paño húmedo.

La esperiliana intentó no inhalar, pero se le nubló la visión y comenzó a sufrir convulsiones entre jadeos. El fuerte sabor a láudano invadió su boca, empalagoso y potente. El efecto fue inmediato. Las llamas se extinguieron. Dejó de sentir al Fénix… Apenas podía escuchar o ver.

Los soldados la soltaron. La joven cayó inerte al suelo, mareada y con la saliva resbalándole por la comisura de la boca mientras parpadeaba con la mirada desenfocada hacia la puerta.

—Usted no debería estar aquí —le dijo Eriden a la madre de Nezha.

Saikhara escupió en dirección a Rin.

—Ella debería estar sedada.

—Y lo estaba. Usted ha sido imprudente.

—Y usted, un incompetente —siseó la mujer—. Esto es culpa suya.

Eriden dijo algo a modo de respuesta, pero Rin ya no lograba entender nada. Eriden y Saikhara eran unos manchurrones de color deformes y borrosos, y sus voces eran un sinsentido distorsionado e incomprensible.

Vaisra fue a buscarla horas más tarde. Rin contempló con los ojos hinchados cómo se abría la puerta y cómo el jefe militar cruzaba la estancia y se agachaba a su lado.

—Usted —gimió.

Sintió cómo le acariciaba la frente con la fría punta de sus dedos y cómo le atusaba el cabello revuelto detrás de las orejas.

Vaisra suspiró.

—Ay, Runin.

—Hice todo lo que me pidió —respondió ella.

La expresión del jefe militar era extrañamente amable.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

Vaisra apartó la mano.

—Mira hacia el canal.

Rin echó un vistazo, agotada, hacia la ventana. No le hacía falta mirar por ella, sabía exactamente qué era lo que quería que viera. Los navíos maltrechos, hechos trizas a lo largo de todo el canal; un cuarto de la flota destrozada bajo una avalancha de rocas; cadáveres abotargados que flotaban hacia donde los llevaba la corriente del río.

—Eso es lo que pasa cuando entierras a un dios —dijo Rin.

—No, eso es lo que pasa cuando los hombres son tan idiotas como para jugar con los cielos.

—Pero yo no soy como Feylen.

—No importa —dijo él con dulzura—. Podrías llegar a serlo.

Rin se sentó a duras penas.

—Vaisra, por favor…

—No supliques. No puedo hacer nada. Se han enterado de que has matado a un hombre. Lo quemaste y lanzaste su cuerpo al muelle. —Sonaba muy decepcionado—. ¿De verdad, Rin? ¿Después de todo lo sucedido? Te dije que tuvieras cuidado. Ojalá me hubieses hecho caso.

—Estaba violando a una chica —se defendió la esperiliana—. Estaba encima de ella, no podía…

—Creía —intervino Vaisra despacio, como si le estuviera hablando a una niña— que te había enseñado cómo funciona el equilibrio de poder.

Rin se levantó a duras penas. El suelo se tambaleó bajo sus pies. Tuvo que apoyarse contra la pared para poder erguirse. Veía doble cada vez que movía la cabeza, pero al final logró enfocar la mirada en los ojos de Vaisra.

—Entonces, hágalo usted mismo. Nada de pelotones de fusilamiento. Use una espada. Muéstreme ese respeto.

Vaisra arqueó una ceja.

—¿Creías que íbamos a matarte?

—Vendrás con nosotros, querida. —La voz del general Tarcquet era pausada e indiferente.

Rin dio un respingo. No había oído abrirse la puerta.

La hermana Petra entró en la estancia y se plantó detrás de Tarcquet. Sus ojos eran como pernales debajo de su chal.

—¿Qué quieres? —le espetó Rin a la mujer—. ¿Has venido a por más muestras de orina?

—Admito que creía que podíamos convertirte —dijo Petra—. La verdad es que esto me entristece mucho. Detesto verte de este modo.

Rin escupió hacia sus pies.

—Que te den por el culo.

Petra avanzó hasta que quedaron cara a cara.

—Me tenías engañada. Pero el Caos es muy listo. Puede llegar a parecer racional y benevolente. Puede hacernos sentir compasivos. —Alzó una mano para acariciarle la cara a Rin —. Pero, al final, siempre debe ser detenido y destruido.

Rin le mordió los dedos. Petra apartó la mano enseguida, pero era demasiado tarde. La joven ya le había hecho una herida.

La hesperiana retrocedió y Rin rio, dejando que la sangre le manchara los dientes. Pudo ver el terror reflejado en los ojos de Petra, y eso fue extrañamente satisfactorio. La mujer nunca había dado muestras de temor antes, nunca había mostrado ninguna emoción. Solo eso fue tan satisfactorio que a Rin no le importaron el gesto de disgusto de Tarcquet ni el de desaprobación de Vaisra.

Todos creían ya que era un animal salvaje. Solo estaba poniéndose a la altura de sus expectativas.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Se había hartado de jugar al escondite con los hesperianos, a fingir que no era letal. Querían ver una bestia, y ella iba a darles una.

—Esto no tiene nada que ver con el Caos. —Rin esbozó una sonrisa—. Estáis aterrados, ¿verdad? Tengo un poder que vosotros no tenéis, y no lo soportáis.

Abrió las palmas de las manos. No sucedió nada. El láudano seguía nublándole la vista. Sin embargo, Petra y Tarcquet saltaron igualmente hacia atrás.

Rin soltó una carcajada.

Petra se limpió la sangre de la mano en el vestido, dejando unas vetas gruesas de color rojo sobre el tejido gris.

—Rezaré por ti.

—Mejor reza por ti. —Rin volvió a tirarse hacia delante, solo para ver qué hacía la mujer.

La hermana se dio media vuelta y salió despavorida. Cerró la puerta tras de sí. La esperiliana volvió a dejarse caer, resoplando a causa de la risa.

—Espero que te lo estés pasando bien —le dijo Tarcquet muy serio—. No te reirás tanto cuando vengas con nosotros. A nuestros académicos les gusta mantenerse ocupados.

—Me arrancaré la lengua a bocados antes que dejar que me toquen —declaró Rin.

—Ah, no será para tanto —dijo Tarcquet—. Si te portas bien, te daremos algo de opio de vez en cuando. Me han dicho que eso te gusta.

Rin perdió todo su orgullo.

—No me entregue a ellos —le suplicó a Vaisra. No podía continuar guardando las apariencias, ocultando su miedo. Todo su cuerpo tembló y, aunque quería seguir desafiándolos, lo único en lo que podía pensar era en el laboratorio de Shiro, en estar tendida e indefensa sobre una

mesa mientras unas manos que no podía ver le palpaban todo el cuerpo—. Vaisra. Por favor. Aún me necesitas.

El jefe militar suspiró.

—Me temo que eso ya no es cierto.

—No habrías ganado esta guerra sin mí. Soy tu mejor arma. Soy el acero detrás de tu puño. Dijiste…

—Ay, Runin. —Vaisra negó con la cabeza—. Mira por la ventana. Esa flota es el acero que me respalda. ¿Ves esos buques de guerra? Imagínate toda la carga que pueden transportar. Imagínate cuántos arcabuces pueden llevar esos barcos. ¿De verdad crees que te necesito?

—Pero soy la única que puede invocar a un dios…

—Y Augus, un chico idiota sin ningún entrenamiento militar, se enfrentó a una de las chamanas más poderosas de las regiones interiores y la mató. Ah, sí, Runin. Se lo he contado. Ahora imagínate lo que decenas de soldados hesperianos entrenados podrían hacer. Querida, te aseguro que ya no necesito tus servicios. —Vaisra se giró hacia Tarcquet—. Hemos acabado. Llévatela cuando quieras.

—No pienso llevarme a esa cosa en mi barco —declaró el general.

—Entonces, te la enviaremos antes de que partáis.

—¿Y me puedes garantizar que no hará que nos hundamos en el océano?

—Siempre y cuando le administres dosis regulares de láudano, no puede hacer nada —le confirmó Vaisra—. Ponle vigilancia. Mantenía drogada y cubierta de mantas húmedas y será tan sumisa como un gatito.

—Qué pena —dijo Tarcquet—. Es entretenida.

El jefe militar del Dragón dejó escapar una carcajada.

—Sí que lo es.

El general le echó a Rin una última y persistente mirada.

—Los delegados del Consorcio no tardarán en llegar.

Vaisra le dedicó una inclinación de cabeza.

—Y no me gustaría hacer esperar al Consorcio.

Ambos le dieron la espalda a Rin y avanzaron hacia la puerta.

La esperiliana corrió hacia delante, presa del pánico.

—Todo lo que he hecho ha sido por ti. —Su voz sonó aguda y desesperada—. Maté a Feylen por ti.

—Y la historia te recordará por ello —dijo Vaisra en voz baja, mirando hacia atrás—. Igual que la historia me alabará a mí por las decisiones que tome ahora.

—¡Mírame! —gritó Rin—. ¡Mírame! ¡Que te den! ¡Mírame!

El jefe militar no le respondió.

A la joven aún le quedaba un as bajo la manga, y se lo jugó.

—¿También vas a dejar que se lleven a Nezha?

Eso hizo que se detuviera.

—¿A qué se refiere? —preguntó Tarcquet.

—No es nada —dijo Vaisra—. Está drogada, no sabe lo que dice…

—Lo sé todo —declaró Rin. A la mierda Nezha y sus secretos… Si iba a apuñalarla por la espalda, ella haría lo mismo—. Tu hijo es uno de nosotros y, si vas a matarnos a todos, tendrás

que matarlo a él también.

—¿Es eso cierto? —preguntó de pronto Tarcquet.

—Desde luego que no —dijo Vaisra—. Ya has conocido al chico. Vamos, estamos perdiendo el tiempo…

—Tarcquet lo presenció —jadeó Rin—. El general estuvo en la campaña. ¿Recuerda cómo se movían las aguas? Eso no fue obra del dios del viento, general. Fue cosa de Nezha.

Vaisra no dijo nada.

Rin sabía que lo tenía entre la espada y la pared.

—Lo sabías, ¿verdad? —le preguntó—. Siempre lo has sabido. Nezha entró en esa cueva porque tú le dejaste.

¿Cómo iban si no dos niños pequeños a escapar de la Guardia de palacio para explorar una cueva a la que tenían prohibida la entrada? ¿Cómo iban a hacerlo sin el consentimiento expreso del jefe militar del Dragón?

—¿Esperabas que muriera? O… Ah, no. —Le tembló la voz—. Querías un chamán, ¿verdad? Sabías lo que podía hacer el dragón y querías tener un arma propia. Pero no ibas a arriesgar la vida de Jinzha, de tu primogénito. ¿Y tu segundo hijo? ¿Y el tercero? Eran prescindibles. Podías experimentar con ellos.

—¿De qué está hablando? —exigió saber Tarcquet.

—Por eso tu esposa me odia —aseveró Rin—. Por eso odia a todos los chamanes. Y por eso tu hijo te odia a ti. Y la verdad es que no puedes ocultarlo más. Petra ya lo sabe. Dijo que iba a curarlo…

Tarcquet enarcó una ceja.

—Vaisra…

—No es nada —dijo el jefe militar—. Está delirando. Tus hombres tendrán que aguantarla así en el barco.

Tarcquet rio.

—No hablan su lengua.

—Pues menos mal. Su dialecto es horrible.

—¡Deja de mentir! —Rin intentó abalanzarse sobre Vaisra, pero las cadenas le tiraron dolorosamente de los tobillos y la volvieron a lanzar al suelo.

Tarcquet soltó una última carcajada mientras se marchaba. Vaisra se quedó atrás un momento, en el umbral de la puerta, contemplándola impasible.

Al fin, dejó escapar un suspiro.

—La dinastía Yin siempre ha hecho lo que ha tenido que hacer —le dijo—. Eso ya lo sabes.

Cuando volvió a despertarse, Rin decidió que quería morir.

Consideró golpearse la cabeza contra la pared. Pero, cada vez que se agachaba de cara a la ventana, con las manos apoyadas contra la piedra, comenzaba a temblar demasiado como para terminar el trabajo.

No le daba miedo morir. Lo que temía era no golpearse la cabeza con la fuerza necesaria, partirse el cráneo sin llegar a conseguir caer en la inconsciencia. Temía pasarse horas sufriendo un agonizante dolor que no la matara, sino que la dejara con una vida de insoportable agonía y con

su capacidad mental mermada.

Al final, resultó ser demasiado cobarde. Se rindió y se hizo un ovillo en el suelo mientras aguardaba a lo que le esperaba a continuación.

Tras unos minutos, percibió una sensación punzante y aguda en el brazo izquierdo. Levantó la cabeza de golpe y recorrió la estancia con la mirada para intentar divisar qué era lo que la había mordido. ¿Una araña? ¿Una rata? No vio nada. Estaba sola.

Las punzadas se intensificaron hasta convertirse en un dolor agudo. Rin gritó e intentó sentarse.

No lograba dar con la causa del dolor. Se apretó con fuerza el brazo, se lo frotó de arriba abajo, pero no desaparecía. Sentía como si alguien le estuviera infligiendo profundos cortes en la piel, pero no veía que le saliera sangre ni que apareciera ninguna línea en la superficie.

Por fin, se dio cuenta de que aquello no le estaba pasando a ella.

Se lo estaban haciendo a Kitay.

¿Lo tenían preso? ¿Le estarían haciendo daño? Por los dioses. Lo único peor que ser torturada era saber que estaban torturando a Kitay, sentir que le estaba pasando eso, saber que para él sería diez veces peor y ser incapaz de detenerlo.

Unas líneas blancas y finas que le picaban y que parecían cicatrices antiguas se materializaron bajo su piel.

Rin se fijó en su forma. No eran cortes aleatorios para infligir dolor. El patrón que seguían era deliberado. Parecían palabras.

La esperanza se abrió paso por su pecho. ¿Se lo estaría haciendo Kitay a sí mismo? ¿Estaría intentando escribirle algo? Rin cerró los puños y apretó los dientes para combatir el dolor mientras observaba cómo las líneas blancas formaban una sola palabra.

«¿Dónde?».

Se arrastró hacia la ventana y echó un vistazo al exterior, contando todas las ventanas que había antes de la suya. Tercera planta. Primera habitación en el centro del pasillo, justo por encima de la plataforma del patio.

Ahora solo le quedaba responderle. Miró por la estancia en busca de algún arma, pero no encontró nada. Las paredes eran demasiado lisas, y en su celda no había ni un mueble.

Se examinó las uñas. Las llevaba largas y estaban afiladas y dentadas. Eso podría funcionar. Estaban terriblemente sucias y tal vez podría provocarse una infección, pero ya se preocuparía por eso más tarde.

Inspiró hondo.

Podía hacerlo. Ya se había autolesionado en el pasado.

Consiguió escribir tres caracteres antes de ser incapaz de seguir arañándose más. «Palacio 1-3».

Se contempló el brazo con la respiración contenida. No obtuvo respuesta.

Eso no era necesariamente algo malo. Kitay debía de haberlo visto. Tal vez no tenía nada más que decirle.

Rin se apresuró a extenderse la sangre por los brazos para ocultar los cortes, por si acaso entraba algún guardia a la celda. Y si alguien se los veía, simplemente fingiría que había enloquecido.



37

Algo repiqueteó contra la ventana.

Rin levantó la cabeza con un sobresalto. Escuchó un segundo repiqueteo. Se abalanzó medio corriendo, medio arrastrándose hacia el alféizar y vio un garfio enganchado entre los barrotes de hierro. Se asomó por el borde. Kitay estaba escalando la pared con una sola cuerda. Le sonrió al verla, y sus dientes brillaron bajo la luz de la luna.

—Hola.

Rin se quedó mirándolo, demasiado aliviada como para poder hablar y esperando desesperadamente no estar imaginándoselo todo.

Kitay se impulsó por el hueco de la ventana, se dejó caer al suelo sin hacer ruido y sacó una larga aguja de su bolsillo.

—¿Cuántos cierres?

Rin sacudió sus cadenas en su dirección.

—Solo dos.

—Bien. —Su amigo se agachó frente a los tobillos de Rin y se puso manos a la obra. Un minuto después, el cerrojo se abrió. La esperiliana se sacudió para quitarse los grilletes de las piernas, aliviada—. Deja de hacer eso —le susurró Kitay.

—Perdón. —Rin aún seguía somnolienta a causa del láudano. Al moverse, sentía como si nadara, y pensar le llevaba el doble de tiempo.

Kitay pasó a centrarse en el cierre de alrededor de su muñeca derecha.

Rin permaneció sentada, inmóvil, intentando por todos los medios no moverse. Pasado medio minuto, escuchó algo al otro lado de la puerta. Aguzó el oído. Volvió a escucharlo… Eran pasos.

—Kitay…

—Lo sé. —Al joven se le resbalaban los dedos sudorosos y movía con torpeza la aguja dentro del cerrojo—. Deja de moverte.

Los pasos sonaban cada vez más cerca.

Kitay tiró del cerrojo, pero las cadenas siguieron en su sitio.

—¡Mierda! —Se le cayó la aguja—. Mierda, mierda…

Rin sintió cómo el pánico le oprimía el pecho.

—Ya vienen.

—Lo sé. —Kitay se paró un momento, con la respiración agitada, a contemplar el grillete de hierro. Luego, se quitó la camisa, formó con ella un nudo grueso y se la puso a Rin en la cara—. Abre la boca.

—¿Qué?

—Es para que no te muerdas la lengua.

Rin parpadeó. «Ah».

No se lo discutió. No tenían tiempo de pensar en ello ni de concebir un plan mejor. No había otra alternativa. Dejó que Kitay le metiera el tejido en la boca hasta el fondo para que le sujetara la lengua y le inmovilizara los dientes.

—¿Hago la cuenta atrás? —le preguntó.

Rin cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—Vale. —Pasaron varios segundos. Y entonces, Kitay le pisó la mano.

Rin casi perdió la consciencia. Sacudió el cuerpo. Arqueó la espalda y pataleó incontrolablemente hacia la nada. Se escuchó gritar a través del tejido, pero el grito parecía proceder de muy lejos. Durante unos segundos, se sintió fuera de sí misma. Aquel grito pertenecía a otra persona; era otra a la que le habían destrozado la mano. Entonces, su mente se puso al día Con su cuerpo y comenzó a dar golpes contra el suelo con la otra mano, intentando desesperadamente conseguir que un dolor secundario enmascarara la intensidad del primero.

—Para ya… ¡Rin, para! —Kitay la agarró por el hombro y la inmovilizó.

A Rin se le caían las lágrimas. No podía hablar. Casi no podía ni respirar.

—¿Habéis oído eso? —Las voces del pasillo sonaban peligrosamente cerca—. Voy a entrar.

—Como quieras, pero yo no voy a entrar contigo.

—Está sedada…

—¿A ti te parece que lo está con esos ruidos? Ve a buscar al capitán.

Los pasos se desvanecieron pasillo abajo.

—Tenemos que hacer esto rápido —siseó Kitay. Se había quedado lívido. Él también lo estaba sintiendo. Debía de estar agonizando, y Rin no tenía ni idea de cómo era capaz de contenerse.

La joven asintió y volvió a cerrar los ojos, jadeando mientras Kitay le tiraba de las manos. Unas nuevas punzadas de dolor le subieron por el brazo.

Cometió el error de mirar y vio cómo el hueso blanco le atravesaba la piel. Comenzó a oscurecérsele la vista.

—Intenta liberarte —le indicó Kitay.

Rin tiró con vacilación del brazo y estuvo a punto de gritar de frustración. Seguía atascada.

—Vuelve a meterte el trapo en la boca —le dijo su amigo.

Rin obedeció y Kitay volvió a pisotearle la mano.

Esta vez se la rompió por completo. Rin lo sintió, el crujido seco que reverberó a través del resto de su cuerpo. Kitay la agarró con fuerza de la muñeca y le liberó la mano de un despiadado tirón.

De algún modo, todas las partes de la mano seguían unidas al brazo. Kitay le envolvió los dedos machacados en su camisa.

—Anúdate esto en el codo. Presiona todo lo que puedas, así detendrás la hemorragia.

Rin estaba tan mareada por el dolor que no podía ponerse de pie. Kitay tiró de ella hacia arriba por las axilas hasta conseguirlo.

—Vamos.

La esperiliana se apoyó contra su amigo, sin reaccionar. Kitay la abofeteó ligeramente hasta que parpadeó y abrió los ojos.

—¿Puedes descender? —le preguntó—. Por favor, Rin, tenemos que irnos.

La chica gimió.

—Solo tengo un brazo y sigo drogada.

Kitay la arrastró hacia la ventana.

—Lo sé. Yo también lo siento.

Rin lo contempló y se dio cuenta de que su amigo tenía la mano colgando inútilmente a un costado, y el rostro demacrado, lívido y pegajoso a causa del sudor. Estaban conectados. El dolor de Rin era su dolor. Pero él le estaba haciendo frente.

Ella también podía hacerlo. Se lo debía.

—Puedo descender —le confirmó.

—Será fácil —le dijo Kitay, con una clara expresión de alivio—. Esto lo aprendimos en Sinegard. Retuerce la cuerda alrededor del pie hasta formar una pequeña plataforma. Estarás a unos dos centímetros de ella. Deslízate hacia abajo, poco a poco. —Rasgó un retal de la camisa y se lo colocó a Rin en la mano buena—. Esto es para que no te queme la cuerda. Espera hasta que yo haya llegado abajo para poder agarrarte.

Le dio varias palmaditas en las mejillas para intentar espabilarla y luego salió por la ventana.

Rin no supo cómo logró bajar por la pared. Sus extremidades respondían con una lentitud onírica, y las piedras no dejaban de moverse ante sus ojos. En varias ocasiones, la cuerda estuvo a punto de escurrírsele de la pierna, lo que hizo que se tambaleara en el aire hasta que Kitay tiró de ella desde abajo para tensarla. Cuando creyó que ya no podía aguantar más, saltó los últimos dos metros y cayó contra Kitay. Sintió un gran dolor en los tobillos.

—No hagas ruido. —Su amigo le tapó la boca con la mano antes de que ella pudiera gemir. Señaló hacia la oscuridad—. Hay un barco esperando en esa dirección, pero tienes que cruzar la plataforma sin que te vean.

Fue entonces cuando Rin se dio cuenta de que se encontraban frente al escenario de la ejecución. Echó un vistazo a su espalda. Vio dos cuerpos. No se habían ni molestado en retirarlos de allí.

—No mires —le susurró Kitay.

Pero no podía dejar de mirar, no cuando estaban tan cerca. Suni y Baji yacían doblados sobre sí mismos, destrozados sobre los charcos oscuros de su propia sangre. Los dos últimos chamanes de los Cike habían sido víctimas de la estupidez de Rin.

La joven echó un vistazo alrededor del patio. No divisó a ninguna patrulla nocturna, pero, sin duda, alguna haría su ronda alrededor del palacio en cualquier momento.

—¿Y no nos verán ahí?

—Contaremos con una distracción —dijo Kitay.

Antes de que pudiera preguntarle de qué distracción hablaba, el joven se llevó los dedos a la boca y silbó.

Una figura apareció en el otro extremo del patio tras oír la señal. Dio un paso hasta ponerse

bajo la luz de la luna y, por su perfil, fue evidente de quién se trataba. Ramsa.

Rin comenzó a avanzar hacia él, pero Kitay la agarró del brazo para retenerla. Ramsa la miró a los ojos, negó con la cabeza y señaló hacia una fila de guardias que salía del rincón más alejado.

La joven se quedó de piedra. Eran tres contra veinte guardias. Además, la mitad de ellos eran hesperianos armados con arcabuces, y ella no podía invocar el fuego.

Ramsa se sacó con calma dos bombas del bolsillo.

—¿Qué está haciendo? —La esperiliana se tensó bajo el agarre de Kitay—. Va a conseguir que lo maten.

Kitay no se movió.

—Lo sé.

—Suéltame, tengo que ayudarlo…

—No puedes.

Un grito atravesó la noche. Uno de los guardias había divisado a Ramsa. La patrulla corrió con las espadas desenvainadas.

El Gike se agachó en el suelo. Intentaba desesperadamente encender la mecha. Unas chispas brillaron a su alrededor, pero las bombas no prendieron.

Rin intentó liberarse de las manos de su amigo.

—Por favor, Kitay…

El joven tiró de ella hacia atrás para adentrarse aún más en las sombras.

—No es a él a quien estamos intentando salvar.

Rin vio el destello de la pólvora. Los guardias hesperianos habían disparado.

Ramsa se puso en pie. De algún modo, la primera ronda de disparos no le había acertado. El chico había conseguido prender la mecha. Rio, encantado, y sostuvo las bombas por encima de su cabeza.

La segunda ronda de disparos lo hizo pedazos.

El tiempo se expandió de un modo atroz. Rin vio todo lo que estaba sucediendo de forma lenta, deliberada y con gran detalle. Una bala atravesó la mandíbula de Ramsa y salió por el otro lado, seguida de un chorro de sangre. Otra se le incrustó en el cuello. Otra más, en el pecho. Ramsa se tambaleó hacia atrás. Dejó caer las bombas de sus manos y estas tocaron el suelo.

A Rin le pareció ver la mínima chispa de una llama en el punto de ignición. Entonces, una bola de fuego se desplegó hacia fuera como una flor y la onda expansiva de la explosión cayó sobre todo el patio.

—Ramsa… —Rin se desplomó contra el hombro de Kitay, con los brazos extendidos hacia el lugar de la explosión. Movió la boca y dejó escapar el aire a través de la garganta, pero no pudo escuchar su propia voz hasta que pasó un largo rato—. Ramsa, no…

Kitay tiró de ella hasta ponerla de pie.

—Nos ha dado un margen para escapar. Vamos.

El sampán, que les esperaba detrás del recodo del canal, estaba tan bien escondido entre las sombras que, por unos aterradores segundos, Rin creyó que no estaba allí. Entonces, el barquero sacó la embarcación de debajo de las hojas del sauce, se detuvo delante de ellos y les tendió la mano. Lucía un uniforme militar hesperiano, pero su rostro estaba oculto bajo un yelmo de

arquero nikara.

—Siento que no hayamos podido ir a por ti antes. —El barquero era una mujer. Venka se levantó el yelmo durante un breve segundo y les guiñó un ojo—. Subid.

Demasiado agotada como para dejarse dominar por el desconcierto, Rin se apresuró a subir al sampán. Kitay saltó detrás de ella y tiró la cuerda de amarre por la borda.

—¿De dónde has sacado ese uniforme? —le preguntó el chico—. Bien pensado.

—He estado registrando cadáveres. —Venka alejó el barco de la orilla y navegó canal abajo con premura.

Rin se desplomó sobre un asiento, pero Venka le dio un golpecito con el pie.

—Tírate al suelo. Cúbrete con esa lona.

La esperiliana se tumbó en el espacio que había entre los bancos. Kitay la ayudó a echarse la lona por encima.

—¿Cómo sabías dónde encontrarnos? —le preguntó Rin a la otra joven.

—Lo he sabido por mi padre —le explicó Venka—. Yo sabía que algo raro estaba pasando en la torre, pero no era capaz de averiguar el qué. En cuanto me he enterado de qué estaba pasando, he salido corriendo a buscar a Kitay antes de que los hombres de Vaisra dieran con él. No hemos sabido dónde te retenían hasta que Kitay ha probado a hacer eso con la piel. Buen truco, por cierto.

—¿Eres consciente de que acabas de traicionar a tu país? —le preguntó Rin.

—Me parece a mí que ese es el menor de nuestros problemas —afirmó Venka.

—Todavía puedes dar la vuelta —le dijo Kitay—. Hablo en serio, Venka. Toda tu familia está aquí. No pintas nada huyendo con nosotros. Yo puedo encargarme de tripular el sampán. Tú puedes bajarte…

—No —dijo ella con brusquedad.

—Piénsalo bien —insistió el chico—. Aún tienes una coartada creíble. Puedes dejarnos ahora. Nadie sabe que has estado en este barco. Pero, si vienes con nosotros, no podrás volver jamás.

—Qué lástima —dijo Venka, restándole importancia. Se giró hacia Rin. Su voz adquirió cierta dureza—. Me he enterado de lo que le hiciste a ese soldado hesperiano.

—Sí —le respondió la esperiliana—. ¿Y qué?

—Bien hecho. Espero que sufriera.

—Eso pareció.

Venka asintió en silencio. Ninguno de ellos tuvo nada más que decir al respecto.

—¿Ha habido suerte con el resto? —le preguntó Venka a Kitay tras una pausa.

El joven negó con la cabeza.

—No teníamos tiempo. El único con el que he podido contactar ha sido con Gurubai. Debería haber embarcado ya, si es que ha logrado eludir a los guardias…

—¿Gurubai? —repitió Rin—. ¿De qué estáis hablando?

—Vaisra va a por los jefes militares del sur —le explicó Kitay—. Ha ganado su Imperio. Está consolidando su poder. Empezó contigo, y ahora va a hacer limpieza con el resto. He querido avisarlos, pero no he podido contactar con ellos a tiempo.

—¿Están muertos?

—No todos. Han encerrado a Charouk en las celdas. No sé si van a ejecutarlo o a dejar que

languidezca allí, pero lo que sí que es seguro es que no van a soltarlo. El jefe militar del Gallo se resistió, así que le pegaron un tiro cuando comenzaron los disturbios…

—¿Disturbios? ¿Qué leches está pasando?

—Los campamentos se han convertido en una zona de guerra —le dijo Venka—. Han apostado el doble de guardias alrededor del distrito de refugiados… Dicen que es por seguridad, pero, en cuanto las tropas fueron a por los jefes militares, todos supieron qué era lo que estaba pasando. Las tropas sureñas fueron las que comenzaron la revuelta. Nos hemos pasado toda la noche escuchando estallidos. Creo que Vaisra ha dejado que los hesperianos se encarguen de ellos.

A Rin le costó asimilar todo aquello. Parecía que el mundo se hubiese puesto patas arriba en cuestión de unas horas.

—¿Los están matando sin más? ¿También a los civiles?

—Es lo más probable.

—¿Y qué pasa con Kesegi? —preguntó con impaciencia Rin—. ¿Ha escapado?

Venka frunció el ceño.

—¿Quién?

—Es… Nadie. —La esperiliana tragó saliva—. Da igual.

—Míralo de este modo —dijo Venka alegremente—: al menos esto nos ha proporcionado una distracción.

Rin se escondió debajo de la lona y se quedó muy quieta, contando respiraciones para distraerse del desastre que se había hecho en la mano. Quería mirársela, examinar los daños de sus dedos mutilados, pero no se veía capaz de retirarse el tejido ensangrentado. Sabía que no habría forma de salvar la mano. Se había visto los huesos astillados.

—¿Venka? —Era la voz de Kitay, apremiante.

—¿Qué?

—Creía que te habías asegurado de que no te seguía nadie.

—Y lo he hecho.

Rin se sentó. Se desplazaban más rápido de lo que esperaba. El palacio se veía a lo lejos, y ya habían dejado atrás el astillero. Se giró como pudo para ver lo que Venka y Kitay estaban mirando.

Nezha se hallaba solo al final del muelle.

La esperiliana se levantó a duras penas, con la mano buena extendida hacia fuera. Aún se estaba recuperando de los efectos del láudano, pero logró invocar una pequeña llama sobre su palma. Si se concentraba, probablemente pudiera formar un torrente más grande…

Kitay volvió a empujarla debajo de la lona.

—¡Agáchate!

—Voy a matarlo. —El fuego emergía de la palma de su mano y por entre sus labios—. Lo mataré…

—No, no lo harás. —Su amigo le inmovilizó las manos.

Sin pensarlo, Rin golpeó a Kitay con ambas muñecas, intentando zafarse de él. Entonces, la mano herida chocó contra el costado de la embarcación y el dolor fue tan intenso que, por un momento, lo vio todo blanco. Kitay le tapó la boca antes de que pudiera gritar. La joven se desplomó entre sus brazos. Su amigo la sostuvo contra él y la meció mientras ella intentaba

sofocar sus gritos contra el hombro del chico.

Venka disparó dos flechas muy seguidas hacia el puerto. Erró ambos tiros por menos de un metro. Nezha echó la cabeza a un lado cuando le pasaron cerca, pero, por lo demás, mantuvo su posición. No se movió durante todo el tiempo que tardó el sampán en terminar de salir del astillero hacia la oscura protección de las sombras de los acantilados, al otro lado del canal.

—Nos está dejando marchar —dijo Kitay—. Ni siquiera ha dado la alarma.

—¿Creéis que está de nuestra parte? —preguntó Venka.

—No lo está —dijo Rin sin más—. Sé que no lo está.

La esperiliana sabía con certeza que había perdido a Nezha para siempre. Tras el asesinato de Jinzha y la muerte de Mingzha, hacía ya tanto tiempo, él era el último heredero hombre de la dinastía Yin. Iba a heredar la nación más poderosa a ese lado del Gran Océano, y se iba a convertir en el gobernante que durante toda su vida se había estado preparando para ser.

¿Por qué iba a echar todo eso a perder por una amiga? Si fuera él, Rin no lo haría.

—Esto es culpa mía —dijo.

—No es culpa tuya —le respondió Kitay—. Todos creímos que podíamos confiar en ese desgraciado.

—Pero creo que intentó advertírmelo.

—¿De qué estás hablando? Te apuñaló.

—Fue la noche antes de que llegase la flota. —Respiró hondo—. Vino a buscarme. Me dijo que tenía más enemigos de los que yo creía. Ahora tengo la sensación de que estaba intentando ponerme sobre aviso.

Venka apretó los labios.

—Ya, pues tampoco es que se esforzara demasiado.

Dos navíos de gran calado y esbeltos costados los aguardaban fuera del canal. Ambos ondeaban la bandera de la Provincia del Dragón.

—Son veleros para transportar opio —dijo Rin, confundida—. ¿Por qué están…?

—Son banderas falsas. Pertenecen a la flota de la Chatarra Roja. —Kitay la ayudó a ponerse en pie cuando el sampán chocó contra el casco del velero más cercano. El chico silbó hacia la cubierta. Varios segundos después, les lanzaron cuatro cuerdas al agua.

Venka ató los garfios a los cuatro costados del sampán. Kitay volvió a silbar, y entonces, lentamente, comenzaron a elevarse.

—Moag os envía saludos. —Sarana le guiñó un ojo a Rin mientras la ayudaba a subir a bordo —. Recibimos tu mensaje.

Supuse que querríais transporte para llegar más al sur. No pensábamos que las cosas se pondrían tan feas.

Rin estaba aliviada y sorprendida al mismo tiempo por el hecho de que las Azucenas Negras hubieran acudido en su ayuda. No recordaba por qué había llegado a odiar a Sarana. Ahora mismo solo quería besarla.

—¿Así que habéis decidido plantarle cara a un gigante?

—Ya sabes cómo es Moag. Siempre quiere hacerse con buenas bazas, sobre todo si se deshacen de ellas así como así.

—¿Gurubai ha logrado escapar? —preguntó Kitay.

—¿El jefe militar del Mono? Sí, está bajo cubierta. Algo ensangrentado, pero se pondrá bien. —Sarana fijó la mirada en la mano vendada de Rin—. Por las tetas del Tigre. ¿Qué tienes ahí debajo?

—No creo que quieras verlo —le dijo Rin.

—¿Tenéis un médico a bordo? —preguntó Kitay—. Si no, tengo formación en triaje, pero necesitaré materiales: agua hervida, vendas…

—Abajo. Ya la llevo yo. —Sarana rodeó a Rin con un brazo y la ayudó a cruzar la cubierta.

La esperiliana miró hacia atrás mientras avanzaban, echando un vistazo a los acantilados, cada vez más lejanos. Le parecía increíble que no les estuvieran siguiendo por el canal. Sin duda, Vaisra ya debía de estar al corriente de que Rin había escapado. Las tropas debían de estar saliendo de los barracones. Le sorprendería que la ciudad no hubiera sido cerrada de inmediato. Los hesperianos registrarían las calles, los acantilados y las aguas hasta que volvieran a tenerla bajo custodia.

No obstante, los veleros de la Chatarra Roja eran muy visibles bajo la luz de la luna. No se habían molestado en ocultarse. Ni siquiera habían apagado los faroles.

Rin se tropezó con algo irregular entre los paneles del suelo.

—¿Todo bien? —le preguntó Sarana.

—Van a atraparnos —dijo Rin. Todo le pareció un estúpido sinsentido: su huida, la muerte de Ramsa, el encuentro en el río. Los hesperianos acabarían abordándolos en cuestión de una hora. ¿De qué servía todo aquello?

—No subestimes a un velero de tráfico de opio —le dijo Sarana.

—Vuestro velero más rápido no podría dejar atrás a un buque de guerra hesperiano.

—Probablemente no. Pero aún contamos con algo de tiempo. Siempre hay problemas de comunicación entre la comandancia cuando se cuenta con dos ejércitos y con líderes que no están familiarizados los irnos con los otros. Los hesperianos no saben que no somos una embarcación republicana, y los republicanos no sabrán si los hesperianos han dado permiso para disparar, o si acaso necesitan ese permiso. Todos dan por sentado que es el otro el que está al mando.

El plan de Sarana era aprovechar la confusión en la cadena de mando para huir. Rin no sabía si reír o llorar.

—Eso no te asegura la huida. Como mucho, te proporciona un margen de media hora.

—Ya. —Sarana señaló hacia el otro velero—. Por eso tenemos un segundo barco.

—¿Qué es eso? ¿Un señuelo?

—Básicamente. Le robé la idea a Vaisra —dijo la Azucena Negra alegremente—. En breve vamos a apagar todas las luces, pero ese barco va a simular que está listo para la batalla. Está cargado con el doble de pólvora que un velero corriente. No podrán acercarse lo suficiente como para abordarlo, así que se verán obligados a hacerlo volar por los aires.

A Rin le pareció una táctica inteligente. Si los hesperianos no se percataban de que un segundo velero estaba huyendo en mitad de la noche, tal vez darían por sentado que ella se había ahogado.

—¿Y su tripulación? —preguntó entonces—. Esa cosa está tripulada, ¿no? ¿Vais a sacrificar Azucenas?

Parecía que Sarana tuviera la sonrisa grabada permanentemente en el rostro.

—Anímate. Si tenemos suerte, creerán que eres tú.

La doctora de las Azucenas posó la mano de Rin sobre una mesa, la desenvolvió con cuidado y se quedó sin aliento cuando vio los daños causados.

—¿Seguro que no quieres ningún sedante?

—No. —Rin giró la cabeza hacia la pared. El gesto en el rostro de la doctora era peor que la visión de sus dedos mutilados—. Solo arréglelo.

—Si te mueves, tendré que sedarte —le advirtió.

—No me moveré. —Rin apretó los dientes—. Pero amordáceme, por favor.

La doctora no parecía mayor que Sarana, pero sus movimientos eran experimentados y eficaces, y Rin se sintió algo más tranquila.

Primero, le empapó las heridas con algún tipo de alcohol que le escoció tanto que estuvo a punto de agujerear con un bocado el pañuelo que tenía en la boca. Después, comenzó a coserle las partes donde la carne se había desgarrado y el hueso estaba visible. A Rin le escocía la mano horrores a causa del alcohol, algo que casi sirvió para enmascarar el dolor. Sin embargo, al ver la aguja hundiéndosele repetidas veces en la carne, sintió tantas náuseas que tuvo que pedirle que parara a mitad del proceso para dar arcadas.

Por fin, la doctora se preparó para colocarle los huesos.

—Será mejor que te agarres a algo.

Rin se sujetó al borde de la silla con la mano buena. Sin previo aviso, la doctora le presionó los huesos hacia abajo.

La esperiliana abrió mucho los ojos. No pudo evitar patalear desenfrenadamente hacia al aire. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—Lo estás haciendo bien —le murmuró la doctora mientras le entablillaba con tiras de tela la mano dañada—. Lo peor ya ha pasado.

Sujetó la mano de Rin entre dos planchas de madera y las ató con varias vueltas de cuerda para inmovilizársela. Rin tenía los dedos extendidos hacia fuera, totalmente tiesos.

—Dime si así estás bien —le dijo la doctora—. Siento si ha quedado un poco desastroso. Puedo hacerte algo más ligero, pero tardaría unos días y no cuento con los materiales necesarios en el barco.

Rin se llevó la tablilla a los ojos. Entre las planchas se veía tan solo la punta de los dedos. Intentó moverlos, pero era incapaz de saber si le respondían o no.

—¿Puedo quitarte la mordaza? —le preguntó la mujer.

Rin asintió.

La doctora se la retiró de la boca.

—¿Recuperaré la movilidad de esta mano? —preguntó en cuanto pudo hablar.

—Es imposible saber cómo se curará esto. Tienes bien la mayor parte de los dedos, pero el centro de tu mano está partido justo por la mitad. Si…

—¿Voy a perder la mano? —la interrumpió Rin.

—Es probable. Es decir, no podemos predecir cómo…

—Lo entiendo. —La esperiliana se reclinó hacia atrás e intentó no sucumbir al pánico—. Vale. No… No pasa nada…

—Deberías plantearte amputarla si se te cura y sigues sin tener movilidad. —La doctora intentó hablar con un tono tranquilizador, pero sus palabras tan solo hicieron que Rin quisiese gritar—. Eso sería mejor que ir por ahí con… carne muerta. Sería más propensa a infecciones, y el dolor recurrente podría ser tan terrible que seguramente preferirías no tenerla.

Rin no sabía qué decir. No sabía cómo se suponía que tenía que asimilar la información de que ahora era manca, deque tendría que volver a aprenderlo todo de cero si quería volver a blandir una espada.

No podía estar pasándole eso. No podía estar pasándole a ella.

—Respira despacio —le dijo la doctora.

Rin se percató entonces de que estaba hiperventilando.

La mujer le agarró la muñeca.

—Estarás bien. No es tan malo como crees.

La esperiliana elevó la voz.

—¿Que no es tan malo?

—La mayoría de las personas con amputaciones se acaban adaptando. Con el tiempo, conseguirás…

—¡Se supone que soy una soldado! —gritó Rin—. ¿Qué coño voy a hacer ahora?

—Puedes invocar el fuego —le dijo la doctora—. ¿Para qué necesitas una espada?

—Creía que los hesperianos solo habían venido para prestar apoyo militar y para negociaciones comerciales. Este tratado nos convierte básicamente en una colonia. —Venka estaba hablando cuando Rin, a pesar de las protestas de la doctora, se adentró en el camarote del capitán. La joven levantó la mirada—. ¿No deberías estar durmiendo?

—No quiero dormir —respondió ella—. ¿De qué estáis hablando?

—La doctora ha dicho que el láudano te dejaría inconsciente durante un par de horas —dijo Kitay.

—No me lo he tomado. —Rin se sentó a su lado—. Ya he tenido suficientes opiáceos por un tiempo.

—Entiendo. —El chico fijó la mirada en la tablilla de Rin, y luego en sus propios dedos flexionados. La esperiliana se dio cuenta de que su amigo tenía el uniforme empapado en sudor, con marcas de medialunas en la palma de la mano, allí donde se había clavado las uñas. Había sentido cada segundo del dolor de Rin.

La joven carraspeó y cambió de tema.

—¿Por qué estabais hablando sobre tratados?

—Tarcquet ha reclamado el continente —dijo el jefe militar del Mono. Gurubai tenía un aspecto horrible. La sangre seca le cubría las manos y la parte izquierda del rostro, y su gesto era vacío y trastornado. Había escapado, pero solo por los pelos—. Las condiciones del tratado son atroces. Los hesperianos obtendrán derechos comerciales. Los demás hemos renunciado a nuestros derechos sobre cualquier arancel, pero ellos conservarán los suyos. También se les da la posibilidad de construir bases militares donde quieran en suelo nikara.

—Seguro que también han conseguido permisos para sus misioneros —dijo Kitay.

—Sí. Y quieren adquirir el derecho a comerciar de nuevo con opio en el Imperio.

—Sin duda, Vaisra les habrá dicho que no —dijo Rin.

—Vaisra ha firmado cada una de las cláusulas —afirmó Gurubai—. Ni siquiera ha discutido. ¿Crees acaso que tenía otra opción? No tiene el control absoluto sobre los asuntos nacionales. Todo lo que haga debe ser aprobado por un delegado del Consorcio.

—Así que Nikan está jodida. —Kitay lanzó los brazos al aire—. Todo está jodido.

—¿Por qué iba Vaisra a querer esto? —preguntó la esperiliana. Nada de eso tenía sentido—. Vaisra detesta ceder el control.

—Porque sabe que es mejor ser un emperador marioneta que no tener nada. Porque este acuerdo le proporciona tanta plata que podrá nadar en ella. Y porque ahora cuenta con los recursos militares necesarios para hacerse con el resto del Imperio. —Gurubai se reclinó en su silla—. Sois todos demasiado jóvenes como para recordar los días de la ocupación conjunta. Pero todo apunta a que las cosas van a volver a ser como eran hace setenta años.

—Seremos esclavos en nuestro propio país —dijo Kitay.

—«Esclavo» es un término demasiado contundente —dijo Gurubai—. A los hesperianos no les va mucho eso de los trabajos forzados; al menos, no en este continente. Prefieren apostar por la coacción económica. El Arquitecto Divino valora la elección racional y voluntaria y todo ese sinsentido.

—Nos han jodido —dijo Rin.

—Esto ha sido inevitable desde el momento en el que Vaisra los invitó a entrar en esa sala. Los jefes militares del sur ya nos lo olíamos. Intentamos advertírtelo. No quisiste escuchamos.

La esperiliana se removió incómoda en su asiento. Sin embargo, el tono de Gurubai no era acusatorio, sino simplemente resignado.

—Ahora ya no podemos hacer nada al respecto —prosiguió—. Primero, tenemos que volver al sur. Acabar con la Federación. Hacer de él un lugar seguro al que nuestro pueblo pueda regresar.

—¿Y de qué sirve eso? —preguntó Kitay—. Sois el centro agrícola del Imperio. Si vencéis a la Federación, tan solo le estaréis haciendo un favor a Vaisra. Irá a por vosotros tarde o temprano.

—Pues nos enfrentaremos a él —dijo Rin—. Si quieren el sur, tendrán que sangrar para conseguirlo.

Gurubai le dedicó una sonrisa sombría.

—Eso es.

—¿Enfrentamos a Vaisra y a todo el Consorcio? —Kitay dejó aquella pregunta en el aire durante un momento, y luego dejó escapar una risita desquiciada y aguda—. No podéis estar hablando en serio.

—No tenemos otra opción —declaró Rin.

—Podríais huir todos —dijo Venka—. Id a Ankhiluun, que las Azucenas Negras os escondan. Pasad desapercibidos.

Gurubai negó con la cabeza.

—No hay ni una sola persona en la República que no sepa dónde está Rin. Moag está de nuestra parte, pero no puede conseguir que toda la escoria de Ankhiluun mantenga la boca cerrada. Duraríais como mucho un mes.

—No pienso huir —aseveró Rin.

No iba a dejar que Vaisra le diera caza como si fuese un perro.

—Tampoco vas a combatir en otra guerra —dijo Kitay—. Rin, solo tienes una mano funcional.

—No se necesitan las dos manos para liderar una tropa.

—¿Qué tropa?

Rin señaló alrededor del barco.

—Doy por sentado que contaremos con la flota de la Chatarra Roja.

Kitay resopló.

—Una flota tan poderosa que Moag nunca se ha atrevido a atacar a Daji con ella.

—Porque Ankhiluun nunca estuvo en peligro —dijo Rin—. Ahora sí que lo está.

—Muy bien —estalló Kitay—. Puede que tengas una flota que es una décima parte del tamaño de la de los hesperianos. ¿Qué más tienes? ¿Granjeros? ¿Campesinos?

—Los granjeros y los campesinos se convierten constantemente en soldados.

—Sí, con el entrenamiento y las armas adecuadas, dos cosas de las que tú careces.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos? —le preguntó Rin en voz baja—. ¿Qué muramos en silencio y dejemos que Vaisra se salga con la suya?

—Eso es mejor que hacer morir a más idiotas en una guerra que no puedes ganar.

—Creo que no eres consciente de la gran influencia que tenemos —dijo Gurubai.

—¿De verdad? —preguntó Kitay—. ¿Es que me he perdido algún ejército que tienes por ahí escondido?

—Los refugiados que viste en Arlong no representan ni siquiera la milésima parte de la población sureña —prosiguió Gurubai—. Hubo cien mil hombres que blandieron hachas para defenderse contra la Federación cuando tuvieron claro que no iban a recibir otra ayuda. Ellos lucharán para nosotros.

El jefe militar señaló hacia Rin.

—Y, sobre todo, lucharán por ella. Ya se ha convertido en todo un mito en el sur. El ave bermellón. La diosa del fuego. Es la salvadora a la que han estado esperando. Es el símbolo al que han estado aguardando durante toda esta guerra. ¿Qué creéis que sucederá cuando la vean en carne y hueso?

—Rin ya ha sufrido bastante —dijo Kitay—. No vas a convertirla en una especie de figura…

—No seré ninguna figura —lo interrumpió Rin—. Seré una general. Lideraré a todo el ejército sureño. ¿No es así?

Gurubai asintió.

—Si aceptas.

Kitay la agarró por el hombro.

—¿Es eso lo que quieres ser? ¿Otra jefa militar en el sur?

Rin no entendía a qué venía esa pregunta.

¿Qué importaba lo que quisiera ser? Sabía lo que no podía ser. No podía seguir siendo el arma de Vaisra. No podía ser la herramienta de ningún militar. No podía cerrar los ojos y ceder sus habilidades de destrucción a otra persona que le dijera dónde y cuándo matar.

Había creído que ser un arma le aportaría algo de paz. Que tal vez así la culpa por la toma de decisiones que acabaran en un derramamiento de sangre recaería sobre otra persona y no sobre ella. Pero lo único en lo que la había convertido eso era en una persona ciega, idiota y fácil de manipular.

Era más poderosa de lo que cualquier otra persona (como Altan, Vaisra…) le había permitido ser. Se había hartado de seguir órdenes. Fuera lo que fuese a hacer ahora, lo haría por decisión propia.

—El sur va a ir a la guerra de todas formas —dijo Rin—. Necesita a un líder. ¿Por qué no debería ser yo?

—No cuentan con formación —insistió Kitay—. No están armados. Seguramente se estén muriendo de hambre…

—Pues entonces robaremos comida y armas. O haremos que nos las envíen. Es una de las ventajas de contar con Moag como aliada.

Kitay la miró perplejo.

—¿Piensas dirigir a campesinos y refugiados contra los dirigibles hesperianos?

Rin se encogió de hombros. Era consciente de que esa despreocupación era una locura. Pero se hallaban entre la espada y la pared, y su falta de opciones suponía casi un alivio, porque eso quería decir que solo les quedaba luchar o morir.

—No te olvides de los piratas.

Kitay parecía estar al borde de arrancarse cada pelo de la cabeza.

—No des por sentado que solo porque los sureños no cuenten con formación no pueden ser buenos soldados —dijo Gurubai—. Nuestra ventaja son nuestras cifras. Las grietas en este país son ahora más profundas de lo que Vaisra esperaba. La verdadera guerra civil no se librará a nivel provincial.

—Pero Vaisra no es el Imperio —dijo Kitay—. Se ha separado de él.

—No, se ha separado de personas como nosotros —dijo Rin de pronto—. Estamos divididos en norte y sur. Siempre ha sido así.

Las piezas habían comenzado a encajar muy despacio en su mente nublada por el opio, pero, cuando al fin todo cuadró, la epifanía cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

¿Cómo había tardado tanto tiempo en darse cuenta? Había un motivo por el que siempre se había sentido incómoda luchando para la República. La imagen de un Gobierno democrático era un constructo que se derrumbaba ante lo poco plausibles que eran las promesas de Vaisra.

Sin embargo, la verdadera oposición procedía de las personas que más habían perdido bajo el Gobierno imperial.

Esas personas que, a esas alturas, detestaban a Vaisra con todas sus fuerzas.

En alguna parte ahí fuera, escondida entre las ruinas de la Provincia del Gallo, habría una niña aterrorizada y sola. La desesperanza estaría asfixiándola. Su debilidad la disgustaría y la haría arder con rabia. Y haría lo que fuera por tener la oportunidad de luchar, por hacerlo de verdad, aunque eso significara perder el control de su propia mente.

Y habría millones de personas más como ella.

La magnitud de todo aquello le dio vértigo.

Los mapas de guerra se reorganizaron en su mente. Las líneas provinciales desaparecieron. Todo era negro y rojo: la aristocracia privilegiada contra la pobreza más absoluta. Las cifras se habían reajustado, y la guerra que creía haber estado librando de repente había adquirido un aspecto muy distinto.

Había visto el resentimiento reflejado en los rostros de su pueblo. La mirada en sus ojos, cuando se atrevían a levantarla. No era un pueblo que anhelara el poder. Su rebelión no se

fracturaría a causa de estúpidas ambiciones personales. Era un pueblo que se negaba a morir, y eso los hacía peligrosos.

«No podéis librar una batalla solos», le había dicho Nezha una vez.

No, pero sí que podían con mil soldados más. Y si esos mil caían, entonces encontraría otros mil, y luego otros mil más. Daba igual hacia dónde se inclinara la balanza de poder, la guerra a esa escala era un juego de cifras, y ella contaba con vidas de sobra a su disposición. Esa era la única ventaja del sur frente a los hesperianos: que eran muchísimos más.

Kitay también parecía haberse dado cuenta de ello. La incredulidad abandonó su rostro y fue sustituida por una sombría resignación.

—Pues nada, vamos a declararle la guerra a Nezha —dijo el chico.

—La República ya nos la ha declarado a nosotros —respondió Rin—. Nezha sabe qué bando ha escogido.

No tenía que seguir debatiendo sobre el asunto. Anhelaba esa guerra. Quería enfrentarse a Nezha una y otra vez, hasta que, al final, ella fuera la única que quedase en pie. Quería ver cómo el rostro plagado de cicatrices del chico se retorcía con desesperación mientras ella le arrebataba todo lo que le importaba. Quería torturarlo, reducirlo, debilitarlo, dejarlo indefenso y que le tuviera que suplicar de rodillas.

Nezha tenía todo lo que antes Rin había deseado. Era de la aristocracia, poseía belleza y elegancia. Nezha era el norte. Había nacido en un centro de poder, y eso hacía que se sintiera con derecho a ejercerlo, a tomar decisiones en nombre de millones de personas a las que consideraba inferiores.

Rin iba a arrebatarle ese poder. Y luego iba a pagarle con la misma moneda.

Al fin, el Fénix habló. La voz del dios se hallaba amortiguada por el Sello, pero Rin podía escuchar con claridad cada una de sus carcajadas. «Mi querida y pequeña esperiliana. Por fin estamos de acuerdo».

Todo el afecto que había llegado a sentir por Nezha se había consumido. Ahora, al pensar en él, tan solo sentía un odio cruel y excitante.

«Deja que arda», dijo el Fénix. «Que crezca».

La rabia, el dolor y el odio… Todo eso avivaba un gran y terrible poder, y era algo que llevaba infectando el sur desde hacía demasiado tiempo.

—Dejad que Nezha venga a por nosotros —dijo Rin—. Voy a abrasarle el corazón en el pecho.

Tras una pausa, Kitay dejó escapar un suspiro.

—Vale. Entonces, le declararemos la guerra a la mayor fuerza militar del mundo.

—No son la mayor fuerza militar del mundo —respondió la esperiliana. Sintió la presencia del dios en el fondo de su mente, ansiosa y extasiada, y sus intenciones por fin coincidieron con las de ella.

«Juntos», dijo el Fénix. «Haremos arder este mundo».

Rin golpeó la mesa con el puño.

—La mayor fuerza militar del mundo soy yo.

DRAMATIS PERSONAE

LOS CIKE

Fang Runin: huérfana de guerra de la Provincia del Gallo; comandante de los Cike; última superviviente de los esperilianos.

Ramsa: exprisionero de Baghra; actual experto en municiones.

Baji: chamán que invoca a un dios desconocido que le otorga los poderes de un berserker.

Suni: chamán que invoca al dios mono.

Chaghan Suren: chamán del clan de los naimades; mellizo de Qara.

Qara Suren: gran tiradora; se comunica con las aves; melliza de Chaghan.

Unegen: cambia formas que invoca a un dios zorro menor.

Aratsha: chamán que invoca al dios del río.

***Altan Trengsin**: esperiliano, excomandante de los Cike.

LA REPÚBLICA DEL DRAGÓN Y SUS ALIADOS

La dinastía Yin

Yin Vaisra: jefe militar del Dragón y líder de la República.

Yin Saikhara: dama de Arlong y esposa de Yin Vaisra.

Yin Jinzha: hijo mayor del jefe militar del Dragón y gran mariscal del ejército republicano.

Yin Muzha: melliza de Jinzha; estudia en Hesperia.

Yin Nezha: segundo hijo del jefe militar del Dragón.

***Yin Mingzha**: tercer hijo del jefe militar del Dragón; murió ahogado de niño en un accidente.

Chen Kitay: hijo del ministro de Defensa y último heredero de la dinastía Chen.

Sring Venka: hija del ministro de Finanzas.

Liu Gurubai: jefe militar del Mono.

Cao Charouk: jefe militar del Jabalí.

Gong Takha: jefe militar del Gallo.

Ang Tsolin: jefe militar de la Serpiente y antiguo mentor de Yin Vaisra.

EL IMPERIO NIKARA Y SUS ALIADOS

Su Daji: emperatriz de Nikan y la Víbora; invoca a la diosa caracol de la creación, Nüwa.

Tsung Ho: jefe militar del Carnero.

Chang En: jefe militar del Caballo, apodado como el general Carne de Lobo, y más adelante líder de la Armada imperial.

Jun Loran: exmaestro de Combate en Sinegard; actualmente jefe militar en funciones de la Provincia del Tigre.

Feylen: chamán exmiembro de los Cike que invoca al dios del viento; fue encerrado en la Chuluu Korikh y liberado más tarde por Altan Trengsin.

Jiang Ziya: el Guardián, invoca a las bestias de la casa de las fieras del Emperador; encerrado voluntariamente en la Chuluu Korikh.

***Yin Riga**: antiguo Emperador Dragón; dado por muerto desde la Segunda Guerra de la Amapola.

LOS HESPERIANOS

General Josephus Tarcquet: líder de las tropas hesperianas en Nikan.

Hermana Petra Ignatius: una de las representantes de la Compañía Gris (la orden religiosa de Hesperia) en Nikan; una de las académicas religiosas más brillantes de su generación.

Hermano Augus: joven miembro de la Compañía Gris.

LOS KETREYIDES

La Sorqan Sira: líder del clan de los ketreyides; hermana mayor de la madre de Chaghan y Qara.

Bekter: hijo de la Sorqan Sira.

***Tseveri**: hija de la Sorqan Sira; asesinada por Jiang Ziya.

LA FLOTA DE LA CHATARRA ROJA

Chiang Moag: reina pirata de Ankhiluun, también conocida como la Zorra de Piedra y la Falsa Viuda.

Sarana: alto rango entre las Azucenas Negras y una de las preferidas de Moag.

*** Fallecido/a**

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me han ayudado a convertir este libro en algo de lo que puedo estar orgullosa. Hannah Bowman vio este manuscrito en sus primeras etapas y me ayudó de la forma más amable posible a que me diera cuenta de que era una basura. Sigue siéndolo, pero es una basura divertida. Gracias por apoyarme siempre, por creer en mí y por empujarme, a veces incluso arrastrarme, hacia delante. Ambas seguiremos ardiendo, seremos barcos a contracorriente adentrándonos en el futuro. David Pomerico y Natasha Bardon no solo le dieron forma a este manuscrito hasta convertirlo en una historia mucho mejor de lo que se me habría ocurrido a mí sola, sino que me ayudaron a crecer como escritora y a superar el horrible síndrome del segundo libro. Jung Shan Ink ha creado las ilustraciones de las portadas y, como de costumbre, de alguna forma ha logrado entrar en mi mente para representar a Rin como siempre la había imaginado. Gracias también a los equipos de Liza Dawson Associates y Harper Voyager: Havis Dawson, Joanne Fallert, Pamela Jaffee, Caroline Perny, Jack Renninson y Emilie Chambeyron. ¡Qué suerte tengo de trabajar con vosotros!

Me siento muy afortunada por estar rodeada de amigos, mentores y profesores que me animan a hacer más de lo que nunca habría imaginado y que creen en mí incluso cuando yo no lo hago. Bennett, la meseta de Scarigon se llama así por Scarigon. Un gran guerrero. Ahí lo tienes. ¡Shkibludibap! Tal vez algún día descubramos qué le deparó la vida a Gicaldo Marovi y a su amigo Rover… Farah Naz Rishi es mi brillante flor del desierto, mi taza de caldo caliente en un día frío, el queso de mi pan, la persona más fuerte y hermosa que conozco y la K de mi J. B. Ojalá sigamos creciendo y avinagrándonos juntas. Alyssa Wong, Andrea Tang y Fonda Lee son increíbles modelos para mí que han puesto el listón alto en cuanto a elegancia y trabajo duro, y que me inspiran para escribir lo que quiero escribir. Los profesores John Glavin, Ananya Chakravarti, Carol Benedict, Katherine Benton-Cohen, John McNeill, James Millward y Fíoward Spendelow me han convertido en la estudiante que soy. Le estoy agradecida a la Marshall Commission por su increíble generosidad. La Marshall Class de 2018 está llena de portentos y, cuando sea mayor, quiero ser como todos vosotros. Adam Mortara me recuerda, a través de su ejemplo, que nunca retire la escalera una vez que la haya subido, sino que siga ascendiendo y ayude a ascender a otros. Jeanne Cávelos y Kij Johnson siguen siendo las mejores profesoras de escritura que he tenido nunca. El oporto es una gran bebida.

Y muchas gracias a los blogueros literarios, *booktubers, bookstragrammers* y críticos que hablan

de mi trabajo (Incorrect Poppy War, esto va por ti). El hecho de que mis personajes emocionen a tanta gente me parece complemente irreal. No os hacéis una idea de lo mucho que significa para mí el ánimo y el apoyo que me habéis dado, y me alegra mucho poder compartir mis historias con vosotros. #FireDick para siempre. Seguid ardiendo, mis basurillas.

Y por último: si soy lo que soy hoy es porque mis padres lo han dado todo por mí.



REBECCA F. KUANG es una traductora y autora nominada a los premios Hugo, Nebula, Locus y World Fantasy por la trilogía Poppy War y Babel. Tiene un MPhil en Estudios Chinos de Cambridge y un máster en Estudios Chinos Contemporáneos de Oxford; ahora está cursando un doctorado en Lenguas y Literaturas de Asia Oriental en Yale.

Notas

[1] N. de la T.: El ayu es un pez comestible que se consume en el este de Asia. Se encuentra en ríos, lagos y aguas costeras, y se caracteriza por su sabor dulce, por lo que también es conocido con el nombre de *sweetfish* («pez dulce»). <<

[2] N. de la T.: El jin es una unidad de masa tradicional asiática, de uso habitual en el este y el sudeste del continente, que suele emplearse en tiendas y comercios para pesar alimentos. Equivale a aproximadamente 604,8 gramos (como en Hong Kong, Malasia y Singapur, entre otros), aunque en algunos países se ha redondeado a 600 gramos (como en Taiwán y Tailandia). <<